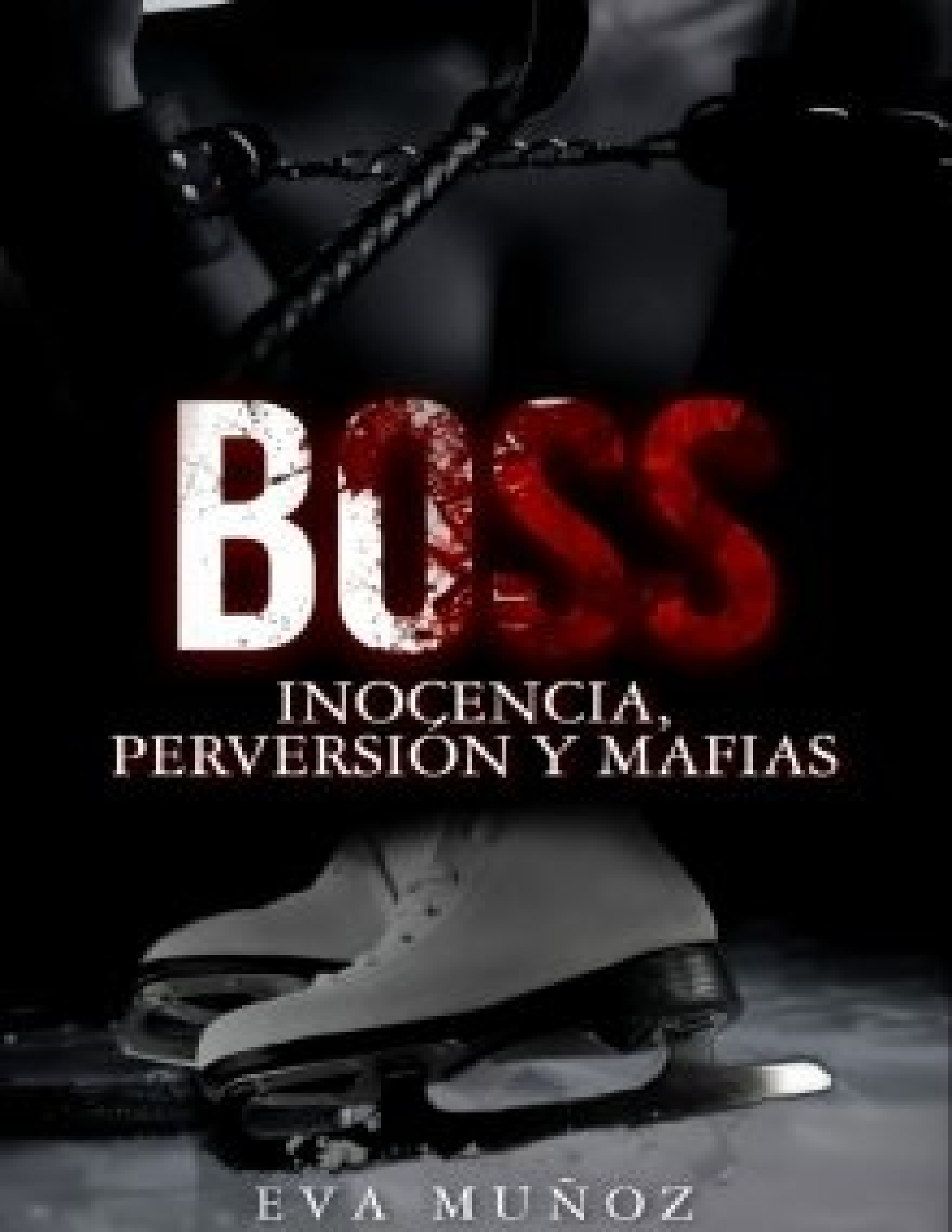

BOSS
INOCENCIA,
PERVERSIÓN Y MAFIAS
EVA MUÑOZ

BOSS

PROLOGO.

La mafia roja es sangrienta, cruel y despiadada. No cede, no perdona, no se rinde y sus víctimas pagan caro.

Rachel James, siendo uno de los mejores agentes de la FEMF, ignoró esto matando a Sasha Romanova. La gran hija de puta la había baleado con ocho tiros en el tórax frente a los ojos de su hermano y eso era algo que Ilenko, el dueño de la Bratva, no perdonaría jamás.

No conforme con derramar la sangre Romanov, Rachel, el mismo agente, tuvo la osadía de usar a Ilenko para acabar con uno de los enemigos que la acechaban. Ella es así, una ninfa hechicera la cual se vale de un arma llamada belleza.

El Boss de la Bratva sabe que esa teniente de ojos azules y cuerpo de escándalo es capaz de doblegar a cualquiera y los amantes de ella son un claro ejemplo de eso.

Por ella cayó el demonio de la mafia Antoni Mascherano, ya que lo sedujo en un operativo militar llevándolo a prisión.

Por ella cayó una bestia sádica la cual se disfraza con un uniforme de coronel y ahora lo tiene a sus pies quemando el mundo con tal de protegerla.

Pero Ilenko es inmune a su encanto y lo único que quiere es venganza con la debilidad que más protege y es esa denominada "Familia" Definiendo todo con el:

Ojo por ojo. Diente por diente.

Él es un Boss, un Amo, un Dios y la Bratva es suya.

Ella es ley, amenaza, maldición y una importante doctrina militar juega de su lado.

La venganza es un juego peligroso donde pagan justos por pecadores y los Romanov lo saben, por ende, juegan con una regla universal y es "No te enamores de la presa"

━━━━━━━━━━━※━━━━━━━━━━━

Esta historia cuenta con su propio sistema judicial denominado: FEMF (FUERZA ESPECIAL MILITAR DEL FBI) Y su propia estructura criminal.

Encontraras terminos como;

MAFIA ROJA: MAFIA RUSA.

Boss: Es el jefe de toda la hermaldad. Encargado de tomar toda decisión sobre los asuntos de la familia, y tiene todo poder sobre ella.Un termino dado por mí para el soberano.

Underboss: La mano derecha militar del Boss y el subjefe de la familia, su posterior sucesor. Normalmente suele ser el hijo de la gran cabeza.

Sovetnik: "Asesor o consejero"

"Voyeviki: Soldados de la mafia.

━━━━━━━━━━━※━━━━━━━━━━━

CAPITULO 1 — ROMANOV.

Ilenko.

La muerte de Sasha está latente en el salón impregnado del dulce olor del incienso.

La partida de mi hermana me pesa como si fuera ayer y el tronar de las balas late en mis oídos todavía. La imagen de esa perra disparando sin ningún tipo de piedad.

«Mi clan está en riesgo por ella, por la puta maldición que carga en los ojos la cual enceguece a todo el que la mira, pero no a mi»

Yo sé lo que es y por ello me apetece empalarla en el centro de Moscú, pero primero haré que le pese la sangre de Sasha pagándole con la misma moneda.

Ella manipula con un arma llamada seducción y la mayoría de los clanes del mundo la respetan tanto al punto de rendirle pleitesía.

«Rachel James». Soldado, agente y teniente destacado de la rama judicial más poderosa del planeta.

Su nombre me enfurece mientras observo la ruleta que está frente a mi. Dicha ruleta alberga dos fotos de las perras que tiene como hermana.

Camino como un león enjaulado evocando como la gran ramera usó mi organizacion para matar a sus enemigos.

«— Hoy el león le sirvió a la gacela, Ilenko Romanov...» Me metió en su juego por mero capricho haciéndome quedar en ridículo.

Una James usando la cabeza de la mafia más sangrienta de la tierra a su favor. Se ha metido con mi negocio y nuestro último cara a cara me ha reiterado lo peligrosa que es.

Fijo los ojos en mi primogénito que espera impaciente, Vladimir Romanov, con 20 años ya está mentalizado a ser uno de los grandes. Lo

tuve a los 16 años y lo he moldeado queriendo que su nombre sea igual de temido al mío.

—Esta prohibido equivocarse en esto —advierto— Es ahora o ahora y no voy a descansar hasta que no le pese todo lo que ha hecho.

—Tu solo ordena y yo obedeceré —afirma.

Un leve movimiento con la cabeza lo pone a girar la ruleta mientras yo cargo la Makárov que uso como arma de fuego, empuño el mango de plata dando varios pasos atrás.

¿Qué es lo que más duele? «La familia» Y por ese sendero va encaminada mi venganza.

La ruleta sigue girando mientras apunto con firmeza detallando el movimiento constante que rota con las dos fotos. Mi dedo toca el gatillo y la bala sale disparada deteniendo el juego con un tiro certero que elige y marca a mi próxima víctima. Mi hijo se posa frente a mi reparando la imagen atravesada por el proyectil.

—Emma James Mitchells —comenta.

No me gusta el guiño del destino, quería a la otra que parece ser una pieza más valiosa. Esta es una sarnosa de 18 años que no tiene relevancia ni pinta de buen futuro. Me acerco a detallar la foto, tiene los pies metidos en un lago y el cabello suelto sonriéndole al sol con unos lentes oscuros.

—Es la nueva presa y el león tiene ganas de comer —se deleita Vladimir.

Meto los dedos en mi cabello lidiando con la euforia que desata la sed de venganza. «Quiero a toda esa familia destruida» El destino eligió y la rata menor ya está condenada a la hoguera.

—Ve por ella — exijo.

—Como demandes, padre.

Vladimir atraviesa el salón erguido y con el cabello trenzado a lo largo de la espalda. Compartimos los mismos rasgos nórdicos de nuestro apellido cargando una melena la cual es sinónimo de poder desde tiempos ancestrales.

Yo no soy un cualquiera, soy la cabeza de todas las organizaciones criminales de Bratva. El mundo tiene más clanes, pero yo soy el soberano de la mafia roja.

Cierran la puerta y sigo viendo la ruleta, hace muchos años hubo una vieja profecía la cual narra la lucha de un demonio, un Dios y una bestia. Se dice que solo el legado de dos puede preceder en la tierra y yo hago parte de esa leyenda.

Vengo del Dios, mis enemigos cargan la sangre de la bestia y el demonio. Mi nombre está escrito en el testamento del inframundo.

Soy rey, amo y ejecutor. Por ello debo destruir la amenaza que las James son para mi apellido ya que ellas también están escritas en esa vieja biblia con olor a azufre.

Se dice que las James tienen sangre de ninfa porque su embrujo ha pasado barreras nunca antes vistas. La teniente me lo ha demostrado, por ello la detesto y quiero acabar con la maldita sangre que no hace más que arrodillar a los grandes.

CAPITULO 2 — ¿NO SABES QUIEN SOY?

Emma.

Bien, aquí estamos, hay que hacerlo, vamos... Si parece difícil, pero pues mi madre no crió una perra débil..

—¿Nerviosa? —pregunta el chico frente a mí— Te veo pálida.

—¿Yo? —suelto a reír con frescura— No seas crédulo, soy así.

—¿Segura?

—Si, si, dale.

Se saca la playera mientras me mentalizo que me va a desflorar. Si, por estúpido que se oiga quiero saber qué se siente tener un miembro en mi canal, me harta ser la inexperta del grupo.

Se acerca despacio mientras mis labios esbozan una coqueta sonrisa, posa la mano en el centro de mi espalda dejando que nuestros labios se acaricien. El beso es suave, me está teniendo paciencia ya que le he dicho varias veces si y luego no. Baja a mi cuello y voy perdiendo el miedo dejando que se aleje a despuntar el pantalón.

¿Estoy húmeda ya? No, veamosle el pito a ver qué pasa. Procede despacio, el bóxer aparece, mete la mano en la tela sacando el miembro y...

La química se esfuma , no era lo que esperaba, pero al igual sirve... Se acerca a besarme de nuevo y esta vez siento que me repugna. «Este chico no me gusta mucho» En un momento percibo que las paredes me acorralan, que su lengua es un tentáculo baboso y...

—Tu turno —pide sentándose en la cama.

—Va .

Sujeto el borde de la playera tratando de hacer un movimiento sexy, el gesto lo enloquece y... Tomo mi mochila corriendo a la salida mientras mis patines me maltratan chocando contra mis muslos durante la huida.

—¡Emma! —me grita Martín mientras bajo la escalera— ¡No seas calienta huevos!

Corro más rápido alcanzando la puerta, pero el muy pendejo prende las alarmas y las rejas principales empiezan a cerrarse.

—¡No seas gilipollas, Martin!

—¡Emma! —sale a medio vestir.

—¡No quiero ya! —le grito sin dejar de correr.

La reja se cierra a pocos metros y no dudo en treparla al notar que trata de alcanzarme.

—Siempre me haces lo mismo.

—¿Para qué me crees?

—Eres una estúpida —increpa— ¡Ve y llorale a tu papi, fracasada!

Le saco el dedo medio e inmediatamente se devuelve a su casa.

—¡Te estaba usando! —le grito— ¡Y tu pito es raro!

No contengo la carcajada en lo alto de la reja, estrella la puerta cuando entra y sigo bajando muerta de la risa, pero lo divertido se acaba con la llegada de la patrulla que da vueltas en el vecindario.

—Señorita ¿Qué hace? —baja un oficial— Está invadiendo propiedad privada.

—No, estoy saliendo de una propiedad privada.

Aterrizo acomodando mi mochila.

—El dueño activó la alarma —indica.

Muevo el indice pidiéndole que se acerque. Es un hombre de edad que obedece sin apartarse las manos de la cintura.

—Lo dejé frustrado y está respirando por la herida, pero ya me voy.

Me abro paso dejando el intento a medias cuando el otro oficial se me atraviesa.

—Tendrá que acompañarnos a la estación.

Rick James es lo primero que se me viene a la mente, todos los vellos se me ponen en punta al recordar algo peor y es... Luciana Mitchells.

—Esperen, todo en la vida tiene solución y esta situación no es la excepción.

—A la patrulla —me ponen las esposas mientras varios transeúntes se detienen a mirar provocando que entre en pánico.

«¡Mi madre me va a matar si descubre que salí a perder la flor!»

—¡No lo vuelvo a hacer! —lloriqueo— No me traten como una chica mala que soy un angelito.

Hago un puchero suplicando en vano ya que el auto se pone en marcha condenandome al peor castigo de mi vida.

¿Qué le voy a decir a mi papá? Pataleo desesperada.

—Oficial, usted no sabe quién es mi hermana así que déjeme ir —empiezo a conciliar a través de las rejas— Si no me libera vendrá a patearle el trasero.

Desquiciada o como me acabo de mostrar, mi nombre es Emma James Mitchels y soy la semilla más pequeña de Rick James y Luciana Mitchells.

Toda la familia por parte de mi padre pertenece a la FEMF (FUERZA ESPECIAL MILITAR DEL FBI), la rama judicial secreta más grande del mundo. De esta asociación solo saben las entidades que hacen justicia (Policía, DEA, INTERPOL, etc) y los criminales que el comando especial tiene en la mira.

LA FEMF es el máximo ente judicial el cual persigue a las bandas más peligrosas de la tierra y mi apellido se conoce en todos los comandos, ya que mi padre es un ex general de renombre y mi hermana una teniente que ha dejado la reputación de la familia en lo más alto.

«Yo soy como el hijo defectuoso, ese que parece que hubiesen dejado en la puerta en una noche lluviosa»

Me bajan del vehículo mientras ruego que se desate el fin de los tiempos para que mis padres no me maten (Se supone que no debo salir sin escoltas). La cosa es que me hartan y no puedo hacer mis cosillas, como perder la virginidad por ejemplo.

—Le di una oportunidad y no me creyó —le advierto al oficial— Ahora se atiene a las consecuencias.

—¿Me está amenazando?

—Estoy siendo misericordiosa advirtiendo con justa causa.

La penitenciaría de Phoenix es pequeña. Deslizan las rejas quitándome las esposas e inmediatamente se pegan al teléfono con mi documento en la mano, mientras aferro los dedos a los barrotes orándole al señor de las desgracias.

—¡Piedad, por favor! —lloriqueo maldiciendo a Martín— No sabía que dejar un pito parado se consideraba delito.

«La gente es tan inmadura» El oficial sacude la cabeza con el teléfono en la oreja.

—Señor, dispáreme —le pido al policía— Eche mi cuerpo en un container pero no deje que mi padre me vea aquí.

Muevo los barrotes exasperando a todo el mundo. Esta ciudad es un nido de loros, los cotorreos corren rápido, es algo que a mi madre no le va a gustar y ya me han castigado tres veces este mes.

Me callo cuando el mismísimo Rick James aparece furioso después de cuarenta minutos de lloriqueos. Papá es el progenitor que todos sueñan, pero cuando se enoja lo mejor es comprarse un ticket a P. Sherman, Calle wallaby 42, sydney.

Si, no existe ¡Pues la piedad en los castigos de mi papá tampoco!

El oficial le extiende la mano a modo de saludo. Ya tuvo que mirar mi historial y debe saber que quien es, quien soy como también debe saber que mi lápida dirá:

"Murió al ser enterrada viva por su propio padre"

—General James, esta niña dice que es su hija y fue hallada colgada en una reja sacando el dedo del medio.

Me mira quitándose los lentes y le muestro los dientes sonriendo como si fuera lo más gracioso.

—Nos ha estado amenazando con su hermana que...

—¡No la conozco! —se devuelve— Colóquele un overol y llévela a trabajar al desierto.

—¡Papá! —exclamo ofendida— No me quieres ¿Cierto? Claro, como no soy tu favorita.

Regresa y le vuelvo a sonreir. Me ama, no tengo dudas pero, como ya dije, sus castigos son inhumanos.

—¿Por qué andas colgada en rejas y por qué expones el nombre de tu hermana? —se molesta— Emma ¿Qué te he dicho?

—Lo siento —frunzo los labios a través de los barrotes en busca de un beso y me toma la boca con la mano sin la más mínima ternura.

—No sé qué hacer contigo... —evita soltar una grosería— A cada nada es un lío diferente.

—No lo vuelvo a hacer...

—¡Siempre me dices lo mismo! —lo exaspero.

—¡Son cosas de pubertas!

Sacude la cabeza volviendo al escritorio de los policías.

—A esta niña me la regalaron y tuvo varias caídas en la infancia —dice — Me la llevaré y haré que su psiquiatra la revise.

Abren la reja, me devuelven los documentos y lo sigo al coche, no sin antes esperar que los escoltas tomen las debidas medidas. Se pone al volante mientras las motos y camionetas lo siguen de inmediato.

Esto es algo que detesto y me fastidia, estar con mil personas encima. Mis amigas salen, bailan, se divierten y yo no puedo dar el más mínimo paso porque siempre estoy siendo vigilada.

—¡Emma, no puedes salir desprotegida! —reclama mi progenitor.

—Tengo 18 años y sabes que no me gusta que me sigan, mis amigas nunca están cómodas conmigo. Papá, ya lo hemos discutido...

—¡Es por tu seguridad! —me grita— ¡¿Quieres pasar lo mismo por lo que pasó tu hermana?!

El tinte de desespero me rasguña por un momento, «Tienen que entender que yo no soy mi hermana»

—Necesito vivir mi vida —enfatizo— ¿No se te hace injusto el que no pueda abrir mis alas? Rachel es Rachel, pero yo soy yo.

Se queda en silencio, es de los que trata de entenderte por mucho que le cueste.

—La adoro, pero a cada nada debo cargar con el peso de su fama y no es justo para mí —recalco— Es cruel vivir bajo su sombra.

Sacude la cabeza, llevamos meses con esto. Para ellos es difícil. Después de todo lo que hemos pasado, los últimos años no nos han favorecido en nada y hemos tenido que cambiar nuestro modo de vivir.

A mi me cabrea llegar a casa y estar rodeada de hombres armados por todos lados, ya que somos la segunda familia más cuidada de la FEMF.

Mi hermana Sam se está preparando para ir a la universidad y lo hace saliendo escoltada con dos soldados en moto. A ella le da igual, mi segunda hermana se adapta a lo que le toque sin protestar, sin refutar. Si está segura, el resto le vale.

—¡Emma está castigada! —grita papá cuando entramos— ¡Lavará la cocina esta noche y aseará a los caballos en lo que queda del año! ¡No saldrá y tampoco tendrá visitas que duren más de media hora. Cero prácticas de patinaje!

Dejo la mochila de lado cuando se vuelve hacia mí.

—Vuelves a salir y te cambio la cama por un ataúd —advierte— Y no cualquier ataúd, uno al que le pueda poner candado para que no te me escabullas.

Mi casa es una prisión y mi vida un desastre, ya que cuando no estoy siendo vigilada, estoy siendo señalada, tachada o criticada.

Subo a mi alcoba. Con 18 años no tengo los títulos, ni la inteligencia, audacia y valentía de mi familia.

Sujeto la foto familiar que tengo en el escritorio. A mi edad, mi madre hacía parte de un importante proyecto en la NASA y yo a la mía solo tengo mis patines y mi amor por el hielo.

A mi edad, la primogénita de papá era un cadete prometedor ¿Y yo? Bueno...Yo solo quiero divertirme, pero eso es imposible cuando tu apellido es una jodida leyenda.

Si, somos leyenda gracias a mi hermana mayor quien para mí tiene el apodo de " La puta ama". Rachel James Mitchells es una agente ilustre que sobrevivió a la mafia italiana, a una droga letal y ahora es la esposa de uno de los hombres más peligrosos del momento y eso nos tiene en el ojo del huracán.

Hace poco viajamos a la boda que se llevó a cabo en Londres, ellos viven ahí «El comando operacional más grande de la FEMF está en dicha ciudad»

Mi cuñado es un criminal sádico con uniforme de coronel y, tanto él como mi hermana, mantienen una guerra con las grandes mafias las cuales quieren aniquilarlos.

A mí me da igual sus disputas porque no le he hecho nada a nadie y siento que sus líos no tienen que valerme, ya que no soy ni millonaria, ni ilustre ni famosa como ellos. Soy como ese desastre al que nadie le apuesta.

Salgo de todas las redes huyendo del modo de diversión de mis amigas , ellas salen y yo me encierro. Mis padres me sacaron de la academia militar y me obligaron a tomar un año sabático lejos del ejército.

—¿Saliste sin los escoltas? —Mi madre irrumpe en mi alcoba.

—Llevaba tres días encerrada... Y no es que este en riesgo siempre. Recuerda que soy un cadete con entrenamiento militar especial que sabe

defenderse.

—¿Y? —se molesta— Emma, ya te dije que por este año...

—¡Pues no me parece justo! —le hago frente— ¿Qué estoy pagando, mamá? Me estoy pudriendo aquí adentro.

La rabia me agita el pecho. Si medimos la magnitud de la belleza con una joya diría que mi madre es un diamante al igual que mis hermanas, yo y todas las mujeres de mi familia materna.

—¡Tengo 18 años y un mundo por delante! —me quejo— Dejen de reprimirme.

Mueve la cabeza en señal de negación.

—¿Reprimirte? ¿No notas que todo es por tu bien?

—¡Pues no lo quiero! —replico— ¡Me niego a este maldito cautiverio!

Me echo en la cama negándome a que siga hablando, a cada nada tenemos la misma discordia. Luciana prefiere irse. Mamá tiene la mala costumbre de castigar con el látigo de la indiferencia y de seguro no me hablará en lo que queda de la semana.

Mantengo la mirada en el techo el resto de la tarde. La noche se toma Arizona y mi padre me grita desde la escalera que se irán al velorio de la madre de un conocido. Me echo la cabeza en la almohada.

«Mi vida es tan aburrida» Extraño la academia, mis amigos y mi libertad. El móvil me vibra y lo alcanzo de mala gana.

—Prisionera 433 —contesto.

—¡Emma! —grita mi amiga Ashley al otro lado— Tienes diez minutos para estar aquí.

—Estoy encarcelada, recuérdalo.

—¡Al diablo! —chilla otra vez— Hay una mega celebración en Sonora y el amigo del primo de un cuñado de un conocido del comando nos va a llevar en una avioneta.

—¿Quién?

—¡Emma, no pienses. Solo trae tu culo y un disfraz al aeródromo ! —sigue gritando— ¡Todos los del comando estarán!

Me muerdo los labios «Amo las megafiestas» Quiero razonar peroooo...

—¿Te vas a quedar como el pedazo de cebolla que todos olvidamos en la nevera? —me regaña mi amiga— ¡Hay barra libre para las mujeres!

Me asomo en la ventana ¡Oh Diablos!.. Al igual ¿Que? Si voy y me castigan da igual. El peor castigo ya lo estoy viviendo.

—Es una fiesta de disfraces.

—No se vayan sin mí —exijo antes de colgar.

Empaco mi maquillaje, busco uno de mis vestidos artísticos de patinadora y mis zapatos. «Me disfrazaré de lo que más amo»

No tengo rastreador por el momento ya que el último me causó un brote y me lo quitaron mientras llega el nuevo, por ende, mi padre no podrá encontrarme.

Me engancho la mochila planeando el escape, ¡México, aquí voy!

CAPITULO 3 —El OLFATO DEL LEÓN.

Vladimir.

El olor a lluvia me pone a respirar hondo, el pecho se me estremece y debo cerrar los ojos varias veces pasando el mal sabor que genera todo esto. Los recuerdos, el gentío y el alcohol promedio.

Armo dos líneas de polvo blanco en el dorso de mi mano, tapo uno de los orificios de mi nariz e inhalo con fuerza avivando lo que me mata desde adentro.

En la monarquía de la mafia roja se nace siendo malo, tu sonajero es el puñal que manda a hacer el Pakhan, cosa que tiene más peso cuando dicho sujeto es tu padre quien ahora es la cabeza más grande.

La palabra "Lástima o compasión" no existe en mi entorno al ser el heredero de la Bratva. Con 20 años ya tengo una promesa, un sello y un juramento siendo el underboss, el cachorro del león.

—Esta cultura norteamericana es bastante interesante —comenta Salamaro a mi izquierda.

Reparo el atronador ambiente de la discoteca que está en medio de una fiesta de disfraces. Salamaro viene de una familia de consejeros y el clan lo puso a medirme con el fin de saber si puedo o no ser como mi padre.

—Pensé que solo Sodom era tan liberal —se lleva el borde del vaso a los labios.

Las mesas cuentan con cortinas que las convierten en sectores privados. El alcohol se reparte como agua al igual que los preservativos.

Mi presa está en el área. Los amigos la sacaron de Phoenix como tanto requería y ahora tengo ganas de dejar que mis hombres la torturen antes de llevarla a Rusia.

Uno de los Voyeviki (soldados de la bratva) Mueve la cabeza indicándome su sitio y mastico la goma de mascar observándola desde el

balcón del pub. No le he visto la cara, pero está agitando los brazos con dinamismo como si estuviera en la mejor fiesta brillando con un vestido de lentejuelas.

—Su energía me llega hasta acá —habla Salamaro, y por un momento me olvido de lo que me estremece el pecho.

Salta, baila y canta dejando que le empinen la botella. Puedo enviar a mis hombres a que la apuñalen, pero la muerte es algo demasiado simple cuando de venganzas se trata. No voy a matarla, pero sí a mal herirla en el nombre de mi tía.

—Esperen aquí —dispongo bajando el pasamontañas negro que solo deja entrever mis ojos y boca.

Me acomodo el cabello y corro la manga de mi camisa escondiendo el haladie de doble filo que le atravesará el abdomen. La mayoría tienen las caras pintadas, cuernos, sombreros y ropa colorida. Camino despacio para no levantar sospechas cuidándome de que no me toquen, de que las mujeres no me unten su sudor de puta.

Varias detallan mi atractiva contextura, pero da igual cuando se es alguien como yo, cuando desde los 15 dejas de ser una persona normal, un ser con vida y solo vives para matar, para ser como tu padre.

Me voy acercando compartiendo el pensamiento del Boss y es que nos hubiese gustado raptar a la otra hermana, a la que estudia medicina. Emma es la que menos vale y tengo la creencia de que le estoy haciendo un favor a la familia.

Sigo caminando, la discoteca está en todo su furor. «Plebe», fracasados con vidas mediocres que no entienden ni saben el verdadero significado de la palabra poder, no saben lo que es dominar con miedo.

Quedo a pocos pasos. La puberta se mantiene de espaldas con traje de bailarina, muñeca o no sé qué traje basura carga, pero alguien me empuja atrás y de la nada estoy frente a ella que se volteó dejando su cara a centímetros de la mía. Su olor me hace retroceder, esa mezcla de loción frutal cala en mi olfato haciéndome apretar la mandíbula.

Salta agitando el cabello antes de plantarse frente a mí posando las manos en mi cuello. El ambiente nos acorrala, quiero quitarle las manos pero no puedo moverme. Su aroma es exquisito y por un momento siento que mi corazón late a un ritmo normal, ni demasiado lento, ni demasiado rápido. Se ríe, empina y nuestros labios se tocan con un beso suave que me toma desprevenido.

Las luces parpadean, todo el mundo grita y mi único impulso es empujarla odiando su insolencia cuando desata imágenes de mi pasado las cuales odio evocar.

—¡Qué disfraz más original! —grita.

¿Disfraz? Sigue saltando muerta de la risa mientras yo me he quedado petrificado. Su boca entreabierta me da sed y no sé por qué me abalanzo en busca de otro beso el cual ella corresponde. Sujeta mis manos las cuales toman su cara profundizando el momento, el calor es agobiante y su pelvis se contonea contra mí avivando el deseo que no he experimentado desde los 14 años.

Sabe bien y su espíritu está tan vivo que siento que estoy besando a cuatro mujeres en una sola. Nuestras miradas se enlazan y vuelvo a besarla, dos, tres besos más que nos han dejado quietos en medio de la pista disfrutando de la química imparable que desprende.

Mi verga ha cobrado vida, cosa que me hace tocarla extrañado. Mis pensamientos solo están en ella y no sé si es el psicoactivo o el ambiente, pero algo se me atora en el pecho entumeciendo mis extremidades. Los besos suben de tono estorbando la pista y mi instinto masculino la sujeta de la mano llevándola al privado que me dejara terminar la tarea.

Cierro las cortinas y en vez de sacar la hoja filosa que le atravesará el abdomen, vuelvo a colgarme de sus labios subiendo el vestido y cayendo con ella en los cojines de terciopelo.

Es delgada, lo que me permite abrazarla en tanto ella mueve las manos a lo largo de mis costillas. Un besuqueo caliente que le saca la pelvis varias veces llevándome al desespero. No sé qué estoy haciendo, por qué no la he apuñalado y por qué mi pene yace duro si...

Acaricia mi torso y sujeto su muñeca cuando intenta tocarme en donde no debe. Mi pecho ahora es un galope sonoro que truena en mis oídos con los recuerdos difusos que me agobian...

Evoco una tormenta, granizo, relámpagos, jadeos y... Noch Prizrak.

«Noch Prizrak: Espectros de la noche»

Rápidamente le quito las bragas con una sola mano sacando mi miembro erecto que unto en medio de sus pliegues mojados, me entrega un preservativo el cual coloco con afán. Su nerviosismo se mezcla con el mío mientras miles de voces llenas de recuerdos invaden mi mente... Frustraciones, miedos, desasosiego. Los ojos me arden al igual que la nariz asomándome las lágrimas, odiando los espectros... Esa noche, ese instante, ese momento...

Aprieto los párpados sujetando el tallo de mi pene enfundado en látex mientras ella une nuestras mejillas rozándose como un animal pequeño. Está inquieta y yo también, ambos compartiendo el mismo brío.

Echo la pelvis hacia adelante y sus dedos se envuelven en mi camisa con fuerza, su barrera me lastima. El pequeño gemido cargado de dolor es un sonido extraño en medio del calvario que se desata en mi cabeza.

No deseo oír su llanto ni sus quejas de primera vez, así que me apodero de su boca azotando su lengua con la mía en tanto mi pene se esfuerza por entrar, por romper y quebrantar aquello que no me da vía libre. Duele y arde, así que con un fuerte empellón me abro paso disfrutando de la estrecha vulva que aprieta mi capullo.

La siento pasar saliva, sin embargo, se contonea un tanto incómoda. No me detiene, quiere esforzarse sin entender que no tiene que hacerlo ya que llegar hasta aquí ya es demasiado, ya es un premio, una garantía para quien ha venido a matarla y tal vez lo haga mientras la folla. Sigue siendo doloroso e incómodo para ambos y por ello seguimos con los besos que solo me reiteran el gran error de todo esto.

El león nunca folla con la presa. Le echo mano al haladie el cual alzo mientras ella mantiene los ojos cerrados... Tengo que hacerlo, es

necesario...

Entreabre los labios acariciándome el brazo con ternura comportándose como si fuera especial, pero no lo es. Sonríe tratando de quitar el pasamontañas y saco mi pene mientras mi mano sujeta su garganta con dureza obligándola a forcejear.

Se retuerce, patalea, pero mi agarre la inmoviliza forzándola a perder el conocimiento. Apoyo las palmas en ambos lados de su cara, tiene una mariposa dibujada en el lado izquierdo, los labios pintados de rosa y unos pendientes con forma de corazón.

Pese a estar dormida sigue emanando una avasallante energía, podría jurar que tiene un reflector escondido en algún lado ya que nadie emana tanta luz. Me limpio la punta de la nariz quitando el preservativo y me acomodo el pantalón

La maniobra no durará mucho así que rápidamente me levanto, tapo sus partes y tomo su brazo pasándolo alrededor de mi cuello sacándola como si estuviera ebria. El psicoactivo y la descarga me tienen aturdido y lo primero que hago es entregársela a uno de mis hombres cuando estamos afuera.

¿Por qué lo hice?

Nos movemos a una fábrica de telares abandonada y estando allí me quito el pasamontañas. Las hebras rubias se me han pegado al cuello mientras que su loción sigue en mi nariz aumentando mi ansiedad.

Vuelvo a inhalar la droga queriendo matar este momento, sin embargo, lo que consigo es la euforia que me hace bajar los telares cuando el alucinógeno me encierra, cuando la luz y la dulzura se van devolviéndome al oscuro container.

Mis puños se estrellan contra las latas de las máquinas hasta que sangran con aquellas voces en mi cabeza... Una tormenta, un grito, un tiro y la cara de mi madre... Recuerdos dolorosos que nunca me van a dejar en paz...

Procuro recomponerme queriendo fingir que nada pasó, aunque mi pelvis esté untada de su sangre, aunque su canal haya provocado mi derrame.

—Ya despertó, señor —avisa uno de mis hombres.

Vuelvo a colocarme el pasamontañas yendo tras él.

—¡Hola! —oigo cuando entro a la sala donde está— Señor secuestrador, ¿Puedo hacer pipí?

No me dejo ver, paso rápido entre las columnas ubicándome junto a Salamaro que se mantiene detrás de un vitral, el moreno me mira cuando la puberta suelta una sonora carcajada. Yace esposada a una silla con una bolsa de lona en la cabeza.

—¡Oigan, en serio, no quiero una infección en la vejiga! —se queja— ¡Es molesto!

—¿Crees que esto es un juego niñita? —pregunta uno de verdugos quitándole la bolsa de lona por detrás— Te vamos a sacar los intestinos.

—Haberme dicho que tenía que cagar antes —contesta— Ahora se llevarán una mala imagen cuando ensucie todo esto de mierda.

Echo los hombros atrás con la rabia que me corroe, ¿Qué se cree? ¿Qué somos sus payasos? La mano oscura de Salamaro súplica calma.

—¿Sabes quiénes somos? —la encara uno de mis hombres y ella bosteza.

—Eh... ¿Los Power Ranger? —contesta— Algo me dice que tú eres el rosado... ¡Oigan, el Dj después de medianoche...!

El entierran un puñetazo que le corta las palabras.

—Ok, ya no es gracioso —alega.

—Tenemos un mensaje para tu hermana —habla el antonegra— Lo grabaremos para que le llegue en HD...

Vuelve a bostezar y la toman del mentón.

—Le vas a decir que por matar a Sasha, nosotros te llevaremos a ti. Que estas son las consecuencias de...

—¡Oh, espera un momento! —lo corta— Capté que por matar a una tal Lupe, ¿Qué era lo otro?

Meneo la cabeza en señal de negación mientras el voyeviki empuña la mano conteniendo las ganas de destrozarle la cara.

—Dejaré que mi colega te muela a golpes.

Se aparta y los pasos de Weston retumban al acercarse, reparo sus gestos buscando miedo, pero ella sella los labios como si estuviera conteniendo la risa... Inevitablemente mis ojos detallan el rostro aniñado, el cabello desordenado, la nariz pequeña y los labios medianamente carnosos.

Su carcajada me saca del trance y vuelvo a mirarme con Salamaro que está igual de confundido. Weston está en el umbral con cámara en mano y ella no deja de reír.

¿Qué mierda se fumó? Esta mal de la cabeza.

—¡Perdón, perdón! —trata de controlarse— Es que estaba esperando a alguien con un puto triciclo al estilo Saw ¡Qué falta de originalidad! Ya veo por qué el que me desfloró fue disfrazado de secuestrador.

La vuelven a golpear y no deja de reír ni cuando la toman del cabello con el labio roto clavándole la cámara en el rostro.

—Rachel —habla el Antonegra mientras el otro graba— Mira lo que tenemos aquí, a tu hermanita...Salúdala linda.

—¡Hola cielo! —ella sigue la corriente mandándole un beso— Los Power Ranger me secuestraron...

Le ponen un cuchillo en la garganta.

—Tenemos un mensaje para ti.

—Me trajeron aquí porque mataste a una tal Lupe...—empieza.

Me doy la vuelta enardecido, ¡Me está tocando las pelotas! ¿Cómo se supone que voy a enviar un mensaje así?

—Emma —volteo cuando el voyeviki ejerce más fuerza— Solo buscas que sea más tortuoso.

—¡Claro que no! —espeta— Y para que veas voy a terminar con esto.

Mira a la cámara.

—Raichil, estos me secuestraron, esposaron y quieren venganza porque mataste a no sé a quién, pero no te preocupes —declara— Ya solté las

esposas y voy a patearle los huevos.

—¿Qué...?

Quedo estupefacto cuando empuja y se levanta de un momento a otro clavándole la silla al antonegra en la cara. Salamaro desenfunda su arma y lo detengo por inercia. No puede matarla y una puberta no va a acabar con dos ejecutores.

Él que la sujetaba blande el cuchillo y ella lo evade con sutileza mientras el otro se repone. Intenta correr, la atrapan y lanza un codazo antes de dar una voltereta escabulléndose fuera en nanosegundos.

Emprendo la persecución sin dejarme ver, Salamaro viene detrás y ella llega a los telares.

—¿Carnada facil? —sacude la cabeza— ¡Con ustedes, Emma James, señores! Patinadora, recluta e hija de un renombrado general.

Los hombres se le van encima y da otra voltereta como si estuviéramos en un circo. ¿Como carajos...?

—En la pista de hielo se ve más bonito —se burla evadiendo y trepando a las máquinas gigantes que llevan a la única salida viable y es ahí cuando saco mi arma lista para matarla, pero mis disparon son más para asustarla que para aniquilarla... Salamaro me alcanza y su cuerpo desaparece en la ventana rota que da a la calle.

Los Voyeviki salen disparados con Salamaro dando apoyo y doy vueltas en el sitio esperando que la traigan. Escucho disparos, gritos y después de unos minutos mis hombres vuelven con las manos vacías.

—La perdimos, señor.

He aquí la ley «No subestimes al enemigo» Su maldito perfil me la muestra como una inservible. Resoplo hundiendo las manos en mi melena, ¡Se me acaba de ir como la arena entre las manos!

—¡Calma Vladimir! —pide.

Pero no, yo solo estoy analizando el descaro y la locura de esa puta. La mandíbula me duele cuando la aprieto con demasiada fuerza, siento una

horrible opresión en la garganta al punto que debo separar los labios para darle paso al aire.

-------———————-------

Emma.

Ya pasó una semana después de la mega fiesta el cual conllevó a la pérdida de mi flor. Creo que todavía tengo jaqueca y... Los recuerdos del intento de rapto que falló gracias a mi sagacidad y entrenamiento de recluta.

¿Qué puedo decir? Me lo he ganado por no acatar las instrucciones de mi padre quien no sabe lo sucedido. No me interesa que me anden sobreprotegiendo, más por algo que es normal siendo una James.

Solo me preocupé por tomar la pastilla del día después olvidando al malnacido que me desfloró. Lo único bueno es que los golpes y las burlas no faltaron.

—¿Dices que era candente? —pregunta mi amiga Asheley quien permanece en mi cama mientras me mido los trajes artísticos que tenía archivado.

—Si —miento con pena— Pasó y luego dimos una vuelta con el fin de conocernos…

Me vieron besar a un extraño y pues no tenía sentido negar que le abrí las piernas a ese extraño. Lo que sí me avergüenza es decir que ese extraño intentó secuestrarme.

Al igual, el callarlo no evadió el fuerte castigo de mis padres que no me hablan, me tienen con el doble de tareas y ni en las fosas nazis se veía tanta crueldad.

—¿Y no han hablado? —insiste Ashley— ¿Te llamó?

—No estoy interesada ha decir verdad —corto acomodando los vestidos en el closet y mi amiga se da vuelta en la cama con una barra de caramelo en la boca.

—¿No podrías perder la flor como una persona normal? —se queja— ¿Destilando corazones como la mayoría?

—Un agente escaló cuatro pisos y rompió una ventana para follarse a mi hermana mayor ¿Qué esperas? —poso las manos en mi cintura— Y esa misma hermana vomitó el perro de dicho sujeto estando ebria, Ash. En mi familia nada es normal.

—Que crazy —es lo único que dice arrugando las cejas— Ahora entiendo todo.

Perder la virginidad era algo que quería, por ende, andaba preparada para cuando se diera la oportunidad, aunque no creí que fuera de una forma tan escandalosa. Ash se fija en el reloj poniéndose de pie, tiene una cita con su novio y mi madre solo le dio treinta minutos para dialogar.

Estampa los labios en mi mejilla antes de largarse.

—Suerte con el castigo —es lo último que dice.

Continúo con la elección de trajes restándole horas a mi martirio. No quiero pensar en lo sucedido ya que en casa no va a pasarme nada y si, cometí un error, pero logré recomponerlo antes de que pasara a mayores.

No he sido la mejor hija en los últimos meses. He escapado varias veces de casa, le he llevado la contraria a mis padres, pero en parte es culpa de ellos por encerrarme de semejante manera.

Me han cohibido mi arte y me sacaron de la FEMF sin tener en cuenta mi opinión.

Bajo a ocuparme de mis tareas mientras todos en casa andan en el plan "Finjamos que Emma no existe". Dedico la tarde a alimentar los caballos, cepillo a las yeguas y en la noche me preparo para una maratón de películas, pero...

—Sus padres quieren verla en el comedor —avisa la joven que trabaja con nosotros.

Apago la tele bajando en pijama hallando a mis progenitores serios frente a la gran mesa. Un sobre blanco permanece entre ambos y solo espero que

no hayan tomado mi orina con el fin de hacerme una prueba de embarazo y esta haya resultado positiva.

—¿Juicio familiar? —pregunto.

—¿Sabías que ese tal Martín le dijo a media ciudad que había cogido contigo? —se molesta mi mamá.

—Eso no es cierto....

—Lo dijo y expuso imágenes tuyas entrando a su casa.

—Pero es mentira que estuve con él —refuto.

—La aeronave con la que viajaste a México era robada y quién los llevó no ha dado la cara —interviene mi papá— Se comprobó que no tenía permisos y que tampoco es un piloto profesional. Todavía tienes la cara amoratada como si fueras una marginal por el golpe que te dieron en esa fiesta.

Ignoro el último comentario.

—¡Pero, yo no lo sabía! —alego— No soy adivina y…

Me manda a callar perpetuando el silencio acusatorio que me inquieta.

—Papá —trato de conciliar— Te juro que no lo sabia…

Me gusta tener las alas abiertas, sin embargo, la cara de decepción me enoja al ser la causante. Ellos son padres ejemplares y eso es algo que no voy a obviar ya que amo a mi familia.

—Lo lamento ¿Vale? —reconozco— Estuvo mal, pero hagamos las paces.

Sacuden la cabeza deslizando el sobre a lo largo de la mesa.

—No fue fácil tomar esta decisión, pero considero que lo mejor es que el año sabático te lo tomes en Alaska —la voz de papá sale cargada de dureza — Allá nadie te conoce, nadie sabe lo que somos e iras de incognito para no llamar la atención.

Apoyo las manos en el borde de la silla, ¿Alaska?

—Emma ,sé que nada de esto es fácil para ti y para nosotros tampoco, pero debes entender que la vida no es ir por ahí haciendo estupideces —me dicen— Tienes que centrarte, ya no eres una niña y nuestra familia no está pasando por un buen momento.

Me abarcan las ganas de llorar. Yo nunca he estado lejos de ellos por más de una semana y me estoy sintiendo como el hijo repudiado.

—Nos duele y es difícil, pero es necesario ya que aquí siento que terminarás cometiendo una locura —reitera— Allá tendrás hospedaje y un cupo en una academia de patinaje para que no creas que no apoyamos tus sueños.

Abro el sobre sacando la hoja con el logo de Dream On Ice.

—No son vacaciones y para que las cosas no se salgan de control solo pagaré lo necesario que son las clases, la comida y la estadía —advierte— Darte más dinero es darte vía libre para que empieces a hacer lo que no debes.

Releo el papel. Es una escuela que nunca había contemplado y un pueblo que tampoco había oído mencionar.

—¿Me vas a mandar a un basurero?

—¿Es que quieres que te envíe a donde? —reclama— ¿A las Islas Canarias? Has tenido un pésimo comportamiento y en ese sitio tendrás la libertad que tanto quieres, ya que como bien lo dijiste, es un basurero y no necesitarás escoltas.

Arrugo el papel.

—¿Dices que eres una adulta? Pues adquiere responsabilidad y sé una adulta.

Me dejan sola en el centro del comedor y lo único que hago es releer la hoja con los ojos llorosos. El llanto me toma y me apresuro a mi alcoba buscando la dichosa academia en la web y el sitio está en la mierda. Termino cerrando la laptop con ira..

—Partes en dos días —indican mis padres bajo el umbral de mi alcoba.

—Todo por rumores que no son ciertos — refuto— Vas a cambiar la cárcel por un pueblo fantasma.

Comprimo mi lado vulnerable, está siendo demasiado estricto. Los ojos me terminan ardiendo y con ello las lágrimas gruesas que me empapan el rostro. Me están apartando de lo poco que me quedaba y era el calor de hogar.

Papá se acerca centrando mis ojos para que lo mire.

—Te amamos, sin embargo, lo de Sonora no estuvo bien —dice— Partir y ser responsable de ti misma es parte de crecer y entender las consecuencias de tus actos.

Mamá se cruza de brazos con la nariz enrojecida.

—Aquí solo te estás convirtiendo en una niña caprichosa y eso no es algo típico de los James —dice y quito las lágrimas— Pule tu talento y en unos meses te traeremos nuevamente.

CAPITULO 4 — NORTH POLE

Sodom/ Alaska.

Vladimir.

Las mazmorras de las Bratva se esconden tras las colinas llenas de nieve. Nuestro dominio absorbe Rusia y parte de este continente que ni siendo vendido ha podido librarse de las cadenas de la mafia roja.

Aquí solo vienen los que quieren corromperse, no hay señalaciones ni prejuicios. Puedes perderte como quieras en el recóndito lugar, el cual tiene como único vecino al pueblo más recóndito de Alaska.

En Sodom, la única ley somos nosotros siendo venerados como reyes desde tiempos inmemorables. Siendo el león blanco que se oculta tras las montañas y del cual nadie se atreve a hablar.

Si quieres tomar una mujer, desnudarla y follarla en plena calle, puedes hacerlo porque eres un Romanov.

Si te apetece pegarle un tiro a cualquiera solo porque te molesta como respira, puedes hacerlo porque eres un Romanov.

En Sodom y en toda Rusia. Sodom no está en el mapa, ser un mafioso de renombre te da la opción de modificar hasta el maldito globo terráqueo si es necesario.

Lástima que ser un underboss no me ha bastado para torturarla, para enfrentarme a esa puberta la cual no ha hecho más que aumentar mi ansiedad.

¿Quién no quiere someter y matar a una James? ¿Quién no quiere pisotear la voluntad de esas míseras hechiceras? Creo que ya se metió en mi cabeza, en mi cerebro, liberándome por instantes de la cárcel que han forjado mis propios pensamientos.

Salamaro aparece a mi espalda con un abrigo que le llega al borde de la barbilla.

—¿La trajiste?

Su silencio es lo que no quería recibir.

—Leoncillo, en Arizona sabes que es caso perdido. Ese no es nuestro territorio —avisa

—¿Ser el hijo del Boss no es motivo suficiente para convertir lo imposible en posible?

Me limpio la nariz con el dorso de la mano dejando que mi consejero se quede a mi lado.

—Su padre la ha sacado y no tenemos idea de dónde está —empieza— Necesitaré semanas para...

Meneo la cabeza en señal de negación, mis fibras anhelan sentir eso... Experimentar de nuevo lo que logró...

Mis botas marcan la nieve cuando echo a andar y mis ojos se cierran recordando los labios que se carcajearon en mi cara. Sorbo lo que tengo en la nariz evocando por segundos el latir de mi pecho sobre ella en el momento que dejé de ser un cadáver, un inadaptado sombrío.

Entro al castillo tomando la escalera que lleva a mi alcoba, la puerta está entreabierta y me apresuro a esta enojado por el hecho de que entren sin mi permiso.

Las notas musicales que salen desatan la ansiedad, empujo y mis pies se detienen con el vestido blanco que han puesto sobre mi cama. La pantalla gigante proyecta el video de boda de mis padres mientras Maxi espera sentado en la única silla de la alcoba.

—Vladimir —mi hermano se pone de pie— Cargas con el peso de la muerte de mamá y no has sido capaz de cobrar la sangre de nuestra tía.

El recuerdo de Sasha duele, los susurros llenos de «No fue tu culpa» me hacen falta.

—Sal de aquí —pido.

No puedo dejar de mirar ese vestido e inmediatamente mi mente viaja a esa noche... A ese instante...

—¿Qué diría la Bratva si sabe tu secreto? —presiona Maxi acortando el espacio— Cargas fama siendo señalado como el próximo despiadado Boss, pero a la mafia no le sirve que esto no...

Lo empujo cuando intenta tocarme, mi furia arremete y termino sujetando el cuello llevándolo contra la mesa. He estrangulado desde los doce años y ya olvidé el montón de vidas que he masacrado.

—¡Mataste a mamá! —me grita— ¡Me dejaste sin ella!

El video se repite, sus fotos decoran la pantalla y empiezo a golpearlo tirándolo en el piso. La odio a ella, a esa canción y a este corrompido mundo lleno de gente asquerosa.

Siento que me respiran en la nuca percibiendo el tacto de dos manos inexistentes contra mis hombros y esa voz «Mal'chik»

«Mal'chik: Niño»

La cara de mi madre aparece, con ello el repelús, el nudo y los gritos en mi mente de ¡Hazlo! ¡¿Qué esperas?! Golpeo y golpeo. Puede defenderse, pero no lo hace.

Odio ese vestido, ese video y a la mujer que lo protagoniza. Lágrimas, truenos y un tiro que me nubla la vista mientras alcanzo el haladie que tengo en la espalda listo para aniquilar a Maxi, pero detienen mi mano levantándome con rabia.

—¡Es tu hermano, Vladimir! —me regaña mi padre.

Mi cabeza está inundada con los espectros de la noche y suprimo las lágrimas. «Yo no puedo llorar frente a padre» tengo que ser como él, más no avergonzarlo. Me tiro al piso quedando de rodillas en un acto de sumo respeto, beso su mano y clavo la frente en ella para que sepa que lo quiero, que me importa y diga lo que diga yo obedeceré.

—Padre, ¿Cómo lo arreglo?

Mantiene la espalda recta y con un leve gesto le pide a mi hermano que se vaya. Soy su primogénito y para mí él lo es todo ya que desde pequeño me han entrenado con el fin de ser el mejor.

—Ya pasó —dice— Nada de ella tiene porqué afectarte, Vladimir.

Muevo la cabeza dándole la razón y es cierto, es lo coherente, pero a mi me duele y me arde cada maldito día de mi vida.

—Eres fuerte, grande y poderoso.

Recalca y me mantengo con las rodillas en el piso, él se agacha quedando a mi altura.

—Sal de esa prisión que tú eres amo, no esclavo —sujeta mi cabeza— Pon en orden las prioridades o no serás más que excremento.

Vuelve a levantarse dejándome de rodillas en la alfombra, llevo las manos a mi cara tapando mi vergüenza, lo dañé otra vez, estaba en la cima e ido cayendo en picada en cuestión de días. Con las extremidades temblorosas vuelvo a ponerme de pie buscando en la cajonera.

Hallo el sobre blanco esparciendo las dos líneas blancas que sorbo con la nariz. El video se sigue repitiendo y emprendo la huida lejos de la casa abordando una de las camionetas.

Salgo de Sodom aventurandome en las carreras congeladas que le dan pasó a la zona industrial, atravieso North Pole buscando ese sitio, ese lugar que me recuerda el monstruo que soy. Cincuenta kilómetros llenos de recuerdos dolorosos, de culpas y represiones.

Dejo el vehículo a la mitad de la carretera adentrándome en el bosque lleno de nieve. La cabaña con olor putrefacto aparece e Inhalo dos líneas de coca sentandome en el porche.

Vienen de nuevo los miedos. Esas manos inexistentes, su rostro, los truenos. Aprisiono las rodillas contra mi pecho soltando el grito que tengo atrapado en la caja torácica.

Me balanceo con aquel desespero y en medio de las alucinaciones el rostro de mi madre es reemplazado por el de ella. Por esa mariposa con alas

filosas que por un momento me hizo sentir normal.

Vomito al darme asco cuando me toco sintiendo repulsión de mi mismo cuando todo se siente como si cargara kilos de baba encima. Mi mente le da paso a las alucinaciones, al vacío, a la caza en medio de aquel bosque y no sé cuánto tiempo pasa. Solo sé que siempre termino en aquel mismo lugar.

El éxtasis de los alucinógenos es de varias horas porque la tarde le dio paso a la noche y la noche al mediodía del día siguiente. Me pongo en pie volviendo a la carretera y sorbiendo el poco alucinógeno que me quedó.

La falta de alimentos me tiene débil, estoy desorientado y los ojos me arden en tanto conduzco a lo largo de la carretera vacía. North Pole vuelve a recibirme, los recuerdos no dejan de torturarme y de la nada me veo pisando el acelerador.

Mi entorno se oscurece por una fracción de segundos y freno cuando siento el estrellón del cuerpo que sin querer arrollo con la camioneta.

-------———————-------

Un día antes.

North Pole/ Alaska.

Emma.

Bien, salir de casa fue más traumático de lo que creí. Las horas de vuelo me dieron tortícolis y ahora sí me veo como una verdadera renegada inservible la cual tuvieron que enviar lejos porque avergüenza a la familia.

Me colocaron el chip del rastreo reiterando las intrucciones de "Bajo perfil"

Mi brazo envuelve mi mochila mientras arrastro la pesada maleta a lo largo del aeropuerto. No hay sol por ningún lado y siento la nariz enrojecida por el frío. Respiro por la boca actuando como si no importara, pero si importa ya que nunca me he separado de mis padres. Phoenix es tan cálido y esto se asemeja a un congelador.

Reviso el papel de la dirección antes de abordar un taxi. Las calles no dan un buen panorama estando solitarias con indigentes calentándose las manos

en la calle.

—¿Nueva? —pregunta el taxista con ciertos matices rusos.

Asiento cerrándome el abrigo, ¿En qué estaba pensando mi papá? Nunca había visto esto en el mapa. Bajo la maleta cuando me dejan en el sitio acordado, una casa de dos pisos con materas marchitas a causa del clima.

—Gracias —sujeto el asa.

Avanzo adentro, no me fijo en la acera congelada y tal cosa acaba con mi cuerpo en el asfalto aporreándome el culo «¡Demonios!»

—¿Emma James? —una mujer de edad se asoma en el porche mirando a todos lados mientras me pongo de pie acomodando el gorro de lana.

—Buen día.

Me abre paso ayudándome con la mochila caminando apoyada a un bastón. El piso cruje cada que camino, el ambiente es hostil, gris y apagado. No puedo vivir aquí, daña mi aura.

—Mi nombre es Fátima —se presenta la anciana— Soy la dueña de la casa, el desayuno lo servimos a las siete, el almuerzo a las doce y la cena a las seis. Después de las nueve aseguramos la puerta.

—¿No cree usted que un poco de azul y verde le dé más vida a las paredes? —pregunto— No le caería mal unos cuadros de ciudades icónicas...

Cierro la boca cuando me mira mal, abre la puerta de una alcoba y automáticamente una chica se voltea sobre su cama.

—Julia, tu compañera de alcoba —informa Fátima— Ya te abrió espacio en el closet.

Me repara mientras arrastro la maleta dentro. La habitación es igual de deprimente que el resto de la casa y mi compañera tiene un estilo varonil con pantalones, cabello corto y camisa tipo leñador.

—¿Qué hay? —choco la mano con ella.

Al menos no estaré tan sola, hay un televisor antiguo y dos camas de un solo cuerpo.

—¿Noruega? —pregunta Julia.

—¿Disculpa?

—Piel de porcelana, cabello negro, ojos azules —empieza— ¿De qué muñequería te escapaste?

Poso mi aporreado culo en la cama.

—Estadounidense, aunque el apellido de mi madre deriva de esos sitios noruegos —comento— ¿Qué hay de ti?

—De aquí —no le pone mucho interés al asunto volviendo a su sopa de letras.

—¿Estudias, trabajas, haces malabares? —abro mi maleta en el piso y ella se fija en los vestidos de patinaje que traigo— Me urge un empleo y siendote sincera no pienso quedarme encerrada aquí, ¿Sabes de algo?

No recibo respuesta.

—No tengo experiencia, pero en casa me han acostumbrado a…

—Mantente aquí, no tienes nada que ir a buscar afuera.

—Mira que no lo había sopesado —ruedo los ojos— Debe ser muy divertido...

No contesta mi pregunta anterior y por mi parte pateo la maleta aburrida, ni ánimos de desempacar tengo y el que empiece a nevar apaga cualquier atisbo de algo. Saco el móvil queriendo enviarle un mensaje a mi amigo Death, pero la cobertura de este sitio parece la de un área rural.

«¡Bien papá, si me querías dar el castigo de mi vida, te felicito!» Me dio un bofetón soltándome en la nada.

Lo único que me entusiasma es que estar en el hielo me da terreno para pulirme en el patinaje.

Todo es un ten, esta porquería con un bonito adorno. Me entretengo con los videos guardados los cuales conllevan saltos, trucos y tácticas

profesionales. El almuerzo es horrible, la cena ni se diga y el dejar ambas comidas intactas me obliga a buscar un abrigo para ir a comprar frituras.

—¡Hey ¿Qué haces?! —me detiene Julia alarmada.

—Voy por soda ¿Te traigo algo?

Me toma del brazo devolviéndome a la alcoba.

—Ya son más de las ocho.

—¿Y?

Cierra las cortinas como si se fuera a colar el apocalipsis.

—En North Pole no salimos en la noche, el clima es para estar en casa —indica— Acoplate, es más llevadero así.

La seriedad que denota me obliga ha hacerle caso «Ya veo porque a papá le gusta esto» Asegura la ventana.

—Sé que el Ice on Drime es algo importante para muchos, pero... —duda antes de seguir— Deberías decirle a tus padres que te busquen otra escuela, se ve que no eres mujer de estos sitios.

—Hermosa Julia, esto es un castigo que levantarán en doce meses.

Me empijamo bajos sus ojos, mantiene los brazos cruzados reparándome como si fuera alguna vaca de exhibición. Sacudo mi cabello antes de recogerlo en una coleta.

—Córtalo —pide buscando unas tijeras en una cajonera— Sé hacerlo, si quieres te ayudo.

Claramente no le dejaré hacer eso.

—Eh, gracias pero no —contesto con educación.

Aprieta las tijeras reparándome de nuevo.

—Duerme bien y no me apuñales con eso, por favor.

Me meto bajo las sábanas dejándola con las tijeras en la mano, la siento inquieta y me quedo con las ganas de preguntarle, ¿Cuál es tu trauma

amiga? Últimamente los seres humanos ven el planeta tierra como una cuna de demonios.

Tengo que estar a primera hora en la academia, así que madrugo y acomodo todo mientras mi compañera se prepara para su empleo.

—No me dijiste cómo te ganabas el dinero —comento mientras me peino.

—Trabajo en la zona industrial —contesta aburrida.

Luce ropa masculina con pantalones anchos y sudadera, nada de perfumes, ni una gota de maquillaje. Mientras que yo me he hecho cuatro capas de rímel envuelta en mi albornoz amarillo.

—Este es mi número. Si necesitas algo llámame, el teléfono de la casera no sirve —me entrega un pedazo de papel.

—Lo agendaré.

—Oye, ven de la escuela para acá, en la cajonera hay películas, libros...

Creo que mi mamá le pidio que me vigilara.

—Ok.

¿Dónde diablos trabaja como para vestir tan horrible? Me visto, empaco los patines y me engancho la mochila antes de conectar los audífonos en mis oídos.

Salgo con las manos metidas en el abrigo y con cada paso me convenzo de que este sitio es un asco, parece que estuviera en el distrito de alguna ciudad utópica. Las personas mantienen las cortinas desaprovechando la luz diurna y ancianos es lo que más te topas.

Finjo ser una rapera mientras camino moviendo las manos como una cantante de color la cual está contra los estigmas de la sociedad, ¿Por qué no fui una rapera negra? Envidio su arte, culos y melanina.

La escuela es grande y ver gente de mi edad prende un poco los ánimos.

—Emma, bienvenida —saluda el maestro que recibe la hoja de admisiones— Soy Peter Cavani, director e instructor de esta escuela,

¿Cómo estás?

—Genial.

Aprecio la pista de ensueño que tengo al frente, parece que estuviera en un estadio con lo inmensa que es. Me deslumbra tanto que me hace sonreír, en Phoenix no hay pistas así y mi sueño es ser una de las grandes.

—¿Te gusta?

Muevo la cabeza en señal de asentimiento.

—Es toda tuya, tu currículum me dice que no eres ninguna principiante así que me gustaría ver qué tienes frente al grupo —apoya la mano en el centro de mi espalda mientras caminamos— Cámbiate y te esperamos en la pista nueve. Si te pierdes, cualquier conserje puede ayudarte.

—Ok.

Le hago caso adentrándome en los pasillos notando que a las pocas chicas que hay les gusta el cabello corto «Corto feo» No discrimino, sin embargo, soy realista. La única con maquillaje y atuendo colorido soy yo.

—¿Qué tal? —muevo la cabeza una y otra vez cuando los chicos pierden la atención en mi vestimenta.

Una falda de pliegues en el congelador es algo fuera de foco en un sitio tan helado, pero en mi defensa solo puedo decir que es la ropa que usaba en Arizona y es como mi marca personal.

Me dejo las medias bucaneras negras las cuales tienen cara de zorrillo. Yo no quiero ser como el resto que luce como si estuviéramos en un puñetero internado.

Preparada para la clase entro patinando en la pista reuniéndome con mis otros compañeros. Siete patinadores profesionales de distintas ciudades, cuatro chicos y tres chicas además de mí. Mi instructor no obvia las medias y estiro los labios mostrando la confianza que me causa tenerla.

—Sonya, Katrina, Briana, Thadeo, George, Mauro, Francisco —los presenta Peter, el entrenador— Son tus compañeros de año.

Intercambiamos los debidos saludos con la acogida más desabrida que he tenido y la clase empieza con la presentación de los dotes de cada uno. Su nivel es avanzado, pero no se compara con el mío, ya que en Phoenix perfeccionaba mi arte con grupos de vocación libre.

Con aquellos que van contra los parámetros con giros prohibidos y velocidades no permitidas. Mi turno llega, la pista me espera e inicio los ejercicios de rutina aumentando el ritmo con las volteretas y movimientos que me hacen ser yo.

Amo el hielo, es como si volara siendo un ave libre. Se dice que nuestra alma se ríe a carcajadas con nuestros hobbies, como cuando tu pecho se hincha al tocar la guitarra, cuando suspiras leyendo tu libro favorito, cuando agitas las caderas con el baile o cuando das un salto triple logrando un aterrizaje perfecto en la pista.

—Cuida tus giros —advierte Peter— Son muy violentos, diría que aparatosos al punto de dar miedo. Evoca los parámetros para que no te sancionen.

Bajo el ritmo retomando la secuencia permitida, «No es la pista callejera» recuerdo. Acabo bajo el silencio de mis colegas y las horas siguientes no son más que prácticas que me recuerdan una y otra vez lo que se debe hacer y lo que no.

—En ocho días tendremos una presentación en un importante evento— avisa Peter— Así que nos enfocaremos en eso.

Movemos la cabeza en señal de asentimiento antes de irnos a los cuartos de cambio. No tengo afán en volver a casa, así que aprovecho el teléfono de monedas para avisarle a mis padres que estoy bien recalcando la pésima señal que, según hoy, a veces desaparece por días.

Después de media hora de llanto por parte de mi madre, cuelgo poniéndome en contacto con mis amigos Tyler, Death y Asheley. (Por ordenes de mi padre no puedo decir donde estoy) Solo les aviso que estare donde una de mis tias.

Les cuento lo más importante, me despido y con poco cambio vuelvo a conectarme los audífonos trotando a la escalerilla de salida.

Sia inunda mis oídos mientras tomo la acera queriendo pasar la calle solitaria, chasqueo los dedos elevando mi desafinada voz, pero callo de golpe con el impacto del auto que me levanta en plena carretera dejándome la mente en blanco.

-------———————-------

CAPITULO 5 —JAURIA.

Emma.

Parece que me hubiesen asestado un martillazo en el cráneo. Duele bastante, la espalda me arde e intento abrir los ojos, pero la tarea es una tortura ya que la angustiante punzada me recorre toda la cabeza.

El entorno está oscuro, yazco acostada boca arriba con un lujoso techo sobre mí. Toco las sábanas de seda tratando de identificar el sitio donde estoy, pero algo me dice que no es un hospital y con mareo logro incorporarme en la cama gigante.

—¿Hola? —toco la gaza que tengo en la frente— ¿Hola?

Repito bufándome a mi misma, es obvio que no hay nadie ¿Quién espero que me conteste? ¿El monstruo del armario? Dolorida saco los pies de la cama, mis zapatos no están a la vista, pero mantengo mis medias al igual que la ropa puesta.

Camino a lo largo de la alfombra de piel de animal, no escucho señales de vida por parte de nadie y la cortina roja entreabierta me muestra la intensa nevada que se desata afuera.

—¿Hola? —pregunto cerca de la puerta.

Poso la mano en la perilla grande que cede sin problemas, el halo de luz se cuela en la puerta y voy abriendo despacio, asomando la cabeza. Solo hay una lámpara encendida, el pasillo está desierto resaltando el tapizado oscuro de las paredes.

No hay ruido, ni gente, parece que estuviera en la casa de Drácula. Sigo caminando hallando una enorme escalera. No tengo idea de donde diablos estoy y él que me atropelló me debe una tele nueva si no quiere que lo demande.

—Holaaaa —vuelvo a decir sacudiendo la cabeza cuando no hallo respuesta alguna.

Me devuelvo avanzando hacia el otro lado donde se ciernen varias habitaciones, llego al final de este el cual tiene una desviación que lleva a una enorme puerta doble.

No es normal despertar en este tipo de ambiente. Hay una luz bajo las puertas dobles y varias sombras se mueven debajo haciéndome avanzar.

—Ho...

Se me quitan las ganas de hablar con los leves jadeos que se oyen dentro.

—¡Suka! —la hipnótica voz con acento ruso me detiene— ¡Suka!

Sujeto mis dedos odiando no entender dicho idioma. Los jadeos se elevan y doy dos pasos quedando frente a la madera con el "hola" en la garganta, mis párpados se cierran cuando vuelve hablar en ese idioma rasgado e imponente azotando algo con dureza.

Pienso en devolverme, pero mi curiosidad me lleva adelante dejando mi mano en la cerradura que se mueve abriéndome una brecha la cual me permite ver el interior que me da una bofetada con lo que veo.

«¡Demonios!» Me quedo inmóvil con la imagen de una mujer esposada a un círculo de metal, amordazada y desnuda.

Se supone que tengo que huir, pero no puedo. Ella tiene un collar de cuero alrededor del cuello al igual que pinzas en los pezones, pero eso no es lo que me eriza hasta el último vello. Es el hombre que aparece descalzo y en vaqueros.

Es alto, muy alto. No puedo detallar su cara, pero sí su magnífica espalda y la larga trenza que le llega a la cintura. Mis dedos se encogen con los hombros anchos. Es grande, fornido, con un porte de vikingo...Emana algo que... Me contrae por dentro, quiero verle el rostro, pero no voltea, solo flexiona los brazos tirando de los pezones de aquella mujer con una cadena.

Estrella la fusta en sus muslos enrojecidos, pero lo excitante está en la fuerza que ejerce en la piel de sus senos mostrándolo como algo cruelmente placentero.

Ella echa la cabeza hacia atrás, no como si le doliera, por el contrario, juraría que lo está disfrutando. Otro azote me hace dar un respingo. Con un duro movimiento de la cadena él arranca las pinzas y acto seguido le avasalla las tetas con palmadas recurrentes que suenan duro ya que tiene las manos enfundadas en guantes de cuero.

—¡Suka! —vuelve a decir secándome los labios al ver como se lame los dedos pasándolo por los pezones que acaba de maltratar, ella jadea con la caricia recurrente y él vuelve a enderezarse.

La fusta suelta un "Zas" Cuando la estrella en su palma y la va rodeando dejandome ver el sexo brillante de la mujer, la azota en distintas partes mientras ella gimotea angustiada, extasiada y desesperada con la piel enrojecida.

El leve movimiento me permite detallar su perfil, diría que por el porte parece mayor, pero esa voz... Mis oídos claman el más mínimo sonido por parte de esa garganta…

Mi sexo se estremece con las ansias de querer detallarle la cara, sigue rodeando a la mujer y por un minimo segundo veo el hermoso rostro que se esconde en el cuello de ella pero ese momento efímero basta para estremecerme por completo. Ese mínimo segundo termina de alivianarme la saliva.

La mujer mueve los ojos a mi puesto y cierro la puerta alejándome lo más rápido que puedo, miro atrás con miedo a que abran dando la vuelta por donde venía, pero termino tropezando con un torso que me arroja al suelo.

Desplazo el trasero en el tapete apoyándome en los codos cuando me encuentro con el hombre que me mira desde arriba. Los pantalones se le ciñen a las piernas, el cabello largo le cae en los hombros y los ojos perdidos lo hacen ver como si estuviera en otro planeta.

—Lo siento —hablo aturdida — Me desperté en la alcoba y no encontré a nadie…

Cierro la boca con la dolorosa angustia que emana. Se acuclilla reparándome la cara antes de limpiarse la nariz. Sus labios están secos, sus

manos maltratadas, sin embargo, no deja de verse atractivo y misterioso. No lo conozco, pero siento que su aura marchita me toca a mí también.

—¿Estás bien? —pregunto cuando su mirada me grita que ha estado llorando. Tengo miedo, estoy confundida, pero correr se me hace ilógico.

Reparo el sobre blanco que toca el piso «Cocaina». Él cae contra la pared estrellando la cabeza una y otra vez en el cemento y me incorporo sujetándole los hombros para que no lo siga haciendo.

«Lárgate» Grita mi cabeza, pero el azote de mi pecho exclama «Socorre»

—Oye... —susurro buscando los ojos leonados— Mírame, ¿Eh? Mírame.

Me sujeta con fuerza al punto del que temo a que me rompa el brazo. Las lágrimas se le deslizan por el rostro llorando como un chiquillo y parte de eso me impregna a mi también haciéndome arder la nariz. No todos los días ves a un hombre de su porte de un modo tan susceptible.

Evado su fuerza sujetándole la cara limpiándole las lágrimas con los pulgares, pero no deja de llorar apretando los labios con fuerza, ¿Qué perdió como para llorar así?

—Está bien —apoyo mi frente contra la suya con ganas de atrapar todo ese dolor que destila— El llanto no reprime, también libera.

Me pongo en pie abrazando su espalda con mi brazo, dejando que se apoye en mí.

Mi hermana también fue dependiente y aunque no estuve con ella presté beneficencia en ese mundo. Di el consuelo que no pude darle a mi sangre estando lejos.

Entro con él a la alcoba dejándolo en la cama, está absorto y lo único que hace es reparar mi rostro mientras lo libero del calzado. Poso las manos en el centro de su pecho colocándolo en la cama y doy la vuelta ubicándome a su lado.

«Se ve tan mal, tan lastimado» Estiro la mano escondiendo un mechon de cabello rubio tras su oreja.

Es bello, las adicciones suelen quitarnos el brillo, pero sigue siendo bello. Vuelve a llorar cargado de sentimiento apretando la mandíbula con dureza.

—¿Quieres un abrazo? —pregunto.

Se queda en silencio, no sé si entiende mi idioma, pero su dolor me dice lo que no me dice su boca y por ello me desplazo apoyando la cara en su pecho mientras lo abrazo.

¿Dónde estoy? No tengo idea.

¿Es un día raro? Obviamente si.

¿Desistí de mi tele? No, ahora quiero una más grande.

Mis ojos se cierran evocando al hombre que vi tras las puertas de madera. Estoy asustada y confundida al mismo tiempo.

Me dan ganas de salir de nuevo, sin embargo, siento que este chico en verdad necesita compañía. El frió me toma, me encoge y el sueño llega al lado del desconocido el cual no sé si me asfixiará con la almohada mientras duermo.

-------———-------

Las ganas de mear es lo que me despierta a la mañana siguiente. Alzo la cabeza con el cabello enmarañado y somnolienta. Busco el baño, vacío la vejiga, hago uso de los útiles de aseo mojándome la cara y lavándome los dientes con el índice.

Salgo nuevamente tratando de buscar mis zapatos, pero cuando giro me encuentro con el sujeto que rescaté anoche pulcramente arreglado. Se ve mejor que ayer con un traje sin corbata y el cabello suelto, el cual ahora luce más cuidado que el mio.

—Soy Emma —acabo con el silencio — Ayer alguien me atropelló como un fucking venado. ¿Sabes quién fue? Quiero una remuneración por daños y perjuicios.

Se mantiene como una estatua reparándome a través de las pestañas rubias «¿No se acordará que lloró frente a mí?»

—Fue tu culpa —dice serio.

—¿Mi culpa? —me ofendo— ¿Me estás diciendo que salté sobre el capó de un vehículo en plena avenida?

Entrecierro los ojos al caer en cuenta de que acaba de confesar ser el infractor.

—¡¿Fuiste tú maldito topo?! —reclamo— Date cuenta que tu imprudencia casi acaba con mi carrera artística.

—Emma James Mitchels —camina en la alcoba haciéndome apretar la vejiga al oír mi nombre completo— Deberías agradecer no estar en el cementerio justo ahora.

«Ok, a lo mejor vio mi identificación y por eso se lo sabe» Muevo la cabeza en señal de asentimiento, creo que no me van a dar mi tele, pese a todo lo ostentoso que hay en este lugar.

—¿Puedo irme a mi casa? —pregunto.

Como que el ambiente se puso raro y termina empeorándose cuando me merodea detallando mi atuendo. Es el mismo cascarón vacío de ayer, pero ahora con algo que me enciende las alertas de amenaza.

—¿Quién eres? —indago.

—Tu peor pesadilla —contesta.

Veo mis zapatos junto a la mesita, asi que me los pongo bajo sus ojos, mi mente dice que es una amenaza y su forma de mirarme asegura que el hechizo James ha hecho efecto, ¿Para que ser modesta? Sé que mis atributos no son fáciles de ignorar y, como ya lo dije antes, eso trae más problemas que privilegios.

—¿Me llevarás a casa, peor pesadilla? —inquiero poniéndome de pie.

Echa los hombros atrás con mi cercanía. Quién diría que este mismo sujeto lloró en mis brazos ayer. Quién diría que oculta su dolor en una coraza de antipatía.

—¿Cuál es tu nombre?

—Underboss, leoncillo, asesino —contesta— Dime, ¿Qué nombre te apetece poner en tu lápida, Emma?

Mi espalda se endereza con lo último cuando su seriedad me reitera que no es un juego, señala la puerta y un frescor se apodera de mi ser. Sale conmigo mientras abrazo el bolso que contiene mis pertenencias.

Bajamos las escaleras y lo único que anhelo es cruzar el umbral de la puerta principal. Mis pies toman afán cuando estoy cerca, pero nadie me abre. Presiento la sombra de dos hombres más a mi espalda y cuidadosamente me volteo recibiendo el impacto del golpe que me arroja al suelo.

La nariz me sangra, el dolor de cabeza se devuelve y el rubio de cabello largo vuelve a levantarme dejándome a su altura.

—Conóceme Emma, soy Vladimir Romanov —empieza helándome la sangre— Primogénito de Ilenko Romanov, el Boss de la Bratva y hermano de la mujer que la perra de tu hermana mató a sangre fría.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Venganza.

CAPITULO 6 — UNDERBOSS.

Emma.

Participar en una guerra de mafiosos definitivamente no es mi plan de vida con tan solo 18 años. Los golpes me tienen la cara descompuesta y el frío hace temblar mis fibras en la habitación de grados bajo cero.

Pasé por alto el que sacaran sin dolor el chip de rastreo el cual estaba en la parte trasera de mi cuello. No lo sacaron hoy, lo sacaron ayer «Supongo que al traerme».

No puedo abrir un ojo, siento los labios hinchados y las costillas doloridas por las patadas que me han propinado los soldados de la bratva. Me han insultado, denigrado y ofendido escupiendo sobre mí llenándome de insultos. Me han pisoteado reclamando algo que no hice ni sé cómo sucedió.

Sin embargo, no he flaqueado, no he suplicado, ni he pedido piedad. El llanto me ha avasallado la cara y he apartado las lágrimas con rabia. He alzado el mentón soltando lo más bonito que tengo y es mi sonrisa.

Les apetece humillarme con el fin de que mi familia sufra para darse el gusto de decir que pudieron con nosotros. Quieren que a mi hermana le pese el verme suplicar, pretenden que yo le clame y le pida que se sacrifique y venga por mí.

Pero, no lo haré. Aunque esté pagando los errores de ella no le voy a exigir que venga y se crucifique por mí. Rachel ya cargó su cruz y yo puedo resistir hasta que llegue el momento de escapar, porque voy a escapar.

Soy fuerte, mi familia y mis raíces lo son. Esto es solo un escarmiento y una forma de decirme “Debiste escuchar los consejos de papá”.

Los dientes me castañean mientras mantengo la espalda en la pared con las rodillas contra el pecho. El hijo del Boss está frente a mí con un abrigo grueso observándome a la espera de que pida piedad.

—¿Qué música te gusta? —me duelen todos los músculos de la cara cuando hablo— ¿Tienes alguna banda en especial?¿Algun cantante?

Prefiero conservar al hombre que vi anoche y no al que ve mi tortura desde lejos. Mantiene la boca cerrada y, por muy atractivo, cruel y poderoso que quiera parecer, nada de eso borra esa herida abierta que carga dentro.

—No vales un mísero peso, Emma —rasga mi nombre con su dialecto ruso.

—Las personas no se definen en precios —refuto temblando— Y de ser así, nadie en el mundo podría comprar lo que vale mi espíritu. De hecho, creo que son de esos espíritus que ya no se hacen… Si vas a la fábrica de espíritus y exiges "¡Deme uno como el de Emma!" te dirán; "No joven, se nos acabaron hace 18 años".

Da dos pasos con las manos vueltas puños.

—Golpearme no hará que tu herida arda menos, no borrará nada ¿Sabes? —confieso llorando— Y si te sientes mal esta noche también, ven y búscame que estoy dispuesta a consolarte.

Sujeta el cuello de mi sudadera dejándome a su altura listo para golpearme, acción que detiene cuando susurro:

—No lo diré si es lo que te preocupa. No diré que follaste a la chica que ibas a secuestrar.

La altura, contextura y el hecho de que me anduviera acechando me reitera una y otra vez que es el mismo hombre de la discoteca. El aliento helado toca mi nariz y los nudillos se tornan blancos con el fuerte agarre que me envuelve. Su mano tiembla al tiempo que resopla apretando los ojos.

—Soy tu peor pesadilla. Recuerdalo pequeña puta —advierte sin negar mi afirmación.

—Ah, yo soy una mujer paciente —contradigo—Y si quieres que suplique, no lo voy a hacer. Si quieres torturar a mi familia con mi estado, te vas a equivocar porque de aquí a que quieras matarme ya te habrás enamorado de mí.

Suelta una sonrisa apagada antes de mandarme al suelo.

—Pero yo no me enamoraré de ti y ahí estará la falla en tu fabuloso plan.

Suelta una carcajada la cual me muestra los dientes alineados.

—Todas las mujeres son larvas asquerosas y por eso no merecen más que maltrato —espeta— Y más cuando son hechiceras como tú.

Me estrella contra el piso y débilmente me voy a la pared con miedo a que me de otra patada.

—Te mataré después de darme el gusto de decir que un Romanov humilló vilmente a una James —amenaza— Entonces ya tu apellido no será tan grande, tu belleza no será inalcanzable y tu hermana, pese a tener a dos criminales a sus pies, no evitará que el clan Romanov te tenga como esclava.

Se vuelve hacia la puerta.

—Llevenla a los calabozos —dispone antes de salir dejándome tendida en aquel piso frío.

No tardan nada en venir por mí. No me llevan, me arrastran a un calabozo con una mera colchoneta en el piso. El olor es horrible y el entorno se asemeja al de una cárcel con ratas rondando en los rincones.

Me lanzan una patada en el estómago tirando de mi cabello antes de arremeter con otra poniéndome a toser sangre y, aunque me quede sin aire, no hago más que aguantar fingiendo que puedo resistir.

No soy la única en el inhóspito hueco ya que hay una línea de celdas con ojos que brillan en las sombras. Ojos que se acercan pegándose a los barrotes mostrando cuerpos gigantes llenos de tatuajes con heridas, quemaduras, ropa andrajosa y cabellos asquerosos.

—¿Podemos decorar nuestras celdas en navidad? —pregunto antes de que se vayan los verdugos— De ser así, quiero que mis luces sean azules.

El sujeto vestido de negro se devuelve a lanzarme un codazo en la mandibula el cual me desestabiliza.

—Aquí te enseñamos a mantener la boca cerrada —sale.

La única pared es la del fondo, el olor a heces es insoportable y por las pequeñas grietas del piso están llenas de orina. A mi izquierda y a mi derecha solo tengo rejas de acero con convictos.

—Amigos, mi nombre es Emma. Cuando vaya a mear les agradecería que se volteen —advierto— Los modales hacen al prisionero.

No contestan, solo percibo la hambrienta mirada que prefiero obviar.

—Cuando se sientan cómodos pueden decirme como quieren que me dirija a ustedes, nobles convictos.

Soy la única que yace en una celda para sí sola, las demás tienen dos o tres prisioneros que se alejan cuando me dejo caer en el duro colchón. Todavía estoy temblando de frío, hay cámaras que me apuntan y tipos enormes rondando los pasillos.

El tiempo pasa, mis huesos duelen al igual que todas mis extremidades. Anhelo algo caliente, alguien que me despierte, que me diga que solo es un mal sueño y que debo levantarme a entrenar.

Necesito que me digan que es solo una lección por no valorar lo que tenía y por haber renegado en ciertas ocasiones. Quiero contarle a Death que me golpearon para que me abrace con sus brazos llenos de testosterona y luego vaya conmigo a la pista de hielo como teníamos planeado.

Quiero que mis padres curen mis heridas y que Sam me diga “Eso te pasa por desobediente”. Y quiero gritarle “¡Perdón por no ser perfecta!”

Quiero que Rachel se sienta orgullosa por no darle lo que quieren y luego le cuente a sus maldiciones que su tía fue valiente.

«Y así será» Me convenzo, tendré una buena historia para contar.

—Emma —se pasea un sujeto alto de cabeza rapada—¿Soportarías las vergas de estos prisioneros? Me han dicho que eres una perra, una inútil a la que tus padres envían lejos para que no los avergüences.

Entra. Mantengo las rodillas dobladas tratando de levantar la cabeza y termina dándome un puñetazo en la nariz.

—¿Quieres mamar mi verga? —estrella mi cabeza contra el piso— ¿Te apetece que me cague sobre ti y luego te unte de lo que eres? ¡Y es mierda!

Mi vista se oscurece con el siguiente golpe.

—La puta de Phoenix, la rata de la familia "Honorable" —sigue.

Los puñetazos en la espalda me dejan en una posición fetal cubriendo mis órganos y piernas «No quiero que me las arruinen apagando mis deseos de patinar» El verdugo arremete una y otra vez mientras me trago los sollozos.

—¡Todo esto es por la Sasha de la que te carcajeas, por la Sasha que tu hermana aniquiló! —despotrica—¡Dime ¿te duele?!

Indaga, sacudo la cabeza y ataca de nuevo tomándome del cuello enterrando bofetón tras bofetón hasta que mis mejillas pierden sensibilidad.

—Te veo mañana, perra —me devuelve al suelo.

—Ok —musito.

Sale dejándome con el rostro lleno de lágrimas las cuales salen inconscientemente.

—Estoy bien, amigos —escupo la sangre que emana de la boca— Créanme que duele más la crítica del jurado en la pista de hielo.

Los párpados se me cierran y mis músculos están tan resentidos que no doy para levantarme. Dejo de medir el tiempo ya que mi mente solo quiere que mi cuerpo se recupere. A todos les dan comida menos a mí.

La poca luz que se cuela por las rejillas de arriba avisa la llegada de la noche, sigo en el mismo sitio soltando suspiros llenos de dolor. «Mi papá jamás me ha puesto un dedo encima» . Ni mi madre tampoco.

Soy un desastre, si, pero el maltrato no es común en mi hogar. El entrenamiento en la milicia es rudo, sin embargo, no he sido sometida a entrenamientos que me dejen así de destrozada.

Con el pasar de las horas se asoma una sombra entre las rejas. Alto, atlético y rubio; así es el underboss, que de estar conmigo en la vida

cotidiana daría lo mejor de mí con el fin de alegrar la oscura existencia que tiene.

Arroja un pedazo de pan el cual cae cerca de mis dedos.

—Qué considerado, Vladimir —hablo débil—La levadura no es conveniente en mi deporte, pero muchas gracias.

Deslizan la reja dándole paso y alzo la mirada para verle la cara.

—Cómetelo —lo patea acercándolo más.

—Ya lo besó satanás —contesto ganandome el peso de su pie sobre mi pantorrilla.

—Cómetelo —reitera.

—No...

Afirma más apoyando todo su peso. Respiro con temor a que mi hueso corra peligro y lo termino empujando haciendo caso al instinto de supervivencia que me tambalea al ponerme de pie. Me empuja llevándome contra las rejas.

La luz es escasa, pero noto el gesto desencajado sintiendo de nuevo ese dolor que transpira. Y el que suspire como cuando lloras demasiado me muestra al hombre que vi por primera vez aquí.

—Créeme que esto no te hace más hombre —musito— La violencia no da poder, da asco y fuerza a quien la recibe.

—¡Cállate! —me grita estrellando mi espalda contra los barrotes— ¡Cállate, puta!

Tiembla y en vez de odio siento lástima porque no sé quién le hizo tanto daño como para actuar así. Acorta el espacio uniendo su aliento con el mío. No tengo idea de qué quiere hacer, qué quiere demostrar o qué quiere ocultar.

Pero vuelve a sacudirme una y otra vez hasta que se cansa, hasta que termina jadeando con mi escuálido cuerpo entre sus manos y su frente contra mi sien respirando por la boca.

—¡Súplica! —pide— Doblegate, pequeña puta.

Vuelvo a absorber esa tristeza cargada de odio, ese desconsuelo y ese resentimiento que no vi ni sentí en los dependientes desahuciados que ayudé.

—Lamento que te hayan lastimado así —susurro— Lo lamento mucho, Vlad.

Me termina soltando dejando los brazos descolgados y los puños apretados.

—¿Quieres hablarlo? —pregunto débil.

—¿Qué voy a hablar?¿Qué le voy a decir a una esclava que ni su familia la quiere? —ríe sin ganas— Lo único que saldrá de mi boca serán órdenes e insultos con el fin de someterte, pequeña puta.

Pisa el pan quitándome cualquier opción de comerlo, la reja se desliza y él sale perdiendose en la penumbra del calabozo. El dolor no me deja dormir y no hago más que quejarme hasta que amanece.

Mis labios arden demasiado, recibo un plato de avena que me da energía para ponerme de pie. Es una tortura levantarse, sin embargo, quedarme entumida en una misma posición será peor.

—Señores prisioneros, buenos días —saludo— Sean educados y no hagan comentarios sobre mi aspecto. Nadie se ve bien sin una ducha.

No recibo ningún tipo de respuesta. Me vuelvo hacia la cámara del rincón levantando la mano en señal de saludo.

—Buenos días, Vlad —digo. Sé que él necesita ese saludo.

Con dolor estiro mis extremidades tratando de hacer estiramiento con los dientes apretados. No puedo permitir que vuelvan papillas mis extremidades, así que temblando balanceo los brazos citando los movimientos de precalentamiento.

—Patino desde niña ¿Saben? —comento haciendo uso de la elegancia de mi madre— El parque Gorki de Moscú tiene muy buenas referencias ¿Alguno lo conoce?

El silencio es absoluto.

—Deja de hacer eso y estate contra la pared —pide uno de los sujetos que vigila, pero no le pongo atención. Solo aprieto mis labios soportando el dolor que provoca mi salto.

—¡Contra la pared! —vuelve a advertir— ¡Ya!

Hago un giro imaginándome en el parque al que planee ir con mi papá y deslizan la reja estrellando un tubo contra mis costillas.

—¡A la pared! —la bota en mi pecho me quitan las ganas de continuar, pero vuelvo a levantarme ganándome un ataque más violento con el que desfallezco.

El castigo es dejarme sin comida. Despierto de medio lado en el viejo colchón con la mirada fija en la pared. Noto que la noche llegó otra vez y con ello las lágrimas llenas de melancolía.

«¿Y si muero?» Me abrazo a mi misma «Yo no quiero morir sin haber volado alto»

El sonido de la reja no me mueve ni tampoco la sombra del underboos que se acuclilla a mi espalda acomodándome el cabello con algo filoso. Capto su suspiro cargado de tristeza y el movimiento de su cuerpo al acomodarse a mi lado dejando su pecho contra mi espalda en este calabozo con olor a heces.

Siento que me mira por largo tiempo antes de deslizar la misma punta filosa por mis costillas recorriéndome toda. Demora y de un momento a otro me voltea dejando su rostro a centímetros del mío.

—Nozch Prizark —susurra aparentemente drogado.

Su voz y el suspiro triste es lo único que me dice que está vivo. De ahí para allá, no hay nada más que un cascarón vacío. Pasea los dedos por mi cuerpo rozando mis muslos, brazos y caderas de una forma que le sale sin ningún tipo de fin sexual.

Lo reparo alerta a que no pase a mayores, pero tan solo propina un beso pequeño en mis labios, en mis hombros y en mi rostro bajando por mi tórax

y abdomen. Toques llenos de dudas, besos tristes y en un estado más decadente que el mío.

Es como si me besara un cadáver, como si hace mucho le hubiesen robado el alma.

Termina contra la pared dejando que lo observe. El cabello dorado le cae en los hombros luciendo como un hermoso fantasma medieval. Nos miramos uno al otro, yo detallando sus facciones.

—No quedará nada de ti —amenaza— Haré que te pese el haber nacido, pequeña puta.

—¿Así como te pesa a tí existir? —contesto.

—No me conoces pequeña puta, no has visto nada—confiesa—... No conoces los espectros de la noche y no conoces el monstruo que hay bajo esta piel.

Clava la mano en mis costillas empeorando el dolor al momento de levantarse e irse. El amanecer desencadena la agonía que conlleva ponerse de pie y empiezo a mover el cuello con la mirada de los presos sobre mí.

—Amigos, buenos días —empiezo— ¿Cómo amanecen?

El verdugo no tarda en aparecer haciendo sonar un enorme tubo de hierro en las rejas.

—¡A la pared! —exige.

—Verá, sé que es difícil conservar un buen aura en medio de tanta humedad —expreso— Pero una de mis metas es participar en el campeonato mundial de patinaje que...

—¡A la pared! —vuelve a gritar— ¡Esto no es una burla!

—¡No es burla! —no miento— Con tantos golpes…

Entra con un taser de un metro que conecta en mis costillas el cual me deja temblando en el piso.

Pero no desfallezco, vuelvo a levantarme con la nariz enrojecida, muevo los brazos y ellos vuelven a mandarme al piso una y otra vez hasta que mi

cuerpo deja de responder.

Nuevamente me quedo sin comida. Vladimir vuelve a aparecer en la noche y como es poco lo que puedo moverme desmenuza un pedazo de pan en mi boca. Saca mi móvil el cual tiene una foto familiar como fondo de pantalla.

—No eres buena patinando —me dice— Y vi que tampoco eres un buen soldado, solo sabes hacer piruetas de cirquera barata.

Revisa mientras lidio con la angustia de tener el cuerpo tan adormecido.

—Tus padres escriben todo el tiempo, les he contestado por ti… No es difícil imitarte, pequeña puta —continúa— Tu rastreador lo tiene una chica de North Pole, han de creer que al fin has tomado madurez no actuando como una ramera.

Mete pan a las malas.

—En la academia no dirán nada, la casera callará e informará lo que se le diga con tal de no perder la cabeza. Ahora me perteneces, pequeña puta —continúa— Y aquí nadie pone en evidencia el peligro que somos, ya que vamos por ahí como la enfermedad que no sé ve, ni se siente, pero cuando quiere te mata.

—Gracias —contesto tranquila de saber que mis papás no están sufriendo.

Cuando Rachel fue secuestrada fueron momentos duros que nos marcaron para siempre.

— Pregúntale a Sam como está. Ella me hace sentir como una tonta a veces… Porque ella es muy inteligente, ¿Sabes? —le explico— Pero nos amamos mucho y sé que ha de extrañarme.

Me suelta una sonrisa burlesca.

—Emma, tú eres basura. No es que te haga sentir como una tonta —dice — Es que eres una bazofia que no da más que risa. ¿Siete de nueve concursos perdidos? —sigue con la burla— Sin medallas, sin felicitaciones y descalificada por inutil.

Se marcha y paso tres días repitiendo el mismo patrón; saludos a mis compañeros y torturas cada que intento ponerme en pie, cada que estiro mi cuerpo intentando hacer lo mío.

Electrochoque, perros rabiosos en la celda, gases que me revuelcan en el piso con el ardor que desencadenan y siempre todo termina con Vladimir desmenuzando un mendrugo de pan en mi boca.

—¿Quien es Tyler? —indaga con mi móvil en la mano— ¿Es tu novio? Te envía mensajes que he contestado, espero que le duela saber que moriste despues de una humillante tortura.

Los ojos no dejan de escocerme a causa del gas, la piel me pica a un grado desesperante y mi garganta está demasiado seca, no he dejado de toser y mover los parpados es una tortura.

—Es un buen amigo —contesto restregando los dedos en mis ojos— ¿Tú cómo estás?

Sacude la cabeza y la barbilla me vibra. Cada vez estoy peor, tengo la piel cebosa y el cabello lleno de grasa, cosa que empeora mi estado físico.

—Me das tanto asco —se pone de pie pisándome los dedos— Pequeña puta... Pequeña puta ¿Sabías que tu hermana es una heroína en los diarios de la FEMF? Es una farsa al igual que tú. Mi padre está haciéndole frente a su desastre.

Paso las muñecas por mis ojos apartando las lágrimas. Grita algo en ruso y entra con un balde de agua el cual me tira encima. El ardor en los ojos para, pero el frío me cala en lo más hondo.

—Duerme bien, pequeña puta —se va.

El amanecer vuelve a llegar y la debilidad empieza a hacerse presente ya que con pan y avena no es suficiente. No tengo muy claro cuántos días llevo aquí, tantas torturas te quitan la noción de las cosas.

—Amigos, buenos días —me apoyo en los barrotes para poder levantarme— Miren que anoche soñé que ganaba el campeonato ¿Señal del destino? No creo —sonrío débil— ¡Vengan esos ánimos que para mí es un “no te rindas”!

La vista se me empapa cuando de costumbre nadie me habla y la nostalgia me hace flaquear por minutos al verme en un estado tan lamentable. Mis piernas a duras penas me sostienen, la barbilla me tiembla y el pecho se me estremece.

Hago un giro, caigo. Las lágrimas pringan el cemento y vuelvo a levantarme.

Mis músculos se retiemblan, vuelvo a caer, pero no me rindo volviendo arriba. Logro sostenerme, doy un giro, me tambaleo y… Abren la celda preparando el taser.

Retrocedo yendo contra el hierro, mis pies se tuercen en un movimiento involuntario y termino en el piso.

—¡Esta vez la carga te aniquilará ramera! —me gritan.

El sonido de la electricidad me atemoriza y arrastro los codos abriéndome la piel. Siento que el taser se aproxima y… No llega a ponerlo ya que uno de los presos alcanza el cuerpo del verdugo a través de los barrotes llevándolo contra el acero.

El verdugo patalea, otros dos más vienen a auxiliarlo y, acto seguido, se desatan los gritos a coro en distintos idiomas de los cuales entiendo uno y es "Motín". Lo capto cuando alguien lo grita en mi idioma natal.

Estrellan sus cuerpos contra las rejas, sacuden los candados y mi torturador cae inerte en el suelo. Quien lo ha hecho se aferra a los barrotes sacudiéndolo con fuerza. Es un hombre de pelo blanco, rostro arrugado, pero de brazos fuertes y esculpidos.

Los carceleros llegan en manada conteniendo los alaridos, los disparos se toman el calabozo, algo explota, baja un montón de gente en manada y me muevo nerviosa de aquí para allá.

—¡Papá! —grito en medio de la confusa revolución— ¡Papá!

Alaridos, gases, polvos que me hacen sacudir los barrotes con la esperanza de que este caos sea por parte del comando especial que ha venido a rescatarme.

—¡Estoy aquí! —grito— ¡Rachel, estoy aquí!

Quiero que sean ellos. Empiezo a marearme y desfallezco cuando el gas se toma la celda.

CAPITULO 7 — MONSTER.

Al día siguiente.

Emma.

La boca me sabe amargo, el estómago me arde y muevo la cabeza de un lado a otro. Las palmadas en la cara me exigen que me despierte encontrándome con el distorsionado rostro de Luciana Mitchells.

—¿Mamá? —pregunto.

La risa seguida del arranque de la aguja que tengo en el brazo me devuelve a la realidad.

—Despierta lindura —hablan a centímetros de mi rostro y aparto la mano que manosea uno de mis pechos—. Te la iba a meter, lástima que te necesiten arriba.

Me incorporan a las malas sacándome entre dos. Tengo un brazalete en el tobillo, estoy algo mareada, no tan dolorida, pero sí débil al punto que a duras penas puedo sostenerme cuando me llevan a un hueco aparte donde me arrancan la ropa y me arrojan un cepillo con una crema dental la cual tomo lavándome la boca rápidamente.

—Te queremos fresca para cuando llegue el momento de penetrarte —se relamen los labios helandome más— ¿Cuántos aguantarias? ¿Tres, cuatro?

Arroja un jabón y, acto seguido, suelta el chorro de agua fría que me tambalea.

Siento que mi piel respira, que la suciedad y el hedor se van dándome ánimos para no desfallecer. Tiritando de frío me devuelven al calabozo. Los presos fueron golpeados, unos están sangrando mientras que otros agonizan sacando las manos por las rejas.

Me tiran un uniforme y noto las cosas que traje a North Pole esparcidas por el suelo.

—¡Llegó la hora de trabajar! —espetan— ¡Vístete que el Underboss te quiere arriba!

Si me van a sacar quiere decir que hay posibilidades de escapar y por ello no alego. El verdugo sale y yo rápidamente recojo las primeras bragas que encuentro. Las extremidades me duelen cada vez que me muevo, pero es lo de menos. Lo importante es huir.

Meto los brazos en el uniforme negro con delantal; es corto, cosa que no apaga el frio que tengo en las piernas «No me van a ver temblando ni derrotada». Me pongo las medias bucaneras que nunca faltan en mi equipaje, me llegan más arriba de la rodilla y terminan en unas felpudas orejas de panda.

«Eres una inútil» «Una vergüenza» Sacudo la cabeza quitando esas palabras de mi cerebro. «No soy basura por pensar diferente», me repito. Débilmente busco mi neceser sacando la base que esparzo en mi cara tapando los golpes. Debo ser rápida antes de que vuelva y lo soy echandome sombra con brillos, rimel y un intenso labial rosa.

«Puedo lograrlo». Con los brazos temblorosos me ato el cabello en una coleta. Dejo todo de lado cuando vuelven por mí logrando que el verdugo gigante enarque una ceja.

—¿Qué? —pregunto— ¿El rosa no me queda?

El hombre rapado me empuja fuera de la celda, el viento helado se cuela a través de las ventanillas mientras camino casi remolcada. La luz matutina de la puerta que está sobre lo alto de la escalera se ve como un triunfo.

Subimos y entramos a un pasillo oscuro. La brisa me golpea cuando salgo a la luz; hay grandes pinos llenos de nieve a mi alrededor creando un desesperanzador entorno. Me siguen empujando guiándome a la enorme propiedad.

Las pocas personas que me encuentro no se molestan en mirarme, es como si esto fuera común o como si solo fuera una turista cualquiera a la que no hay que darle importancia. Hay hombres armados por todos lados,

camionetas que entran y salen de distintos sitios. Se dan órdenes en ruso y muchos me recorren con miradas cargadas de morbo.

Ingresamos y una enorme cocina aparece despertando mi hambre. El verdugo patea un balde esparciendo el agua en el piso que limpia una joven con mi mismo uniforme. Le indica que se aparte en su idioma natal y esta se mueve rápido.

—¡Matriarca, esta esclava necesita disciplina! —exigen.

La mujer mayor se vuelve hacia mí con el cabello corto pegado al cráneo. Discuten entre ellos y vuelvo a ser empujada llevándome contra la mujer.

—¡Celia! —la matriarca llama no sé a quién.

—Pateala si se pone terca —demanda el verdugo.

—No será necesario —hablo—. Solo dígame qué quiere que haga.

Se miran entre ellos como si estuvieran ante alguna desquiciada ¿Qué quieren? ¿Qué llore y patalee? No, eso sería demasiado corriente teniendo en cuenta que es el pan de cada día con estos torturadores.

—Es una puta que está demente —indica el que me trajo—. No le tengan paciencia.

La matriarca da varias demandas que no entiendo. La joven que llamó recoge útiles de aseo y me indica que camine a la puerta, pero la mujer de edad se me atraviesa reparando mi maquillaje.

—Se nos ha integrado un fantoche —intenta quitarme las sombras— ¿Cómo te llamo? ¿Fantoche o esclava?

—Mi nombre es Emma y no soy una esclava…

Me abofetea.

—Vuelves a contestar y haré que te muelan una mano en la trituradora —advierte y la otra joven se adelanta con la cabeza baja mientras la sigo ardiendo de rabia.

Estoy en la misma enorme propiedad en la que desperté hace unas noches. Cuenta con muebles grandes, chimeneas que parecen hogueras y

cabezas de animales colgadas en las paredes. Es como la casa de un Zar.

La chica toma la escalera y a mi me cuesta mantener el ritmo con lo adolorida que estoy.

—Nadie hace las tareas de otra —advierte—. No importa que tan azotada, golpeada o torturada estés, cumples con tus quehaceres y punto.

Agradezco que en Alaska se maneje el inglés y pueda entenderla con facilidad.

—¿También te secuestraron? —pregunto.

—No, trabajo para comer, niña —se defiende—. Tengo tiempo aquí. He entrenado a varias así que escucha bien.

Se detiene.

—No comemos hasta que la matriarca lo permita, no husmeamos, no contestamos, no nos resistimos —aclara—. La mirada siempre en el piso y las manos juntas y visibles cuando aparece el amo.

—¿Vladimir? —indago.

—No —musita—. El Boss. Y no es Vladimir; es "Señor".

Abre una de las alcobas sin golpear encontrándose con un hombre viejo arremetiendo contra una de las chicas con uniforme, ella cierra de inmediato diciendo algo en ruso mientras yo intento no vomitar ¿A eso se refiere con que no nos resistimos?

Pasamos a la siguiente alcoba tendiendo la cama y recogiendo colillas de cigarro. Hace todo con naturalidad como si no fuera la casa de un mafioso. No tiene signos de maltrato, diría que es de mi edad. Es más robusta que yo y mucho más seria también.

—¿Quién es el Boss? —pregunto.

Abre las cortinas.

—El líder de la Bratva —contesta—. No está, pero cuando llegue acata lo que te dije. Él es el hombre más peligroso de la Mafiya. Uno de los criminales más sanguinarios de la historia.

—Sea quien sea no se compara con Antoni Mascherano —murmuro acomodando los cojines.

—Las esclavas no opinan sobre mafias —masculla en advertencia—. Vas a sufrir si no aprendes a callar.

Antoni Mascherano es... Era el líder de la mafia antes de que la FEMF lo encarcelara. Volvió trizas la vida de mi hermana convirtiéndola en una adicta cuando la secuestró y por ello estoy mentalizada en no repetir lo mismo.

Aseamos las alcobas que siguen, tomamos el pasillo que termina en un enorme balcón y pasamos a la siguiente habitación. La joven que sigo, «Celia», choca los nudillos contra la madera.

—No hables —me susurra—. Solo limpia.

—¡Adelante! —gritan adentro.

Abre y el olor a sexo entra a mis fosas nasales junto con la imagen de un joven desnudo en la cama que predomina en la habitación gigante. Hay una mujer sin ropa bailando en la mesa de tubo que permanece en el centro. Su desnudez distrae y quien me acompaña me codea indicando que me mueva.

—Al baño —indica con firmeza.

Ella sacude ignorando el entorno y yo recojo los papeles sacándolos en bolsas. La música deja de sonar mientras el castaño que yacía en la cama se posa a mi espalda abordándome en la puerta desnudo y con un arma en la mano.

—Emma James —espeta en un tono burlesco—. Bonito labial.

—Gracias —desfigura la sonrisa con mi respuesta.

—¿No sabes quien soy, puta estúpida?

Alzo la vista recorriendo el cuerpo alto y delgado que alberga unos cuadros que apenas empiezan a marcarse.

—¿Mini underboss? —Pregunto al ver el parecido con Vladimir y el cañón del arma no tarda en clavarse en mi sien.

—Maxi, estaba soltando mis mejores movimientos —Habla la mujer de la mesa bajando de inmediato.

—Esta esclava cree que vino a jugar armando motines y contestando como si fuera un alma libre —contesta molesto—. No asimila que está en manos de la Bratva.

El escalofrío me avasalla cuando capto que desactiva el seguro. La mujer de la mesa besa su hombro y por un momento distingo un atisbo de compasión en sus ojos almendrados.

—Hasta para matar le faltan cojones a mi hermano —espeta Maxi— ¿Cierto Vladimir?

Muevo los ojos a la puerta hallando a Vladimir en la entrada, el cañón me maltrata la piel y el Underboss se limpia la punta de la nariz tomándose la alcoba.

—De pronto te mato a ti para que así mueran tus celos —responde el rubio de cabello largo.

Maxi baja el arma tomando su miembro semi erecto, lo sacude y estimula alardeando la dureza que emerge.

—¿Celos? ¿De ti? —contraataca—. Creo que no, hermano…

En segundos tengo a Vladimir encima sacándome con braveza, los dedos largos maltratan mi antebrazo y termino en otra alcoba siendo arrojada a la cama donde desperté hace unos días.

Él estrella la puerta que suelta varias astillas, la asegura y rápidamente se va a la mesa inhalando la droga que reposa en un plato. Algo se me atora en la garganta cuando lo veo quitarse la ropa reluciendo su atlética contextura.

No veo vía de escape ni objeto contundente a la vista, así que nerviosa suelto los primeros botones del vestido. Sé a que va todo esto y no voy a someterme a la tortura de hacerlo por la fuerza. Su bíceps derecho reluce una cicatriz en forma de estrella. Se devuelve a inhalar más cocaína y me fijo en las escalofriantes cortadas que tiene en la parte baja de la espalda.

—¡Voy a follarte, pequeña puta! —dice viniéndose contra mí.

No me muevo y su boca humedece mis labios uniendo nuestros cuerpos. Está tenso, lo siento en el modo de besarme y en cómo sus extremidades se retiemblan lleno de rabia. Sujeta mis caderas antes de deslizar las manos ásperas a lo largo de mis muslos y espaldas sin dejar de besarme.

Tapa mi boca moviendo la nariz a lo largo de mi cuello y desciende con besos pequeños como los que me dio en Sonora. Sigue temblando y dudando a la hora de soltar los botones del vestido que saca despacio antes de quitarme el sostén. No chupa ni toca mis pechos, solo muele sobre mí manteniendo el contacto visual, clavándome esa mirada sin vida que me grita: ¡Estoy vacío!

Sujeto sus hombros en tanto mueve la boca a lo largo de mi garganta dejando que mis pezones toquen su piel desnuda. Su roce es suave, pero firme esforzándose en vez de relajarse. Recibo sus besos absorbiendo su necesidad, eso que lo carcome y lo mata desde adentro.

No hay peor cosa que tenerte a ti mismo como enemigo y yo a él lo siento así. Siendo su propio verdugo.

Mantengo los ojos cerrados mientras ubica la mano en el centro de mi espalda pegándome más a él en tanto sus labios recorren mi clavícula y sus rodillas me obligan a abrir las piernas. Respiro mientras se acomoda y con resignación espero la embestida, pero no pasa lo que esperaba ya que lo único que percibo es un miembro frío moviéndose entre mis pliegues.

No hay dureza. No hay una erección. Lo que lo hace apoyar su frente contra la mía exhalando desesperado. Trato de tocarlo y sujeta mi mano con fiereza desatando el dolor.

—El asco que te tengo provoca esto —alega repasando el miembro frío a lo largo de mis pliegues—. Eres una ramera asquerosa incapaz de prender a un hombre.

Su mano se impone en mi garganta apretando con fuerza.

—¡Ni en eso te pareces a tu hermana! —me grita— ¡Ni para follar sirves!

Aprieta con tanta fuerza que debo enterrarle los dedos en los ojos buscando una salida. Cae a un lado y emprendo la huida, pero su cuerpo me deja contra la puerta antes de que pueda abrir.

—Calma, Vlad —pido.

Pasea el miembro por mi espalda tomándome del cabello, me gira y lanzo un rodillazo que evade.

—¡Incate! —me grita y forcejeo— ¡Incate!

La fuerza sobrehumana se impone con violencia.

—Chupa, pequeña puta —exige—. Haz que me corra.

Mis rodillas tocan el piso al tiempo que el miembro flácido se pasea por mis labios.

—¡Lámelo! —grita— Saborea como la ramera que eres.

Detecto el arma que tiene en la mesa. Paso saliva y le acaricio los muslos buscando la manera de ponerlo duro, pero… «No sé». El miedo a los golpes me juega en contra y hago todo lo posible besándole las piernas, pasándole la lengua por los huevos, pero no sucede nada por más que lo mete y lo saca. No logra la erección desatando mis ganas de vomitar.

—¿Te da asco? —pregunta— ¿Yo te doy asco?

Vuelve a ponerme en pie.

—No… Yo…

—¡Eres tú la que no sirve! —vocifera— ¡Eres tú la que no calienta una bragueta!

Su puño impacta en mi pómulo izquierdo, toco la alfombra con su pie arremetiendo una y otra vez contra mi abdomen.

—¡Suéltalo, anda! —le grito— ¡Me mates o no, seguirás con eso que no te deja vivir en paz!

Las patadas siguen y como quisiera que mis piruetas funcionaran, como quisiera que me llevaran lejos, pero no y, en vez de llorar, sonrío enfureciendolo más. Se me sube encima preparando el puño que detengo.

—Cuéntame Vladimir —musito dolorida—¿Qué se siente tener el poder de empuñar un arma y no la alegría de empinarte una botella en una playa a medianoche?

Pasa saliva con los ojos llorosos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto— ¿20, 21?

Estamos temblando los dos y no le tengo rabia ni odio, le tengo lástima porque mis heridas físicas no se comparan con las suyas.

—¿Por qué no estamos en la universidad o en la disco bailando alocadamente? —sigo— ¡¿Por qué no estamos cometiendo errores ahora que podemos?!

—Eres basura, Emma —gruñe contra mi cara—. Estiércol disfrazado de luz, pero te voy a apagar eso ¡Te lo juro!

Se aparta y viste rápidamente arrojándome la ropa. Solo alcanzo a medio ponerme el vestido ya que me saca a la fuerza.

—No te odio —le digo—, te entiendo, ¿Sabes? Yo también he dudado de lo que realmente quiero.

—¡Basta!

—¡No! —me zafo— ¡No hasta que entiendas que nada de lo que te ha pasado ha sido culpa mía!

Me doblega usando la llave en mi antebrazo la cual extiende la agonía en todo mi cuerpo.

—Vas a meterte en la cabeza que eres una esclava y, por ende, me obedeces —establece—. Me perteneces y eso solo cambiará el día que te mueras.

Me lleva arrastrándome a la escalera, le abren la puerta y avanza conmigo afuera. La nieve se cuela en mis zapatos mientras me lleva no sé a dónde, pero hay varios hombres tatuados empiezan a aparecer.

—La ampliación del gulag siempre necesita manos colaboradoras —me suelta y asiento.

—Si te hace sentir mejor, está bien.

Avanzo cojeando y obviando el frío que me cala en lo más hondo. No tienen que darme órdenes, simplemente me uno a la entrega de bloques siendo una diminuta hormiga en medio de un centenar de gigantes.

No sé qué están haciendo, pero tienen maquinarias pesadas escarbando y derrumbando. El barro me empantana las medias en lo que camino sosteniendo las rocas que me maltratan los brazos y todo bajo la vista del rubio que me mira con dolor, con resentimiento, como si yo lo hubiese dañado.

Y ese es el problema, que alguien nos lastima y no saciamos la ira con quien lo hizo, sino que buscamos a alguien más débil para que lo pague.

La falta de alimentos me debilita y camino por inercia. Mi mente empieza a divagar, a buscar vías de escape sin hallar nada. Los copos de nieve comienzan a caer, los relámpagos empiezan a verse en lo alto y yo sigo de aquí para allá.

—Gracias —digo cada que me dan una roca.

Me desplazo siendo tropezada por varios y se la entrego al prisionero que espera al otro lado.

—Amigo, ten —entrego la roca.

Hay que valorar cada segundo, cada momento, cada instante. En estas condiciones me pesa no haberle dicho a mamá que la amo. Ahora lamento las peleas familiares y haber creado discordias por cosas tontas sabiendo que el mundo carga con cosas peores.

Como el dolor de Vladimir, por ejemplo, quien después de horas entra a sacarme de los túneles. No me opongo, mi vista está algo borrosa y mi estómago clama algo sólido, algo caliente.

—¿Crees que tu familia te extrañe, pequeña puta? —pregunta— Yo creo que no, pero vamos a llamarlos para que se acuerden de tu asquerosa existencia.

Enciende un atisbo de ilusión con la idea de oír una voz familiar. La cocina nos recibe y los empleados desaparecen de inmediato cuando me clava en la silla del comedor.

—A lo mejor se te sale suplicarle a tu papi o a tu hermana para que vengan por ti —saca un móvil—. Esta línea está conectada al pueblo, creerán que los llamas de North Pole a menos que digas lo contrario, pero de aquí a que digas algo que sirva ya te habré abierto el estómago.

Pone el altavoz dejando el aparato frente a mi, suenan dos pitidos y los ojos se me empañan con la voz de papá.

—¿Hola? —contesta.

Doblo los dedos clavando las uñas en mis palmas tragándome el llanto.

—¿Hola? —repite.

—Hola papá —la voz me sale firme y clara—. La próxima señora Klaus lo saluda desde el Polo Norte con una canción que dice:

La risa ronca que suelta me alegra el alma encendiéndome por dentro «Lo amo tanto».

—Jingle bells, jingle bells Jingle all the way—le canto—…. Oh, what fun it is to ride In a one-horse open sleigh, hey Jingle bells, jingle bells…

—Cariño, al fin consigues una buena recepción —contestan al otro lado — ¿Cómo estás? Ya quiero ir por ti, pero...

Vladimir pasea el haladie por mi mandíbula reparando mis rasgos entumeciéndome más.

—No es necesario... La estoy pasando bien —miento—. La academia es genial... el hielo, patino todo el tiempo….

Quito las lágrimas, venir por mí puede traer una tragedia y yo no quiero eso. Si han de querer desquitarse conmigo que lo hagan. Invento un día a día reiterando lo feliz que estoy.

Él me recalca lo mucho que me extraña.

—¡Los quiero! —me despido— Salúdame a mamá y dile a Sam que no monte mi yegua. Les envío un beso del tamaño de Alaska.

—Cuidate.

La llamada acaba y Vladimir cuelga dejando el teléfono de lado, estoy temblando de frío y el olor a comida me despierta más el hambre. Se sienta a mi lado plantando el codo en la mesa con una postura que no hace más que intimidar.

—Eres un juguete bonito, pero inservible —hunde la nariz en mi cabello — ¿Que reluces aparte de dar saltos como una maldita retrasada?

Altera mis nervios, no quiero más golpes.

—No calientas una bragueta, no dominas más de dos lenguas y heme aquí, haciendo un esfuerzo para hablar tu idioma —continúa—. Pero ni así entiendes que estás en medio de una pesadilla y sigues de testaruda negándote a mostrar sumisión. Negándote a comportarte como la esclava que eres.

Sujeta mi cara rozando mis labios con los suyos.

—¿Sabías que en la Bratva desflorar te da el derecho de reclamar a una mujer como tuya asi ella no quiera? —chupa mi labio inferior—¿A que no te lo esperabas? Pues te doy el dato para que pierdas las esperanzas sabiendo que te reclamaré.

Paso saliva y ejerce fuerza cuando intento apartarme.

—¿No te gusto, Emma? —me besa— ¿Ya no te atraigo como aquella noche en la discoteca? ¿Ya no eres una puta borracha?

Desplaza las manos a mi garganta uniendo su boca a la mía. Me pregunto dónde está el ser que besé en la discoteca, ¿Está escondido en alguna parte de él? ¿Fue un espejismo?

—Tócame —posa mi mano en su pecho—. Siénteme...

Obedezco. Un nuevo beso invade mis labios, esta vez por largo rato. Mantengo una mano en la mesa y la muñeca de la otra aprisionada entre sus dedos en tanto su boca no suelta la mía buscando la intensidad que no hay.

Me asusta que busque llenar su vacío con algo que no puedo darle. Corto de manera abrupta, cosa que solo hace que se me lance con más avidez paseando las manos por mis muslos y espalda antes de mordisquear la parte sensible de mi cuello.

—El día que follamos no te di asco —me reclama en un susurro— ¿Ese día si estabas caliente?

Mi cuerpo dispara una oleada de dolor cuando me clavan un puñal en el dorso de la mano que reposaba en la mesa. La sangre sale a borbotones con algo que claramente no vi venir al no ser por parte de Vladimir. Es por parte de su hermano Maxi que sostiene el mango sin el más mínimo atisbo de compasión.

—No te enamores de la presa, hermano —dice—. Es la regla...

Vladimir se le va encima estrellándolo contra la barra. Maxi evade los golpes dándole pelea mientras trato de sacar la hoja sin desfallecer. El menor intenta apuñalar a su hermano y Vladimir se defiende soltando insultos que no entiendo.

Estoy… La empleada que está a mi cargo aparece y trata de ayudarme mientras que la mujer que estaba desnuda esta mañana en la habitación de Maxi suplica por ayuda para detener la pelea.

—Presiona —me envuelve la mano en una toalla después de sacar la hoja.

La contienda se oye como un ruido sordo «Gritos en ruso». La empleada sigue insistiendo en que haga presíon mientras que un hombre de color entra a detener el conflicto. La novia de Maxi lo sujeta en tanto el moreno hace lo mismo con Vladimir.

—¡Mataste a madre! —acusa Maxi a Vladimir— ¡No puedes procrear ni mantener el apellido y ahora también te enamoras de esa puta!

Me es imposible contener las lágrimas y solo siento miedo de la mirada turbia de Vladimir que resopla enfurecido.

—¡Aparte de traicionero, eres un maldito impotente con tan solo veinte años! —exclama Maxi a todo pulmón y Vladimir desarma al hombre de

color apuntandole a su hermano.

—¡Calla! —exclama el Underboos— ¡Calla maldito!

—¡Me la quitaste inutil! —sigue gritando Maxi.

Vladimir descarga el arma en el piso. Otras dos personas entran llevándose a Maxi y el moreno medio estabiliza al Underboss. Sin embargo, él solo se pasea por la cocina con las manos en la cabeza.

—¡Yo amaba a madre, siempre la quise! —solloza— ¡Pero…!

—Leoncillo, calma —le pide y termina atropellando al moreno yéndose no sé a dónde con el afroamericano atrás.

Celia, la empleada, busca la manera de desaparecer, pero sujeto su delantal.

—Ayúdame, por favor… —suplico mostrando la herida.

Aparta el agarre con un manotón y sigue avanzando…

—Una venda, aunque sea… Prometo no volver a pedir nada —lloro—, por favor…

Detiene el paso yéndose a la cajonera donde saca un botiquín. Vigila que nadie la vea esparciendo un chorro de alcohol que me hace chillar. Limpia, pone adhesivo en un mal intento de cierre antes de improvisar el vendaje.

La servidumbre empieza a salir de forma masiva. Celia deja todo como estaba antes de unirse al resto y trato de hacer lo mismo, pero me devuelve.

—Necesito un médico —musito—. Me duele mucho.

—Calla —pide ella—. No lo empeores, solo quédate quieta ya que si te bajan corres el riesgo de que la herida se infecte en los calabozos.

Se abre paso conmigo llevándome a la sala donde hay un cuarto de neceseres a la derecha de la escalera. Me mete en él.

—Los esclavos del amo no pueden salir con nosotros —me sienta—. Si quieres sobrevivir espera aquí hasta que la euforia pare.

Cierra la puerta. Tengo la mano adormecida y mi cabeza recae contra la pared obligándome a cerrar los ojos. La debilidad se convierte en un sueño pesado el cual es interrumpido con el trueno que me hace dar un salto.

Tengo la boca seca y el estómago ardiendo «Si sigo así voy a morir» ¿Hace cuánto no como? ¿No tomo un poco de líquido?

Entreabro la puerta y no hay señales de vida por ningún lado, el único ruido es el de los truenos y parece que viviera en una tenebrosa casa abandonada. No emito ningún tipo de sonido cuando la entrada se abre de repente dándole paso a Vladimir que llega empapado y besando a una mujer con vestido corto.

Pego las rodillas contra mi pecho manteniendo silencio mientras suben, su aspecto me dice que él está drogado y ella ebria «Que no me note» «Que no se acuerde de mí». La tormenta no cesa, los truenos empeoran encogiendome con la tanda de gritos que se desencadena arriba.

—¡No, no! —capto— ¡Ayuda!

Nadie dice nada, nadie hace nada, nadie entra a auxiliar. El desespero en los gritos de la mujer me hace salir. «Tengo un entrenamiento de defensa personal», puedo ayudar para que ella huya y luego malherirlo.

Salgo, no me topo con nadie en lo que voy a la cocina, parece que la noche convierte el sitio en una mazmorra fantasma. El alarido de arriba me hace tomar un cuchillo antes de subir corriendo. Las luces desaparecen, el balcón del pasillo tiene las puertas abiertas y me muevo rápido apretando el mango con fuerza.

Me lleno de valentía antes de asomarme en la puerta entreabierta, pero la ahogada exclamación me detiene… La escena, la sangre, la imagen del Underboss abriendo el pecho y estómago de su víctima con el haladie como si fuera un animal, una muñeca...

La cabeza de la mujer se vuelve hacia mí, muerta con los ojos abiertos. El cuchillo se me cae y Vladimir me nota estirando los labios en un gesto siniestro que me devuelve corriendo cuando viene por mí. Sus pasos retumban y yo solo pienso en huir.

—¡Ven aquí, Emma! —me grita y mi instinto de supervivencia me desvía de la escalera siguiendo de largo al balcón con las puertas abiertas.

Sin pensar, sin idear, trepo arrojandome a la nieve que se cierne abajo. Con el mismo impulso me levanto ignorando los ladridos, las luces, los gritos… Todo. Solo soy yo tratando de huir de esta pesadilla con lágrimas en los ojos.

Gritan y gritan y yo solo me pierdo entre los pinos que se ciernen. Los disparos a los árboles me ensordecen, pero sigo corriendo batallando con la nieve, con los truenos y con las amenazas de "¡Te va a pesar!" Papá decía que en situaciones de extremo peligro nos volvemos superhéroes.

Cuando tenemos ganas de vivir tu mente logra cosas extraordinarias y yo creo que la mía lo hace sacando fuerzas inexistentes, pero si yo soy fuerte, él es dos veces más ya que por más que corro sigo sintiendo su presencia detrás de mí.

—¡Emma! —grita.

La nieve enfría las balas que intentan malherirme. Empiezo a serpentear entre árboles y un rayo de esperanza se enciende cuando vislumbro la carretera que me saca la poca fuerza que tengo.

«Puedo hacerlo» Por mí, por mis sueños, puedo hacerlo. Mis rodillas duelen con el esfuerzo de querer llegar. No siento a Vladimir, la carretera se ilumina y me atravieso deteniendo los vehículos que se aproximan.

—¡Ayúdenme, por favor! —frenan con mi grito.

No me importa quien sea, nadie es más cruel que el Underboss. Los vidrios son polarizados, mantengo los brazos en alto poniéndome de rodillas y mostrando las manos para que vea que soy un ser indefenso.

—¡Ayúdeme, se lo suplico! —el ruego queda a medias cuando de los pinos salen distintos hombres armados apuntándome con firmeza.

Los sollozos me avasallan y ni bajar las manos puedo con el miedo que me inmoviliza. «Vladimir me va a matar», me va a destruir y toda mi familia va a sufrir con esta tragedia. Espero mi hora. El disparo. El puñal mirando el pavimento de la solitaria carretera.

El viento fuerte me inunda el olfato con el olor de mi secuestrador y aprieto más los labios. Alguien baja de uno de los vehículos y Vladimir, en vez de aniquilarme, da un paso al frente bajando la cabeza.

—Padre —dice con la mirada gacha en un gesto de sumo respeto.

CAPITULO 8 —BOSS.

Ilenko.

Atrapo el puro escocés soltando la nube de humo que impregna el despacho, mi cabeza reposa contra la silla absorbiendo los últimos inconvenientes. Salamaro, el consejero de los Romanov, se mantiene frente a mí informando que Vladimir ha cumplido con su tarea.

Sin embargo, la sangre James no ha sido fácil de doblegar. «Nada con ellas lo es»

—Lo está haciendo bien, Boss —me dice—. Pero ella no se rinde. Estuvo en la celda e incentivó un motín ya que los presos se opusieron a que la maltrataran.

—Vladimir se está enamorando de esa puta —me reclama Maxi—, le soportas todo porque es tu favorito…

—Siéntate y guarda silencio —exijo.

Para Maxi, Vladimir es el culpable de la muerte de su madre. Él es el menor de mis hijos y, mientras Vladimir es un joven despiadado, Maxi es un altanero el cual detesta que su hermano esté primero.

—Haga lo que haga nunca dejará de darme asco —habla—. Demasiado inestable para ser tu sucesor. Dime, ¿Qué legado nos va a dar si ya hay rumores de...?

Mi mirada lo vuelve a callar. Mis sucesores son piezas claves en mi vida, pero no acepto que no me respeten como se debe. Soy un padre joven, más no condescendiente.

—¿Qué harás si se enamora de ella? —indaga— ¿Seguiría siendo tu sucesor?

—Aquí nadie se va a enamorar de nadie y mucho menos del enemigo —establezco—. Las reglas se respetan y los sentimientos no hacen parte de la Bratva.

Vuelvo a darle otra calada al puro. Los "voyeviki", « Soldados de la mafia», apresaron a la esclava y Vladimir está encerrado pasando los efectos de la droga. Por muy perdido que esté acata mis órdenes sin titubear, al igual que toda la Mafiya.

—Quiero ver a esa puberta —pido mentalizándome a verla y no a matarla.

Salamaro me muestra el camino. Los negocios me han tenido fuera de Rusia ahora que mis enemigos están a nada de tomar el poder absoluto. Maxi se queda y abandono la mazmorra Romanov adentrándome en una de las cámaras de torturas.

Recorro el pasillo de piedra dejando el puro en la bandeja que me ofrece Salamaro. Abren las puertas y mis oídos captan el jadeo de los hombres que se masturban en aquel sitio con la calefacción a mil. Suelto los puños de la camisa buscando comodidad en el cara a cara y la tela no tarda en pegarse a mis músculos con el repentino aumento de la temperatura.

Me echo la larga trenza atrás, me recojo las mangas y voy reconociendo la figura que se ve a lo lejos; La protagonista del morbo que yace en el ambiente al estar sin nada de ropa.

«Detesto a todos los miembros e hijos de los soldados de la FEMF»

Mis pies se detienen a pocos pasos cuando un azote avasalla mi tórax al encontrarme con la menor de las James desnuda y con los tobillos envueltos en dos gruesos grilletes los cuales le dejan las piernas separadas. Pasa igual con las muñecas que le mantienen los brazos extendidos.

Con calor paseo los ojos por la piel marfileña, las piernas largas y esbeltas deteniéndome en el sexo que alberga una fina capa de vello el cual me hace mover el cuello con el hostigamiento repentino.

«Es una cría», me recuerdo antes de seguir recorriendo el abdomen plano y los pechos pequeños, pero redondos con pezones rosáceos. Va levantando la cabeza con la boca entreabierta y los ojos cerrados contrayendo mi garganta al detallar la dulzura e inocencia que denota su rostro.

Pensé que vería la cara de su hermana, pero no... Sus labios son diferentes y su estructura ósea se asemeja a una muñeca de porcelana. Los párpados se abren y mi odio se enciende al recordar el porqué de tenerla aquí.

El azul intenso me recuerda que tiene la sangre de la mujer que odio y que es familia de la rata que tiene a mi clan contra las cuerdas.

Rápidamente acabo con la distancia sujetándole el cuello con dureza al tiempo que mis ojos se encuentran con los suyos deslumbrandome con el cielo que avasalla su iris.

—Yo no soy mi hermana —musita débil—. Antes de proceder tenga la sensatez de entenderlo, por favor.

La voz suave entra a mis oídos forzándome a reparar sus rasgos nuevamente. Es ella la que me detalla ahora manteniendo los labios separados.

—Solemos arrastrar cadenas llamadas "apellido" —contesto con firmeza — ¿No lo sabías? Estás en mi territorio y nadie va a salvarte porque tu hermana y tu cuñado no son nadie en las tierras de la Bratva.

Las lágrimas no tardan en aparecer.

—Entonces, si ha de torturarme hágalo ya que el miedo me ha abandonado —contesta—. Lo único que tengo ahora es temple para resistir…

—Eso dices, ahora...

—Es lo que diré siempre —refuta— ¡Rachel ya sufrió lo que tenía que sufrir en manos de los injustos que no entienden que solo cumple con su trabajo!

Endurezco el agarre robándole un jadeo.

—¿Desafías al jefe de la mafia roja? —espeto.

—¡Hago lo que hubiese hecho ella y demuestro porque somos hermanas!

Olvidé lo testarudas que son estas mujeres. Su pecho es un ir y bajar y pongo distancia cuando su mirada se enturbia presa del enojo.

¿Una niña? ¿Un ser insignificante creyendo que tiene fuerza para resistir?

Rodeo el cuerpo artístico. Los glúteos son acordes a toda su contextura e imagino lo rojo que se pondrían con una buena zurra. Tiene cara de niña, pero cuerpo de mujer y termino envolviendo la mano enguantada en su cabello echándole la cabeza atrás.

Jadea y vuelvo a mover el cuello queriendo relajar la tensión.

«¡Es una maldita cría!» Repite mi cerebro lidiando con el hambre que se apodera de mi verga. El calor me pega más la camisa a la piel y el sudor baja por su garganta.

—Eres una ramera —susurro en su oído—. 18 años siendo la niñita de papá, la vergüenza de mamá y la sombra de tus hermanas. Emma, ¿Qué se siente ser la larva asquerosa que empaña el apellido de la familia?

Vuelvo a tensar robándole otro jadeo.

—¿Qué se siente vivir para imitar?

—Dígame usted qué se siente lidiar con la amenaza de una mujer que cada día le demuestra ser más indestructible —se atreve a responder— ¡¿Dígame usted qué se siente tenerle miedo a mi hermana?!

Cierro los ojos respirando en su mejilla furioso y excitado.

—Yo no le temo, la odio tanto como te detesto a ti, ved'ma —expreso—. Las brujas no pueden con los Dioses.

La suelto volviendo al frente y ella mira a todos lados temiendo a la depravación que denotan los que se masturban con su imagen.

—¿Esto te parece una tortura? —frunzo el ceño— No Ved'Ma. Torturada te vas a sentir cuando seas una sumisa programada para generar dinero. Cuando te venda y tu cuerpo lo violenten tantos hombres que no valdrás ni un mísero dólar.

Le sujeto el mentón anclando su mirada a la mía.

—Miles de vergas en tu culo, viejas, asquerosas, enfermas —aseguro bajando las manos a su cuello—. Las pubertas inexpertas atraen. A mí no, pero a otros sí.

No me baja la mirada y desciendo más magreando sus pechos dándole varias palmadas mientras aprieto los dientes con la piel que se enrojece de inmediato. La toco como a una sumisa cualquiera y ella se mantiene inmovil respirando rápido.

Vuelvo a su espalda clavando los ojos en el culo terso que nalgueo y sobo enrojeciendolo también.

—Solo lo he hecho una vez —confiesa nerviosa—. Lo haré quedar mal si me vende.

Engrosa más el miembro con la confesión, pero no le creo. Es demasiado atractiva como para decirme que los pubertos que rondan por ahí no han metido sus vergas en ella. Vuelvo a recordar que solo tiene 18 y aparto ese pensamiento de inmediato dejando una mano enguantada en su abdomen y la otra en su espalda.

«Es sólo mercancía». Endurezco la mandíbula moviéndome hacia abajo, posando una palma en su monte de venus y la otra en medio de sus glúteos. Su piel se eriza y mi verga quema cuando introduzco los dedos en ambos orificios.

—¡Oh, por favor! —su gemido me endereza—. Señor...

—Shhh.

Muevo los dedos. Es virgen del culo y extremadamente estrecha en su canal vaginal, temo a que la verga gorda reviente mi bragueta mientras me muevo dentro de ella forzándola a apretar las cadenas.

—Solo ha sido una vez, ya dije —su dulce voz me hace desistir con la explicación disfrazada de gemido.

Mi polla ha goteado al tiempo que mi cerebro me recuerda el lodo de su apellido. El azul es una marca de hechicera, además de que es una puberta. Solloza sin dejar de detallarme y me molesta el que no cause la satisfacción que se desata al doblegar al enemigo.

«No importa» Este contrincante es una parodia ya que no es más que una niñata demasiado pequeña para mi grandeza. Demasiada poca cosa para la Bratva.

Con un leve gesto pido que suelten las cadenas, la posición le debilita las extremidades y cae a mis pies tratando de cubrir lo que ya vi. Y estando en el piso y yo de pie se denota más la brecha de mayor y menor, de amo y esclavo.

Alzo su mentón asimilando que este mismo azul también lo tiene Rachel James, la mujer que mató a mi hermana y eso es motivo suficiente para saborear el dulce sabor de la venganza.

—Tu hermana lamentará el haberse metido conmigo —advierto

—No soy mi hermana... —repite en un susurro mirando mi boca mientras yo reparo la suya.

—No, ahora eres una esclava y servirás en esta casa hasta que a mí me apetezca y me dé la gana de venderte —dejo claro—. Y si se te ocurre escapar, recuerda que tienes otra hermana y también puedo ir por ella, o por tu madre o por tu padre. Puedo cazar a tu familia hasta que no quede un solo James vivo.

Los labios le tiemblan y termina asintiendo llena de miedo. Le doy la espalda buscando la puerta.

Salgo. En el pasillo tomo aire por la boca antes de aventurarme a la fortaleza Romanov. Entro, tengo su deznudez aferrada a los ojos y echo los hombros atrás queriendo soltar la inexistente carga que acaba de aparecer.

—Padre —me encuentro con Vladimir en lo alto de la escalera.

—Ahora no —avanzo.

—Me acosté con ella —me suelta—. Fui el primero y sabes lo que eso significa.

Tantos motivos para enojarse y no sé cuál de todos es el que más me enciende la ira. Me vuelvo hacia él que todavía tiene sangre seca en los brazos.

—¿Qué te dije? —increpo furioso— ¿Cuáles son las malditas normas de esta organización?

—La reclamo como esclava y ya está. No estoy enamorado. El plan sigue, pero Emma está bajo mis demandas —asegura con convicción—. Por ello no se venderá.

Trato de burlarme, pero no me sale.

—Si la vendes seré yo el que la compre —me desafía.

Vladimir nunca me ha decepcionado. Ganarse su crueldad es vivir en un calvario estando en la tierra, el Underboos tiene el respeto y el miedo de muchos con solo 20 años.

—Soy tu heredero, deja que actúe como tal y respeta mis decisiones —termina.

Me aparto, yo no tengo espacio para esto. Como ya lo dije, Vladimir es digno hijo mío y estar con él es peor que ser vendida y torturada por otro.

—Ella tiene que aprender a respetar y a obedecer —me impongo.

—La única intervención que acepto es la tuya —contesta—. Pero ni Maxi ni otros se meterán con ella. No es la esclava de todos, es mi esclava.

Me sigue molestando y en vez de estar dando ideas de tortura, tengo la boca llena de saliva. Soy un líder, Vladimir será uno y debo dejar que se haga cargo de sus propios asuntos.

—No te equivoques —amenazo— porque te odiaría más a ti que a ellas.

Continúo a mi alcoba y adentro suelto la camisa. Recordar el culo enrojecido vuelve a formar un bulto en mi pantalón, «Malditas hijas de puta». Me quito todo llenando mi vaso de Bagpiper, «Tengo 36 años y es una puta cría» «¿Qué es lo que me molesta?» Enfurezco dejando el licor de lado.

¡Lo sabía! Sabía que de una forma u otra nunca dejan de desatar daños colaterales. Apoyo las manos en la pared, «Tengo tantas cosas encima». Pensar en Rachel James me eleva el cólera.

El ejército secreto de la FEMF ha cazado a los míos desde hace mucho. Grandes cabecillas han sido asesinados, encarcelados y obligadas a hablar bajo tortura. Por ello, las cabezas de las grandes organizaciones criminales se aliaron con el fin de meter a un infiltrado en las filas del ejército.

La guerra nunca ha sido con la CIA, con el FSB ni el FBI, tampoco con el SVR. Siempre ha sido con la FEMF, la rama mayor la cual rige todas las entidades judiciales del planeta.

El plan de la organización lleva años ideando y adecuando la forma de que uno de los nuestros tome el control de esa rama judicial; «La FEMF». Entrenamos, movimos e hicimos destacar a nuestro infiltrado con el fin de que ocupara el cargo más alto que es el de "Ministro". Hemos metido, comprado y camuflado gente corrompiendo los valores de los soldados cambiándolos de bando.

Gobernando uno de nosotros solo habría riquezas y libertad. Los colegas condenados a cadena perpetua saldrían aniquilando a quienes los encerraron empezando por los Morgan, los James, los Miller, los Parker, los Lewis y otras familias destacadas en la doctrina militar que han jodido a la mafia más de una vez.

Todo iba bien hasta que Rachel regresó a entrometerse en las elecciones, «El método de elección es como la de un presidente». Ella y su marido están participando en la candidatura que elige al próximo ministro, cosa que me volverá trizas ya que si ganan van a masacrar a la Bratva.

Inhalo una bocanada de aire cuando la imagen de su hermana me invade la cabeza y vuelvo a tomar el vaso con Bagpiper lidiando con las ganas de saber qué tan rojo puede ponérsele el culo al zurrarlo.

«Tiene la edad de mi hijo menor» Me recuerdo.

El licor me enciende la garganta cuando lo ingiero. Por las venas de esa mocosa corre sangre de hechicera y está aquí para ser humillada, no para engordarme la polla.

-------———————--------

Emma.

No sé qué me da más miedo, si el hijo o el padre. Dejó de llover y me han devuelto a la celda sin comida y sin ningún tipo de medicamento, pero yo solo estoy pensando en que creo que el Boss de la mafia roja es el mismo hombre que vi azotando la noche que desperté por primera vez aquí.

Trago grueso encogiendo los dedos. Me tocó, introdujo los dedos en mi canal y me... La piel se me eriza con las sensaciones que me recorrieron. «Estoy temblando todavía».

«¡Por Dios!» Ese sujeto puede ser mi tío «No quiero decir que puede ser mi padre». ¿Cuántos años tiene? Su imagen impone tanto dominio que… Ahora no entiendo por qué no sale de mi cabeza.

Estoy aún más nerviosa que hace unos días. El pánico que le tengo a Vladimir me tiene cardíaca y ahora aparece este nuevo hombre mostrándose más serio y despiadado que su hijo.

El ardor en el estómago no me deja dormir y la falta de alimentos hace que la cabeza me duela. Ahora sí quiero estar en casa, clamo y sueño con que me saquen de este infierno.

Amanece y me pongo de pie con la llegada de los verdugos que vienen a sacarme llevándome al mismo lugar de ayer. Me dejan en el mismo hueco de siempre arrojando crema dental y jabón antes de clavarme el chorro de agua helada.

—Vístete rápido, pequeña ramera—exigen.

Deja un uniforme nuevo el cual me coloco. El dolor en la mano me pone lenta a la hora de arreglarme, pero hago mi mayor esfuerzo ya que con el Boss aquí debo tener más fuerza que ayer.

Hallo un nuevo par de medias bucaneras y meto mis piernas en ellas; son blancas y terminan en puntos de colores. Ato una coleta y tapo los moretones antes de echarme labial, «Fuerza Emma». Ellos se van a cansar primero que yo.

Las vendas que tenía puesta están sucias, así que rompo una de mis blusas haciendo un vendaje improvisado. Vienen por mí como siempre, sacándome a trompicones con palabras grotescas.

La cocina me recibe con ollas burbujeando las cuales empeoran mi hambre.

—¡A trabajar esclava fugitiva! —me grita la matriarca entregándome un balde el cual me cuesta sostener con la mano lastimada— ¡Ve a lavar las alfombras!

—Como diga —me muestro obediente.

Evitaré todo el maltrato posible, lo único que me apetece es no toparme con Maxi o con Vladimir. Los empleados están trabajando en la limpieza cambiando cortinas, sacudiendo el polvo y entrando leña. Celia me indica el camino arrodillándose conmigo a mitad de la sala. Tomo los cepillos refregando mientras me banco el dolor en la mano.

—Te dije que te mantuvieras escondida —me recrimina entre dientes—. Ahora me matarán si saben que te ayudé...

—No diré nada —murmuro.

—Ellos buscarán la manera de saberlo…

Dejo de cepillar cuando Maxi se toma la sala con una sonrisa de medio lado.

—Sigue —me susurra Celia— Sigue o será peor.

Empieza a acercarse con lentitud y yo no puedo mirar la alfombra ya que mis sentidos están a la defensiva. Lo único que hago es tratar de identificar algo con que defenderme.

La sonrisa se va tornando más macabra y de un momento a otro el personal deja sus quehaceres cruzando las manos adelante y agachando la cabeza.

Maxi pospone el acercamiento fijando la vista en la escalera mientras Celia se levanta imitando a los otros empleados. Empiezo a levantarme yo también sin perder de vista al hombre que baja despacio.

«El Boss»

La tela del pantalón oscuro le abraza las piernas gruesas y la camisa gris se le pega al cuerpo. Su porte es como el de un guerrero. Se asemeja a una de esas ilustraciones mitológicas donde veías hombres sentados sobre montañas de cráneos.

—Padre —lo saluda Maxi y retrocedo por inercia cuando toca el último escalón acomodándose el cuello de la camisa.

Algo le cuelga en el brazo y mi corazón se encoge con el miedo de que sea otro objeto de tortura. Se hace silencio total mientras pasea los ojos por mi cuerpo reparando mis medias. Es un hombre grande y más para mi 1.63 de estatura.

—No quiero volver a ver eso —señala mis bucaneras poniendo mis vellos en punta con la voz gruesa que sale cargada de dominio.

Se acerca más y aprieto los muslos mermando la comezón que invade mi canal. Quiero mirar al piso como los demás, pero no puedo.

—He demandado algo y no he oído una respuesta —el acento ruso genera más comezón cuando habla—. Dije que no quería volver a ver la ridiculez que tienes en las piernas.

—Ok —contesto con un hilo de voz y levanta mi mentón con la punta del dedo enguantado en cuero.

El rostro varonil es rudamente atractivo con pestañas castañas, mandíbula cincelada y ojos avellana. Sacude la cabeza despacio.

—Si amo, es la respuesta —establece—. Eres una esclava ahora.

Suelta la correa del objeto que sostenía en la mano y hasta ahora noto que es un collar el cual rodea y ata en mi cuello poniéndome a absorber el aroma almizclado de su colonia.

Tira de la pequeña argolla llevándome contra su torso musculado.

—Mirada al piso —exige entre dientes viéndose más alto—. Al Boss no se le mira a los ojos.

Asiento y vuelve a tirar, obligándome a que lo siga.

—Vamos a dar un paseo —indica.

Dos verdugos lo siguen. Más que sentir miedo estoy nerviosa, este sujeto es muy alto, peligroso e intimidante… No suelta el collar. Las mangas arremangadas me dejan detallar los brazos marcados y la esclava plateada que tiene en la muñeca.

Procuro mantener el paso sin dar trompicones. Salimos de la casa y nos adentramos en los calabozos con los verdugos atrás.

—¿Quién fue el que avivó el motín? —pregunta cuando estamos abajo.

Los presos se mantienen en silencio y él sigue caminando conmigo. No quiero que le hagan daño a nadie por mi culpa.

—¿El gulag se quedó sin lenguas? —indaga—. Han de saber el castigo que los espera por matar a un voyeviki. Así que o me dicen quién fue o los mato a todos.

Le entregan un arma y la revolución ensordece cuando todos se van contra las rejas sacando los brazos, señalando un solo calabozo, rogando piedad y delatando vilmente. El Boss me mueve con él dejándome frente al preso que me socorrió. Sus mismos compañeros lo tienen contra los barrotes ofreciendolo como un animal.

—766 —dice el ruso—. Robaste, vendiste y asesinaste a los hermanos de tu lugarteniente. Y no te bastó con eso, ahora vienes a mi prisión a armar revoluciones…

Mi corazón se empequeñece cuando deslizan la reja. Sé que el estar aquí no los hace buenas personas, sin embargo, no quiero golpes de conciencia. Los verdugos lo sacan y este empieza a clamar piedad.

—¡Boss, por favor! —suplica— Piedad, piedad mi señor…

—Por favor, no lo haga… —pido callando de golpe con la mirada que me dedica.

Sin palabras volvemos afuera y mientras yo me abrazo a mi misma siendo sujetada del collar, el ruso actúa como si estuviéramos en la playa y

no en la nieve. Encienden una máquina plateada en el suelo y el prisionero se revuelca pidiendo perdón.

Sé que mis palabras serán inútiles, por ello me mantengo en silencio. Identifico que el aparato es algo así como una trituradora industrial y me quedo helada cuando arrojan el cuerpo del preso manchando la nieve de rojo. La distancia me libra de la sangre, pero no del trauma.

No mata con sus propias manos como Vladimir, pero eso no lo vuelve menos cruel.

—¿Día de sacrificios? —hablan con un acento en italiano atrás— Siempre tan despiadado y directo, Ilenko.

—Padre —dice otra voz la cual enciende las alertas de amenaza.

El ruso voltea obligándome a que lo haga también y por instinto me oculto tras su espalda con la presencia de Vladimir.

Está con un joven alto, de cabello negro y una morena, alta y delgada que acorta la distancia. Vienen con otros sujetos vestidos de traje y Maxi hace parte de la reunión en medio de la nieve.

—Está asustada, pobrecita —la mujer remarca el acento italiano.

—¿Qué quieres Dalila? —indaga el Boss.

—Cuida como me hablas...

—En mi territorio hablo como me place —contradice el ruso mientras que Vladimir no me quita los ojos de encima—. No sé qué haces aquí, Phillippe.

—Soy el líder, puedo visitar los clanes cada que quiera.

Mi mente viaja a las últimas noticias, los últimos acontecimientos; «Phillippe Mascherano», el hermano de Antoni Mascherano. Tengo entendido que este mafioso se infiltró en la FEMF con el fin de crear complot, pero lo descubrieron y tuvo que huir.

—Has de estar contento con tu venganza —me repara el italiano.

—Estaré contento cuando mates a Antoni, a Christopher y a su mujer —contesta el ruso— Ya sabes esto, es como goma de mascar la cual distrae las ganas de masacrar a tu clan.

—¿Rusos contra italianos? —contesta Philippe— ¿En verdad quieres eso?

—Quiero que hagas tu maldito trabajo —se defiende el Boss— Y mates a los enemigos que nos acechan empezando por tu hermano.

Se hace un silencio total y todos menos el Boss me detallan como si quisieran llevarme, cosa que mueve a Vladimir acortando la distancia entre los dos.

—Cazada por mí y desvirgada por mí —dice el Underboss— Mi esclava.

Su padre se endereza y he de suponer que los comentarios de Vladimir son para demostrar su hombría acallando los comentarios de su hermano que lo mira mal.

—Solo yo he entrado en ella —Vladimir me acaricia la cara— solo yo he sido su hombre.

—Las James y sus gustos por los criminales —habla la morena italiana— ¿Qué diría tu hermanita? ¿O tu padre, el general?

Azotes avasallan mi pecho cuando el Underboss se posa a mi espalda rodeándome el cuello con el brazo en un gesto afectuoso.

—Nos quedaremos con la duda porque no los volverá a ver —asegura Vladimir— Las cadenas Romanov no sueltan al enemigo.

Sujeta mi brazo sin la más mínima delicadeza.

—Y las esclavas tampoco escuchan las conversaciones de los grandes, así que me la llevo.

Echa a andar conmigo y las imágenes de anoche se repiten dándome miedo. Aparto su agarre y me termina encarando cuando estamos dentro de la propiedad. Se ve sobrio, de hecho, hay que detallarlo muy bien para notar que es un drogadicto, ya que lo sanguinario le tapa muchas cosas.

Sujeta la mano que tengo lastimada quitando las vendas sin sutilezas.

La herida se ve mal y el frío me empeora el dolor poniéndome a temblar los dedos. Huele, repara y sonríe.

—El castigo por escapar lo tuviste por adelantado —me besa antes de avanzar escalera arriba.

El pánico me invade con lo de ayer cuando veo que me lleva a su alcoba, «Me va a maltratar». Abre la puerta y la novia de Maxi está en ella con gasas, alcohol y material hospitalario en la cama.

—¿Y la anestesia? —pregunta Vladimir— Aunque mejor…

—Aquí está —se adelanta la joven viniendo por mí.

Me sienta en la cama mientras Vladimir espera con los brazos cruzados recostado en su escritorio.

—Me llamo Kira —susurra la chica ocupándose de mi mano—. Me encargaré de que no duela ¿Vale?

Se esfuerza teniendo cuidado a la hora de limpiar, la anestesia inyectada surge efecto y se siente bien recibir una sonrisa de vez en cuando, ¿Cómo puede ser novia de Maxi? Cose como una profesional y realiza un vendaje que me deja más tranquila.

—¿Ya? —pregunta Vladimir.

—Si, pero en los calabozos se le puede infectar…

—Eso no es de tu incumbencia —señala la puerta—. Fuera…

Ella enarca una ceja como si estuviera acostumbrada.

—Recuperate —musita.

—¡Vete, Kira!

Vladimir se planta frente a mí poniéndome de pie y un atisbo de humanidad se refleja en sus ojos cuando me aparta los mechones que me han caído en la cara.

—No vuelvas a escapar —advierte— Es inútil, vayas donde vayas yo te volveré a atrapar, ¿Lo entiendes?

Su amenaza golpea y asegura que no está jugando. Su boca empieza a acercarse a la mía besándome en tanto mis labios tardan en responder, «No quiero más maltratos». Mi mirada se encuentra con la suya y vuelvo a preguntarme quién le hizo tanto daño, quién lo convirtió en un monstruo.

Reinicia el beso dejando la mano en mi hombro y esta vez se extiende apretando la tela del uniforme mientras que me obliga a que lo sujete de su cintura.

—Enciéndeme —dice con desespero— Vuelvelo a hacer.

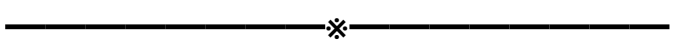
—Yo…

—Puedes hacerlo —reitera.

Tiene algo, como un filo el cual siempre me pone a sentir su dolor teniéndole piedad. Porque sufro con el corte pese a no tenerlo, pese a no cargarlo, pese a no conocerlo.

Aprieto la tela de su camisa con miedo y él vuelve a mis labios antes de abrazarme. Las rejas de esta familia me están acorralando más y más y no estoy viendo ningún tipo de escapatoria. Mis ojos viajan a la puerta que se cierne detrás de Vladimir y una ola de calor me recorre con la mirada del hombre que nos observa en la entrada.

—Vladimir —llama a su hijo y este me aparta de inmediato.



CAPITULO 9 — ESCLAVA.

Ilenko.

Los italianos son el clan con más poder en nuestra asociación delictiva. Antoni Mascherano se ganó el respeto de los clanes con una herramienta llamada HACOC, «Una droga letal de sumisión», la cual se usa en el mundo de la prostitución. Comercializarla los engrandece ya que como creadores la venden en un alto precio y en el negocio del sexo es protagonista.

Estamos a la par, no obstante, es tradición tener una voz que se impone por encima de las demás. Antoni era el antiguo líder ya que ahora está preso. A él le tenía respeto y odio también, pero Phillippe, su hermano, me estresa y algo me dice que su reinado no durará mucho, ya que si su hermano sale de prisión lo primero que hará será declarar la guerra por el trono que le quitó. Guerra en la que tendré que participar debido a que Antoni y yo tenemos cuentas pendientes porque no tolera que quiera a Rachel muerta.

Nos adentramos en la fortaleza, la cabeza de la Yakuza y el jefe del hampa búlgara también vinieron a la “Reunión improvisada”.

—El Underboss no decepciona —me dice Gregory, el búlgaro—. No sólo secuestra, sino que también reclama y no a cualquier esclava.

Me mantengo serio, a mi nada de esto me hace gracia ni me engrandece como me lo plantee.

—¿Dónde está Zulima? —pregunto por mi sumisa.

—Aquí —aparece al lado de Gregory encendiendo el puro que me mete en la boca con un aire coqueto.

Da un paso atrás y yo suelto el humo con un largo suspiro. La sumisa se adelanta a la mesa moviendo la silla que me corresponde.

—Siéntate —demando señalando el puesto que está a mi izquierda y ella obedece.

Vladimir se sienta a mi derecha y Maxi a su lado. Todos se ubican, los empleados sirven los alimentos y… Muevo el cuello cuando la menor de las James se toma la sala sirviendo como todos los demás.

«Me estresa»

—Me sigo preguntando porque sigue viva —susurra Maxi.

—Por demandas mías —contradice Vladimir— ¿Algún problema?

«Esto me desagrada».Vladimir fija la mirada en ella y yo asumo que no existe. Phillippe toca los temas de interés y como que siento el aura pesada. Mis hijos no están concentrados como se debe y el que esa cría se me acerque me termina de alterar.

Deja el plato de sopa con una lentitud desesperante mirándome de reojo, «Le dije que mantuviera la mirada en el piso». El plato salpica unas gotas y toma una servilleta para limpiarlo, pero…

—Déjalo —musito queriendo que se aleje.

Se mueve al puesto de Vladimir enterrándole un codazo a Maxi, el cual resopla enardecido.

—Perdón, mi codo es un poco hiperactivo — ella se disculpa y mi mirada le advierte a Maxi que no se ande con pataletas.

Continúa yendo hacia los otros puestos con la mirada de los visitantes encima. «Es una James», las mujeres más odiadas de la mafia. Le sirve a Philippe y a Dalila que reparan la atención que le dedica Vladimir.

Empezamos a comer y ella se queda junto con el personal, respondo a lo que me preguntan con la cabeza no sé en dónde ya que me cuesta no distraerme con esa puberta aquí y es que actúa como si no supiera comportarse.

Se alisa la falda del uniforme siendo la única que se mueve mientras los otros empleados conservan sus puestos en una posición recta.

Zapatea, asoma la cabeza cuando oye ruidos en la cocina o en la sala, se come las uñas y rueda los ojos cada que Maxi habla. Me sigue mirando y el que yo corresponda termina de enfurecerme.

—Retírense todos —le indico al personal el cual la incluye a ella que voltea a verme como si me pareciera a alguien.

Definitivamente no sabe comportarse. El almuerzo concluye y nos trasladamos al estudio donde se tocan los temas más delicados mientras yo me quedo abajo terminando el habano que encendí después de comer.

Uno de los voyeviki recibe la colilla, volteo en busca de la escalera encontrándome con la cría que, en vez de esclava, parece un espectro que se aparece en todos lados. Empiezo a subir y no espera en lo alto de la escalera como lo harían los otros empleados demostrando respeto.

Las piernas enfundadas en la tela blanca de las medias me hace tragar grueso. Baja mientras yo subo comportándose como si estuviéramos en un centro comercial.

—Creeme que no te gustará saber dónde terminarán esas medias si te las quito yo —advierto cuando paso por su lado—. No quiero verlas.

Sigo subiendo sintiendo su mirada sobre mí. Me están esperando. Mi despacho cuenta con dos plantas predominadas por grandes bibliotecas antiguas.

Maxi no entra a la reunión y yo me quedo de pie mientras los otros se acomodan en los muebles de roble.

—¿A los amos le apetece coñac? —pregunta mi sumisa ganándose el asentimiento de todos.

Zulima Petrova es mi subordinada hace cuatro años. Está a cargo de los clubes de Sodom y la he entrenado a mi forma para que obedezca al pie de la letra, «Para darme el placer y la obediencia que busco». Es lo único que me interesa del sexo opuesto.

Sonya Lazareva, la madre de mis hijos, fue mi primera mujer, mi primer golpe, mi primera herida y me quebró tanto que con su muerte se fueron las ganas de querer, de dar algo. Me quitó la piedad, la sutileza y la confianza.

La sumisa me ofrece el vaso manteniendo la mirada en el piso. Recibo y se queda a mi lado mientras Vladimir explica las últimas novedades de su cargo.

—¿Puedo tocarlo? —pregunta Zulima con la mirada gacha.

Se apega a su papel extendiendo la mano que detengo.

—Extraño su calor, su látigo y su masculinidad —dice solo para los dos.

Recorro su cuerpo con los ojos, mantiene la melena recogida en un moño alto y largo que le llega a la cintura. Me gusta que se desesperen por mi cuerpo, por mi tacto y mis castigos.

Deja que acaricie la cola de cabello que le cuelga. Ha de estar húmeda, cuando sabes adiestrar, la sumisa se mojará solo con verte.

—¿Cuántas veces te has corrido hoy, Zulima? —pregunto.

—Dos —mantiene la mirada baja—. Ambas anhelando su tacto.

Se le nota la exasperación con el mero contacto el cual se da con mis manos enguantadas.

—Este toque es lo único que tendrás de mi parte hoy —confieso—. No me apeteces y tienes prohibido tocarte. Vas a esperar a que nos volvamos a ver.

—Si señor.

—Apártate.

Obedece sin refutar. Es costumbre, creencia y reglamento acatar demandas como si te hablara un Dios. La reunión continúa, debo pagar por la droga que me proporcionan los italianos y por ello me muevo a mi escritorio seguido de todos.

El dinero no es problema para mí, cargo grandes cantidades todo el tiempo, sea en un vehículo, maletín o cajón como el que abro ahora. Dalila Mascherano se acerca con el portafolio que llenó de fajos con billetes.

—Espero que esto no se convierta en enemistad —dice Phillipe—, pero la esclava de tu hijo me pertenece y por ello me la llevaré.

Un leve gesto le dice a Vladimir que no inmute palabra. Los mandamientos demandan que no nos podemos revelar contra el líder, en este caso los italianos. Si mi hijo lo hace, lo mandará a matar, pero esa regla conmigo tiene que pensarla dos veces.

—¿Crees que la mafia rusa trabaja para ti? —pregunto.

—No me lleves la contraria otra vez —se molesta Philippe—. Tenemos niveles de jerarquía que deben respetarse.

—Para mí no eres más que un imitador, Phillippe, un niño en un juego de grandes…

No he acabado la oración cuando ya tengo el filo de la navaja de Dalila Mascherano en el cuello.

—¿Qué dijiste? —indaga.

Los otros miembros de la organización se mueven incómodos.

—¿Te he dejado mudo ruso…?

Ahora soy yo el que corta su oración haciendo uso de la maniobra que le tuerce el brazo, dejándola de cara contra la madera con el cañón de mi Makarov en el cráneo, listo para volarle los sesos.

—En mi casa mando yo y este terreno es de Rusia, no de Italia —me dirijo a su tío marido—. La Bratva y la mafia italiana son dos cosas muy diferentes y yo a ti no te tengo miedo como tampoco te rindo respeto.

El italiano pierde color, varios de sus hombres me apuntan mientras los cabecillas prefieren mantenerse al margen sin empuñar las armas.

—Suéltala —pide Phillippe.

—No has tenido los malditos cojones de matar a Antoni y tampoco el sadismo que se necesita para cobrar venganza —le reprocho—. Rachel se te burla en la cara a ti y no a mí, por ende, su hermana se queda conmigo.

Se pone en pie soltando esa sonrisa irónica que tanto lo caracteriza.

—Quiero la cabeza de Antoni y Christopher porque con ellos vivos no podré matar a esa perra —le exijo—. Y ya sabes que antes de caer yo, arraso contigo primero.

Suelto a Dalila que se apresura a los brazos del italiano.

—La puberta es de la Bratva, si tú no puedes labrar tus propios métodos de escarmiento no es mi asunto —establezco.

—¿Qué, la vas a casar con tu hijo? —me reclama.

—Lo que hagamos no es asunto tuyo —contesta el Underboss—. La reunión se da por concluída.

Dalila me dedica una última mirada despectiva antes de marcharse con los miembros que los acompañan, Zulima y los voyeviki salen también. Vladimir es el único que se queda limpiándose las uñas con el haladie que le di cuando cumplió diez.

—Gracias —me dice—, por tenerme como favorito.

—Dejará de ser así cuando me falles —confieso—. Las reglas son algo clave aquí y, por muy hijo mío, si las rompes te atienes a las consecuencias.

—No será así —respira hondo antes de levantarse—. Tengo todo bajo control.

Lo noto agotado, puede ser el heredero que todo mafioso quiere, pero su adicción es algo que siempre he detestado. Se encamina a la puerta sin decir más y presiento que nada estará bien. Desde que volví nada lo está.

Estando solo procuro concentrarme en los negocios; los clubes de sexo y el tráfico de estuperfacientes son dos arterias primordiales en mi negocio. Negocios que se ponen en riesgo con las intromisiones de la FEMF.

Las demandas, respuestas, noticias, movimientos y cifras absorben toda mi tarde.

Acabo cargado y por ello me alejo del escritorio yéndome a la segunda planta, tengo una exhibición de licores exclusivos el cual descorcho viendo los copos de nieve que han empezado a caer.

Tomo asiento en una tumbona dándole sorbos al vaso. El espejo se empaña y me quedo observando los estantes con libros que abarcan las paredes.

Anocheció y la chimenea programada calienta el despacho mientras reposo en la tumbona. «Quiero zurrar», sacudo la cabeza cuando la mente me juega sucio. Le doy otro sorbo al vaso disfrutando del licor hasta que el chirrido de la puerta de abajo me pone de pie.

«No golpearon», simplemente entraron y solo una niñata hace eso. Una puberta, en este caso llamada Emma James, que se adentra en el despacho con una bandeja en las manos cerrando la puerta con el pie.

Mantiene las medias que exigí no volver a ver. El lazo del uniforme está hecho de manera perfecta agarrándose a su cintura, intenta recoger los documentos ampliando el espacio y el que se incline deja entrever la lencería que cubren el trasero pronunciado.

Le doy otro trago a mi bebida con la mano apoyada en la baranda sin dejar de observarla mientras ella apila papeles acomodando los platos «En vez de huir». Termina caminando de espaldas asegurándose de que todo esté en orden y empiezo a respirar tranquilo, pero…

Se queda en la puerta empuñando los pliegues del uniforme mirando para todos lados, se mordisquea los labios y mi verga empieza adquirir grosor, «Es una cría», «Tiene 18». Miro al techo esperando que se vaya, pero la muy tonta pone pestillo adentrándose más.

Vacila antes de acercarse al escritorio y vuelve a mirar para todos lados nerviosa.

¿Va a buscar información que me exponga? ¿A usar el móvil que dejé para llamar a su hermanita? Nooo.

Dudosa da dos pasos más, extiende la mano y empuño mi arma listo para aquietarla si se atreve a tocar mi teléfono, pero no sucede, simplemente pasa un dedo por el plato de comida llevándoselo a la boca viéndose como un famélico insaciable.

Repite la acción comiendo de los bordes y trata de acomodar para que no lo note, cosa que me obliga a soltar el arma en busca de la escalera sin perderla de vista.

El sonido de mis pasos hacen que se voltee asustada con los labios separados pegándose al escritorio.

—Lo siento señor —confiesa avergonzada—. Disculpe... Yo traeré otra bandeja.

Trata de huir y me muevo impidiéndole la huida, es tan pequeña que podría cargarla sin el más mínimo esfuerzo. Mi sombra la cubre y vuelve a dar otro paso atrás, pero atrapo el collar dejando claro que no debe moverse.

Mi verga se calienta con el rubor que le avasalla toda la cara, sus ojos son tan vilmente hipnóticos y hechiceros que se me olvida que es una cría y vuelvo a tirar de nuevo obligándola a dar un respingo.

—En verdad lamento haber probado su comida, pero... Solo comí un trozo, se lo juro —la voz suave se siente como un lametazo en mi miembro —. No lo vuelvo a hacer…

Nos movemos al mismo tiempo, me niego a soltar el collar, por el contrario, tiro por tercera vez trayéndola conmigo rodeando la mesa. Nuevamente estamos frente a frente y ella no deja de observarme.

—De rodillas —demando en su oído—. Incate ved'ma.

Aflojo el agarre cuando sus piernas empiezan a doblarse y me quito los guantes antes de tomar el plato que yace sobre la mesa.

—Manos sobre los muslos —exijo y cumple dudosa—. No me mires a la cara.

Asiente, pero sigue detallando mi rostro como si su cuerpo y su cerebro fueran dos cosas totalmente diferentes. No tiene imperfección, la inexperiencia la torna sensual y el que sea tabú para un hombre como yo… Me seca la boca, la siento pasar saliva y en vez de cortarle los dedos por probar mi comida, paseo el pulgar por su boca mientras ella baja los ojos observando el movimiento.

—¿Tienes hambre? —pregunto absorto en la inocente belleza que emana.

¿Qué diablos estoy haciendo? Me estoy poniendo más duro.

—Contesta Ved´Ma —me acerco más— ¿Tienes hambre?

Afirma de manera automática y no uso los cubiertos, solo me inclino apoyando los codos en mis piernas llevándome la comida a la boca, ella observa tentada y le doy con las manos maravillado con esos labios rosas que reciben gustosos.

Mastico mientras le doy de comer sin perder de vista el rostro que pone a latir el miembro que se esconde detrás de mis pantalones, «Tiene 18 y tú 36» Me reitero, « Es tu esclava», «Es el enemigo». Sin embargo, el relieve de los pezones sobre la tela negra del uniforme aumentan mis ganas.

Sus ojos parecen estar conectados con los míos mientras la alimento, no respeta las reglas ya que las esclavas mantienen la mirada en el piso y mirarme a la cara es algo que se cohíben los capos y las cabezas de las grandes organizaciones.

Algo que no hace el pueblo ni las más poderosa dominatrix, pero sí lo hace ella como si estuviera hipnotizada. Cierra los párpados saboreando los últimos bocados y dejo de detallar su rostro enfocándome en los pezones pequeños que se le siguen dibujando a través de la tela.

«El grosor de mi capullo haría estragos en su...»

—Más —pide y le doy.

Traga quedándose quieta y me es inevitable no bajarle el labio inferior, «Su boca». Repito la acción y cree que no noto el leve chupetón en mi pulgar, el leve movimiento de su lengua saboreando la punta de mi dedo. Mi mente imagina el más perverso escenario y…

—Gracias —agradece con un hilo de voz y dejo el plato de lado levantándome con ella.

—No vuelvas a entrar a mi despacho sin golpear porque las consecuencias serán —me pierdo—… No quieres saber lo que serán.

Asiente, la suelto y trata de recoger los platos, pero dejo caer el puño en la mesa haciéndole desistir.

—Lo lamentarás si no te vas —espeto—. En esta casa se obedece con una sola demanda...

Se encamina a la puerta y, pese a la firmeza de mi voz, se atreve a mirarme a la cara de nuevo.

—Gracias por la comida —me dice—. Es usted un buen Boss.

—Las mismas manos que te dieron de comer quieren torcer tu cuello y el de tu hermana —dejo claro—. No soy un buen Boss y si vuelves a mirarme a la cara —demasiado crudo para una niñata—… Te pondré a dormir en la nieve.

—Que tenga buena noche —es lo último que dice antes de marcharse.

¿Qué tenga buena noche? ¿Qué diablos le pasa a esa niña?

-------——————-------

Emma.

Miro atrás, no sé si estoy shockeada o agradecida. Tengo el estómago lleno, pero la cabeza vacía y una mezcla de miedo nervioso el cual me hace actuar raro. Sin dejar de mirar atrás bajo las escaleras sintiendo el calor que me inundó estando en el despacho del dueño de la Bratva.

El personal ya se está yendo. Nadie ha venido a llevarme a los calabozos, así que opto por meterme en el hueco de los neceseres temiendo a Maxi y a la matriarca.

Trataré de quedarme dormida para no vivir la misma pesadilla de anoche. Acomodo la cabeza en el rincón tragando grueso, tengo la piel erizada y me avergüenza la humedad que emana de mis bragas debido al repentino empape que surgió con el tacto de sus dedos sobre mis labios…

¡Es el enemigo de mi hermana y no es una buena persona! Pero… Estoy pensando en lo que no debo pensar… Todo esto es muy raro, sé que el Underboss tiene sus problemas, pero ese sujeto se ve que no tiene ningún

trauma y es así porque quiere. Oigo mi nombre en la voz de la matriarca y procuro no omitir ningún tipo de ruido.

Hay varios verdugos renegando, mencionan el brazalete y me niego a moverme,«Van a sacarme de aquí a las malas». Me preparo con los pasos que se acercan, abren y Vladimir es el que aparece con dos verdugos atrás.

Que me levanten, arrastren o carguen da igual, así que no hago nada. El ruso mueve la cabeza y los hombres se van. Duda, pero termina cerrando y entrando moviendo los útiles.

El espacio es pequeño, pero logra acomodarse apretujándome contra la pared cuando desliza la espalda ubicándose a mi lado.

La oscuridad nos absorbe por largo rato y solo él se incomoda asimismo compartiendo un closet teniendo una fortaleza a su disposición.

—¿Qué se siente? —pregunta de la nada.

—¿Qué?

—Cuando te empinas una botella en una playa a medianoche —habla despacio.

Es una pregunta que no me esperaba por parte de alguien que aparenta no necesitar ese tipo de momentos.

—Es una experiencia que vale la pena vivir —respondo—. No era una botella de licor… De hecho, fue un refresco con un 5% de alcohol —el momento remueve sentimientos—. Lo genial estuvo en la brisa marina y esa certeza de saber que eres un joven con mil cosas por delante…

No termino ya que él se mueve rápido en busca de un beso suave que tarda, en tanto su mano se desliza por mi pecho quedándose en mi corazón como si comprobara que estoy viva. Repite una, dos y tres veces mientras sigue bajando a mis piernas.

— Vladimir, yo… —trato de detenerlo, pero me sigue besando dulcemente. Esta vez paseando las manos por mis muslos tornando el momento más íntimo.

El toque va ascendiendo en lo que sus labios rozan mi cuello con caricias húmedas.

—Me gustas, pequeña puta —susurra—. Tu olor, tu luz… Me gusta matar y me gustas tú…

—Cuánto romance —contesto y se ríe dándome otro beso.

Acomoda la cabeza en mi hombro mientras yo abrazo mis piernas. Es un poco maquiavélico estar encerrada en un armario con un criminal, pero es más maquiavélico dejar que el dueño de la Bratva te empape las bragas sabiendo que todo en él grita una sola cosa y es: Peligro.

CAPITULO 10 — JUEGO PELIGROSO.

Vladimir.

Inhalo con fuerza dejando que la cocaína entre en mi sistema, la luz del teléfono es lo único que ilumina el closet despertando a mi acompañante. La ventaja de tener alucinógenos de primera es que hace efecto de inmediato.

Te elevas, no hay voces, no hay culpas, no hay cargas.

—¿Quieres? —pregunto metiendo lo que queda — Es el ticket que te saca del infierno por un par de horas.

Me limpio la punta de la nariz, se ve asustada cosa que me gusta comprendiendo que drogado se cometen locuras y ninguno de los dos tiene un buen recuerdo de la última vez que me vio en este estado. De hecho, son pocos los que tienen un buen recuerdo mío así.

Dejo el brazo sobre sus hombros. «Emma James», hasta en la más asquerosa alcantarilla seguiría siendo un bonito reno de navidad, de esos a los que les pones luces viéndose tiernos en cualquier lado.

Mientras que yo soy esa gárgola de iglesia a la que temes mirar por mucho tiempo ya que corres el riesgo de que cobre vida y te arranque los ojos.

—Eres mejor que esto —dice.

—No —contesto—. Yo no valgo nada pequeña puta, soy un asesino que —el susurro se rompe en mis cuerdas vocales—... Que tiene todo, pero no recuerda qué se siente ser feliz… Nunca lo he sido.

—Todos valemos algo —espeta.

Sacudo la cabeza con tristeza.

— Como que no, ¿Has visto lo que vale un riñón en la deep web? —su carcajada es un sonido celestial— O para no ir muy lejos, te informo que yo compraría tu cabello para hacerme una peluca…

Le entra un ataque de risa y me gustaría algún día poder carcajearme también con tanta soltura, pero los recuerdos del pasado son demasiados crueles para darle paso a eso. Se limpia las lágrimas que le surgieron y la acerco más lidiando con la taquicardia que emerge por culpa del alucinógeno, por culpa del llanto reprimido que no suelto y lo mantengo dentro cargado de resentimiento.

Sigue riendo en mis brazos y la aprieto con fuerza recordando esa noche; la tormenta, las súplicas y los gritos de mi madre con el cañón del arma en su cabeza.

—Siempre odiaré este maldito mundo de porquería y la gente que lo habita —confieso—. Sin embargo, eso no quita que me sigas gustando tú, pequeña puta.

Guarda silencio mientras busco la manera de regular el ritmo cardíaco. Permanezco en medio de la euforia que merma la ansiedad por mínimos minutos.

—¿Estás bien? —pregunta.

El vértigo me tambalea pese a estar sentado, reparo mis palmas antes de dejarlas en sus piernas y no estoy siendo consciente; tan solo me estoy dejando llevar por el instinto masculino queriendo ser una persona normal.

El tacto es gratificante debido al fervor que desprende su piel en lo que subo hasta toparme con su intimidad.

—Abre —pido—. Déjame…

Duda, pero cede; lo lógico es aceptar si es algo mutuo. Separa las piernas dejando que mis dedos largos toquen su líneas metiéndome por un lado del elástico.

«Se siente bien». Busco su abertura terminando de sorber lo que tengo en la nariz, va avivando mis ganas, sin embargo, no logro que nos sintamos del todo cómodos.

—Duele —se queja cuando toco sus bordes—. Despacio...

Torno el movimiento más persuasivo tratando de que se relaje, pero se termina moviendo maltratandose más.

—¿No te gusto? —pregunto— ¿No me deseas?

—Si, pero…

—Mójate un poco más—pido perdido—, así no estabas la primera vez.

Sigue siendo incómodo y asiento desorientado, hemos tenido una sola vez y supongo que es normal sentirse así. La luz matutina se asoma bajo la ranura mientras apoyo las manos en la pared a la hora de levantarme.

—Muévete, que gustarle a un Romanov no quita que sigas siendo una prisionera.

Me aferro al pomo hundiendo los dedos en mi cabello cuando salgo. La luz es una tortura y mi papá está en el vestíbulo sosteniendo una conversación bastante íntima con su sumisa. Ruego mentalmente que mi prisionera se mantenga en el closet, pero no.

Sale también acomodándose el uniforme.

—¡Niña! —la llama Zulima— Trae fuego para que el amo encienda su puro.

Sujeto la baranda subiendo a mi alcoba. Tengo el sabor de esa pequeña puta en mi boca todavía y lo único que hago es saborearme.

Me saco la ropa dejando que el agua fría me espabile sin dejar de preguntarme, ¿Qué se siente empinarse una botella en la playa a medianoche?

No lo he hecho, no porque no quiera, sencillamente porque nada de lo que ofrece el mundo es satisfactorio para mí. Yo solo vivo para matar, para vengar y para engrandecer el nombre del pakhan que entra mientras me visto.

—Ya me pondré en mis labores —va directo al control encendiendo la pantalla plana.

El noticiario aparece y con ello el anunciado con mi foto; “Orden de captura para un nuevo criminal: Vladimir Romanov, conocido como el monstruo de Rusia”.

Parpadeo varias veces asegurándome de que no esté viendo mal.

‘‘ Expertos le atribuyen su sadismo a la dependencia que tiene hacia los alucinógenos...”

—¿Por qué saben esto? —la noticia me aterriza.

Un medio informativo no tiene porqué filtrar eso, soy el hijo del Boss y las autoridades locales se abstienen de ganarse problemas por divulgar expedientes confidenciales.

—Olimpia Muller, viceministra actual de la FEMF, ordenó filtrar la información que les compete —contesta mi padre—. Lo sabrías si dejaras de estar metiéndote droga en el closet con esa cría.

Ahora las autoridades tendrán el deber de capturarme, por muy sobornados que estén «Lo que la FEMF dice, se hace».

—Esa mujer tiene un cargo muy importante, de seguro, ahora va a investigarme más —el pánico empieza a absorberme—. Y si me capturan querrán entrar en mi cabeza, querrán que hable de ti y yo nunca hablaría de ti, padre…

El piso empieza a moverse con el hecho de sopesar esa pérdida; veo a mi madre tirada en el piso, la sangre… A Maxi llorando sobre su ataúd… Esta vez no me perdonaría que le quite al Boss también.

Los dientes me castañean, la ansiedad empieza a arrasar y él posa las manos en mi nuca buscando mi mirada.

—Nunca te delataría, te lo juro —le aseguro—. He jurado protegerte a ti y a la Bratva.

—No tienes que decirlo, yo lo sé —apoya los labios en mi frente—. Solo no quiero verte más roto, por ello necesito que dejes de drogarte y te apartes de esa cría.

—Es mi esclava…

—Es peligrosa —advierte—. Ahora tenemos que concentrarnos en otras cosas, ella en algún momento va a morir y no vale la pena perder el tiempo.

—Es mi asunto —pongo distancia—. Asunto que por el respeto que te tengo no discutiré contigo.

—Lo vas a lamentar.

—La única que se lamentará será ella —prometo—. Tú despreocúpate que una vez más demostraré porqué con los Romanov nadie debe meterse.

No oculta el descontento que le causa mi respuesta y termina marchándose mientras yo procuro poner mis pensamientos en orden haciendo uso de mis contactos.

Entre la ley y la mafia hay un parámetro inquebrantable el cual se define en: “Son ellos o somos nosotros”. Obviamente serán ellos y no yo, en algo no están equivocados y es en llamarme el “Monstruo de Rusia”.

Doy las demandas que se requieren reuniendo a ejecutores profesionales. Eso me mantiene por fuera todo el día, ya que personalmente me encargo de hablar con los rastreadores siendo paciente a la hora de esperar respuestas.

Me muestran fotos, las coordenadas y asiento confirmando la demanda de traer la víctima a Sodom, «Al Boss le gustará».

Anochece y vuelvo a casa encontrándome con la pequeña puta que ayuda a apartar la nieve de la entrada siendo supervisada por la matriarca. Tiene los labios morados por el frio y está usando unas medias rojas con puntos negros que me hacen fruncir el ceño.

—Son calientes —me dice desde lejos— y lo colorido nunca pasa de moda.

Troto a la escalera de la fortaleza hallando a mi padre discutiendo con Maxi.

—¿Ves como le habla? —le reclama— Pasas las cosas por alto solo porque es tu primogénito.

Se calla cuando me ve y mi padre parece estar en otro lado.

—Maxi, ¿Cuál es tu problema? —lo enfrento y no deja que lo toque.

—Atrás, drogadicto de porqueria —suelta el empellón que me manda atrás—. Traidor que convive con el enemigo.

Se desespera.

—¡Asesino vendido! —me grita— ¡Ellas acabaron con la tía Sasha, tu acabaste con mi madre y el mero hecho de verlos respirar a ambos me enardece!

Mi padre interviene poniendo distancia entre los dos, sujeta la manga de Maxi guiandolo a la escalera.

—Me estoy impacientando —dice el Boss desde la escalera—. Y apoyo la idea de que me asquea ver a esa puberta aquí.

—Entre líderes es normal convivir con esclavas y sumisas —refuto.

—¡Yo hablo y tú callas, esa es la maldita ley de la Bratva! —lo termino de enojar— No le contestas al Boss y mucho menos a tu padre.

Sigue subiendo dejándome al pie de la baranda.

—¿Qué tal tu día? —la voz de la pequeña puta inunda la sala haciendo que mi padre se voltee.

—¡Andate a la cocina y deja de perder el tiempo! —la regaño.

—Supongo que no tuviste un buen día —recoge la pala—. Espero que sí tengas una buena noche.

Me pierdo preguntándome si es que se hace la tonta o es así por naturaleza. Salgo encontrándome con Zulima Petrova en la salida quien viene con Gregory y siete sumisas más.

Los Petrova son allegados a nuestra familia; Gregory es un buen amigo de mi padre, lo aprecia desde que la Bratva le exigió a su apellido que dejara de meterse con negocios que incluyeran infantes para la prostitución o el tráfico de órganos.

Aunque eso no quita que nos sigan preparando desde que nacemos y tampoco quita que sigamos cobrando venganza con lo que más se quiere y

es la “Familia”.

Me adentro entre los pinos quedándome absorto con la oscuridad del bosque. Las palabras de Maxi hacen eco e inhalo la dosis que me eleva acallando los gritos de las víctimas que he silenciado.

La cocaína borra la sangre imaginaria que avasalla mis manos borrando los escenarios que me recuerdan la escoria que soy. “Si, soy el monstruo de Rusia y en unos años el nuevo Boss de la mafiya”.

Paso las manos por mi rostro volviendo a casa, hay música y licor en lo que parece ser una fiesta “Privada”.

Hay varias mujeres bailandole al Pakhan, «Mi padre», mientras Zulima, su sumisa favorita, se mantiene a sus pies demostrando devoción. Con disimulo entro al closet hallándola a ella en la misma posición que ayer.

—Si vuelves a saludarme como si fuéramos amigos —advierto sentándome a su lado— te cortaré un pie y se lo enviaré a tu padre en un patín.

No contesta y parece enojada.

—Supongo que me agradecerá el que dejes de hacer piruetas de cirquera —continúo.

—No son piruetas, es un arte y se llama patinar.

—Cosa que haces del asco —la interrumpo—. Déjalo, que las esclavas no patinan…

—No soy una esclava…

Le tapo la boca dejándome caer sobre ella, la droga me hace perder la conciencia y no doy para más. Solo medio capto los latidos de su corazón, percibo el pasar de las horas y no la siento dormida, la sigo sintiendo rabiosa.

Los efectos disminuyen dejándome adormilado y en dicho estado paseo las manos por su cuerpo con la cabeza contra su pecho, siento que se queja y aparto las manos sintiendo asco de mi mismo.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando me pongo en pie.

—No es tu asunto, pequeña puta.

Parece que la fiesta sigue, sin embargo, nadie nota cuando salgo a encerrarme a mi alcoba.

—Leoncillo —Salamaro es quien me despierta—, anda, ve a bañarte que tienes obligaciones.

Me ayuda a levantarme y le hago caso arreglándome mientras que desde la alcoba me pone al tanto de todo lo que debo saber. Arreglado, salgo con él en busca del despacho.

Antes de entrar, me arreglo el cabello asegurándome de verme bien ante los ojos de mi padre. Salamaro me abre, entro y él está dándole indicaciones a sus voyeviki de confianza.

Tomo asiento frente al escritorio dejando que mi consejero se ubique a mi derecha, hablamos de lo más importante dejando mi buena noticia para lo último.

—Te tengo una sorpresa —le informo al Boss—. Compensaré las rabietas que te causa mi esclava.

—¿La sacarás de aquí?—indaga.

—No, es algo mejor que eso —refuto—. En el aniversario del club lo sabrás.

Celia entra con mi subordinada quien se muestra seria a la hora de servir el Vzar que por costumbre bebemos todas las mañanas.

Los voyeviki morbosean a las mujeres, el Boss no se inmuta en tanto Celia sostiene la bandeja mientras que mi esclava no muestra el más mínimo respeto dejando caer los pocillos como si trabajara en algún café de camioneros. Planta la bebida frente al Boss que toma el móvil para que no lo salpique con el líquido que derrama.

—Dije que no quería ver a esta cría —mi padre regaña a Celia— ¡Sácala de aquí!

—Sal niña —secunda Salamaro.

—¡Estoy haciendo mis labores! —refuta ella rabiosa dirigiéndose al Boss — Y a cambio lo mínimo que espero es un "Gracias", cerdo malagradecido.

El Pakhan se levanta mandando la bebida al suelo y yo soy rápido sacando el haladie que roza el brazo de la puta contestona. Ella repara la herida que le ha sacado un hilo de sangre.

—¡Largo! —demando.

Celia se la lleva y mi padre recoge todo obligándome a hacer lo mismo. Agradezco que tengamos que salir porque en la misma casa le va a pegar un tiro, «Si es que no se lo pego yo por impertinente».

La matriarca avisa que no estará en casa por hoy. Maxi se une y junto con Salamaro nos vamos al puerto enfocando la atención en los barcos que se usan para el tráfico ilegal de petróleo y estupefacientes.

Tenemos dos edificios y una torre de control que nos ocupa. El Boss está rabioso, que no me hable lo confirma ¿Y quién no?

Si no me gustara le cortaría la lengua a esa puta y se la cosería en la frente como recordatorio. La tarde llega y Maxi recibe una llamada que me mueve.

—Hay un soplón en la fortaleza —complementa Salamaro— Se lo vio tomando coordenadas de nuestra posición.

Mi padre se ajusta los guantes y voy preparando el arma cuando entramos al vehículo. La situación hace que el trayecto sea corto, las camionetas se toman la entrada de la fortaleza y los matones ya tienen a la víctima golpeada y de rodillas, lista para ser ejecutada.

Quito el cargador apuntándole y… La música que resuena dentro de la fortaleza nos hace voltear a todos, las luces están encendidas y vislumbro la figura de mi esclava dando volteretas con Kira en la sala. El tiro con silenciador de mi papá me devuelve a la realidad cuando le vuela los sesos al soplón antes de encaminarse a la propiedad.

Me apresuro yo también. Los quehaceres están a medias ya que los empleados observan sonrientes el espectáculo el cual hace obvio la ausencia de la matriarca.

—¡¿Qué haces?! —Le grita Maxi a Kira y esta se queda quieta en tanto el Boss le dispara al estéreo que se vuelve trizas.

—¡Ponle contención a esto o te largas con ella también! —me amenaza lleno de rabia— Llevenla a los calabozos.

Dispone antes de marcharse. Kira paga los platos rotos con Maxi que la toma del cabello arrastrandola arriba.

—Maxi, ella no tiene la culpa —interviene Salamaro.

—¡Callate, negro hijo de perra! —le grita.

Los voyeviki vienen por la cirquera y levanto la mano pidiendo tregua antes de dar la orden en ruso exigiendo lo que necesito.

—Tú solo hablas cuando yo te lo permita —sujeto su boca recibiendo lo que pedí.

Sus desafíos están manchando mi imagen y por ello esparzo pegamento industrial en sus labios pegandolos antes de que se la lleven al calabozo. Si con miedo aprenderá a respetar no tendré reparo en utilizarlo.

La ansiedad me deja temblando.

—Habla con papá para que deje de estar enojado conmigo —le pido a Salamaro y él asiente palmeandome la espalda antes de marcharse.

En mi alcoba recibo la respuesta que me confirma la captura de la víctima con la que jugaré mañana e inhalo mi dosis nocturna limpiando el haladie que tiene la sangre seca que dejó la cirquera esta mañana.

«Tengo que matarla». La idea me acorrala, la ruleta no solo ficha, también da un plazo regido por la ley de la Bratva. Ley que estipula que quien caza es quien mata.

Y ella tiene que morir después de ser humillada, después de que suplique y si no lo hace, de igual forma… Me dejo caer en la cama... De todas

maneras tendré que acabar con su vida, extinguir esa luz la cual solo hará más pesada esta perversa oscuridad.

A la mañana siguiente despierto con resaca psicótica, «Así le dice Salamaro». Me baño y me visto bajando a desayunar a la cocina. Debería comer en el gran comedor, pero hacerlo en este sitio es una mala costumbre que adquirimos de la tía Sasha.

Maxi ya está ahí con Kira mientras mi esclava se las apaña para picar verduras en la barra, no me mira. La matriarca está de vuelta y Zulima entra a la cocina con pinta de haber pasado la noche aquí.

A Maxi no le agrada Zulima, no le agrada ninguna de las sumisas y mujeres de mi padre ya que cree que alguna ocupará el lugar de Sonya. Zulima lo saluda y Kira es la única que contesta.

Reparo a la pequeña puta a la que asearon poniéndola a lucir un uniforme limpio. Mantiene el cabello recogido y los labios enrojecidos, supongo que a causa del pegamento.

Froto mis manos conllevando los efectos secundarios de los alucinógenos, los cuales hacen que me moleste la claridad y el ruido.

Celia me sirve, varios platos caen y la matriarca apalea a la culpable armando una algarabía que no me deja comer ya que mi atención está fija en la esclava que no deja de observar la escena.

Los demás siguen con sus quehaceres fingiendo que no pasa nada, pero ella no, a ella se le enrojece la nariz, «Es masoquista».

La joven apaleada le suplica a la matriarca que pare, esta no obedece y suelto los cubiertos cuando la pequeña puta es veloz tomando el sartén que estaba en la estufa estampandolo en la cabeza de la matriarca.

Los ingredientes que se cocían en el utensilio salpican a Maxi y a Kira que se voltean de inmediato en tanto la puta suelta el grito cargado de rabia:

—¡Es un ser humano, no un animal! —suelta y la matriarca se vuelve hacia ella con palo en mano, lo levanta contra ella y…

Se detiene con la voz que se impone en ruso. La matriarca baja la cabeza y Emma retrocede cuando el Boss la repara de arriba abajo hablándole en nuestra lengua materna.

—No entiendo lo que dice —contesta ella.

—Dice que eres una cría a la que le falta disciplina —me levanto— ¡Las esclavas no golpean a las matriarcas!

—Yo no soy una cría —refuta ella mirando al Boss—. Y tampoco soy una esclava.

—Mantén la mirada en el piso —demando y no obedece, por el contrario, yergue el mentón con fiereza.

Mi padre da un paso adelante e intervengo clavándole los dedos en la mandíbula de la anormal que no trae más que problemas. La ira la tiene y ni con el fuerte agarre deja de mirar al Boss que puede enviarla a la trituradora con un mero chasquido de dedos.

—¡La mirada en el piso! —exijo.

—¡No!

—¡La mirada en el piso! —reitero y ella me manotea el brazo.

—¡Dije que no!

Se me zafa y mi padre la devuelve tomándola por el cuello, el duelo de miradas no augura nada bueno y ella arde de ira cuando la saca de la cocina.

Emma.

Pataleo en los brazos del hombre que me sostienen llevándome escalera arriba, su agarre es firme, pero no me doy por vencida forcejeado como loca, cosa que no le hace menos difícil la tarea ya que es como una maldita pared.

«No quiero que me vean el culo». Hoy en el calabozo solo me dieron el uniforme y no tengo nada abajo.

—¡Déjeme! —exijo. Le tengo una rabia innata que no entiendo.

Se adentra conmigo en el despacho soltandome frente al escritorio y lo primero que hago es estrellar mi mano contra su cara con un sonoro bofetón.

«Oh, Dios» ¿Por qué hice eso?

No se inmuta, arremeto otra vez ¿Qué demonios me pasa? Repito y me lleva contra el escritorio encaramándome y aprisionando mis manos contra la madera.

—Eres hija de un general y no te sabes comportar, cría de mierda —su aliento me hace cosquillear la nariz ansiando que toque mi boca—. Pero pues yo no soy tu papi y conmigo sí te alineas.

La piel me cosquillea al ver que le he marcado la mejilla, batallo y aprieta mi garganta pasmándome al sentir su otra mano separando mis piernas. «Padre nuestro que estás en el cielo...» Empiezo a orar y dejo de moverme cuando su fuerza me lleva atrás logrando que a duras penas me de tiempo de apoyarme en mis codos.

Mi vestido se levanta dejando mi sexo descubierto y su mirada cae en él en tanto yo… Empiezo a empaparme con el corazón agitado al ver como se saborea mermando la fuerza.

Intento moverme, pero se impone dejando mis rodillas separadas . Mis pliegues se abren dando una vergonzosa vista provocando que los labios me tiemblen en tanto la piel de mis mejillas arden como si estuviera en el maldito infierno.

Quiero saber qué está pensando, qué se esconde detrás de ese rostro tan peligrosamente atractivo, ¿Quiere humillarme? ¿Burlarse de mi intimidad?

Intento taparme y me aparta envolviendo el brazo en mi pierna llevándome al borde.

—Yo... —la oración muere en mi garganta con la tibieza de la saliva que toca mi clítoris cuando me… ¿Escupe? Si, no hay otra definición para lo que acaba de hacer y la acción es como si descargaran mil voltios sobre mi cuerpo.

No puedo hablar, es imposible describir lo que me avasalla al sentir su pulgar untando mis zonas erógenas haciéndome gemir… Estoy tan avergonzada que lo empujo tapando mis partes antes de buscar la puerta, acción que no se logra con la entrada de Vladimir que me atropella entrando con Zulima.

Sujeta mi cabello estampando un beso largo que me devuelve al escritorio, correspondo aturdida. Creo que estoy en el limbo, en mi cerebro no hay más que humo negro.

—Es hora de asumir que eres la esclava del Underboss —vuelve a mis labios—. Esta vez el castigo será permanente.

CAPITULO 11 — SODOM.

Emma.

Estoy demasiado confundida para entender lo que pasa, mis sentidos no responden como deberían y la fiereza de Vladimir me hace retroceder a las malas con un beso que me maltrata la boca. Ni siquiera se fija en su padre que se marcha en tanto yo batallo porque me suelte.

—Quieta —se impone.

—¡Para! — exijo, pero se niega llevándome de nuevo al escritorio permitiendo que Zulima se ubique entre mis piernas.

Batallo y pataleo en vano ya que él me pone un arma en la cabeza aquietándome en segundos.

—Tranquilízate o te dolerá —indica la sumisa.

—¿Por qué crees que todo se soluciona con violencia? —inquiero buscando su mirada leonada— ¡Date cuenta de que no te hace más hombre!

Calla uniendo su frente con la mía, dejando que el aparato entre en mi canal mientras yo aprieto la manga de la camisa.

—Solo hago feliz a tu amo —explica Zulima—. Y a ti.

Un leve ardor me pellizca antes de que Zulima saque el artefacto que me deja más nerviosa de lo que estaba.

—Ahora estarás dispuesta y obediente cada que yo lo requiera —me susurra Vladimir.

Vislumbro el pequeño control que tiene en la mano cuando se aleja. Mis pies tocan el suelo y estos me llevan a la alfombra con la descarga repentina que provoca espasmos en todo mi ser.

Espasmos lleno de placer los cuales no sé cómo controlar y hacen que la humedad unten mis muslos acalorandome en segundos.

—¿Qué es? —pregunto desesperada— ¡¿Qué diablos me pusiste?!

Respiro con los dientes apretados. La descarga es tanta que no me deja mover las piernas.

—¿Te gusta? —aumenta el nivel y arqueo el cuerpo— Solo así rindes obediencia…

Tengo una nube de niebla negra en vez de cerebro en lo que sudo tratando de respirar por la boca queriendo controlar los espasmos, pero las descargas se tornan tan fuertes que me me quitan la fuerza.

Mi cabeza cae y él Underboss me aparta el cabello de la cara en tanto yo siento que pierdo la conciencia poco a poco.

—Descansa que el juego será divertido —es lo último que escucho antes de que la mente me quedara en blanco.

-------———-------

El olor a vegetación entra en mi olfato, mis párpados se abren y no veo más que las copas de los árboles que se ciernen sobre mí. La nieve me quema y lo primero que hago es rodar sobre mi espalda tratando de identificar dónde estoy.

«¿Pinos?» ¿Me han dejado libre? Tengo una tunica beige la cual se ajusta con una cuerda a mi cintura, una larga trenza cae sobre mi espalda y, en vez de zapatos cerrados, tengo sandalias planas como una esclava espartana.

El tronar de las balas me pone alerta, alguien viene corriendo. No tengo idea de a donde correr, así que me quedo quieta viendo al sujeto de negro que sale de los pinos.

«Es uno de los verdugos de la fortaleza».

—Lo que pasa en el bosque se queda en el bosque, pastelito —espeta viniéndose contra mí—. Amo este juego.

Emprendo la huida, pero, me alcanza, caigo y me arrastra de los tobillos mientras me giro pataleando cuando rasga el cuello de la túnica refregándose en mi pelvis.

—Me voy a deleitar pastelito —se alza sobre mí y alguien lo aborda por detrás torciéndole el cuello en un dos por tres. Algo cruje y el cuerpo cae como si fuera un mero monigote dejándome ver al hombre que se cierne atrás.

«El ruso» Ilenko Romanov blande la daga que me hace cerrar los ojos a la espera de mi muerte, pero esta termina clavada en la nieve a centímetros de mi cara. Siento su aliento acariciando mis labios, sus manos enguantadas en cuero sujetando mis muñecas y algo muy duro sobre mi vientre.

Abro los ojos de nuevo; es muy grande e intimidante, también con la corpulencia que me hace ver como un cordero frente a un león.

—¿Qué? ¿Va a entrar en una James? —pregunto con miedo provocándole una sonrisa de medio lado.

—Ya quisieras, hija de puta —vuelve a tomar la daga y aprovecho para zafarme soltando el arañazo que le abre la piel de la mejilla. «Me salvo una vez, no dos», se toca y me retuerzo hasta que lo quito alejándome a la velocidad de la luz.

Noto que nadie me sigue y el panorama se enturbia al entrar en lo más espeso del bosque. Me siento perdida, el aullido de los lobos me hiela la sangre y…

—¡Niña! —me llama Zulima escondida detrás de uno de los árboles— Ven, sino esos animales te encontrarán.

¿Qué otra opción tengo? Me siento a su lado cerciorándome de que nadie venga.

—Es un juego, ya va a acabar —me indica.

—¿Juego? —pregunto confundida.

—Si, sueltan a los presos dándole la oportunidad de matar a los carceleros —aclara—. Es como una purga, si los voyeviki se dejan matar es porque no son lo suficientemente fuertes para estar en la Bratva.

—Pero, nosotras —indago— ¿Qué tenemos que ver?

—Somos una prueba más —explica—. Si un voyeviki se enfoca más en el placer carnal que en demostrar fortaleza, tampoco sirve en la Bratva.

Me tenso con los pálpitos que emite mi sexo de un momento a otro. Son espasmos que encienden un doloroso deseo el cual me hace torcer los tobillos.

—¿Qué me pusieron? —indago desorientada— Me siento como si fuera a morir.

—Ven —se acerca—, te ayudaré.

No sé qué hará, pero la nieve no se siente tan fría cuando me recuesta alzando la tela de la túnica. «Quiero razonar», pero ella corre las bragas dejando mi sexo empapado a la vista y lo que pensé que consistía en echarme hielo para apagar la llama termina con su boca en mi vagina.

La lengua me recorre los muslos limpiando la humedad…

—Oye, espera...—trato de protestar. No capta, solo sube lamiendo los alrededores de mi sexo antes de meter los dedos.

—Tranquila —dice suave—. No tengas miedo.

Continúa limpiando la humedad que emana de la separación de mis labios inferiores. El dispositivo me tiene al cien obligándome a soltar jugos en exceso e intento relajarme, pero no; no me siento cómoda, no sé qué estoy haciendo y el que me penetre con tres dedos tampoco me ayuda.

Sigue recogiendo los jugos que emano mientras mi cabeza evoca la turbia mirada del líder ruso estando en el despacho... Su pulgar sobre mi clítoris y mis ansias porque me…

—No más —aparto a Zulima.

—Tranquila —insiste.

—¡Que no más! —me levanto buscando mi propio camino.

Creo que soy demasiado ingenua para esto ya que ni en el más pervertido pensamiento me imaginé vivir este tipo de experiencia. Sigo avanzando

agitada hallando el ojo de la hoguera, entrando al punto de la masacre donde hombres andrajosos se matan con verdugos a mano limpia.

Distingo la figura de Maxi a pocos metros, la mirada asesina lo dice todo y con una mera señalización envía a uno de los verdugos contra mí haciendo que me devuelva corriendo.

No quiero partir tan pronto de este mundo. Este bosque está lleno de asesinos y por un momento me cuestiono el no tener la habilidad de cargarmelos a todos; de no poder ser mi propia heroína siendo una super agente el cual lanza tiros certeros.

Cuestiono el haber amado más los patines que las armas y me reprocho el ser una tonta que se aferra a una luz la cual ahora no le está sirviendo para nada.

Corro reconociendo la figura del hombre que está de espaldas reluciendo la cortina de cabello dorado que lo hace lucir como un fantasma medieval en medio de la nieve.

—¡Vlad! —grito y se voltea dejando que me arroje a sus brazos— ¡Vlad!

Sujeta mis hombros en lo que sollozo preguntándome en qué momento mi vida dejó de ser un mundo de colores.

—Quiero irme al calabozo —pido—¡No más, por favor!

Se ríe sujetando mi rostro.

—Eres tan débil y tan inútil —suelta—. Aunque no niego que bonita también.

Aprieto los labios queriendo contener el llanto y él me abraza mientras un cuerno suena, el cual supongo que da todo por terminado.

—Ve con ella —demanda.

Zulima viene por mí amarrándome las manos en tanto el ruso, dueño de la Bratva, aparece con la mejilla marcada por mis uñas. La mirada cargada de odio me pone a tragar grueso temiendo a que me entierre una daga aquí mismo.

—Mi señor —le dice Zulima y él acorta el espacio tomándola del collar uniendo su boca con la suya en un beso largo y diestro que me mueve incómoda.

Es el tipo de beso que te hace apartar la cara con incomodidad, el tipo de beso que me hace apretar los dientes rabiosa aumentando el rencor que le tengo.

—Sabes bien, sumisa —es lo único que le dice.

—Gracias, mi amo.

Zulima avanza conmigo y me es inevitable voltear, tiene tres líneas rojas en la mejilla izquierda las cuales le empañan el peligroso atractivo y no me molesta haberlas hecho, es que de debi arañarle toda la cara por criminal hijo de perra.

—¿Qué te pasó en la cara? —le pregunta Maxi que sale de entre los árboles.

—Me topé con una gata a la cual le voy a pegar un tiro —contesta en lo que camino—. Le pegaré un tiro a ella y a toda su asquerosa descendencia.

La amenaza me cala en los poros en lo que me devuelven a la mazmorra. El camino es largo y la nieve me quema la piel de los pies mientras el frío agarrota mis extremidades.

Entramos a la fortaleza, Kira está bajando la escalera con un bonito vestido suelto recordándome a Sam, que siempre luce esplendorosa vaya donde vaya. Salamaro, que no sabía que nos seguía, se adelanta a ofrecerle la mano para que baje.

—El señor te quiere ver con esto —Celia me entrega otra túnica y Kira frunce las cejas con pesar.

—¿A dónde me van a llevar?

—Solo obedece, niña —indica Salamaro.

Ni un cuarto me dan, así que debo cambiarme en la cocina. Lo acontecido me ha dejado desanimada y no creí que en algún momento de mi vida extrañaría un calabozo.

Tomo asiento a la espera de que vengan por mí. Estoy viendo esta tarea como algo imposible, aparto las lágrimas reiterandome de que las adversidades no pueden quitarme las ganas de vivir.

Salamaro me ofrece un pañuelo con disimulo y pese a estar rota, doy las gracias recordando quien soy.

—A la camioneta, niña —demanda el hombre de color.

Salgo en busca del vehículo, Kira está en el asiento trasero y Zulima en el delantero. El moreno se pone al volante y pierdo la vista en la carretera. La mano que me apuñaló Maxi ha ido sanando feamente reiterando que no me libraré de la horrible cicatriz.

—Quiero irme a casa —musito con los ojos llorosos.

Extraño mucho Phoenix.

—De la Bratva solo sales muerto —contesta Kira con un leve susurro—. Tu hermana no debió matar a Sasha.

—Eso no justifica la crueldad de Maxi, ni tampoco la de Vladimir…

—¿Vladimir te parece cruel?

—Mucho.

—Toma todo eso, multiplícalo por siete y tendrás a Ilenko Romanov.

Trago el cúmulo de saliva que se forma en mi garganta, «Le estoy teniendo el mismo odio que él le tiene a mi hermana».

— Mantente lejos —advierte Kira—. Evítalo y, con suerte, alargarás el día de tu deceso.

La oración es como una estaca de madera en el centro del pecho al oír de nuevo mi más grande miedo; «fallecer sin haber saboreado la vida».

—Prepárate para el epicentro de la perversión humana —informa Kira—. Sodom, la tierra de los Romanov.

Me acomodo en el asiento, lo que esperaba que fuera un lugar inhóspito y vacío termina siendo un pueblo lleno de luces con casinos, bares, hoteles, rings de boxeo y arenas de pelea.

Las calles parecen estar recién pavimentadas y las prostitutas se pasean por ellas viéndose magníficas. No son mujeres andrajosas ni mal vestidas; son hermosamente exuberantes, con joyas y prendas preciosas.

Me enderezo al ver a la mujer que camina con un hombre en cuatro patas dándole latigazos y no es la única; también hay quienes pasean sumisas con las manos encadenadas.

Hay moteles en todos lados, avisos de show excéntricos y animales salvajes en las aceras. Señoras de edad con jóvenes que pueden ser sus nietos y hombres besándose libremente en bancas masturbandose uno al otro.

No hay limosneros ni vagabundos; todo es como una versión sombría de Las Vegas.

—Que no te asuste —continúa —. Hay gente que nace para esta cultura llamada morbo disfrazado de libertinaje.

¿Alguien nace para caminar en cuatro patas siendo arrastrado por una cadena? El auto se detiene frente a un templo gigante. Abren la puerta y Salamaro me saca pidiendo que camine dos pasos tras él.

Las enormes láminas de madera nos reciben y Easy avasalla mis oídos mientras las luces rojas son protagonistas bloqueándome ya que no sé a dónde mirar.

Hay artistas desnudos haciendo acrobacias en telares de seda, mujeres y hombres suspendidos envueltos en nudos, seres que hacen el papel de mesa mientras que otros sostienen lámparas siendo supervisados por sus señores o como sea que se llamen.

Avanzo. El olor a opio inunda el ambiente mostrandome trios, orgias, voyeur, amos y sumisas; las mujeres que no están desnudas lucen atuendos holgados en forma de túnica mientras que los hombres andan en vaqueros y con camisas anchas.

Las personas se van dispersando dándole paso a Salamaro que camina en línea recta adentrándose más. El lugar es enorme con un techo tipo domo,

las columnas son gruesas, las cuales tienen personas encadenadas con mordazas en la boca.

Cada que pasas una columna me encuentro con algo diferente, pero nada de lo que veo desvía mi atención de lo que está al final.

No puedo obviar al hombre que yace sentado en lo que parece ser un trono; el Boss de la Bratva con una camisa blanca abierta y la pierna sobre el reposabrazos disfrutando de los espectáculos que le brindan. Las mujeres se le ofrecen como trofeos mientras que sus hijos se mantienen a su lado observando todo.

Siento que lo veneran como un Dios en tanto mantiene el índice contra su sien como si estuviera muy aburrido. El arañazo sigue siendo notario pese a no estar demasiado cerca y me pregunto ¿Cuántos años tiene?

Diría que no más de 30, cosa que es imposible teniendo dos hijos tan grandes. Es más atractivo y llamativo que los dos, ya que Vladimir tiene el cabello dorado y es de rasgos suaves, aunque eso no le quita la cara de sádico.

Maxi no se asemeja a nadie con un corte que le llega a los hombros, de cejas espesas es él más delgado de los tres, pero con un rostro de joven caprichoso quien no acepta un no como respuesta.

El Boss es algo totalmente diferente; alto, acuerpado, de hebras castañas con un aire del Dios de la guerra el cual te acojona todo el tiempo. La sed de venganza que se carga le aumenta esa aura cargada de peligro.

Vladimir nota mi presencia y le habla a su padre al oído antes de bajar viniendo a mi puesto. Alguien anuncia que el festín va a comenzar y por inercia sigo al rubio al que todo el mundo le abre paso saludando como si quisieran caerle bien.

Atravesamos un par de cortinas que le dan paso a un salón tipo circo romano. El Underboos sube los escalones soltándose la camisa y yo me quedo varios pasos atrás viendo cómo la multitud se asoma en los balcones.

«No entiendo nada».

El Boss está en uno de los palcos sentado en otra silla con Maxi, Kira y Salamaro a un lado. Las personas gritan cosas en ruso, cosas que no entiendo.

—Ven aquí —me llama Vladimir ofreciéndome la mano.

Mis pies ceden con duda y él me rodea, tiene el torso descubierto y el cabello trenzado. Besa mi hombro actuando como si fuéramos una pareja normal dándose cariño.

—Quiero irme al calabozo —pido nerviosa.

Sacude la cabeza dando una orden en ruso la cual trae a una mujer con un vestido igual al mío, se nota que le apalearon las piernas. Varias rejas empiezan a alzarse, Vladimir me tira su haladie en los pies al tiempo que a la mujer le quitan la lona de la cabeza dándole un cuchillo.

Retrocedo, tiene el rostro cubierto de lágrimas. «La conozco», claro que la conozco, fue colega de mi padre; Olimpia Muller, viceministra actual de la FEMF. Vladimir se aparta.

—Que gane la mejor —anuncia—. Disfruten el Mortal Cage ruso, señores.

(Mortal Cage: Jaulas mortales)

—No, por favor —le pido—... Por favor, Vlad…

Las rejas nos encierran y él sale dejándome sin opciones.

—Por favor —saco la mano— ¡Quiero irme al calabozo!

—Hazlo o ella te matará —me dice Vladimir.

Me vuelvo hacia la mujer que repara el cuchillo, muestra signos de tortura. Es más experta que yo, ella es una ex agente veterana y yo solo soy una cadete. Un enorme reloj inicia el conteo.

—Suelta el cuchillo —le pido—, y yo suelto el haladie.

Niega llorando.

—Eres tú o yo. —dice.

—¡Suéltalo! —insisto sollozando viendo como empuña el mango del cuchillo.

Yo nunca he matado a nadie y no quiero hacerlo ahora.

—Lo siento pequeña Emma —blande la hoja contra mi y soy rápida a la hora de tirarme al suelo.

El pánico posee cada célula de mi ser y ella se me viene encima con el tipo de violencia que te da el desespero.

Evado varias puñaladas y con rabia traigo a mi mente las veces en que vi a mi hermana entrenando con mi padre cada que iba de vacaciones.

«Sé veloz y toca el suelo antes de que el cuchillo te toque a ti», recuerdo haciendo uso de la maniobra.

—¡Para! —grito y no se detiene.

«Ataca desde abajo y manda al contrincante al piso», le barro los pies evocando la carcajada de mi papá cada vez que Rachel lo tomaba por sorpresa.

Olimpia es rápida tomando el cuchillo que me atina a la garganta.

«Mete el brazo y entierra el puño», le saco el aire con un puño que la arquea y un rodillazo que le rompe la nariz salpicándome sangre.

—¡Basta, por favor! —suplico, pero ella no escucha. Me ataca de nuevo con maniobras precipitadas que me ponen entre la espada y la pared— ¡Basta!

—¡No moriré yo! —exclama— ¡No moriré yo!

Me manda al piso y me muevo aquí y allá mientras el cuchillo entra y sale de la lona.

«Levántate rápido», recuerdo haciendo acopio. «Da la espalda», me levanto sorprendiéndome de mi instinto de supervivencia. Siento el reflejo del cuchillo en mi espalda y...

«Cuando el oponente crea que estás desprevenida», me doy la vuelta sujetando la muñeca que intenta atacarme, «Sujeta con fuerza y manda el

puñal a la yugular». Corto la garganta que se abre soltando una oleada de sangre.

Cae. El llanto me toma yéndome contra el cuerpo, queriendo tapar la herida que acabo de causar, pero es demasiado tarde para ello.

—¡Ayuda! —pido con la mano herida— ¡Ayuda!

La maté y… «Ella te iba a matar a ti» Me iba a matar pese a que le supliqué que no lo hiciéramos, pese a que la conocía desde niña. Iba a matarme siendo amiga de mi padre.

—Lo siento, lo siento —pido— ¡En verdad lo siento!

Vladimir me levanta y no dejo de llorar estando en shock en tanto él me alza y me besa.

—No quería hacerlo —trato de explicar en medio de la conmoción —, pero ella...

—Está bien —susurra—. Ahora la oscuridad nos ha tocado a los dos.

Tiemblo mientras me alza la mano que sostiene el haladie mostrándome como la ganadora.

—Ella quería capturar al monstruo de Rusia —declara señalando a Olimpia—, pero mi esclava le demostró que con un Romanov nadie se mete.

Vuelve a besarme exhibiéndome orgulloso, su padre se levanta furioso y estoy tan decepcionada del mundo. Ella era colega de mi papá y no dudó en blandir el cuchillo contra mí sin ni siquiera sopesar una solución.

Sigo en shock, Vladimir me lava las manos después de sacarme de la jaula.

—Yo no quería hacerlo —intento explicar— Le pedí que parara, ¿Lo viste? Se lo pedí varias veces. Lo escuchaste, ¿Cierto?

—Sí, lo escuché—roza los labios en mi mejilla—, pero esto es un ejemplo de que a veces no se hacen las cosas porque queremos, simplemente nos toca cuando entramos a una guerra de vivir o morir,

Me quita el haladie llevándome a lo que parece ser una discoteca. Hay armas en las mesas y gente por montones. La música se torna atronadora, todo el mundo lo felicita por lo de Olimpia y Salamaro me ofrece una píldora que rechazo.

Kira, Maxi y Zulima están en la mesa también. «Yo solo estoy pensando en la sangre que derramé».

—Toma aunque sea agua, niña —insiste Salamaro y vuelvo a negar.

—Quiero irme al calabazo —le insisto a Vladimir.

Me ignora y se inclina a inhalar la coca que hay en la mesa sorbiendo todo de golpe. Maxi está al otro lado furioso mientras yo no salgo del shock todavía.

—El Pakhan te quiere en la habitación 233 del segundo piso —le dice Salamaro a Zulima y esta se marcha medio despertándome.

El Underboss vuelve a besarme bajo la mirada de su hermano, parece que a Vladimir la cocaína no le basta.

—Heroína —le pide a Salamaro—. Trae dosis para toda la noche.

—Leoncillo —trata de decirle el moreno…

—Voy a celebrar con la pequeña puta —dice.

La mirada de su hermano me da miedo. El Underboss se sigue drogando sin soltarme y por un momento se levanta a saludar a gente que no tengo ni idea de quién es.

Todos lo felicitan, todos le dicen que es como su padre y él en las horas solo se droga con todo lo que le dan.

—¡Ya estuvo bien! —lo regaña Salamaro— A tu padre no le gustará.

—¡A padre ya no le gusta nada de lo que hago ahora! —empuja el moreno que intenta conciliar.

—Andate a tomar una siesta —le insisten y Vladimir se zafa mandandole dos puñetazos en la cara.

Retrocedo cuando le apunta con un arma, varios verdugos intervienen llevándoselo no sé a dónde e intento seguirlos.

—Espera aquí, niña —me indica el moreno—. Maxi, hazte cargo…

—Claro —se levanta.

Viene rápido tomándome del brazo y guiándome a la otra salida, Kira me mira preocupada y yo me safo queriendo seguir a Vladimir.

—¡Que estoy a cargo! —me devuelve.

Mis ojos viajan a la punta del puñal que se le asoma en el pantalón.

—Maxi —lo alcanza Kira.

—Vete a la mesa —me sigue arrastrando.

—Te meterás en problemas si… —se devuelve lanzándole un bofetón.

—¡Que te devuelvas a la mesa!

Ella se marcha asustada y yo me suelto llena de ira, se viene contra mí y lo primero que hago es echarle mano a la primera botella que veo estampandosela en la cabeza. Cae y me muevo entre el gentío que baila en medio de las luces.

—¡Emma! —a lo lejos capto la voz de Kira que me desliza un arma a través del suelo.

La tomo y volteo distinguiendo la cabeza de Maxi abriéndose paso entre la multitud.

Disparan las cámaras de humo, no sé donde estoy, así que me apresuro a tomar las escaleras.

Dos hombres más se le unen a Maxi y corro en el pasillo que alcanzo buscando la puerta de la única persona que puede detenerlo. El número aparece y golpeó rápido, pero no me abren, así que sigo golpeando con los dos puños como una maldita loca desesperada...

Abren y atropello sin detenerme a mirar, simplemente paso de largo encerrándome en el primer closet que encuentro.

Los ataques de Olimpia me encierran, alucino con el rostro de la mujer que me iba a apuñalar y me vuelvo a ver en la lona con un cuchillo encima. «Ya pasó», me digo, pero mi cerebro no lo entiende.

Oigo una discusión en ruso, algo se estrella y me tapo los oídos con miedo.

«¡Estoy harta de esta mierda!» Todo me juega en contra recordando lo de Olimpia, la cara de Maxi y la garganta que rebané. Abren el closet y apunto soltando el disparo que me deja aturdida, el cañón bota un hilo de humo y… Mi cerebro se despierta asumiendo que le acabo de disparar al Boss de la mafia rusa.

CAPITULO 12 —ZURRA.

Emma.

La realidad llega como un balde de agua fría, el hombre frente a mí se mira el brazo donde le ha rozado la bala y me pongo en pie soltando el siguiente proyectil.

«Es mi oportunidad».

—¡Largo todo el mundo! —dispone mientras me le voy encima con arma en mano.

Me va a matar de todas formas, así que para qué perder el tiempo. Forcejea conmigo logrando que el arma suelte otros dos disparos en la confrontación, me rehúso a soltarla y prefiero retroceder sin dejar de apuntarle mientras él no se mueve; ni siquiera le importa la línea de sangre que le está brotando del brazo.

—¡Quieto! —dispongo con firmeza.

Quito las lágrimas asustada asegurandome de que no haya verdugos los cuales pueden atacarme, pero no. Estamos solos en la enorme habitación iluminada por el fuego.

—¿Me vas a matar Ved´Ma? —hace que me mueva— ¿Tú a mí?

—Quédate dónde estás —advierto y sonríe con malicia.

Busco una escapatoria, sin embargo, algo hace que inevitablemente lo repare de pies a cabeza; la tez olivácea cubre los hombros anchos al igual que el musculoso cuerpo con pectorales y abdomen marcado, en tanto el boxer se le pega a las piernas cubriendo algo grande y grueso lo cual me eriza por completo.

—No te muevas —insisto.

Se acerca y los nervios me fallan soltando otro disparo el cual hace que se me venga encima arrebatandome el arma que desliza lejos. No dejo que el miedo me pasme lanzando el codazo que me abre el camino hacia la puerta,

sin embargo, soy demasiado inexperta para el hombre más peligroso de Rusia quien me sujeta devolviéndome en el acto.

—¿Qué podrían hacerte por matar al dueño de la Bratva? —habla en mi oído con la sangre emanandole del brazo— De seguro, te arrancarán la piel como a un borrego

Los guantes me maltratan la piel de la garganta

—No te permitirían morir, sino que dejarían que sientas la agonía de ser abierta y luego te quemarían como la maldita bruja que eres.

Peleo, me suelto y alcanza el borde trasero del cuello de la túnica que se desliza fuera de mi cuerpo en medio de mis intentos por evadirlo. La vergüenza me corroe y tapo mis pechos dispuesta a salir en bragas si es necesario, pero su mano izquierda se envuelve en mi trenza impidiendo la huida.

Me estampa contra una mesa y en menos de nada tengo las muñecas con dos grilletes de hierro los cuales me dejan como una auténtica esclava.

—Ahora veremos quién va a matar a quién.

Alcanza la daga que corta mis bragas, jadeo cuando su fuerza me levanta de nuevo envolviendo la mano en mi trenza y llevándome a la hoguera en forma de chimenea que yace en la habitación. «Va a quemarme», mi cuerpo cabe ahí y fácilmente podría ser incinerada.

—¡Vlad! —grito el nombre de la única persona que podría hacer algo menos tortuoso—¡Vlad!

Aprieta el agarre obligándome a que mis ojos se anclen a los suyos en lo que mis manos se mantienen sujetas atrás. Este hombre no muestra piedad por ningún lado y siento que su crueldad es peor que morir.

—¿Crees que por haberle ofrecido el coño mi hijo te salvará? —gruñe en mi mejilla— porque eso fue lo que hiciste, ¿Cierto?

Su mano enguantada choca contra mi sexo en tanto el calor de las llamas me torna más receptiva encendiendo un leve cosquilleo en mi interior.

—Le ofreciste esto —palmetea dos veces más—. Niñata malcriada, ¡Contesta! ¿Es esto lo que te tiene viva?

Vuelve a golpear tres veces más.

—No —me relamo los labios secos y otra palmada arremete con más intensidad, luego otra y otra hasta que toma mi sexo con fiereza forzándome a separar las piernas, en tanto respira en mi oido dejando que su hombria palpite contra mi pierna.

Muero de vergüenza con la cremosidad que expido la cual ha de estar untando el cuero de sus guantes.

—No hay palabras que puedan definir lo mucho que me asquea tu repugnante apellido.

—A mi me apena que no puedas diferenciar entre mi hermana y yo —respondo.

—Calla.

—Mi nombre es Emma James, no Rachel James —refuto con su mano en mi sexo— ¡Mírame y entiende la diferencia!

Aprieta más y un jadeo ahogado sale de mi garganta obligándome a arquear el cuello con el dominio puro que me hinca las rodillas frente al fuego.

—Niñata malcriada —gruñe—.Ya dije que no soy tu papi como para que me hables así.

—Claro que no, un mafioso de mierda es lo que eres.

Las llamas consumen la leña desencadenando el sudor que cae por mi espalda, está a mi lado y me juzgo a mí misma distrayéndome con el bulto que se esconde detrás del boxer. Se le remarca tanto que me es imposible apartar la mirada ya que el grosor es demasiado notorio como para obviar. Mete el pulgar por un costado medio bajando el elástico que deja a la vista las líneas marcadas por el ejercicio

Me lleva hacia adelante poniendo mi cara contra el piso dejándome el culo en pompa. Las llamas están cerca e intento moverme, pero termino

recibiendo el impacto de algo duro y aplanado contra mis glúteos.

—¡Mira como te enrojece el culo este mafioso de mierda! —lanza de nuevo prolongando la quemazón que me hace respingar.

—¡Para!

—Silencio…

Lanza tres veces más extendiendo el ardor que envía órdenes confusas a lo largo de mi ser.

—Zurra para la James más indisciplinada —dos azotes más me hacen apretar los dientes cuando arremete y arremete de nuevo aumentando la capa de sudor que me cubre por completo.

El ardor es insoportable en lo que baja a mis muslos estrellando la regleta de madera que va subiendo por mi caderas tocando varios puntos de mi espalda. Las lágrimas me saltan en tanto la humedad de mi sexo se extiende sin motivo alguno con los reglazos que me giran cuando no tolero uno más.

Las manos atadas limitan mis movimientos. El piso tibio empeora la sensación de ardor que tengo atrás y termino clavando los pies en el mismo poniendo distancia entre el suelo y mi piel armando un arco con mi pelvis, ansiosa por ponerme de pie.

—¡Para! —pido— ¡Para, hijo de puta!

La regleta se estrella contra mi sexo soltando un sonido encharcado. Cosquillea, arde y me empapo más queriendo huir de la extraña sensación que me arrastra en lo que recibo los impactos en mi zona sensible… Pica demasiado y, por más que quiero alejarme, sigo recibiendo reglazos que hinchan mi sexo dejándolo rojo.

El roce con el golpeteo es una tortura, la regla vuelve a estrellarse y esta vez no contengo el chillido.

—¡Arde! —espeto en medio del llanto alzándome más para que vea como me tiene y lo que ha provocado.

No puedo tocar el piso y tampoco puedo cerrar las piernas.

—¡No soy mi hermana! —sollozo y pierde la vista en mi sexo— ¡Así que para, por favor!

La regleta cae al tiempo que sus rodillas tocan el piso dejando las manos bajo mis muslos. Sin explicaciones, sin preámbulos, su boca cubre mi empapado sexo pasando la lengua por mis pliegues saboreando mi zona.

La lengua ávida se mueve en todos lados liberando jadeos llenos de éxtasis, de gloria, la cual compensa el sufrimiento vivido hace unos minutos, ya que mi piel está tan receptiva que siento que todo me cala por los poros con una intensidad arrasadora.

Un torbellino, un huracán de adrenalina me estremece sacándome más lágrimas, en tanto mi corazón no deja de galopar con él, ahí abajo, chupando con brío, con fuerza; oscureciendo mi entorno y estremeciendo mis extremidades llevándome a un punto donde no sé si moriré… Sensaciones que desaparecen y me alzan más la pelvis cuando se levanta dejándome ansiosa.

Mi piel sigue en llamas, quiero que vuelva a prenderse, pero no lo hace; por el contrario, baja el elástico del boxer sacando el miembro grueso que me embelesa. Observo anonadada la erección firme que recae en su mano cuando apunta a mi sexo soltando el chorro dorado que baña mi coño… Me está… Me está…

—Ten lo que querías ver —espeta marcando el acento—. Observa la fulgente verga de este mafioso de mierda.

Gruñe atinando a mi zona más sensible, acariciándome con el chorro que culmina con una leve sacudida antes de guardarlo y alzarme dejándome de pie cuando me levanta tomándome del collar que se ata a mi cuello.

La debilidad llega dejándome confundida y con un cúmulo de sensaciones atoradas. Estoy empapada, sudando, me acaban de dar la zurra de mi vida y heme aquí; sintiéndome como un animal en peligro de extinción frente a este hombre.

—Tú me….

—Castigué, humillé y denigre.

Meneo la cabeza y sujeta el collar con fuerza.

—Eso no fue solamente un castigo —vuelvo a erizarme al recordar su boca sobre mi sexo—...Me…

—Una persona como yo nunca te daría más que sufrimiento —me mueve queriendo que reaccione—. Así que despabílate y borra de tu mentecilla lo que sea que estés pensando porque el Boss de la mafia rusa no pierde el tiempo con niñatas como tú.

Vuelve a sacudirme y debo pararme en puntillas cuando me lleva contra su pecho.

—No pierdo el tiempo con la pésima versión que me ha tocado del enemigo —reparo el movimiento de su boca—, como tampoco me fijaría en un insignificante ser el cual tiene la marca de la muerte estampada en la frente…

Tiemblo con nerviosismo ante su cercanía. El recordatorio me calcina en lo que él no me suelta, por el contrario, tira de nuevo haciendo que me empine más. Tengo miedo, estoy confundida, pero pese a eso, no puedo evitar atrapar su labio inferior con mis dientes sin entender qué diablos estoy haciendo.

Un extraño sabor explota en mi boca al cambiar el mordisco por un leve chupetón el cual aumenta la fuerza del agarre. Lameteo, me hace retroceder y, acto seguido, me apodero de su boca dejando que su lengua se toque con la mía. Me cuesta mantenerme a su altura, así como me cuesta razonar y entender que estoy besando a un ser que ha hecho daño toda su vida solo porque quiere.

Me cuesta entender que quiere matarme a mí y a mi hermana, que me lleva más años, que es el padre del hombre al que le gusto; que es peligroso y que mal es una palabra demasiado simple para lo que estoy haciendo.

Me aleja de golpe sin apartar la mirada de mis ojos y manda la mano de nuevo a mi sexo estrujandolo con fiereza mientras se limpia la boca con total repulsión.

—¿Qué te pasa niñata? —se enfurece— ¿Crees que puedes estar al nivel de las mujeres que pueden besarme?

Las palabras cortan y termina llevándome de nuevo contra la mesa; quita los grilletes rápidamente antes de meterme en la cabina de la ducha, la cual suelta el chorro de agua helada.

Me refriego rápido y él me saca de nuevo tirando la túnica que me pongo mojada todavía, se mete en los vaqueros medio abotonando la camisa antes de sujetarme la mandíbula.

—A nadie —advierte—. A nadie le dirás que me besaste o te juro que…

Corta las palabras como si besar a una James fuera pecado.

—Siendo esclava en un barco con presos no creo que a nadie le importe eso…

Me saca, ¿Barco con presos? No soy tan ingenua para no entender lo que eso significa. Sale conmigo y empiezo a buscar a Vladimir que no está por ningún lado. El sitio está desierto con vergudos en puntos estratégicos solamente.

—¡Vlad! —vuelvo a gritar mientras su padre me lleva— ¡Vladimir!

—¡Padre! —se atraviesa Maxi con una herida en la cabeza— Pensé que ya estaba muerta.

Kira está a pocos pasos tratando de sujetarlo, pero no se deja.

—Lo estará pronto —el ruso avanza conmigo a través del pasillo y yo no paro de buscar a Vladimir.

El ruso le da otro tirón a mi muñeca cuando me rehuso a avanzar buscando al Underboss.

—¡Matala ya! —exige Maxi.

Su padre lo ignora y preveo el ataque cuando se me viene encima con un puñal en la mano.

—¡No, por favor! —imploro.

—¡Basta Maxi…! —exige el Boss.

No acata la demanda siendo ágil a la hora de atinar, le huyo al filo y… El cuerpo de Ilenko se interpone recibiendo la hoja que se entierra a un costado de su abdomen.

La sangre se despliega e intento sostenerlo para que no caiga, sin embargo, el peso del cuerpo nos lleva al piso a los dos mientras trata de sacar la hoja, pero sujeto su mano para que no lo haga.

—¡Mira lo que hiciste, perra estupida! —el bofetón de Maxi me aparta mientras Kira trata de auxiliar al ruso.

Trato de defenderme, pero él me arrastra del cabello mandando patadas y puñetazos a mi cara. Estoy tan shockeada que no puedo evadirlo y no noto quien lo empuja, ya que la nariz me está sangrando y los golpes me han dejado desorientada; solo medio reconozco a Vladimir yéndose contra su padre mientras Maxi me echa la culpa.

Todos se ocupan de él, pero no de mí y mi mundo se va nublando. Todo se va oscureciendo hasta que veo el rostro del chico de cabello dorado que me levanta. Estoy demasiado débil para mover un músculo, así que solo me dejo ir en los brazos del Underboss.

-------——————-------

El informe del rendimiento semestral siempre ha sido algo difícil de digerir, es ese momento donde los padres de todos reciben condecoraciones, ¿Y yo?

—La cadete Emma James tiene que esforzarse más o no tendrá honores para destacar —le dicen a papá—. Hasta ahora no hay centrales interesadas en ella como tampoco se ve como un soldado prometedor.

Abrazo a mi padre para que no se enoje y él me aprieta contra él recibiendo el informe.

—Gracias —corresponde el apretón de manos.

—General James —lo llaman antes de marcharse—. Felicitaciones por la medalla que recibió la teniente Rachel James, ¿No nos quiere contar un poco?

Reparo la sonrisa cargada de orgullo que suelta cada vez que le recalcan este tipo de logros. Nos devolvemos y observo esos gestos cargados de ilusión mientras explica con detalle todo lo que le preguntan, en tanto yo espero lidiando con las comparaciones, "Aprende Emma", "¿Si oye cadete?".

El recuerdo se va mientras duermo como no lo hacía desde hace mucho y se siente bien que no sea en un closet, ni con el chirrido de las ratas o el olor a heces. Es agradable que sea entre sábanas suaves y con la temperatura adecuada.

Lo malo es que cuando mi mente se pierde demasiado veo el rostro descompuesto de Olimpia y la sangre que salía a borbotones.

No quería hacerlo como tampoco quería ser ficha de este juego. Las amígdalas me duelen cuando paso saliva, estoy demasiado cansada y creo que tengo fiebre. Abro los ojos y el hombre de cabello dorado está sentado en la orilla de la cama con la mirada perdida.

Yazco en su habitación y me surge la necesidad de querer romper el angustiante silencio que siempre lo acompaña.

—Cuéntame una historia —le pido—. Anda.

La voz me sale en pequeños jadeos y él no me habla, se mantiene inmóvil.

—Empiezo yo.

Tomo fuerza queriendo animar el momento. Dudo de que el Boss haya muerto porque de ser así, él estaría recibiendo el cargo y no aquí conmigo.

—Cuando era bebé vi un concurso de patinaje en la tele… No sabía caminar todavía, bueno, eso dice papá; Que solo medio me levantaba y caía... Medio me levantaba y caía —le cuento en medio de jadeos—. Hasta ese día que me perdí en el salto triple que hizo la patinadora… Ese día no caí, sino que me sostuve. Ese día di mis primeros pasos queriendo alcanzar la tele.

Sigue sin decir nada actuando como si no estuviera.

—Crecí, me metieron a una escuela de patinaje y cuando me puse los patines… Me fui de bruces contra el hielo partiendome un diente —río sin ganas—. Pero no me importó, sabía que era lo que quería, aunque el deporte no me estuviera dando una buena bienvenida.

Termino el relato con el sin sabor que provoca este inhóspito ambiente en el cual siempre soy ignorada.

—Había una vez un niño feliz el cual tenía diez años —habla el hombre de cabello dorado—. Ese niño amaba mucho a su madre. La amaba como no tienes idea, de hecho, no creo que nadie más quiera a alguien como ese niño la amaba a ella.

Corta las palabras como si le doliera, como si le cortara.

—Yo también amo mucho a mi madre —contesto agitada— ¡Oh, si la vieras! Es tan hermosa e inteligente. Siempre tiene una solución para todo y es de las pocas mujeres que podría definir como perfecta.

Asiente.

—¿Tu madre también era perfecta, Vlad? —pregunto.

—Lo fue —contesta cerrando los párpados—. Hasta esa tormenta… Hasta ese instante…

Algo me quema al ver como se limpia las mejillas. Papá dice que en los hombres llorar no es un acto de cobardía, es de valientes; porque cualquiera puede fingir ser fuerte, pero pocos tienen la capacidad de mostrar el animal herido que llevamos dentro.

—Vlad, tu madre te…

Sacude la cabeza como si entendiera lo que quiero decir y prefiero callar para no herirlo más. Solo observo el frasco que destapa metiéndose cuatro pastillas antes de dejarse caer en la cama.

—Sonya —mira al techo soltando un largo suspiro—. Aún tengo el olor de su sangre en mis manos.

Me encojo bajo las sábanas con la mirada siniestra que nunca desaparece ¿Amaba a su madre y la mató? Su mano acuna mi cara antes de darme un

beso en la punta de la nariz.

—¿Te gusto, pequeña puta? —pregunta.

Dudosa paso los dedos por las hebras rubias. Vladimir, de no haber escogido esta vida, se vería genial dando charlas en un museo de historia. Reconozco que siempre lo imagino así y no como un siniestro asesino.

—Dime —insiste— ¿Te gusto?

—Si —musito con la nariz enrojecida—. Me gustas.

Asiente un poco perdido.

—Es mutuo —contesta—. Mutuo, pero no quita el que tenga que matarte.

Se me salen las lágrimas.

—No quita que seamos cazador y presa —empieza—. No quita el conteo regresivo el cual te dejará tres metros bajo tierra ¿Lo entiendes?

—Si —me atraganto con el nudo que tengo en la garganta—. Lo entiendo, Vlad.

Cierra los ojos dejando la amenaza latente, miro la pared y poco después siento la respiración pausada que me dice que se ha quedado dormido y está tan dopado que no creo que despierte por ahora.

Con dolor, aparto las sábanas sacando los pies de la cama en busca del baño. Tengo el cuerpo resentido y una asquerosa cucaracha pegada en mi ser la cual empaña el espíritu que quiero mantener vivo.

La puerta de la alcoba está con seguro, así que me encierro en el cuarto del baño sacando lo que tanto me ahoga; esos sollozos cargados de desesperanza que merman mis fuerzas.

Me tapo la boca queriendo detenerlo, pero no puedo y vuelvo a flaquear odiando todo esto, odiando este pantano el cual no me tocaba, ni tampoco merecía.

«Pero no puedo saltarmelo». Es una traba en mi camino la cual nadie me va a quitar.

Calmo el llanto tomando una bocanada de aire antes de mirarme en el espejo.

Abro la boca lo que más puedo tratando de ubicar lo que necesito. No lo veo, me limpio los ojos e intento de nuevo. Sigo sin verlo y debo usar el mango del cepillo de dientes para ayudarme. Una arcada me corroe, pero muy en el fondo lo identifico; ese punto plateado indetectable para muchos, pero no para mí.

Inhalo nuevamente antes de meterme los dedos queriendo alcanzar lo que yace dentro. Me cuesta, vomito baba e intento de nuevo fallando cuatro veces seguidas, sin embargo, a la quinta toco el doloroso punto que le da paso al hilo que empiezo a sacar.

Es delgado e incómodo, no el hilo, sino lo que sube; ese pequeño objeto que me provoca arcadas y termina en vómito cuando toca mi laringe escupiendo la bolsa forrada en carne, la cual fácilmente podría pasar inadvertida.

Me tomo unos segundos para recomponerme y le entierro las uñas sacando los tres microchip que se pegan como un imán.

Asomo la cabeza asegurándome de que Vladimir esté dormido y lo está. La puerta permanece cerrada con seguro y vuelvo adentro limpiando el lavamanos. Los microchip son pequeños y me voy contra la pared deslizando la espalda en ella hasta quedar en el piso.

Los uno como me enseñaron armando el artefacto con los labios temblorosos. No recuerdo muy bien como era y me enredo tres veces antes de lograr un buen resultado.

«Calma, Em». Procuro calmarme escondiendo las hebras negras detrás de mi oreja.

Queda listo y hundo el pequeño botón. Los minutos se me hacen eternos mientras espero ansiosa; la luz verde me da aviso de que ya es hora y lo arrojo en el suelo dejando que dispare los rayos azules, los cuales me encierran como en una jaula bloqueando cualquier tipo de sonido.

El círculo inicia un conteo regresivo, en tanto los nervios hacen que me coma las uñas…. Una pequeña luz se despliega y con ello la imagen del hombre que está detrás de una pantalla.

—Coronel Morgan —dice el marido de mi hermana estableciendo el contacto que me rompe en llanto nuevamente.

No controlo los espasmos como tampoco puedo dejar de mirar las manos que mataron a Olimpia.

—Emma, el tiempo es limitado —dice con firmeza—. Dime si esto es una buena señal o es el aviso el cual me indica que debo anunciar tu muerte.

—Ven por mí, por favor —tiemblo atorandome con todo—. Ya no lo soporto, ya no lo resisto.

Sacude la cabeza empequeñeciendo mis órganos.

—Acordamos este contacto con un fin —su frialdad duele—. Despedirte o darme una respuesta; así que dime cuál me vas a dar.

No puedo hablar, los sollozos no me dejan y agradezco que los rayos insonoros tapen la revolución de mis sentimientos.

—Emma —insiste—... Habla o ya mismo te doy por…

—Vladimir Romanov, el Underboss de la Bratva —digo en medio del colapso—, ya cayó.

Aparto el cabello que me ha caido en la cara.

—Bien, ahora haz que mate a su padre —contesta—. Y cuando Ilenko muera, mata tú a Vladimir.

—Pero yo no quiero matar a nadie.

—Entonces sé tú la muerta y no le des vuelta al asunto —me dice— porque la única forma de salir de ahí es que tú los mates a ellos o que ellos te maten a ti. De lo contrario, no hay otra salida.

La seriedad que denota me dice que no acepta disputas y lo único que hago es asentir con la barbilla temblorosa.

—Me sigo ocupando de todo —se despide—. Rompo comunicación.

Corta absorbiendo los rayos que vuelven todo a la normalidad. El chip se enrojece y a los cuatro segundos se prende en una leve llamarada que lo vuelve cenizas la cual observo en el piso.

Los espasmos siguen y me tapo los ojos con las muñecas llorando como una pequeña. Yo sabía que era la presa de la Bratva. Lo supe desde que Vladimir inició la caza que llegó secretamente a los oídos de Death, mi amigo, quien es dueño del Mortal Cage estadounidense.

Él se lo informó al coronel y ambos me lo informaron a mí.

¿Podrían esconderme? Si. Sin embargo, tarde o temprano la mafia roja me encontraría ya que una vez fichada, el juramento sólo se termina con la muerte.

Death me explicó que era una ley de honor que nadie rompía. Una ley que siempre se cumplía arrasando a los que quieren protegerte.

Me resigné por un momento, por ello me escapaba con el fin de sumarle recuerdos a la vida que se me estaba yendo poco a poco. Hasta quise experimentar con Martín porque no quería desperdiciar mis días estando triste.

Estaba resignada disfrazando el miedo con disparates los cuales hacían la carga más llevadera, porque duele levantarte con la desesperanza de que este puede ser tu último día.

Marchita la angustia de que en cualquier momento patearán la puerta de tu casa masacrando a tu familia. Eso era un motivo más para no querer estar en casa, para huir a cada nada aceptando la muerte sin llevarme a nadie.

Pero el intento de rapto en Sonora fue un crudo golpe de mi subconsciente, el cual me dijo “Somos muy jóvenes para morir”. Por eso hice lo posible por librarme de la primera mordida que me lanzaron sin saber que me había acostado con quien quería matarme.

Hablé con el coronel cuando llegué a Phoenix y él se ocupó de decirle a papá de forma indirecta que North Pole era la mejor opción. Obviamente todo estaba planeado porque Rick James jamás me mandaría al ojo del

huracán, pero mi cuñado sí, ya que a él solo le importa mi hermana y no quiere que ella sea la heroína de nadie.

Rachel James se hubiese sacrificado de inmediato, se hubiese entregado por mí y eso es algo que él nunca iba a permitir y que tampoco yo me perdonaría, pese a que este lío sea por ella.

La frialdad del coronel Morgan me lanzó a la jauría enviándome a Alaska en enero. La carta de la academia solo era la invitación a la guarida del león.

Estando cerca, solo era cuestión de que me encontraran y de ahí para allá dependía de mí, que solo sé hacer piruetas en patines; de mí, que solo tengo un entrenamiento militar básico.

De mí, que lo único que quiero es dejar de ser la ficha de juego en una venganza que no es mía.

Por ello mi objetivo siempre ha sido conquistar al cazador, a Vladimir, para que le tenga piedad a la presa; o sea, yo.

Aparto las lágrimas, sé que él tiene como regla no enamorarse, pero yo no quiero morir y por ello supe que la única forma de salvarme es entrando como el impacto de una bala rompiendo sus normas.

CAPITULO 13 — INOCENCIA.

Emma.

Reviso mi espalda detallando las marcas provocadas por la regleta de ayer, tengo el trasero como un tomate así como tengo el sexo enrojecido por los impactos que recibí.

Camino en el baño mordisqueando mis uñas queriendo razonar conmigo misma. La llamada me dejó claro que solo soy yo contra ellos.

«Debo evitar los problemas». Vladimir es mi objetivo y la única oportunidad para salvarme. El Boss tiene que morir; es claro y sencillo.

«Es el enemigo».

La imagen de él limpiándose la boca después del beso me empequeñece cuando surge la pregunta ¿Por qué lo bese? Me duplica en edad, aunque… Cada que estoy cerca me siento como en una versión macabra de blancanieves y el cazador.

Rápidamente tomo una ducha aprovechando que el Underboss sigue dormido, esto es de paciencia, de esmero y ganas. Le demostraré que tiene mil y un motivos para dejarme vivir.

El agua tibia es un analgésico para las molestias, cosa que aprovecho quedándome un par de minutos bajo la ducha. Escucho ruidos afuera y termino rápido cuando oigo ruidos en la alcoba.

Vladimir se mantiene inerte en la cama, totalmente tieso soltando un solo movimiento de sube y baja estrellando el puño en la cama mientras cuenta con los ojos cerrados.

Leo sus labios observando la escena que para cuando llega al número 27, transforma el rostro en un gesto que me hace tocarle la mejilla con los nudillos.

—Vlad —le hablo despacio acariciandole el brazo y abre los ojos lleno de miedo—. Está bien, sea lo que sea solo está en tu cabeza.

Saca los pies de la cama limpiándose la punta de la nariz mientras le toco la espalda.

—Gracias por traerme ayer —le digo— ¿Cómo está tu padre?

No sé porque hago esa pregunta, para mí es mejor que esté muerto; debe ser porque quiero escuchar eso, que me diga que falta poco para eso, pero no lo hace. Solo me planta un beso en la boca apretando mi rodillas antes de perderse en el cuarto de baño.

Aprovecho para buscar un analgesico para el dolor. La Matriarca no ha venido por mí y tampoco veo rastros de mi uniforme, el sonido de la ducha inunda la alcoba mientras rebusco en las mesas, no hay nada; así que me muevo al closet mirando por encima.

Corro lo utensillos e intento cerrar, pero algo llama mi atención. Un portaretratos contra la pared mostrando solo la base donde se sostiene. Miro atrás asegurándome que Vladimir no esté girando la foto que muestra a una pareja.

«El ruso» sonriendo a la cámara abrazando a una rubia que le está besando la mejilla. La rubia tiene el mismo cabello de Vladimir, es muy atractiva. Me enojo de un momento a otro e intento dejarla en su sitio, pero para cuando quiero hacerlo ya Vladimir me la ha arrebatado empujándome a un lado.

—Andate a ocuparte de tus asuntos —enfurece con el mero vaquero puesto.

—¿Es tu madre? —pregunto.

Nos interrumpen entrando con mis pertenencias, los patines me dan mil años de vida aunque los arrojen al piso como si no valieran nada.

—Ve a tus quehaceres y mantente lejos de Maxi —me advierte Vladimir.

Deja que me coloque el uniforme sintiéndome feliz a la hora de ponerme las medias bucaneras que me ayudan con el frío. Vladimir se interpone antes de que salga.

—Estamos juntos ahora ¿Vale? —dice— Te reclamé y por ello estás bajo mi jurisdicción hasta que te mate.

—Entiendo, es como un noviazgo de la nueva era —contesto con optimismo—. Pero primero quiero saber, ¿Has tenido alguna ex loca asesina de la que deba cuidarme? Un asesino a la vez…

—Eres mi esclava..

—Bueno… ¿Has tenido alguna ex esclava asesina de la cual deba cuidarme?

Acorta el espacio.

—No, las he matado a todas muy dolorosamente —aclara con un tono siniestro y respondo de la misma manera.

—Pero de mí te vas enamorar perdidamente… Ya te lo dije, no me escuchaste y sin comunicación no vamos a llegar a ningún lado.

—Vete antes de que te corte un dedo —señala la puerta.

Agradezco que Maxi no esté a la vista a la hora de ponerme con mis quehaceres. Los empleados comentan sobre el estado de salud del Boss quitando la esperanza de que esté gravemente herido y no pueda volver a levantarse o decir palabra, así tendría que ocuparme de Vladimir solamente y algo me dice que el Underboss podría salvarse, pero su padre no.

Continúo aspirando las alfombras dejando que el aparato me lleve a la alcoba principal de puertas dobles. En la casa, el ruso no está con tanta gente encima ¿Y si aprovecho eso para aniquilarlo estando convaleciente?

No hay moros en la costa, empujo la madera con disimulo dejando que la puerta se abra y un horrible magnetismo surge dentro poniéndome a observar por la brecha que acabo de abrir.

«Está en la cama», lo veo desde mi puesto y tiro del cable de la aspiradora apagando el aparato, parece que está dormido.

«En lo que llevo aquí no he visto cámaras en las alcobas»

Detecto el arma con silenciador que yace al lado de los sedantes, me voy acercando despacio, pero en vez de tomar la pistola me pierdo en la imagen que me brinda acostado boca arriba con el torso descubierto.

La herida está en el lado izquierdo.

No es la imagen de la gente normal que tiene mucho frío, por el contrario, tiene las piernas por fuera, la rodilla izquierda doblada en tanto el percal dibuja su… Miembro viril el cual yace duro.

«Sal». Me digo queriendo conllevar las extrañas sensaciones que me abarcan, en mi casi nula experiencia coqueteaba con jóvenes de mi edad, mas no con hombres así que desprenden un aura tan maligna, tan provocadora.

Muevo la vista al arma, pero esta niega el cometido volviendo al ser que sigue durmiendo. «Es el enemigo», me recuerdo, «Es el enemigo». Estiro el brazo rozando la sábana con la yema de los dedos. La curiosidad late dentro mientras voy recogiendo la tela despacio.

Me entra un horrible sentimiento de culpa al no saber que estoy haciendo rozando el tronco grueso y caliente que tiene.

«Es grande». De la nada quiero pasar la lengua, pero no lo hago; solo paso el pulgar por la gota que desprende llevándola a mi boca. «¡Estoy loca!».

Esta vez los nudillos se pasean por su abdomen. Definitivamente es algo que vale la pena ver, muevo la cabeza decepcionandome de mi misma al no ser capaz de meterle un tiro contundente.

Tal vez no es porque sea tonta, es porque no soy una asesina. Me odio, le repugno y por ello…

—Mafioso de mierda —susurro antes de dejar un beso en los labios.

«Besar a una James», eso es lo que más le enardece.

Salgo con un atisbo de satisfacción continuando con mis labores. Al mediodía ya estoy algo cansada debido a que me pusieron a barrer las bodegas donde guardan herramientas y motos para la nieve.

El que me sienta tan entumecida me dice que estoy perdiendo el estado físico que había alcanzado hace meses. El miembro del ruso vuelve a mi cabeza y suelto la escoba dando una voltereta la cual me pone alerta aprovechando la soledad para estirarme un poco.

—Te volvió a golpear, ¿Hasta cuando vas a tolerarlo? —capto en el pasillo siguiente.

Alguien se acerca y tomo la escoba levantando el polvo, pero la discusión merma como si entraran a uno de los compartimientos de resguardo.

—Cuando haya daños irreparables te cuestionaras el no haber hecho algo a tiempo…

Asomo la cara en la esquina, están a pocos metros.

—El traerte problemas es algo que me incomoda ya —contestan y es Kira discutiendo con Salamaro—. No seas evidente entrometiéndote en algo que no te interesa.

Él se toca el mentón un tanto desesperado, es un moreno alto con barba tipo candado y cabeza rapada. Acaricia la cara de Kira y ella le niega el contacto.

—Sal de esa relación, no la mereces.

— Maxi es mi pareja y ni siquiera tengo por qué estar hablando contigo —lo deja solo y yo me pregunto quién puede querer a esa mala versión de Justin Bieber.

Kira y Salamaro son las dos únicas personas que no me aterran en esta casa. Busco salida por otro lado encontrándome con el moreno al cual le doy a entender que no sé nada.

—El Underboss te está buscando —avisa.

—Enseguida voy.

El rubio de cabello largo está en la alcoba y lo primero que veo es el atuendo que yace en la cama. Solo espero que no sea uno de sus siniestros juegos lúdicos.

—Vístete que vamos a ir Sodom.

—¿Con eso? —pregunto.

—Te quiero con eso —puntualiza—. Recuerda quien es el amo aquí.

Me deja sola y me pongo a la tarea de usar el atuendo; un short de cuero con tirantes, top tipo corset y unas botas supremamente altas. Esto grita ¡Puta por donde se le mire!

Hago uso del maquillaje.

—El cabello va recogido —dice Celia que entró a recoger la ropa sucia —, para eso es la laca.

«¡Demonios!» Recojo el moño alto cayendo en cuenta de que soy una versión más joven de Zulima. «Una sumisa», soy la sumisa de Vladimir Romanov. Esparzo las sombras oscuras, el rimel y el labial ciruela.

Me pongo los aros grandes que trajeron como aretes.

Prefiero la túnica a esto e intento cambiarme, pero las últimas represalias me hacen desistir y termino encontrándome con el Underboss en el auto. Ni siquiera le importa como estoy vestida, solo se pone al volante.

—Si te preguntan si follamos dirás que sí —advierte enojado—. Porque follamos.

—Si, lo sé —contesto en el mismo tono—. Pero no sabía que las prostitutas son tu fetiche.

—No eres una prostituta; eres mi sumisa, esclava y presa de caza.

El cuero me pica, hace frío y me duele la cabeza.

—¡Parezco una prostituta! —protesto bajando la costura del short— Una prostituta a la cual se le marca la pochola.

—¿De qué estás hablando? —frunce el cejo.

—Mi pochola… Mi sexo, mi vagina o como le quieras decir —señalo para que lo note.

—¡Primero que todo, deja de usar palabras que no entiendo! —detiene el auto cuando Sodom nos recibe— Y tampoco hables porque si no te comportas, usaré esto.

Muestra el control de la última vez.

—O mejor aún, haré que te azoten.

¿Su padre? Parpadeo rápido eliminando la estupidez que acabo de recordar. Las botas son demasiado altas, sé caminar con tacones, pero no con este tipo de prendas de exhibición.

El cuero me roza las piernas cuando camino. Veo que varios hombres andan con mujeres las cuales lucen mi atuendo y ya no me siento tan desubicada, pero sigue siendo incómodo.

—Señor, buenos días —una mujer de rizos chocolate, baja estatura y acento español saluda a Vladimir.

Pese a tener un traje de oficina luce un brazalete en el tobillo.

—Maricarmen, no estoy viendo la lista de cobro que ejecutaré —contesta el rubio pasando por el lado de la mujer.

Ella saca la hoja y empezamos a caminar con varios verdugos atrás mientras el Underboss se adentra en distintos sitios reclamando el dinero que le dan a manos llenas. En varios sitios se le ofrecen mujeres y él las aparta como si tuvieran lepra mientras que los torturadores sí aprovechan para manosear.

«Bonita sumisa» «Sexy subordinada» «Linda perra», son los halagos que recibo durante toda la tarde. Me hacen dar la vuelta y debo tolerar que sujeten mi cara llenándome de asquerosas adulaciones.

Entramos a un sitio de nudes donde el olor a marihuana prevalece hasta en el último rincón.

—¿Tu sumisa, Leoncillo? —pregunta el gordo de barriga peluda y pene microscópico.

El que se levante me pone a la defensiva.

—¿Ya la adiestraste? —continúa.

—El dinero —espeta Vladimir—. 400 grandes en efectivo.

—Ven mañana —le dice el sujeto—. El mercado no se ha movido hoy.

El Underboss se mueve demostrando que no le gusta esa respuesta.

—¿El mercado ha estado malo o es que no quieres pagar?

—Sabes que si…

Lo toman de los brazos estampándolo contra una mesa y de un momento a otro uno de los verdugos saca un soplete. Las llamas se avivan en el artefacto y el hombre empieza a gritar.

—Tapale la boca —me pide Vladimir tomando el objeto que desprende llamas naranjas— ¡Que le tapes la boca! ¿O prefieres hacerte cargo del soplete?

Obedezco de mala manera y el Underboss le quema los vellos que van consumiendo la carne. La rabia me corroe, como no puede apagarme la voluntad, busca absorber mi luz de otra manera.

Porque eso es lo que pasa cuando matas, cuando torturas, cuando haces daño.

—Yo lo hago —se ofrece la mujer española, pero Vladimir se niega.

—¡No! —espeta— ¡Anda, pequeña puta!

Me pongo de rodillas tapando la boca del gordo que no deja de moverse en tanto el rubio acerca el soplete a su estómago quemando los vellos, las flamas esparcen el olor a carne quemada y contengo la arcada.

—Mi dinero —se lo pasa por todo el abdomen—. En Sodom no se dan plazos.

El hombre me muerde haciéndome apartar las manos.

—¡Te lo daré! —chilla— ¡Pero para!

El gordo llama a la mujer que se apresura por el maletín que Vladimir recibe pidiéndome que vuelva a su lado.

—¿Ves que si lo tenias? —me da un beso en la mejilla— A la próxima prendo todo el sitio.

Sale conmigo y en eso se resume mi tarde, en observar cómo cobran o como algunos huyen con su mera presencia. La caminata me deja observar los grafitis que exigen la caída de la FEMF.

Llegamos a una plazoleta llena de maleantes y motoristas mientras que un pregonero habla a boca llena.

—¡El Boss está herido! —vocifera— Fue un accidente, pero si alguien lo toca la Bratva masacra, la Bratva se venga…

Se me hiela la sangre, agradezco que el recorrido se acabe una hora después.

—El mundo criminal es un fruto prohibido —me dice Vladimir de camino al vehículo—. Una vez lo pruebas te condenas.

«Yo no he probado nada», me convenzo de ello. Yo solo estoy aquí por mi libertad. Sujeta mi cara con ambas manos.

—Ya mataste, eso es una iniciación.

El recordatorio me remueve, pero procuro no tomármelo tan a pecho. Yo sé que todavía puedo hacer algo, él nota la duda sujetando mis hombros.

—Te portaste bien —continúa—. Te daré una croqueta de esas que le damos a los caninos.

—Gracias, benevolente capataz.

—Es amo…

—Capataz es un sinónimo de amo, ¿Por qué no somos originales e inventamos nuestras propias palabras?

—Y de paso nuestras propias formas de perder la vida —amenaza.

Se inclina a besarme deslizando las manos por mi espalda. Es de buenos besos, de hecho, no es un sacrificio besarlo siendo un joven tan apuesto.

Da un paso atrás reparando el atuendo que traigo y siento que esto solo lo hace para fingir y no porque le guste. Deja que coloque una melodía suave

de regreso a la fortaleza, “Premio por mi comportamiento”.

—¿Puedo quitarme el traje de putisumisa ya? —pregunto rogando cuando estamos en su alcoba.

—Puedes —contesta.

No puedo imaginármelo como un dominante de esos que vi en el club… O como su padre… Bueno, eso no es un dominante, es un mafioso de mierda.

—¿Y hace cuánto eres capataz? —le pregunto.

—Es amo —dice entre dientes—. Así que desnúdate rápido.

Suelto los aros, la desnudez no es mi zona de confort, ya que en ocasiones me sentía un poco diferente entre las mujeres de mi familia; ellas son altas, de pechos gloriosos y cintura tipo reloj de arena.

Mientras que yo soy más menuda de senos pequeños. Desde niña me he cuidado para tener el cuerpo que requiere una patinadora y la FEMF me dio piernas esbeltas con un abdomen bastante plano.

Él se quita la ropa también y no miro ahí abajo para no hacerlo sentir incómodo. Su tono de piel es bastante blanco, diría que parecido al mío, solo que yo tengo el cabello negro.

Suelto el moño y él se acerca con un frasco en la mano.

—Voltéate.

Asiento dejando que eche el contenido del frasco en mi hombro, las gotas se deslizan con una tibia sensación y creo que echa demasiado porque se derrama por mi piel de una forma un poco exagerada.

Hace lo mismo con el otro hombro reiterándome que está exagerando con la cantidad. Deja el recipiente de lado esparciendolo por mi espalda y acercándose más. Sus manos ahora recorren el borde de mis pechos siendo sutil, en tanto baja a mis partes; tuvo que haber notado el estado de mi sexo porque solo recorre el borde de mis muslos.

Sigue esparciendo y hasta se agacha a untarme las piernas, cosa que me hace sonreír. Yo soy de valorar los pequeños detalles por asesino que sea.

Algo me dice que no es así porque quiere.

Termina poniéndose en pie, insisto en que usó mucho aceite; soy como una salchicha después de salir del sartén. Nuestros labios se encuentran dando inicio a los besos subidos de todo mientras retrocede a la cama dejándome sobre él.

No siento nada duro abajo y, por ello, me apoyo en el codo besándole el cuello en tanto él posa la mano en mi cintura detallando mi cara.

Suelta una sonrisa apagada cuando alzo las cejas con coquetería, lo vuelvo a besar y él a mí como un par de adolescentes.

El aceite hace que el contacto sea incómodo ya que siento que me resbalo.

No tengo idea del tipo de cosas que hace esta gente. Doy otro beso para distraerlo buscando una forma de contonearme, él trata de hacer lo mismo y se da la vuelta dejándome bajo él.

—Creo que mejor me quedo arriba —cambio el papel y él lo vuelve a transformar, sin embargo, el intento no funciona porque me termina mandando el piso. De mala gana sale de la cama a levantarme, pero estoy tan resbalosa que deslizo en sus brazos como una barra de mantequilla.

—Ok, ok, me levanto yo sola —digo.

Volvemos a la cama e intento tomar la iniciativa nuevamente acostándome de medio lado, no soy la super experta que sabe donde tocar exactamente y, por ello, dibujo la forma de su clavícula

—Mañana lo haré bien, déjalo en mis manos —propongo.

—Lo voy a dejar en tu boca —se inclina a darme un último beso.

—Está romantico, capataz —contesto—, a ver otro.

Me lleva la frente atrás devolviéndome a la almohada y frunzo los labios queriendo que me siga la corriente.

—Bésame… Bésame mucho —lo molesto y esta vez sí se deja llevar.

CAPITULO 14 — PERVERSION.

Ilenko.

El agua me empapa la cabeza y abro la boca en la regadera queriendo pasar el sabor de esa puberta «Me asquea». Me asquea que toque mi miembro mientras cree que duermo, me repugna que sus labios toquen los mios y me las va a pagar.

Salgo secándome la cara con la primera toalla que encuentro en tanto saboreo el sabor de su sexo.

«No debí hacer eso». No tenía que pasar mi órgano degustativo por esos pliegues hinchados.

La herida duele cada que camino, sin embargo, no le doy importancia queriendo cerrar la ventana de mi alcoba ya que las cortinas claras están cerradas, pero el panel está abierto.

La risa traviesa que viene de afuera deja el intento a medias.

La menor de las James está con una pala apartando la nieve, tiene puesto el uniforme al igual que esas estúpidas medias las cuales le llegan a la mitad de los muslos.

Lleva la herramienta de aquí para allá cuestionando el porqué de estar observándola. Sus tonterías con Vladimir me asquean.

Aparta la nieve como si fuera un estúpido juego, la matriarca le ordena que entre y ella obedece encaminándose a la casa.

Cierro el panel sujetándome la herida mientras abro la cajonera, saco lo que necesito destapando el frasco de crema de avellanas la cual le meto el dedo llenándome la boca.

«Debí dejar que Maxi la matara». Repito la acción tres veces más degustando la crema que se pega a mis molares, vuelvo a meter el dedo, pero… Tiro el frasco en el cajón cuando tocan a la puerta haciendo que me meta a la cama limpiando la evidencia.

—Adelante —demando serio.

Maxi entra con una gruesa chaqueta.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—¿Cómo me ves? —pregunto— Apuñalado por mi hijo menor.

Se adentra en la alcoba.

—Ya te dije que lo siento, iba a matar a esa perra y tú te metiste —reclama—. De hecho, si me dejas que acabe la tarea...

—Ahora no quiero hablar de esa puberta —esclarezco.

Mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Vengo a hablarte de Zulima —empieza.

—¿Qué pasa con Zulima? —indago— ¿Te reclamó tus constantes maltratos hacia Kira?

—A las sumisas no les interesa mi vida privada —se defiende— ¿No crees que ya va siendo hora de que la cambies?

—No, no va siendo hora.

—Parece que fuera a reemplazar a madre—insiste y no digo nada.

Estos temas son míos y de nadie más.

—Tú no lo harías, ¿Cierto? No le darías el lugar de madre a otra.

—Creeme que ese lugar no pienso dárselo a nadie —aseguro con firmeza.

Sonya era la alegría de Maxi y Vladimir, en especial de mi hijo menor que no se le despegaba nunca. Ella tenía 20 y yo 16 cuando mi padre me la ofreció despertando mi gusto por las mujeres maduras.

Las sumisas con las que me codeo tienden a estar en mi misma línea, puedo decir que las prefiero con un par de años más o por mucho tres menos. De ahí para allá nada. Siento que no se tiene ni madurez, ni experiencia.

—Buenos días —Vladimir entra a la alcoba levantando a Maxi de inmediato y alzando la llama que me quema y me hace burbujear la sangre,

ya que la puberta malcriada entra con él sosteniendo una charola con material de enfermería.

—Vengo a revisarte la herida —me dice Vladimir.

Emma se corre apartándose de Maxi y mi primogénito se sienta en la orilla de la cama. En nuestro apellido tenemos la costumbre de curarnos entre nosotros mismos.

—Acércate —le pide Vladimir a su esclava.

Me niego a verle la cara a esa niña después de lo que hice, «No sé qué me pasó». No ando con esos impulsos de gente idiota. Recuerdo la hinchazón y el enrojecimiento de su sexo y termino palmeteando la cara de Vladimir resaltando el hecho de que siempre esté pendiente de mí.

Desde los diez años se ha empeñado en cuidarme la espalda a como dé lugar.

—¿Has tenido fiebre? —pregunta preocupado.

—No, de hecho me siento mucho mejor.

Dejo que corra la sábana. La herida está sobre la V que se marca en mis caderas y el ambiente pasa de castaño a oscuro con ella mirando lo que hace mi hijo que baja más asegurándose de que no tenga la zona inflamada.

«¿Quieres ver otra vez?» ¿Tocar abusivamente como ayer?». Vladimir moja el algodón para la limpieza y ella me repara de reojo con la bandeja en la mano.

—Se ve bien —me dice Vladimir—. Fuerte como siempre.

Se pone en pie dejando lo que usó en la charola haciendo que aparte la cara cuando besa a la chica.

—Estaré por fuera todo el día —me avisa—. La Yakuza y Phillippe quieren tratar algunos asuntos.

—¿Viajarás?

—No, volveré en la noche.

—Entiendo.

Sujeta la cintura de la niñata llevándosela con él y saco de nuevo el frasco con crema llenándome la boca con cantidades exageradas. «Esa perra me tiene harto». No logro concentrarme en las noticias y dormir es lo único que hago.

El analgésico para el mal genio se acaba y paso las manos por mi pene endurecido evocando lo que hice. Maxi me avisa que saldrá con Kira, no soporto estar más en la cama así que me coloco una sudadera y vaqueros saliendo a dar una vuelta.

Abrocho los guantes de cuero, estoy herido, pero no le doy importancia; para ganarme el respeto de la Bratva tuve que correr con heridas peores, como pelear con el hombro dislocado o con un un tiro en el pecho.

Para mí tener dolor es como ponerse ropa «Algo común». Por ello, no camino despacio, ni soy sutil a la hora de bajar la escalera.

Se me sueltan los cordones de las zapatillas y me dispongo a amarrarlas.

—¡Oiga, no puede agacharse! —dicen en pleno vestíbulo y volteo a ver si le están hablando a otro porque no creo que esa puberta tenga el descaro de hablarme a mí.

Pero si, me está hablando a mí y el que acorte el espacio me lo confirma. La mirada azul es algo que impresiona siempre, mantiene el contacto visual por un par de segundos antes de bajar a atarme las agujetas como si no fuera el cabecilla de la mafia que la tiene secuestrada.

La mera cercanía oscurece la situación y me termino apartando en busca de aire fresco. «Me da mal sabor de boca».

Camino por los alrededores. Se puede decir que en la mafia, la balanza entre la FEMF y la mafia está en un punto medio lanzando granadas por parte.

El siguiente paso es lo que debe estar planeando Vladimir con Phillippe. Ya nos cargamos a dos cabezas importantes, ¿Quién es el siguiente? No tengo ni idea, pero sé que lo voy a disfrutar.

Con el cuerpo oxigenado regreso a la fortaleza cuando empieza a nevar. Los empleados ya no están y solo hay uno que otro Voyeviki rondando el

área.

La propiedad Romanov es impenetrable, primeramente porque llegar ya es un lío. Entro a la cocina buscando la crema en las gavetas sin hallar nada, reviso en la nevera y en los cajones de abajo, pero tampoco.

Me relajo junto a la chimenea, alguien sube y baja constantemente y no tengo que voltear para saber quien es, ya que rebuscan no sé qué causando ruido y corriendo aquí y allá como si tuvieran mucho afán.

Por el rabillo del ojo veo como recoge los velones decorativos del estante de copas, ¿Qué hace? Sube y no vuelve a bajar por un largo tiempo.

Vladimir no llega todavía, así que me voy a la segunda planta en busca de mi alcoba, pero mis oídos se inundan con la suave melodía que ronda en el pasillo, «Algo no muy común aquí». Avanzo, pero me detengo al notar que la música viene de la habitación de Vladimir.

¿Es que ya llegó y no me di cuenta? En vez de continuar poso la mano en la perilla que cede, «A ella le gusta espiar, pues a mi también», y esta es mi casa.

Huele bien, ¿Chocolate? El olor viene de la mezcla que ella tiene en el cuerpo acostada con los ojos vendados, trago saliva dando un paso más, cerrando y asegurando la puerta de la alcoba de mi hijo.

El entorno está iluminado con los velones y me quito los guantes acercándome más.

—¿Soy un postre bonito, Vlad? —pregunta sonriente.

La rabia me corroe... ¿Postre? A Vladimir no le gusta el postre, ni el dulce. Clavo las palmas en la cama y se me aliviana la saliva con la imagen de su sexo untado de chocolate. Lo tomo metiendo los dedos y ella se quita la venda de inmediato.

—¿Me dices que no manipulas con esto? —muevo los dedos en su interior—. Dime, ¿Qué estabas por hacer?

Atrapo su boca antes de que conteste con un beso cargado de rabia, de morbo y desespero en tanto sigo tocando abajo.

—¿Qué ibas a hacer? —rozo mi nariz con la suya— ¿Te ibas a acostar con él?

Me relamo los que recogí y muerdo sus pezones antes de bajar a comerle el coño como un maldito desahuciado, lameteando esa zona sensible untada de lo que me más me gusta. Es tan pequeño, denotando una inocencia que golpea la moral, sin embargo, el golpe no me detiene.

—Abre tú —demando—. Muéstrame lo que voy a lamer.

Inclina la pelvis separando los pliegues mostrandome el sexo rosaceo que brilla por la mezcla de sus fluidos y mi saliva, arremolino la lengua en dicho lugar antes de morder despacio. Varios temblores la abarcan y lo tiene tan delicioso que me olvido de negarle el placer del orgasmo, por el contrario, me prendo más y más lameteando y chupando hasta que se arquea soltando jadeos descontrolados.

—Te has corrido en la boca de este mafioso de mierda —la beso por encima perpetuando el sabor que tanto quería borrar.

No sé qué demonios me pasa, pero de un momento a otro me veo soltando la correa del vaquero. Medio me aparto para quitarla y atrapo sus manos con ella, sacándola de la cama y poniéndola de rodillas.

—Quiero hacerte tantas cosas —tiro de la correa hablándole al oído—. Pero hoy no te voy a castigar, te voy alimentar con esto.

Me enderezo sacando el capullo enrojecido que llevo a su boca, no sabe como hacerlo obligándome a sujetarle el cabello mientras la guío metiéndosela gradualmente.

—Abre más —pido—. Baja la lengua y chupa…

Menuda vida de mierda que me hace llevarla de adelante hacia atrás follando su inocente boca. Le doy tregua para que pase saliva y la pongo de nuevo tensando los muslos con la imagen que me brindan esos ojos hambrientos de mí.

El calor se distribuye a lo largo de mi cuerpo mientras sostengo la playera apartando la vista ¿Qué estás haciendo Ilenko Romanov? Te estás dejando chupar el miembro por una cría de 18.

Cría de piel de porcelana y boca de ensueño.

Cría de cabello oscuro, piernas esbeltas y coño dulce.

Se ahoga con mi falo cuando empleo demasiada fuerza y la saco rápido derramándome por fuera, no sabe de esto y yo ando con unas mierdas no dignas de alguien con mi cargo. Mira lo que le cayó en el hombro y la levanto quitándole mis fluidos mientras tose.

—Tienes que respirar antes de engullir —sujeto el rostro enrojecido—. No respirar mientras engulles.

Se le enrojece la cara como si le diera mucha vergüenza.

— Pero estuvo bien —culmino soltándole las manos.

—Ah, no mientas —se molesta y le tomo la cara advirtiendo que cuide la forma de hablarme.

—Cuida tu tono ved´ma —la acerco—. Porque ganas de castigarte no me faltan.

La muevo.

—Tienes que aprender a hablarle a los que están sobre ti —espeto— ¿Lo entiendes?

—Todavía no ha estado sobre mí —contesta.

—Ni lo estaré —le hablo al oído—. Yo que tú me cuidaría, porque no quiero que el Underboss esté tampoco, así que ve cambiando de estrategia de supervivencia alejando a mi hijo. Deja de meterlo en tus redes.

—No lo estoy metiendo en ningún lado.

—A mi no me engañas Emma —acaricio su boca—. No te metas con él ni conmigo porque lo vas a lamentar.

—No le temo a la amenazas —retuta.

—Pero si a los castigos, asi que hazme caso —me saboreo su escencia— No nos pongamos a jugar, porque ambos sabemos quien va a perder.

Me alejo, no estoy jugando; Una James no va a estar al lado del Underboss de la mafia roja.

CAPITULO 15 — MAFIAS.

Vladimir.

Estaciono la camioneta adentrándome en la fortaleza Romanov. Acabar con la vida de un alto mandatario siempre te agranda la fama.

Fama que nació con la muerte de mi madre.

Sorbo los restos de cocaína que tengo en la nariz hallando a mi padre saliendo de la cocina.

—Se supone que tienes que estar descansando —me preocupo.

—¿Luzco como algún anciano como para estar haciendo eso?

Niego, obviamente no, mi padre es más alto que yo y con un físico difícil de persuadir; no aparenta tener hijos tan grandes y en ocasiones parece que fuera un primo lejano.

—¿Por qué la puberta duerme en tu alcoba? —indaga— ¿Es así como tratamos a los esclavos ahora? Me huele a falla, Vladimir.

—Claro que no. La dejo por Maxi, que la acecha para matarla todo el tiempo.

—¿Y qué pasa si la mata? —refuta— ¿Te duele? ¿Te lastima?

—Aún no ha sido humillada ni ha sufrido lo que tiene que sufrir.

No me gusta que dude de mis capacidades.

—Te tengo una buena noticia, la FEMF está enfocada ahora en la muerte del ex general Joset Lewis y la desaparición de Olimpia, así que los navíos que hemos pasado han multiplicado las ganancias —le informo—. Además, tengo en la mira un submarino con arsenal militar, abasteceremos a nuestros hombres con sus armas.

—Nada de eso me basta si sigues durmiendo con el enemigo —contesta —. Así que saca a esa cría de tu alcoba.

—Padre, no te enojes —intento calmarlo—. Solo me estoy divirtiendo.

—¡Con esa puberta no! —se impone— Y ya dije que la quiero fuera de esta casa siendo tratada como lo que es ¿Qué pensarán los otros si te ven durmiendo con la presa?

—Es una simple esclava…

—Pues yo no duermo con mis esclavas.

Se devuelve a la cocina en lo que tomo la escalera, la puerta de mi alcoba está sin seguro y la puberta está vuelta un ovillo en mi cama. Suelto la chaqueta que traigo, son casi las dos de la mañana, está nevando y no tengo un voyeviki cerca para que la lleven a los calabozos.

El estrellón de la puerta de mi padre me dice que ya se fue a dormir y, por ello, me quito la ropa dejando la tarea para mañana acostándome al lado de mi esclava. La droga que inhalé todavía está en mi sistema logrando que el sueño sea más ameno.

Los psicoactivos alejan a los espectros de la noche. Es lo que aliviana el peso que cargo sobre mis hombros, distrae la pesadilla que viví en esa cabaña reduciendo el olor a sangre que aún invade mis fosas nasales cada vez que evoco a Sonya Lazareva.

Inconscientemente siento que el calor de la puberta me llama, ella tan dulce y yo tan frío, pero pese a eso me gusta la dulzura que desprende.

Las horas pasan, la alarma me indica la llegada del amanecer y yo extiendo la mano apagando el móvil; mi sueño cesa y ella se voltea mostrando esa luz que nunca la abandona, esa luz la cual hace que me deslice suavemente hacia ella llevando mis labios hasta los suyos quitándole la playera que tiene.

Sus dedos me rozan acercándose más, en tanto la abrazo bajando sus bragas. Siento que el frío va desapareciendo, que mi cuerpo va cobrando vida con el contacto de su piel y mi piel cuando mi instinto masculino me deja sobre ella en busca de una pose más íntima como la primera vez. Noto su nerviosismo cuando entrelazo sus dedos con los míos insinuándole que separe las piernas.

Ella toca mi espalda mientras nos besamos lidiando con los temblores que me avasallan y con esa oscuridad latente la cual aparece de la nada amargandome la saliva.

Ella me besa y apoyo los codos en la cama queriendo ver la dureza que surgió estando sobre ella quien ladea la cabeza pidiéndome besos en el cuello y lo hago tomando el tronco de mi pene erecto.

Entiende a lo que voy abriéndose más y me limpio la punta de la nariz tratando de no desviarme en lo que me ubico empujando en su entrada cargado de miedo, de angustias amargas que me carcomen la estabilidad.

—Duele —se queja cuando ejerzo presión en su entrada.

Los nervios me abarcan al ver su cara de súplica, los recuerdos vienen, la garganta me arde y cierro los ojos escondiendo la cara en su cuello empujando otra vez hasta estar del todo adentro.

Nos volvemos a besar con movimientos descoordinados que la hacen reír denotando esa dulce inocencia que en este sentido creo que tenemos los dos. Se siente bien estar dentro y la estrecho con fuerza buscando un ritmo que me dé más placer. Siento que le sigue doliendo en lo que salgo y entro disfrutando la satisfacción que provoca el derramamiento de mis fluidos.

Una capa de sudor me cubre la piel cuando me muevo dejando la cabeza en la almohada mientras ella se cubre con la sábana.

—¿Nos decimos algo lindo? —pregunta haciéndome reír en tanto rozo los dedos en su piel— Anda, cualquier cosa.

—Me gusta tu cara de dolor —le digo y rueda los ojos.

Nos volvemos a besar y ella se mueve incómoda como si algo le doliera.

—Eh, tomaré una ducha… Porque... —se levanta con la sábana— Cosas de chicas.

—De pubertas.

—No soy una puberta.

Estando solo rozo mis partes, no suelo tocarme, pero el pene semierecto aviva las ganas. Es incomodo y me coloco el vaquero recordando que debo devolverla al calabozo, busco una PCP dejando la droga de lado cuando abren la puerta dando paso al Boss que entra serio.

«¡Demonios!» Se fija en las sábanas revueltas moviendo la vista al sonido de la ducha que sale del baño.

—Y seguimos con lo mismo —se enfurece— ¡¿Es que no eres mi hijo, Vladimir? ¿O es que ya no quieres ser el UnderBoss!

Ella sale con un albornoz secándose el cabello con una toalla transformando el gesto cuando ve a mi padre.

—Te lo dije, solo me divierto —espeto—. Es una cualquiera…

—¡Es una James, la hermana de la que mató a tu tía! —me grita— Y no dormimos con el enemigo, menos cuando son pubertas embaucadoras.

—No te alteres…

— Actuando así no haces más que decepcionarme…

Hace el amago de irse, pero el que sea rápido tomando el haladie antes de sujetar a Emma del cabello dejándola de rodillas lo detiene.

—Decepcionarte jamás —confieso mientras ella intenta liberarse—. Mi fidelidad está contigo y primero muero antes de fallarte, porque por ti... Todo padre.

Envuelvo el cabello en mi mano y aprieto el arma blanca dispuesto a acabar con la discordia, pero la mano del Boss detiene el impulso con una sonrisa de satisfacción observándola a ella que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Ves lo que digo —le dice a ella—. Pierdes tu tiempo con tus trucos baratos. La seducción no es tu arma, cría de mierda.

Me quita el haladie centrándome la cara.

—Trátala como lo que es —me indica—. Y metete en la cabeza que los Romanov no duermen con las James.

Asiento dándole la razón. Ambos la miramos mientras se limpia las lágrimas y ahora que lo pienso, si cree que estar conmigo la salvará está muy equivocada.

—Sácala de aquí —demanda antes de irse—. No la quiero en la fortaleza.

Ella lo aniquila con los ojos y le arrojo la ropa que tiene para que se vista.

—Vlad, no he hecho nada malo —dice y no le pongo atención.

—Vístete y muévete.

Obedece, pero más que con miedo la siento con rabia la cual incrementa cuando no la dejo amarrarse los zapatos llevándola con Zulima, quien espera en la sala con el Boss y con Salamaro.

—Tuvimos sexo, asegúrate de que no pase a mayores forjando lazos con esta —le digo a la sumisa—. Que vaya a servir en el club, no la quiero aquí.

—No, por favor —me pide—. No quiero que me vayan a hacer daño.

Los Voyeviki se la llevan, no la voy a prostituir; humillarla es mejor teniendo que limpiar las porquerías que se ven en ese tipo de sitios. Puede ser mi esclava, puede ser mi presa, pero el Boss es el Boss y prefiero morir antes de decepcionarlo.

-------——————-------

Emma.

Tengo cierta molestia en mi sexo, un ardor incómodo el cual molesta. La camioneta se estaciona y me sacan adentrandome en el club donde maté a Olimpia. Este sitio no me gusta, es demasiado oscuro y obsceno para quien lo único que quiere es sobrevivir.

Me guian arriba, a una alcoba tipo enfermeria donde Zulima me da la pastilla del dia después antes de colocarme la inyeccion anticonceptiva. La sumisa tiene varias marcas en el cuello y pese a que es amable, hay algo en ella que me enoja cada que la veo.

—¿Cuánto llevas aquí? —le pregunto y me toca la cara en un gesto coqueto.

—Desde que accedí a ser la sumisa del Boss —explica—, cuatro años mal contados.

—¿Accediste?

—Me lo propuso y quise ser su subordinada para que me de la hombría que se carga —desliza las manos por mi espalda—. Somos una pareja de amo y sumisa.

O sea que es su novia, bajo de la camilla cuando ella me lo indica, también tiene marcas en los antebrazos y en la espalda. Lo único que me alcancé a colocar fue un vaquero con un buzo de manga larga.

—Anda a trabajar.

Vienen por mi y mi jornada empieza recogiendo preservativos del suelo los cuales me dan ganas de vomitar.

El sitio es gigantesco albergando gente que te mira con un hambre que asusta. Tanto hombres como mujeres te tocan al verte distraída o se devoran entre ellos teniendo sexo improvisado en todos los rincones.

Me siento perdida porque si me dejan acá no tendré ninguna forma de evitar la fecha de mi muerte. Vladimir va a empezar a olvidarse de mi existencia y solo vendrá cuando tenga que matarme.

Siento que mis fuerzas se reducen, que tomar aire no es suficiente. El club tiene varias mujeres las cuales visten igual que Zulima.

Me entregan ropa poniéndome a lavar su lencería manchada de fluidos femeninos que suelen ser asquerosos para un tercero, convenciéndome de que todo esto es como una representación del edén donde se comportan con un libertinaje exagerado.

Las sumisas se mantienen desnudas y parece que no les importa nada de lo que sucede, solo se peinan, cuidan y curan entre ellas.

—Limpia las mazmorras —Zulima juega con mi cabello dejando que un chico me entregue un balde con objetos de aseo.

Lo sigo topándome con la llegada del Boss que alinea a las mujeres presentes cuando entra con grandes zancadas luciendo una chaqueta larga, vaqueros y guantes de cuero.

—Mi señor —se le ofrecen varias haciendo que lo odie más.

Las mujeres se arrodillan como si fuera algún ser supremo y él medio las toca caminando erguido. «Odio este sitio, esta gente y en especial a este sujeto».

Sigo con lo mio y cuando crees que has visto todo te topas con algo que te deja con la boca abierta; como con un hombre atado dejando que varias mujeres lo golpeen o una chica en medio de siete hombres los cuales tienen distintos objetos de tortura y ni hablar de los que se meten pies enteros en la boca.

¿Cómo les puede gustar esto? ¿Los obligan? Las obscenidades me aíslan llevándome a lo más oscuro del club donde hay mujeres que parecen maniquíes, pero están vivas; el que respiren me lo dicen, sin embargo, se mantienen quietas dejando que otros las follen a su antojo.

Le huyo a todo, estoy demasiado confundida y busco paz metiendome en una de las mazmorras la cual alberga una cama de cemento, al igual que un montón de jaulas.

Un jadeo me pone alerta cuando arañan una de las jaulas. Rápidamente me muevo a su punto preocupándome por la mujer que yace encerrada moviéndose a cuatro patas.

«Esta gente es un asco tratando así a las personas que raptan».

Agita los barrotes y se mueve de aquí para allá enfundada en cuero, con una larga cola la cual sale de la abertura que tiene atrás. Tiene una bola de tortura en la boca y su desespero es tanto que me acerco a liberarla.

Se queja arañando otra vez y busco un objeto contundente el cual me deje liberar el candado, no hallo nada y termino usando el filo del balde de metal que me dieron para asear.

—¡Ya! — la suelto y ella sale en cuatro patas.

Intento que se levante, sin embargo, ella mueve los hombros caminando como si estuviera en una jaula todavía.

—¿Liberas a mis sumisas, Ved´ma?

La voz del ruso en la puerta me pone a buscar las vías de escapes que no hay. Las paredes son de piedra sin ningún tipo de ventana y él se ve más imponente que nunca dedicándome una mirada cargada de dominio.

—Alejate o te hará daño —le pido a la sumisa que se le acerca rozandolo con el cuerpo como si fuera un gato y noto que la cola que le sale viene directamente de su recto.

El Boss le quita la bola de la boca, mueve los dedos y ella se queda de rodillas soltándole el pantalón. El furor avasalla mis venas e intento salir, pero él está tan cerca de la puerta que con estirar la mano ya me tiene sujeta de la mandíbula dejándome cerca de su boca.

—¿Follaste a mi hijo cría de mierda? —me dice en medio de jadeos— Embaucadora.

El sonido de su bragueta me pone a mil mientras me mete el pulgar en la boca bajándome la lengua y midiendo no sé qué.

—Mira como se disfruta de una buena mamada —me obliga a que vea como se la devoran entera—. Estoy tocando su garganta y no está flaqueando como tú.

La ira me hace enterrarle las uñas en la carne y vuelve a alzarme la cara ejerciendo fuerza en ella, obligándome a que vea los distintos gestos que le provoca quien se la chupa.

Se nota que le está dando un placer exagerado y le entierro más las uñas desaforando la rabia, pero el hijo de puta mete más el dedo provocándome una arcada.

—Hasta con un dedo te ahogas, cría —me suelta—. Fuera de aquí, niñata de papi.

Salgo con rabia empujando a una de las mujeres en forma de maniquí que se cae.

—Lo siento, lo siento —me disculpo.

Encuentro la salida hallando a Vladimir jugando Poker con Salamaro, el sujeto Búlgaro que siempre los visita y otros dos sujetos más.

—Ahí viene mi puta —dice.

—De la que estás enamorado —contesta Maxi en otro lado—. Se dice que el Underboss se anda en planes románticos.

—El Underboos jamás —interviene un sujeto barbado—. No conozco a alguien más fiel a las reglas que él y su padre.

—Ella solo es su juguete —dice otro.

Sueltan una carcajadas haciéndome sentir como si no valiera un mísero dólar. Sin embargo, siento más pena por el rubio al cual la risa no le llega a los ojos, como si solo fuera un robot que imita a los demás.

—Vlad —le digo con los ojos llorosos— ¿Podemos hablar?

—Zulima, que mi esclava sostenga mi licor y el de mis hermanos —demanda ignorando mi petición.

Me entregan una bandeja sumamente pesada la cual alberga vasos, botellas, cigarros y droga.

—No te muevas o habrá castigo —me susurra Vladimir— Solo espabila y respira, es lo único que se te permite.

Las extremidades me tiemblan al estar tanto tiempo en la misma posición, me tropiezan soltando morbosidades que me asquean en tanto pasan las horas que suman más botellas.

Me duelen los brazos debido al peso de la bandeja que me dieron, ya no soporto el dolor en las piernas y ver al engendro ruso me debilita todavía más, encima las perversiones de mi alrededor causan extrañas sensaciones en mi cuerpo.

—Vlad —musito cuando no resisto más.

—Callate —pide.

No es el mismo de esta mañana demostrándose que mi trabajo se ha ido por la borda. Los golpes y los malos tratos han sido en vano ya que su padre lo devolvió al inicio del cual me costó partir.

—Vlad, por favor —insisto.

—No hablo con objetos —contesta.

Zulima busca el contacto del ruso líder, Maxi sigue con sus indirectas y me canso de ser la mesa humana arrojándole la bandeja a los presentes; las botellas se rompen y muchos se corren debido al líquido que se derrama.

—Si quieres una mesa comprate una —le digo a Vladimir— ¡No soy esclava de nadie!

Más tardo en voltearme que ellos en tomarme sacándome como un costal de papas.

—Haz que pague, Leoncillo —dicen muchos.

Las personas se deleitan con mis chillidos los cuales solo merman cuando me suben a la camioneta atándome las manos y pies colocándome una cinta en la boca.

Me dejan como una auténtica secuestrada dejando que Vladimir se ponga al volante encendiendo el motor.

—Yo nací en la Bratva, me crié en la Bratva y muero por la Brava —me dice el rubio que conduce —. Una pequeña puta no va a cambiar eso.

La cinta en la boca no me deja hablar por más que me muevo, quiero decirle que no se deje llevar por lo que dice su padre, pero me está reprimiendo como en los primeros días.

Se detiene y el entorno es un duro puñal al notar que no estamos en la fortaleza, por el contrario, me ha traído a una carretera vacía. Siento que me ha llegado la hora cuando me echa sobre su hombro adentrándome en el bosque.

Las botas se le hunden en la nieve mientras se sumerge en la espesa vegetación la cual rodea una cabaña de madera.

—Tu nuevo hogar, pequeña puta —me arrastra a la pared donde yacen varias cadenas— ¿Morirás de hambre? ¿Morirás de frío? Quién sabe.

Le suplicó con los ojos, este lugar apesta; hay sangre seca en el piso como también restos de cabellos y ropa vieja. Me arranca la cinta de la boca pegando sus labios a los míos.

—Por favor, no me dejes aquí.

—Es acogedor —me dice—. No seas mal agradecida.

Se levanta y empiezo a moverme.

—¡Vuelve! —le grito cuando se va a la puerta— ¡No me dejes aquí!

Hace caso omiso de mis gritos, en tanto la oscuridad absorbe mis sentidos poniéndome alerta al captar el aullido de los lobos. No veo nada y por más que grito nadie viene en mi ayuda.

«Lo odio, detesto a ese maldito ruso quien es el culpable de todo esto».

La garganta no me da para más, el forcejeo me debilita y tardo todo un día sin comer, sin probar una gota de agua.

El sonido de las botas me hace alzar la cabeza mientras que con mareo observo la imagen del Underboss, que, como en los viejos tiempos, mete un mendrugo de pan en mi boca antes de darme de beber agua.

—Llévame —digo débil, pero no lo hace y vuelve a irse.

No siento los brazos, no siento las piernas; solo puedo odiar al ruso por desviarme del camino y cada cosa que hace es un motivo más para desear su caída. Vladimir aparece y parpadeo varias veces aclarandome la vista.

«No puedo esperar un día más aquí». Vladimir se acuclilla tambaleándose por la droga.

—Dicen que los antepasados perdonan cuando le das un buen día a la víctima antes de morir —empieza a soltar las cadenas—. Por ello nos vamos a tomar una botella en la nieve a medianoche.

Está demasiado cargado por el alucinógeno, así que hago caso dejando que me levante y lleve con él. Me siento débil, sin embargo, mantengo el

paso hasta que llegamos a la camioneta, «No hay torturadores».

Cruza North Pole mientras lidio con el miedo de un accidente por lo mal que está. Sorbiendo cocaína mientras conduce, pasamos por una zona industrial y nos detenemos en una colina, la cual muestra el pueblo de Sodom abajo.

Saca una botella arrastrándome con él y el frío hace que me abrace a mi misma dándole mi mejor sonrisa cuando destapa el licor.

—Por tu muerte, pequeña puta —brinda, se empina y le arrebato la bebida.

—Por mi muerte —brindo también dejando que el líquido me queme la garganta.

Se la paso, «Está demasiado mal». Podría correr, pero está demostrado que esa táctica ya no funciona, en vez de eso sigo bebiendo con él dejando que el frío merme. Paro al sentirme mareada, pero él sigue y dos horas después estoy dando saltos mostrándole mi rutina de patinaje.

—No sirves para nada —arrastra la lengua para hablar—. Eres un fracaso.

—¿Cómo que no? Mira esta voltereta —la doy mientras se empina la otra botella que traía antes de meterse más cocaína.

—A la camioneta —se pone en pie, pero hasta eso le cuesta, así que lo ayudo a levantarse dejando su brazo sobre mi cuello.

—¡Qué bonita luna! —señalo.

—Ummm —gruñe apunto de desfallecer.

—¿Me das un beso que atesorar antes de morir? —lo acomodo.

Está realmente perdido, busco sus labios dejando que me envuelva en sus brazos, pero su mareo nos lleva cuesta abajo dando vueltas en la nieve que me quema la piel.

El Underboss cae sobre mi espalda adolorida soltando la carcajada que no me esperaba y me termina contagiando.

«El pueblo está a pocos pasos»

—¡Venga, demos una vuelta! —lo animo tomándolo de la mano.

Trata de rehusarse, pero vuelvo a tirar.

—No seas aburrido —pido y cede. No conozco el pueblo, pero nos topamos con una calle llena de un ambiente de música alta con perros rabiosos y mujeres drogandose con motos a su alrededor.

—Leoncillo —lo abrazan varios metiéndole pastillas en la boca, dándole el trago que él recibe mientras yo acepto para luego escupir con disimulo.

—Bailemos —salto con él. Los participantes se contagian poniéndome a sudar lo que bebí.

No soy de beber, pero las pocas veces que lo hice usaba esta táctica para que papá no se enojara tanto. Tengo que pensar con claridad y sé que mi aspecto es pésimo, el de Vladimir no tanto, pero es tan conocido que adonde sea que va le ofrecen una sustancia diferente.

Hasta se empina un líquido neón que los transforma por completo.

—Miren lo que hace mi pequeña puta —dice como si no fuera él— ¡Muéstrale!

Hago las volteretas que los ponen a aplaudir y no porque sean buenas, es porque están tan drogados que no saben lo que hacen. El Underboss me arrastra a distintas discotecas, en las que no paga por nada acompañado por los motoristas y creo que recorremos el pueblo completo de sitio en sitio; nada le niegan, todo se hace.

Siento que quemo tiempo en vano porque el efecto de la droga va a pasar y con ello vendrá la tortura o peor aún; mi hora final. Su padre ha quemado mis oportunidades y ahora no tengo nada, ahora solo tengo un juramento.

«Necesito una salida y la necesito ya». Un sitio llama mi atención con el letrero tipo Las Vegas, «Es arriesgado». Mucho, pero siento que es la única opción.

—¿Y aquí puedes hacer lo que quieras? —le pregunto al Underboos que me arrastra con él.

—Soy el hijo del Boss…

Trato de centrarlo «Está demasiado ido y me da pesar hacer esto, pero no tengo otra opción». No tengo más en qué agarrarme, así que lo beso sumiéndolo en mi dulzura.

—Vladimir —busco su mirada perdida— ¿Quieres casarte conmigo?

Cuido de que no se tambalee dejándolo contra una pared mientras los moteros siguen bebiendo en la calle, rebusco en su bolsillo y, como lo supuse, tiene mi identificación al igual que la suya.

—Vlad, somos novios y nos amamos —juego con su cabeza— Me lo propusiste hace tiempo.

Niega, cuando ayudaba en los refugios me decían que a los drogadictos podrías ponerle escenarios que fácilmente se creían y él está a nada de una sobredosis.

—Soy yo, Emma tú novia —lo convenzo—. Vamos a casarnos, ¿Vale?

Trata de irse sudando y frunciendo el cejo demostrando que las pesadillas lo están acechando, así que lo abrazo.

—Es la solución —le susurro—, ya no te acecharan los espectros de la noche porque yo estaré contigo —sujeto su cara—. Me conoces desde niños y siempre has querido esto.

Me siento sucia por engañarlo en un estado tan vulnerable; él solo está asustado, drogado y huyendo de sus monstruos mientras que yo soy una desesperada que quiere vivir.

Le saco el dinero que tiene y tomo su móvil el cual desbloqueo con su huella.

—Oye —llamo a una de las parejas de moteros—,Vlad y yo nos queremos casar ¿Nos servirían como testigos?

Se miran, también están en la euforia del alucinógeno. Me arrebatan el dinero que les ofrezco siguiéndome mientras llevo a Vladimir.

—Tú me amas —le voy diciendo— y quieres que esté contigo.

Tengo que arrastrarlo de lo mal que está, en tanto los motoristas me abren la puerta del sitio que parece una iglesia.

—¿Dónde está el ser que me casará con mi amado? —pregunto y un hombre de edad sale— ¿Qué vale una boda?

—Para mi nada —contesta Vladimir arrastrando la lengua—. Soy el Underboos.

—Sí, lo eres —le doy la razón—. Nos queremos casar, ¿Qué hay que hacer?

El hombre mira a Vladimir extrañado.

—Deje de mirarlo como si fuera un drogadicto —avivo las llamas que enojan al rubio.

—¿Me está mirando cómo? —saca el haladie y el hombre retrocede.

—Ya, ya —lo calmo—. Deme lo que se requiere para casarnos, a él no le gusta que le lleven la contraria.

Entrego las identificaciones, el hombre busca los formularios y los anillos mientras Vladimir sigue perdido, tomo su móvil desbloqueandolo antes de pasarlo.

—Graben el momento —le pido a los motoristas—. Queremos tener un recuerdo.

Lleno los papeles a la velocidad de la luz persuadiéndolo para que firme sin saber lo que hace. La ceremonia empieza y yo lo sostengo dándole besos a cada nada mientras los otros no dejan de grabar.

— Me amas, ¿Cierto?

Sacude la cabeza.

—Si lo haces, recuérdalo.

Me impacienta que el hombre no acabe, pero ahora me alegra el libertinaje de este sitio que te deja casar con varias parejas, un objeto o hasta con tu familia. Nos pasan un par de anillos el cual le coloco sin perder tiempo.

—Él te va a preguntar si quieres matarme —digo en su oído— y tú le darás una respuesta.

—Vladimir Romanov Lazareva, siendo el Underboss de la Bratva —empieza el hombre— ¿Aceptas a Emma a James Mitchels como tu esposa, compañera y mujer para protegerla, quererla y amapararla, según las leyes de nuestra hermandad?

—Contesta Vlad —lo muevo.

—Si —dice perdido—. Si, quiero hacerlo.

—Emma James, siendo la novia de el Underboss de la Bratva —empieza el hombre— ¿Aceptas a Vladimir Romanov Lazareva como tu esposo, compañero y hombre para servirle, quererlo y serle fiel, según las leyes de nuestra hermandad?

—Acepto —sujeto a Vladimir para que no se caiga y el hombre me pide su mano para el juramento de sangre, el cual se hace cortándole la palma.

Se deja y yo ofrezco la mía dejando que nuestras manos se junten y aprieten desencadenado el líquido carmesí que mancha el papel.

—Casados están, solo la muerte lo separa —dice el hombre—. Eres de él ahora y para siempre.

Capto una algarabía afuera, le arrebato el móvil a la motera tomándole una foto al certificado que envío al único número confiable. Adjunto el video y borro el mensaje como si nunca se hubiese enviado.

Vladimir cae justo cuando patean la puerta, obligándome a voltear irguiendo el mentón. El Boss está aquí. Vladimir está en el suelo siendo auxiliado por sus hombres mientras a los testigos los toman como si fueran animales, en tanto otros empiezan a prenderle fuego al sitio.

—Hola papi —le digo al ruso que se acerca— Mucho gusto, me presento; Soy Emma Romanova, la esposa del Undeboos de la Bratva.

Muestro el anillo y lo primero que hace es apartarme y alcanzar el papel que rompe disparándole al hombre que nos casó y a los testigos.

—Haz lo que quieras, ya lo envié a otro para que lo legalice en la ley criminal —le suelto mostrándole el móvil que me arrebata.

—¿Qué mierda acabas de hacer? —le reclama a su hijo, pero este no reacciona y es Salamaro quien se ocupa buscando la manera de que vomite, pero ni así se despabila.

El ruso vuelve a tomar a su hijo reclamándole por la "Reputación arruinada", mientras las llamas consumen la iglesia. Vladimir no reacciona y me terminan llevando con ellos metiéndome a una camioneta aparte en tanto le huyen a los espectadores que se reunieron afuera.

—¡No hay nada que ver! —Salamaro dispersa a todo el mundo.

—¿Qué pasó? —preguntan varios.

—¡Nada! —enfurece Salamaro.

Los motores arrancan. Me acabo de jugar todo por el todo posponiendo mi muerte. Una jugada ruín que ahora me asegura un par de beneficios; toco el anillo y ni siendo la esposa del hijo del dueño me tratan bien, ya que me sacan a las malas cuando llegamos a la fortaleza.

—¿Maxi está en casa? —pregunta el Boss y el Salmaro niega

Vladimir ya está desorientado sin saber lo que acaba de pasar, llorándole a su padre de rodillas y pidiéndole que lo perdone. Todo se me remueve ya que para el rubio, el ruso lo es todo y no hace más que suplicar que lo mire.

—Padre, por favor —suplica—. Pido tu perdón, yo no sé qué pasó…

—Llévatelo arriba —le ordena el Boss a Salamaro—¡ Y si alguien abre la boca, lo mato! —dispone— ¡Fuera todo el mundo!

Le obedecen demostrando que su palabra es ley mientras yo me quedo a mitad del vestíbulo esperando que la sala se desocupe.

—¿Crees que vas a jugarme sucio dañando la reputación de mi hijo? —empieza el ruso—No seas idiota, soy el Boss.

—Lo eres, pero las cosas están hechas y hay evidencia que envié y se hará pública sí me pasa algo —esclarezco— ¡Yo muero, pero tú lidias con

la burla de que tu hijo se casó con una James, así que trátame bonito, papi!

Se apresura a tomarme de la cara.

—No soy tu papi —susurra.

—Yo creo que si —le vuelvo a mostrar el anillo.

—¿Cuánto crees que tardaré en encontrar al que lo recibió? —se impone — ¿Cuánto crees que durará?

—Ah no lo sé, supongo que como mafioso, Vladimir nunca deja evidencia de lo que envía —hablo con sus manos sobre mi mandíbula— Es lógica criminal, ¿No?

El centello de ira en sus ojos me dice que no miento.

—¿A quién se lo enviaste?

—¡Averígualo y mientras lo haces me aguantas! —me suelto, vuelve a tomarme inundando mi nariz con su aliento.

¡Dios! Es más imponente, más grande, pero no más fuerte que mi ganas de vivir. Nadie querrá a Vladimir como su sucesor si se enteran de lo que hizo y él lo sabe, por ello me acerco más, me empino y ni así quedamos a la par.

—Ahora tengo como familiar un suegro de mierda —le digo— Descansa papi.

Me suelto buscando la alcoba dejándolo en la mitad de la sala mientras asumo que me acabo de casar con 18 años.

CAPÍTULO 16 — RAB

Ilenko.

Detallo el caer de la nieve colocándome los guantes de cuero, el enojo me tiñe las venas y con ello las ganas de torcerle el cuello a esa niña que no trae más que problemas.

—¿Hay algo? —le pregunto a Salamaro— ¿Pista o indicio de a quién le envió el video?

—No señor, como bien se sabe el sistema de Vladimir no guarda evidencia en ninguna ocasión.

A esto llamo “Golpear con tus propias armas”.

—Debo saber quién tiene ese mensaje —dispongo—. Nadie puede enterarse de que un Romanov tiene lazos con el enemigo.

—Si señor.

Me deja mal parado el que mi hijo se deje engatusar por la persona a la que se supone debemos someter y quien encabeza una organización criminal no puede cometer esos errores.

—Tráela —demando—. A mi si me dirá a quién se lo envió.

Espero con las manos metidas en los bolsillos sin dejar de apartar la vista de la nieve, lo que hace son inmadureces. Alguien con cinco dedos de frente no se casaría con su cazador.

El consejero no tarda y ella entra con el cabello recogido, dejó de lado el uniforme de mucama luciendo un vestido con esas ridículas medias que me encienden el cólera cada que las veo.

—¿Tardaremos? —pregunta— Quisiera llevarle el desayuno a la cama a mi esposo cuando despierte.

Vladimir no se va a despertar por ahora y ella no es su esposa. Muevo la cabeza indicándole a Salamaro que se retire mientras me acerco provocando que ella se lleve las manos a la espalda.

«Cría del demonio». La ropa que trae resalta su inocente belleza, tiene un ridículo brillo en los labios el cual me dan ganas de quitarle con… «Tiene 18». Las perversidades me avergüenzan cuando alza el rostro detallando mis facciones.

—¿Tendremos una charla de padre a hija? —indaga— Antes de empezar dime si quieres que te diga papi o padre.

«Papi»; No tiene idea de lo que pasa por mi cabeza cada que dice eso.

—No vuelvas a usar esa palabra ni esas medias —advierto.

—¿Cuál palabra? ¿Papi? —sigue.

Acorto el espacio volviendo más notoria la diferencia de estatura.

—Hay una falla en tu plan —declaro y sacude la cabeza.

—No, no hay falla. Me he casado con tu hijo y el mundo lo sabrá si no le bajan a sus castigos —contradice y soy yo el que niego ahora tomándola por la parte trasera de su cuello.

—Si, hay una falla —saco la jeringa que cargaba en el bolsillo—. Los Romanov no tienen esposa, tienen sumisas y ahora el amo tiene que someterte.

Le inyecto el sedante instantáneo que la hace desfallecer en mis brazos en menos de nada. Le advertí algo, no lo acató y sus actos conllevan consecuencias. No he llegado donde estoy dejándome envolver por juegos estúpidos.

Los voyeviki entran por ella sacándola en brazos mientras tomo lo que necesito, preparándome para los días que estaré por fuera.

—Me ausentaré no sé por cuánto tiempo, que el Underboss se haga cargo mientras vuelvo —le informo a Salamaro— y que también se prepare para encararme cuando esté de regreso.

Salgo dejando que metan a la víctima en el vehículo.

—¿Viajará solo? —pregunta Salamaro con un tinte de miedo en la voz.

—Si —abordo la camioneta azotando la puerta. Quien viaja solo conmigo normalmente no vuelve.

Me siento seguro en mi terreno. Ella yace en el asiento delantero con las manos atadas y yo abandono la carretera sumergiéndome en lo más inhóspito de Alaska. Nadie la verá correr, nadie la escuchará gritar, así como nadie vendrá en su rescate.

Conduzco hora y media. Lo que pasará se quedará en este rincón del mundo. Vuelvo la vista hacia ella observándola dormir, es demasiado pequeña y demasiado ingenua para lo que le depara, pero bueno… Ella está jugando a ser grande y le mostraré que eso es un juego demasiado peligroso con los Romanov.

Empieza a mover la cabeza en el asiento queriendo identificar el entorno.

—¿Así de desorientado se habrá sentido el Underboss mientras se casaban? —le pregunto cuando el destino aparece frente a nosotros.

Las montañas de nieve se ciernen y bajo ellas yace la casa cubierta por la verde vegetación del entorno. Un sitio apartado el cual uso para mis perversidades.

Estaciono sacando a la víctima que mira para todos lados como si quisiera huir, «Pierde el tiempo». En la Bratva no hay escapatoria; conmigo nunca la hay.

La obligo a caminar tomándola del collar mientras rebusco las llaves saboreando el miedo que emana, «Es normal sentirse asi». Que un mafioso de 1.94 de estatura te saque de la civilización siendo una cría de 18 años es de temer y más cuando, aparte de ser una inmadura, eres una pequeña no digna de una pelea.

El olor a madera nos recibe, el sitio es pequeño por fuera e inmenso por dentro con dos plantas y muebles grandes que dan un aire medieval.

—¿Qué harás? —pregunta.

—Que no haré es la pregunta —la hago seguir asegurando la puerta mientras ella se esfuerza por soltarse las manos, las cuerdas ceden y no me preocupo porque las manos liberadas no son un obstáculo para un criminal.

Repara el entorno con varios mechones sobre la cara en tanto camino hacia ella liberándome de la chaqueta.

—¿Qué te dije con respecto a Vladimir? —avanzo mientras — Que no te quería a su lado, ¿Y qué hiciste? Me desobedeciste como la malcriada que eres.

Me da la espalda intentando huir no sé adónde, pero la atrapo alzandola y acorralandola entre mis brazos, llenándome con el dulce aroma que emite.

—Ahora tienes que afrontar la represalia—camino con ella pateando una de las puertas de la primera planta.

Un espacio para someter, el cual cuenta con todo tipo de artefactos listos para ser usados. Me gusta lo obsoleto infligiendo castigos inhumanos que muy pocas resisten.

Repara los objetos de tortura y ella batalla asustada mientras la hecho boca abajo sobre la gran mesa de madera rasgándole el vestido con la navaja que me saco del bolsillo. Sus preciosos gluteos distraen mi vista cuando corto sus pantis dejándola solo con las medias.

—Esto es lo que pasa cuando trazas un mal plan —le digo al oído—. No sopesaste que te ibas a encontrar con un dominante —la encaramo en la mesa—. Y a Vladimir le cuesta someterte, pero a mi no.

Rápidamente me doy la vuelta sujetándole las muñecas con las argollas de hierro que hay sobre la madera quedando ambos brazos estirados en la cabecera de la estructura.

Resopla furiosa al sentir cómo le doblo las piernas apoyando las rodillas en la mesa, dejando los muslos separados y atando los tobillos a las otras argollas, forzándola a dejar el culo levantado mientras que la frente y el pecho quedan contra la tabla en una pose Karta, «Mi favorita como amo».

—Cuando el Boss demanda tú tienes que obedecer —estrello la mano en sus glúteos—. No puedes ser una chica mala.

La nalgueo otra vez dejando que el cuero haga estragos en su piel marfileña, chilla y arremeto con fuerza apoyando una mano sobre su cóccix en tanto abofeteo sus glúteos con violencia.

—¿Qué te dije? —pregunto y no contesta— ¡¿Qué te dije?!

No me contesta y la sigo nalgueando haciéndola llorar. Los oídos me rechinan, sin embargo no paro; sigo estrellando la mano marcándole la piel.

—¡Te cansas primero, mafioso de mierda! —chilla aumentando la rabia — ¡No soy una esclava y mucho menos una sumisa!

Le doy más duro estrellando hasta que sudo con el cuero que se calienta en mis manos, no quiero parar, «Su resistencia no es más fuerte que la mía». Sigo y sigo por minutos eternos que le hacen brotar sangre de los poros y ni así habla.

La rabia me sube a la mesa deslizando las manos por sus costillas alcanzando sus pechos con fiereza.

—¿Qué te dije, Emma? —inquiero apretando hasta que chilla— ¡¿Qué fue lo que te advertí?!

Sella los labios temblando presa del llanto mientras aprieto más, agonizando con el calambre que se cierne en mi entrepierna con el maltrato que ejerzo sobre sus pezones.

—Anda, tienes la respuesta en la punta de la punta de la lengua — rendirse es el primer paso para someterse—. Detenme.

—¡No! —lloriquea.

Su capacidad de resistencia es admirable aguantando el apretón que avasalla sus pequeños montículos. Para mí, el sado no es algo de mutuo acuerdo cuando quiero someter, cuando quiero que me teman.

—¡Ojala te mueras y pagues esto en el infierno! —solloza— ¿Sabes cuántas caídas he soportado en los patines?

—No me interesan…

— ¡Muchas! —me interrumpe— ¡Críticas, señalamientos, acusaciones, caídas y con cada una emerjo con más fuerza!

Su llanto cala flaqueandome las fuerzas por un momento con esa oración llena de valentía, pero aquí ella no me va a doblegar a mí y, por ello, envuelvo mi mano en su garganta ahondando en su miedo de morir.

—¿Me dirás que te advertí? —aprieto— ¿Aprenderás lo que el Boss dice, eso se hace?

Tiene que temerme, sucumbir al dominio y una vez sometida hará lo que yo quiera, me dirá lo que quiero oír.

Carraspea con mi agarre cuando aumento la presión.

—Cede Emma —exijo. Un mínimo movimiento acabará con su vida— En ocasiones es mejor agachar la cabeza y admitir que hemos perdido.

Sacude la cabeza con la poca fuerza que tiene logrando que la ira me haga bajar. El calor nos tiene a los dos y procuro que el enojo no desate su muerte, ya que al fallecer estaría arruinado el apellido de mi familia.

Rodeo la mesa moviendo el cuello mientras analizo con qué voy a trabajar. Tiene resistencia a más no poder y por ello suelto las argollas.

Débilmente se voltea con el rostro cubierto de lágrimas y tengo tanta ira que la levanto sujetándola por los pechos maltratados, llevándola al piso antes de echarle mano al enorme tubo de hierro el cual poso en su nuca atandole las manos en los griletes que albergan en cada punta del fierro antes de llevarla a la tabla con superficie de metal agujereado el cual le maltrata las rodillas de una forma angustiante.

«Tenemos todo el tiempo del mundo hasta que se rinda» La dejo de rodillas en la base tomando una de las fustas que yace en la pared.

—Si así es el suegro no quiero imaginarme como hubiese sido mi suegra —me dice.

—Espalda erguida —lanzo el latigazo en su espalda—. Como que te acostumbras rápido al dolor.

Lanzo otro latigazo que le hace temblar la barbilla y otro más para que me recuerde. Los pezones hinchados me hacen una invitación a lamerlos, pero en vez de eso controlo la lengua yéndome a la cajonera que resguarda las pinzas de metal.

—Un día estás en una orgía con mujeres extravagantes —tomo el soplete que yace en la misma cajonera calentando las pinzas— y otro estás sometiendo a una niñata que no sabe comportarse.

Soplo un poco para no desfigurar la piel y me arrodillo frente a ella que se tensa con el pellizco de las pinzas que le dejo, y ni desfigurando el rostro deja de ser bonita con esos rasgos suaves, esa nariz pequeña y esos labios no tan carnosos.

—Sé resistir —musita—. Esto no es nada comparado con el peso de las palabras que conllevo día a día.

—Y yo sé torturar —me levanto subiendo la temperatura del lugar—. Y esto no es nada comparado con lo que realmente quiero hacerte.

Salgo al no poder con la presión de mi entrepierna y estando afuera siento que me he quitado un peso de encima. El encanto de esa cría tiene un inocente magnetismo que me fuerza a partirla en dos con mi vara de carne.

Bebo dos tragos de Everclear e intento distraer la mente sacando lo que tenía en la camioneta y acomodando la habitación donde dormiré.

Enciendo la chimenea asando la presa de cordero que como. Tengo una jodida cocina, sin embargo, tengo que distraerme o habrá sangre en los lugares equivocados, «Los impulsos ya no son algo mío».

Imagino su sexo sobre mi verga, «Ha de estar estrecha». El peso del desespero recae y espabilo saliendo a caminar con el rifle vigilando que nadie ronde, «Sé que no», pero debo dejar que las horas pasen.

Salgo, vuelvo y me ocupo de uno que otro asunto en el móvil dejando que el tiempo transcurra antes de entrar de nuevo a la habitación donde la tengo y, en vez de hallarla llorando, está en la misma posición como si no hubiese pasado un condenado minuto desde que me fui.

«Hija de perra», parece una veterana del mortal cage; entrenada para aguantar y lo que me enerva es que si no se rinde no podré someterla.

Tomo una silla de madera plantandome frente a ella. «Tengo tiempo y paciencia», me repito alcanzando la fusta que paseo por su cuerpo mientras la recorro con los ojos. Detallo las rodillas enrojecidas debido a que las medias se les rasgaron con el relieve de la superficie, los muslos temblorosos, la capa de vello que cubre su sexo…

—No me mires ahí —habla—. Soy tu nuera, es raro que lo hagas.

—No me tutees…

—¿Por qué, si soy tu nuera?

—No eres mi nuera —la marco con la fusta—. No somos nada, Emma.

—Si lo somos.

—No…

—Si…. Somos enemigos —afirma— y familia también…

Estrello la fusta en sus costillas enderezándola más, repito en la otra recostando la espalda en la silla. Los muslos temblorosos me dicen que va a flaquear, así que lanzo otro latigazo sacándole las lágrimas.

—¿Me dirás cual fue mi advertencia? —la encaro— Tengo tolerancia y latigazos de sobra…

Toco las pinzas que le tienen los senos inflamados…

—¿Qué dije Emma?

—Que no era tu nuera —contesta y me hace soltar la fusta levantandola cuando se me burla a la cara.

Su temple me enardece y me dejo de volteretas liberándola del hierro antes de plantarla en la silla donde yacía, sorprendiéndome de mi propia rapidez a la hora de tomar la cinta con la que la dejo fija en el espaldar.

Fijo los tobillos a las patas de la silla dejándola de piernas abiertas antes de tomar el electroestimulador. Repara el objeto que sostengo al cual le coloco un preservativo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta asustada.

—Te voy a taladrar ese canal.

Consolador, estimulador, herramienta de auto satisfacción para muchos y herramienta de tortura carnal para mí, ya que lo mandé a modifiicar agregandole potencia y movimientos circulares. La base con que lo sujeto es de hierro, el resto son 17 cm de goma con relieve y capullo que imita una tolerable verga humana; aparato el cual no es nada frente a la mía.

Lo enciendo y empieza a girar poniéndola a tragar grueso.

—No —pide cuando el sonido avisa la proximidad del artefacto, pero es demasiado tarde. Le tomo la base de la nunca arqueándole el cuello.

Bajo la vista queriendo ver como el látex se le entierra entrando con un movimiento rotatorio clavándose en su sexo. «¡Demonios!», sale untado de sus jugos y le arranco las pinzas amasandole los pechos excitándola más.

Su gemido me aliviana la saliva cuando entra de nuevo deleitandome con esos labios fruncidos. Sus montículos están sensibles y, por ello, acaricio los pezones con los nudillos envueltos en cuero.

—Vamos, Ved´ma —le digo— Mójate más.

Acerco los labios a su boca queriendo que ansíe mis besos mientras lidia con los espasmos que desencadena lo que le tengo enterrado adentro.

—Por favor —gime. Es una inexperta la cual, por lo que veo, solo ha tenido un orgasmo y esto es una tortura para una sumisa de alto nivel.

—¿Por favor qué? —beso sus mejillas sacando el aparato cuando siento que se correrá.

Los pliegues abiertos y el clítoris enrojecido templa más mi verga a la hora de sumergirme otra vez; entrando y saliendo, sacándole lágrimas cargadas de desespero carnal.

«¡Cómo gime!» Como se mueve llena de ansiedad queriendo alcanzar el clímax que no le doy, se eriza por completo cuando aumento la potencia sollozando con los fluidos que se esparcen en la silla.

Maximo nivel de humedad previo al orgasmo que le sigo negando.

—¿Qué dije Emma? —introduzco activando el sensor de calor— ¿Qué te advertí?

Aumento más y quiere resistir, pero no es una experta para hacerlo. Poso la mano en el bajo de su abdomen ejerciendo presión y dificultándole el paso del oxígeno.

—¿Qué te dije? —reitero la pregunta subiendo al último nivel, se endereza, contrae y…

—Que dejara a Vladmir en paz —solloza derrotada—. Que me pesaría si seguía con el juego.

—¿Y te está pesando ahora que tienes que rendirte o esto estará dentro de ti todo el día?

Asiente llena de desespero.

—Somos amo y sumisa ahora, ¿Lo entiendes? —indago— ¿Lo tienes claro Emma James, que eres la sumisa de los Romanov?

Calla y le vuelvo a negar el clímax.

—Anda, dilo que necesito oirlo Ved´ma o habrá una tortura peor que esta.

—Si —dice derrotada y sus palabras me hacen rozar mi mejilla con la suya dándole el orgasmo que es orquesta celestial para mis oídos. Paso la lengua por los pezones que maltraté y la adrenalina es tanta que se contrae y flaquea desmayándose en la silla.

Saco y sacudo el aparato lleno de sus jugos, «Que no podría hacer con mi miembro». Suelto las cintas tratando de que despierte, pero no lo hace y debo alzarla en brazos dejándola en la cama que yace en la alcoba.

Limpio todo, sus heridas son notorias y por ello me quito los guantes tomando el ungüento que esparzo el cual no la dejará tan descompuesta para mañana.

«Quieres empalarla», grita mi cabeza, pero no… Llevo años sometiendo mujeres; a eso vine, no a penetrar crías de 18. Además, nunca he tenido que sucumbir a la penetración para obtener dominio ya que con mi mera presencia basta.

Cubro las zonas y le quito las medias, las cuales espero no volver a ver. Esparzo la crema en sus rodillas antes de taparla y abandono la alcoba conteniendo el instinto varonil que me incita a abrirle los glúteos.

En vez de eso, subo a mi alcoba liberándome de la ropa, tengo un empalme de campeonato la cual me exige una descarga inminente.

De mi cajonera tomo el anillo vibrador extra grande deslizándolo por mi tallo y dejándolo en la base, lo enciendo y suelta la descarga que estimula mi verga.

Quiero evocar a Zulima, pero los gemidos de esa cría se perpetúan en mis oídos; el anillo me aprieta con lo duro que estoy y me dejo caer de espaldas en la cama sujetándome los testículos, esperando la descarga de jugos masculinos que emergen de mi tronco.

Ufff… Aliviano la frustración moviéndome a la almohada con la imagen grabada de esa niña en mis pupilas.

-------▬▬▬▬-------

«Estoy aquí para someter» me convenzo mientras me visto a la mañana siguiente; el vaquero se me ciñe a la piel haciendo que refriegue la palma en el bulto que yace dentro de la tela.

«Estoy aquí para someter» Reitero recogiéndome el cabello mientras bajo. La sumisión, más que control físico, es control mental y ella tiene que verme como el dominante que la castigará si no hace lo que digo.

No hay luz matutina gracias a la nevada de afuera y yo abro la puerta de su alcoba hallándola sentada en el borde de la cama envuelta en la sábana. El cabello semirecogido y la luz que dejó encendida en el baño me dice que de seguro ya se lavó los dientes.

—¿No me saludas? —cierro la puerta— ¿Qué clase de malcriada eres, Emma?

—Entraste tú, no yo…

Subo las mangas negras en mi antebrazo indicandole con la mirada que no empiece. Esta niña es como una cabra desquiciada.

—Buenos días —dice— ¿Cómo dormiste?

—Bien, gracias —le indico que se levante mientras me acerco a quitarle la tela que la cubre.

—¿Tienes hambre? —pregunto y se mueve incómoda.

—Si.

—Rodillas al suelo —demando. Un amo siempre alimenta su sumisa.

Quiero tomarme esto como un mero trabajo, pero ella no colabora reparando el miembro que desfundo. Sube los ojos a mi rostro y empiezo a estimularme bajo el azul de su mirada agitando la mano con fiereza; estoy listo desde que me levanté.

Me surge la necesidad de preguntarle si le gusta, así como a mi me gusta su cara, pero atrapo tal idiotez con el gruñido que me surge en la garganta después de minutos de autocomplacerme.

—Abre la boca y saca la lengua —demando agitado y ella obedece dejando que la meta en su boca la cual se ve pequeña ante lo que le meto—. Lame un poco y límpiame tomando de tu amo.

Sujeta mis muslos atragantándose innecesariamente.

—Despacio —pido cuando me maltrata mientras acaricio su cabello—. Solo quiero que recibas.

Me suelta asintiendo obediente y la levanto limpiándole la boca antes de indicarle que se mueva al baño. Tiene la marca de mis guantes en la piel de los glúteos al igual que la fusta.

El cuarto de baño cuenta con un enorme lavado. Se posa a mi lado y donde sea que estemos recae el peso de la diferencia de estatura ya que su cabeza me queda a la altura del pecho. Me vuelvo hacia ella sujetando su cintura antes de subirla al mármol.

Busco en la cómoda destapando lo que requiero y ella se sonroja con lo que tengo en la mano.

—Puedo hacerlo yo —dice despacio.

—Pero lo haré yo —me muevo insinuando que se acueste sobre la mesada y ella lleva la espalda atrás mientras le flexiono las rodillas. Toco su monte de venus identificando las zonas por donde pasaré la cuchilla.

Esparzo el aceite y empiezo quitarle el vello fino que no es mucho, sin embargo, quitarlo me da una mejor vista de su rosado sexo.

¿Cuántos no quisieran clavarse ahí? Quisiéramos, me incluyo rozando el pulgar en su labios notando como el brillo del empape va siendo evidente. Continúo con la tarea bajando a las zonas más recónditas, dejándole la piel sin un rastro de vello.

Contonea las caderas y sentirla tan tensa me aparta cuando surge el deseo de enterrarme sin ningún tipo de lástima.

—Aséate y colocate lo que dejaré en la cama sin cerrarlo. Cuando acabes estaré afuera esperando a que me sirvas con los alimentos matutinos para los dos.

La dejo, subiendo y bajando por la prenda que usará. Preparo el espacio, tomo lo que requiero, sigue nevando afuera, así que cierro las cortinas avivando el fuego y quemando tiempo mientras ella aparece con una bandeja, solo luce una bata blanca abierta y noto su inseguridad cuando encoge los dedos de los pies.

—Una sumisa no le tiene vergüenza a su amo —le digo—. Bajo ninguna circunstancia, ¿Queda claro?

Asiente moviendo los ojos a otro lado cuando me saco la playera de manga larga, despojándome del vaquero y el bóxer; quedando desnudo también. Señalo los cojines que están sobre la alfombra persa indicandole que se mueva con la bandeja.

Soy el primero en recostarse e invitándola a que haga lo mismo acomodando la bandeja entre los dos. Pico quesos y fruta, hay jugo de naranja y tostadas con mermelada.

Tomo una uva dándole a entender cómo funciona lo recíproco entre amo y sumisa.

Me da manzana picada y yo le doy queso rojo, pero en vez de estar concentrada en lo que hace no deja de mover los ojos al tronco erecto que reposa sobre mi abdomen, el cual está que se quiere desbordar y el que lo mire me pone peor.

Le sigo dando de comer dejando que ella me de a mí. Los alimentos merman, bebo el jugo y ella toma una tostada que lleva a mi boca dejando caer dos gotas de mermelada sobre mis pectorales.

La detengo cuando toma una servilleta, en mi mundo las miradas lo dicen todo como ahora, que le indico que lo haga con la lengua queriendo aumentar la tensión; «Tiene que desearme», desesperarse con mi presencia.

Su pequeña boca entra en contacto con mi piel haciéndome respirar hondo cuando la punta de su lengua quita la mermelada succionando.

Las mujeres creen que la tortura son ellas, pero eso no funciona para los dominantes y menos cuando no careces de atractivo como yo, que no tengo problema en excitar al sexo opuesto solo con verme.

Sujeto la mano que se acerca queriendo acariciarme.

—Solo me tocas cuando yo lo demande y deja de mirarme ahí abajo —susurro—. Eso también se hace cuando yo te lo pida.

Extiendo el brazo alcanzando el libro que le entrego.

—Leeme que estoy aburrido —estipulo—. No me gusta que tartamudeen ni que se pierda el hilo.

—No soy una retrasada —alega.

—Una sumisa no le contesta a su amo —advierto—. Y quiero una buena lectura.

Me acuesto con el brazo bajo la nuca estirando las piernas.

—Camina despacio, no hagas ruido, sé cautelosa muchacha, que la crueldad ronda en este bosque lleno de niebla —empieza—. El león ruge, el

lobo aúlla, el cuervo grazna y no son animales, son engendros infernales dueños del inframundo.

Su dulce voz deleita mis oídos endureciéndome más y cierro los ojos paseando los dedos por mi miembro dejando que lea el desenlace que empieza a volverse lento a medida que avanza, a medida que toco mi verga dolorida queriendo acabar con este estrés… Tartamudea cuando recojo lo que destilo y..

—Son el Dios, la Bestia y el Demonio —trata de continuar—. No comparten la presa, pero tu belleza los sume y se meten en tu cabeza. Hacen que te estorbe la ropa, que tus pezones sensibles duelan con el roce de la tela...

Demonios… Inevitablemente mi mano se cierra sobre la base de mi pene moviéndose de arriba abajo.

—No te oigo Emma… ¿No te enseñaron a leer en la escuela?

—Te miran con tanta… —baja el libro viendo lo que hago— Te miran con tanta —repite— Y tú….

—Te miran con tanta hambre y tú emanas tanto fuego que dejas acercar al Demonio que lame tu cuello —recito sin dejar de tocarme—. La Bestia abre tu blusa mordiendo y chupando tus senos, en tanto el Dios se acerca por un lado metiendo los dedos en tu sexo.

Me lo sé de memoria y ella se idiotiza con la imagen que le brindo.

—¿Te excito? —pregunta con una voz inocente— Estás tan…

—Duro, si… Lo estoy, pero no por ti —me sigo tocando— sino por el deseo innato que corre por mis venas… Pero has de saberlo ya, esto es algo que se hereda…

Se queda callada, sinceramente no me interesan los asuntos del Underboss, pero me amarga que sus trucos de hechicera lo pongan como me pone a mí.

—Deja de mirarme ahí —sujeto su mandíbula—. Ya te ganaste un castigo debido a que solo digo las cosas una vez y mientras lo decido…

Los labios me cosquillean hambrientos por besarla.

—Quiero que mi sumisa me masajee la espalda.

Me volteo rogando porque la erección baje, ya me está doliendo la cabeza y no soy nuevo en esto como para estar así. He entrenado mujeres y no he tenido reacción alguna.

—Ve por el aceite —demando.

Va y vuelve dejando que su coño desnudo caliente mis glúteos cuando se abre de piernas sobre mí untándose las manos, «Mala idea». La siento pequeña cuando me recorre la espalda iniciando el toqueteo suave que la baja a mis piernas para poder masajear mis glúteos.

El dolor de mi miembro empeora cuando me veo sucumbiendo a las ganas que me invaden. Aferra las uñas en mi culo y volteo a verla, pero continúa como si nada pasara.

Sigue mientras entierro la cabeza en el cojín, trato de dormir con el pasar de los minutos, pero el que pegue los pechos a mi espalda hincándome el diente en la espalda me hace quitarla.

—¿Qué demonios haces? —le reclamo.

—Actuar como tu perra…—trata de excusarse.

—No eres mi perra —la encaro—. Entre perra y sumisa hay una diferencia muy grande así que vete a tu alcoba y espera el doble castigo que te ganaste por atrevida.

Obedece de mala gana y toco el mordisco el cual no me molesta, pero sí me enoja el que sea la primera sumisa que se atreve a morderme. Me mantengo lejos durante la tarde mientras ella se ocupa de la cena, la cual quiero que sea un digno banquete del rey.

La observo desde arriba mientras prepara todo y cada día me convenzo más de que tiene algún tipo de problema mental, ya que todo lo hace con una sonrisa en el rostro, hasta arreglar la mesa para su verdugo.

Espero que aliste todo y bajo con la cuerda que la pone nerviosa mientras observo los alimentos que incluyen carne, ensalada, vegetales, fruta..

—Haces parte del menú —le quito la bata queriendo que sopese todo los escenarios de este mundo.

Paseo las cuerdas sobre su cuerpo forjando los nudos con la técnica shibari con un diseño que le marcan sus curvas resaltando sus partes íntimas e inmovilizandola con los brazos atrás, quedando con la espalda bien erguida.

Soy un hombre con gustos raros, ya lo dije, y por ello la subo a la mesa sentándola sobre sus piernas de modo que los talones toquen sus glúteos y con las rodillas bien separadas.

Le doy un sorbo a mi vino con su sexo a centimetros de mi plato. Empiezo a comer mientras a ella el bondage la mantiene quieta. Es incómodo para quien no está acostumbrado, pero no para mí que le demostraré que nada de lo que sopesa su mente es lo suficientemente morboso.

Como tranquilo afilando un cuchillo con el otro como si fuera a hacerle daño.

—¿Sabías que en lo más oscuro del BDSM también se ve el canibalismo? —rozo el filo en la piel de sus piernas— ¿Qué pasa si te como pedazo a pedazo?

La siento pasar saliva y le doy otro sorbo a mi vino, pasando la punta del cuchillo por sus partes. Corto mi carne y sigo ingiriendo con ella, al frente, muerta de miedo.

—¿Lo imaginas, Emma? —mastico acabando con lo poco que queda— ¿Que mi crudeza dé para eso? Nadie va a detenerme, nadie te oirá gritar.

Aparto el plato tomando la fresa que llevo a sus pliegues untandola de su humedad. «Mis tabúes son casi nulos». Me llevo la fruta a la boca comiéndola con dos mordiscos en tanto ella se desespera con el roce de la fruta en sus partes

—Tienes un buen néctar, Ved´Ma…

Deleito mis ojos con su imagen por largo rato paseando las fresas del cuenco por su sexo hasta que se acaban, ¿Qué no haria si tuviera un apellido

diferente? ¿Qué no haría si fuéramos contemporáneos? Pero no, hay demasiadas cosas de por medio y entre esas mi reputación como hombre y como Boss.

Acabo con todo antes de bajarla de la mesa, nuestros ojos se encuentran en lo que suelto los nudos.

—No me mires a la cara —recalco por milésima vez.

Emma James es una niña a la que le dices no hagas eso y parece no entender una letra de lo que le dictaminas. Termino con las cuerdas llevándola a su alcoba sujetándola del collar.

—Estaremos aquí hasta que me digas a quién le enviaste ese video —establezco—. Ya sabes que tengo paciencia y muchos juegos donde obviamente saldrás perdiendo.

—El video es mi única garantía por ahora —contesta.

—Te aferras a algo en vano porque me digas o no lo voy a encontrar y cuando lo haga lo primero que hará Vladimir será rebanarte esa garganta —dejo en claro—. Una cosa es evitar y otra es posponer. Tu pospones tu muerte, más no habrá nadie que la evite.

Busco la puerta deteniéndome cuando habla.

—No tengo la culpa, ¿Sabe? —dice— Ni mi hermana ni yo. De seguro si dejara de verla como una teniente que persigue criminales notaría a esa diosa valiente y llena de valores que es ejemplo para muchos.

Rio para mis adentros, «No ve ni sabe lo que tiene en las narices».

—Tu mente inmadura ve lo que no es, ¿Llena de valores? Aquí nadie tiene valores niña —me le burlo—. No es una diosa valiente; es una criatura maligna en plena metamorfosis.

—Te equivocas…

—Te equivocas tú —mermo la distancia haciendo que toque el borde de la cama—. Te equivocas al creer que tus patéticas ideas van a funcionar... ERES UNA NIÑA a la que nadie toma en serio —recalco— ¿Quién está

moviendo cielo y tierra por encontrarte? ¿A quién le haces falta allá afuera?

El brillo de las lágrimas se hace presente.

—Si fueras tu hermana mayor tendría toda la fuerza armada del mundo sobre mí, pero como eres tú ni siquiera tus padres notan la ausencia de su niñita —continúo—. Nadie te quiere, a nadie le importas y hasta a mí me pesó tener que traerte a ti y no a Sam James.

La dejo yéndome con la satisfacción de haberla herido de una u otra manera, para eso la traje; para herirla y para dañarla. Ideo los castigos de mañana mientras le doy varios sorbos al licor que tengo en la alcoba y me acuesto a dormir después de dejar que el anillo haga su trabajo.

Mis párpados se cierran mientras mis neuronas trabajan en quién carajos tiene la evidencia, podría ser cualquiera, sin embargo, empezar a matar encendería las alertas de amenaza.

El agotamiento me avasalla dejando la mano sobre mis partes, aunque la tranquilidad no dura mucho debido a que entre sueños capto el chirrido de la puerta que abren despacio escabulléndose como la última vez.

No tengo que abrir los ojos para saber que están caminando en puntillas, «Se está buscando un tiro». Tengo el arma bajo la almohada y solo ella cree que un criminal no tiene el sueño liviano.

Es la ley de las sombras, nadie con un pasado oscuro sobre los hombros duerme al 100% de forma natural. Sus rodillas se hunden en la cama y no me muevo, solo me comporto como si estuviera acabado por el cansancio. Siento como se acuesta a mi lado y cómo detalla mi cara.

—’’No duermo con el enemigo” —mofa en un susurro que me calienta la boca—. Mal, porque vas a dormir conmigo, con esta “Niña”.

Repite lo de la última vez plantando un beso en mis labios y esta vez no es uno, son dos. Con cautela se mete bajo la sábana en tanto mi pene va adquiriendo grosor.

«Inmadura de pacotilla», cree que es más lista que yo.

Dejo que se acomode, así como dejo que los minutos pasen. Estoy tan duro que todas mis terminaciones nerviosas ansían tocarla. Los pensamientos me juegan en contra y me volteo dejando mi pierna sobre la suya pegándola a mi cuerpo sin abrir los ojos.

Se tensa, mis brazos la envuelven y remarco mi dureza hundiendo la nariz en su cabello.

—Zulima, siempre tan obediente con tu amo —susurro como si estuviera entre sueños sintiendo como arde en mis brazos.

Se retuerce de tal manera que se termina cayendo de mi cama liberándose de mi agarre mientras yo me acomodo como si no notara lo que pasa, solo escucho como sale escabulléndose e imagino que va cargada de rabia.

«Lo dije», más inteligente que yo no es, pero sí un puto fastidio ya que la dureza no me deja dormir en lo que queda de la noche.

La calentura es tanta que siento que una ducha no bastará, por ello, me levanto con el primer atisbo del amanecer y me lavo los dientes antes de salir en boxer directo a la pileta con agua climatizada que hay detrás de la casa.

La nieve cesó, la capa de humo emerge de la superficie y me lanzo con un clavado que me deja en lo más profundo. Emerjo, vuelvo a hundirme dándome la vuelta y captando la pequeña cabeza que se asoma en la puerta de la cocina. Por la posición diría que está en cuatro patas espiándome.

«Ni bañarme tranquilo puedo con esta cría encima». Salgo dejando que el agua se deslice por mi cuerpo en tanto me peino el cabello con los dedos, huye cuando me acerco y entro escurriendo agua en la cocina alcanzandola en la entrada de su alcoba.

—¿Qué buscas? —la volteo clavándole el brazo en el cuello cuando la llevo contra la pared— Acechar a un mafioso es peligroso, niña. En cualquier momento sacará un arma y te pegará un tiro…

—No soy una niña —deja caer los brazos soltando la sábana que la cubre —. Reparame y dime si lo soy…

Me alejo, el cuerpo desnudo es algo que no deja de endurecerme pese a haberlo visto tantas veces. La mente me juega sucio e intento irme, pero ella me sujeta empinandose a la hora de encararme.

—¿Ya te convenciste?

Empieza acercándose más haciendo estragos en mi autocontrol. Es tan malditamente pequeña y el cabello suelto le resalta tanto el atractivo que...

— Mírame otra vez, tampoco quiero que me confundas con Zulima… — dice empeorando todo con sus celos— Anda, mírame….

Mis labios chocan contra los suyos con un beso que me da total dominio en su boca; estoy mojado, pero no tengo ni una gota de frío con su menudo cuerpo contra el mío.

No sé en qué momento la coloco contra la alfombra dejando que sus piernas me acunen mientras aprisiono sus muñecas contra el piso, «No quiero hacerlo». Mi pene se refriega contra ella en tanto sus pezones erectos rozan mis bíceps. Es ella quien me besa ahora chocando su lengua con la mía.

«No la puedo follar» «No me la puedo follar». Tiene 18, es una inexperta y… Su húmedo sexo roza mi tronco provocando que esta vez le deje ambas manos sobre la cabeza sujetandola con fuerza.

Mi mano libre viaja a mi miembro sacándolo y sujetándolo del tallo. «Mojada», mi capullo se empapa con sus jugos cuando lo introduzco mordiéndole los labios.

La voy a dañar, pero… Mis caderas arremeten quedando adentro sin nisiquiera darle tregua para adaptarse. Chilla con los empujones llenos de dolor, su estrechez me comprime y, acto seguido, inicio los movimientos bruscos los cuales desatan gruñidos por parte de su garganta.

Se muerde los labios viéndose más inocente, más vulnerable, engronsandome a la vez que me siento como un sucio que se folla a la chica que puede ser su hija.

«Pero no lo es»¡No es mi jodida hija! Y por eso no dejo de embestir como un primitivo el estrecho canal el cual sé que le estoy maltratando; el

que mis bolas queden contra su periné es una advertencia. Sin embargo, en vez de parar, me levanto con la verga erguida sujetándola del collar para que haga lo mismo.

La beso envolviéndola con mi brazo en tanto planto la mano en su sexo empapado, está lo suficiente lubricada y por ello me inclino engachando sus piernas sobre mis biceps, alzándola sin problema.

—Sujetate —demando y obedece aferrándose a mi cuello, dejando que le ensarte en el miembro erecto y follándola a mi ritmo.

El balanceo no me cuesta nada porque su peso no es problema para mí y cuenta con la flexibilidad que se requiere para resistir la posición, dejando que la meta y la saque. «Menuda mierda», parece que estuviera follando una muñeca.

Una muñeca dulce y malcriada la cual jadea sobre mí sin entender la perversión de todo esto, sin entender que se la está follando el mafioso que la mandó a secuestrar.

—No soy una cría —me besa.

—Si, si lo eres —la llevo contra la columna de madera que me sirve como apoyo para arremeter con más fuerza— ¡Y me estoy follando a esta cría!

Sumerjo mi lengua en su boca soltando los embates que provocan espasmos sobre ella corriéndose sobre mi verga. Sus fuerzas flaquean, mi derrame se extiende y termina abrazándome, plantandome otro beso el cual correspondo estrechandola contra mí mientras la llevo a mi alcoba.

CAPITULO 17 — SHHH

Emma.

Siento que soy una pluma en los brazos del ruso el cual con el porte me grita, ¡Huye! Su tamaño ya es motivo suficiente para escapar, sin embargo, no puedo hacerlo, no cuando mis labios están sobre los suyos besándolo con una pasión exagerada, no cuando la mitad de su miembro viril yace dentro de mis pliegues punteando en mi interior mientras me sostiene.

«Es demasiado para este cuerpo menudo y sencillo»

Se sienta conmigo en la cama e intento que se recueste, sin embargo, se opone haciendo acopio del dominio que despierta mis nervios.

—¿Qué? ¿Crees que vas a montarme? —inquiere rabioso— ¿Tú, una niñita?

Me lleva contra la cama cubriéndome por completo cuando se me viene encima.

Sigue estando mojado por el agua de la piscina, exhudando rabia y excitación con el agarre que comprime mis muñecas.

—¿Esto era lo que querías? —ondea las caderas haciéndome gemir con el mero capullo— Provocarme…

Quiero tocarlo y por ello me suelto ganándome el que su palma impacte en mi rostro, calentándome las mejillas con una bofetada que me voltea la cara; un quejido se me escapa y repite la acción dándome con el otro lado de la mano el cual me deja la piel en llamas. El pecho me da un vuelco, mi interior se abre más y su braveza me empapa al punto que quiero sentirlo de nuevo.

—Papi… —le suelto logrando que sus dedos se cierren en mi garganta ahorcándome con fiereza mientras pasa la lengua por mis mejillas adormecidas.

—Callate…

—¿Cómo te digo entonces? —jadeo— Si me gusta ese término… Papi…

Ahorca más, todo me duele adentro con la otra arremetida que me suelta, pero al mismo tiempo no me siento capaz de decirle que pare, que no me embista así con semejante grosor; por el contrario, la fricción de su pene es tan deliciosa que por más que quiero acallar los chillidos me es imposible.

—¿No aguantas la verga de un ruso? —chasquea los dientes— Pobre…

Me escupe, suelta y abofetea de nuevo arremetiendo contra mis pliegues mareándome con el dolor mientras suelta estocadas las cuales me impiden el movimiento de los brazos. Estoy temblando con las sensaciones cargadas de audacia y de brutalidad pura.

Todo es una mezcla de miedo y morbo al mismo tiempo, ya que en cualquier momento puede partirme en dos con toda esa fuerza que se carga, pero solo eso me dilata más… El que un atractivo mafioso ruso se folle a esta chica de Phoenix, el que un hombre viril con porte de espartano esté arremetiendo contra mí con semejante intensidad...

Saboreo las sensaciones queriendo moverme, demostrando que soy una mujer, pero él es demasiado brusco y demasiado dominante limitándome los movimientos.

—Qué estrechez —arruga las cejas y me contoneo dando a entender que no salga—... Te voy a romper, niña…

Susurra en mi oído y alzo la pelvis negándome a lo que dice.

—No me digas niña…

—No me digas papi…

Me voltea de medio lado abriéndome y dejando mi pierna sobre su hombro en tanto se las apaña para atraparme las manos en la espalda. Logra sujetar ambas muñecas con una sola mano y con la otra me hunde la cabeza en el colchón soltando gruñidos de macho que se acompasan con el golpeteo de sus bolas contra mi carne las cuales me hacen chillar como una zorra barata.

La gruesa cabeza se abre espacio en mis paredes, hurgando, abriendo los límites que duelen, pero él recompensa con el roce de su delicioso glande.

—бегать —dice y aunque no lo entiendo se oye tan candente que una serie de sensaciones se apoderan de mi cuerpo nublándome la vista y debilitándome las extremidades. Siento que no peso nada cuando todo se oye lejos mientras me sigue dando y dando hasta que algo caliente inunda mi interior. Una violenta punzada de dolor me avasalla de la nada y…

—¡Para! —es lo único que logro emitir cuando todo se me comprime.

Sale de un tirón e intento aclararme la vista cuando su mano recae con fuerza en la cama.

—¡Maldición! —exclama despertandome en el acto. Hay semen en la punta de su miembro, pero eso no es lo que me encoge, sino la sangre que sale de mis piernas untandolo a él.

Junto las rodillas, él intenta separarlas, pero salgo de la cama a la velocidad de la luz encerrandome en el baño. «Estoy sangrando» con fuertes contracciones dentro… No estoy en mis días y…

—Abre la puerta —golpea fuerte— ¡Abre!

Me adentro en la ducha cuando presiento que va a entrar a las malas. El pestillo vuela y enciendo la llave negándome a que vea lo que no debe ver.

—¡Lárgate que estoy en mi espacio! —estrello los puños contra sus músculos de acero llorando, no sé si por odio o por vergüenza. Sin embargo, como siempre termino en el piso con él revisandome a las malas. Se va y la vergüenza es tanta que no me molesto en levantarme, simplemente me quedo en un rincón de la pared sin saber cómo contener lo que emerge y tapándome la boca para que no oigan mis sollozos.

Duele mucho y por más que me mantengo bajo el agua el sangrado no cesa. «Acabo de follar con el hombre que quiere a mi hermana muerta», con la persona que debo aniquilar, la cuál creo que me rompió por dentro y quién sabe si algún día serviré para algo.

Me mantengo sobre el mármol dejando que el tiempo pase, él no vuelve, el sangrado no se detiene y las pulsaciones surgen cada que me muevo,

¿Cómo voy a salir? No tengo nada con que…

La voz de Salamaro me hace cerrar la puerta de la ducha, vuelvo a abrir alcanzando la toalla cuando se oye más cerca, ¿Va entrar? Me verá así y… ¿Qué voy a decir? Entra dejando una mochila sobre la mesada del lavamanos.

—Vístete —demanda— y sal rápido.

Abandona el espacio y tiro de la mochila que trae varias de las cosas que traje de Phoenix, entre eso una playera ancha, un short corto y… Las pocas toallas sanitarias que traía.

Hago todo lo posible por verme decente, sin embargo, las pulsaciones me molestan cada que camino. Salamaro no es el único que está en la alcoba, hay un sujeto esbelto de hombros anchos, ojos claros y cara de horror. Sostiene un maletín luciendo un grillete de esclavo en el cuello.

El ruso está en el umbral de la alcoba viéndose amenazante como siempre, la cama está tendida como si no hubiese pasado nada y el ambiente se siente pesado. El hombre del collar señala la cama mirando a los hombres, al moreno y al mafioso, los cuales obviamente no van a irse.

—Recuestate —dice el médico despacio cuando me acerco a la cama.

Hubiese preferido un poco de compañia femenina y no tener que ser revisada por el sexo opuesto. El hombre del collar se coloca los guantes de látex, abro el short y Salamaro se voltea mientras el ruso se queda en la puerta con los brazos cruzados en el pecho.

El profesional en medicina hunde los dedos en mi abdomen antes de hacer una valoración más profunda palpando en mi interior.

—¿Qué clase de tortura empleó? —pregunta el doctor.

—Una que a ti no te interesa — contesta el Boss.

—Está sangrando mucho, hay que llevarla a un hospital para un diagnóstico más…

—Habrá más sangre y no será la de ella si no te vales de lo que tienes — el puñal del ruso no tarda en aparecer intimidando al médico —. Los

hospitales no existen en nuestro diccionario, así que haz lo que tengas que hacer evitando que te corte las manos.

Me dedica una mirada de advertencia la cual no dudo en acatar, más por vergüenza que por miedo, ¿Cómo voy a explicar que me he acostado con mi secuestrador? Quien en teoría es mi suegro.

El médico trata de dar un diagnóstico. Revisa distintas zonas suministrando una inyección anticoagulante para que pare el sangrado, complementando con un analgesico.

—Diría que es una lesión en la cérvix —concluye el doctor—, pero no estoy muy seguro, sin el equipo necesario es difícil definirlo…

—¿Cómo se hace una lesión en la cérvix? —pregunta Salamaro.

—Eh..

—Con objetos de tortura, ¿Con qué más? —interrumpe el Boss— Y ya hemos perdido mucho tiempo con una esclava…

—Ella puede morir sino… —interviene el médico

—Eso no serían malas noticias —contesta el ruso con sequedad—. Termina rápido que nos vamos.

El médico me da un antibiótico antes de ayudarme a bajar de la cama, el dolor no ha cesado y un torturador sube por lo poco que hay mientras yo intento bajar la escalera fingiendo que no me afecta. Salamaro me entrega la mochila con mis cosas antes de llevarse al médico mientras que el ruso me adentra en la camioneta que me trajo.

—Vamos a dejar las cosas claras —advierte—. No es difícil entender que debes mantener la boca cerrada a menos que quieras que te apedreen, eso es lo que va a pasar si se te sale algo.

—¿Es el castigo para los infieles? —pregunto.

—El castigo para los que dañan la reputación de los cabecillas —se apoya en el codo acercándose a mi cara— ¿Cuántas piedras vas a resistir por dañar mi nombre, Emma?

—No quiero saber nada de ti, así que despreocupate —dejo en claro. Solo quiero alejarme del peligro que emana.

—Te las das de fuerte y no resistes una puta mierda —vuelve al volante encendiendo el motor—. Me has dejado con una sonrisa en el rostro porque te dolió y me gusta que duela para que tengan presente que un ruso las rompió.

Sujeta un puñado de mi cabello llevándome hacia él sin apartar la vista de la carretera.

—Ahora con cada paso que des te acordarás de mí —me suelta.

El «Imbécil» se me queda atascado en la garganta, pero prefiero callar con tal de tenerlo lejos. Solo quiero abrazarme a mí misma lejos de toda esta gente. El dolor es incómodo y temo a la furia de Vladimir ,«Ahora no estoy para torturas».

La piel de las mejillas me arde todavía, así como siento que tengo sus dedos marcados en la garganta. Me escupió, ahorcó y abofeteó como una auténtica puta y no hice nada… Solo gemi, jadeé y me expandi pidiendo más.

El silencio se mantiene hasta que llegamos a la fortaleza mientras juego con el cierre de mi mochila, el ardor empeoró y el que Vladimir me esté esperando afuera me pone a la defensiva queriendo ubicar algo con qué defenderme. Salamaro se estaciona con el médico haciéndolo seguir a la propiedad mientras que las grandes zancadas del rubio me hacen temblar la barbilla con miedo a los golpes debido a mi estado.

—Afuera —exige el Boss. Vladimir trae el haladie en la mano y los ojos vacíos me dicen que este será mi fin— ¡Baja ya!

Vuelve a exigir el ruso abandonando el vehículo y obedezco quedándome contra la puerta aferrandome a la mochila. Huelo el sadismo del Underboss dando un paso atrás y él se me viene encima listo para cortarme, pero el puñetazo del ruso lo deja en el suelo botando sangre por la nariz.

—Agradece tener mi sangre Vladimir, eso te salva de que no te entierre veinte tiros en el pecho —le lanza una patada en las costillas—. Tus

malditas dependencias nos tienen metidos en un lío el cual espero que se solucione lo antes posible o los meto a los dos en la trituradora.

Ataca dos veces más dejándolo sin aire.

—¡No estaba consciente! —se defiende el rubio— ¿Quien en sus cinco sentidos se cogería o se casaría con esa puta?

Lo levanta del cabello dejándolo contra el capó del vehículo doblándole el brazo a un punto donde siento que se lo va a romper.

—¡Consciente o no pasó y ahora no hay más que consecuencias! —le dice— ¡La ley y la mafia no se juntan nunca y lo sabes! —le retuerce el brazo haciéndolo chillar— Llevo mucho forjando una reputación para que mi hijo la venga a arruinar.

Trato de aferrarme a las creencias que tengo de mi misma, pero que se refieran a mí de una forma tan despectiva me reduce al tamaño de una larva. Vladimir se suelta queriendo venirse contra mí, pero…

—¡Revelo todo! —me adelanto— ¡Matame, pero tu honor de criminal muere conmigo porque si algo me pasa quien tiene las pruebas las mostrará!

No estoy en condiciones de recibir maltratos. Me siento herida, sucia y denigrada.

—¿Qué pruebas va a mostrar? —Maxi arrastra a un hombre en silla de ruedas.

El Boss se pone más serio al igual que el rubio que tiene la nariz ensangrentada. El sujeto que pregunta tiene una melena de canas y signos marcados por la vejez. Tres hombres más de cabello dorado se unen acompañados de mujeres vestidas con cuero las cuales tapan hasta sus caras con máscaras que solo les dejan los ojos, nariz y boca afuera.

Me lamen la mano y tiran de una cadena devolviendo a la sumisa que yace en el suelo como si fuera un perro.

Los hombres comparten rasgos en altura y corpulencia, al igual que las melenas que no denotan más que poder.

—No es usual que el primo Ilenko golpee a su hijo favorito —dice uno de los sujetos— ¿Qué está pasando?

—Ni tan favorito. Yo me mato en el juego ganando un médico para el abuelo mientras Vladimir se droga sembrando secretos que se niega a contar —empieza Maxi— El Underboss, me preocupa…

—¿Qué problema hay? —insiste el anciano que enfoca los ojos en mí— Entre Romanov no tenemos secretos.

—No hay ningún secreto —alega Vladimir.

Me siento como una gacela en una manada de leones cuando el anciano arrastra la silla a mi sitio evaluándome por completo.

—¿Esta es la moneda de cobro de Sasha? —inquiere.

Me encojo con la mirada de reojo que me dedica el Boss.

—¿Cuántos años tiene esta niña? ¿15, 16? —pregunta— Te veo muy poca cosa para la mafia roja, ¿Andas en la pedofilia, Ilenko?

—Al Boss le gustan las verdaderas hembras dignas de la Bratva —dice otro sujeto rubio.

Todos sueltan a reír hasta el mismo mafioso que se une a las carcajadas mientras que el Underboss se acerca a tomarme como si ya conociera que me cuesta tener la boca cerrada.

—Es mi puta —aclara Vladimir—. Aún no tomo la batuta y por ello puedo comer carroña.

Echa a andar conmigo.

—Exacto —le dicen antes de subir las escaleras de la fortaleza—, porque no eres un jefe, pero cuando lo seas hasta las esclavas tienen que estar a tu altura.

—Lo sé, mientras tanto revolquemonos en la basura —es lo último que dice antes de entrar.

Sigo ardiendo por dentro en lo que camino sujetando mis cosas.

—No voy a dormir en los calabozos —le digo al rubio— Soy tu esposa, Vlad.

—Seré un viudo joven…

—Mientras pasa —contrarresto—¿Le puedo decir cuñado a Maxi?

Acelera la marcha encerrándose en la alcoba conmigo.

—No te andes con juegos estando mi familia aquí —amenaza— que tu coartada no estará escondida toda la vida y entre más mal te comportes, más te pesará.

—Tratame bien y me portaré bien —advierto—. El maltrato suele soltarme la lengua.

Camina dentro de la alcoba moviendo los dedos como si estuviera demasiado tenso.

—No soy tu enemiga Vlad, te aprecio aunque no lo creas —soy sincera aferrandome a mi rayo de luz—. Soy esa persona a la cual le gustaría encenderte aunque sea un poco dándote a entender que hay mejores cosas que drogarse…

—Eres hipócrita…

—No, te dañé con el arma con la que te cortas el alma día a día —contesto—. Gracias a mí ahora sabes lo peligrosa que es…

Se acerca a tomarme la cara.

—Empaca y muerdete la maldita lengua que te voy a llevar como trofeo y no como “Esposa” o lo que sea que te creas —espeta—. El control lo tengo yo, así que hazme caso y ten mi maleta lista en menos de veinte minutos…

Agradezco que se vaya dejandome con la tortura que tengo dentro. Me urge una cama en la que pueda quedarme con las piernas estiradas, pero ya está claro que no será así.

Encuentro una maleta en el armario donde empaco las pertenencias para ambos. No dijo dónde íbamos y por eso elijo ropa que se pueda usar en los

dos climas. Me cambio colocándome una falda corta de pliegues la cual complemento con una blusa sencilla ajustada.

Calzo mis botas australianas y arrastro el equipaje a la sala mientras los otros se preparan, entre esos el médico que me atendió y quien se ve desorientado en el sitio. Nota mi presencia y mira a todos lados antes de acercarse a ayudarme a bajar la maleta.

«Es atractivo», pese a tener el cabello desordenado, no se puede pasar por alto los rasgos fileños y los labios delgados.

—Deberías estar en cama —susurra.

—Su majestad, ¿Tiene algún pendiente con mi esclava? —le reclama Vladimir saliendo del comedor.

¿Su majestad?

—De ahora en adelante eres un esclavo, no un príncipe —advierte el Underboss—. Entendamos los roles y dejemos la caballerosidad de lado…

¿Príncipe? Surgen las preguntas que se quedan sin respuesta cuando Vladimir me señala la puerta y Maxi le indica al médico que vaya por el abuelo.

Camino hacia la pista con el Underboss siendo yo la que lleva la maleta.

La familia rusa está abordando el avión; tres hombres con sus debidas mujeres las cuales portan collares dorados «Oro sobre el cuero». Hay una sola mujer libre y Maxi le dice «Tetya», Kira también viene al igual que Zulima y Salamaro.

Los verdugos no disimulan la mirada hambrienta que provoca mi falda en lo que subo al avión privado, Vladimir sube una nevera portátil dejándola sobre la mesa.

—Al último asiento —pide.

Me muestro obediente viendo como los demás se toman el sitio, mi sofá es grande y acomodo la mitad de mi cuerpo en el brazo del mueble subiendo las piernas. Los torturadores trancan la puerta que divide el avión mientras se acomodan, el ruso se abre paso y me arreglo la falda cuando

veo que viene a mi sitio abriendo el compartimiento que tengo encima dejando su bragueta a centímetros de mi rostro.

Es una ametralladora lo que está sacando por partes, procuro acomodarme para no estorbar, pero él levanta una pierna apoyando el pie entre mis muslos cargando con balas al artefacto que tiene en la mano.

La punta del zapato está a milímetros de mi zona y queda contra ella ejerciendo presión con la suela cuando intento moverme.

—Aprende a estar quieta —presiona relamiéndose los labios— y a vestirte también…

Baja el pie cuando un verdugo voltea a nuestro sitio hablándole en su lengua materna. El avión se eleva y la familia se acomoda adelante mientras que el doctor que me atendió se ubica frente a mí.

Lo ideal sería relajarme, pero no puedo estando tan tensa y lidiando con los inquietos ojos que no dejan de mirar al hombre que está delante.

—¿Hay más armas? —susurra el hombre frente a mí— El ruso sacó una, ¿Sabes si hay más arriba?

Muevo la cabeza en señal de negación, de seguro no sabe que aquí no hay escapatoria. Las horas pasan y mi dolor cesa al mantenerme en reposo. Siete horas después me voy sintiendo mucho mejor con las horas de sueño que tomo en el sofá.

La aeronave se mantiene en vuelo y Vladimir no hace más que ignorarme, así que entro al baño a revisar que todo esté bien. Por suerte la sangre cesó, me siento un poco débil, sin embargo, es algo que se puede manejar.

Abro la cajonera limpiando mis partes con las toallitas antes de volver a mi puesto. La familia Romanov permanece delante mientras el médico y yo esperamos atrás como si estuviéramos lepra.

El respeto que destilan los rubios de cabello largo por el Boss puede palparse en el aire, de hecho, todos ellos se ven terriblemente peligrosos con las sumisas que se mantienen en el piso en una posición animal

queriendo que las acaricien mientras que Zulima le sirve al Boss que cruza miradas conmigo de un momento a otro.

Los recuerdos impactan en mi tórax evocando el sabor de su boca, los brazos que me sostuvieron penetrandome como si no pesara una libra. «Es amenazante», pero muy atractivo a la vez, más que sus hijos, más que todos los presentes de cabello dorado.

«Ya veo el porqué del color de cabello de Vladimir». Por el contrario, el mafioso ruso es castaño, de pecho ancho y piernas gruesas, «Mis amigas no me creerían que besé a una versión mejorada de Can Divit».

Death dijo que era peligroso, más no advirtió que su físico intimida en todos los sentidos con esos rasgos viriles que envían pálpitos a mi entrepierna cuando desplaza los ojos a mis piernas descubiertas. Zulima llama su atención y miro a otro lado.

—¿Eres un príncipe? —le hablo al hombre que tengo al frente cuidando de que no nos oigan y el asiente— ¿Cómo termina la realeza aquí?

—Perdí contra Maxi con una apuesta billonaria… —susurra— Sé que es tonto lo que te pregunataré, pero debo saber cómo salir de aquí.

—Yo quería saber lo mismo antes de que me secuestraran y mírame.

Dejo la charla de lado cuando siento que puedo meterme en problemas.

CAPITULO 18— UMMM

Emma.

El olor a sal invade mis fosas nasales cuando la aeronave se posiciona en la pista marítima que sostiene el barco donde aterrizamos.

—Al Catamarán —pide Salamaro.

Los torturadores se encargan del equipaje de todos menos el de Vladimir que me toma cargarlo a mí. Tiro la maleta que cae en la espalda de Maxi «¡Si!» que está en la cubierta del Catamarán.

—Disculpa, es que no puedo descender con ella…

Se señala el entrecejo antes de seguir en lo suyo. Las mujeres son ayudadas por los hombres y yo debo tumbarme en el suelo del barco para que no me vean el culo.

El que Vladimir se limpie la nariz constantemente es una clara señal de que está en las nubes cargando la nevera portable que subió al avión. Aterrizo abajo tomando el equipaje mientras disfruto los rayos solares que tanto me hacían falta.

El trayecto es corto, pero lo disfruto pegandome a las barandas del medio fluvial cuidando de que no se me suba la falda, la brisa está fuerte y siento que me están mirando el trasero.

—¡Hay delfines! —los rusos voltean con mi chillido y actúo como si no hubiese dicho nada.

Quince minutos después nos acercamos a la orilla. Es una isla o un pueblo, no sé, lo único seguro es que estamos en Asia por los rasgos filipinos y la lengua que no logro entender.

Bajamos y soy el único punto diferente en el grupo de personas con porte de viikingo, ya que el príncipe no carece de estatura y su cabello es de un rubio oscuro.

La brisa bombea la camisa semiabierta del ruso que avanza junto con su familia mientras fuma un puro. Me mantengo a la izquierda de Vladimir en tanto su padre camina erguido rodeado de los hombres que protegen a los Romanov «Te lo cogiste Emma»

Por su parte, el médico repara el entorno arrastrando la silla del anciano a través del puerto. Se ve desesperado buscando vías de escape.

Hay lanchas descargando armamentos, pero los explosivos pasan inadvertidos con las personas desorientadas que bajan también suplicando no sé por qué, pero se arrodillan, corren y se lanzan al agua mientras les disparan tranquilizantes como si fueran seres salvajes.

Toco la arena y sigo avanzando con el Underboss hasta que aparece un italiano de tez amarillenta.

—La Bratva —nos recibe—. Bienvenidos.

Señala el camino. No hay que negar que el sitio es paradisíaco, pese a estar en medio de tanta vegetación cuenta con enormes edificios que salen entre las palmeras, hay mesas con personas que cuentan dinero en bragas como también me encuentro con escoltas de distintas etnias apostando entre ellos.

—Nuestro ilustre Underboss —se atraviesa un nigeriano—. El asesino que nos vanagloria con la muerte de la viceministra de la FEMF.

La familia se endereza orgullosa y Vladimir deja caer la nevera que se abre mostrando la cabeza de Olimpia; tiene los ojos abiertos y las venas azules son bastante notorias en la piel blanca.

El recuerdo del momento me amarga la existencia cuando los otros aplauden alegres.

—¡Larga vida a la Bratva! —sale el italiano que vi la última vez en la fortaleza «Phillippe Mascherano» — La mafia tiene mucho porqué celebrar.

¿Celebrar una muerte? Sacan la cabeza tirándola al suelo pateandola con una burla que me abruma al ver aquellos hombres llenos de tanto sadismo. En mis sesiones como cadete decían que para las organizaciones criminales el trofeo era cortar la cabeza del enemigo.

El licor llega con música, al igual que las felicitaciones al Boss por entrenar a Vladimir dando inicio al festejo que me lleva a una banca aparte. Cada quien está en lo suyo, todos me ignoran siguiendo con el juego de pasarse la cabeza pateandola en el suelo, cosa que me repugna, «Esa mujer, no merecía morir y yo no tenía que matarla».

La cabeza queda a un par de pasos y debo levantarme cuando los ojos abiertos quedan en mi dirección. Sé que no hay escapatoria, sin embargo, necesito que el olor a vegetación atrape el olor a muerte que se respira entre esta gente.

La música merma, el gentío desaparece y aprovecho para revisar que no esté sangrando de nuevo, ya que los últimos movimientos han despertado un leve dolor que he querido ignorar.

Me fijo que no venga nadie antes de bajar las bragas; hay dos gotas «Me preocupa», pero me preocupa más la mano que atrapa mi garganta de un momento a otro apareciendo por un lado.

—¿Qué? —me hace frente— ¿Te vas a morir si o no? Te hacía desangrada.

Trago saliva con el ruso que se cierne sobre mí, mueve los ojos asegurándose de que nadie nos vea y vuelve a apretar mientras se desabrocha el pantalón.

—Me duele —musito al captar las intenciones.

—¿Si? que mal por ti —desenfunda la polla que recae en su mano gruesa y erguida— porque haré que duela más.

Saca la correa de cuero que queda en mi boca como una maldita mordaza cuando la sujeta atrás antes de morder los pezones duros que se dibujan por encima de la blusa inmovilizandome contra el tronco que tengo atrás.

Curvo la espalda al sentir sus manos deslizándose en mis muslos, «Va a doler .Los nervios me hacen empuñar la tela de su camisa lidiando con la angustia que me corroe cuando me alza una sola pierna. Mi otro pie se mantiene en puntillas tratando de estar a su altura, pero eso es algo que no logro ni con tacones.

Me avergüenza la mancha carmesí que yace en mis bragas, pero a él no le importa corriendo y adentrándose con un arrebato lleno de frenesí el cual me hace gemir más por placer que por dolor.

«Es muy grueso». Mis paredes se abren más cuando me muerde la barbilla sujetándome las manos para que no lo toque. No resisto la posición cuando empieza a empujar y por ello medio me suelta acomodando mis piernas, encajando más cuando lo abrazo con ellas.

El sudor me toma, la sed aparece. «Tengo que rehusarme porque está mal», porque me hace daño, porque es un desalmado que no está teniendo piedad de mi estado y no le importa los estragos que desata en el interior llevándome de arriba abajo contra el tronco de la palmera que me raspa la espalda.

Gruñe aprisionando las muñecas contra mi pecho en tanto el sudor desliza la correa dejándolo en mi cuello.

—Duele —digo ante el ardor que me corroe en la piel de la espalda— Duele mucho…

—Shhh.

Se viene con más fuerza refregandome y aprisionándome más mientras tira de la correa de cuero que me curva el cuello cortándome el paso del aire, tirando y tirando mientras me penetra.

—¿Duele? —agita la pelvis con una sonrisa en los labios y gimoteo anhelando un poco de piedad— No lo sopesaste que sería así cuando te metiste en mi cama ni cuando me espiabas.

Mueve la hebilla llevándome el cuello hacia adelante para que lo mire a los ojos.

—Crees que es un juego de adolescentes —habla cerca de mi boca—, pero yo no soy uno de los adolescentes que te miran, soy un hombre… Un hombre muy malo Emma, el cual va a destrozarte de una u otra forma.

Golpea otra vez y otra vez sacándome jadeos temblorosos mientras vuelve a cerciorándose de que no venga nadie en tanto disfruto las estocadas que maltratan mi epicentro con una tanda de embates que lo

ponen a tragar grueso cuando presiente el orgasmo que no me deja saborear vaciándose afuera.

Todo me tiembla; los labios, las rodillas, los dedos con las ansias que surgen al querer correrme con urgencia, cosa que aumenta cuando se limpia los fluidos que dejé en su miembro con la tela de mi falda aumentando mi vergüenza al notar que lo volví a manchar con mi sangre.

—No llores, ven aquí —besa mis labios con dulzura manteniendo la verga afuera «Delicioso».

Me reanima la boca caliente y diestra la cual besa mejor que los fuckboy que me besaron en la academia, mantiene un ritmo constante toqueteando su lengua con la mía mientras suelta la correa acariciando mi cuello antes de bajar a mi espalda reconfortandome ahí también con el calor de sus manos.

—Emma una, Ilenko una —me dice remarcando el acento—. No voy a perder, porque soy un mal perdedor, Ved´ma.

Un escalofrío me atropella cuando se aleja dejándome contra la palmera y lo único que hago es pasarme las manos por el cabello en un vil intento de arreglarlo. Death tenía razón, tenía que alejarme ¿Y ahora qué? Sigo temblando llena de sentimientos.

Me he desenfocado de todo empeorando mi situación con esta gente.

«Me acaba de follar sabiendo que por poco y me rompe». Sabiendo que estoy mal por dentro. Inhalo en repetidas ocasiones antes de volver de salir.

Anocheció, la fiesta sigue y el Boss está soltando una bocanada de humo recostado en una de las mesas mientras otros le hablan. No veo a Vladimir y por ello vuelvo a la banca juntando las rodillas ya que el dolor ha vuelto perpetuandose debajo de mi ombligo. Zulima le sirve a su amo y me lleno de rabia con ese aire de «¡Soy un Dios!», el cual cree que todas las mujeres deben servirle.

«Vladimir tiene que matarlo». El ruso manda y trata a Zulima como un títere, como una sirvienta la cual le enciende el puro, se lo sostiene y va por sus bebidas como si no valiera.

El Underboss no da señales y han colgado la cabeza de Olimpia en un árbol empeorandome más.

—A dormir niña—me indica Salamaro.

—¿Y Vlad? —pregunto.

El moreno no me da explicaciones, simplemente me guía saliendo de la zona playera y me da cierta vergüenza decirle que necesito ciertos implementos de aseo personal ya que lo poco que tenía lo utilicé.

Entramos a un hotel enorme, me hace subir a la séptima planta. Hay torturadores rusos cuidando el pasillo y el moreno me encierra en una alcoba yéndose sin decir más.

La maleta que empaqué está aquí y entro a la regadera sintiéndome pequeña tonta e ignorante. Tengo la espalda maltratada, el cuello dolorido… Tal vez mi útero no sirva tampoco.

El agua me empapa. Nadie dijo que el sexo era asi; cruel, sádico, bruto en ciertos seres y ese es el problema, que nos dan un prototipo al cual aferrarnos y cuando vivimos o vemos una experiencia diferente no sabemos cómo interpretarla.

No sabemos si es buena o mala.

Vemos lo romántico en las novelas de amor, lo cerdo en las películas para adultos, ¿Y lo perverso cuándo lo muestran? ¿Cuándo nos explican que a algunos les gusta follarte con una puta correa en la boca?

Los cólicos me torturan y hago uso de la última toalla sanitaria que me queda metiendome en la cama, Vladimir no aparece y el cansancio me vence en la mullida cama de sábanas color hueso.

—Emma James —me despiertan. Trato de que mis ojos se adapten a la luz.

Hay una mucama al pie de mi cama con una bandeja la cual alberga un vaso con leche y dos galletas.

—¿Es para mí? —pregunto.

Asiente sin decir más y la recibo con ansias. Las galletas se ven deliciosas con los chip de chocolate «Hace mucho no como galletas», trago rápido con miedo de que Vladimir llegue a arrebatarmelo y no sé qué tan bueno sea el servicio del hotel, pero la mucama se queda con la bandeja a la espera de que termine.

La galleta se me atora en la garganta y me empino la leche tibia la cual deja una exquisita cremosidad en mi garganta, sigo con lo que queda soltando un suspiro largo cuando acabo con todo.

—Necesitaba esto —la mucama recibe el vaso mientras me recuesto satisfecha—, mil gracias.

—De nada —dice buscando la puerta—. Un amo siempre alimenta a su sumisa.

Me llevo la mano a la garganta, ¿Qué diablos? Me muevo al baño tratando de vomitar, pero por más que me meto el dedo mi cuerpo se niega, «Estoy paranoica».

De seguro dijo eso porque cree que soy la sumisa de Vladimir. Cumplo con mi rutina de aseo lidiando con los cólicos que me ponen a improvisar ideas para no mancharme, «Creo que voy a entrar a mis días». Me visto con un conjunto de sudadera saliendo del baño justo cuando llega Vladimir con ese aire fantasmal que tanto lo caracteriza. Luce agotado a la hora de quitarse los zapatos soltando los botones de la camisa blanca y me da pena, ya que pasada la euforia del alucinógeno le quedan esas cicatrices en el alma que se denotan en nuestro rostro al estar mal. Lo veo tan ido que me olvido de mi molestia moviendome a ayudarlo desabotonando y deslizando la camisa fuera de su cuerpo.

—¿Otra vez quieres enredarte? —habla. Vladimir es muy bello e insisto que su rostro es digno de estar en una revista, me gustaría que fuera en una de esas donde ponen a la gente que le ha ganado la batalla a algo.

—Solo atiendo a mi esposo —digo dando un paso atrás cuando avanza.

—Imaginate esto, pequeña puta —empieza—; Un niño, una tormenta, una cabaña y mucha sangre en tu cara, en tus manos, en tus rodillas…

Sé que está hablando de su madre, de cómo la mató y eso es una barrera infinita, ya que no puedo sentirme del todo cómoda con quien es capaz de acabar con la vida de la mujer que ama.

Nuestros hijos, hermanos, pareja y familia en general es algo que debemos cuidar, más no aniquilar.

—Tu "Esposo" es un asco, pequeña puta —espeta acunando mi cara en sus manos—. No te has salvado, te has condenado a este ser vacío al cual le gustas mucho, pero eres de esos juguetes que no se pueden conservar.

Nuestros labios se cruzan con ese roce previo al beso el cual me hace sujetarle las caderas en tanto movemos nuestras bocas a un mismo ritmo, «Suave, pausado y con ternura», el cual me deja acariciarle las costillas.

—¿Saldremos hoy? —le pregunto— Hay cosas que…

Su burla sella mis labios cuando menea la cabeza en señal de negación.

—Prefiero mantener mi imagen, gracias —me dice.

—Pero soy tu esposa y los esposos salen juntos tomados de la mano —molesto a modo de broma—. Tengo en la cabeza varios modelos de pijamas idénticos, ¿Te gustan los Power Ranger? ¿Lazy Town?

—¡Que buena idea! —su respuesta me deja anonadada— Piezas idénticas tipo funeral; Tú luciendo un lindo vestido negro dentro de una caja de cristal y yo un traje a la medida dejando una cala negra. Genial, ¿No?

Se encamina al baño.

—Prefiero un girasol y un vestido blanco como el hielo.

—No voy a salir contigo, pequeña puta…

La idea de conseguir analgésicos y artículos femeninos queda de lado ya que dudo de que el hotel me lo suministre. Vladimir es demasiado abnegado para decir que hará algo por mí después de lo que le hice.

Aunque quedarme encerrada es algo que agradezco, el Underboss no tarda ya que se cambia rápido dejándome con llave. Veo televisión, pero

cuando llega el mediodía los cólicos se tornan insoportables moviéndome a la terraza.

En la playa las mismas lanchas de ayer están bajando gente enloquecida con un aspecto deplorable; lloran, patalean y se arrancan el cabello siendo dirigidos a una misma torre.

La palabra HACOC se oye a lo lejos y prefiero adentrarme, odio ese término, ese significado.

El HACOC es una droga psicótica letal y su poder es tan fuerte que te vuelve trizas en cuestión de días. Lo sé porque Antoni Mascherano, el mafioso bioquímico italiano que está en prisión, la creó y volvió adicta a mi hermana Rachel cuando la raptó llevándola a Italia.

La droga te deforma la mente convirtiéndote en un zombie violento, en un fenómeno que no es consciente de nada. Los cólicos me avasallan con más intensidad al punto de que ya me cuesta levantarme.

«¿Será el anticonceptivo?» Recibo una sopa como almuerzo de la cual como poco ya que el dolor no me deja.

—¿Podría traerme un analgesico? —le pregunto a la mucama.

—No.

Kira no se ve por ningún lado para valerme de ella pidiendo lo que toda chica necesita en estos momentos. El sangrado me pone a improvisar con cuanta cosa encuentro y cada espasmo es un recordatorio de lo mal que actué.

El dolor se extiende a mis extremidades así como se me calienta la cabeza mientras me retuerzo en la cama.

Vladimir no aparece, la avena que me traen como cena queda intacta y pasada las diez de la noche estoy que no puedo más. «En casa no me hacía falta nada», no tenía por qué armar cosas improvisadas para lidiar con mi ciclo.

Parece que me estuvieran partiendo por dentro. Tocan la puerta corrediza de la ventana y medio me incorporo cuando vislumbro al médico golpeando

con desespero. Me cuesta moverme, pero le abro sintiendo que tengo los labios secos.

—Dormí al anciano —susurra—, los otros rusos no llegan todavía y…

Los cólicos me doblan las piernas llevándome al suelo, «En verdad me siento mal». No soporto las contracciones, el médico se me viene encima levantándome la cabeza.

—Tienes que ir a un hospital —nota la mancha en el pantalón de mi sudadera—. No sabemos si lo que tienes es algo más grave.

—Estoy bien, mejor vete antes de que alguien te vea…

Vuelvo a tensarme y él me alza en brazos dejándome en el sofá mientras se las apaña para abrir la puerta.

—No hagas eso —le pido entre jadeos—. Solo vete.

—En mi hogar estaremos a salvo —se devuelve por mí cuando logra abrir—. No te conozco, pero sé que necesitas un maldito hospital.

Vuelve a alzarme y a mí el dolor no me da para forcejear. Es rápido corriendo en el pasillo y antes de doblar la esquina vislumbro por encima de su hombro al verdugo que me sonríe con las manos en el bolsillo.

—Detente —le pido—. Por favor, detente…

Caigo al suelo tratando de devolverme, pero él se rehúsa a irse solo.

—Déjame ayudarte, necesitas un calmante —me vuelve a alzar— y una ecografía.

Baja conmigo por la escalera de emergencia moviéndose rápido entre la gente de la recepción. «Está mal» nadie nos está deteniendo y eso es algo para temer.

—Tenemos que correr —me deja en el suelo—. Haz un mínimo esfuerzo y verás que vale la pena.

—¡Quiero devolverme!

Toma mi mano arrastrándome a las malas, «Estoy en problemas». No sé qué va a pasar, solo soy consciente de que mis piernas se mueven huyendo

de las consecuencias.

—Ves —el príncipe se detiene después de varios kilómetros y a mi la agonía me tiene tan mal que no logro identificar dónde estamos —. Hay que ubicar el hospital…

Repara el pantalón manchado de rojo carmesí, «Doy asco».

—Vamos…

Me niego queriendo saber dónde está el hotel, pero vuelve a arrastrarme corriendo de nuevo, metiéndose aquí y allá hasta que nos topamos con un callejón sin salida.

Capto las pisadas a mi espalda y el mundo se me va oscureciendo poco a poco.

—Mal, mal —el acento ruso me enfría por completo—. Como odio sentirme como si le hablara a una pared.

Giro despacio; «Cuatro hombres» y entre esos el ruso que suelta la bocanada de humo que se pierde en el callejón cuando acaba con el puro que sostiene. El vaquero abraza sus piernas y la playera blanca le da un aire relajado sin perder ese aire letal.

—Solo quería llevarla a un hospital —se defiende el médico—. Está muy mal.

—Y yo solo quería que obedecieras —nos empiezan a rodearnos.

—Yo no quería salir, te lo juro —le digo al Boss tratando de oírme firme, pero no acepta dispustas llevándose el dedo a la boca pidiéndome que me calle.

No muevo un músculo cuando mandan al médico al suelo y solo me quedo a la espera de que hagan lo mismo conmigo.

—¿Por qué estás aquí, Cedric? —le pregunta el ruso al príncipe que yace en el suelo—. Ummm… Ya lo recordé, por ser un ludópata el cual tus allegados ya dan por muerto.

El hombre chilla en el piso y doy un paso atrás cuando el ruso recibe el cuchillo de carnicero que le entregan.

—Te vas a acordar de mi siempre cada que intentes escapar —le estira el brazo a las malas sujetándolo por los dedos— y cuando intentes apostar…

Alza el cuchillo y el filo recae con una fuerza brutal la cual separa la mano de la muñeca en cuestión de segundos. Los alaridos se cuelan en mis oídos e Ilenko suelta el cuchillo para recibir el soplete que le pone en la cortada.

—¿Quién necesita el médico ahora? —le pregunta quemándole la herida — ¿Por qué siempre hay que provocar al villano?

Sigo quieta, el olor a carne quemada me da náuseas, temo a lo que me hará a mí y por ello prefiero quedarme en mi sitio. Los torturadores lo levantan cuando se desmaya y el Boss indica que se lo llevan quedándose a solas conmigo.

El dolor no se ha ido, la sangre no ha parado y mis esperanzas empiezan a escapar hartas de tanta crudeza.

—Me siento muy mal —se me salen las lagrimas—. Solo quería ir al hospital…

Mi cara queda en el centro de su pecho, tiene gotas rojas en la camisa y aparta las hebras negras que me cubren la cara. Mis ojos se encuentran con los suyos y no veo más que crueldad en los ojos del hombre que baja la vista a la vergonzosa mancha que hay en mi pantalón de sudadera.

—Camina —susurra rodeandome y quedándose a mi espalda.

La mano que queda en el callejón vuelve a darme nauseas «Me va a disparar», es en lo único que pienso mientras me sigue, «Voy a morir humillada, sucia y asquerosa». Caminamos varias cuadras sumergiéndonos en la zona pesquera; hay botes y yates a mi izquierda mientras que una que otra tienda a mi derecha.

—Alto —pide.

Seco las lágrimas, ya no quiero seguir caminando sintiéndome tan incómoda sabiendo que me está detallando, tengo los muslos temblorosos ¿Ya que? Me siento en la banqueta de concreto esperando el cañón en la sien, pero en vez de hacer eso se aleja cruzando la calle adentrándose en la tienda de víveres que tenemos al frente.

Por el vidrio transparente veo como se mueve entre los estantes antes de irse a la caja mientras espero. Sale y su atractivo vuelve a distraerme con esa aura nociva que destila.

Trae una bebida en la mano y una bolsa en la otra, se agacha frente a mí sacando una tableta de píldoras la cual abre antes de destapar la bebida.

—¿Dónde está la molestia? —la pregunta es terciopelo en mis oídos con el tono que emplea acariciandome la mejilla.

Desconfío buscando la trampa, pero él me mete el cabello detrás de las orejas.

—Anda, dime dónde…

Centro mis ojos con los suyos frotando la parte baja de mi abdomen y el contacto visual es imperdible a la hora de llevar la pastilla a mi boca dándome de beber de la botella que destapa.

—¿Desayunaste lo que te envié? —pregunta con ese mismo tono peligrosamente sensual el cual me envuelve poniéndome más sentimental.

—Si —me siento tan vulnerable que los ojos se me vuelven a empapar —, pero almorcé poco porque me sentía muy mal.

Acaricia mi labio inferior con el pulgar perdiéndose en mi boca.

—Niñita malcriada —me dice incorporándose mientras me pone contra la banqueta—, tú sufriendo y yo queriendo romperte otra vez.

El calor es inmediat con esas sensaciones extrañas que me distraen más de lo debido. Se pone en pie levantando lo que trajo e indicando que lo siga, adentrándome en lo oscuro del puerto donde yace el catamarán donde llegamos ayer.

Sube de un salto dándome la mano para que suba detrás de él. Abre el interior y lo primero que hago es buscar el baño quitándome la ropa. El analgesico aisló el dolor y aprovecho el momento de calma para lavar el pantalón de sudadera.

Hago lo mismo con el panty dejándolo sobre el motor caliente de arriba, la tela es delgada lo cual hará que se seque en pocos minutos.

Me baño quedándome con la playera que traía abajo de la sudadera. Aquí no hay como improvisar, al menos no en el baño, así que me coloco las bragas que están casi secas, «A lo mejor en una de las cajoneras de afuera hallo algo que sirva».

Salgo con ese objetivo hallando al ruso sentado en el sofá de la alcoba.

Vuelve a intimidarme, no quiero pasar por su lado, pero tiene lo que necesito en la mesa que tiene a la izquierda. Con el índice me indica que me acerque y mi cuerpo avanza por inercia a su sitio con la mirada anclada a la suya mientras rasga la caja con los dientes.

—Aquí —se palmea la pierna indicando que me siente.

Obedezco dándole la espalda antes de acomodarme y él me lleva hacia su pecho acomodándome, mientras mi cuello se arquea recibiendo su respiración.

Me abre las piernas y detengo su mano sabiendo lo que hará, pero él insiste corriéndome las bragas. Siento que el color me abandona la cara cuando recorre mis bordes introduciendo el tampón que acomoda como un experto, dejando los dedos por más tiempo del debido. Sujeto su mano sin creer que me esté estimulando con algo de uso personal.

—Buena chica —susurra en mi oído antes de salir.

El cuerpo me tiembla y junto las rodillas subiendo las piernas abrazándolas estando sobre él. Le temo, pero siento que también me confunde este mafioso de mierda.

———————※———————

CAPÍTULO 19 — FALACIA.

━━━━━━━━━━━※━━━━━━━━━━━

Ilenko.

¿Quién como Sonya? Nadie, nadie como la rusa de cabello cobrizo y ojos ámbar que acaricia el cabello de Maxi y le da un beso a Vladimir.

—Otro —le pide el niño rubio—. Madre dame muchos más, por favor.

Lo consiente y él no deja de abrazarla haciendo que Maxi también se una al momento buscando atención.

—Te amo madre —le dice Vladimir y ella sonríe con esa frescura la cual hace que la amen más.

Observo mientras Sasha se posa a mi derecha recostando la cabeza en mi hombro.

—El amor, el amor —dice risueña—. Nunca la dejes ir porque te aseguro que a nadie verás como la ves a ella.

La rusa fue mi primera mujer y creo que mi primer todo. Sasha va por Maxi y Vladimir mientras Sonya viene a mi lugar abrazándome y bajando las manos por mi pecho en busca de mi hombría.

Las insinuaciones me hacen llevarla a la alcoba donde la hago mía, donde dejo que todos se extienda subiéndose sobre mí balanceando las caderas. «Toda una mujer»; es cuatro años mayor que yo, alta, voluptuosa, madura y experta como todas las mujeres de la Bratva.

—Tú y yo hasta que el más allá deje de existir —se mueve y asiento dándole la razón.

-------━━━━━-------

Mi vaquero yace en el suelo y mis brazos a cada lado del sofá manteniendo una pose llena de supremacía al tener las piernas separadas con el miembro erecto sobre la playera, en tanto mis pelotas reposan en el terciopelo siendo lamidas por Emma James.

La pequeña lengua deja hilos de saliva sobre mi piel, sus labios semicarnosos rozan la zona sensible moviéndose solo para decir:

—No puedo huir, no puedo escapar —lame con las manos atadas atrás—. Lo intenté y ahora recibo mi castigo.

Las facciones aniñadas sobresalen más cuando está en modo sensible, en modo de derrota. Lleva dos horas haciendo lo mismo yendo de adelante hacia atrás chupandome las pelotas mientras la miro.

No es una mujer de la Bratva, finge ser fuerte más no lo es, solo se aferra a lo imposible negándose a ver la realidad. Atrapo mi arma rascándome el falo con la punta de ella, el cansancio la está tomando y tal cosa se ve reflejada en el tono apagado de su voz. «Quiero dañarla tanto».

—¿Te imaginaste tener que chupar para sobrevivir? —inquiero y niega— No, las niñitas de papá no se imaginan eso nunca —me inclino—. Dime, ¿En casa eras una chiquilla consentida?

Sabe que sí. Rick James es benevolente con sus hijas y presiento que esta es la más mal acostumbrada. La polla se me contrae mientras ella tiembla con el cañón que sumerjo en su boca cuando no recibo respuesta. Carrespa y tanteo su garganta, follandole la boca con la trampa mortal que en cualquier momento puede soltarle un tiro.

—Aguanta —demando cuando hace el amago de vomitar y sigo metiendo el cañón abriéndola hasta donde más puede. Saco cuando no da para más, se tambalea y la sujeto poniéndola a respirar mi aliento.

—Sonya —dice deteniendome por un momento—. Te veías feliz con ella en esa foto…

Algo se abre dentro, algo grande y cargado de...

—Ese nombre está prohibido para ti —la sujeto con fiereza.

—¿La amas?

La pregunta queda en el aire cuando mi oído percibe a alguien más en el catamarán, suelto a la cría que cae y alcanzo el vaquero vistiéndome rápido.

En mis tierras los hombres grandes solo se dejan tocar por verdaderas mujeres.

Le ordeno que se vista ya que sigue en bragas, se adentra en el baño y rápidamente busco lo indispensable. Lo hallo en una de las cajoneras y no espero que salga, voy por ella colocandole la máscara de cuero con broches dorados que solo le deja ver los labios y los ojos, ya que meramente cuenta con dos agujeros para respirar.

La ajusto colocando el candado y acomodando el cabello para que sea poco notorio.

—Ya sabes cual es el castigo para los que dañan la imagen del Boss, ¿Cierto? —indago.

Asiente y me muevo listo para volarle la cabeza a quien sea que ande rondando, ¿Qué van a decir si me ven encerrado con una cría sin matarla? Ella me sigue tapandose con la capota de la sudadera.

Sobo el arma quitando el seguro con ella a pocos pasos, una sombra se acerca a tocar y abro antes de apuntar encontrándome con una mujer desorientada, sudada y de piel verdosa. Retrocede con un bebé en los brazos, tiene las botas del pantalón mojadas como si hubiese estado en el agua. Los labios y las venas que le resaltan en los brazos llenos de puntos me dicen una sola cosa y es que es dependiente del HACOC. «La droga de la esclavitud».

—Déjeme entrar —mira a todos lados—. Me están persiguiendo.

La criatura que tiene en brazos empieza a llorar, la mujer que tengo atrás se mueve de inmediato tratando de socorrer y la dejo solo para impactarla.

—¿Qué le pasa al bebé? —retrocede cuando se lo muestra.

—¿Quieres cargarlo? —la adicta lo deja en el suelo quitando la tela que lo envuelve— Tómalo, pero ¿Qué me darás a cambio? ¿Éxtasis, Ketamina, heroína? ¿Qué tienes?

Nada del HACOC sale bien, la droga desfigura el feto y el fenómeno que carga la mujer no es la excepción con una hidrocefalia bastante notoria. Los componentes malforman o mutan de forma desastrosa y me asquea lo que

veo; extremidades torcidas, retraso notorio, la piel agrietada y ese llanto seco el cual asegura alguna afección en la garganta.

Las voces de los antonegras italianos desencadenan el impulso que me hace llevar a Emma dentro.

—Niña ¿Qué tienes? —insiste la mujer queriendo alcanzarla— Dame algo y te dejo cargar a mi bebé.

Empujo a la adicta una y otra vez hasta que queda contra las barandas. La criatura no deja de llorar y el personal de rapto sube a mi propiedad.

—Perdón Boss —se disculpan—. Huyó de los botes.

A esta isla traen a todos los desahuciados de la droga; la lepra que no se salva con nada y no le pego un tiro en la cabeza porque los italianos los someten a pruebas con el fin de crear nuevas drogas antes de matarlos y dichas drogas se usan en todo el mundo criminal.

Levantan al engendro que yace en el piso llevándose a la mujer, está amaneciendo y aprovecho para sacar a Emma con la cabeza cubierta viéndose irreconocible. Aprieto el paso llamando a uno de los voyeviki de confianza para que se vea conmigo en un punto muerto.

—Nunca estuvo conmigo —advierto y el hombre asiente. Cuando eres el jefe puedes decir que el mar es púrpura y se lo creerán—. Llevala a dar una vuelta, caminar era lo que quería ayer.

«No puede oler a mí».

El voyeviki la pone a caminar y ella voltea a verme, toco mis pelotas recordando la represalia y ni con la máscara pierde esa aura aniñada.

Me muevo al hotel donde me baño y me visto; Vladimir no está en su alcoba, Maxi se fue a la playa y el resto no sé dónde permanecen, así que bajo a desayunar al restaurante donde como cada vez que vengo aquí.

El establecimiento cuenta con una sola planta con paredes de cristal, se mantiene lleno constantemente y hoy no es la excepción con camareros que no dan abasto con los comensales.

De reojo mi atención capta a la mujer que come ocultando su rostro con un enorme gorro playero. La camisa suelta me deja la mitad del pecho descubierto, mis hombres se ubican estratégicamente para no atosigar mientras que una nigeriana nota la mirada que le dedico y de inmediato pide el mejor puro de la barra trayéndolo a mi boca; es alta, despampanante y con un aire de puta que todo lo da fácil.

El restaurante ya sabe mi menú y por ello no tengo que pedir nada.

—¿El Pakhan quiere relajarse? —pregunta la mujer de color.

—Tal vez.

Paso el dedo enguantado por su hombro, pero mi mañana se descompone con la llegada del italiano, líder de la organización, que entra con dos antonegras los cuales cargan la nevera portátil de Vladimir.

Despacho a la mujer del puro cuando el italiano se sienta frente a mí dejando la nevera en el suelo. La mafia italiana y la mafia rusa son las organizaciones con más poder; mi relación con ellos es más por negocios y tradición que por otra cosa.

—Lo que pediste —desliza el compartimiento con el pie—. Te lo traje personalmente para que no te lleves una mala impresión de los italianos

Enarco una ceja, no soy quién para recibir las cosas del Underboss por muy hijo mío que sea. Observo a mi alrededor y hago una seña a mis hombres manejando el vocabulario propio de la Bratva.

—¿Lo que pedí? —pregunto—¿Cuándo te lo pedí?

—La mucama le informó a Dalila —aclara—. El Boss quiere que traiga a Olimpia al restaurante.

El tiempo pierde velocidad cuando cada movimiento a mi alrededor toma importancia.

—¿Por qué enviaría a una mucama, Philippe? —indago mientras mi vista periférica capta al mesero que se acerca por mi izquierda con una bandeja en la mano.

El italiano cruza miradas conmigo, es muy obvio, los mensajes mal dados no existen en la mafia.

—No te muevas — le pido.

El camarero avanza a mi sitio llevándose la mano a la espalda y me pongo en guardia tomando la Makarov que tengo a un costado de la cintura. Es más rápido, pero no más que yo que le envuelvo el cuello con el brazo clavándole el cañón en la sien mientras un arsenal de armas se viene contra mi mesa rodeándome en segundos.

«La FEMF». Mis voyeviki y los antonegras apuntan también y mantengo al camarero sujeto reconociendo a la Élite de soldados especiales los cuales se han sabido camuflar solo como ellos saben, «Son una peste».

—¡Manos a la cabeza, ruso! —me exige una voz femenina en alemán —. Están rodeados, así que bajen las armas.

Suelto la risa llena de descaro con Phillippe al lado quien mantiene el arma en alto.

—¿A qué debo el honor Rachel James? —muevo la vista ubicando a la mujer que está en las mesas de enfrente. Su rostro se alza y bajo las grandes solapas del sombrero playero yace la hija de perra más grande de la Fuerza Especial Militar del FBI (FEMF). La mirada azul sobresale acompasándose con esa belleza que envuelve a todos menos a mí.

Su doctrina militar no deja de apuntarme.

—¿No es aquí la isla de los muertos? —empieza a levantarse— Traje flores para Brandon Mascherano —mira a Philippe antes de posar los ojos en mí— y para Sasha Romanova.

—No te equivocas —contesto—, yo ya le dejé flores a Harry Smitch y a Reece Morgan.

Activo el detonante que la hace sacar y activar la ametralladora que tiene bajo la mesa.

—¡¿Dónde está la viceministra?! —enfurece— Ponte de rodillas maldito hijo de puta y dame lo que vine a buscar o te lleno de balas.

Presiento lo que se viene; la inminente masacre por parte de aquellos que no aceptan que toquen al dueño de la Bratva.

—Te voy a decir una sola cosa, puta —inquiero mirándola a los ojos—. Prepárate, porque la puñalada que te voy a enterrar te va a doler toda la vida.

Le vuelo la cabeza con un tiro al soldado que tengo en los brazos a la vez que la Bratva desde afuera lanza el explosivo que acaba con los vidrios. La FEMF contraataca y con ello se me vienen encima los hombres que dan la vida por mí.

—Se inicia operativo de búsqueda —dice una voz masculina—. Nadie se va sin Olimpia Muller.

Rachel James no deja de arremeter sin saber que solo me está bañando en sangre, ya que todas las municiones las absorben mis hombres. El cruce de balas es ineludible matándose unos con otros y yo aparto los cadáveres que me cubren poniéndome en pie mientras ella recarga el arsenal. Es veloz como todo soldado especial, pero eso no evita que patee la nevera portátil que deja la cabeza de Olimpia Muller por fuera.

—¡Lo que quieres! —espeto— Aquí lo tienes.

Le arrojo la cabeza que impacta en su pecho y aprovecho la distracción de ver a su líder caída para cubrirme detrás de la columna que recibe el ataque que me lanza con ametralladora en mano. Mis voyevikis responden y me muevo a la barra disparándole a los soldados que invaden el restaurante.

Desde mi posición observo todo, me quedan pocos proyectiles e intento volarle los sesos a esa hija de puta, pero es imposible atinarle con la maniobra de defensa creada por los militantes que la protegen; está eufórica y Phillipe intenta romperles la maniobra apoyado de los antonegras.

—¡Oliviera a tu izquierda! —le grita la perra a uno de sus soldados que se mide con Phillippe en una lucha cuerpo a cuerpo mientras que los italianos luchan con los soldados que siguen llegando. «No dejaré que me metan preso».

Busco una vía de escape acabando con todo lo que se me atraviesa, Phillippe apuñala una y otra vez al soldado que le hizo frente dejándolo en un charco de sangre mientras la FEMF derriba a los antonegras del italiano que busca una salida también siguiendome rápido.

Caen tres de mis hombres y debo agacharme evitando los tiros, escabulléndome entre las mesas playeras. El humo arde en mis vías respiratorias y...

—Boss —recibo el arma que me dan quedándome en uno de los kioskos. Varias camionetas de la Bratva se están tomando la playa y esa puta desgraciada sale del establecimiento llena de ira. «Ya se le nota el embarazo el cual es fruto del amorío que tiene con la bestia letal que está en la candidatura por el gran puesto». La están esperando y ella mira a todos lados como si me buscara.

—Exterminio total para estos mal nacidos —le ordena a los soldados que asienten mientras avanza dejando que le coloquen el chaleco antibalas que la cubre.

—Helicoptero listo, mi teniente —le indican y se apresura a la aeronave que desciende preparándose para recibirla.

Trepa y mientras se eleva la veo preparar la GAU -8- Avenger que inicia el ataque desde el aire derribando barcos, botes y establecimientos.

Actúo corriendo al puerto, la milicia se tomó la isla y desde los distintos edificios la organización intenta defenderse mientras que por mi parte me valgo de los rusos que me siguen.

—¡Armas al suelo y manos arriba! —piden las distintas aeronaves de guerra soltando proyectiles.

Corro y salto a uno de los barcos militares adueñandome de este con mis hombres; los soldados se defienden, pero los voyeviki atacan dándome el mando.

Tomo el control de la cabina maniobrando las palancas que mueven el cañón que tengo al frente, las cámaras enfocan a lo que le quiero disparar y acciono soltando el proyectil que atina al helicóptero de la perra que no deja

de disparar desde el aire. Evaden el primero queriendo huir y suelto el segundo logrando que impacte en la cola.

Trata de planear, pero se termina yendo al suelo desplomándose en la arena.

—Eurocopter EC665, caído —reconozco su voz en el radio «Aparte de puta como que también es inmortal»—. Solicito refuerzos para atacar por tierra.

Giro nuevamente el cañón y arremeto contra dos navíos militares masacrandolos con su propio arsenal.

-------——————-------

Minutos antes.

Emma.

No hay forma de quitarme lo que tengo en la cara, por más que lo intento parece adherida a mi piel. El candado no lo puedo romper, el calor me sofoca y los pies me pesan con tanta caminata bajo el sol.

—No soporto esto —me quejo tratando de arrancarla en medio del desespero.

El verdugo me toma de la sudadera oliendome como un animal antes de entrar al hotel.

—¿Con quién estabas? —pregunta— ¿Con quién pasaste la noche?

—Con el Boss… —me lleva la cabeza contra la pared con una fuerza brutal la cual me hace cortar la oración.

—Nunca has estado con él, gusano —espeta seguro—. Por ello dime, ¿Con quién estabas anoche?

La verdad muere en mi boca ante el miedo de que pueda quebrarme el cráneo.

—Contigo —contesto.

Afirma satisfecho guiándome a la puerta principal, insisto en quitarme la máscara, pero es imposible «Siempre remplazan una tortura con otra». Los

analgésicos quitaron el dolor abdominal; esa mera pildora me la hicieron pagar poniéndome a lamer las bolas del hombre que me mandó a secuestrar.

Tomo la escalera con el torturador y estando en el pasillo el Underboss sale de la alcoba con dos de sus hombres.

—Vlad, quítame esto por favor —le pido y él sujeta mi brazo queriendo que lo siga.

—¿Ibas a huir con el médico? —indaga — Tú, una esclava sentenciada por un Romanov…

—No—le explico—. Él me sacó a la fuerza y luego me forzó…

Uno de los verdugos abre las puertas del ascensor, pero el otro le dice a Vladimir que se detenga. Fuertes pasos se oyen abajo y de la nada una ola expansiva me manda atrás con el proyectil que impacta a metros de mis pies separandome del rubio. Hay un enorme hueco en la pared y un helicóptero sobrevuela la zona.

—Fuerza Especial Militar del FBI —se identifican a través del altavoz— ¡Armas al suelo y manos a la cabeza! ¡Esto es un operativo de rescate!

Siento que me conectan un reanimador el cual suelta toda la energía «Al fin». La demora no me importa, han venido por mí y por ello me levanto con la fuerza de un rayo mientras que Vladimir se enfrenta a los agentes que se toman el pasillo.

—¡Ayuda!—intento quitarme la máscara mientras corro hacia uno de los soldados, pero este me apunta con el arma haciéndome caer con las manos en la cabeza— Soy inofensiva y no estoy armada…

Los hombres de la Bratva les hacen frente, el soldado lleva el dedo al gatillo y no me queda más alternativa que huir por el otro lado evitando una bala. El fuego cruzado se torna violento y me uno a los que escapan logrando salir por la parte de atrás.

El bombardeo afuera es atronador; fuego, misiles, arena y cuerpos en el suelo.

—¡Ayuda, por favor! —le grito a los hombres de negro, pero están tan concentrados en el combate que no me escuchan— Soy Emma James y fui secuestrada...

Le digo a uno y cae siendo derribado por la italiana, familia de los Mascherano. Me apunta a mí y empiezo a correr, sé que viene detrás y la única salida que veo es sumergirme en la multitud que está siendo llevada no sé adónde; el olor que emanan me marea y los gritos me ensordecen siendo sumergida a un área desconocida junto al mar de personas.

Unos se estrellan contra las paredes y los chillidos salen llenos de dolor; hay enfermos y heridos sumergidos en la maldición llamada HACOC. Tiran de mi sudadera aquí y allá, me pisan mientras rebuscan en mis bolsillos como si tuviera la cura de su malestar.

No puedo permitir que la FEMF pierda tiempo buscándome, siendo masacrados por mi culpa.

—Calma —pido. Tengo que salir de aquí, mi hermana ha venido por mí y sería una estúpida si me rindo estando tan cerca— ¡Vamos a salir de aquí!

Me muevo encontrándome con un par de rejas, el olor a carne incinerada es insoportable y hay un letrero que indica a qué hora sueltan los gases tóxicos en cada calabozo. Y no es solo uno, son varios llenos de personas perdidas que no tienen idea de nada.

Sacudo los barrotes y empiezo a estrellar mi cuerpo contra el hierro recordando a los prisioneros que intentaron armar el motín. El óxido del metal cae sobre mí avisandome que no es tarea de una sola persona.

—¡Vamos a hacerlo todos!—pido—. Si actuamos al mismo tiempo las rejas van a ceder.

Centro a varios, les cuesta captar, pero insisto pidiendo calma.

—¡Si lo hacemos al mismo tiempo vamos a salir de aquí! —reitero— Miren lo que hago, esta es la solución...

Les muestro y uno me sigue.

—¡Si, así por favor! Más —animo—¡Necesitamos más!

Cuatro más repiten la tarea y se unen ocho; luego diez hasta que tengo a veinte personas empujando con fuerza. Los brazos se me maltratan, pero no me doy por vencida hasta que el hierro cae dejando a la vista un pasillo oscuro.

—Bien —empiezan a salir en manada y me voy a los otros calabozos indicando cómo deben hacerlo, tardan en captar, pero se esmeran y voy a las tres celdas faltantes. El llanto de un bebé me distrae del caos.

—¿Quieres cargar a mi bebé? —preguntan en uno de los rincones de la celda— Tenlo.

«Es la misma mujer del Catamarán».

—Si —se lo recibo—, pero eres su madre y debes cuidarlo. Así que ven conmigo.

Tiro de su mano mientras que con la otra sostengo a la criatura que llora, la multitud nos absorbe y la mujer me suelta desapareciendo de un momento a otro. Todos están desesperados, desconsolados y perdidos. El bebé no para de sollozar, no hallo a su madre y una pequeña luz de esperanza se enciende cuando veo una sala diferente en lo más hondo de los pasillos.

Corro a ella y cruzo el umbral dejando que los dependientes me sigan. El sitio es gigantesco y hay una pequeña ventana de acero la cual no se puede abrir mientras que a mi derecha un enorme vidrio cubre la mitad de la pared mostrando otra sala con paneles y sillas de oficina.

Tanteo el metal del vidrio probando si se puede romper y no… Volteo queriendo buscar otra solución, pero como si la sangre llamara, echo un último vistazo atrás al tiempo que mil y una emociones toman mi cuerpo cuando varios soldados de negro se toman la sala que esta al otro lado del vidrio. Uno de ellos se quita la careta anti explosiva y los ojos me escuecen al reconocer a mi hermana.

—¡Raichil! —dejo la mano en el vidrio mientras las personas atrás lidian con su caos — ¡Rachel!

Grito mientras ella se quita el chaleco antibalas dibujándome una sonrisa al ver el progreso de mis sobrinos en su vientre. Irradia esa belleza que nunca la abandona y no puedo estar más feliz.

Da la vuelta discutiendo con otro soldado.

—¡Rachel! —vuelvo a gritar estrellando el puño— Rachel…

Habla y capto por el movimiento de sus labios lo que dice recibiendo el primer bofetón de la realidad, «Fallamos en el rescate de Olimpia y por nuestra tardanza la FEMF perdió a uno de los mejores». Aprieto el puño, ¿No vienen por mí? «No importa» si vino o no por mí, lo importante es que está aquí.

Para donde se mueve y me muevo clamando su nombre para que me escuche, pero ella solo repara el entorno como si estuviera asimilando lo que es, «Una aberración de tortura para los seres humanos»; eso es lo que es este sitio. La mano me duele de tanto estrellarla contra la superficie.

Paro cuando ella queda frente a mí mientras uno de los soldados se va al otro lado de los paneles, mi hermana entierra el puño y una luz roja sube y baja rápidamente.

—158 cuerpos en la fosa —avisa una voz de la nada.

—¡Rachel! —me desespero cuando me da la espalda—¡Hay un bebé aquí! Ayúdame a...

Mi hermana mira a su compañera y esta baja una palanca la cual sella las puertas de mi sala mientras el gas avasalla el lugar. Las llamas se alzan y no reconozco a la teniente James, la cual se coloca el chaleco y la careta tomando su ametralladora antes de abandonar el sitio.

«Ella es un engendro en plena metamorfosis». El calor me absorbe y yo me niego, «Es un error» me digo, «Los rusos mienten».

Después de mamá y papá, mi hermana es la mejor persona que conozco. La sala queda sola y los primeros quemados sueltan alaridos llevándome contra el rincón mientras trato de proteger al bebé malformado que yace en mis brazos. Empiezo a marearme y lo acuno para que las llamas me consuman a mí y no a él.

Tengo algo atascado en la garganta, ¿Nostalgia?, ¿Decepción de mí por soñar tanto? Aprieto los párpados negándome a ver a aquellos que mueren en el fuego.

—¡Emma! —gritan— ¡Emma!

Busco la voz en medio del humo, apenas puedo ver que la puerta de la ventana está abierta y el Underboss está entrando por ella e intenta quitarme el bebé, sin embargo, me rehúso. Las llamas empeoran y me saca a las malas encaramándome en la pared, caigo de espaldas al otro lado y él cae poco después cerrando la puertecilla de acero.

Dos torturadores me levantan y corro con Vlad esquivando las palmeras y las hojas en llamas que caen de ellas. Uno de los torturadores me toma fuerte del brazo mientras yo sostengo con fuerza al bebé protegiéndolo con mi pecho.

Nos dirigimos al puerto pero en el camino se nos atraviesan dos soldados que mueren en manos de la Bratva. La huida continúa, me adentran al puerto y me hacen subir a un barco el cual alberga al resto de los Romanov.

Cedric está en la cubierta pálido y con una venda improvisada en la mano. Todas mis heridas ahora son por dentro y duelen al punto de que me llevan atrás queriendo huir de este destino asqueroso que nunca he merecido. Recuesto la espalda en la pared dejándome caer al lado del material básico del navío. Vladimir aparece sentándose a mi lado, mira lo que tengo en los brazos detallando como quiero consolarlo absurdamente ya que no puedo consolarme a mí misma.

—Da asco como tú —dice y niego—. Esto es una lección pequeña puta; una lección que nos exige no confiar en nadie porque amar no asegura que no te apuñalen, el que no te hieran y si no me crees pregúntale a mi madre —medio sonríe—. La amaba y mira cómo terminó.

-------———————-------

GAU -8- Avenger: Ametralladora militar.

Makarov: Pistola semiautomática rusa.

El Eurocopter EC665: Helicóptero militar de ataque.

CAPITULO 20— SOFOCO.

Emma.

Cuando papá nos llevaba a la playa mis hermanas y yo difícilmente salíamos del agua, nos negábamos a escondernos del sol. Salir de la arena era una tortura. Bajo la enorme bola naranja viví los mejores momentos de mi infancia y con el tiempo el mar se fue convirtiendo en un sinónimo de felicidad.

La tristeza, la frustración y la decepción siempre se iban con la brisa marina.

Cierro los ojos dejando que el viento toque mi cara. Salamaro me quitó la máscara, fue la única persona que notó que el cuero podía cocerme la piel con el sol. «No sé si se lo pidió Kira», ya que Vlad está absorto con los temas familiares ignorándome por completo.

La brisa sopla más fuerte y anhelo ser esa pequeña que se alegraba con el azul del océano que tiene al frente. Pero no, no estoy siendo esa niña con trenzas a cada lado la cual corría a través de la arena dejando que su padre la persiguiera.

«Ahora soy una chica de 18, la cual siente que su familia la olvidó».

Observo al niño que yace en mis brazos apartando la manta que lo cubre, se ha quedado quieto y sin llorar, pese a que no ha comido es un buen bebé. Las malformaciones no roban el hecho de que sea una criatura tierna. Los ojos son pequeños y achinados, no tiene pestañas, los pies y las manitas son raras, pero compensa todo lo que le falta con la sonrisa que me dedica.

Mis labios se extienden correspondiendo el gesto, creo que tiene entre unos cinco o seis meses. El resto de los Romanov se mantienen dentro de las instalaciones del barco mientras a mí me han dejado sola con el niño en la cubierta junto con Cédric que está absorto metros más adelante.

Le hago muecas al bebé que vuelve a sonreír y me preocupa el que no coma, por suerte no ha hecho del dos y el pañal solo está un poco cargado.

—Suficiente con eso —aparece el Underboss tapandome con su sombra —. Entregamelo que lo voy a tirar por la borda.

Lo ignoro enfocandome en el niño e intenta quitármelo, pero meto el codo.

—Tiralo por la borda y también estarás tirando tu cargo, esposo —digo solo para los dos y me toma del nacimiento del cabello.

—No me amenaces que tus amigos pueden empezar a morir uno por uno —asegura.

—Como tu reputación…

La mala mirada no se hace esperar, los acaban de bombardear y hay más bloques de odio hacia mi apellido. Se pone en pie y por un momento siento que me va a patear la cara, pero en vez de eso se lleva la mano a la espalda sacando un móvil con antena. Me quita el bebé a las malas dándoselo a Cédric antes de llevarme a la cabina de mando asegurando la puerta.

—Escoge una persona; mamá, papá, hermanita talento o hermanita mentirosa —propone— ¿Con quién te vas a reportar pequeña puta?

El rayo de ilusión es pegamento para el alma que se quiebra lentamente. Si llamo a papá me pasará a mamá porque tengo días sin comunicarme y la última vez no hablé con ella o viceversa; mamá me pasará a papá.

—Rick —digo temblorosa— ¿Has texteado con ellos últimamente?

—¿Qué clase de cazador sería si no? —dice con un tono burlón mientras marca el número con el haladie en la mano— Ya sabes cuales son las normas.

Procuro calmarme, necesito esto tanto como respirar y hasta el cabello me arreglo como si me fueran a ver. El rubio se lleva el teléfono a la oreja y espero ansiosa a que me pase el aparato, tardan, pero en el tercer intento capto un “Hola” el cual hace que me entregue el móvil de inmediato.

—¿Hola? —repiten.

—Sam —el alivio me invade con la voz de mi segunda hermana— ¿Cómo estás?

—Emm, no es un buen momento —se oye una discusión atrás—. No te imaginas lo que hizo Rachel y todos estamos en vilo sin saber para dónde movernos... Llama más tarde o mañana….

—Me es difícil conseguir recepción, así que pásame a mamá o a papá —ruego—. Solo será un segundo…

La línea se queda en silencio cuando se mueve y empiezo a desmoronarme con la discusión que empeora mientras mi hermana dice algo que no entiendo, pero todos se oyen alterados…

—Emm, mejor llama más tarde en verdad….

—Pasame a mis padres —insisto con los ojos ardiendo—, necesito hablar con ellos.

—Están ocupados porque en Londres...

—Quiero hablar con ellos.

—Te estoy diciendo que…

—¡No me importa! —mi pecho colapsa y Vladimir se me viene encima colocándome el filo del haladie contra la garganta— ¡Quiero hablar con papá y mamá, así que dales el maldito teléfono!

—¡No me hables en ese tono! ¿Qué pasó? ¿Te caiste de los patines? ¿Te volvieron a descalificar por terca? —me regaña— Emma, sea lo que sea no se compara con la zozobra que estamos viviendo acá y tú solo te comportas como una caprichosa.

Las lágrimas bajan por mis pómulos e intento que eso no se vea reflejado en mi voz, que no sienta la bola que me atora y la tristeza que me taladra.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar— ¿Te metiste en algún problema?

La mirada del rubio me amenaza sin apartar el filo.

—Perdí en una competencia —le digo— y quería que papá, mamá o tú… —siento que la exaspero cuando respira hondo— Olvídalo, ¿Rachel está bien?

—Si, pero no puedo darte detalles ahora. Le informaré a todos que llamaste.

«Tu espíritu es grande, pequeñuela». Recuerdo las palabras de mi amigo Death.

—Dile a papá que sigo sin buena recepción, cuando pueda les texteo —me despido—. Los quiero.

Cuelgo, «Ellos no tienen la culpa». Concilio conmigo misma, ellos no saben lo que pasa realmente… Es solo que… Es solo que no tengo quién mueva el mundo por mi bienestar.

Vladimir me saca de nuevo a la cubierta, le quito el bebé a Cédric y el Underboss me arroja un mendrugo de pan el cual recibo solo para tener fuerzas para cargar al niño.

—¿Ahora entiendes lo que dice? —pregunta Vladimir— Ella es todo y tú no eres nada.

Una lancha se acerca al medio fluvial y el mafioso ruso sale del interior del barco mientras que su hijo se aleja como si no le gustara que lo viera conmigo. Maxi aparece a despedirlo y junto con Vladimir esperan a que se vaya.

—Buen viaje padre —le dice Maxi—. Te esperamos en el sitio acordado.

El rubio mueve la cabeza en señal de despedida y el Boss se encamina a la baranda dedicándome una leve mirada antes de bajar la escalera que lo conduce a la lancha.

Maxi se enfoca en mí cuando su padre desaparece y el Underboss deja caer la mano en su hombro indicandole que entre, pero Maxi se mueve como si le diera demasiado asco.

Ambos vuelven adentro mientras yo sigo afuera lidiando con el frío de la noche. Pongo el bebé contra la pared cubriendolo de la helada y con el próximo mendrugo de pan hago que lo chupe para que tenga algo en el estómago.

El príncipe está en la esquina y me da cierto pesar verle el brazo levantado el cual le tiembla como si tuviera mucho dolor todavía. Somos miserables los dos; yo por pagar una condena que no es mía y él por perder lo más preciado para un médico.

Siento que mis fuerzas son cada vez más nulas y ahora entiendo a los que me dijeron que morir era lo mejor.

El graznido de las gaviotas se hace presente a la mañana siguiente, el calor me mueve y tanto a Cédric como a mí nos asean en la cubierta. Dejo que me echen agua en ropa interior.

— Bota a esa porqueria—se burlan los verdugos mientras me esmero por asear al bebé—, es un anormal igual que tú.

«A palabras necias, oidos sordos»

—¿Y tú, manco? —se van contra Cédric— ¿Puedes asearte o quieres que alguien te restriegue el culo?

Lo empujan varias veces hasta que se cae y el aullido de dolor no se hace esperar cuando le pisan la herida de la cortada la cual sangra recordandome como se la cortaron y me llevo al bebé tomando la ropa de cambio también.

Por suerte alcancé a guardar los tampones en mi sudadera antes de abandonar el catamarán y la sangre ha ido mermando, así como también los dolores han desaparecido. Abotono el vaquero, me coloco la playera y hago un pañal improvisado rompiendo parte de la manta del bebé. «No va a sobrevivir con pan», lo tomo centrada en que a lo mejor en tierra firme puedo robar algo para él.

Los Romanov empiezan a salir, entre ellos el anciano en silla de ruedas y los hombres rubios con sus sumisas. Ninguno tiene pinta de mafioso ahora, parecen más una pandilla con chalecos de cuero, pañoletas en la cabeza y botas por fuera del pantalón, hasta Vladimir adoptó el mismo look al igual que Kira, Zulima y Salamaro que se pierden por un momento.

El barco se va acercando, Cédric con la ropa mal puesta y herido es obligado a ocuparse del anciano de cabello largo. Los verdugos lidian con el equipaje, el clima es tan árido y sofocante que debo dejar la manta de

lado para que el bebé no se desespere en lo que bajamos entrando a la multitud.

El Underboss se mantiene a mi lado mientras atravesamos un mercado donde se vende de todo; comida, ropa, accesorios, golosinas, jarrones. «Marruecos», leo en uno de los letreros. Vladimir mira al bebé de reojo y este le sonríe.

—Le caes bien —cuido de que no me oigan— ¿Nos compras algo bonito?

«Me hace falta algo bonito», hace de cuenta que no existo y salimos del gentío. Un grupo de moteros nos recibe; gente con cara de asesinos que portan el mismo atuendo que los Romanov y chalecos pesados los cuales tienen estampado la cara de un león atrás. Vladimir recibe la moto chopper que le dan y de mala gana me pasa un casco para que suba tras él.

Obedezco aferrandome al bebé mientras la pandilla se mueve en manada no sé a dónde, pero el paisaje del mar es reemplazado por extensas carreteras rodeadas de desierto que recorren horas rodando como si no hubiera rumbo alguno. El bebé se mantiene contra mi pecho y de vez en cuando lo descubro asegurándome de que esté bien.

Creo que me distrae de la miserableza que estoy viviendo. La columna me duele y agradezco que se detengan para hidratarse.

—¿Coleccionas porquerias? —le dice el anciano Romanov a Vladimir— ¿En verdad no había nada mejor para raptar? Ella es poca cosa para todo lo que nos jode su hermana.

—¡Son unas perras! —grita el resto de la pandilla— ¡Largo sufrimiento para las James!

—Venderé el engendro al circo —contesta el Underboss y todos empiezan a burlarse— y ella todavía no sufre lo suficiente.

El rubio cruza miradas conmigo dejando caer la botella de agua que tiene, está casi por la mitad y entiendo la orden silenciosa. Levanto el envase dándole un poco al bebé antes de empinarmela yo.

Vuelven a ponerse en marcha hasta que la noche los hace detenerse para armar un “Campamento” donde hay más gente con los mismos chalecos. Prueban armas, desnudan mujeres, beben licor y le rinden pleitesía a los Romanov que se toman el sitio.

—La hermandad se cuida entre sí —dicen varios—. A robar y a delinquir para que sepan que la Bratva es la que manda.

Me quedo de lado, el niño está desesperado y trato de acunarlo aquí y allá, pero no deja de llorar. Los pandilleros están en lo suyo y por suerte soy a la que todo el mundo evita . «Necesito alimentar el bebé».

—Emma —Kira aparece detrás de unos de los camping—, mira esto.

Voy a su sitio acunando al niño.

—Le rogué a Salamaro por esto y tardó, pero al fin lo trajo.

Recibo la bolsa que me da; tiene pañales, un biberón, una fórmula y ropa de bebé.

—Gracias —me lleno de alivio escondiéndome tras las lonas—. Estaba preocupada…

—Descuida, quise acercarme anoche, pero sabes como es Maxi.

—Iré por agua, ¿Lo puedes cuidar un momento? —ubico la caneca que tienen.

—Ve, pero no tardes —advierte.

Soy rápida llenando el biberón, me gustaría que fuera algo más higiénico, pero no hay nada más. Preparo un tetero lleno y Kira me devuelve al pequeño.

—No sé cómo se hace, pero…

—Creo que debes levantar más el codo —explica la novia de Maxi—. He visto que lo hacen así...

Lo alimento y recibe ansioso, tan ansioso que se atora por un momento tosiendo y soltando leche con sangre a través de la

nariz, «Anomalías». Debo golpearle la espaldita cuando se pone a llorar y me da tanto pesar.

—Mejor no le des más —sugiere Kira—. Tomó gran parte y es lo que importa...

—Tienes que irte —sugiero, no quiero meterla en problemas.

Estamos semiocultas, pero desde nuestro ángulo se puede detallar la fogata rodeada de hombres y mujeres con aspecto tenebroso. «Son como salvajes» que se pelean entre ellos y las mujeres no tienen pudor dejando que las toquen y besen de forma obscena. El Underboss está entre ellos al lado del hermano que habla sobre esquiar diciendo lo bueno que es mientras el rubio asiente como si le diera razón, pero Maxi ni se mosquea.

Entro en duda con la escena, ¿El odio de Maxi no es correspondido? Felicitan a Vladimir y su hermano voltea de inmediato mirándolo con envidia.

—¿Qué le hizo Vlad a Maxi? —le pregunto a Kira.

Dudo que me conteste y si no lo hace la entendería, ya de por sí le debo muchas cosas y es la única voz dulce que no me trata mal.

—Le quitó a su madre. Por culpa del Underboss, la mafia perdió una mujer digna de la Bratva —responde despacio—; Grande, belicosa y amorosa, pero por Vladimir ya no está.

Toma al bebé dándome a entender que no quiere hablar más. Una motera se acerca a Maxi y este le agarra el trasero sin disimulo yéndose tras ella cuando lo tienta, mientras que Kira actúa como si nada.

—Él no te merece —digo entre dientes—. Eres genial y aún así se va con otras…

—Todos los hombres de aquí hacen eso, así que no lo juzgues —me devuelve el bebé cuando llega Vladimir que le indica que se mueva.

Recojo las cosas que me dio Kira.

—A dormir —ordena Vlad.

Agradezco que no sea en la intemperie y sea en el mismo glamping donde dormirá él, hay que acomodarse en el suelo, pero no se ve incómodo y hay espacio para caminar sin agacharse. Se quita el chaleco deshaciéndose de los zapatos mientras yo busco la manera de que el bebé duerma cómodo. Hay pedazos dentro de mí que se están cayendo e intento sacar el poco optimismo que me queda.

—Se llama Bendi —digo—, pero no solo Bendi...

—No estoy para tus estupideces —contesta el rubio—. Ni siquiera sabes de qué drogadicto es esa porqueria que se va a morir.

—Su pasado no importa —refuto—. Ahora es nuestra bendición temporal hasta que lo dejemos a salvo en algún sitio… A menos que quieras que seamos como Brad Pitt y Angelina Jolie teniendo bebés adoptados —lo molesto— ¿Qué dices?

Se acomoda dándome la espalda y me inclino a taparlo junto al bebé antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias por sacarme del horno —aprovecho el momento—. Pensé que…

—Cuando la ruleta ficha, el cazador debe matar con sus propias manos —contesta—. Un maldito horno no me iba a quitar el privilegio.

Vuelvo a mi puesto, pese a su crudeza sigue siendo mi único rayo de esperanza, la única persona capaz de matar al ruso ya que ni Rachel pudo con un ataque tan directo.

—Si tienes pesadillas puedes pasarte a este lado —le digo a Vladimir—. Cuidaré del bebé y de ti.

—Mejor cuida tú lo que haces —advierte— que estás dejando de gustarme.

Coloco la cabeza en la almohada y, como todas las noches, a las pocas horas él se levanta a sorber cocaína. Lo observo desde mi puesto queriendo saber el origen de la cortada que carga, ¿Cómo se la hicieron? Creer que la muerte de su madre fue un accidente suaviza un poco más la imagen que tengo de él, porque hay que ser demasiado malo como para lastimar a la

persona que amas y siento que él amaba a su madre, así como la amaba el ruso.

CAPITULO 21 — AHOGO

Emma.

Trato de dormir, pero el bebé me despierta dos veces en la madrugada pidiendo el biberón, «Por suerte hay agua dentro del glamping» aunque no es suficiente.

A la tercera vez me veo obligada a salir por más y para cuando vuelvo, Vladimir lo tiene en brazos sentado en el piso mientras me mira mal.

—¡Qué mono te ves! —bromeo.

—Este fenómeno no puede estar aquí…

—No te autoeches —preparo el biberón—. Nos gusta tu compañía, muevelo un poco para que se calme…

—Mira pequeña puta…

—Ya me encargo, no entres en pánico y mejor dime cómo dormiste —recibo al bebé dándole el biberón— ¿Soñaste conmigo? ¿O soñaste que eras un modelo de tinturas para el cabello?

Veo un amago de sonrisa, pero se termina poniendo una almohada en la cara.

—Lo noté y eso ya me alegra el día —lo sigo molestando—. Estoy siendo una buena esposa.

La jornada empieza temprano, debo asearme rápido y abordar la moto con el Underboss encontrándome con que las cosas no son como ayer ya que se adentran en varios pueblos causando desmanes; roban, arrebatan e incendian llevándose lo que les place y yo siempre me alejo con Bendi y Kira.

Es la misma rutina que sucede en los días que transcurren, mejorando la herida de Cédric y quitando el sangrado que padecí mientras el niño va

adaptándose al biberón.

—Cúbrelo con esto —la novia de Maxi le pone una chaqueta encima cuando el olor a gasolina es demasiado fuerte—. Esperemos aquí.

Estamos detrás de la gran pared de un banco local y la Bratva está saqueando el dinero. Él bebé ha tomado un poco de peso en los cinco días que lleva conmigo siendo mi única distracción; lo alimento, juego con él y duerme conmigo.

Vlad no se ha portado tan mal, trata de darme una gran parte de las sobras que deja. Entiendo que no pueda hablarme, pero su indiferencia merma cuando estamos a solas. Ya no se queja tanto por el bebé, está tan concentrado en sustituir a su padre que no tiene tiempo para eso.

—Ven, pequeña puta —me llama antes de subir a la moto. Tiene una mochila cruzada en el pecho y yo me apresuro a seguirlo queriendo salir del caos.

Los moteros no tardan en ponerse en marcha siguiéndolo, pero él se va quedando atrás después de estar varios minutos en la carretera.

—Avancen —indica—. Siento un ruido extraño en el motor.

Espero en una de las rocas mientras se encarga, la mochila que me pone a sostener tiene un montón de joyas y tomo uno de los anillos el cual me baila en el dedo cuando me lo mido.

—Se lo quité a un cadáver —dice y me lo quito de inmediato.

—Ni por los difuntos tienen respeto — sigo mirando— ¿Qué hacen con el que no tiene dinero? ¿Le roban el hambre? ¿La dignidad?

Saca una botella de agua acercándose a mi lugar.

—Hay muchas cosas aquí —rebusco mientras sostengo al bebé con un solo brazo—. Creo que estos aretes se te verian lindos.

Recuerdo a mamá quien tiene pendientes hasta para ir a correr. El Underboss observa al niño mientras sigo curioseando.

—No soy de tener cosas valiosas, ¿Sabes? —comento— Papá dejó de comprarme porque siempre las pierdo —toco los pendientes de corazón que me han acompañado todo este tiempo—. Les dije a mis amigas que era oro blanco cuando me preguntaron por estos y se lo creyeron…

Dejo de hablar al sentirme como la loca que divaga sola.

—Serás una pobretona en el más allá —contesta el rubio siendo frío como siempre—. En la vida hay que tener aunque sea una joya de valor la cual nos saque de apuros aquí o en el infierno.

Me quedo pensativa recordando mi estuche de neceseres; tengo pulseras de colores y joyas chinas.

—¿Crees que los fantasmas del inframundo sepan la diferencia entre una esmeralda de verdad y una de imitación? —indago—No contestes, con mi aura, de seguro me topo con algún espectro joyero de esmeraldas…

Lo hago reír y mete la mano en la mochila sacando un collar de perlas el cual rompe sacando una, la repara antes de dejarla en mi mano.

—Con esto no te arrancarán la piel cuando llegue el momento de irse —dice llenándome de nostalgia.

—Gracias —la empuño—. Me gusta mi piel y es bueno saber que la conservaré.

—No está mal —se empina la botella de agua—. Me da asco, pero es una buena piel, varias veces me he querido hacer unos zapatos con ella…

—Que asco…

Soy yo la que ríe ahora mientras él se acerca apartando los mechones que el viento deja en mi cara.

—¿A quién le enviaste el video? —pregunta.

—¿Esto es romance ruso? —trato de ponerme sensual cambiando el tema — La carretera, el atardecer…

Trata de devolverse a la moto, pero sujeto su hombro robandole un beso que acepta con simpleza mientras poso la mano en su rostro «Dejar de

gustarle es mi fin». El sadismo de Vladimir no se ve reflejado en la forma de besar ya que cuando lo hace saca ese lado humano el cual esconde con otros.

«Lado humano que nunca le veo a su padre». El ardor que sentí cuando me tenía contra la palmera me avasalla la espalda y Vladimir se aleja cuando Bendi se pone a llorar.

—Creo que está celoso.

—Súbete a la moto —me pide Vlad y guardo la perla dejando que me lleve al campamento.

Volvemos a lo mismo de todas las noches; fiesta alrededor de una fogata donde se muestran qué robaron y donde follan mujeres delante de otros. Kira y Zulima son las únicas que se salvan.

—¡Largo sufrimiento a las James! —me grita un borracho y Maxi se ríe — ¡Brujas malditas!

Cédric se compadece desde lejos y paso el mal trago con Kira que se robó una olla de cocina grande donde bañamos al bebé detrás de los camping distrayéndonos un rato.

En ocasiones notas que estás tan mal que la simple risa de un niño es lo único que te alegra. Él ya extraña mis brazos y cuando Kira lo alza me mira como si quisiera volver a mí, «Siento que es la única persona que no nota mis defectos».

—Está engordando —le comento a la novia de Maxi—. Mira estas piernas, ya la ropa no le va a quedar.

Jugamos un rato en el glamping cuando Kira nos deja, le doy de comer a Bendi y me acuesto junto a él aplacando el poco cabello que tiene hasta que se duerme. La fiesta sigue afuera y el Underboss llega tarde acomodándose en su puesto.

—Descansa —le digo y no contesta con soberbia. «Todavía puedo entrar a romper esa norma consiguiendo que mate al Boss», me mentalizo.

Pierde la noción, el bebé no molesta en toda la noche y para cuando despierto ya Vladimir no está. Me aseo y me cambio para alzar al bebé, sin embargo…

Lo siento frío cuando lo toco y quito las sábanas rápido queriendo despertarlo, pero no abre los ojos, los labios están morados, no respira y…

—¡Vlad! —lo tomo saliendo asustada— ¡Vlad, el bebé no respira!

Lo busco entre el gentío llamando la atención de todos, no sé qué hacer y dejo el cuerpo en el suelo queriendo que reaccione mientras sigo llamando a Vladimir.

—¿Alguien sabe? —inquiero desesperada cuando no lo veo— Anoche estaba bien y ahora…

Kira aparece con el resto de los Romanov y yo trato de ubicar a Cédric, pero Maxi lo manda atrás.

—¡Cédric! —lo llamo e intenta venir, pero termina siendo arrastrado— ¿Qué hago?

Sobo las manitas del niño, pego la oreja a su pecho mientras busco la manera de que respire, pero nada funciona.

—Deja que lo revise un segundo, por favor —le ruego a Maxi—. No va a tardar…

Su burla suelta la carcajada de los otros mientras le suplico. Trato de hallar al Underboss levantando al bebé y entro a los glamping queriendo que el niño se mueva.

—¡Vlad! —exclamo cuando aparece— Él bebé estaba bien anoche y ya no respira..

—Ve adentro —pide entre dientes.

—Dile a Cédric que lo revise, que lo mire —le suplico—. Por favor, Vlad...

Trata de arrastrarme al camping, pero pongo resistencia.

—¡Necesito que Cedric lo revise! —exijo— ¡Haz que lo revisen!

Él se adelanta, un verdugo trata de llevarme y yo me suelto queriendo tomar el brazo de Vladimir, pero este se vuelve hacia mí soltando la bofetada que me arroja a la arena con el labio ensangrentado.

—¡Se murió! —me grita— ¡No haces nada bien y lo mataste. Ahora lidia con eso por terca y estúpida!

Sacudo la cabeza queriendo abrazar el cuerpo, pero la bota del rubio se planta en mi estómago mientras Maxi me arrebata al bebé.

—¡Dejaselo! —le reclama Kira mientras me descontrolo en el suelo al captar lo que hará—. Maxi, por favor…

Vladimir no me deja mover y el cuerpo del niño termina en la hoguera como un animal avivando las llamas que sacan el llanto que me ahoga y colapsándome en segundos cuando mis cimientos se vienen abajo.

—¡Malditos, malditos! —les grito— ¡Me alegra que se muriera su madre, hijos de perra!

—¡Callate! —Vladimir vuelve a golpearme mientras forcejeo.

Nada me importa y no hago más que revolcarme en la arena hundiéndome en el pozo el cual me grita que ya no hay salida, ya no hay nada a qué aferrarse, nada que me haga feliz.

—Levántate —exige el Underboss, pero le devuelvo los maltratos golpeándolo también y ganándome su furia, «No quiero sus manos sobre mí»— ¡Que te levantes!

Me toma de la playera y me dejo caer. Me dejo hundir en el lodo que me sume en la oscuridad siendo rebeldemente estúpida.

—¡Matala! —pide Maxi— ¡Es una perra inutil!

Batallo y batallo pese a que me toma del cabello, pese a que trata de inmovilizarme sigo luchando en el suelo hasta que Vladimir se levanta de un momento a otro alejándose de mí ardiendo preso del enojo. «Es el momento en el que no hay más para dar».

—Boss —dice poniéndose presentable.

La sombra se cierne sobre mí mientras veo cómo el fuego consume el cuerpo que quise proteger en el horno.

—De pie, Emma —demanda el ruso y algo dentro de mí me exige que obedezca. Mi cerebro sabe que Vladimir es el paraíso, pero que el mafioso es el maldito infierno.

Me incorporo y camino con los pocos fragmentos que me quedan queriendo alejarme de todos lo que me observan. Paso por su lado sucia y abrazándome a mí misma mientras él luce pulcro al lado de Zulima.

—¿No tienes modales? —su voz remarcada me detiene.

—Buenos días —sollozo y sigo avanzando.

No soy más que basura que no vale un mísero centavo y qué razón tienen todos al tratarme como me tratan, ¿Cuánto tiempo estuvo ese bebé en manos de su madre y no murió? Y conmigo... «Lo maté», «Fallé». Así como fallo en el comando, así como le fallo a mis padres y como fallo en el patinaje.

Me oculto tras una roca. La realidad es dura para los que viven entre sueños, para aquellos que creen que con ilusiones se sobrevive y me han pegado un bofetón el cual me ha hecho notar que no soy ninguna valiente. «Soy una patética», un ser en cautiverio en medio de un infierno del cual no va a salir con alas imaginarias.

Me hundo con el recuerdo de las derrotas, aquí y afuera no soy nadie. Las lágrimas se acaban con el pasar de las horas, estoy cubierta solo por la sombra de la piedra. No como, no bebo nada; solo me voy volviendo fría, liviana y miserable con el olor a bebé que no se me quita.

El frío de la noche es lo que me levanta haciéndome volver. Vladimir no me determina y Kira está sola con un ojo cerrado por algún golpe que le dieron. Sé que habrán represalias y ya no me importa, simplemente me aseo colocándome un vestido suelto y unas sandalias livianas. Me peino el cabello y me pinto los labios antes de salir a la fiesta, «No quiero sentirme como me siento». La gente murmura mirándome con odio y me robo una botella la cual destapo y me marea con el tercer trago.

El mafioso ruso está al otro lado de la hoguera sentado con vaqueros y una playera negra de cuello bajo que le deja ver parte del pecho. Tiene a Salamaro al lado y yo prefiero irme con miedo, adentrándome en el desorden de los moteros donde follan y sueltan tiros con la música a todo volumen.

¿Qué más da si no valgo nada? Me acerco a uno de los borrachos en busca de acercamiento sexual, pero…

—Largo puta —me empuja.

Voy por otro, no me importa que sean animales, solo quiero que me destrocen, que pisen lo poco que queda.

—¿Quieres sexo? —bajo las tiras del vestido mostrándole mis pechos a otro— ¿Quieres follarme?

Escupe a un lado.

—No me gusta ni la ley ni las niñas —se aparta—. Estas sí son hembras.

Toma a una motera arrancándole la ropa mientras no recibo más que empujones y rechazos. Me ofrezco a uno de los verdugos y termino en el suelo como siempre. En el suelo estuve en el comando, en el suelo estuve en el hielo y en el suelo estuve mientras el bebé se quemaba.

—¡Lárgate de aquí! —un sujeto empieza a patearme sacándome del grupo, dejándome peor de lo que estaba; demostrando que he llegado a un punto donde ni deseos despierto y solo vivo para ser maltratada.

Tropiezo con la cuerda cableada y una sonrisa escueta se dibuja en mis labios recordando las palabras de mi cuñado cuando me dijo que había sido fichada; «Suicidarse es la única solución» Él tampoco se condolió, a él tampoco le importé.

Tomo el rollo de cuerda abrazándola mientras me alejo con los ojos ardiendo. Los pasos se convierten en grandes zancadas y las grandes zancadas en trote mientras empiezo a correr como corría en la arena de la playa. Minutos huyendo de lo inevitable.

Sigo corriendo. Me hubiese gustado que Dios hiciera el mundo mudo para no tener que oír las palabras que abren y lastiman más que cualquier arma, más que cualquier puñal.

«La cadete no aparenta tener una buena carrera en la milicia».

«Emma parece que no fuera una James».

«Emma no va a llegar a nada».

Continúo hasta que me pierdo hallando un árbol de enebro con poco césped alrededor. Dejo caer la cuerda tomando uno de los extremos y armo el nudo de ahorque llena de rabia. Esto era lo que tenía que hacer desde un principio.

Con el nudo asegurado lanzo el otro extremo de la cuerda por encima de la rama dándole la vuelta tres veces en ella preparando mi propia ejecución. Pruebo que la rama resista mi peso. Seco las lágrimas con el vestido mientras amarro el extremo en el tronco de una forma que no se desate y voy por las rocas que pondré de base.

Puedo vivir decepcionada del mundo, pero no decepcionada de mi misma porque soy la única persona que se tiene fé y eso se acabó.

Subo a las rocas con las piernas temblorosas y procuro mantener el equilibrio en lo que coloco la cuerda en mi cuello.

El llanto cargado de tristeza sale de mi tórax. Bajo el nudo alrededor de mi garganta, lo ajusto bien y cierro los ojos recordando a mi familia por última vez antes de balancearme, dejando que la base de rocas se desarme bajos mis pies.

El tirón abrupto me hace doler la parte posterior del cuello, la sensación de asfixia lanza espasmos musculares que me hacen abrir la boca mientras que por instinto mis dedos se aferran a la cuerda queriendo detenerlo, «Mi cuerpo, más no mi mente». Cierro los ojos esperando la hora, el momento donde dejaré de existir, pero estos vuelven a abrirse con la mano que acaricia la parte interna de mis muslos.

«El ruso». Quiero gritarle que al fin se ha salido con la suya, sin embargo, la escena que me muestra es de escándalo; yo colgada con los dedos

enterrados en la cuerda y él con el miembro afuera masturbandose frente a mí, alardeando el glande que me rompió, el cual esta más hinchado que nunca en tanto mi sexo suelta punzadas violentas en lo que lucho con la muerte.

Su sonrisa de satisfacción le asegura la victoria. Gruñe con el placer que se da y el pánico aumenta con la navaja que desfunda.

«No quiero que ellos me maten», quiero ganar aunque sea en esto. Acerca el filo a mi torax, pero en vez de apuñalarme abre el vestido junto con el brasier. Abruptamente baja las bragas dejándome desnuda antes de arañar mis glúteos acercándome a él, medio sosteniendo mi peso para que reciba oxígeno.

Junto mis piernas con fuerza dejando mis rodillas pegadas sufriendo con la agonía, siento que el aire no es suficiente y todo empeora cuando me deja caer nuevamente. Las aureolas de mis pezones se expanden endureciendose súbitamente mientras siento que mis pechos van a estallar por la irrigación sanguínea.

—Muérete llena de mi leche, Ved´Ma —se masturba echando sus fluidos en mi vientre y vagina desnuda — ¿Está caliente?

Boqueo con la saliva que no puedo tragar y él se hace a un lado clavando el miembro endurecido en mi pierna. Dos de sus dedos capturan mi clítoris en tanto su pulgar baja por la abertura de mi trasero hundiéndose en mi recto y alzándome de nuevo mermando la asfixia. Me duele todo y mi sexo es abierto por el ruso que masturba mi canal entreabierto, húmedo y caliente.

Vuelve a dejarme caer y la cuerda gira mi cuerpo mientras las luces saltan ante mis ojos en tanto él hurga haciendo que mi canal arda de placer. Mi cerebro se está perdiendo por la falta de oxígeno, el miedo a la muerte me respira en la nuca quitándome lucidez mientras los dientes del ruso tiran de mis pezones con fiereza dándome otra bocanada de aire cuando me sostiene alzándome con los dedos en mi canal.

Emito un gemido ahogado cuando las paredes vaginales se contraen en medio de alucinaciones donde me imagino siendo empalada por él, donde el

infierno es lujuria pura ¿Quiero que me empale? ¿Mori y solo alucino? No entiendo porqué mi cerebro imagina eso, pero fuertes oleadas de calentura toman mis sentidos cuando añade otro dedo el cual dilata mi ano en lo que roza su dura verga contra mi piel gruñendo como si fuera a correrse, como si verme a punto de morir fuera satisfactorio.

Su esperma baja en gotas por mi piel metiéndose en los pliegues de mi sexo y el pecho se me desboca cuando lanza varias palmadas contra mi pubis metiendo los dedos otra vez, atrapando el órgano eje del placer el cual desata sacudidas que me debilitan más al soltar los fluidos del orgasmo que explota y hace que se aleje dejandome sin apoyo.

La asfixia se intensifica y los cambios son abruptos con ese punto cercano al más allá. Dejo de luchar con la cuerda soltando los brazos; me siento hinchada, las piernas se me separan en tanto mi sexo gotea liberando fluidos sexuales…

El mareo me atonta, los párpados me pesan, la penumbra me toma, siento que soy una pluma; un ser en el espacio el cual se desvanece quedando en blanco.

-------———-------

Hay un zumbido en mis oídos, el cuello me duele, mis extremidades no quieren responder y un fuerte agarre sostiene mi cabeza aferrándose al cabello que nace en mi nuca, poco a poco voy recuperando la noción. Siento, pero no puedo abrir los ojos, solo me percato de cómo sujetan mi boca pasándome aire estando semi levantada. Tapan mi nariz, emito un quejido y sus labios se acercan a mi boca entreabierta dejando caer el hilo de saliva el cual recibo gustosa.

No tengo fuerzas y mis ojos siguen sin querer abrirse. El agarre vuelve a tornarse fuerte mientras el olor a macho avasalla mi nariz. Rozan algo salado en mis labios, luego en mis mejillas, vuelve a mi boca entreabierta y de la nada el miembro grande y grueso se sumerge de golpe ahogándome mientras los testículos quedan en mi mentón.

Él gruñe, yo me atraganto y lo saca rápido para volverlo a meter obligándome a respirar solo por la nariz. Mis párpados se abren y me deja

en el suelo acomodándose sobre mí.

—Ved´Ma —susurran en mi oído—, te voy a empalar y vas a chillar.

Me abre las piernas acomodándome las manos sobre la cabeza en tanto un grueso capullo entra en mí embistiendo, clavando mientras me llena con su gran miembro. Mi cuerpo está consciente y mis órganos están respondiendo en lo que se recomponen al llenarse de oxígeno.

Muerde mis pechos, mi clavícula y mis labios maltratando la herida provocada por su hijo. El dolor es fuerte, pero es recompensado siendo follada por el mafioso ruso que golpea duramente dentro de mí.

—Ten, mátate con esto —jadea y mis piernas se separan recibiendolo en lo que gozo siendo empalada por el Boss que golpea dentro de mí con una brutalidad salvaje.

El clímax reanima mis neuronas, sin embargo, el despertarme también despierta aquella tristeza que me nubla la vista. El pecho se me carga y él pasa los labios por mis ojos cuando los sollozos sacan las lágrimas cargadas de decepción y de desespero al estar sumergida en semejante éxtasis el cual suelta alaridos pequeños por parte de mi garganta.

—Tú mi esclava y yo tu amo —ratifica ejerciendo fuerza sobre mis muñecas —. El amo te pone a chillar, te pone a arder y el amo te parte como y cuando quiere…

El tronco grueso me abre con cada arremetida y escondo la cara en su cuello avergonzada en cómo mi cuerpo se desafora y se revela con convulsiones internas.

—Te alimento, te maltrato y te destruyo —sigue susurrando en mi oído —, porque este coño nunca será igual después de esta verga rusa que quiere sangre.

Sujeta mis caderas bombeando de una forma tan abrupta con la cual siento que me va a partir, que me va a volver a romper ya que al ser grande y yo pequeña se le hace fácil manejarme como si fuera un monigote. No sé de dónde surge tanta humedad que chillo más alto cuando cinco embates me

encogen el estómago con la fuerza que ejerce. Aporrea y sujeta mis labios con fuerza soltando un chorro caliente antes de…

—Me corro, te corres —establece a modo de demanda en tanto mi cuerpo se debilita con el segundo orgasmo de la noche.

Todo arde más cuando se pone de pie dejándome con las rodillas separadas y con sus jugos saliendo de mí. El cuerpo me duele, el frío me toma y trato de cubrir mis partes, «Doy asco», sudada, follada y atontada.

Sigo sintiéndome herida, inservible y patética. El vestido está demasiado lejos para estirar la mano y poso los brazos sobre mi pecho en un vil intento de cubrirme mientras él me mira desde arriba limpiándose el capullo con el pulgar antes de guardarlo.

—Я хотел крови —dice en su idioma.

—Vete, por favor —«Siento pena de mí misma» —. Espero que algún día noten que nunca ha sido mi culpa —mi boca forma un puchero sin querer —. Ustedes me han lastimado a mí, pero yo a ustedes no y algún día pagarán por eso.

Se mete las manos en el bolsillo delantero como si fuera a avanzar y otro sollozo se me escapa. Sollozo que hace que abrace mis propias piernas sustituyendo los abrazos que nadie me da, el cariño que no recibo desde hace mucho.

—Caprichosa consentida —dice de espaldas.

—¡Vete! —exclamo y el ruso se voltea sacándose la playera que me pone tomando mis brazos para que los meta en ella, aparta las lágrimas y vuelve a levantarse juntando los pocos palos secos que hay alrededor. El torso descubierto no es molestia ya que actúa como si fuera inmune al frío.

—Te escucho —se sienta a mi lado sacando el encendedor que prende la pequeña hoguera que hizo frente a mí— ¿Qué te tiene así Ved´ma?

Siento que me voy a ahogar y el aroma de su colonia me hace entrar en calor mientras las llamas le aportan luz al panorama. Tiene la piel limpia, los bíceps en el tamaño perfecto y una mirada leonada la cual me vuelve más vulnerable, más temerosa.

—Quiero oírte —reitera y mi pecho vibra con el suspiro cargado que suelto.

—Por mi culpa se murió el bebé —confieso llorando— y quería hacer esto bien pero, como siempre, soy una tonta que lo termina arruinando.

Acaricia mi mentón conectando mis ojos con los suyos.

—Se iba a morir Ved´ma, no es tu culpa —me dice—. Aunque hicieras tu mejor esfuerzo el HACOC iba a hacer de las suyas. Tú solo le diste días buenos antes de partir.

El acento, el atractivo y la sinceridad que denotan sus palabras son como un paño de agua fría en este atrofiado corazón.

—Fuiste una buena chica —termina y sacudo la cabeza— ¿Me vas a contradecir?

Asiento y me mueve ubicándome entre sus piernas, no dejo de mirarlo y sus nudillos rozan la marca de la cuerda mientras que con la mano libre me recoge el cabello.

—Te puso mal el que esos te rechazaran —habla suavemente en mi oído —. Sin sopesar que las hienas saben que le perteneces al león —arquea mi cuello paseando los labios suavemente por él—. Cuando tienes mi poder no tienes que hablar, ellos no tienen que saberlo ni entenderlo; simplemente sienten el miedo que suelta el instinto de supervivencia.

Mordisquea mi piel logrando que mis párpados se cierren cuando su lengua toca las marcas en tanto sus músculos se pegan a mi espalda. La caricia de su lengua es como un ungüento que contrarresta la molestia y siento que soy una cachorra la cual está siendo curada por un animal.

Va subiendo a mis labios hasta que su lengua se une a la mía con un beso que me sabe a crema de cacao, explora mi boca en tanto recorro los hombros tallados, desplazándome a su espalda. Sus brazos son una cueva peligrosa, caliente y perversa. Su pulgar recorre mi nuca como si buscara el punto que encuentra cerca de mi vena carótida.

—El amo se lleva a la esclava —separa nuestros labios a la vez que su otra mano presiona la otra parte de mi cuello con fuerza exagerada, la cual

me vuelve lánguida hasta que mis ojos se cierran cayendo en su pecho.

Me desvanezco y para cuando quiero reaccionar no siento el intenso olor de su loción, pero sí su calor al ser alzada como una muñeca. Mi cabello se mueve con el viento mientras mis manos cuelgan y mis ojos se niegan abrirse.

—¿Qué le pasó? —reconozco la voz de Kira y el bullicio de la Bratva.

—La violentaron y quiso ahorcarse —contesta el ruso dejandome en una superficie plana —. La encontré tirada.

—Me alegra que esa perra esté sufriendo —reconozco la voz de Maxi—, debieron empalarla…

—¡Largo sufrimiento a las James! —dice un coro de gente.

—Cédric —reconozco la voz de Salamaro—. Revisala.

Siento que vuelven a moverme llevándome a otro lado y a otra superficie. El aliento cálido con olor a chocolate avasalla mi nariz antes de deslizarse a mi oído.

—Buena chica —me dice el ruso antes de marcharse y de ahí para allá lo único que capto es la voz de Vladimir.

━━━━━━━━━━━━※━━━━━━━━━━━━

«Я хотел крови: Queria sangre»

CAPITULO 22— VACIO.

Emma.

El linaje de mamá está compuesto por mujeres hermosas cargadas de inteligencia, las cuales siempre resaltan que nacimos para lo importante, para aportar cosas útiles al mundo. Las Mitchels nunca fracasan, ellas forjan carreras exitosas y suelen hallar hombres o personas que les bajan la luna si quieren.

Siempre he visto eso; a mi padre dando todo por mi madre, a mi cuñado dando todo por mi hermana mayor, hombres adinerados queriendo acicalar a Sam y de tanto ver creí que conmigo se repetiría, sin sopesar que en toda familia hay un señalado y yo soy esa señalada.

Soñé y me vi siendo un buen soldado el cual en sus tiempos libres gana certámenes de patinaje. No soñé con hombres millonarios, pero sí con un novio adolescente, de esos que conocemos a los catorce, se enamoran y crecen forjando sus logros.

Tal vez mi defecto sea que noto las cosas demasiado tarde. Debí darme cuenta de que no era como las mujeres de mi familia cuando los pocos chicos con los que salí se hartaban de mi inmadurez llena de chistes y de amor por las cosas llamativas. La seriedad es una característica que buscan los hombres y yo… Yo sigo abrazando al elefante gigante que promociona servilletas en el supermercado.

—Emma —me llaman— Emma, ¿Cómo te sientes?

Abro los ojos y las sombras se van aclarando, estoy en el glamping con Cédric y Vladimir que se ve más fantasmagórico que nunca. Mi cuello duele al igual que mi torax, tengo la boca seca y con el despertar llega la sensación de vacío.

—¿Emma, cuántos fueron? —pregunta Cédric— ¿Recuerdas lo que pasó?

Sacudo la cabeza. Si sé lo que pasó, pero no quiero empeorar mi tortura ni reconocer que he tenido sexo tres veces con el hombre que repudia mi existencia.

—Muévete —lo quita Vladimir—. Es mi asunto ahora.

El príncipe me echa una última mirada antes de marcharse preocupado.

—Tendría que quemarte para quitarte el olor a semen que cargas encima —me dice Vladimir—. Te ofreciste como una ramera y mira… ¡¿Para qué haces eso?!

Niego y él se acerca a encararme.

—Si se me muere la presa voy por la que sigue —empieza—. La ruleta quiere sangre James y el que te suicides solo me dará más comida; la próxima será Sam o Luciana, pero Rachel James sin su escarmiento no se queda —paso saliva—. No voy a quedar en ridículo al no completar las exigencias de la Bratva porque soy el sucesor de mi padre, así que vístete y lávate que tienes que cumplir con tu castigo y más te vale resistirlo.

Me saca de la cama. Hay un tazón con agua donde me obliga a bañar tres veces y lo hago sin refutar mientras varias voces en ruso murmuran afuera. Siento que tengo la fragancia del Boss en la nariz y ese sabor a cacao en mi boca.

—Rápido —pide Vladimir metiéndose varias líneas de coca mientras me visto.

—¿Qué me harán? —pregunto nerviosa y Maxi abre el glamping justo cuando me estoy terminando de colocar la playera.

La cara de satisfacción me aterra.

—¿Estabas caliente buscando sexo? —averigua— Pues adivina, tenemos un castigo muy satisfactorio para ti.

Vladimir me da la espalda mostrando inconformidad.

—No estaba buscando nada —retrocedo cuando vienen por mí—. Puedo explicartelo Vladimir —insisto— ¡Puedo explicar cómo fueron las cosas, cómo me estaba sintiendo!

Sigue de espaldas dejando que Maxi me lleve afuera con dos torturadores más mientras me resisto. No puedo vivir, pero tampoco puedo morir siendo la pieza de un juego medieval lleno de perversos y pagando una condena que parece eterna.

—¡Márquenla! —gritan— ¡Márquenla!

¿Marcar?

—Las esclavas no pueden ofrecerse —me dice Maxi—. De hacerlo las marcamos en la frente y en disculpa debe chupar todas las vergas de la Bratva mientras otros te follan dandote una lección inolvidable ya que al amo se le respeta.

Hay una pequeña tarima de madera y hombres por todos lados, mujeres que se ríen y que ponen cara de asco cuando me ven. Le suplico a Kira con los ojos, pero Salamaro se la lleva lejos junto con Zulima.

—¿No lo sabías? —sigue— Las esclavas solo tienen sexo como castigo.

Procuro soltarme, pero no me dejan y tampoco me esfuerzo lo suficiente. Mi alma está demasiado cansada con todo ya que no tengo una buena ilusión, una esperanza la cual me diga que al menos soy importante en este planeta.

Me arrastran al Glamping más grande del campamento. Los demás hombres se preparan y abren la entrada dándome paso al sitio de descanso del mafioso ruso.

—Queremos castigo, padre —dice Maxi dando un paso atrás—. Marcala.

No batallo, simplemente me fijo en el hombre que tengo al frente y cómo me gustaría que la crueldad se viera reflejada en todos los sentidos. Los criminales no deberían lucir como luce él que está recostado en una mesa con la pierna semi levantada en ella.

—¿Qué pasa? —pregunta metiendose una fresa a la boca.

—La esclava quería sexo con fines de sastifacción…

—¿Qué pasa con tus modales, Emma? —no deja terminar al hijo. Todos esperan mi respuesta y él come más fruta sin dejar de mirarme con esos

ojos cargados de perversidad— No te escuché cuando entraste…

—Buenos días —digo despacio.

—Varios confesaron que pidió que la follaran, así que marcala por puta —pide Maxi —. Afuera se están preparando. Por Sasha y por todo lo que nos han hecho.

«No puedes ir por la vida haciendo cosas sin pensar, Emma». Recuerdo las palabras de Sam mientras las lágrimas bajan por mis mejillas. Maxi deja algo rojo sobre la mesa y mi cerebro no para de sopesar cuántos hombres hay afuera; «Son más de cien».

El ruso se ríe metiéndose otra fresa en la boca. Se pensaría que un mafioso tan grande se mantiene elegante todo el tiempo, pero él no; él luce recién bañado con vaqueros ajustados, botas de motorista y playera de tela delgada con una camisa abierta por encima.

—Quiero ver la cara de tu hermana —me dice— cuando le entregue tu cuerpo mordido, roto y maltratado —mastica—. Conoce la simbología de la Bratva, sabe lo que significa una cruz en la frente de una esclava.

—Ya he dicho varias veces que no tengo la culpa de tu daño —lo interrumpo y levanta el dedo pidiendo silencio.

—Déjenme solo con la subordinada—pide.

Maxi se marcha sonriente y uno de los verdugos sella el cierre de la entrada. Varias sombras empiezan a rodear el Glamping gritando cosas en ruso que no entiendo, pero el tono es de exigencia. Exigencias absurdas porque solo actué sumida en la tristeza, en la masoquista depresión que me exigía más dolor.

Los gritos se alzan y el ruso deja ambos pies en el suelo viéndose más grande, da un paso adelante y mis rodillas se hincan de forma automática como si su dominio se palpara. Rodillas en el suelo, pero con la mirada fija en la suya reparando ese gesto cargado de odio el cual reitera el repudio hacia mi apellido.

—No eres el primero —digo con la voz temblorosa—. No eres el primero que me lanza injustamente a la jaula para que me coman los depredadores,

así que no te sientas especial por hacer esa marca.

No le bajo la mirada y él estira el brazo tomando la cuchilla de afeitar que Maxi dejó en la mesa.

—Todo lo que me ha pasado nunca será culpa de Rachel —continúo queriendo resignarme—. Ella se equivocó lastimandote, pero no tiene la culpa de que yo no sea la niña de los ojos de papá, ni el orgullo de mamá. No es su culpa que nadie haga algo por mí, así como no tiene la culpa de mi fracaso y no tiene porque pesarle el que no me haya hecho notar lo suficiente para que me extrañen y quieran venir a salvarme.

Desarma la cuchilla quedándose con la hoja filosa.

—¿Quieres que alguien te salve? —inquiere— Mal pensamiento. Nacimos solos, nos defendemos solos y nos salvamos solos. Nadie alzará la voz exigiendo que no tengas esta cruz en la frente la cual mientras vivas todos sabrán que le chupaste la verga a la Bratva.

Se inclina con el filo plateado en la mano, afuera los gritos siguen alzándose a coro dándome un cálculo del número por el que pasaré.

—Nadie te salvará, Emma, así que hazlo tú —se alza de nuevo—. Convence al único que puede detenerlo.

¿Que puedo darle yo a un hombre como él?

—La reputación de Vladimir puede caer con el video que tienes —se me adelanta—, pero lo muestres o no, ellos harán lo que la norma exige con o sin Underboss.

Miro al piso como si ahí estuviera la respuesta mientras los gritos siguen latentes demostrando que no son más que bárbaros, se acerca más y sujeto la pretina del vaquero buscando desesperadamente lo que hay adentro. La verga rígida salta ante mis ojos totalmente erguida, los alaridos de afuera me ponen los pelos de punta y él la sujeta con una media sonrisa.

—¿Con esto vas a salvarte? —indaga— Es una mala elección, porque si lo haces mal duplicaré el castigo.

No quiero esa marca en mi frente, no deseo que otros hombres entren en mí y por ello le doy un lametazo a la punta antes de introducirla en mi boca como puedo, ya que el grosor es difícil de manejar para quien no tiene la más mínima idea de cómo hacerlo de la manera correcta.

«Sabe bien» pero el capullo es lo que más avasalla mi boca siendo tan grueso. Lo introduzco mojándome con la textura suave que entra en contacto con mi paladar. Mi lengua trata de moverse y sujeto el tronco chupando la deliciosa cabeza; no sé como manejarlo ni qué más hacer ya que los gritos de afuera no hacen más que alterarme, pero el nerviosismo no detiene las oleadas de humedad que surgen en mi sexo.

¿Qué me pasa? Es mi captor, sin embargo, le saboreo la verga lamiendo y masturbandolo mientras lo empapo con mi saliva en cada intento por chupar ya que mi integridad depende de esto. Su seriedad me dice que no lo estoy haciendo bien y sigo moviendo la mano con desespero mientras él se mete una fresa en la boca viendo como lo hago.

—Es que solo te lo hecho a ti —trato de explicar.

—¿Y?

La vuelvo a meter. Las sombras de afuera son demasiadas, me veo siendo tocada por esos bárbaros y mis ojos se cierran aferrándose a los muslos del ruso. Respiro y empujo su verga a lo más hondo de mi garganta que se abre con el capullo, controlo la arcada resistiendo y él se yergue con un jadeo que me llena la boca de saliva.

La saco y vuelvo a meterla logrando que esta vez llegue más lejos, empuño la tela con fuerza y él separa los labios dejando escapar otro jadeo.

—La abrí bien —dice y vuelvo a empujar iniciando los movimientos los cuales solo se pueden definir con un “me está penetrando la boca”. Y lo peor es que el gozo es exquisito, ese cosquilleo picante que se aloja en la punta de mi clítoris. Se la mojo toda con el entra y sale que la va dejando cada vez más lejos mientras siguen gritando afuera.

Traslado las manos a ambos lados de su cintura y lo miro mientras me la atasco toda contrayendo la garganta. Él comprime el estómago soltando un

gruñido el cual me hacer querer mantenerla, pero la resistencia me falla y mis propios reflejos me mandan atrás sacándola de golpe. La atrapa y un hilo de semen sale de ella mientras caigo en el piso.

Me toco la garganta sorprendida de todo lo que dejé entrar. Los alaridos de afuera son más altos y el mafioso se guarda el miembro molesto antes de tomarme del brazo.

—Puedo hacerlo otra vez —le pido cuando empieza a sacarme—, por favor.

Hay decenas de vergas afuera que me ponen a temblar y Maxi está en la tarima mientras las burlas vuelven el entorno más humillante.

—Márquenla —piden a coro— ¡Márquenla!

Vladimir está a un lado en su papel de Underboss el cual deja claro que hace lo que se le diga.

—Los testigos —pide el Boss moviendo la hoja filosa de la cuchilla entre los dedos—. Hay que saber por qué es el proceder de las cosas para que ella lo recuerde y no lo vuelva a hacer, si sobrevive.

Salen dos pandilleros junto con un verdugo y mis lágrimas caen en la madera del asqueroso paredón. El ruso les ofrece la cuchilla invitándolo a subir mientras mis dientes chocan unos con otros inmersa en el terror.

—Si crees que es culpable, marcala —pide el mafioso y los tres hombres se ríen en tanto los otros festejan.

El olor es asqueroso y el pandillero recibe la hoja plateada antes de sujetarme el rostro. Aprieto los párpados sintiendo como el filo se aproxima a mi entrecejo.

—Si te equivocas y lo noto meteré un tubo caliente por tu tráquea— vuelve a hablar el ruso—. Por la tráquea de los tres…

El hombre duda con una burla falsa.

—Estamos seguros —confirman—. Ella se nos ofreció, pero no la tocamos ya que es el enemigo.

—Entonces procede —anima el ruso y vuelvo a sentir la proximidad de la hoja—. Tu esofago estará a salvo porque no te estás equivocando. Captalo Emma, un hombre de la Bratva puede estar ebrio y drogado, pero siempre es plenamente consciente de lo que hace porque si se equivoca y no lo asume es traición, y la traición se paga con sangre.

Abro los ojos enfocándome en el asqueroso que tengo en frente el cual aprieta el filo de la cuchilla con rabia.

—Ella se nos ofreció y no la tocamos —reitera.

—¿Me estás convenciendo a mí o a ti? —sigue el ruso— Ella dice que si la tocaron y luego la violentaron. Obviamente la palabra de mis hombres está primero, pero el que no vea la cruz en su frente me dice que no está mintiendo y cayeron en lo que repudian y es el apellido de la James.

—¡Eso es mentira! —exclama el voyeviki de Maxi— ¡Ella pidió que la follaran, pero obviamente no le hicimos caso!

—¡Entonces porque mierda no has tomado la cuchilla o el puñal marcandola tú! —se impone el ruso— ¿O es que tampoco estás seguro?

Saca el puñal apartando al pandillero que tiene la cuchilla e Ilenko deja caer un cuchillo idéntico al del verdugo. Cuchillo con el que me cortó la ropa mientras estaba colgada.

—Este puñal hace parte de tus armas y estaba en el sitio donde apareció la subordinada—dice el Boss—. Traicionaron mi hermandad tocando a la esclava de un Romanov…

—No…

Una piedra impacta contra la cara del verdugo, seguida de esas varias más contra los hombres que están en la tarima desatando el caos que trae a la multitud. Maxi es quien más aviva la matanza obligando a que Salamaro me baje mientras entre ellos se sumen en su barbaries.

—¡Traicioneros! —gritan— ¡Nunca dormimos con el enemigo!

Me guian al glamping de Vladimir y volteo cruzando miradas con el mafioso que está como si nada. La revolución se queda afuera y me entran

seguida del Underboss que me señala la silla plegable pidiéndole a Salamaro que se vaya.

Saca la ropa de la maleta a las malas hasta que halla el tubo de crema y no dice nada, pero entiendo lo que quiere hacer y me quito la playera mientras él trata de no mirar mucho. Solo empieza a tapar las marcas que me dejaron los labios de su padre dejando una buena cantidad en la parte donde me quedó el rastro de la cuerda.

Lo siento tenso espabilando varias veces como si esto le afectará también. Los ojos se le enrojecen y los dedos le tiemblan mientras sigue esparciendo el contenido.

—Si vuelven hacerte esto, dímelo —advierte—. Señalalo porque no lo quiero para mi…

—¿Amiga, esposa? —indago cansada— ¿Victima?

—Esclava.

Sigue untando con odio mandándome a los cojines cuando termina. Da vueltas en el glamping pasándose las manos por la cara, ¿Le trae malos recuerdos? Se ve ansioso, pero decirle la verdad hará que las piedras caigan en mi dirección y ahora debo enfocarme en la muerte del mafioso para tener la certeza de que mi familia estará en paz.

El Underboss se queda en la silla mientras duermo por ratos donde me mantengo más inquieta que tranquila. No toco el pan que me da con agua, no puede darme hambre con el olor del bebé impregnando los cojines.

—La cena —Vladimir deja otro plato, esta vez con avena el cual queda en el mismo sitio—. No has comido nada hoy.

—Estoy bien, no te preocupes…

Sale, siento que ambos necesitamos nuestro espacio antes de volver a conectar. Vuelve y se queda dormido después de varias horas dando vueltas y yo me pongo de pie recogiendo las prendas de vestir que me había regalado Kira.

La nariz me empieza a arder removiendo la culpa de al menos no enterrar su cuerpecito. El aire de afuera huele a alcohol y sangre cuando salgo, los pandilleros duermen en sus refugios, los verdugos rondan a lo lejos y muevo las piedras de la hoguera recogiendo en una de mis playeras las cenizas que hay.

Uno de los torturadores se acerca, pero ha de creer que estoy maldita porque se devuelve de inmediato. Lo mismo pasa con los otros cuando me alejo hacia la roca donde lloré ayer cavando en la arena un hoyo para Bendi.

—No temas —susurro—. Dios ha de darte una mejor mamá en el cielo.

Me quedo un rato soltando las pocas oraciones que me sé mientras me convenzo de que debo seguir aunque no hayan motivos de peso, ya que en ocasiones solo hay que andar por nosotros y nadie más. Andar con la fé de que al final habrá algo bueno.

Vuelvo al glamping donde el Underboss sigue dormido y en la mañana siento como me unta crema en el cuello y en las marcas antes de irse a los desmanes mientras finjo que duermo.

Trato de hacer las cosas bien evitando regaños, queriendo ocupar la cabeza en otra cosa que no sea lo que sucedió el día que intenté quitarme la vida. Todos los hombres de la Bratva me evitan y cuando aparece el mafioso mayor se dispersan como si tuviera lepra.

Cédric cuida al abuelo Romanov y hasta los rubios de cabello largo, familiares del Boss, se abstienen de decirme algo, de mirarme e insultarme. Me voy a dormir temprano o fingir que lo hago, ya que cuando el Underboss se queda dormido aprovecho para visitar a Bendi completando su novena de fallecimiento.

Reflexiono prometiendo no volver a atentar contra mi vida porque ya llegará ese algo que volverá a encender las emociones. «El anhelo de volver a ser feliz a otros está siendo reemplazado por el anhelo de ir tranquila por la vida». Hacer lo que quiera, ser feliz siendo yo y no lo que otros quieren.

Regreso al campamento y mis piernas pierden fuerza con el hombre que está fumando fuera de su sitio luciendo un mero vaquero con una mano

metida en el bolsillo delantero, mostrando el torso esculpido descubierto y los hombros tallados que lo hacen ver como un guerrero legendario. Sé que ya me vio, me froto el brazo avanzando con la mirada en alto.

—Buenas noches —mi boca se mueve sola

—Buenas noches, Ved´ma —me dice a la vez que su loción avasalla mi nariz.

Me muevo velozmente a mi lugar abriendo el cierre e inevitablemente mis ojos echan una mirada al sitio donde me sigue observando, así que entro apresurada limpiándome la nariz rápido para desaparecer el olor que lo acompaña.

A la noche siguiente trato de hacer la novena más temprano evitando encuentros inesperados, pero él vuelve a estar en el mismo sitio con el mero vaquero otra vez.

—Buenas noches —paso por su lado.

—Buenas noches, Ved´ma —contesta.

¿Qué es Ved´ma? ¿Será villana? ¿Zorra? ¿Zorra villana? Algo que lleve V debe ser...

Esta vez me quedo con su olor y con su imagen en mi cabeza. Las noches siguientes tienen un mismo patrón por mi parte encontrándolo a él en el mismo sitio y doy por hecho que quiere mostrarle a la luna el fantástico cuerpo que tiene.

El día nueve llega y las lágrimas se me salen con mi última visita, con mi última oración hacía el bebé. Los sollozos me acompañan de camino a mi sitio y seco mis mejillas al momento de pasar cerca del ruso.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches, Ved´ma —contesta.

Despierto temprano, habiendo pasado lo de Bendi debo enfocarme en Vladimir. La marca en mi cuello ya no es tan notoria al igual que los moretones que han ido mermando.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —le pregunto mientras se pone los zapatos—. Ayer ví que no te gustó lo que te dieron…

No dice nada.

—Oye… Estuvo mal pelear, pero yo no quiero contiendas con el chico al que le tengo cariño…

—¿Le tienes cariño a un drogadicto el cual quiere matarte?

—No elegiste ninguno de esos dos caminos, así como yo tampoco elegí estar aquí —continúo y vuelve la vista hacia los zapatos haciendo que me arrastre a su sitio— ¿Todavía te gusto?

Busco su mirada y al no hallarla lo codeo.

—Ya me siento mejor —miento—. Seré una buena esposa.

—No quiero que la bebida caliente tenga azúcar —contesta.

—Vale —salgo. Las mujeres están en sus cosas y no me evitan, pero tampoco me hablan. Kira es la única que me sonríe desde lejos.

Zulima prepara el desayuno del Boss y mientras acaba saco un plato con avena para Cédric que, por lo que he visto, casi siempre le dan las sobras.

—Gracias —me dice y asiento.

Varios camiones se oyen a lo lejos de la carretera, los hombres de la Bratva se ponen alerta y hasta las mujeres sacan cuchillos. El Underboss sale también uniéndose a los que se atraviesan en la carretera deteniendo la caravana con casas rodantes. La curiosidad me gana yendo a ver lo que harán.

—Pasan cuando ya no tenemos fenómeno que regalar — se burla Maxi y contengo las ganas de estamparle el sartén como a la matriarca.

—Es poco lo que traemos —dice uno de los artistas—. No son buenas fechas…

La salida del Boss le agrega rudeza a todo el mundo cuando manda a veinte hombres a revisar los vehículos; sacan ropa, joyas de utilería, pelucas... Mientras que los otros encañonan a las víctimas.

—El dinero se nos fue en comida —el dueño le explica al ruso mientras uno de los hombres de la Bratva trae una jaula con un león albino enjaulado —. Lo acabamos de comprar…

El ruso niega con la cabeza pidiendo que levanten las armas.

—Una propiedad tuya que ahora será mía —se queda con la jaula—. Fuera de aquí.

Todos se mueven recogiendo lo poco que pueden mientras yo me quedo absorta con el cachorro que parece un peluche. Lo llevan al centro del campamento y el mafioso ruso lo saca de la jaula tomándolo por el pelaje mientras este le ruge mostrándole los colmillos, pero él le acaricia la garganta calmandolo.

—Padre, está hermoso —adula Maxi siendo apoyado por el resto de los rubios.

—¿Dónde está la esclava? —pregunta el Boss y una de las mujeres me saca para que quede a la vista— Mi león necesita que le sirvan.

Se encamina a mi puesto con el animal en la mano y no hago más que extender los brazos para recibirlo, «Es hermoso».

—Que su próximo alimento lo alimente —dice haciendo que todos se rían y me da igual. Mi atención está en el cachorro que me llevo emocionada recogiendo la jaula.

Agua es lo primero que le doy.

—¿Y el desayuno? —pregunta el Underboss.

—Oh, si —no lo miro—. Dejé los huevos con el sartén, pones a calentar el aceite y luego los echas a freír.

Lo oigo respirar hondo…

—Tengo que cuidarlo… Bueno, está bien —trato de levantarme, pero sacude la cabeza.

—Encargate de eso y no me metas en más problemas…

Me ocupo del cachorro haciendo pausas solo para comer. Al ser el león del Boss le dan buenos pedazos de filete y Salamaro me da las indicaciones de lo que se debe hacer y lo que no…

—Ten cuidado con eso, niña —me advierte el moreno—. Cuidalo con tu vida que los leones son algo sagrado entre los Romanov.

Le adecuan el sitio donde dormirá, así como también le consiguen leche de primera con un biberón de veterinaria. No me quiero encariñar con esto, primeramente porque me costaría un pie si lo arruino, «Pero es tan hermoso». Anochece y no hay la típica algarabía de siempre.

—Mañana se le rinde tributo a la muerte de madre —informa Maxi mientras le doy trozos de carne al cachorro—. Recuerden que no derramamos sangre en la fiesta sagrada. Necesito músicos en el campamento y que haya comida hasta para botar, ya que Sonya se lo merece.

Empiezan a limpiar el campamento y termino rápido con el animal cuando noto al Underboss tambaleándose mientras aparta a todo el mundo encerrándose en el glamping.

Lo hallo mal.

—¿Sasha? —lo escucho sorber mientras solloza, «Está drogado» —. Si no eres la tía Sasha, vete.

Llora, el movimiento de sus extremidades me dice que está teniendo una crisis de ansiedad y me acerco a acariciarle la espalda.

—Ven —trato de voltearlo, pero no se deja—. Vlad… Te escucho si quieres…

—Sonya lo siento, perdón por ser tan despiadado…

No parece que tuviera veinte años cuando gira en medio de una crisis de llanto la cual hace que se jale el cabello.

—La maté —se mira los dedos—. Su sangre está en mis manos…

Me da escalofríos y lo termino abrazando llevándolo a la cama sin soltarlo mientras solloza contra mi pecho hasta que el psicótico hace efecto

dejándolo dormido. Vigilo su sueño y trato de dormir yo también, pero me entra la paranoia de que no haya cerrado bien la jaula del león o que alguien lo suelte para perjudicarme.

¿Y si se escapa? Me incorporo a buscarlo. No hay nadie rondando, la jaula está detrás de uno de los árboles y me agacho a tomarla, pero una sombra se mueve haciéndome sacar la cabeza «Zulima con traje de sumisa». Mi genio se descompone y no sé porque no guardé al animal desde un principio.

Está dormido y busco algo para beber hallando un cuchillo pequeño en los utensilios de cocina. Volteo a ver el enorme glamping del jefe y me aseguro de que no haya verdugos mirándome.

Su sitio es el más grande de todos y rápidamente me muevo a las cuerdas que se anclan en el piso cortando y dejando un mínimo hilo que lo sostenga mientras corto las otras.

«Mafioso de mierda».

Gateo para que no me vean repitiendo la operación en todos los puntos. Termino y con disimulo me apresuro a mi refugio queriendo ver qué pasa, así que medio levanto la puerta de tela para espiar. Vladimir sigue dormido y, como lo calculé, el viento sopla levantando la tela blanca del “Boss”.

«Se lo merece».

El amanecer no es soleado y Vladimir se mantiene de espaldas a mi lado apretando las sábanas en medio de una crisis.

—Vete —me pide.

—Hey.

—¡Que te vayas! —enfurece y me aseo rápido sacando al león.

El día pinta gris, las nubes auguran lluvia y están armando el glamping del Boss, también un techo para resguardar los otros refugios.

—Emma —me llama Zulima cuando salgo y temo a que sea para algún reclamo—. Ven, por favor…

Me acerco como si nada y no sé por qué le miro el cuello. Los daños del toldo del Boss lo tienen desayunando al aire libre con Maxi.

—Ayudame con esa jarra de jugo —pide Zulima—. Sírvele zumo al Boss…

Obedezco de mala gana.

—La memoria de madre debe respetarse hoy sin sumisas que te ronden para que te las folles —alcanzo a oír a Maxi cuando me acerco y no sé porque comparto esa idea —. Hoy es el día para pensar en Sonya…

«Eso si no lo comparto».

—Buenos días —digo de forma automática.

El mafioso fija la mirada en mí, una mirada asesina que me hace servir el jugo rápido perdiéndome ver al león, ¿Sabrá? Nooo, imposible. Fue un desgaste de cuerdas lo que pasó.

Alimento al animal y los Romanov sacan a Vladimir del campamento escoltándolo como si fuera muy peligroso…

—¿Qué pasa? —me acerco a Kira hablándole con disimulo.

—Mañana vuelve —contesta de la misma forma y doy por hecho que debo ir yo también, pero Kira me detiene—. No se te ocurra…

«¡Oh, diablos!» Mis ojos viajan al puesto del Boss que me sigue mirando mal y mis instintos de supervivencia se ponen alerta.

Rápidamente le dejo comida, guardo al león y me coloco las zapatillas cerradas queriendo huir, «Viviré lejos del campamento mientras vuelve Vladimir».

—Tienes que vivir con esto —le dejo comida y agua al animal antes de salir.

Como siempre, los hombres no me determinan y empiezo a alejarme en tanto las primeras gotas de lluvia comienzan a caer mientras miro constantemente atrás, ¿Para qué corté eso?

Las gotas se intensifican, la lluvia cae con fuerza y algo me hace voltear notando al hombre que me sigue haciéndome correr entre el pequeño tramo de árboles que aparece.

—¡No fui yo! —le grito. Vuelvo a mirar atrás viendo como viene por mí en medio de la lluvia, acelero el paso y freno en seco cuando de la nada aparece frente a mí el abismo con cascada que por poco no noto.

La altura me hunde el estómago y el mafioso sujeta mi brazo mientras la gotas nos empapan.

—¿Qué animal anda cortando cuerdas en la madrugada en cuatro patas? —indaga— Oh si, Emma malcriada James…

—Tu esposa murió y tú aquí queriendo reprenderme como si fueras mi papi —me toma del cuello de la blusa y manoteo mientras muevo los pies pisandolo para que me suelte e intenta llevarme, pero el suelo se desmorona y por más rápido que se quiere ser nos vamos al vacío.

Mi corazón pierde ritmo, mis oídos zumban ante el pánico del vértigo que me golpea y segundos después caigo en el pozo de agua que entra a mis vías respiratorias.

CAPITULO 23 —HONDO

Ilenko.

¿Qué puedes esperar de quien nace para dañar?

¿Qué puede ofrecer quien se cría en la perversidad, en lo obsceno y en lo irracional?

Crecí entre parafilias, entre atrocidades las cuales te quitan las barreras de lo justo, de lo sano y lo normal.

Solo hay tres mierdas asquerosas fuera del mundo sexual que me rige y gobierno; «pedofilia, zoofilia y necrofilia». No me gustan, no las manejo, no las toco, pero de ahí para allá no aseguro nada porque me amoldaron con este fin. Para Ilenko Romanov no hubo porno de adolescente, para mí hubo sexo y orgías en vivo y en directo.

He visto todo lo habido y por haber en el sexo, no hay un termino que no conozca o que no me hallan mostrado. Mi primera eyaculacion fue en la boca de una puta que mientras me felaba con la boca yo sacaba un dildo del culo de otra.

El gen Romanov es así; perverso y depravado. Soy un amo maligno, un dominante cruel. Yo no busco, la que viene a mí es porque conoce lo que hago y son muchas, a excepción de…

Emerjo a la superficie atrapando a la mujer que está por ser arrastrada cuesta abajo.

—No puedo respirar —se mueve desesperada mientras lidia con la corriente— ¡Y no siento nada bajo mis pies!

Patalea hundiéndose en el agua que la ahoga.

—¡Estate quieta! —la regaño sacándola de nuevo.

La corriente es fuerte y me cuesta nadar a la orilla, ya que la caída de la cascada torna el agua violenta, así que me apresuro alcanzado una de las rocas que se encuentra a los pies de la catarata dejando a Emma contra ella

antes de impulsarme hacia afuera. Sigue lloviendo, la superficie es un peligro ya que el agua sube cada vez más y la lluvia no da para escalar la pendiente llena de rocas.

Levanto a Emma moviéndome rápido entre las piedras. «Esto me pasa por andar acechando lo que no debo acechar».

La lluvia empeora y debo subirme a las rocas de más arriba buscando un alto para la marea, ella trata de hacer lo mismo y la tomo del brazo dejándola a mi nivel.

Camino por la orilla empedrada cruzando la cascada y adentrándome en la cueva escondida que yace detrás de la cortina de agua. Ella entra poco después igual de empapada que yo.

Las piernas artísticas se ven bien con el short corto y sus pequeños pezones en punta forman dos tentadoras protuberancias a través de la blusa, «No tiene el cuerpo de una verdadera hembra, tampoco de las mujeres rusas y fácilmente podría decir que la estoy cuidando al verse siempre tan indefensa y yo tan grande».

—Eres una maldición andante —le digo cuando de mala gana se sienta en la única gran roca que hay— Debí dejar que te arrastrara la corriente por inmadura…

—Pero preferiste recrear a La Bella y la Bestia en versión cueva —refuta — ¿Dónde está la rosa?

Mira a todos lados y afirmo el pie en la piedra sujetándole la barbilla.

—Creeme que eres todo menos bella…

Me manotea negándose a disimular que le molestó el comentario. El encierro me impacienta, no deja de llover y termino caminando aquí y allá.

«Tengo asuntos que atender como para andar en cavernas con niñas que me interrumpen el sexo y la vigilia haciendo cosas infantiles». En la madrugada estaba sobre Zulima cuando reconocí su sombra gateando afuera y mi cabeza no pensó nada sano con ella en esa posición.

Rebusco en mi bolsillo hallando el caramelo de cacao que dejo en mi boca queriendo bajar las ansias, se derrite en mi paladar y me meto otro con la euforia multiplicada.

«Si la muerte no fuera tan sencilla, hace rato le hubiese pegado un tiro». Termino sentado en la roca donde ella está. El dinero que tengo no se acabaría ni con veinte generaciones y por ello no me voy a sentar en el suelo. Lo único que se oye es el caer de las gotas y me meto otro caramelo chupando más despacio.

Mantiene las piernas extendidas y mi vista periférica no deja de reparar eso, sopesando la idea de separarlas y meterle un vibrador de doble penetración.

«Que ruegue para que la deje correrse». Se estira en el puesto, «La voy a zurrar y dejarla varios días en una jaula hasta que sus piernas dejen de desatar ideas obscenas»

—Siempre verás las cosas como menos o malas si las mides solo con lo que te agrada —dice de un momento a otro—. A ti te gustan las mujeres despampanantes, pero a mí me gusta ser menuda porque lo requiero para el patinaje y no hay nada de malo en eso… Tampoco me hace menos bella.

—Bien por ti.

—¿Si sabes que es el patinaje? —sigue—. De seguro no…

—Emma James Mitchels; concursante estadounidense en la pista de hielo de Los Ángeles participando a las 8:05 de la noche por un cupo para un curso intensivo con la mejor patinadora de los olímpicos —le suelto—. Quedaste afuera ya que ocupaste el noveno lugar porque los jueces siete, cuatro y uno se voltearon cuando hiciste el salto triple. El Walley también se lo perdieron y tampoco pusiste atención por estar pendiente a lo que te decía tu entrenador ya que te gustaba y fue él quien no notó que los patines estaban mal ajustados…

La dejo callada, «Si no sé de algo, lo averiguo» como qué diablos hacía antes de conocerme. El silencio vuelve mientras abre la boca varias veces para hablar hasta que…

Le lanzo una mirada de advertencia dejando claro que no quiero insultos ni faltas de respeto.

—¿Los jueces no vieron mi salto? —pregunta ante mi seriedad.

—No.

—Con razón me dieron un puntaje tan bajo, yo sentía que lo había hecho perfecto —confiesa—. Estaba convencida de quedar al menos en el segundo lugar, era una muy buena rutina y ese día me cuidé de no hacer saltos prohibidos… Hasta torné el espectáculo un poco soso porque en verdad quería estar ahí.

Se me acerca más y dobla la pierna sobre la roca manteniendo la espalda recta.

—Los primeros lugares eran para los familiares lejanos de dos de los jueces y nadie lo sabía —continúo—. En el concurso de Boston perdiste por saltos violentos y en Filadelfia todo estaba bien, pero no querían arriesgarse con novatos.

—¿Cómo sabes todo eso?

Alzo los hombros y apoyo el brazo en la piedra mientras sin decirle nada empieza a contarme con detalle lo que sucedió en dichos eventos. Mueve las manos torciendo los ojos convenciendome de la falta de estética y modales que no le infundieron.

—Yo amo mis giros y piruetas porque las reinvento con cosas crazys que nadie se espera…

Volteo la cara al imaginarme lo abierta que debe estar abajo al tener la pierna tan alzada y…

— ¿Me estás poniendo atención? —me pega en el brazo.

—Si.

Continúa, desplazo la vista a sus labios y ella vuelve a acercarse con un brillo en el azul de sus ojos.

—¿Alguna vez has pagado por algún concurso? —pregunta.

—No, pero sí me lo han pedido —reconozco—. Peleas, juegos arreglados…

—¿Practicas algún deporte?

—Boxeo, riñas callejeras, pesas….

Dobla más la pierna acortando el espacio mientras despega la tela que se me pegó en el bíceps.

—En el concurso de Los Ángeles hubo una rutina inspirada en la danza sobre hielo —suspira envolviendo la tela en su dedo—. Fue una de las mejores, ¿Te gustó?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me gustó la tuya —confieso—. Solo tengo una duda.

En verdad la tengo.

—¿Cuál? —se hace la interesante— Tantos años me dan un dominio total del tema, así que pregunta lo que quieras.

—Layback Spin —le suelto— ¿Quién, cómo y dónde inventaron ese salto?

Me quedo a la espera de la respuesta que la deja confundida y alzo una ceja notando lo poco lista que es.

—¿Para qué quiere un mafioso saber eso? —refunfuña— Eso no te interesa y pensé que ibas a preguntar algo mejor y menos aburrido.

—No lo sabes…

—Si lo sé, pero no te lo voy a decir porque no te interesa.

Centro mi mirada en la suya.

—Bien, al igual esa no era mi duda —me sereno.

—Dime qué es —insiste aferrándose a mi brazo el cual suelta cuando detallo el agarre—. Solo cuéntame qué es.

Respiro hondo saboreando la duda.

—Quiero saber si la flexibilidad que muestras en la pista de hielo se puede aplicar en otras cosas como actividades de suspensión, sumisión —paseo los ojos por su cuerpo—, penetración…

Las mejillas se le tiñen de rojo y la punta de mi verga se empapa con eso.

—¿Eso tampoco lo sabes?

—La noche de Los Ángeles fue la noche de los idiotas —cambia el tema —. Invité al entrenador a salir y me dijo que no porque le gustaba mi hermana Sam —se burla—. Ya hasta hay discriminacion por tener pechos pequeños…

—¿Si?

Se queda quieta cuando deslizo la mano por su brazo bajando la tira de la blusa que deja al descubierto uno de sus pechos de señorita.

—¿Discriminó esto? —acaricio con los nudillos mientras asiente.

No son exuberantes, pero tampoco diminutos. Hundo los dedos en él atrayéndola a mi boca dejando que nuestros alientos se fusionen.

—Es un zopenco tu entrenador, Ved´ma…

Posa su mano sobre la mía entreabriendo los labios cuando sigo tocando. La distancia se vuelve cada vez más pequeña y mi morbo late al igual que mi miembro.

—Alejate y corre hacia afuera porque te vas a arrepentir —advierto ante las ansias de destrozarla haciéndola rabiar.

Aprieto lo que tengo en la mano y su boca queda contra la mía besándome con miedo en tanto acaricio su espalda aumentando el aura sexual, deja una mano en mi hombro antes de encaramarse sobre mí abierta de piernas.

Se ve tan pequeña «¡Demonios!» Pellizco el pezón erecto, su brazo queda detrás de mi cuello y clavo más los dedos en su piel mientras se refriega sobre mi verga sin darle pausa a la lengua que se mueve junto con la mía.

—Bajate —pido y desliza la boca a mi mentón mientras yo traslado las manos al culo con el que me regodeo moviéndola sobre mi ingle.

¿Qué diablos hago manoseando como un puberto a una puberta? Adentro las manos bajo la tela acariciando sus glúteos tersos que cubro arañando para que se enrojezcan a la vez que voy perfilando las cicatrices que no pueden faltar.

—No me gustas…

—Tú a mi tampoco —le saco la blusa antes de despuntar el short introduciendo los dedos en el sexo mojado que masajeo mientras bajo la prenda de jeans.

Vuelve a besarme mojando mis labios y pongo distancia para…

—Quitalo —demando en un susurro y ella se mueve dejando que lo saque junto con las bragas.

Los besos continúan ganando humedad, su vagina desnuda se mantiene sobre mi vaquero y mis manos se ven grande sobre su cintura, sobre el delgado cuerpo el cual me ofrece el cuello dejando que lo lama mientras muele sobre mí. «Exuda inexperiencia», su olor me lo dice ya que no huele a puta, no huele a mujer de verdad; huele a loción frutal mezclada con inocencia la cual solo despierta mi apetito.

Besos cargados de ternura, besos llenos de dulzura y tales besos carecen de malicia.

—Voltéate —vuelvo a pedir girándola en tanto mi verga se contrae dentro al sentir la piel marfileña de sus nalgas sobre ella, le echo el cabello hacia delante mordisqueandole la nunca y ella no deja de moverse, de contonearse avivándome más—. Ved´ma, no sabes lo que haces…

Sigue sobando, llevándome la contraria y saco la verga rígida que alberga la cabeza hinchada y resbalosa. La mantengo de espaldas y llevo mis dedos a su boca empampándolos para luego deslizarlos desde su mentón hasta su sexo donde abro los pliegues viendo la carne rosácea que brilla debido al líquido de su excitacion.

—Tu vagina se derrite por el hombre que giró la ruleta y lanzó el disparo que te señaló —confieso—. La bala atravesó tu foto y tú dejas que yo te atraviese a ti sabiendo que te vas a arrepentir.

Meto el antebrazo bajo su pierna dejando que cuelgue sobre este, mi pene reposa sobre mi abdomen y queda erguido cuando me levanto dejándola abierta ya que mantengo su pierna izquierda suspendida.

Sus nalgas siguen contra mi entrepierna mientras ella trata de mantener el equilibrio manteniéndose en puntillas con el pie que apoya en el suelo. Dejo la otra mano bajo su ombligo, atrapo el borde de la playera con mis dientes para que no estorbe y ondeo buscando su entrada con mi capullo ensartándola con una arremetida.

«Bendita fuerza y bendito equilibrio suyo mezclado con flexibilidad» que me deja abrirla, follándola con la pierna enganchada en mi antebrazo. Mis bolas se balancean y mi miembro bombea con fiereza siendo recibido por los labios mojados que absorben mi grueso falo.

El aroma de su excitación envuelve el ambiente junto con los chillidos de placer carnal que desencadena cuando aumento la velocidad queriendo darle un escarmiento, queriendo perforarla al punto de que de mí no se olvide nunca y Rachel sepa secretamente que Ilenko Romanov rompió a su hermanita…

«Ella lo callaría», eso es algo demasiado vergonzoso para contar, demasiado morboso decir que la verga de un mafioso ruso la destrozó por completo hasta morir. Muerdo la tela de la playera moviendo las caderas, atrayéndola una y otra vez, pero en vez de sangre y lágrimas recibo gemidos cargados de gozo mientras la penetro con braveza.

Traslado la mano a su cuello apretando con decisión en tanto le alzo más la pierna al punto que debo cargarla para llegar más lejos y ni así falla. Solo recibe, solo jadea con mis estrellones dejándose apretar la garganta.

Los gemidos se tornan más escandalosos y tampoco son gemidos de ramera, ni quejidos de una sumisa madura y experta; son los gritos de una chiquilla que está siendo atravesada por un criminal de 36 el cual le tapa la boca queriendo esconder como me pone eso.

A mí, que he probado de todo con mujeres de aguante sumidas en la perversión, pero no había probado este dulce ingrediente llamado inocencia y es raro que un hombre tan poderoso obtenga deleite de quien tiene la mitad de su edad y no sabe una mierda.

Le entierro cada centimetros dejándola en el nacimiento. Cada choque le bambolea los pequeños pechos mientras el enojo surge.

—часть —gruño y jadea más alto.

La estrello y la estrello en mi ingle con rabia, con ímpetu separando mis pies para darle más duro, pero en vez de llanto me da la contracción de sus paredes sumergiéndose en el orgasmo que deja gotas de sus fluidos en el suelo.

«Cría de mierda». Resoplo y pierdo estabilidad volviendo a la roca con ella ensartada encima.

«No puede disfrutar de mí sin nada a cambio», no sin un daño de recuerdo. Trata de alejarse y la tomo de la cintura subiéndola de nuevo a mis piernas.

—Te voy a untar —dice con cierto tono de pena y le beso la espalda demostrando que me es indiferente— Espera…

—¿Qué?

Subo por sus hombros perdiendo los dedos en la mata de cabello negro mientras que con la mano libre sujeto el tallo de mi verga escupiendo sobre la cabeza de esta antes de alzarla ubicándome en el aro de su recto.

—¿Esa flexibilidad también aplica aquí? —pregunto.

—Espera… No—se asusta y me aferro a su cabello asegurándome de que no pueda soltarse— Duele…

Sonrío cuando lo dice y va apretando los puños sobre los muslos mientras voy abriendo, disfrutando de la estrechez. La mera cabeza la hace chillar queriendo levantarse mientras me niego a soltarla.

—Siente como te abro, Emma James —se tensa y traslado las manos a su cintura mientras ella hace todo lo posible por aguantar—. Te puedo apostar

que en tus fantasías nunca estuvo alguien como yo…

Solloza y corro los dedos a su clítoris rozándolo con el pulgar, «Tanta estrechez me va a maltratar si no se dilata». Alzo y da un respingo cuando dejo dentro el grueso capullo, respira entre dientes y vuelvo a empujar sin dejar de estimularla.

—Duele… —vuelve a decir. Avanzo aumentando los sollozos y sujeta la mano que tengo en su cabello a la vez que un pequeño hilo carmesí me recorre el falo. Estimulo más y mi miembro se va perdiendo al igual que mis dedos en la vagina empapada que moja mi pantalón.

Sus músculos se expanden, su cabeza se viene contra mi hombro curvando la espalda mientras la introduzco toda y hago que se mueva acostubrándola a la placentera agonía de tener un tronco tan grueso en el culo ¡Grita, gime y me aruña!

Su líquido caliente moja mis testículos mientras la balanceo dándome placer en tanto tomo el control de la muñeca de ojos azules que acaba de ser empalada por el mafioso que la quiere dañar, pero que al mismo tiempo reconoce que el morbo que emana me complace con este nuevo gusto culposo que brinda su trasero redondo, su tetas pequeñas y sus labios rosados.

La piel marfileña, el cabello azabache y su dulce fragancia.

Gruño maltratando sus pechos mientras salta quejándose sobre mi verga, de tal manera que me hace enterrar la cara en su cuello cuando mis testículos se contraen soltando la eyaculación que se despliega en su canal dejándola mojada por todos los orificios.

Se limpia la cara antes de levantarse queriendo alcanzar su ropa con las piernas temblorosas, en tanto los fluidos sexuales bajan por sus muslos mostrando los restos del orgasmo provocado.

—¿Me quedo así? —alzo la pelvis mostrando como me dejó y ella rápidamente recoge las bragas limpiandome con pena.

—Lo siento, yo…

—Esto pasa siempre —sujeto su mano inclinándome en busca de sus labios—. Ten esto en recompensa…

Muevo la lengua con sigilo dentro de su boca absorbiendo la dulzura que desprende y vuelve a endurecerme. Trata de tocarme la cara, pero la detengo llevándola a la orilla de la cueva donde meto la mano en el agua que cae y soy yo el que lava sus partes antes de voltearla borrando lo que dejé.

—Ya —susurro en su oído—. Ahora cada que camines te dolerá y recordarás que no debes andar en cuatro patas cortando las pertenencias del Boss.

Deslizo los dedos por la separación de su trasero introduciendo el dedo en el orificio que maltraté y la hace respingar.

—Portate bien —advierto—. Que voy a sancionar dolorosamente tu malcriadez, ¿Lo entiendes?

Asiente.

—Vístete —le beso la coronilla antes de alejarme.

Dejó de llover y la espero en la entrada de la cueva. Las piedras siguen resbalosas y avanzo entre ellas subiendo cuesta arriba con ella detrás de mí. Debo detenerme varias veces a alzarla en las partes donde la altura la desfavorece a la hora de escalar.

—Despacio —se queja cuando la planto en una de las piedras.

—¿Duele? —escalo sonriente— Fui blando para tu suerte.

Hora y media en un suelo rocoso para nada fácil de lidiar, pero se logra avanzar hasta que llegamos a la cima y no le digo nada, simplemente me dirijo a mi sendero alejándome lo más rápido posible a la vez que tomo el camino más largo para llegar al campamento.

«Ella debe saber cómo llegar y si no que se las apañe». Camino despacio, no le debo explicaciones a nadie, pero sí tengo una reputación que mantener.

En el campamento están quitando el techo temporal que protege las tiendas de las tormentas fuertes. Avanzo como si nada, la arena está seca y la mayoría de los pandilleros preparan fogatas, música y licor.

—Padre, tu silla está lista —me dice Maxi—. Te conseguí tu vino favorito para que brindes por mamá.

—Gracias —le palmeo la espalda.

—Gracias a ti por tener a Zulima hoy solo para servir. Quiero que lo notes—se me atraviesa—. Ninguna mujer es como ella padre, nadie te hará sentir como te hizo sentir madre.

Asiento dándole la razón, «No hice cosas pulcras hoy». De hecho, nunca las hago, pero sin duda a Sonya siempre la tengo presente.

Mi sumisa está adentro sentada en la posición que debe esperarse al amo cuando no está.

—Sírveme —pido y se apresura a quitarme los zapatos despojándome de la ropa.

Dejo otro dulce de cacao en mi boca el cual empieza a derretirse mientras Zulima me prepara el baño que tomo dejando que lave mis partes con la esponja, «Nada de contacto directo». Solo sostengo mi miembro mientras esparce el jabón por mis piernas, se levanta y sube a la base de madera tomando la vasija que me empapa la cabeza mientras me echo el cabello atrás dejando que el agua baje.

—¿Está satisfecho el amo? —pregunta la sumisa con la mirada baja.

—Lo adecuado —salgo de la vasija que recolecta el agua estando de pie y Zulima se mueve rápido teniendo listas las prendas con las que me voy a vestir. Tocarme directamente es un privilegio, un regalo del amo para su sumisa.

El sabor de la boca de Emma James se me viene a la cabeza y chupo los restos de dulce que tengo en la lengua recordando que Rachel es una hija de perra, «Ella y todo lo que se le parece».

Zulima me echa loción y está tan bien adiestrada que mi indiferencia la prende más. Afuera ya hay música y licor con un altar el cual sostiene la foto de mi difunta esposa.

A Vladimir la culpa lo vuelve peligroso, el recuerdo de la sangre es algo que siempre lo torna vulnerable. Tomo asiento en mi puesto con Zulima de pie a mi izquierda sosteniendo mi copa y la jarra de vino. Los Romanov están en el festejo y Maxi se mantiene a mi derecha con el príncipe que ya dejó a mi padre durmiendo en el glamping.

—Lo seguimos lamentando, Boss —me dicen varios removiendome por dentro—. Ella era una grande…

—Si —aseguro detallando la foto que está en lo alto.

La música está alta, el león albino salta en mi campo de visión y tras él Emma James bañada y cambiada con un vestido holgado de los que le colocan a las esclavas. Se sienta en la orilla de la fogata tratando de darle comida al león y oculto el atisbo de sonrisa que surge al notar que no puede sentarse bien…

Mi verga cobra vida y ella llama al cachorro mientras Salamaro le pone un tazón de agua para el león. El consejero se aparta dejándolo en la arena, el festejo continúa y el animal viene a mí varias veces alternándose entre ella que lo alimenta y yo que le acaricio el pelaje albino.

Recibo mi licor y…. De la nada la música para a la vez que patean el tazón con agua para el león en la cara de Emma James. Dos pandilleros la llevan contra el suelo arrastrándola a mi sitio y levanto la mano para que los voyeviki no se muevan.

—Matas a mi tío por una esclava la cual no está siendo violada todos los días como se lo merece —me desafía el pandillero tatuado que se presenta con diez hombres más— ¡Ya no eres tan despiadado, Ilenko Romanov!

La Bratva trata de irseles encima mientras sigue sujetando a Emma James del cabello y vuelvo a levantar las manos pidiendo calma, «Los insultos hacia mí están prohibidos».

—Ese puesto necesita un nuevo Boss y lo reclamo en pelea —me dice mirando a la mujer que tiene en las manos—. A menos que me regales a esta puta para que le dé el castigo que si se merece por venir de la ley y por provocar a mi tío.

—¡Llévate a la puta! —dice Maxi.

—Silencio —me levanto desabotonando la camisa.

—Padre, no vas arriesgar tu vida —me dice Maxi—. Tu puesto está más que ganado, Vladimir lo entenderá y hoy no se derrama sangre por respeto a madre…

—De la calle venimos y en la calle morimos —contesto soltando la prenda— y ser líder no es ganar —bajo a la arena—, es mantenerse…

La multitud nos rodea y él suelta a Emma que se mueve a la orilla de la fogata.

—¡No te vayas muy lejos, ramera! —la amenaza el pandillero— ¡Haré que hasta mis perros te penetren!

Saca un cuchillo y yo no saco nada, simplemente muevo el cuello dejando que sea el primero en atacar. Evado la puñalada que me atina al pecho y sujeto su antebrazo mandando el cabezazo que lo hace retroceder con la nariz ensangrentada, la furia lo impulsa lanzando los puños que jamás dejaré que me den en la cara.

¡A mi me entrenaron en las cloacas y el puesto nunca me lo dieron, me lo gané! Los reflejos no me fallan evadiendo las puñaladas que me lanza hasta que los trucos lo dejan a mi espalda posando el filo oxidado en mi cuello, pero mi fuerza lo sobrepasa y aparto la hoja girando y derribandolo en el suelo. Con el pie le inmovilizo el brazo donde tiene el puñal, mientras me hinco enterrándole la rodilla en los intestinos. La presión lo hace gritar y me aferro a su mandíbula desencajándola en segundos.

Sus acompañantes retroceden cuando me alzo a clavar el talón en ese punto exacto donde sé que puedo desprenderla del cráneo, clavo y clavo hasta que se parte dandome la opcion de separarla y quedándome con el

hueso que alberga molares en la mano. La sangre sale en cantidades y me levanto mostrando la mandíbula que aviva los gritos de la Bratva.

—¡Sigo siendo el amo! —exclamo— ¡Sigo siendo el Pakhan! ¡Sigo siendo el Boss!

Le tiro el hueso al cachorro antes de volver a mi puesto con las manos ensangrentadas y con la mirada de Emma James encima.

«No me quitan el puesto. No me quitan la presa».

━━━━━━━━━━━━━※━━━━━━━━━━━━━

часть: partete.

CAPITULO 24 — PLACERES CULPOSOS,

Ilenko.

Mi fantasía siempre fue Sonya Lazareva, ella con veinte y yo con 16 atraído por el olor a sangre que cargan las mujeres de la mafia rusa. La madre del Underboss había apuñalado por un mendrugo de pan e iba a los motines con la hermandad en busca de su propio dinero. Peleaba como un hombre ejecutando a diestra y siniestra sin necesidad de un escudero o de alguien que hiciera las cosas por ella.

La grandeza femenina es un atractivo interesante en el sexo opuesto. Entierro el puñal en tanto la rusa da vueltas en mi cabeza mientras desprendo la piel de los que quisieron desafiarme. El hambre al cambio fue lo que me quitó a Sonya. No sabía que la extrañaba, pero de la nada ha surgido una intensa necesidad de verla, de tocarla y decirle todo lo que siento como así también lo mucho que la echo de menos.

Mis labios dibujan una sonrisa mientras despellejo asesinando a mi modo, «Quien me la hace me las paga». Nadie se venga como me vengo, ya que el rencor camina con mi ser tomados de la mano, y mientras yo corto mi león se alimenta de las vísceras que le doy siendo observado por Emma James que tiene el hermoso talento de espiar todo lo que hago. «Matar, follar» , pero siempre cree que no la noto.

La madrugada me envuelve y me seco el sudor con el antebrazo alejándome de los cadáveres sin piel. La crueldad es necesaria en los miembros de la hermandad, especialmente en el líder que debe ser un engendro, no porque le toque, sino porque le gusta, «Código del Pakhan». Deslizo la playera por mi espalda yéndome a los tanques.

—Koldun —en ruso llamo al león que me sigue. El pelaje albino sobresale en la noche cuando lo alzo y lo baño mientras me lavo yo también dejando que la manguera suministradora de agua nos moje a ambos llevándose la sangre. Abro la boca para beber el líquido que sale de la manguera y el animal se sacude cuando lo dejo en el suelo, ella sigue en las

sombras y yo me sigo bañando sacando la verga del vaquero para limpiarla también.

La punta de mi miembro suele lastimar al ser tan tremendamente gruesa. Lo grande compone mi contextura; las manos, la estatura, la fuerza y lo atractivo. «Los hijos de perra solemos tener esa cualidad en común». La belleza que ha de estar en el interior nos las dan en la apariencia, ya que las peores cosas de la humanidad vienen con un bonito disfraz y el mío se compone de músculos duramente esculpidos, con hombros anchos y piernas gruesas. Todo a la medida adecuada para que no sobrepase a lo ordinario dándome las dimensiones idóneas para atemorizar a los hombres y calentar a las mujeres.

Enjabono mi capullo, me gusta asearlo bien para que quien la chupe quede con ganas de más y para que lo laman como si fuera lo más dulce, lo más delicioso.

Vuelvo a alzar la manguera enjuagandome antes de apagarla tirándola al suelo antes de irme a dormir, dejando que el león halle a la esclava que se mantiene en la penumbra creyendo que no sé lo que hace. La hermandad duerme y mi glamping me recibe al igual que mi sumisa quien espera desnuda adoptando una posición Nadu en el piso sentada sobre sus piernas con las rodillas bastante separadas mientras mantiene las palmas de las manos hacia arriba apoyadas en sus muslos.

—¿El amo quiere que lo complazca? —mantiene la mirada en el suelo— Fue un día agitado para mi señor y es más de medianoche, así que no irrespeta la memoria de su difunta esposa.

—No pedí tu compañía ramera… —mueve los hombros con la última palabra.

—Pero esta sumisa necesita a su amo —increpa mientras voy a mi mesa colocándome los guantes de cuero.

—Tengo a Sonya en la cabeza —confieso.

—Permita que esta sumisa elimine ese pensar…

—¿Qué te dice que quiero eliminar ese pensar —rápidamente tomo las correas del 'razvetvitel' que mande a hacer el cual ajusto en la bota de mi calzado— ¿La sumisa cree que tiene dominio en la mente del amo?

—No, mi señor.

—Mientes —abrocho las correas—. Pertenecer a mi mundo por el lado de la mafia búlgara, ¿Te hace creer eso? El dinero que tienes, las influencias, la belleza…

—Nada de eso me importa ya que lo único que quiero es ser su sumisa.

—Pero este amo no quería ver a su sumisa y por ello sabes lo que pasará ahora —espeto.

—El amo me castigará como lo merezco.

Camino a su puesto y automáticamente eleva el mentón con los ojos cerrados recibiendo el impacto de mi mano estrellándose contra su rostro.

—Fui una mala subordinada, mi señor —recibe la otra en la mejilla izquierda—. Pido su perdón.

Cuatro más liberan un estruendoso gemido de su garganta el cual me hace rodearle el cuello con los dedos mientras que con la mano libre retuerzo uno de sus pezones obligándola a curvar la espalda.

—Un par de bofetadas provocan que quieras correrte, ramera...

—Perdón señor.

—Abre las piernas —exijo—. Solo te mueves cuando yo lo estipule.

Obedece y el “razvetvitel” se entierra en su vagina con cada una de las patadas que lanzo a su sexo penetrandola con el aparato que llega a lo más hondo.

—¡Perra! —le recrimino mientras la clavo una y otra vez — Eres una sucia ramera Zulima, una fácil la cual le gusta que la follen a punta de patadas.

Asiente e intensifico las penetraciones por parte del objeto que se incrusta en sus paredes en tanto ella lo recibe absorbiendo los insultos que le

mantienen la mirada en el piso y la sujeto del moño mientras sigo arremetiendo siendo salpicado por los liquidos que sueltan su sexo.

—Amo —solloza y esas lágrimas vuelven a enterrar el razvetvitel es sus pliegues disfrutando la libertad de hacerlo con una experta que no me golpea los estigmas cada vez que me la cojo, cada que la someto porque es una verdadera hembra.

Zulima es de tetas gordas las cuales mandó a reconstruir queriendo satisfacer a mi verga y lo hizo con los dos hermosos calabazos que le cuelgan y se agitan con las penetraciones de mi bota.

Llora cada que está por correrse y detengo las patadas poniéndola de pie antes de echarla sobre la mesa donde se abre de piernas con las manos detrás de la nuca. Ya está programada, amoldada y adiestrada siguiendo los patrones de mis castigos.

—Me he preparado para mi señor —confiesa y lanzo una fuerte palmada en su vagina al cual solo alberga un mínimo de vello a la altura de su monte de venus.

—¿Qué sería más doloroso, fisting anal o vaginal? —introduzco cuatro dedos— ¿Cuál me complacerá más?

—El que el amo desee. Su sumisa lo soportará prometiendo darle placer, mi señor.

Contesta y meto todos los dedos separándole las paredes mientras la abro preparándola para la práctica en tanto sobo la verga que está normalmente erecta. Y me cuestiono el no estar goteando con la vagina de mi sumisa, cuyo canal he embestido por años adaptandolo a mi tamaño para todo tipo de práctica.

—Mi sexo ha sido ensanchado para usted —me recuerda—, para servirle, para complacerlo.

Desfundo mi miembro alcanzando la funda de cuero que me pondré, sumerjo más y ella me recibe sin ningún problema albergando la mitad de mi mano sin quejarse, por el contrario, incitandome a que siga, pero…

—Boss —dice una dulce vocecita afuera— ¿Duermes ya?

«Esta cría de mierda».

—¿Hay alguien aquí con vida? —pregunta.

¿Por qué me tutea e irrumpe con preguntas tontas? Zulima se contonea buscando que la sastisfaga e ignoro el llamado, pero la sombra de afuera vuelve a hablar.

—Ruso —sigue y me niego a salir—, es que están rondando mi glamping y…

«Hijos de perra». Zulima arruga las cejas haciendo que saque la mano y me quite los guantes de cuero saliendo rápido y sin playera. Mi vista viaja al toldo de Vladimir, pero el silencio absoluto es lo único que se respira en la atmósfera.

—Estaban, pero ya no —me dice ella con las manos atrás y las hebras negras cayendo alrededor de su cara—. Sin embargo, quería hablar contigo…

La llevo a su sitio corriendo la puerta de tela donde debe estar durmiendo sin ser una completa molestia.

—No tengo nada que hablar con la esclava de mi león…

—Y esposa de tu hijo —empieza de nuevo en un tono que solo captamos los dos—. Eso sigue estando presente.

—No por mucho —intento devolverme, pero…

—Quiero hablar con mi hermana —pide y que sus ojos no brillen igual me dice que quiere oír palabras de ánimo para volver a poner el reflector en máxima potencia.

—¿Otra vez queriendo que te salven?

—Eso no es tu problema —acorta la distancia y sujeto su mentón con braveza harto de sus atrevimientos.

—Creí que habías aprendido a alejarte de las ilusiones, ¿No no notas que no sirven para nada?

—Algunas sí — recorre mi rostro con los ojos—. Tuve la ilusión de que besaras a una James y lo hiciste…

—Los futuros difuntos suelen tener golpes de suerte —me burlo y se empina a besarme queriendo demostrar que no está equivocada y la echo atrás moviendo la cabeza en señal de negación.

Sus niñerías pueden costarme la cabeza, el puesto, absolutamente todo y no está aquí para besarme; está aquí para ser cortada a pedazos.

—Algo peor que odiar al hombre que te detesta —busco la salida—, es enamorarte de él, porque eso es otro nivel de masoquismo extremo.

—Le llamas enamoramiento al instinto de una niña caliente la cual te demuestra que el problema no es mi apellido —se defiende—, el problema es que te gusta andar detrás de las putas…

—Ahí tienes uno de los motivos por los que persigo a tu hermana —«Niña caliente», la palabra derrite mi polla con las perversidades que rondan en mis pensamientos y el que me encuentre de frente con la foto de Sonya que no han quitado todavía me envuelve en un frenesí el cual termina de sacar el agua sucia.

«No puedo mantenerme aquí». Necesito sumisas; mujeres en cuero con cadenas que permitan someterse masivamente a torturas sexuales las cuales sólo yo sé implementar.

Zulima no me insiste al ver el enojo con el que vuelvo y a la mañana siguiente me despierto con el mismo pensamiento desesperado por volver a Sodom, pero el plan se me trunca cuando los asuntos de mi cargo exigen que resuelva un asunto en Moscú.

—El Underboss lo espera en Rusia —me informa Salamaro.

Maxi viaja directamente a la fortaleza Romanov con mi padre, la familia, Kira y el príncipe. No me meto en la pelea de Emma James con Salamaro la cual le exige que quiere ver a Vladimir, «Hipócrita». Su as bajo la manga sale a la luz como siempre.

Tengo que sobarme la polla a cada nada con el hambre de flagelar que tengo, con las ansias de esos gemidos cargado de dolor y desespero.

Obtengo varios por parte de mi sumisa quien con unos cuantos castigos la tengo lamiéndome los pies. Su adiestramiento ayuda, más no extingue esa sombra perversa que me ronda adentro.

La dejo de lado cuando Moscú me da la bienvenida y me coloco los guantes de cuero respirando el aire de la capital de mi zona, «Rusia». Aquí tengo más respeto que el mismo presidente.

Los noticiarios, los testigos y los relatos no muestran nada sobre lo que realmente hace un mafioso.

El mundo vive creyendo que se sientan detrás un escritorio a soltar frases célebres sobre la vida criminal mientras acarician el pelaje de un gato, «Asi te lo muestra el mundo ficticio» y lo cierto es que el gato en realidad es un león albino que empieza a ansiar la carne humana y pocas veces se está detrás de un escritorio.

La realidad es que entras a las malas e irrumpiendo en la propiedad de la víctima quien normalmente es un hombre poderoso, en el caso de hoy, un magnate el cual se negó a acceder a la demanda de extorsión. Chasqueo los dedos y los alaridos de piedad no se hacen esperar.

—¡¿Qué me vas a quitar, maldito criminal?! —me grita— ¡¿Qué mierda quieres?!

Le clavo la mano en la mesa yendo por mi dedo favorito.

—Tu imperio —corto con un solo golpe quedandome con el índice que me volverá dueño de todo lo que tiene. Apago sus gritos con un tiro. El Tsum, el Gorki y Transneft ahora son míos.

—Señor —me habla Zulima—. Las mujeres de la Bratva queremos surtirnos ahora que el centro comercial es suyo —pide—. Esta sumisa quiere ponerse hermosa para su amo.

Asiento mientras mis hombres rebuscan los documentos que necesito, Vladimir está atendiendo sus asuntos al otro lado de la ciudad y nos veremos en un par de horas.

Se encuentra lo que se requiere y mientras me ocupo, los que pueden se dotan de lo que necesitan. En un maletín guardo los documentos que me

llevaré y bajo a largarme. La policía no va a venir porque me tienen pánico.

Las camionetas esperan afuera y las pocas mujeres que me acompañaban lucen ropa de marca. Abordo mi vehículo y Zulima sale cumpliendo la tarea de sobresalir, ya que es mi sumisa favorita. Lo logra con un vestido corto de color negro que le realza el culo y las tetas, porta botas de cuero que la hacen ver más alta y trae puesto un grueso abrigo el cual priva a los otros de lo que solo puede ver el amo.

Se acerca a la camioneta mientras espero adentro.

—¡Niña! —grita Salamaro y la atención que estaba en Zulima pasa a la esclava que luce como si se hubiese escapado de una reunión de adolescentes luciendo una falda de cuadros rosados y un top blanco sin sostén, el cabello lo trae suelto y encima tiene un ridículo gorro con dos bolas peludas.

En vez de tacones, volvió a las niñerías con las medias de colegiala y, como si eso no fuera suficiente, carga un bolso transparente que deja ver revistas y un montón de porquerías.

Sostiene la correa de mi león con una mano mientras que con la mano libre se lleva una chupeta de colores a la boca. La piel se me eriza, un escalofrío me recorre y siento que mi ser queda en penumbras al tiempo que pierdo la noción de lo que soy, de lo que creo y me gusta.

Siento que la vista se me oscurece mientras me hunde en las perversidades oscuras donde me veo arrebatándole lo que se come queriendo que lama otra cosa. Mi pecho golpea y no soy más que un depredador el cual tiene hambre de cría.

CAPITULO 25 — PLACERES SILENCIOSOS.

Ilenko.

La perversión, la maldad y el desenfreno tienen edades. No puedes comparar la cabeza de un hombre promedio de 20 años con la mentalidad de un dominante mafioso de 36 que, de por sí, desde la cuna ya está dañado.

Emma James entra a la camioneta que arranca cuando se cierra la puerta «Tantas cosas que hacer con esa falda». Otros le mandaron la mano al culo queriendo tocar los glúteos torneados… Yo quiero…

Me concentro en las sumisas que me muestra Zulima con el currículum de presentación para el Boss, el cual conlleva exámenes médicos. Uso protección, pero no me gustan sarnosas, ni con antecedentes de ningún tipo de enfermedad relevante, deben ser de 32 años en adelante, estatura entre 1.70 y 1.85, buenas tetas para una rusa entre sus pechos y buen culo para azotar.

La última mujer que adiestre fue hace dos años y desde que se la pasé a otro no me he visto en la necesidad al tener ya tantas mujeres amoldadas. Miro por el espejo retrovisor de la camioneta de seis puestos donde ella permanece atrás peinando al león con un cepillo.

El vehículo está impregnado de un olor dulzón que ha convertido mi cabeza en Sodoma y Gomorra. «Ella en cuatro y yo de pie con un látigo marcando esa piel marfileña».

—¿Le gusta alguna? —Zulima me aterriza.

Sigo pasando imágenes descartando y eligiendo, concentrándome en lo que merece mi atención, «Como las últimas noticias por ejemplo».

Los nombres de la Bratva y la mafia italiana están en los medios informáticos de la fuerza especial tachandome de que soy “ Un completo peligro”. Es que lo soy ¿Cuando he hecho una maldita cosa buena? De hecho, no puedo ni pensarlas.

La camioneta Cadillac se detiene en la pista de despegue y soy el primero en bajar notando la discreta discusión que sostiene Vladimir a lo lejos con Salamaro.

No sé qué es lo que quieren tapar los voyevikis, pero me adelanto rápidamente abriéndome paso entre los hombres de negro hallando al Underboss en Jupiter por culpa de las drogas.

—Boss —aferro los dedos a su mandíbula, está sudando y mostrándose disperso—. Puedo cuidarte, tranquilo.

Tenso obligándolo a que se centre en mí. En ocasiones cargamos con el dolor y la decadencia de lo que procreamos y la única cosa que no le he podido quitar a Vladimir es ese dolor que carga por la culpa y la muerte de su madre.

—¿Los monstruos tienen redención, padre? —inquiere perdido y muevo la cabeza en señal de negación, pero…

—Si, si te obligaron a serlo —hablan atrás—. Puedes empezar con promesas que te hagan una mejor persona… Servicio social, adopción de gatos tuertos, no matarme, espantar aves en el aeropuerto.

Suelta a reír sujetándola del brazo mientras la lleva a la avioneta pidiéndole que se calle.

—Le ofrecieron un nuevo tipo éxtasis —explica Salamaro cuando lo encaro —. Lleva dos días sin dormir, cosa que le eleva la ansiedad…

Explicarlo está de más ya que se nota a leguas subiendo las escaleras de la avioneta con una prisa innecesaria. El reloj me avisa que ya es hora para estar en vuelo y al entrar lo primero que veo es como tiene a la esclava contra la pared besándola sin importarle mi presencia. Lo tomo de la camisa plantándolo en el asiento.

—Eres el Underboss y un Romanov —advierto.

—Requiero con urgencia una prostituta, pero como no la tengo haré uso de mi pequeña puta —se vuelve a levantar—. Necesito su boca, su luz y su olor.

Vuelve a irse contra ella y la molestia me mueve al otro lado. No sabe ni qué está haciendo, tambaleándose a cada nada demostrando lo drogado que está. El consejero se hace cargo. El que me acostumbre a lidiarlo no significa que me guste verlo así.

La aeronave se prepara para despegar, el león se mantiene en una de las sillas y el Underboss se mete dos pases de cocaína antes de cerrar las puertas de la cabina aparte que nos separa de Salamaro y los Voyevikis. Zulima me sirve Bagpiper y me mantengo en la silla que queda frente a la pared de aluminio.

—Son cosas de su edad —habla la sumisa—. Seguramente quiere descargarse.

Tiene que descargarse con otra, no con una James. La ira me calcina con el afán que tiene manoseandola contra el minibar a la vez que ella trata de que se siente y tome algo de agua.

Terminaremos mal si hago algo ahora, así que prefiero conectar los audífonos evitando todo lo que tenga que ver con ella. Si le añado más rabia a la que ya tengo acabará…

—¿Quiere que haga algo? —pregunta Zulima.

—Dale entretenimiento para que sus neuronas empiecen a reaccionar y deje de drogarse —establezco—. No quiero que la penetre…

La música avasalla mis oídos y dejo el licor de lado aislandome de lo que me rodea. El rosado sobresale proyectándose en el aluminio y cierro los ojos con el hambre presente, con las fantasías oscuras tocando la puerta cada vez más fuerte.

Creí que me toparía con una James temerosa e insegura, como las personas que crecen en un entorno donde otros brillan, donde otros son protagonistas y ella no es ni siquiera un personaje secundario.

Solo es esa mancha en el apellido honorable siendo la que no voltean a mirar al creer que no tiene nada para ofrecer. Di por hecho que al ser la que más fracasa también fracasaría con sus encantos, pero el Underboss sí fue alcanzado por ellos.

«Eso no me lo esperaba». Abro los ojos y a través del aluminio veo como el Underboss le indica a Zulima con la mano que se levante. Está al lado de la esclava de falda rosada la cual lo besa dejando que pasee la mano por sus hombros y no sé si me enoja el que lo bese o que Vladimir actúe como si en verdad tuvieran algo.

«Soy una niña caliente». Evoco lo que dijo y lo está demostrando dejando que mi hijo la ansíe. «Jugadas». Zulima los mira y el Underboss le indica que se arrodille, bajo los audífonos listo para hacer algo, pero el que la búlgara se acerque a las rodillas que Vladimir empieza a abrir me deja quieto.

—¿Cómo tengo que tocarla? —le pregunta mi hijo — ¿Para que esté lista para mí todo el tiempo, así como tú estás lista para mi padre?

La búlgara le muestra corriendo las bragas y usando dos dedos para frotar el clítoris de la esclava que mantiene la cara escondida en el cuello de Vladimir dejando que la estimulen. Los ruidos de su garganta hacen que termine dejando la mano sobre el pene erecto que queda acorralado en mi pantalón.

Debo abrir la boca para respirar cuando la boca de mi sumisa queda contra la vagina de Emma James por órdenes de Vladimir.

—¿A qué sabe? —le pregunta— ¿Es tan dulce como su boca?

La respuesta aparece en mi cerebro mientras Zulima asiente dando lametazos pedidos por el Underboss en tanto ella se echa hacia atrás.

La sumisa mordisquea las carnes de su vagina y vuelve a darle placer con la lengua haciéndola gemir. No soporto el ruido que sale de su garganta, tiene una voz dulce y chillidos dulces también y por ello son señalaciones a mi hombría, a mis gustos.

No puedo ver el final, así como tampoco puedo bajar de una vez cuando aterrizamos en Sodom. Vladimir desciende llevándose a la esclava mientras yo me doy una pausa.

Son demasiadas cosas juntas y siento que sigo siendo un depredador al acecho, «Un león con hambre se come lo que sea». Zulima actúa como si

no hubiese visto lo que hizo.

—Lo veré en el club —sujeto su cuello bajandola a mi altura en tanto mi nariz absorbe el olor de la vagina que probó— ¿Le molestó algo?

Pregunta y niego con la cabeza antes de dejar claro que puede irse. Respiro por la boca sopesando lo que quiero y piso Sodom cuando me siento lo suficientemente preparado. Como siempre, se percibe esa sensación de libertinaje donde me puedo bajar el pantalón y miles vendran a chuparmela.

Aclaro mi vista mientras bajo. Ya anocheció y Gregory Petrov se acerca apresurandose a mi sitio cuando me ve y ha de ser muy importante lo que quiere decir como para tener tanto afán.

—El coronel Christopher Morgan sabe que fuiste tú quien derribó el helicóptero de la teniente James en la isla —me informa agitado—. Y no le gustó para nada.

—Que mal por él —sigo avanzando. Cada que se le toca un pelo a esa perra el mundo enloquece—. Dile que lamento haber fallado con el proyectil.

—Díselo tú porque te manda a decir que sabe que tienes a Emma James —detengo el paso—. Pide un cara a cara, él en Londres y tú aquí.

Me entrega el dispositivo el cual nos pondrá en contacto. Es una reunión programada con un día y una hora específica donde cada quien dirá lo que se tiene que decir. «Frente a frente nos matamos» por eso existe esta opción y lo primero en lo que pienso es en cómo diablos lo sabe.

El encuentro es en menos de una hora y a grandes zancadas me dirijo al club buscando a mi víctima. Un voyeviki me informa que Vladimir la dejó encerrada con el león en el gabinete de suministros para los clientes y subo rápido sacando las llaves con la que abro la puerta.

La levanto del suelo donde estaba sentada con el animal llevándola contra la pared de piedra e inmovilizandole las manos atrás.

—¡¿Cómo lo sabe?! —inquiero— ¿Cómo sabe Christopher Morgan que te tengo aquí?

—No sé de qué hablas —forcejea y tenso más.

—¿No sabes? Te cuento que tu cuñado está enterado de tu secuestro y por tu bien confiesa o haré que te abran desde tu garganta hasta esta maldita vagina —traslado la mano a su sexo el cual sujeto con fuerza mientras que con la otra mantengo el agarre— ¡Habla!

—No sé cómo pudo enterarse…

Aquí hay un as bajo la manga así como yo tengo el mio. El dolor con ella no sirve y por ello la suelto buscando la salida.

—Vamos a ver si al contemplar cómo mando a torturar a tu padre te refresca la memoria —me preparo para dar la orden y se me viene encima sujetándome el brazo.

—¡No meta a mis padres en esto! —súplica— ¡He dicho que no sé!

—No te creo —la vuelvo a llevar contra la pared y la doy vuelta mirando al muro—. Aunque bueno, solo has hecho que ahora tengan que morir todos, ya que ellos querrán venir por mí y yo querré ir por todos ustedes, pero antes te baño en mi leche hija de puta.

La polla me late con la delgadez y sencillez de su cuerpo. Todo se va a ir a la mierda con la sangre que se derramará y no hay nada que indagar, pero sí gustos culposos que disfrutar. Emerge el deseo el cual hace que levante la falda sobando sus nalgas.

—¡Manos en la nunca! —dispongo.

Están tan firmes que con rabia lanzo varias palmadas hasta que las marco por mero gusto.

Las palmas me arden y rápidamente extiendo la mano alcanzando la funda empaquetada del estante que tengo a la izquierda, rasgo con los dientes sacando el accesorio el cual viene listo para usar.

Tomo distancia y ella mantiene las piernas separadas, la cara contra la pared y las manos en el cuello. Mi verga esta mas que lista y deslizo el cuero en ella ansioso por usar el factor sorpresa, pero antes me valgo del

collar de esclava más grande que hay y se lo envuelvo por encima del que ya tenía.

—En el diálogo se muestra a la víctima —le digo.

La gruesa cadena queda envuelta en mi mano y la llevo a la mesa de inventarios donde ocupo la silla de espaldar alto atrayéndola a mis piernas.

—Quítate las bragas —demando y ella lentamente desliza los dedos por sus muslos mientras sujeto el nacimiento de la cadena e intenta ponerse de pie, pero no la dejo—. Sobre mí te las quitas….

Echa el culo atrás deleitándome con la sensación de sentir como las bajas y como tiene que venirse contra mi pecho para quitarlas de un todo rozando los nudillos en mi pantalón.

—Disimula esos pezones erectos —advierto sacando mi arma— porque si llegan a notar que estás ensartada en mi verga te mato.

Clavo la Makarov en la madera de la mesa y elevo sus caderas penetrándola de golpe. Sus nalgas golpean mi ingle y el estremecimiento la hace abrirse envolviendo los pies en mis pantorrillas.

—Atenderé a tu cuñado y reluciré a mi esclava —oprimo el botón de la funda el cual dispara las espinas estimuladoras que se aferran a sus paredes vaginales—. Por primera vez hablarán con el apellido de la mafia mientras este se folla un apellido de la ley.

Tiro el dispositivo de conexión al piso el cual muestra del escritorio para arriba, más no lo que se esconde tras él. Reposo la espalda contra la silla ejerciendo fuerza en la cadena de su cuello mientras el aparato se enciende.

—Contacto en 6, 5, 4, 3, 2…

CAPITULO 26— PLACERES ODIOSOS

Emma.

Hablar con un familiar sería algo para emocionarse, para alegrarse, sin embargo, no siento eso al saber que dicha persona es mi cuñado. No hay de que emocionarse porque él fue claro al decirme que tenía que matar al Boss y no lo he logrado todavía. Por ende, su llamada es otra condena al fallar con el cometido que, para estas fechas, debí haber logrado por medio de las manos de Vladimir.

«Pero me ha quedado grande».

Anhelo una charla de adultos con una de esas personas que no tienen pelos en la lengua a la hora de hablarte. Necesito que alguien me diga qué me pasa, porqué no me entiendo a mi misma y a este despiadado sentimiento el cual me derrite ante el hombre que debo detestar.

Mis paredes se abren sentada sobre su miembro y como si no fuera tortura suficiente, la funda que lo cubre dispara espinas estimuladoras que se entierran en mi carne a la vez que el aparato del piso se enciende aumentando la angustia de no poder controlar mi propio cuerpo.

—Contacto en 6, 5, 4, 3, 2…

—Lo notan y lo lamentas…

La advertencia llega con la luz de la habitación que se ilumina y las manos del ruso quedan sobre mi cuello haciéndole frente al coronel que se voltea. Trato de no respirar y el Boss mueve la pelvis sincronizándose con las vibraciones que emite su miembro.

—Descubierta la noticia supongo que viene la persecución —la voz gruesa y rasgada es otro estimulador para mi oídos. «Es mi victimario», tiene que darme asco, pero en vez de eso dilato mis paredes con el brincoleo de su verga dentro de mí.

El arma está cerca, él mantiene el contoneo sutil y mi fuerza de voluntad es un conteo regresivo con el miedo que me provoca el ponerme en evidencia con su aliento en mi mejilla.

—Dile a Rachel que su hermanita es muy resistente —el ruso me sujeta la cara subiendo el nivel con el control que tiene abajo y el respingo se me sale solo con el movimiento violento de las espinas que me vuelven un río —. Demasiado diría.

La vibración empieza a erizar mis pezones a la vez que mi boca se llena de saliva. Un gemido intenta salir y…

—¡Ya basta! —lo disfrazo con el forcejeo ganándome que en menos de nada sujete su arma dejándola bajo mi mentón y ni la frialdad de mi cuñado me desconcentra de los temblores que liberan excitación en forma de agua.

—¿Por qué no la matas ya y te dejas de tanta pendejada? —hablan al otro lado y aprieto los ojos con ese nuevo dardo que me grita ¡A nadie le importas!

—¿Cuál es el afán?

—Saciate de una puta vez —contesta el coronel—. Cometela…

—¿Que me la qué…?

Su verga palpita y se engrosa más haciendo que mis dientes choquen unos con los otros en tanto mi boca se sigue llenando de saliva y en mi garganta se atascan chillidos involuntarios que me cuesta contener.

—Que te la comas viva como lo haces con todas tus víctimas. Es lo único que te da paz y yo espero que lo hagas ya, porque si vuelves a atacar a Rachel te juro que…

—¿Me juras que? —replica el Boss subiendo el nivel que hace que arañe la mesa— Yo daño a mi modo y me está gustando este maldito modo… Así que si esto es psicología inversa déjate de idioteces que no aceptaré negociaciones de rescate.

Mis jugos se extienden y ruego por un sí, por un déjala ir y sacale la maldita verga rusa que me perfora abajo.

—Está allí porque yo quiero, ¿Qué te hace creer que la quiero rescatar? —el aura fria se toma la conversación— De querer ya lo hubiese hecho, pero como te conozco le doy el borrego al león para que sacies tu maldita venganza y dejes de joder a mi mujer, ¡Pero le estas dando vuelta al asunto sin tener claro que es su sangre por la de ella!

La susceptibilidad suelta el llanto cargado de rabia el cual le cuestiona al creador el que me haya hecho nacer para morir pagando una deuda ajena.

—¡¿Quien te crees tú para decidir cuál de las dos es la que debe morir?! —responde el ruso— Siento que estás definiendo precios, y cuidado Christopher que a mí me encanta cerrar bocas a la hora demostrar lo mucho que se equivoca la gente….

—Las cosas como son, Ilenko —responde el coronel—. Tu ruleta la marcó y las culpas de Rachel quedan lavadas con ella, así que ten palabra y conformate con lo que te tocó. Son códigos criminales que aunque no nos conformen tienen que bastar.

Alzo la mirada encontrándome con los ojos grises que proyecta el holograma. Para el mundo soy un maldito borrego de sacrificio y tal cosa me tiñe el alma cargándola de ira.

—Odiame —espeta el coronel—. Pero ellos son tres, tú una…

—¡Eres un hijo de puta! —manoteo el arma acabando con todo lo que hay sobre la mesa— ¡Un hijo de puta!

Amo a mi hermana, pero odio que el mundo solo se desvive por ella. Nadie da una maldita solución, nadie se preocupa por intentarlo y mientras me ofrecen estoy siendo penetrada por el incipiente tronco que se me clava en lo más hondo cuando el ruso se viene contra mí en busca del control que consigue rodeándome con un solo brazo.

—Es tuya —culmina el coronel—. Tu presa, tu venganza.

Siento como el Boss se engrandece a mi espalda bajando los labios a mi coronilla en un beso sutil que no tiene nada de inocente con lo clavada que me tiene.

— Я собираюсь разделить ее —dice en su idioma antes de que la conexión se rompa.

El brazo ejerce fuerza a la vez que sus sonoras exhalaciones hacen eco en mi sistema auditivo sacando el miembro que ahora queda contra mi espalda.

—No van a venir por ti —su mano recorre la parte trasera de mi muslo tomando la pierna que encarama en el escritorio—. Eres una niñita abandonada.

Lo dice en una forma tan rara que me hace asentir de inmediato mientras sus dedos recorren mis medias bucaneras metiéndose en el borde. Los párpados se me cierran solos queriendo entender lo que me despierta.

«Odio».

Aprieta las medias a la vez que su otra mano se desliza desde mi abdomen hasta mis pequeños pechos avivando un miedo peor a morir y es… Que pueda llegar a gustarme su cercanía, sus besos y su tacto deslizándose sobre mi abdomen.

—Quiere que te mate —susurra—, que des tu vida por la de tu hermana regalandote al peor de todos —sujeta mi mentón—. Y porque lo conozco te digo que cual sea el plan que tuvieran lo echó a la mierda al darse cuenta que no le funcionarias.

Oigo como se arranca la funda del pene antes de voltearme haciendo que junte las manos con los labios temblorosos. Podría aplastarme, podría destruirme, pero mi cerebro no considera nada de eso ya que está perdido en las ganas que me provoca el enemigo.

Me aferro al borde de mi falda y él se relame los labios como si estuviera ante el más delicioso postre. Se guardó el miembro y echa mi cabello hacia atrás detallando cada centímetro de mi cara.

—Y como que me dan ganas de matarte ya Ved´ma, a menos que…

Busco sus ojos queriendo que termine la frase.

—A menos que, ¿Qué?

Sus labios dibujan una macabra sonrisa la cual complementa con una perfecta dentadura. Aprieta mi garganta y una vez más me convence de que puede partirme el cuello en cualquier momento, su fuerza me asusta y…

—A menos que, ¿Qué? —insisto.

—De que dejes de ser la esposa del Underboss —manifiesta— y te conviertas en la niñita del Boss…

Mi cerebro dice "Si" y la piel se me eriza con la mirada turbia que me dedica. «Pero no puedo dejar que entre a mi cabeza», ya que la cordura es una de las pocas cosas que me quedan. Su control sobre mí me asusta, en cómo mis brazos se levantan automáticamente cuando me saca el top dejando mis pechos expuestos.

Me dedica una mirada tan cargada de morbo que bajo la cara echando los hombros hacia adelante y en menos de nada tengo sus dedos enterrándose en el collar causando reacciones contradictorias en mi sexo.

—No…

Rápidamente me baja rodeando la mesa como si estuviera muy urgido. Urgencia que no desaparece ni a la hora de buscar la cuerda con la que ata mis manos atrás antes de echarme sobre el escritorio de madera. Levanta mi minifalda antes de sobar y pasar las manos por mis nalgas las cuales escupe esparciendo antes de palmetear.

—Deja de ser la esposa del Underboss —repite en un tono dominante— y conviértete en la niñita del Boss…

Sacudo la cabeza. No me gusta tenerlo cerca, no me gusta lo que me causa y esa barbarie cargada de depravación. Miro por encima de mi hombro viendo cómo alcanza una de las varas que están colgadas y otro objeto que no alcanzo a ver qué es exactamente. «Un plug», lo identifico cuando lo clava en la mesa.

—Sé mía…

—Tengo 18…

— Y yo 36 —estrella la vara en mis glúteos—. Tengo a la Bratva.

Lanza cuatro varazos que me hacen chillar cuando los alterna en cada uno de mis glúteos a la vez que una espesa capa de humedad se apodera de mi sexo.

—Tengo el poder…

La vara arremete de nuevo y esta vez atinando a la raja de mis nalgas la cual queda ardiendo.

—La admiración —ataca endureciendo los azotes que van a cada uno de mis glúteos— y el respeto, porque lo que quiero lo consigo.

Esas palabras denotan tanto dominio logrando que mi cabeza proyecte la escena de él y yo donde soy la niña de un ruso. Me veo en sus piernas, a sus pies y tal cosa hace que mi clítoris lata incrementando el miedo a que esto se me salga de las manos.

«Lo odio». Mis chillidos no lo detienen, por el contrario, gruñe una y otra vez como si le provocara demasiado placer y lo peor es que cada estrellón libera gotas en mi sexo a la vez que un cosquilleo veraz me adormece la piel la cual muere por una caricia.

El próximo ataque curva mi espalda haciendo que atrape mi cuello dejando los dedos sobre mi garganta.

—¡Quiero a la cría James a mi merced ansiando a su amo! —confiesa— Quiero que ni tú misma te reconozcas cuando veas el alcance que tiene el león sobre la presa, porque te juro Emma James que el mundo nunca olvidará lo que haré contigo.

Inyecta el plug en mi ano dándole una dolorosa vuelta sin dejar de apretarme la garganta mientras que mis muslos se mantienen untados como si me gustara ser su víctima, como si me encendiera con sus amenazas sucumbiendo al objeto extraño que se mantiene dentro de mí separando las plegaduras de mi recto.

—Ved´Ma…

Desliza los dedos por la cola del objeto que enterró en mi culo acariciándola como si fuera de verdad, como si en verdad fuera su presa a la cual le introduce el pulgar en la boca explorando mis cavidades.

—¿Vladimir o yo? —insiste— ¿Boss o Underboss?

Hace que le chupe el dedo.

—Hasta al victimario hay que saberlo escoger…

Tengo tanto miedo, tantas ansias y tantas inseguridades dudando de lo que debería estar claro, «Es el culpable de mis desgracias». Su yugo es cruel, clama la sangre de mi apellido y aun así, heme aquí, antojada de su cuerpo.

Me aleja de la mesa manteniendo el pulgar dentro de mi boca, nuestras miradas se conectan y nerviosamente mis rodillas empiezan a doblarse con la demanda que me grita su mirada. Siento la cola del plug tocando mis piernas con la punta aterciopelada que me hace sentir como un animal.

—Quiero lamerte y que me lamas…

Me niego a mirarlo, pero deja escapar una exhalación larga desenfundando el miembro robusto que me hace separar los labios cuando se acerca.

—Yo te alimentaré y tú la chuparas como chupabas esa paleta de caramelo —dispone introduciendola en mi boca sujetando mi cabeza con ambas manos como si en vez de agarrar mi cabeza sujetara mis caderas.

El capullo está salado, me deja sin aire y las arremetidas provocan el reflejo de deglución, pero entre más lo suelto más fuerte me la entierra atorandola en mi garganta al punto que no puedo respirar mientras me obliga a inhalar y exhalar oxigeno por la nariz aguantando el grosor.

—Buena chica, buena chica —palmea mis mejillas obligándome a que resista. Me cuesta tomar aire por la nariz en tanto varios hilos de saliva salen de mi garganta a la vez que las lágrimas me llenan los ojos.

La saca de golpe y la vuelve a meter haciendo que me duela la mandíbula al tener la boca tan abierta. El aire empieza a faltarme de nuevo, los gruñidos son inevitables y alzo la vista mirándolo a los ojos. El trozo de carne me sabe delicioso en tanto mi sexo se inunda y mi ano se expande con las caricias de él sobre mi cabeza, empujo más y ambos nos perdemos en el

frenesi de mi ir y venir el cual le hace cerrar los ojos echando la cabeza atrás.

El glande toca un sinfín de veces mi campanilla y mi lengua la recorre moviéndose como puede dejando que me maneje a su antojo. Mi apodo sale de su boca y el líquido caliente llena mi boca a la vez que me sujetan por detrás alejándome de la verga del ruso y el tirón es tan fuerte que me tira atrás haciendo que me trague todo.

Mi cuerpo se estrella contra el piso y la sombra de Vladimir se cierne sobre mí con el haladie en la mano, veo como brilla cuando lo alza y automáticamente mi boca se abre para exclamar:

—¡Él me obligó, Vlad! —rompo en llanto como si supiera que esto es mi único salvavidas— ¡Siempre me ha obligado, te lo juro!

Baja el arma y la mirada oscura que iba dirigida a mí ahora se posa en su padre mientras yo no dejo de llorar en el suelo yéndome a sus pies y metiendome en la cabeza que soy la esposa del Underboss.

CAPITULO 27 —BOSS/ UNDERBOSS.

Vladimir.

Huelo a ella, mi ropa está impregnada de esa pequeña puta de ojos azules a la que pienso a cada nada y hasta hundido en la mierda recuerdo sus tonterías, «Su luz enceguece y no me deja ver con claridad». Sonrío pasando los efectos del alucinógeno que corre por mis venas manteniendo su rostro en mi cabeza.

En ocasiones me dan ganas de abrirla queriendo ver qué tiene dentro e imagino que encontraré un montón de mariposas. Por el contrario, si me abren a mí hallarán un montón de cucarachas.

La sigo imaginando como esos renos navideños con alumbrado los cuales dan felicidad hasta en los barrios bajos, de esos que los niños ven y quieren tocar.

Entro al club tropezando con los miembros, la música está a todo volúmen.

I've been patiently waitin' for a track to explode on (Yeah)

You can get stunned if you want and yo ass'll get rolled on

It feels like my flow's been hot for so long (Yeah)

If you thinkin' I'm a fuckin' fall off you're so wrong

I'm innocent in my head

Like a baby born dead

Destination heaven

Retumba en los altavoces mientras los miembros del club celebran y me guardo un mechón de cabello tras la oreja subiendo al almacén donde la dejé encerrada.

Sorbo lo que tengo en la nariz introduciendo la llave y empujando la puerta la cual desfigura la imagen que tengo sobre esa pequeña puta que ahora yace de rodillas dándome una escena que entra a mi cabeza sin ningún tipo de anestesia al ver lo que hace con las manos de mi padre hundidas en su cabello. Tiene las muñecas juntas y atadas en la espalda en tanto su boca se mantiene sobre la verga del Boss viéndose más diminuta de lo que es.

Abro y cierro los ojos, es algo difícil de ver y asumir porque él la dobla en edad, en estatura, en madurez y si yo tengo cucarachas él tiene grandes demonios, grandes espectros.

Mi pies retoman el ritmo apresurándome a su puesto tomándola por el cuello, ¡Matala! Grita mi vena asesina, ¡Matala! Saco el haladie listo para acabarla, pero su voz perfora mis oídos sacándome del trance repentino.

—¡Él me obligó, Vlad! —truena con la cara llena de lágrimas— ¡Siempre me ha obligado, te lo juro!

El amago se detiene con "Él me obligó", ya que dichas palabras traen recuerdos dolorosos y momentos amargos, escenas que meten el dedo en mi más asquerosa herida. "Él me obligó", la oración hace eco y la mano me tiembla bajando el arma mientras ella llora con las manos atadas, vuelvo la mirada hacia mi padre y la diferencia vuelve a ser evidente.

Ella un borrego, él un león. Ella una niñata y él el Boss de la mafia rusa. La depravación corre por las venas de los Romanov e Ilenko la repara en el piso cuando ella se arrastra a mis pies en busca de protección.

La levanto cortando la cuerda antes de quitarle lo que le puso, se mantiene en medias, en falda y sin nada de la cintura para arriba. «Indecencia pura» es lo único que denota al detallar como lo tiene, viéndose ella como la protagonista de una oscura fechoría.

Corre a buscar la blusa con la que se tapa y él no deja de mirarla acechando con la mirada asesina. Los recuerdos vuelven a golpear mientras Salamaro aparece en la puerta, «Él siempre me sigue porque su trabajo se lo pide».

—Llevatela —le pido al consejero asimilando el shock—. Sácala de aquí.

El moreno obedece mientras el Boss se acomoda la ropa y parpadeo rápido recordando el diagnóstico del príncipe esclavo de Maxi.

‘‘ Creo que fueron más de tres hombres”. “Los mordiscos, las marcas, todo su cuerpo gritaba el sadismo que implementaron”.

No queda nada del alucinógeno dentro de mí, pero sí un retumbe sonoro el cual hace que mis extremidades no dejen de temblar.

—¿Miente? —pregunto — ¿Abusaste de ella?

Quiero oir un rotundo no porque es mi padre, mi ídolo, mi todo. Yo pondría el pecho por él sin miedo, sin dudarlo. He forjado una reputación para enaltecerlo y tapar esa falla que le quitó a Sonya por mi culpa.

—Contestame —insisto—¿Abusaste de ella?

—Si.

La respuesta concisa me hace reír moviéndome a encararlo, ¿Qué le pasa? Es una puberta ante un hombre lleno de experiencia y de poder. Ella no es nadie y él es la cabeza más grande de una sangrienta organización criminal.

El haladie sigue en mi mano y lo correcto es enterrárselo en el pecho porque la traición es algo que nunca se perdona en la Bratva. Aprieto el mango y alzo la cara buscando los ojos del hombre que me crió y ahora se mantiene serio.

—Si, lo hice Vladimir —reconoce otra vez—. Vuelve a lo tuyo y yo vuelvo a lo mío.

Abandona el almacén y un enorme nudo se me arma en la garganta cargado de furia. No hace nada, no me dice nada más…

El olor a sexo es evidente, observo la funda usada que se mantiene en la mesa y no contengo esa ira cargada de decepción cuando me arden las heridas que tengo en la espalda y es que quisiera dudarlo, encontrarle la falla, el truco, pero lo cierto es que Ilenko Romanov se ha tirado a Emma

James, a la hermana de la mujer que quiere destruir y no son los hechos, es la manera de hacerlo.

Las diferencia que hay entre ellos y las mil y un formas que me dicen lo mal que está todo esto.

Sorbo la poca coca que me queda volviendo al club, el Boss está buscando la salida y yo me muevo rápido como me enseñaron instruyendome desde que tengo diez.

Zulima va de camino a una de las mesas de los grandes socios y la abordo sujetándola del brazo.

—Necesito hablar contigo —tiro de su ella devolviéndome a la escalera.

Subimos varias plantas. «Zulima es fiel a él», es su mano derecha en los negocios y su pareja hace años, porque aunque no la haga oficial es la persona que más tiempo ha estado a su lado después de mi madre.

Le tomo años adiestrarla.

—¿Tiene algo que ver con tu esclava? —pregunta— ¿La tienes arriba?

Muevo la cabeza en señal de negación desviándome al pasillo y tomo el último tramo de escalones que me lleva a la azotea. El frío de Alaska golpea mientras sigo caminando rápido aferrado al brazo de su sumisa favorita.

—¿Qué pasa Vlad? —pregunta— ¿Te sientes bien?

Sello mis labios, hasta el criminal más sangriento tiene límites que no acepta que le toquen. Evoco las marcas que tenía ella en el cuello, el olor que desprendía la noche que quiso suicidarse e imagino la barbarie de mi propio padre sobre ella. Barbarie que usa en todos los aspectos de su vida.

—Vladimir —insiste Zulima—. Dime qué sucede…

La obligo a trotar a la orilla que da al estacionamiento privado del club, mi padre va camino a su camioneta y…

—¡Boss! —le grito haciéndolo voltear, su mirada queda en lo alto en tanto encaramo a su sumisa en la orilla y esta se aferra a mi camisa clamando piedad.

—¡Vlad, no!

La empujo al vacío dejando que caiga siete pisos abajo. El borde de concreto la espera y su chillido es lo último que se oye cuando este le vuelve mierda el cráneo esparciendo sesos y sangre, rompiéndose como si fuera un maniquí.

Me devuelvo bajando con la misma velocidad con la que la lancé y en el estacionamiento él está junto al cuerpo mientras sus hombres lo miran a la espera de alguna demanda contra mí, pero él simplemente mueve los dedos para que se retiren en tanto yo me limpio la punta de la nariz ardido por todo.

—Sabes lo que pienso de ese tipo de hechos —lo enfrento—. Y me duele que hayas traicionado a la persona que ha hecho de todo por recomponer lo de madre…

Aparta la cara cuando le hablo de ella. Sonya es una herida dolorosa para los dos. Sé me quiere como yo lo quiero a él y por ello jamás derramaría una gota de su sangre, sin embargo, sí debo demostrarle las repercusiones de sus fallas al equivocarse tanto esta vez.

—No fuiste un buen Pakhan —puntualizo— ¿Por qué tengo que ser yo un buen hijo?

—No voy a pelear con mi hijo —me le atravieso cuando intenta irse.

—Te he fallado una sola vez y todos los días trato de recomponerlo —le reclamo—. Pero ya no, obré mal y tú también y ahí están las consecuencias.

Señalo a Zulima que tiñe de sangre el pavimento

—Ándate con cuidado Vladimir —advierte—, que sabes como soy, así como también sabes que sigo siendo el Boss y tu padre también…

—Pero yo ahora solo quiero ser el Underboss y no el hijo que quiere tenerte contento todo el tiempo —confieso—. Y como no soy ese hijo puedo hacer lo que quiera como tú lo hiciste con mi esclava y así aprendemos la lección los dos; yo no confío en nadie y tú aprendes a no meterte con lo que no es tuyo obligando a niñatas que pueden ser tu hija.

Me doy la vuelta en busca del club dejándolo en el estacionamiento.

—Ah —suelto una última cosa—. Ella me gusta, ¿Sabes? Me gusta mucho porque solo ella y las cocaína son un buen refugio, un buen escape de este mundo que cada día demuestra estar peor. Tú me lo acabas de demostrar.

Deja que me vaya, sabe que se equivocó y que su reputación es mucho más grande que la mía, como también sabe que así como él un sinfín de veces me dio lecciones es hora de que yo se las de él. «Eso hacen los grandes», afrontar sus fallas con valentía.

De regreso en el club mi esclava se mantiene con el león al lado bajo el cuidado de Salamaro. La tienen encerrada y se levanta cuando me ve con ese miedo innato a que la mate de una vez por todas. «Va a pasar», de eso no quedan dudas porque para ocupar el puesto de mi padre me pedirán su cabeza, aunque no pueda verla en mis manos ahora.

Debe hacerse porque la sangre de mi tía Sasha sigue clamando venganza y la ruleta sin sangre no se queda.

Salamaro busca la manera de hablarme, pero simplemente la saco junto con el animal que se niega a soltar.

—Déjalo —le pido.

—No —toma la correa con más fuerza—. Es mío.

No tengo tiempo para discusiones. El animal mantiene el paso en lo que subo a mi vehículo.

El rumor de Zulima se esparció con preguntas de ¿Qué le pasó? ¿Qué hizo mal? Gregory, el amigo del Boss, es uno de los más confundidos queriendo abordarme. La pequeña puta se pone nerviosa y yo simplemente digo la primera mentira que se me ocurre.

—Habló de más.

—¿Zulima? —se extraña.

—Si, Zulima.

Nadie tiene porqué saber los problemas que tengo con mi progenitor. El Boss ya no está, pero el cuerpo de la sumisa si, «Se le partieron las piernas con la caída». La mujer que arrastro se detiene queriéndose acercar, pero no la dejo, simplemente abordo mi camioneta con ella y la mascota saliendo de Sodom.

La ansiedad me tiene logrando que los labios me tiemblen. Hay gritos imaginarios en mis oídos y esa imagen de alguien grande aprovechándose de alguien pequeño. No nos medimos, lo sé, pero ella... Ella no inspira esa clase de cosas, ella es una tonta infantil con bonita sonrisa. «Una niña ante él», un refugio temporal para mí.

Hundo el pie en el freno deteniendome en la carretera vacía. Las luces del auto es lo único que nos ilumina y ella no ha dejado de limpiarse los ojos desde que me enteré.

—¿Te gusta mi padre? —indago— ¿Te gustaba lo que te hacía?

El silencio nos toma. Me siento mal sin tener nada que ver en el asunto, sin ser yo el que cometió el acto.

—Te hice una pregunta, ¿Te gusta mi padre?

—No —contesta despacio—. Me obligó, ya te lo dije.

—No te creo —dudo, ella no es su tipo. A él le gustan como mi madre.

Empiezo a encerrarme a lamentar la disputa a la vez que mi subconsciente exige que le pida perdón.

—No me gusta tu padre…

—No te creo —niego de nuevo— ¡No te creo, maldita sea!

—¡No me gusta!

—¡¿Si no te gusta por qué te lo callaste?!

—¡Porque es el dueño de toda esta porqueria! —exclama— Ya estoy harta de los golpes, de las torturas y no quería que me siguieran maltratando —se defiende—, pero fue a la fuerza, ¿Lo entiendes? ¡A la fuerza! Porque es mayor que yo y no hace más que acojonarme cada vez que aparece.

Sigo en negación.

—¡Tenías que notarlo! —insiste— ¡Pero siempre te pierdes!

—¡¿Cómo y cuándo se supone que tenía que deducirlo?!

—¡Cuando estuve sangrando días por su culpa! —refuta— ¡Cuando te exigió dejarme!

Arranco de nuevo dirigiéndome a la fortaleza, no dejo que baje del auto, simplemente entro por lo que necesito.

Arrojo la mochila atrás cuando vuelvo y los alucinógenos en la guantera, ella ya no me mira, solo mantiene la mirada en la ventana abrazando el animal mientras conduzco a North Pole con las manos temblorosas.

—Oye, yo… —trata de decir, pero se vuelve a callar.

Vuelvo a detenerme en la posada donde reside la persona que tiene su dispositivo de rastreo y no toco, vuelo la cerradura con un tiro entrando por el rastreador que la mujer carga en el tobillo.

Lo manipulo a mi favor, así como el enemigo sabe cosas de la mafia, nosotros conocemos los trucos de la FEMF.

Sigo con el mismo nudo en la garganta regresando a la carretera que me lleva a uno de los aeródromos, «Tengo que salir de este frío, de esta tierra sin sol».

Abordo la primera avioneta que preparan, soy el Underboss, las palabras sobran cuando quiero moverme.

El piloto se encarga y yo me meto al baño con ella desnudándola antes de empujarla a la ducha donde lleno una espuma con jabón pasándola una y otra vez por su cuerpo. Le lleno el cabello de shampoo, dejo que el agua se lleve todo y vuelvo a llenarla de espuma repitiendo la acción hasta que me canso, hasta que su piel se arruga y sus poros se enrojecen.

No dice nada y yo no sé ni qué es lo que quiero lavar ¿Su suciedad? ¿El rastro de mi padre? ¿Los recuerdos? Observo su cuerpo, no tiene nada que pueda llamar la atención de él y entre más la miro más me convenzo de que

fue por mera malicia, por mera hambre de venganza disfrazada de depravación.

No puedo entender que puede mover en él una mera piel bonita, un cuerpo sencillo y un rostro aniñado.

Mi padre emana dominio. Ella no suelta más que dulzura.

—Me gustas —le digo— ¿Yo te sigo gustando?

Asiente y me sigue dando curiosidad esa habilidad de no quedarse en el rincón por más que la aislen a eso, ¿Quién en su lugar no estaría desecho? Sin ilusiones.

—Dicen que en el más allá somos torturados repitiendo los peores momentos de nuestras existencia en la tierra —paso la toalla por su espalda — y nos dan de beber una gota de los buenos para recargarnos y seguir sufriendo.

Le escurro el cabello.

—Yo no tendría nada con que recargarme, ¿Sabes? No tengo buenos momentos y nunca los tendré.

No contesta y la sigo secando.

—Una buena venganza no es dar un solo golpe doloroso y ya —continúo —. Es perpetuar y extender la agonía el mayor tiempo posible, por eso te daré un momento más que atesorar para que en el más allá tengan mucho néctar con que recargarte.

—A lo mejor voy al cielo…

—El cielo no existe. Dios es una mentira porque si existiera no seríamos un par de almas desgraciadas.

La volteo. «Es tan bonita», lástima que esa hermosura no vaya a durar para siempre.

Arruga el entrecejo queriendo entender lo que le digo, pero no le doy más explicaciones, solo la mando a vestir mientras me cambio ocultando mi cabello, tapo mis ojos con lentes oscuros y espero que la avioneta aterrice

en tanto le vendo los ojos antes de bajar. Abordo la motocicleta que pedí que me tuvieran y subo a esta con la mochila, el león y ella.

Echo a andar en busca del camino. A mí me hubiese gustado un momento agradable por cada momento de mierda que pasé, pero en vez de eso me dieron lecciones de fortaleza que no me servirán al otro lado.

Me detengo en la frontera que divide las dos ciudades y bajo de la moto quitando la venda de mi esclava que se queda anonada con el letrero que se cierne sobre nosotros.

—¿Phoenix? —no se lo cree— ¿Me vas a liberar?

Se ilusiona y muevo la cabeza.

—Tres días —dejo claro—. Tres días te daré con ellos, así que en tres días te quiero de nuevo en North Pole o vendré por ti y sabes como será mi llegada, pequeña puta.

Asiente y sujeto su cara.

—No se te ocurra abrir la boca, que digas lo que digas nada quitará la marca que tienes, ¿Lo entiendes? —advierto— Y si no eres tú, será un miembro más de tu familia, porque la ruleta sin sangre James no puede quedarse.

Aumento la fuerza del agarre entregandole la mochila con sus pertenencias.

—Es el territorio de tu cuñado, pero sabré cada maldita cosa que hagas y si traicionas mi confianza me darás a entender lo mentirosa que eres —declaro—. Sabré que no puedo creerte y si no puedo creerte volveré a apedrearte por dañar la imagen que tengo de mi padre.

—Gracias —es lo único que contesta antes de abrazarme y le señalo la carretera por donde ella empieza a correr con la correa del león en la mano.

Se siente bien pegar algo para volver a estrellarlo contra el piso y eso pasará, ella volverá a reconstruirse y yo la destruiré. Esta vez para siempre.

Emma.

«Phoenix». Nunca había amado tanto el sol, el olor, la arena, el calor sofocante. El desespero corre por mis venas mientras le saco la mano al primer camionero que encuentro para que me acerque, me indica que suba atrás y alzo al león contando los minutos.

«Tres días» Tres días para ver lo que tanto anhelé.

«Dios». Los nervios no me abandonan, no me importan si son 72 horas, cuatro minutos o medio segundo, «¡Voy a ver a mi familia!» y es como si hubiese entrado al paraíso después de haber vivido un maldito calvario.

Bajo de un salto dando las gracias emocionada cuando me deja cerca de mi vecindario. Los transeúntes me hacen reír y acomodo la mochila respirando el aire de mi ciudad natal, «No me lo creo». El animal corre conmigo y empiezo a buscar mi vecindario.

—¡Señorita! —me grita uno de los hombres de seguridad cuando no me anuncio y entro corriendo como una maldita loca.

—Soy Emma James —le digo—, vivo aquí.

—Hay un protocolo…

Me devuelvo para que la cámara identifique mi cara y sigo corriendo cuando me dan el visto bueno. Los arbustos, las casas, todo es como un sueño hecho realidad.

—¡Señor Banner! —saludo a uno de mis vecinos llena de alegría— ¡Estoy de vuelta en mi casa!

Alza la mano para saludarme fijándose en el león y no le doy largas, solo me apresuro a mi casa alertando a los hombres que la resguardan.

—Señorita Emma —dicen y los atropello buscando el timbre al que me pego— ¿Qué hace aquí?

—Estoy de nuevo en casa —mi respuesta no tiene sentido, pero es lo único que sale de mi boca mientras toco el timbre—. Estoy de nuevo en casa, ¿Puedes creerlo?

—No están —me informan mientras jadeo—. Sus padres, su hermana y sus tías se fueron al evento universitario de la señorita Sam que se lleva a cabo en el salón gubernamental.

«Salón gubernamental» es lo único que se queda en mi cabeza. Las indicaciones solo hacen que me devuelva con la misma prisa al saber que está cerca. Varios intentan detenerme, pero a mí el pecho solo me salta lleno de angustia por verlos, por abrazarlos, por tenerlo de frente. «Son solo tres días», pensé que no saldría nunca de ese maldito foso y la emoción hace que el tiempo pase a voladas.

Corro pasando por alto un semáforo en busca del salón, hay gente pulcra en los alrededores y aparto a los que se me atraviesan subiendo las escaleras lo más rápido que puedo.

Hay cámaras, micrófonos, alcaldes, senadores, mujeres importantes con trajes, vestidos de gala y yo solo luzco un short, zapatillas, una mochila y mi mascota.

—No puede entrar así…

—Solo será un segundo…

—Lo siento, pero no —advierten y yo estoy tan desesperada que termino pasando por debajo del cordón de seguridad ganándome que otros me persigan.

Busco a mi familia con varios guardias atras, «Solo quiero verlos» «Solo son tres días». Paseo mi mirada por el salón y mi recorrido se detiene al captarlos al lado del buffets, «Rick, Luciana y Sam».

—¡Papá! —les grito— ¡Mamá!

Todos voltean a mirarme y me muevo a su sitio llena de emoción, de una alegría innata que me asfixia y hace que reviente en llanto a la hora de arrojarme a los brazos de mi padre.

—Papá —mi abrazo lo tambalea, su aroma me da vida y no hago más que llorar contra su pecho.

Hay murmullos, camarógrafos sacando fotos y yo no soy más que una tonta que se niega a soltar la camisa de su padre sacando todo lo que me ahoga.

—Cariño —sujeta mi cara— ¿Qué haces aquí? ¿Quién te trajo? ¿Rompiste el protocolo de seguridad?

— Los eché mucho de menos. Abrázame mucho, por favor —paso sus preguntas por alto—. Abrázame y no me sueltes…

«Solo son tres días» repite mi cabeza en medio de las luces, en medio de mi madre intentando calmarme, pero no hago más que pasar a sus brazos arruinando su peinado. «Solo quiero que me abracen», que se aferren a mí, como yo me he aferrado a ellos y que me digan que todo está bien, que estoy a salvo, que estoy en casa.

CAPITULO 28 — JAMES.

Emma.

«Aprecia, atesora». Ama cada cosa que te haga feliz ya que en cualquier momento pueden arrojarte a un foso el cual te demuestra que la vida no es tan cruel como creías. Sé feliz ahora, no vaya a ser que el universo te obligue a ser fuerte a las malas.

Me niego a soltar a mi madre y ella trata de centrarme, pero no dejo de sollozar repitiendo una y otra vez lo mucho que la amo, lo mucho que la extrañé.

—Calmate —pide— ¿Qué te sucede?

—Emma —mi hermana me sujeta los hombros y me doy la vuelta abrazándola también.

Huele a loción fina y le lleno la cara de besos antes de apreciar el hermoso vestido que tiene. Me amarga el haber peleado tantas veces con ella, el haber causado discordias por no portarme bien.

—¡Qué hermosa te ves! —me alejo— ¿Cómo están todos? ¿Los caballos, los trabajadores, los vecinos?

Se acomoda el cabello con incomodidad y el que esté rodeada hace que me calle, todo el mundo me está mirando y, entre ellos, las hermanas de mi madre que también están en el evento. Hay japoneses, tailandeses y el personal de seguridad que está discutiendo con los escoltas de mi padre pidiendo que me saquen.

Elevan las voces mientras trato de dar una explicación, pero Koldum se lanza hacia el vestido de Sam el cual se rasga cuando se enreda. Los fotógrafos me atinan y mi mascota se desespera con los flashes al punto que debo alzarlo cuando intentan quitármelo.

—Baja a ese animal, Emma —me pide mi madre tapandome con disimulo—. Estamos llamando la atención de todos y es la presentación universitaria de Sam…

He provocado un escándalo, mamá se enoja y Sam no deja de sacudir la cabeza molesta.

—Cuanto lo siento —me disculpo—. Es que quería verlos y no estaban en casa…

Papá posa las manos en mis hombros dándome apoyo mientras mi hermana no se ve para nada contenta, simplemente se da la vuelta a saludar a los japoneses que se acercan en tanto Rick trata de conciliar con los que quieren sacarme.

—Papá, lo siento —reitero—. Yo me dejé llevar por la emoción.

Analizo el desastre que empaña a mi familia, los murmullos y las miradas indiscretas.

—Ya no pasa nada —sonríe preocupado por los hombres que se nos acercan.

Mis tías me reparan de arriba abajo. La familia de mi madre es estricta, no les gusta que nos vean como mujeres tontas, impulsivas o poco inteligentes ya que, según ellas, el mundo de por sí ya nos juzga por tener una cara bonita.

Procuro arreglar mi cabello mientras bajo el león pidiéndole que se porte bien. Las personas importantes buscan una presentación familiar adulando a Sam, a mis padres y tías, en tanto yo acomodo las asas de mi mochila.

«Me veo fatal» en short, tenis y camisilla.

—¿Y la teniente James? —preguntan pasándome por alto en el momento de la presentación.

—En Londres y en los diarios —a papá se le ilumina la cara—. Ella es mi hija Emma James, disculpen que llegara así, pero estaba por fuera y quiso darnos la sorpresa…

No me miran bien y mi tía interfiere.

—Sam tiene el mejor puntaje en su carrera y toda la universidad, su proyecto es fascinante —le habla al japonés—. Hong Kong contaría con uno de los mejores médicos…

Bajan la mirada al vestido rasgado que empaña la perfecta belleza. Sam no es de hablar mucho, diría que es un poco timida en ese sentido cuando no está 100% segura de algo y diría que Koldum le quitó parte de eso dañando su vestimenta.

De seguro lleva semanas en esto y lo arruine. Mi tía sigue hablando en tanto mi madre la secunda recalcando lo inteligente que es. La sigo sintiendo incómoda con el animal que ahora no se queda quieto y le quita la concentración haciéndola titubear.

—Recoge eso, por favor —se exaspera.

Le hago caso viendo cómo habla, cómo se desenvuelve y como mi madre se siente orgullosa. Yo también lo estoy al escuchar todos los logros y cosas inteligentes que dice, pero siento que no le están poniendo la atención que se merece al estar pendiente de los murmullos que rondan sobre mí.

—Ella es la mejor —se me sale de pronto atrapando la atención de los japoneses—. Esté en el área que esté va a dar lo mejor de sí porque es muy inteligente, capaz, dispuesta —trato de arreglarlo—. Yo daría lo que fuera por ser como ella, pero se robó todas las neuronas de la sabiduría cuando nació, ¿Cierto Sam?

Mis tías apartan la cara cuando me río, es obvio que estuvo mal el comentario, no debí hacerlo, pero como no puedo mantener el pico cerrado...

—Gracias por su tiempo —se despiden los japoneses.

— Se robó todas las neuronas de la sabiduría cuando nació, ¿Es en serio Emma? —se ofusca mi tía— ¿Qué clase de educación le estás dando Luciana?

—Era una broma…

—Pero esto es algo serio. Sam se está jugando el ingreso al hospital de Hong Kong y tú vienes con tus tonterías demostrando que tiene una hermana anormal.

—No lo sabía —me defiende papá— y no tienes porque decirle anormal.

Intento explicar de nuevo, pero no me deja terminar, simplemente se llevan a mi hermana dejándome con mis padres. El que Sam no me diga nada quiere decir que ya la hice enojar. A papá lo siguen saludando.

—¿De dónde sacaste ese león? —me preguntan ambos cuando nos ubicamos en un pequeño espacio—. Hay que llevarlo a protección animal…

—Me lo encontré —me rehuso—. Hubo una feria en North Pole, lo abandonaron y ha sido mi amigo desde entonces…

—Hay que llevarlo —insiste mi madre.

—No, ya dije que es mi mascota…

Papá nos pide silencio al ver que estamos llamando nuevamente la atención. El evento está por acabarse y somos los primeros en salir. Me sigo sintiendo mal por Sam a la vez que les explico a mis padres que quería darles una sorpresa, por eso ahorré lo que me envían (lo cual supongo que reclama Vladimir) y pagué una avioneta privada que me trajo en tiempo récord.

—Emma, si se establecen reglas es porque hay que cumplirlas —me regaña papá—. No nos podemos mover sin previo aviso, lo he dicho miles de veces. Ya suficiente tengo con Rachel que se fue a un operativo…

—Solo me quedaré tres días —alego—. Podríamos no discutir, por favor.

Respira hondo, estoy entre mi madre y él mientras que Sam viaja con mis tías en la otra camioneta.

—¿Cómo está Raichil? —desvio el tema— ¿El embarazo va bien?

Basta que diga eso para que hablen como loros. Mamá se queja porque no quiere venirse a vivir a Phoenix mientras que papá no deja de relucir los actos heroicos que hizo por la mujer que me obligaron a matar. Se extienden y no importa, yo solo quiero escucharlos.

Absorber la voz de ambos es vida para mi alma, así sea viendo a mamá quejarse con elegancia. Sam sube a su alcoba cuando llegamos mientras yo saco una soda viendo como Luciana se mueve por la cocina alegando que no puedo tener un león como mascota.

Anhelo mi habitación y por ello la busco llevándome a Koldum antes de que mamá lo saque a escobazos. El Underboss me echó el móvil en la mochila. Extrañé todo de aquí y hasta las sábanas se sienten como una auténtica maravilla.

—¡Emma! —me regaña mi mamá en la entrada—. No me gusta que me dejes hablando sola señorita, que soy tu madre…

Voy a su lugar llenándola de besos abrazándola con fuerza.

—Luego lo hablamos ¿Si? Te explicaré todo sobre Koldum—le insisto—. Ahora voy a hacer las paces con Sam.

No me abre cuando le toco la puerta. Mi segunda hermana es complicada asemejando la ley de hielo de mamá. Solía exasperarla antes, ya que de pequeñas entre más me ignoraba más le insistía hasta que me hablaba.

Parece que ese truco no funciona ahora porque tardo media hora chocando los nudillos contra la madera sin lograr nada y en últimas el calor me hace tomar a mi mascota.

Corro abajo ignorando la advertencia de mi madre que discute no sé qué con mis tías en el jardín mientras yo me saco los zapatos antes de tirarme a la piscina de un chapuzón. El sol resplandece, el agua me refresca, Koldum y yo nadamos felices.

No me importa si es infantil, si es tonto, solo quiero que los minutos dejen de pasar, que estos tres dias sean eternos. Cierro los ojos evocando Alaska y las veces que quise volver a hacer esto.

—¿Y si hacemos una parrillada? —nado a la orilla— De bienvenida, se supone que no lo debe sugerir el que llegó, pero...

—Ya almorzamos —se queja mi tía yéndose con mi madre.

«Solo son tres días». Me sumerjo en lo más hondo, «Estoy en casa y debo recargar fuerzas para afrontar el futuro».

Salgo a enjabonar a Koldum para que esté limpio y no estorbe a otros, lo meto bajo la manguera y no sé porqué paso saliva cuando me acuerdo del ruso. He estado obviando las consecuencias de exponerlo ante su hijo.

Procuro sacarlo de mi cabeza, pero sigue rondando con las contradicciones que hay en mi cerebro, ¿Le mentí a Vladimir? Si, le mentí y sé que en varios aspectos, pero me niego a aceptarlo, a asimilar que nunca me he sentido como él cree que me siento.

Mentí para sobrevivir y eso traerá repercusiones a las cuales debo adelantarme. Dejo que el león se seque dándole una pelota de piscina para que se entretenga.

Vuelvo con la familia que está adentro. Mi madre tiene cuatro hermanas las cuales viven lejos de Phoenix y muy poco nos visitan, entre ellas, mi tía Mildred que tiene casi 60 y la tía Clara que está próxima a los cuarenta; una es Matemática y la otra es ingeniera Aeroespacial.

Ambas son solteras e independientes porque las Mitchels no son dependientes de nadie para que nadie se atreva a sacarles nada en cara más adelante.

Mamá solía enojarse con Rachel al estar tan enamorada del coronel, pero en el fondo está tranquila porque mi hermana era grande antes de conocerlo y en el nivel económico y laboral puede defenderse sola.

Se ponen a hablar de mí comparandome con las otras Mitchels que a mi edad tenían triunfos. Mamá se mueve incómoda, papá sigue leyendo su periódico y simplemente asiento aceptando los consejos.

—Se le está pagando una escuela de patinaje —me defiende Luciana—. No es que ande de vaga por ahí, cuando vuelva entrará a la universidad.

—O a la FEMF —añade papá— ¿Cierto cariño?

—El patinaje no es una profesión, Emm —comenta la tía Clara—. Es algo que solo practicarás un par de años y por ello debes buscar algo más serio e importante.

Asiento rodeándole el cuello con los brazos a papá. Siguen con lo mismo y prefiero meterme en la cocina a preparar lo que comeremos en la tarde. Sam sigue sin bajar y les grito a todos que haré una cena familiar.

—Deja, yo me encargo —saco a la empleada—. Quiero echarle mucho queso a la lasaña de Sam y tú no me vas a dejar.

Alisto los ingredientes mientras sintonizo uno de mis canales favoritos. No le contesto el móvil a los amigos de fiesta porque sencillamente quiero mantenerme aquí en casa.

Meto todo en el horno calibrando los minutos antes de salir a la sala secándome las manos, pero veo que todos se están preparándose para salir.

—Cambiate que saldremos —me pide papá—. El coronel nos quiere en North Central según su padrino de bodas...

—Pero la lasaña está en el horno…

—Debe ser algo importante, pocas veces piden de nuestra presencia…

Ir a compartir es una buena opción, pero también temo a que el Boss sepa que Vladimir me dio estos tres días y quiera hacer algo en contra de mis padres… O que mi mismo cuñado me ponga la trampa para acortar mis tres días. «Ya me ofreció», no puedo confiar en él.

—Mejor espero aquí —propongo—. No quiero que se queme la lasaña que le estoy preparando a Sam…

Viene bajando y solo medio me mira. Es terca, pero cede cuando se cansa de mis tonterías.

—¿Segura? —me pregunta mamá y asiento con la cabeza.

—No tarden —lo acompaño a la puerta—. Solo estaré tres días y saben que soy oferta limitada.

Mis padres me dan un beso en la frente y Sam se detiene en el umbral respirando hondo.

—¿Le echaste orégano a la lasaña?

—No, no te gusta el orégano.

—Bien.

Sale y me conformo con eso. Peino a mi mascota, le echo perfume, me baño y arreglo la mesa con velas esperando a que vuelvan. Hace mucho que no tengo una cena bonita.

La lasaña sale del horno, pero ellos están tardando, así que la dejo a una temperatura decente para que no se enfríe.

!

Siguen tardando, no me contestan el móvil y empiezo a servir calculando que ya deben estar por llegar, (Se fueron a las 6:30). Son casi las 9:30, tomo asiento cuando la mesa está arreglada y me levanto cuando oigo la puerta.

Sam, mamá y papá vienen con otro semblante que me contagian sin saber qué es, pero se están riendo y comentando entre ellos.

—¡Voy a tener dos nietos varones! —celebra papá abriéndome los brazos — ¡Rachel está esperando dos niños!

El asombro me hace abrir la boca llena de alegría.

—¡¿En serio?! —celebro con él feliz por mi hermana— ¡¿Dos niños?! ¡¿Cuándo lo supieron?!

—El amigo del coronel iluminó North Central para dar la noticia — contesta Sam feliz también—. Ya los quiero conocer.

—Y me lo perdí —se me bajan los ánimos— ¿Alguien lo grabó?

—De seguro el amigo del coronel —me dice mamá—. Mañana le preguntamos.

Con más razón me alegro por haber hecho la cena.

—Sigan a la mesa…

—Ya comimos, cariño —se encaminan a la escalera—. Tus tías querían compensar a Sam por lo de hoy e insistieron en pagarle una cena en un restaurante bonito.

La decepción me tiñe la sonrisa, pero obviamente no les voy a robar protagonismo a mis sobrinos apagando la felicidad familiar, por el contrario, prefiero unirme al momento pidiéndole a mamá que me preste el teléfono para llamarla.

El coronel se pondrá a la defensiva si lo hago del mío y no quiero que hable con el Boss para que me lleve antes.

—Hoy no, ha de estar cansada y la doctora ya le dijo que no puede estresarse —se preocupa mamá—. Es un embarazo muy delicado y hay que cuidarla…

Asiento dándole la razón, mis sobrinos son la prioridad ahora.

—Le daré la comida a los hambrientos que rondan por el vecindario —propongo y no se opone— ¿O será que alguno quiere comer? Puedo calentar todo de nuevo.

—No creo cariño, es mejor regalarla y no desperdiciarla.

Me pongo a la tarea de recoger empacando los recipientes en una caja, papá me advierte que no me demore y varios escoltas me acompañan a llevar la lasaña que le doy a los desamparados.

«Dos niños». Sonrío sola, ya me imagino a papá y al ministro peleando por la atención de ambos, Sam consiguiendo los mejores pediatras, mamá rodando los ojos porque son Morgan y Raichil enseñándoles a ser super soldados. Mientras que yo…

Paso el cúmulo de emociones que se me atora en la garganta.

Le entrego el plato de lasaña a uno de los indigentes de la calle y los escoltas se ponen alertas con la persona que se acerca caminando rápido. La luz de la lámpara callejera me deja ver la pañoleta que carga en la cabeza y suelto la caja corriendo hacia el grandulón que se apresura a mi sitio.

—¡Death! —me espera con un abrazo y dejo que me cargue estrechándome con fuerza— Deja de hacer tanto ejercicio que vas a terminar partiendome las costillas.

Se limpia las pocas lágrimas que se le escaparon asegurándose de que estoy bien y dejo un brazo sobre su cintura caminando con él al parque donde nos sentamos en una banca.

—No tienes idea de lo mucho que te echo de menos, pequeñuela —me dice—. Las noches no son iguales sin las videollamadas de chismes.

Death es un asesino del Mortal Cage y lo conocí hace unos meses. «Trabaja o es amigo de mi cuñado», no lo tengo muy claro, pero el

coronel lo trajo cierta vez a la casa y nos volvimos del tipo de amigos que hablan horas por video chat.

Su apariencia muestra lo que es; un hombre que nació y creció en la calle valiéndose de la delincuencia para vivir, sin embargo, eso no quita que sea un buen amigo. «Nos gustan los gatos» y los hombres divertidos.

—¿Te acuerdas del padre que me presentaron en el almuerzo el día que te conocí? —pregunta y asiento sentándome en la banca— Guardé su número y le he pedido que rece mucho por ti y verte aquí me dice que funcionó.

Le acomodo la pañoleta. En los peores momentos conocemos a las mejores personas, revisé mi móvil y no tengo ni un solo mensaje de los que decían ser mis amigos. Solo Tyler enviaba mensajes casi a diario, mensajes que responde el Underboss.

—Gracias grandulón…

—Me niego a que mi única amiga muera.

Le cuento todo lo que ha pasado (omitiendo lo del ruso), solo le cuento lo último manteniendo mi papel de víctima, ya que si lo pongo en tela de juicio estaré realmente jodida. A decir verdad, ya lo estoy porque es inminente la disputa con el Boss.

—¿Sabes cuánto es lo máximo que ha resistido una víctima de la mafia rusa? —inquiere— Una semana y por ello sé que vas a salir de todo esto, así que aprovecha estos tres días y vuelve a ese sitio con esa sonrisa hermosa que tienes.

Me aferro a su consejo, dejar que volviera es una desventaja para ellos porque es obvio que mi familia me dará más esperanzas.

—Señorita Emma, ya debe volver a casa —me informa uno de los escoltas y dejo que Death me acompañe.

Pido que le permitan ingresar al vecindario y camina con el brazo sobre mi cuello recalcando que puedo hacerlo, que aunque el coronel y el ruso no me quieran viva, él cree que puedo lograrlo.

—Haz que Vladimir lo mate —insiste— y mantente lejos del Boss mientras llega el momento. Solo enfócate en el hijo.

No quiero que se vaya ni él ni ninguno de los que me rodean ya que en Alaska estoy totalmente sola. Tomamos el sendero a mi casa y una de mis tías entreabre la cortina haciendo que mamá aparezca a los pocos segundos.

—¡Entra! —viene por mí.

—Luciana, ¿Cómo estás? —se alegra Death y ella no responde el saludo de mi amigo— Em y yo…

—Váyase y no me haga pasar más vergüenza…

—Mamá, solo te está saludando…

No razona y solo medio alcanzo a mover la mano para despedir a Death antes de que me meta a la casa. Ella y mis tías se unen a los alegatos sobre el tipo de persona con el que ando, sobre el mal aspecto que estoy dando.

—Por favor, no peleemos…

La dejo en la primera planta y me asomo en el despacho a buscar a mi papá, pero está hablando con el suegro de mi hermana sobre sus nietos.

—¿Tienes tiempo? —le pregunto despacio.

—Estamos en una charla sobre los cuidados que debe tener Rachel —tapa la bocina—. Creo que va para largo.

—Entiendo.

Me voy con Koldum a la alcoba apreciando otro mínimo detalle y es dormir en mi dormitorio. «Ya pasó un día», el de mañana tiene que ser más provechoso. El león se acomoda a los pieceros y me duermo reiterandome que vendrán mejores cosas.

—¡Emma! —me quitan las sábanas— ¡Saca a ese animal de la casa!

Me aclaro la vista, Koldum no está y rápidamente sigo a mi hermana que me lo señala y está mascando uno sus zapatos caros.

—Asumo la culpa, ha de tener hambre —voy por él—. Le diré a papá que te compre otros.

—Los traje de Londres —me reclama.

—Él no sabe Sam, es un animal….

—Animal que debe estar en su hábitat y no aquí…

—Hablaré con Rachel para que…

—¡A Rachel no la puedes estresar con tus inmadureces! —me reprende— Ahora todos tenemos que lidiar con tu falta de inteligencia la cual no te deja entender que ese animal está mejor al cuidado de otro.

—Emm, Sam tiene razón —aparece papá—. Ese león…

Todos suben y busco mi alcoba evitando altercados, solo me baño, me visto y bajo a sacar un filete que el cachorro me arrebata de las manos asustando a la empleada.

—No me den mesada este mes —me adelanto al regaño cuando bajan mis padres—. Usen eso para los zapatos de Sam…

—Y para el vestido también —secunda mamá.

—Como digas.

Dejo que me sirvan el desayuno uniéndome a la mesa no sin antes sacar a Koldum para que juegue afuera en lo que acabo el desayuno.

—Queremos ver lo que aprendiste en Alaska —habla mamá de un momento a otro—. El entrenador que tenías aquí aceptó que participes en el pequeño concurso local que se realiza hoy en la noche.

Se centra en mí y no sé qué decir.

—Me acabó de confirmar —muestra el anuncio del concurso que se dará con mis antiguos compañeros—. Estás más avanzada, de seguro les darás una lección en ese tonto pasatiempo.

—Prefiero quedarme en casa.

—¿Por qué? —secunda una de mis tías — Luciana asegura que estás yendo a clases todos los días ¿O no es así?

—Vine a pasar tiempo con ustedes, en el hielo estoy todos los días….

—Solo será un par de horas, Emma —mamá recoge la mesa quitándome el derecho de refutar.

Los ánimos vuelven a decaer por más que quiero ser positiva. Estoy oxidada, ya que llevo semanas sin ponerme los patines y, obviamente, no he aprendido nada nuevo.

Invento miles de excusas, pero a mamá no se le pasa nada por alto y papá no me dedica tiempo ya que invitó a unos antiguos colegas con los que quiere celebrar con una parrillada "La noticia de sus nietos". No tiene tiempo para cabalgar, ni para ir a caminar.

Ayudo en las caballerizas, limpio la piscina y todo queriendo que la noche no llegue, pero llega y con ella el afán de mamá por llevarme a ese estúpido concurso.

—¿No estás cambiada todavía? —me apaga la tele— Emma, te estamos esperando. Luego dices que no mostramos interés en tus cosas.

Tomo uno de mis vestidos artísticos, los patines que tengo en casa y me maquillo para la ocasión odiando la idea.

Toda la familia me acompaña y no he entrado cuando ya me duele el estomago. Phoenix es pequeño y, al no tener muchas opciones de entretenimiento, las personas suelen acudir a este tipo de concursos.

Varios me saludan, mi antiguo entrenador me da la bienvenida recalcando a los otros que observen lo que aprendí «¡No he aprendido un reverendo pepino!» Quiero gritar.

Tengo el numero 20, los patinadores inician y entre más los veo, más me convenzo de que tienen más nivel que yo, que son mejores que yo y no sé porqué me acuerdo del ruso que me hace sudar en exceso.

Mamá habla de lo buena que es la academia y, para no decepcionarla, trato de mentalizarme a dar lo mejor de mí.

Llega mi momento junto con las inseguridades. He patinado por años, pero tantas cosas me han reducido a un manojo de nervios, a un patrón de incertidumbres.

«Concentrada». Hablo conmigo misma entrando al hielo, tomo velocidad iniciando los pasos básicos que no me salen tan bien, ya que la falta de entrenamiento hace que los huesos me duelan al igual que las articulaciones de los tobillos. No sincronizo, no me hallo y tampoco me siento cómoda.

Los murmullos me distraen, las personas que se codean, el que mis tías a cada nada le hablen al oído a mi madre, papá hablando por teléfono y Sam moviendo la cabeza en señal de negación.

Fallo en lo que intento hacer. Los recuerdos del calabozo me toman, esas ganas de apagarme cada que quería calentar, los gritos de ¡Vete al rincón! Me terminan llevando a los bordes de la pista y me obligo a volver al centro más nerviosa de lo que estaba.

No dejo de mirar a la gente, los pies se me enredan y caigo con un simple paso. Me levanto de inmediato siguiendo con la rutina mientras el público entra en ese tipo de silencio que odian los concursantes y trato de dar el primer salto que me tambalea, pero hay demasiados recuerdos difusos en mi cabeza.

El "Eres una cirquera" de Vladimir, "No eres buena en eso". Vienen las antiguas señalaciones en los concursos perdidos y en el siguiente salto vuelvo al suelo en una aparatosa caída que me deja en vergüenza en el corazón de la pista.

" Pierdes el tiempo", "Déjalo ya", todo se repite en mi cabeza. Nadie habla, sólo hay cientos de cejos fruncidos hacia mi dirección y risas discretas que se convierten en burla.

El hielo me quema, la decepción me corroe y me quito los patines buscando la salida corriendo en medias apresurándome por mis cosas. «Tengo miedo y no sé ni de qué», pero quiero salir de aquí y lo hago huyendo por la puerta de atrás.

He hecho quedar en vergüenza a mi familia y me aterra volver a casa, así como me aterra volver a pisar una pista de hielo. El recuerdo de la caída me hace temblar y arrojo los patines a la primera caneca de basura que encuentro corriendo lejos.

—Señorita Emma —me alcanza uno de los escoltas—, sus padres me enviaron por usted…

Muevo la cabeza en señal de negación, pero él insiste obligándome a subir al vehículo donde, por suerte, viajo sola. Reparo mi vestido y lo que amaba se ha convertido en una fobia, en un miedo a la burla.

—No quiero bajar —le digo al hombre que se detiene—. Ellos me van a regañar.

—Salga.

Me abre la puerta llevándome a casa, a ese tribunal familiar que los reúne a todos en un mismo sitio, en este caso, la sala que alberga a mis padres, mi hermana y mis tías.

—Hay que hacer algo con ella, Luciana —dice mi tía Clara—. Una Mitchels haciendo el ridículo, ¿Cuándo se ha visto eso?

Mantengo la mirada en el piso, ahora he fallado también en lo que amo, en lo único que creía que me hacía diferente.

—Rachel y Sam —empieza mamá— tienen futuros brillantes….

—Yo no soy Rachel, no soy Sam —alego.

—Ya nos dimos cuenta —sigue mi tía—. Dañaste el evento de tu hermana, vienes sin avisar exponiendo la seguridad que con tanto esmero le brindan y como si no fuera suficiente avergüenzas a tus padres…

—¡Ya basta, Emma! —añade la tía Mildred— Basta de tonterías, de inmadureces, de ir por la vida creyendo que mereces todo solo porque perteneces a una familia importante...

—No es así…

—Si, es así —discute—. Te están pagando una de las mejores escuelas...

— ¡No tienes idea de lo que es Alaska, así que no hables sin saber!

—¡No alegues y reconoce que solo eres una niñita consentida la cual terminará siendo la mantenida de quién sabe qué perdedor! —me grita— ¡Tus actitudes dan pena ajena!

—Ojalá sea así, ojalá termine siendo al menos la pareja de algún perdedor y no una solitaria, amargada y frustrada como tú.

Intento irme, pero mi madre me devuelve tomándome del brazo.

—¡Sueltala Luciana! —le pide papá, pero ella se niega— Ya fue suficiente.

—Ya no sé qué hacer contigo —continúa mamá—. Estoy harta de la poca consideración que nos tienes, de esa falta de madurez…

—¡No quiero pelear contigo! —refuto— No quiero ver como intentas imitar a mis tías.

—¡Aquí no importa lo que quieras! —me sacude queriendo que reaccione — ¡Año tras año es lo mismo! ¡No hay avance, no hay logros! ¡Solo eres una más del montón que no hace más que dejarnos en ridículo!

Me le suelto y vuelve a tomarme gritándome y haciéndome notar que hay palabaras que duelen más que la tortura, porque los golpes recibidos en la Bratva no lastiman tanto como los insultos de Luciana.

“ ¡Inmadura, desobediente, inutil, descerebrada e inconsciente!”

—¡No te puedo presumir, no puedo hablar bien de mi propia hija! —sus uñas me lastiman— ¡Y me pregunto qué error cometí a la hora de criarte!

—¡Para ya!

—¿Qué paro? ¿La verdad? ¿La realidad? —sigue.

—No quiero pelear contigo mamá —sigo apartando sus manos—. Así que suéltame, por favor…

—¡No! —vuelve a sacudirme con más fuerza— ¡No te voy a soltar hasta que entiendas lo mucho que me repugna tu maldito olor a fracaso…!

Callo sus palabras cuando de forma automática me zafo de su agarre y mi mano recae sobre su rostro abofeteando a mi propia madre quien retrocede con la mano en la mejilla mientras a mí me arde la palma sin creer lo que acabo de hacer.

«¿Qué hice?» Yo… No lo entiendo… No lo medí, no lo vi venir...

—Mamá, lo siento —tiemblo—. No quería, te lo juro, pero es que tú….

Sam la respalda, papá intenta sacarme a la fuerza y no dejo de pedirle perdón a mamá rogando por una oportunidad para hablar a solas, pero ella no quiere negándose a que la toque cuando me acerco.

—Perdóname, por favor.

Le insisto hasta que papá me lleva subiendo la escalera sin ningún tipo de sutilezas y ha de estar muy enojado porque nunca es brusco conmigo.

—Te explicaré lo que pasa —busco la manera de razonar mientras me lleva a la alcoba—. Es que…

—Señor, el ministro Morgan quiere saber si asistirá a la charla de la teniente —le avisa uno de sus escoltas—. Está en línea...

—Va a hablar conmigo ahora.

Digo, pero él recibe el teléfono dándome la espalda y vuelvo a ser aquella que no se reconoce arrebatándoselo de la oreja antes de estrellarlo contra el piso en tanto él frunce el cejo como si no fuera yo.

—¡Mírame joder! —le reclamo— ¡Mírame que yo también soy tu hija!

Veo como otro pilar se derrumba, ese muro sólido que se llamaba “Familia” se desmorona hundiéndome en el llanto al sentirme como si no perteneciera aquí.

—¡Déjame ser la protagonista de tu vida aunque sea por una vez! —suplico— Deja a Rachel de lado un segundo y ponme atención a mí que yo también te necesito…

No dice nada mientras que yo no puedo callarme.

— ¡Dame un poco de ese amor que tanto le tienes! ¡Y deja de adorarla, de preocuparte que ella no es lo único importante en tu vida y yo no pido mucho!

Quería venir para recargarme, pero he perdido conmigo misma otra vez.

—A ella le sobra la atención que yo necesito —sigo—. Tiene un marido que la protege, un suegro que la adora, amigos que la cubren y ¿Qué tengo

yo, papá?

Sacude la cabeza mientras yo no dejo de llorar.

—No puedo creer que eso salga de tu boca —me contesta—, de ti que me viste cuando ella se fue, de ti que viste por todo lo que pasó…

—Pero yo…

—¡Nada! —me refuta— Nada de lo que digas se compara con lo que ella pasó, el peligro en el que está y no lo entiendes porque no sabes lo que es perder a la primogénita que siempre te ha llenado de orgullo. No sabes lo que es fingir, lo que es despedirse con la amargura de que será para siempre, Emm.

Los sentimientos me atoran. Rick no es un mal padre y mi cerebro vuelve a convencerse de que nadie tiene la culpa de que yo no tenga la importancia que tiene mi hermana.

—No quiero perderla otra vez, no quiero que me la lastimen —confiesa— ¡Ya me la han pateado muchas veces! Pensé que lo tenías claro, que todos aquí queríamos lo mismo porque somos una familia.

Vuelvo a bajar la cara dejando que las lágrimas me salpiquen el pecho. No puedo competir con Sam, no puedo competir con Rachel y está bien, lo acepto, porque lidiamos con lo que labramos y yo no me esforcé por ser la hija favorita.

—Yo no Rick. No tengo ningún miedo porque odio este apellido, odio ser tu hija, así como detesto ser parte de este círculo de injustos —corto la poca consideración que tenían por mí de una vez por todas— ¡Odio vivir en la maldita sombra de mis hermanas y que tú solo veas a la que tiene más talento porque eso haces siempre!

No quiero que me extrañen y si muero no deseo que repita el dolor que sintió por su primogénita.

—¡Y ella no debió volver! ¡Su regreso fue una completa mierda! —miento— ¡Debió quedarse en las sombras para que sienta lo que siento yo todos los días perteneciendo a esta familia de porquería que no hace más que señalarme!

Ataco con su misma forma de lastimar.

—En tu vejez no me veras, no me sentirás porque me desligo de esta responsabilidad que nunca quise —sollozo—. Me desligo de tu falsedad y sonrisas fingidas las cuales intentan que sienta que me quieres sin ser así, ¡Porque eres un hipócrita Rick James!

Se le empañan los ojos y a mí todo me duele más que a él.

—¡Fuera de aquí!—habla mamá en el pie de la escalera— No sé quién eres, así que toma tus porquerias, tu león y lárgate de mi casa.

—¡Sean felices con su maldito honor y olvídense de que existo!

Papá se ha quedado mudo y hago caso recogiendo lo que traje, me coloco los zapatos rápido tomando la mochila y a Koldum mientras no dejo de llorar porque esta vez sé que me voy para siempre. Antes iba con una esperanza, ahora me largo sin nada, al fin y al cabo entre esas mentiras hay una verdad y es que aquí siento que no le importo a nadie.

—¡De ahora en adelante sobrevives tú sola! —me grita mamá mientras bajo la escalera— ¡Nada de llamadas, nada de ruegos porque nadie de aquí estará para ti!

—¡No me importa! —le contesto mintiendo desde la salida— ¡Porque de todos, a ti es a la que más detesto!

Suelto la última mentira antes de apresurarme al auto. Ya no seré más una mancha en su perfecto retrato familiar ya que dejaré de ser la hija defectuosa porque ya no tendrá nada de qué avergonzarse.

Me mueven al aeropuerto donde me indican que la avioneta privada que me llevará a North Pole sale en una hora, asiento y llamo a Death para que venga a despedirme.

—¡Pequeñuela! —se apresura a mi sitio limpiandome las lagrimas con los pulgares.

—Yo no quería pegarle a mamá —le explico—, pero ella me insultó y yo traté de explicarle que estoy intentando sobrevivir para ser esa hija perfecta…

—Oye, tú eres perfecta, ¿Lo entiendes? —me centra llorando conmigo— Y hermosa también. Nadie tiene derecho a señalarte porque son pocos los que sobreviven a lo que has sobrevivido tú.

Me besa la frente, el avión va a despegar.

—Sé fuerte que yo sí espero por ti…

Quisiera decirle que no lo haga porque nuevamente me siento sin rumbo, sin objetivo y como dijo mi madre "Un fracaso". Le doy un último abrazo antes de abordar la aeronave.

—No te sientas menos, pequeñuela —me dice mientras avanzo—. Se van a arrepentir de no tratarte como debían, ya lo veras.

No miro atrás. Es un vuelo largo y siento que lo mejor era no haber venido porque era mejor conservar la ilusión de que ellos me echaban de menos.

No odio, no envidio, pero sí estoy cargada de resentimiento y espero que Rachel aprecie a todos los que dan todo por ella. Anhelo que tenga a mis sobrinos y que todo lo que me ha pasado a mí valga la pena.

Aterrizo en el desolado aeropuerto de North Pole donde abordo un taxi a la posada donde se supone que vivo. La casera, la cual está amenazada por la Bratva, no me habla. Koldum juega en el piso y me siento en la orilla de la cama dejando que las horas pasen hasta que Vladimir aparece.

—Huelo el amargo olor de la tristeza —me dice.

—La hay —me tiembla la barbilla y me observa sollozar con la correa de Koldum en la mano. Nada de lo vivido se compara con esta pérdida, con esta desilusión que me consume.

«Creí que lo de Bendi había sido difícil». Me ofrece su mano invitándome a que me levante.

—Los espectros no sienten, pequeña puta —manifiesta—. Tú brillas, pero tus luces se quiebran a cada nada mientras que en la oscuridad no parpadeas, solo estás en la penumbra y ya.

Alza mi rostro para que lo mire y yo lo único que quiero es que esto deje de doler. Perder la capacidad de lamentarme.

—Seamos un par de seres desgraciados. Pierde el brillo y apaga esos sentimientos que no sirven siendo la esposa del Underboss —propone— ¿Quieres serlo?

¿A quién le importa si soy o no? Yo ya solo vivo por vivir, soy del cazador y pelear contra él solo me cansará más.

Muevo la cabeza en señal de asentimiento y él saca el sobre de coca que sacude dándome a entender una sola cosa.

—Primero debo probar si somos o no almas gemelas —aclara besando mis labios—. Las mujeres de la Bratva no viven para brillar, viven para destruir y los espectros pocas veces estamos sobrios.

CAPITULO 29 — DEVONCHKA..

Emma.

Hay etapas de la vida donde el mundo pierde la razón de ser, ya no sueñas, ya no te ilusionas, simplemente te resignas al cambio repentino designado por el universo. Yo no quería que me secuestraran, no quería problemas, pero los problemas me hallaron a mí y porque amaba a los míos callé con tal de protegerlos.

Callé para que mi hermana no volviera a hundirse, para que mi familia no perdiera el ser más importante del apellido. Callé por mis sobrinos y callé para que mi cuñado no volviera a perder a la mujer que ama. Y sé que está mal actuar a la espera de algo a cambio, pero me decepcionó de cierta manera que pidiera mi muerte de la forma en que lo hizo.

Lo entiendo, está preocupado porque su legado está en riesgo, pero lo que dijo sumado al último acontecimiento con mi familia me convenció de que mi vida es una farsa y yo llevo años engañándome a mí misma con algo que no soy.

—El que ames algo no quiere decir que seas bueno en ello —la voz de Vladimir se oye lejos—. Y aceptarlo duele más que dejarlo, pero si no lo haces seguirás sufriendo por la misma estupidez y hay otras formas de sentirse bien...

Mete una pastilla en mi boca. He probado la cocaína en busca de apagar el peso aplastante que me corroe, pero no me gustan los efectos. Me siento rara, mareada, con náuseas y confundida sobre el piso de la alcoba donde yazco acostada al lado del Underboss. El techo se ve raro y él mueve mi cara en busca de mis labios propinándome un beso largo.

—Me gustas —dice sujetando mi mano mientras sonríe— como no tienes idea porque estás tan rota como yo y las personas rotas somos buenas causando desastres.

Asiento con lágrimas en los ojos. «Me cansé» de ser la niña buena, la puberta fracasada y esa que hace cosas por otros, pero nadie hace nada por ella.

—Seremos letales hasta que llegue tu hora, porque mientras mejor te comportes, más tardaré en hacerlo —asegura—. Así que entretenme, que cada sonrisa es un día más de vida para ti.

Me enfoco en sus ojos, le he gustado siempre, de eso no tengo dudas, sin embargo, eso no me garantiza nada, ya que sus deberes le exigen que derrame mi sangre.

—¿Y si dejo de ser una James? —pregunto—¿Una amenaza, una enemiga? ¿Y si te demuestro que puedo ser parte de tu mundo?

Suelta a reír.

—¿Me dejarías vivir a tu lado, Vlad?

—Ya veremos pequeña puta —susurra—. Ya veremos…

Los ojos se me cierran y mi subconsciente se centra en una sola cosa; yo ya no le debo nada a nadie y si esto es mi único salvavidas lo voy a tomar.

El león ronda mientras que el sueño me hunde no sé por cuánto tiempo, pero una oleada de vómito es lo que me despierta mandándome al baño. La casera no ha salido desde que Vladimir llegó y yo me apoyo en el váter sudando mientras los intestinos se me contraen.

Logro moverme cuando creo que paró, me muevo a lavarme la boca, pero termino vomitando en el lavamanos con Vladimir bajo el umbral.

—Novata —se burla mientras hago gárgaras.

—Me siento mal…

—Es mientras te acostumbras —me saca—. Luego no querrás parar.

Asiento sorbiendo lo que me pica en la nariz. Los efectos secundarios me dan dolor de cabeza. Él se ocupa de mi dispositivo de rastreo buscando a la mujer que lo tenía y se hace pasar por mí mientras yo me preparo para partir con Koldum.

Me llevo el enjuague bucal, ya que por lo que veo las náuseas van a seguir y mientras vomito en las aceras de North Pole, Vladimir se pierde volviendo con una botella de licor, se mete dos pastillas pasandola con el alcohol antes de ofrecerme la botella que me empino mientras me aplaude.

—Que sexy —señala la carretera—, pero necesito más.

—Te daré más.

Señala la carretera por la que echo a andar con el león dándole otro largo trago a la botella. Una aeronave nos recibe, alza el vuelo y para cuando vuelve a aterrizar estoy más que ebria ya que nos bebimos el Whisky del mini bar.

—Bienvenida a Cheliábinsk, Rusia, pequeña puta —anuncia el Underboss drogado—. Deja ese animal dentro.

—Es mi mascota —me niego tambaleándome—. Me hace ver ruda…

—No tiene que "Hacerte ver" —sujeta mi cara arrebatandome la botella que tengo en la mano—. Tienes que ser ruda, mala y mierda…

Arroja el envase contra uno de los autos estacionados y este revienta el vidrio volviendolo pedazos. El vigilante de turno trata de acercarse, pero los tiros que suelta en el pavimento lo hacen desistir…

—Hacemos lo que queremos y ya está, nadie nos lleva la contraria —sujeta mi mentón —. Haz que cuando las personas te vean se apresuren a cerrar las puertas de sus casas…

Asiento y tira de mi muñeca. La ciudad está despierta, los edificios son grandes y los vacíos son llenados con alcohol. Dejo que me lleve a donde él quiera, sin alegar, sin decir nada, solo me muevo y ya.

—No me tomaran en serio contigo así —me adentra en un centro estético punk donde me clava en una silla— ¿Quieres ser mi chica? ¿Una mujer de la Bratva?

Pregunta y asiento ebria.

—Entonces quítate esa apariencia de fracasada —me besa—. Yo no quiero a Emma James, quiero a Emma Romanova, la mujer que no se deja

tocar por nadie.

Me sueltan las hebras negras. Cortan, decoloran y yo dejo que el negro salga de la parte delantera de mi cabello, asi como permito la perforacion en la nariz.

Acaban y nos movemos a una tienda de moteros donde echo a la basura lo que traía surtiendome de vaqueros, Jogger, chaquetas, medias de malla, playeras de bandas de rock con mangas rasgadas, pañoletas, gorras, cuellos con tachas, botas borcegos de caña alta y baja con plataforma.

La ropa con estampado queda de lado, las manillas y los pendientes terminan en la basura y ahora luzco muñequeras y aretes grandes que me hacen ver más mujer. Vladimir me ofrece más cocaína y alzo la botella demostrando que con esto estoy más cómoda.

Salgo con una nueva mochila y una bolsa de lona que aguarda ropa para las dos y la óptica es el nuevo destino donde compramos un par de lentes de contacto.

—Toda tuya —me entrega un arma—. Úsala cada que te diga.

Asiento dejando que me bese antes de lanzarse a la calle y sacar la suya parando un cadillac descapotable el cual roba clavándole el arma al conductor en la cabeza mientras yo lo respaldo con la mano temblorosa. Papá se me viene a la cabeza, pero me niego a amargarme el momento con recuerdos que no vienen al caso.

Simplemente vivimos el momento, yo ebria y él drogado en discotecas de mala muerte saltando hasta que me duelen los pies. Pruebo de todo; whisky, vodka y coñac hundiéndome en lo que tanto me prohibieron, dejando de lado lo que tanto me inculcaron porque ya no hay reglas, ya no hay límites.

Ahora hay besos en discotecas atestadas de gente, gritos, saltos y celebraciones con personas que comparten mi mismo vacío. El tiempo deja de tener sentido y mi cuerpo solo se dedica a absorber el alcohol dentro y fuera de los bares.

La poca comida que consigo se la doy a Koldum y no sé cómo hace Vladimir, pero la noche del día siguiente nos toma en una playa de marea

alta por la que camino sujeta de su mano.

Él con una botella de Vodka y yo con una de coñac. Las olas chocan contra las piedras y la brisa fría me sacude el cabello mientras miro a la nada.

—Esta es la bienvenida a mi mundo —me dice— ¿Te gusta? Es solo un abrebocas… Todavía faltan los negocios, el respeto, el miedo y el logro de que nadie te toque.

—Brindo por eso.

Se ríe con ganas mientras el viento agita las hebras doradas.

—Cuéntame algo de ti —le pido—. Si nos conocemos funcionará mejor, ¿No crees? Ya tú sabes que soy un asco.

Quita la tapa de su botella empuñando con fuerza y mira a la nada como si le doliera recordar.

—Cierta vez hubo un niño que raptaron y que su madre intentó rescatar —da un sorbo—, pero acabó muerta…

Quisiera que mis neuronas estén lo suficientemente despiertas para entenderlo, pero lo cierto es que estoy tan ebria que no puedo ni sentirlo y lo único que tengo claro es que mis lamentos nunca tendrán tanto peso como los de él.

—En ocasiones siento que tu madre era mejor que la mía… Algo raro ya que Luciana no era una asesina, pero de seguro te amaba como eras —su recuerdo me duele— ¿La amabas? ¿A Sonya?

—Mucho y tú tienes que ser como ella —continúa—. Si quieres estar a mi lado tienes que superar a Sonya Lazareva, la mujer más grande de la Bratva.

Le muestro mi atuendo demostrando que estoy lista para serlo.

—¿Tienes claro que ya no eres parte de la ley? —pregunta— ¿Qué ahora estarás contra ellos?

Asiento, todos se pusieron en mi contra cuando llegó la hora de elegir el borrego. Me empino la botella bebiendo un trago largo y él me la empuja para que ingiera en grandes cantidades, toso dejándola de lado y sujeta mi cara besándome con ganas.

—Por cada crimen llega una nueva cucaracha —explica— hasta que tienes una plaga en tu alma la cual se come tu humanidad. Entonces dejas de sentir lástima, dejas de sufrir y, como no brillas, la gente deja de intentar apagarte…

Muevo la cabeza dándole a entender que lo tengo claro y nada de lo que diga hará que dé marcha atrás, simplemente permito que me vuelva a besar asumiendo que me convertiré en lo que tenga que convertirme.

La brisa nos envuelve, el agua del mar me moja los pies y nos besamos tantas veces que las ganas se encienden al tal punto que terminamos en un hostal.

La duda lo abarca estando adentro, pero me termino desnudando facilitando la tarea. «Es mi marido» y aunque al principio lo hice por estrategia ahora es mi único camino, es la vida que quiero.

Me siento en la cama indicándole que venga y no soy muy experta, pero acaricio sus hombros besándolo despacio, saboreando los restos de la píldora que se derrite en su boca.

Nuestras frentes se unen, nuestras bocas no se separan y sin prisa dejo que se ubique sobre mí. No hay agarrones fuertes, rasguños o malas palabras en ruso, ni la actitud dominante de su padre, por el contrario, tardamos en las caricias calientes, en los besos húmedos y no está mal, ya está claro que no tenemos experiencia, pero nos entendemos y está bien.

Su boca recorre mi mentón en tanto la erección que surge abajo toma fuerza moviéndose sobre mí. Nos dieron preservativos al entrar, él desliza uno sobre su miembro cuando se siente preparado y soy yo la que enreda los dedos en su cabello mientras entra respirando mi mismo aliento.

Me siento bien con él, como una chica normal, porque no hay culpas, ni confusiones, ya que Vlad lo hace de una manera diferente, sin maldades, sin

perversiones. Deja que lo toque, que lo bese y lo hago muchas veces convenciéndome de que me gusta.

—Ya lo consumamos —digo contra su boca y se mueve más rápido—. Ahora no puedes retractarte.

—No intentes enamorarme con palabrería barata.

—Pero si ya lo estás —me le burlo y sus movimientos toman ritmo mientras el látex calienta mi canal en tanto sus manos se apoyan a ambos lados de mi cara. Deslizo los dedos por sus costillas apreciando el cuerpo atlético, la piel pálida y suave que deleita la yema de mis dedos.

No me siento pequeña a su lado, no siento que alguien se está imponiendo sobre mí, solo siento la armonía que arman nuestros cuerpos cuando se mueven con un balanceo que no desencadena alaridos, pero sí pequeños gimoteos con el roce de su pene entrando y saliendo con un ritmo constante y delicioso.

Mete las manos bajo mi espalda como si buscara algo y se sigue contoneando sucubiendo a las ganas que dejan besos en mi garganta, en mi boca, en mi frente, ganando al punto donde toma confianza y baja la mano a mis partes mojadas tocándome por encima antes de adentrar los dedos hallando esa zona que me arquea, que aporta más placer mojando mi sexo. Le gusta lo que ve y aumenta los movimientos soltando embates que nos sumergen a los dos.

Las caricias no son bruscas cuando pasa las manos por mi cara sin dejar de follarme acabando por primera vez y repitiendo en la madrugada de una forma menos sutil y con más confianza entre los dos.

No fuerzo las cosas, siento que él está más cómodo sobre mí y se ve reflejado en la soltura que va adquiriendo con cada acercamiento, hasta intentamos una pose de medio lado donde elevo la pierna izquierda mientras él se abre paso entre mis paredes con un nuevo preservativo.

—Creo que si alzas más —pide— podré….

—Oh, si claro —confirmo—. Pero si te bajas un poco sería más…

—Si —lo hace y esta vez resulta más cómodo sentir su aliento sobre mi espalda mientras se mueve y pasea las manos por mi abdomen entrando y saliendo demostrando que lo disfruta. El preservativo vuelve a llenarse después de varios embates y dejo caer la cabeza en la almohada cuando el alcohol me hace desfallecer.

Lástima que ser la compañera de Vladimir no sea solo beber, embriagarse y tener sexo en hoteles de mala muerte, ya que el partir es dejar a la vieja Emma en esa habitacion de hotel.

—Arma en mano —me pide mientras avanzamos por la zona turística.

Vienen los asaltos, las amenazas y los disparos cuando entra a un sitio cualquiera buscando quién le debe y si no lo tienen no duda en soltar el tiro. Noto que el próximo ajuste de cuentas será en un establecimiento de juegos infantiles y me quedo en la puerta temblando con las detonaciones que desencadenan gritos despavoridos.

—¿Por qué no entraste? —me reclama cuando sale con la camiseta salpicada de sangre.

—Estaba acabando esto —le muestro mi bebida alcohólica y se encamina al auto enojado donde Koldum tiene la cabeza asomada.

—Hey, ¿Por qué te enojas? —lo detengo.

—Porque siento que me estás tomando del pelo —me regaña— ¿Crees que esto va a funcionar a punta de besos y acostones?

Me saca el arma que tengo atrás.

—No pequeña puta, ya te dije como son las cosas y si no eres capaz de asumir el papel de esto te agradecería que dejes de jugar y vuelvas a tu vida de fracasada —espeta—. No has hecho nada en la puta mañana y mis asuntos no se atienden solos.

Trato de seguirle el ritmo, de imitar lo que hace, pero no es fácil ver el terror en los ojos de alguien cuando le apuntas con un arma. Exigir pagos obligatoriamente a gente que no tiene dinero.

—Mañana estaré más preparada —le digo mientras lo sigo dejando a Koldum en el auto —, pero no está mal para ser un primer día, ¿Cierto?

No me contesta, simplemente entramos al bar donde me señala una mesa de billar.

Papá me… Omito el recuerdo de los pasatiempos que tenía con Rick, simplemente me quito la chaqueta tomando un palo uniéndome a la mesa donde está él. Todos aquí lo conocen y varias mujeres lo saludan con confianza mientras yo le doy inicio al juego.

La botella se va acabando mientras él inhala cocaína, pierde concentración con el pasar del tiempo y yo busco el baño. El coñac se acabó y me acerco a la barra a pedir más, pero mi nivel de ebriedad hace que termine tropezando no sé a quién.

—Lo siento….

Vladimir sacude la cabeza desde su mesa indicandole a la mujer con expansiones que se levante.

—Aquí no se pide disculpas, pequeña puta —deja claro y la mujer que me gana en peso me hace retroceder—. Enseñale lo que haría una mujer de la Bratva…

No ha terminado de hablar cuando ya estoy siendo empujada contra una mesa donde aterrizo con el puñetazo que me propina. Los presentes se alejan y yo me levanto buscando la salida, pero me toman del cabello volteándome a la vez que me clavan cinco rodillazos en el abdomen.

—¿Con que la chica del Underboss? —el bofetón me manda al suelo y Vladimir se ríe cuando me levanto atropellandola arrasando con las sillas, pero es más fuerte que yo y las técnicas aprendidas no me funcionan estando tan ebria.

Otro rodillazo avasalla mi estómago, mi frente termina contra la mesa de billar y la pelea se da a mano limpia y es más lo que recibo que lo que doy; golpe tras golpe que me llenan la boca de sangre.

—Te va a matar si no haces algo —dice y los golpes no cesan en la cara, en la espalda y en las piernas—. En este mundo no vas a sobrevivir ni dos

días así.

La empujo, evado y trato de huir, pero no deja de darme pelea arremetiendo con todo lo que sabe.

—Mátala —me pide Vladimir—. Es una asesina como todos nosotros, sé una también.

Muevo la cabeza en señal de negación y ella vuelve a arremeter lanzandome botellas que me acorralan antes de volverme a tomar dandome una tercera paliza en el suelo. La sangre me ahoga, mis brazos pierden fuerza y los gritos de "Basta" mueren en mi garganta con los estrellones de mi cabeza contra el piso.

Busca el palo de billar y el que lo levante contra mí me obliga a sujetar el arma que tomo entre las dos manos tirando del gatillo que le atraviesa el abdomen. Sigue de pie y disparo otra vez hasta que cae.

—Muy bien —me centra Vladimir tomando mi cara— ¿Lo ves? Es fácil no dejar que nadie te lastime. Yo no quiero que nadie te lastime, ni tu cuñado, ni el ministro, ni tu familia, nadie y si alguien quiere matarte tú lo acabas primero.

Limpia mis lagrimas dándome un beso en la frente y me termina de embriagar para que los golpes no duelan tanto, pero yo termino llorando en el asiento trasero del auto mientras él me abraza.

—Pronto será tan fácil como respirar —asegura—. Confía en mí, serás la asesina más grande de Europa.

Asiento y él me empapa de su mundo. En la mañana desayunamos panqueques con coñac y un filete para Koldum, de ahí abordamos el auto moviéndonos a lo largo de Rusia.

Los días pasan y absorbo, imito, robo, extorsiono y soy la carnada que atrae a las personas importantes para la Bratva, «Banqueros, joyeros, empresarios», que caen en manos de la mafia roja por órdenes de Vladimir.

Me enseña a disparar, a acuchillar y como desmembrar un cadáver y entre más me suelto más se van afianzando los lazos. Estoy ebria la mayor parte del tiempo, así que lo olvido rápido, por lo tanto, no soy consciente de nada

cuando tarda y debo bancarme que me manoseen o me besen más tiempo del debido. Él intimida y yo robo demostrando lo que me enseña.

No tiene necesidad de nada de lo que se lleva, pero supongo que me está probando y yo le estoy demostrando que puedo y poco a poco nos vamos entendiendo. Ya no me regaña, ahora me enseña cómo apuntar para verme más segura.

Él se droga mientras que yo me ahogo en coñac. En las discotecas no somos delincuentes, somos una pareja de 18 y 20 años que se besa en medio de la pista y que tiene sexo todas las noches. Mareados, sudados, ninguno de los dos se acuerda bien de lo que sucede, pero los preservativos usados dejan claro los acontecimientos.

No sé donde estamos, pero hay otro chico en la alcoba y este me besa mientras Vladimir observa y se ríe perdido en la droga. Deja que me toque, que me tire a la cama y mientras el Underboss me desviste estando ebria, el otro chico mueve las manos a lo largo de mi cuerpo en tanto yo me afano por desvestirlo también.

Vlad le ofrece cocaína y yo sigo bebiendo repitiendo el patrón noche tras noche, con chicas o con chicos teniendo sexo en medio de grandes nubes de humo con olor a marihuana. Estamos tan perdidos que la sobriedad dejó de tener algún tipo de significado en mi cabeza.

Y siento que me apago. Koldum es mi única preocupación; él y demostrar de qué estoy hecha, que estoy preparada para esto, para ser la asesina más grande de Europa, «Porque debo serlo si quiero encajar aquí». Llevo una lista de las personas a las que mata por no pagar sus deudas, me sumo en sus negocios, dejo que me enseñe como funciona la hermandad y que me presente gente de su mundo.

—Ella es mi pequeña puta —deja el brazo sobre mis hombros presentándome ante sus amigos—. Lo mío es suyo y lo suyo es mío.

Se aleja mostrandome con orgullo.

—Recibamosla porque ya es una mujer de la Bratva, la chica del Underboss —pide—. Y lo mejor para ella está por venir porque antes de

morir acabará con los que la jodieron.

Me besa delante de todos mientras la hermandad celebra.

—Te quiero —me dice— y me haces feliz, pequeña puta… Ya no tan pequeña.

Siento lo mismo en parte, algo que no sé… Es raro.

—Ya no eres una niña —susurra en mi oído—. Poco a poco te conviertes en una amenaza y cuando lo seas verás que nada podrá pararnos.

Lo abrazo. Han pasado seis días y no me siento como al principio, de hecho, creo que empiezo a verme como esta gente con el cabello trenzado a un lado. Me unen a la hermandad en una fiesta llena de alcohol, drogas y sangre que dura no sé cuánto tiempo, pero el ambiente es tan hostigante que mi cuerpo clama aire, así que me alejo por un par de horas que terminan siendo un mal para mí ya que de regreso olvido donde queda el edificio.

—Deme una moneda —se me pega un indigente—. No he comido, deme una moneda.

—Aléjese —pido tratando de ubicarme.

—Deme algo, lo que sea —se aferra a mi chaqueta y lo empujo, pero me insiste.

—¡Que se aleje!

Lo vuelvo a empujar, me vuelve a tomar y por acto reflejo saco la pistola que le apunta y acaba con su vida con un solo disparo. Algo me cala adentro con el humo que suelta y el charco de sangre que inunda el andén, es como si mi alma se rompiera o dividiera por tercera vez.

Los labios me tiemblan, pero el corazón no me late y en mi pecho no está el dolor que tiene que inundarme. Vladimir me abraza por detrás dejando un beso en mi mejilla a la vez que baja el arma que mantengo en alto.

—Ya es hora de volver a Sodom —me dice—. Tengo algo para ti, algo que será nuestro.

Ilenko.

Todos son valientes y empoderados hasta que se les muestra un arma. «Mildred Mitchels»; Matemática, empoderada, habladora y defensora feminazi se derrumbó a causa de un infarto cuando uno de mis hombres se presentó en su oficina con un arma y es que no tuvo ni que disparar para que cayera por su propio peso.

No me satisface y parece que matar a esas perras no apagará la sed que tengo en la garganta y la rabia que tengo hacia Emma James. Sed que me confunde porque ya ni sé qué es lo que quiero.

—Vladimir es tu sucesor y sabe lo que hace como el buen Underboss que es—comenta mi hermana—. Solo está caliente y si quiere tomar a esa niñata como un juego, déjalo que son sus decisiones. Ya tiene poder y criterio para actuar como prefiera.

Enciendo el puro que impregna el ambiente. Mi peor cualidad es el rencor que me corre por las venas. Soy demasiado poderoso para perdonar y cuando alguien me hace algo, me aseguro de que le duela toda la vida.

—Imaginala de nuestro lado —sigue—. Siendo como todos nosotros porque ya hay rumores de que…

—No me imagino nada —la interrumpo molesto—. Cada quien tiene un lugar designado, ¿Lo entiendes?

—Tienes razón. Siendo realistas, todos actuariamos como los Morgan en su situación y es entregando el más débil por el más fuerte —se inclina sobre la mesa—. Somos enemigos, pero esa niña es un completo fracaso, no le pesa a nadie y la ruleta se nos burló en la cara esta vez.

Las dos únicas mujeres de los Romanov eran Sasha y Aleska. La primera ya está claro que le pasó y la segunda ahora está aquí tomando el puesto de Zulima en el club.

Estoy acostumbrado a las desapariciones de Vladimir ya que son comunes con la vida que lleva, pero esta vez es diferente porque no sé qué diablos pretende o qué carajos tiene en la cabeza… Su pataleta hace que por poco me tome Phoenix y de no haber vuelto a Alaska, la humillación

pública de Emma James en los periódicos no sería la única noticia que rondaría en los medios locales.

—No puedo hacer esto sola —se queja Aleska—. La matriarca se retira, ya está muy vieja y enferma. La fortaleza también necesita una figura femenina que tome las riendas de la casa.

—Para eso he llegado yo —dicen en la puerta y Aleska sonríe de inmediato con la mujer que llega con Maxi—, a servir a mis sobrinos y cuñado.

El enojo se me va por segundos con los recuerdos que me enderezan con la presencia de Tonya Lazareva, la hermana mayor de Sonya, que a sus 45 años luce estupenda, poderosa, sensual y bien conservada con la piel trigueña y el cabello rubio hasta la cintura.

—Padre, disimula que te impresiona —comenta Maxi y sonrío negando a desmentir la afirmación.

Se acerca y yo me levanto recorriendola de arriba abajo mientras ella hace lo mismo.

—¿Te gusta que la trajera, padre? —me pregunta Maxi.

—Por supuesto —aseguro dando una vuelta alrededor. Para nadie es un secreto que la experiencia es una debilidad en mí, «Más si son Lazareva».

—La tía Tonya y mamá eran inseparables —sigue Maxi—. No tiene compromisos, no tiene amo, puede manejar la fortaleza y ayudarle a la tía Aleska.

Asiento. Está mucho mejor que Zulima, mucho mejor que las mujeres que me ha ofrecido Aleska desde que llegó y es que mujeres como Tonya me recuerdan lo que soy y lo que necesito.

—¿Cuántos negocios tendré a mi cargo? —le pregunta Aleska a Maricarmen que permanece en la oficina poniéndola al tanto de los negocios.

—Todos a excepción de los bares bárbaros —contesta Maricarmen—. Esos estarán a cargo de la mujer del Underboss…

—¿La mujer de quién? —inquiero de una vez.

—A eso venía también —se sienta Maxi—. Vladimir volvió en la madrugada y llegó imponiendo cambios en su zona con la perra que tiene como esclava.

El enojo se va multiplicando con cada palabra.

—Bueno, aunque creo que ya no es su esclava —continua Maxi— ¡Se rebeló con esa puta demostrando lo que advertí y es que anda encamandose con el enemigo...!

No lo dejo terminar, simplemente busco la salida bajando rápido las escaleras del club. Sodom tiene zonas buenas y malas como cualquier ciudad y el callejón de los bárbaros es lo más decadente, lleno de prostitutas baratas, drogadictos, pandilleros, ex convictos, ladrones, sicarios y peleadores.

—Boss —se me atraviesa Salamaro cuando estoy por entrar—, esta zona es de Vladimir y tiene restricciones.

—La zona es de Vladimir —lo encaro furioso—, pero la ciudad es mía…

Se me vuelve a atravesar cuando intento apartarlo.

—No lo quiere cerca de su esclava —advierte y suelto a reír abriéndome paso de todas formas.

Los ebrios rondan al igual que los drogadictos, el bar más grande de todos está al final y me apresuro a este con la ira por los cielos. El sonido de la música es ensordecedor, en una tarima hay un cadáver colgado con un logo de la FEMF encima el cual atacan con bates de béisbol.

Mi león está sobre la barra y en los tubos bailan rameras baratas con vestidos de lentejuelas cortados, creo haber visto esos trajes en algún lado. El enojo parece subir cada vez que respiro cuando en lo más alto de la cornisa hay un par de patines en llamas.

La música se apaga de pronto y…

—No eres bienvenido aquí —arrastran la lengua para hablar— ¡Así que fuera!

Volteo y las personas que tengo atrás le abren paso a la mujer que me dispara el instinto asesino en un dos por tres; «Emma James», viéndose de una manera totalmente diferente con ropa de cuero que le cubre los brazos y parte del cuello. Tiene la cara amoratada, los ojos azules quedaron no sé en donde, el maquillaje le resta juventud y los mechones plateados que tiene en la parte delantera la hacen ver como si tuviera más de 24 años.

Se empina una botella viéndose como una auténtica ramera de poca monta cuando la baja limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¡Lárgate! —se impone— ¡En mi negocio no hay espacio para el Boss!

—¿Tu negocio? —pregunto y asiente.

—Mi negocio —repite alzando la botella— ¡Lo administro porque el unirme a la hermandad me convierte en una mujer de la Bratva con negocio propio!

«Mujer de la Bratva». Su afirmación dispara no sé qué dentro de mí y no sé qué es lo que más rabia me da de toda esta payasada; si lo ridícula que se ve, las idioteces que está haciendo o lo que está diciendo.

—¡Lárgate!

El impulso hace que me le vaya encima, pero no alcanzo a tomarla ya que se me atraviesan con haladie en mano poniendo una barrera entre ella y yo.

—Ya la oíste —me encara Vladimir dejando claro que no quiere que la toque—. Es nuestro negocio y no hay espacio para el Boss por muy dueño de Sodom que sea.

Sorbe lo que tiene en la nariz antes de alzar el mentón con valentía haciéndome reír.

—¡Es un vendido papá! —Maxi interfiere, ni siquiera noté que me siguió — Das asco durmiendo con una James…

—Vete que no quiero faltarte el respeto —me exige Vladimir ignorando a su hermano—. Así como tampoco quiero que te acerques a ella, ¿Está claro?

Uno de los voyeviki la respalda y entre más la veo, más me carcome la ira poniéndome peor de lo que estaba. Bajo los ojos a los dedos de él que envuelven la muñeca de ella antes de darme la espalda, pero ella se detiene alzando la mano donde tiene la botella antes de advertir:

—Verte morir es el siguiente logro —me amenaza ebria—. El borrego ahora quiere ser un depredador que ansía la sangre de Ilenko Romanov.

Brinda sola y Vladimir se la lleva dejándome en medio del bar donde arden los patines en lo alto. Pido que saquen al león y tomo a Maxi sacándolo del establecimiento mientras analizo lo idiota que es porque yo soy todo, menos un mal perdedor y vamos a ver quién cae ante quién.

CAPITULO 30 — EL LEON, EL BORREGO Y EL CACHORRO.

Tipo de narrador: Omnisciente.

El antes y despues.

A toda víctima le surgen las ansias de revelarse, momentos de euforia donde se centran en un propósito y es acabar con el victimario. A Emma le había llegado ese momento, justo cuando el cielo adquirió un tono gris con grandes nubarrones que fueron oscureciendo Alaska a pesar de que todavía no era de noche.

Lo curioso es que a nadie le llamó la atención, ya que es común en ese sitio lleno de nieve. Nadie se fijó en la oscuridad que anunciaba algo más que un mal clima.

Cada quien estaba inmerso en lo suyo creyendo que hacían lo correcto defendiendo sus propios intereses, pero lo cierto es que muchos estaban equivocados, en especial los que ofrecieron a Emma en sacrificio porque no notaron que esa pequeña sí era un borrego, pero no cualquier borrego; este tenía un aire especial que más que ser una ventaja era una condena ante el Boss de la mafia rusa, el cual ella se había puesto como meta derrotar aferrándose a su hijo quien parece ser el arma perfecta para acabar con el león que clamaba algo más que su sangre.

Emma tiene que matar a Ilenko e Ilenko tiene que matar a Emma, los motivos sobran y la menor de las James sabe que si no lo hace no podrá caminar al lado de Vladimir en el sangriento mundo de la Bratva. El patinaje le dio una patada al igual que sus seres queridos y no quería volver a saber de él, es más, sentía que lo odiaba después de haberlo amado tanto.

Por su parte, Vladimir tiene claro que le gusta Emma. De hecho, a veces piensa que es algo más que gusto, en especial cuando la ve rota y perdida porque a Vlad no le gustan los colores, le gusta lo gris, le gusta que beba, que pelee y que huela a alcohol porque eso le demuestra que son dos almas en desgracia acorralados en una adicción.

Ambos bajan de la camioneta en dirección a la puerta de la fortaleza Romanov. Emma tomada después de celebrar lo bien que le fue en el bar. Hubo algunos descuadres de dinero, se llevó un par de golpes cuando tuvo que sacar a un par de problemáticos, pero le fue bien al final de cuentas. Y con cada minuto que pasa se ve más inmersa en en ese mundo despiadado.

—Mañana vendrán varios miembros de la hermandad —comenta Vlad—. Son importantes, no lo arruines.

Ella asiente adentrándose en la sala. Es tarde, podrían quedarse en otro lado, pero el Underboss no va a renunciar a su casa y su padre tiene que acostumbrarse a sus reglas, ya que Emma es su pareja de momento.

Vlad se echa en el sofá y Emma se sienta a su lado dejando que se suba sobre ella llenándola de besos con sabor a alcohol. La desnuda, se coloca el preservativo y ella permite que la folle ebria en aquel sofá esforzándose para que la quiera cada día más.

Necesita que Vlad la quiera más a ella que al Boss y siente que su vida es un mismo patrón, ya que a lo largo de su existencia ha tenido que esforzarse vanamente para que la miren, para que la escuchen, para que le hablen. El mundo la nota cuando le toca y no puede repetir eso con el Underboss.

Ilenko aparece en su cabeza y la nariz le arde instantáneamente, cosa que nota Vladimir cuando su mirada se pierde.

—¿Qué pasa?

—Es que me acordé de cierta cosa…

La abraza. El Underboss la envuelve entre sus brazos como si supiera que se acordó del Boss y él no quiere que se acuerde de lo que pasó entre los dos porque ese tipo de recuerdos duelen de una forma diferente.

—Me vas a proteger, ¿Verdad? —le pregunta Emma— De él.

Vladimir asiente seguro sin saber que es otro que también está equivocado. Emma se balancea suavemente mientras él se adentra más en ella y lo que empieza en el sofá termina en la cama del Underboss con ambos mirándose.

—¿Lo estoy haciendo bien? —le pregunta ella a él.

—Aunque falta más —apoya los labios contra los suyos—. Mucho más y habrán momentos donde tendrás que atacar a los que quieres, pero no te preocupes que para cuando eso pase solo habrá odio en ese corazón.

—Ya lo hay —asegura ella antes de cerrar los ojos dejando que el sueño la invada.

Emma; el dolor y el resentimiento te tiene con hambre y con ganas de querer ganar esta partida. Te sientes fuerte y capaz, estás convencida de que este es tu momento, que este es tu camino, pero si quieres que lo sea primero tienes que ganar el juego que inicia con la llegada de la mañana.

Los nubarrones que cubren Alaska tienen un tono más oscuro y la chica del Underboss toma una ducha, no lo hace con Vladimir, ya que aún no hay la confianza suficiente para eso, hasta ahora se están abriendo y son una pareja joven que no está del todo cómoda mostrandose desnuda.

Ellos son más de besos largos y abrazos en la cama con las sábanas en lo alto del pecho.

Se coloca los vaqueros, las botas y la cazadora, delinea sus ojos y pinta sus labios con tonos oscuros antes de bajar con el rubio al comedor.

El desayuno está servido, Maxi está en la mesa al igual Aleska, el abuelo y Salamaro. La novia de Maxi está con los Petrov viviendo el duelo de la muerte de Zulima.

El Underboss toma su lugar con Emma a su derecha. La molestia de los Romanov es inmediata, pero Vladimir lo pasa por alto ya que ser la mano derecha de su padre le da libertades.

—¿Desde cuándo comemos con el enemigo? —pregunta el abuelo que está siendo alimentado por Cédric— Es algo que está prohibido, Vladimir y es una ofensa tener a esa perra aquí...

—Si, pero no soy el único que se salta las reglas haciendo lo incorrecto.

Los pasos del Boss se toman el comedor y todo el mundo guarda silencio acatando el debido respeto hacia el hombre que no viene solo, ya que llega

con Tonya y Koldum.

El cachorro está sujeto a una cadena que sostiene la tía de los hermanos Romanov. Maxi se levanta a correrle el asiento a la vez que Ilenko mueve la silla principal ubicándose a la cabeza de la mesa.

La mirada de Emma se cruza con la suya y ella extiende la mano alcanzando la crema de avellanas que le unta al pan en grandes cantidades sin perder contacto visual con el ruso.

Desde que partió de Phoenix tiene una sola cosa en la cabeza y se lo repite mientras se devora el pan.

—No voy a tolerar esto —el abuelo le pide a Cédric que lo saque y Aleska deja su servilleta yéndose también.

Ellos se marchan y Emma toma dos panes más echando una mayor cantidad de crema chupandose los dedos cada que los unta. Se atiborra acabando con la crema y lo malo no es la falta de modales, es la mirada depredadora del Boss que nota Vladimir enfureciendo de inmediato y es que los ojos de Ilenko se tornan tan perversos que el Underboss vuelve a repudiarlo por lo que hizo.

La frase “Me obligó” se sigue repitiendo en la cabeza del rubio que mira a su padre decepcionado. Él detalla a Emma como una presa, sus ojos la acechan como cuando el león está a punto de irse contra el borrego.

—Koldum come bastante —comenta Tonya e Ilenko desvía la vista hacia ella que le dedica una mirada cómplice la cual es una clara señal de coquetería.

—Tía, ¿Cómo dormiste? —pregunta Maxi— Te pido disculpa al tener que tolerar esclavos en la mesa…

—¿Es tu tía? —lo interrumpe Emma— Pensé que era tu abuela…

—¿Perdón? —se ofende Tonya y Emma la ignora siguiendo con el desayuno, pero inevitablemente sus ojos se levantan en dirección hacia su enemigo en un nuevo duelo de miradas que enfurece a Vladimir.

A Ilenko le asquea la imagen de la menor que para él se ve como una golfa con resaca. La ira tiñe el ambiente y Emma no tolera ver a su animal atado en manos de la rusa que le da de comer. Cada segundo que pasa le suma tensión al entorno.

Maxi hace planes para Tonya e Ilenko y entre más los comparten, más aumenta el odio de Emma por el Boss al igual que las ganas de aniquilarlo.

Los cubiertos suenan, los alimentos se acaban y Emma es la primera que se levanta. Vladimir es el segundo en hacerlo, pero Emma está tan mentalizada en esta nueva ella que no se acojona a la hora de caminar con pasos firmes al puesto del ruso agachándose frente a Koldum.

Se relame los dedos sucios de crema de avellanas y, acto seguido, suelta la correa del león mientras que Maxi sacude la cabeza ante su descaro.

—Extrañaste a mamá —lo levanta en brazos sacándolo del comedor y dándole un codazo a Maxi en el proceso—, yo también, pero ya estoy aquí y no dejaré que te aburras siendo cuidado por gente de la tercera edad.

Tonya se la come con los ojos, Vladimir la respalda esperándola y ella se siente poderosa cuando el silencio de Ilenko le confirma que el Boss ahora no tiene más alternativa que callar ante su hijo que se está mostrando mucho más fuerte que él.

—¿No dirás nada? —le pregunta Maxi a su padre y el Underboss posa los ojos en su progenitor dando un claro mensaje y es “No te perdono”.

— Vladimir se está rebelando en tu propia cara.

—Si, lo estoy haciendo —responde el rubio—. Y vuelvo a reiterar lo mucho que me has decepcionado.

Ilenko se retira y Vlad sabe que lo está jodiendo, las palabras arden de cierta forma porque no está mintiendo.

Maxi quiere que Ilenko diga algo, pero Vladimir sabe que no lo dirá ya que su reputación está en juego. Es lógica, Vlad tiene 20 años, no es el Boss todavía y a la Bratva no se le hace raro que se tire a la esclava, ya que lo ven más como una “Humillación” y una forma de denigrar. Los subalternos tienen esa función.

Pero el Boss es otra cosa, tiene un estatus, un honor que mantener y es poco coherente que teniendo tantas mujeres ande obligando a una esclava que no vale nada y es menor que Vladimir.

El timbre suena, la empleada abre y le da paso a los invitados del Underboss que llegan con armas, drogas y licor. Maxi prefiere irse con Tonya en tanto Cédric se mantiene con el abuelo encerrado.

Los invitados de Vladimir no es que inspiren mucha confianza en Emma, ya que se ciernen sobre ella haciéndola ver más pequeña de lo que es. Se traga el nerviosismo e intenta parecer una mujer madura la cual quiere encajar entre los rufianes.

—Bebe —Vlad le pasa la botella de licor antes de ayudarla a quitar la chaqueta—. Ellos son las cabezas de las grandes pandillas de la mafia roja. Te enseñarán nuevas cosas como matar a agentes de la FEMF, por ejemplo.

Ella bebe más de la mitad ya que el licor lo hace todo más llevadero.

—Se ve muy asustada todavía, Vladimir —dice uno de los miembros de la hermandad—. No me convence y como que aceptarla nos pone en duda.

—Está aprendiendo —contesta Vladimir—. Anda, demuéstrales que haces parte de la hermandad.

Ella repara el entorno, al círculo de hombres que la miran de arriba abajo y es que en la Bratva las mujeres hacen lo que el varón dice y Emma tiene que regirse a esas reglas.

Uno de ellos se acerca alzando la mano que la abofetea y vuelve arremeter con la misma intensidad antes de sujetarla por el cuello mientras ella se traga las lágrimas. Las mejillas le han quedado ardiendo y una extraña oleada de calor le invade todo el cuerpo.

—¿Te gusta rudo? ¿Estás dispuesta a que te sometan? —pregunta el moreno— Porque aquí nos gusta someter.

Inclina su boca hacia la de ella besándola antes de darle paso a sus otros hermanos que repiten la misma operación y mientras devoran su boca, el Underboss le quita la blusa acariciandole los hombros descubiertos.

—La sentimos muy pequeña —comentan—. No nos prende tanto.

—Es una mujer de la Bratva —contesta Vladimir sujetándole las manos atrás—. No tiene pena, no tiene pudor, vive y es de la mafia roja, ¿Cierto pequeña puta?

Toda labor tiene un sacrificio y Emma sabe que esto hace parte del proceso, ya que Vladimir se lo ha dicho miles de veces y permitir que otros la toquen es algo común entre ellos. Recorren sus pequeños pechos y la menor de las James se endereza con el tacto de las manos ásperas que se pasean por su piel.

—Tiene tetas de niña —le dicen—. No gustan.

—Pero mira, esta cara —Vlad le besa las mejillas— y este culo compensan. Lo logró a punta de piruetas ridículas.

Sueltan a reír y ella vuelve a odiar el haber hecho tanto el ridículo en el patinaje. Le dan más licor el cual ella recibe y mientras lo hacen sus ojos se fijan en la baranda de la segunda planta donde yace el Boss. Y entre más la mira, más resiste demostrando que hará lo que tenga que hacer con tal de ser aceptada y destronarlo.

El Underboss también lo nota llenándose de más rabia y es que cada que aparece, cada que detalla cómo la mira, su cabeza repite una sola cosa y es el “Me obligó”.

Él se droga, ella se embriaga y Emma debe intentar agradar dejando pastillas en la lengua de los miembros que empiezan a aceptarla. La música hace vibrar los vidrios, el olor a cigarro y marihuana es asfixiante, sin embargo, la fiesta acaba cuando los voyeviki de Ilenko le ponen fin.

—Fuera todos —exigen.

—¿Perdona? —se ofende Vladimir molesto porque le dañen la fiesta— ¿No ves que estoy celebrando con mis hermanos?

—Son demandas de tu padre —informa Salamaro—. Estás muy drogado ya…

—¡¿Por qué no baja y me lo dice a la cara?! —se ríe Vlad— ¿Miedo? ¿Vergüenza?

Los voyeviki empiezan a sacar gente y si el alcohol no es amigo de nadie, las drogas tampoco, ya que estas tornan a las personas soberbias y el resentimiento mezclado con psicóticos transforman.

—Aún no le doy la lección —le dice Vlad a Salamaro—. Y no estaré en paz hasta que lo haga y él entienda que no puede volver a hacer lo que hizo.

El moreno trató de tranquilizarlo y Vlad creía que lo podía dejar pasar, pero lo cierto es que lo de esta mañana y los recuerdos que lo sumen cada vez que se droga le están cambiando el modo de pensar.

—Ya vámonos —Emma se lo lleva y ambos se marchan a Sodom con el resto de pandilleros. La menor de las James no deja a su mascota y, pese a estar ebria, sabe que las oportunidades las tiene ahora que las cosas están calientes.

Acaricia el pelaje de Koldum antes de concentrarse en Vladimir que es ese cuchillo letal que tanto necesita. Sabe que está ardido y dolido y entre más lo tenga de su lado, más fácil será proceder.

Sodom los recibe con un aire supremamente frío que, como los nubarrones, está empeñado en dar a entender una sola cosa y es que las cosas se van a poner feas. Vladimir se inyecta heroína cargado de rabia y Emma lo sigue por los callejones acompañados de la hermandad.

—Te voy a apostar tres de mis locales si tu chica le gana a la mía —pide uno de los miembros— ¿Podrá?

—Tus locales son del Boss —contesta Vladimir—. Entre familia no nos robamos los negocios.

—Pero yo puedo conseguirlos para ti —contesta Emma—. La palabra “Familia” no aplica y que sería algo mío que no me molestaría compartir contigo.

—Está prohibido —reitera Vladimir.

—Los asuntos con el Boss los resuelvo yo —insiste el pandillero.

—Es más terreno para ti —secunda Emma—. Anda, deja que te lo dé.

El Underboss se la lleva contra la pared besándole la boca, a cada nada demuestra que se está convirtiendo en lo que él quiere y ganar territorio es una ventaja para ambos, ya que Ilenko no sería el único soberano.

Sodom no es de la Bratva, es del Boss para ser más específicos y Vladimir quiere enfurecerlo al punto de que nunca más le queden ganas de meterse con lo suyo. Koldum se ha quedado en el auto y Emma se prepara para el enfrentamiento con mujeres que son mucho más grandes que ella.

La golpean, la patean y no es buena peleando, pero si es buena soportando y tiene la habilidad de resistir golpe tras golpe hasta que el contrincante se cansa e impacienta. Escupe la sangre y entierra puñales con ojos cerrados para malherir y así la dejan en paz.

—¡Tienes que matar, Emma! —le exige el Underboss, pero ella niega demostrando que ya ganó, que no es necesario llegar a esos extremos.

De igual forma, Vladimir se molesta exigiendo y exigiendo mientras ella trata de evadir sus demandas, va por buen camino, pero sabe que le falta más. Debe apagarse por completo y ser un espectro asesino en todo el sentido de la palabra.

—Ten —ella le entrega las llaves de los locales a Vlad con la cara ensangrentada y lo que eran unos cuantos locales se termina convirtiendo en todo un callejón el cual ahora son de Emma y el Underboss— Dales un buen uso, ¿Si?

Él le besa la frente orgulloso. Emma lo está haciendo bien, pero sigue enojado.

—¿Qué tienes? —le pregunta ella en medio del desorden— ¿Quieres que pelee otra vez?

—Mantén contento a mis hermanos —le pide—. Sirveles como ellos quieran que le sirvas.

—¿Te hace feliz?

—Si y es lo que te hace iguales a ellas —le señala a las mujeres del callejón—. Sonya también pasó por esto y es la única forma de que ellos te hagan caso como me hacen caso a mí.

El Underboss intenta darle la espalda, pero ella lo detiene jugándose la primera carta.

—Lo haré —asegura— por ti, para que más gente se una a ti y Sodom sea solo tuyo y tu padre tenga que salir de aquí. Lo detesto demasiado Vladimir y…

El rubio la entiende, pero es confusa la situación y Emma está siendo inteligente, más no honesta.

Se las apaña para librarse del sexo y los besos, pero sí los embriaga, les ofrece prostitutas y drogas de las que yacen en el callejón de los bárbaros. Todo con el fin de tener contento a Vladimir y a sus hermanos.

Al Underboss le gusta, le ve potencial y Emma le apaga la amargura mostrando sus avances. «La pequeña puta merece motivarse más» piensa el rubio, de seguir así podría prepararla para matar a algún Morgan y eso es algo que le conviene a la Bratva.

Baja de los botes de basura queriendo compensarla y de paso sacarse la espina que tiene atorada con el Boss. Habla, negocia, convence a los ebrios y a las seis de la tarde tiene a setenta pandilleros moviéndose a lo largo de Sodom en camino hacia un mismo lugar; los clubes principales del Pakhan.

La gente ebria es un lio, rompen, dañan y los voyeviki se confunden al ver que Vladimir lo permite ya que él es la mano derecha de Ilenko. Las demandas son contradictorias y Emma camina bajo el brazo de Vladimir bebiendo con él, pero el rubio la suelta para quedarse a la cabeza del grupo cuando observa que una Ford F-450 Super Duty Limited se acerca. Y mientras la menor de las James se oculta en una de las esquinas del pueblo, Ilenko mantiene los labios sobre los de Tonya besándola en la camioneta que se aproxima al club.

Sujeta sus muñecas impidiendo el acceso a su cuerpo y ella lo entiende, no es la primera vez que es sumisa de alguien. Sabe controlarse, pero el

mafioso tiene un cuerpo que te provoca tocar todo el tiempo.

El vehículo frena de repente con lo que tiene enfrente, un montón de bandoleros ebrios causando desmanes dentro y fuera del club más grande de los Romanov y están tan descontrolados que se van contra la camioneta del Boss con bates y tablas. Aleska no sabe qué hacer, Maxi no entiende qué diablos le pasa a Vladimir y todo Sodom está confundido.

—Tú me sacas de la casa, yo te saco del pueblo —aparece Vladimir drogado e Ilenko sabe que ese es su estado más peligroso.

—Retrocede —pide Ilenko— ¡Ya!

El chofer obedece y Vlad se llena de orgullo sintiendo que ya no son sólo Boss/Underboss. Ahora se ve a la par con él y el que su padre retroceda se lo demuestra.

—¡Sal de Alaska hasta que se me quite este resentimiento, padre! —lo señala Vlad— ¡Y mientras vuelves, Sodom es mío!

Tonya se encoge con la ira que lo dice y es que se siente la rabia de Vladimir en el ambiente. No es el Underboss solo por ser hijo de Ilenko y está quedando más que claro.

Emma celebra para sus adentros cuando la camioneta da la vuelta dejando una nube de humo antes de desaparecer y la euforia es tanta que hasta le baja el nivel de ebriedad. El ruso se ha ido y le ha demostrado que no es ninguna cría estúpida como todos creen.

No hay palabras que definan la alegría que siente el corazón de Emma James con esta victoria.«Ha valido la pena» y por primera vez Dios o Satán, no sabe quién carajos, se acordó de ella porque la ha hecho subir el primer escalón de muchos.

Vuelve al callejón, no hace mucho que ganó los locales que amplían la zona de Vladimir, pero estos ya están produciendo atestados de gente. El olor a lluvia llega a la vez que más gente y ella se siente grande, realizada, como si se hubiese sacado un diez en un examen.

—Descansaré un poco —le dice a Vladimir— para así poder trabajar toda la noche.

El Underboss asiente.

—Me haré cargo del pueblo —responde el rubio.

Ella quiere dar más, quiere quedarse atendiendo los asuntos que le corresponden, sin embargo, está tan débil por las palizas y el alcohol que debe subirse a la última planta donde hay una pequeña alcoba para descansar.

Sodom no puede quedarse sin atención y por ello el Underboss se hace cargo dejándole un Voyeviki a cargo del bar y de paso le encarga el cuidado de Emma.

—Si Maxi viene a buscar lío, apuñalalo —advierte el rubio antes de irse con Salamaro que está preocupado con todo lo que sucede.

Vlad sabe que Weston es uno de los verdugos más peligrosos, pero Maxi Romanov es lo que menos importa en estos momentos y como se dijo en un principio, las nubes grises anunciaban algo más que un mal clima y está bien querer sacar las garras, pero antes hay que analizar a quién se las vas a mostrar.

Los minutos pasan, Emma cae rendida, los Romanov entran en discordia y, en el club, Maxi le recrimina a Vladimir lo que hace. La primera gota de la tormenta cae y el cielo trona interrumpiendo el sueño de Emma que abre los ojos de golpe.

La lluvia se toma Alaska, el reloj de pared le avisa que ha dormido dos horas y el olor a humo la incorpora en la cama cuando desde la ventanilla se proyecta una incandescente luz naranja.

Rápidamente se acerca a la ventana notando que esa luz no es por la llegada del amanecer, «No tienes tanta suerte, pequeña Emma». Esa luz naranja es el incendio que se alza con grandes llamaradas quemando los callejones que con tanta sangre le costó conseguir.

La madera cruje bajo sus pies, la habitación se convierte en un infierno y se va a la otra ventana notando que el sitio donde yace también está en llamas.

No le da tregua a la huida abriendo la puerta sin detenerse a mirar a su izquierda, simplemente se enfoca en el pasillo que lleva a la escalera hasta que…

—Ved´ Ma —dicen con un acento ruso bastante marcado—, ¿Para dónde vas? ¿Prendes la hoguera y no te gusta arder en el incendio?

Le cuesta tragar estando ante aquel hombre alto que viste una camisa blanca mostrando los músculos del pecho e Ilenko denota todo menos bondad o misericordia. El pánico la sume, la mirada que le dedica le dice todo y los pasos del Boss la hacen retroceder corriendo a la primera planta.

Es cuestión de minutos para que todo se venga abajo y Emma cree que correr es una solución. Baja las escaleras rápidamente, no siente los pasos del ruso, pero sabe que la está siguiendo y su única salvación se hace presente; el Voyeviki de dos metros que aparece dispuesto a defenderla con una hoja filosa.

—¡Mátalo! —pide ella cuando llega a la primera planta y el verdugo se le va encima al Boss que intenta atraparla, es mucho más grande que el ruso y Emma voltea a ver la pelea, pero lo cierto es que no hay pelea.

El cuerpo del voyeviki yace en el piso e Ilenko le saca los ojos con el puñal que intentó agredirlo. Las piezas oculares quedan en los dedos del mafioso y he ahí el error de Emma; creer que el león se rinde ante el borrego.

El bar arde y él une su mirada a la de ella repudiando lo que es.

—Estos no son los únicos ojos negros que quiero arrancar —el ruso se pone de pie yendo por ella que no es lo suficientemente veloz y la termina tomando—. Cada que quieras tapar el celeste de tus ojos te acordarás de que masticaste estos.

Le mete los ojos del voyeviki en la boca obligándola a mover la mandíbula que tritura los órganos que derraman un horrible líquido en su boca. Emma escupe, pero él no la suelta. Con la misma furia que la tomó le quita los lentes de contacto dejándola con su tono natural y con sus pupilas

irritadas antes de mandar la cazadora de cuero a las llamas y arrancarle el pendiente que le había mandado a poner el Underboss.

Le mete la cara en una barril de cerveza que acaba con todo el maquillaje y le suelta el cabello que cae sobre el rostro amoratado.

—No eres ninguna mujer de la Bratva, Emma James —le deja en claro y ella se le safa empujándolo con fuerza— ¡No eres un depredador, no eres una asesina! ¡Tú eres mi víctima, mi presa, mi borrego!

—¡No! —lo abofetea doblemente antes de atacarlo con todo lo aprendido e Ilenko predice cada uno de sus golpes llevándola contra el suelo una y otra vez mientras el bar se cae a pedazos.

El aire los asfixia en medio de la pelea y él lleva la cara de Emma a uno de los tantos charcos de sangre que hay en el bar poniéndola a absorber las asquerosidades que dejan las peleas de otros.

—Te gusta ser una golfa con tus hermanos —la unta de sangre—. Pues ten, pruébalos, siéntelos e imprégnate de ellos, de sus fluidos, de su mierda.

La arrastra hasta el cadáver del voyeviki que mató sacando el miembro que le obliga a tocar.

—¿Quieres ser una zorra? —lo deja a centímetros de su cara— ¿Una puta que hace feliz a la hermandad? —ella se rehúsa y él insiste haciéndola llorar —. Las rameras chupan vergas, Emma, ¿Qué esperas para mamar esta?

Emma halla un puñal en medio del caos y logra zafarse lanzando puñaladas que él evade sutilmente como si no le costara nada. Le arroja todo lo que se le atraviesa y él se mueve de una forma que la desespera y no la ataca, la cansa a un punto donde la carga de rabia y dicha ira le da fuerza para llevarlo contra la pared con su delgado brazo contra su cuello con el puñal en alto, pero él se le ríe en la cara ya que así, en ese estado, se ve más niña que nunca formando pucheros que su boca forma inconscientemente.

—¿Qué esperas? —indaga con esa voz gruesa y rasgada— ¿No eres capaz de matar al hombre que odias?

El ruso no tiene necesidad de sujetarla para imponerse sobre ella, porque Ilenko es tan dominante que la hace temblar con la mera presencia, con la

mirada, con la actitud.

Emma se debilita por completo viéndose en el iris del ruso que sujeta su cuello apretando con fuerza y le sería tan fácil acabar con su vida, pero algo le gana con esos labios temblorosos que transforman su rostro en el de una niña herida y asustada.

El Boss odia los pensamientos que invaden su cabeza cuando el brío, la rabia y la adrenalina se va a los lugares equivocados despertando el deseo animal que ansía ponerla contra las mesas. Su miembro pesa y gotea endurecido mientras sus extremidades se tensan alivianandole la saliva.

El ambiente pasa de castaño a oscuro, los truenos afuera son más fuertes e Ilenko va perdiendo el razonamiento, la batalla consigo mismo creando fantasías sucias que Emma presiente en el aura que suelta, ya que se le transforma la mirada y el instinto de supervivencia la pone en sobreaviso dandole 1% de energía, la cual le permite escapar de sus brazos huyendo del bar.

«No puede darse por vencida habiendo llegado tan lejos». El fuego aturde, el juego no acaba, el clima se niega a dejar de ser protagonista y en medio del aguacero Emma busca a la única persona capaz matar a Ilenko y es Vladimir, que aparece en la entrada de los callejones detallando el desastre que ha causado su padre.

El Underboss causó daños en sus clubes, daños que se reparan, pero el Boss ha dejado su zona en ruinas. Los voyeviki no le obedecen y más tardó él en causar desmanes que su padre recuperando el control con un chasquido de dedos.

La Bratva admira a Vlad, pero idolatra a Ilenko y los pandilleros que se atrevieron a atacarlo, ahora yacen decapitados en las plazas de Sodom. El Underboss no notó que el silencio de su padre no era por miedo, simplemente le estaba dando la opción de parar, pero no lo hizo y ahora hay que asumir las consecuencias.

—Detenlo —le pide ella—. Puedes hacerlo, Vlad.

El enfrentamiento deja algo claro y es que o Ilenko deja de ser el Boss o Vlad el Underboss, pero la hermandad no va a dejar pasar el altercado así como así y lo que había empezado como una diferencia entre padre e hijo se convirtió en un asunto serio en la mafia roja.

El rubio se adentra en el callejón, pero Ilenko ya no está y debe devolverse. Mete a Emma en el auto, la mascota ya no está, se la llevaron y Vlad empieza a buscar a su padre en los clubes, sin embargo, no lo encuentra y por ello se ve obligado a moverse a la fortaleza con la furia de la tormenta avasallando la carretera.

Aquí solo habrá un solo ganador y como se dijo al principio, muchos estaban equivocados, ya que creyeron que el universo solo anunciaba un mal día. El Underboss necesita fuerzas para la pelea, Ilenko no es fácil de derrotar y no piensa matarlo.

Él nunca mataría a su padre, pero sí tiene que hacerlo caer y conseguir que clame por su vida. Frena frente a la fortaleza y absorbe las dos líneas de coca antes de bajar.

—Espera aquí —le pide a Emma y ella obedece— ¡No te atrevas a entrar!

La fortaleza está vacía y Vladimir inicia la búsqueda absorbiendo el psicótico que se lo come por dentro. No creyó llegar a eso jamás y eso lo amarga de cierta forma, por ello se limpia las lágrimas en repetidas ocasiones mientras trata de hallarlo, pero parece que los muros lo absorbieron, que el mundo quiere esconderlo y lo cierto es que no.

El rubio da vueltas por la casa y cuando la angustia está por ahogarlo capta el ruido de algo en la parte subterránea.

Rápidamente se mueve agudizando los oídos, la propiedad tiene siglos y Vladimir tuvo una infancia tan amarga entre esas murallas que nunca se preocupó por recorrerla, sin embargo, ahora lo estaba haciendo bajando los pisos subterráneos en busca de su padre y con cada planta el ambiente se va volviendo más inhóspito, sombrío y aterrador.

Rompe los candados y cadenas que se topa pateando las puertas que lo adentran más y más. El Sudor lo recorre, la ansiedad lo ciega y no se da por

vencido hasta que lo halla de espaldas en un amplio pasillo.

Hay puertas a ambos lados de su padre y un mero candelabro dando luz.

—No deberías estar aquí, así que sube —ordena el Boss sin darle la cara.

Vladimir mira el haladie que tiene en la mano a la vez que su padre se voltea con una oscuridad en los ojos que lo aterra.

—Sube Vladimir —le vuelve a pedir y el Underboss mueve la cabeza en señal de negación.

—No hasta que resolvamos este asunto primero.

—¿Estás seguro? —pregunta el Boss— ¿Tienes clara la decisión que estás tomando?

Asiente antes de írsele encima cargado de rabia y el Boss evade el roce del haladie. Vladimir no es un contrincante cualquiera e Ilenko no lo cree capaz de matarlo, pero sí lo puede malherir, por ello lo manda atrás, esperando la repercusión que hace que su primogénito vuelva a alzar el arma en contra de él.

La rodilla del rubio termina en el abdomen del ruso y este lo empuja sin medir la fuerza de tal manera que lo arroja a las puertas dobles que se encuentran a su izquierda, las cuales se abren haciéndolo rodar cinco escalones abajo.

Las ratas chillan, el olor nauseabundo marea, las luces se encienden y a Vladimir el pánico lo atropella dejándolo de rodillas, inmóvil, pasmado y traumado.

Las ratas chillan más fuerte como si también estuvieran asustadas con el horror que yace en esa habitación. Una bola enorme se le atraviesa en la garganta y el haladie se desliza de su mano cayendo al suelo con la escena que se cierne ante él y no es cualquier miedo, porque él ha visto de cuánto horror a lo largo de su vida, pero lo que captan sus ojos perforan todo; barreras, sentidos, realismo, hombría.

El pánico es tanto que abre y cierra los ojos convenciéndose de que no es real, sin embargo, lo es y ni en la más oscura pesadilla se topó con algo

como eso. El ruso baja y Vladimir se arrastra lejos de su padre temblando, muerto de miedo.

—Eres… —no puede hablar, se le olvidó cómo hacerlo y su lengua no quiere moverse, ya que está petrificado con el escenario—. Eres…

—Solo está en tu cabeza, Vladimir —contesta el Boss— ¿Qué tanta coca te metiste?

«No, no está en su cabeza». El corazón le late a un ritmo frenético y no toma el haladie cuando se levanta. Está tan aterrado que solo se apresura a los escalones huyendo de la escena que parece perseguirlo mientras corre como un chiquillo aterrado sin creerlo, sin asimilarlo. Llora muerto de miedo queriendo salir de la fortaleza, de Sodom, de Alaska.

Atraviesa puertas, sube escaleras sin dejar de llorar y corre a la camioneta donde yace Emma. La lluvia está peor y el rublo hunde el pie en el acelerador queriendo escapar.

—¿Qué pasa Vlad? —le pregunta Emma y él sacude la cabeza con los labios temblorosos— ¿Lo mataste?

Su estado es preocupante; estando tan pálido, no da para contestar, para inmutar una palabra, solo toma la carretera mirando atrás temiendo a lo que vio y no puede sacarse de la cabeza.

Emma no entiende lo que pasa y cada que avanzan la tormenta parece empeorar. El Underboss aparta las lágrimas y la menor de las James trata de que razone, pero no se puede después de lo que vio el hijo del Boss, que acelera queriendo volar en el maldito vehículo.

—Vas muy rápido —Emma empieza a aterrarse— ¡Por favor, para!

—Tenemos que irnos —logra decir él— Lejos, muy lejos…

—¡Para! —Emma se aferra en el asiento— ¡Para que es peligroso!

La vista se le oscurece cuando vuelve a recordar lo que vio. Vlad clava el pie en el acelerador y Emma intenta tomar el volante obligándolo a frenar, pero él se niega alcanzando el máximo nivel de velocidad. Sabe que tiene que irse, que tiene que desaparecer. Emma le suplica llorando, pero él no

deja de mirar atrás y para cuando quiere volver la vista al frente es demasiado tarde…

Un animal, precisamente un reno, se les atraviesa y él gira el volante, pero la camioneta patina saliéndose de la carretera arrasando con la baranda protectora que los manda colina abajo dando vuelta tras vuelta.

Los vidrios estallan, el metal se comprime y el cuerpo de Emma sale disparado fuera del vehículo quedando inconsciente en medio de la nada mientras que la cabeza de Vlad choca contra el volante en repetidas ocasiones.

Este podría ser un final. Trágico, pero final en fin, sin embargo, no lo es. No es el final, tampoco es lo peor y ni con la conmoción del accidente Vladimir detiene el intento por huir. La sangre le recorre la frente y no puede moverse, pero su cabeza repite una sola cosa y es: Corre lejos de tu padre.

Las horas pasan, varias linternas atraviesan lo que queda del vehículo. Se desespera, llora y quiere seguir huyendo, sin embargo, ya no es posible y para cuando quiere recuperar de nuevo el conocimiento está en la cama de su habitación en la fortaleza.

Tiene rasguños en la frente, moretones en los brazos, las piernas le duelen además de cada hueso del cuerpo. Cédric está a un lado tomándole los signos vitales, forcejea con él y varios voyeviki entran a auxiliar al médico, pero él se termina zafando apresurandose a la puerta antes de trotar a la escalera, sin embargo, lo que halla lo vuelve a dejar frío, sin ganas, triste y con miedo.

Los ojos se le nublan y temblando baja despacio las escaleras enfrentándose al ser que cada día desconoce más.

—¡Eres un monstruo, padre! —le grita— ¡Un maldito monstruo!

El ruso posa la mano en la nuca de su hijo y este trata de retroceder, pero Ilenko lo trae contra él dándole un beso en la frente mientras que su primogénito solloza sin dejar de temblar.

Las puertas se abren y Salamaro no oculta el asomo de tristeza que lo invade al tener que sucumbir a lo que se viene.

—Tenía que haber hecho esto hace mucho —le dice el ruso y una camioneta se detiene a las afueras de la fortaleza logrando que el rubio se aleje de su padre.

—No eres capaz —le reclama— ¡Soy tu hijo y prometiste que nunca lo harías, no puedes hacerlo!

Los voyeviki se adueñan de la sala tomándolo a la fuerza e Ilenko pasa el trago amargo de tener que entregar a su hijo a un centro de rehabilitación para drogadictos. La lucha de Vladimir es en vano, ya que por más que patalee la decisión está tomada y el Boss es el Boss, por ende, nadie lo desafía por muy hijo que sea.

—¡No dejen que se acerque ella! —súplica Vladimir mientras lo sacan— ¡No dejen que se acerque a Emma porque es más peligroso de lo que creen!

Se tira al suelo, batalla herido suplicando una sola cosa:

—¡No dejen que se acerque a ella! —sigue— ¡Tienen que sacarla de aquí!

Vlad concentra la mirada en Cédric que absorbe la advertencia apresurandose a la habitación donde yace Emma que apenas está despertando. El Underboss termina en la camioneta convirtiéndose en un paciente de desintoxicación más.

Emma tarda en reconocer el entorno. Está dolorida, mareada y desorientada.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta el médico y ella se revisa rompiendo a llorar al no sentir la pierna derecha—Calmate, es difícil lo que te diré…

—No puedo mover la pierna —se esfuerza por hacerlo— ¿Qué pasa? ¡¿Por qué no puedo moverla?!

Se mira la extremidad que está fría, hinchada, morada e inerte. No logra estímulo alguno por más que se esfuerce por doblarla.

—¿Por qué no puedo moverla? —sigue reclamando en medio de sollozos — ¡Contéstame y dime porque no puedo moverla!

—Porque la perdiste en el accidente —entra el Boss con uno de sus voyeviki quien sostiene una motosierra quirúrgica—. Toca amputar antes de que empiece a pudrirse…

La menor de las James entiende de golpe aquellas palabras que le gritaron que morir era una mejor opción. El llanto no la deja tomar aire y sujeta su pierna negándose a lo que dicen, solloza y solloza moviéndola a las malas, pero no siente ni cosquillas por más que se golpea, por más que se arañe. Su extremidad se ha convertido en un simple pedazo de carne morado, gordo e hinchado.

El ruso enciende el artefacto y ella se va contra el espaldar de la cama cuando la toman y le extienden la pierna mientras que Ilenko aproxima el filo.

—Como me gusta ajustar cuentas —se burla el mafioso

La puerta de la alcoba se cierra y los gritos de Emma se oyen en toda la casa. Gritos de terror, de decepción y miedo porque el mundo le acaba de demostrar que perder la vida no era lo peor que le podía pasar.

CAPITULO 31 — SUDOR Y HIELO.

Emma.

¿Qué se siente que la vida te deteste? Busco la respuesta a esa pregunta en mi cerebro, pero no puedo describirlo, porque cada que hallo esa definición llega con una acción que me grita ¡No te odio lo suficiente! Llega con un acontecimiento que me destroza y deja en migajas que no puedo pegar.

El sonido de la motosierra quirúrgica destruye mis neuronas, mi espíritu y mis ganas de existir. Batallo, grito, lucho y clamo piedad suplicando que no me robe en esta parte de mí.

Los gritos salen lleno de dolor y quiero ser la Emma que corría de niña, la que iba por las aceras con audífonos en los oídos bailando pésimamente, la que patina hasta altas horas de la madrugada.

—¡Basta! —exclamo— ¡Basta! ¡Basta!

El ruso detiene el filo que está a milímetros de mi piel y las hojas dejan de moverse mientras que yo no dejo de mirar la extremidad muerta e inerte.

—¡Basta! —sigo suplicando.

—La perdiste y por más que llores hay que quitarla o te vas a morir — responde el mafioso.

—Pero no quiero —lloro y sujeta mi cara— ¡No quiero!

—¿Cuál es el miedo si las mutilaciones abundan en las pandillas de la hermandad? —sigue—. No te van a discriminar, de hecho, darás el miedo que tanto querías dar.

Vuelve a encender el aparato y batallo de nuevo, negándome a que acerque eso a mi cuerpo. Araño, arrojo puños y mi desespero es tanto que me salgo de la cama cayendo a sus pies sin dejar de llorar.

—Emma, hay que… —intenta decir Cédric, pero me niego.

—Dejala que se pudra —el ruso suelta el aparato en la mesa—. Más trauma para ella.

Manda a sacar a todo el mundo dejándome sobre la alfombra. Los recuerdos son difusos y lo último que tengo en la cabeza es la camioneta saliendo de la carretera.

El accidente que ahora me ha dejado como una maldita inservible, porque si antes era un fracaso, ahora lo soy más.

—Mira la tele para que no te aburras —entra un Voyeviki colocando y encendiendo el smart gigante de alta definición y los videos de mis espectáculos se toman la pantalla empeorando mi estado.

Me vuelvo a pegar, a arañar, a lastimar, pero nada funciona, nada hace que sienta lo que tengo que sentir y me sumo a un hoyo donde ya no puedo controlar el llanto. Los sollozos, el dolor que hace que me lastime.

—¡No es el fin del mundo! —me regaña Cédric— ¡Mírame a mí!

—¡Cállate, cállate! —le exijo en el suelo— ¡Tú estás aquí porque te lo buscaste, pero yo no merezco nada de esto! —los gritos me queman la garganta— ¡No lo pedí, no lo busqué y detesto a todos los que me ofrecieron! ¡A los que no movieron un puto dedo con tal de evitarlo!

Estoy tan descontrolada que vuelven a dejarme sola, las horas transcurren y no dejo de sollozar, de recordar, de mirar lo que ahora no funciona. El televisor sigue encendido mostrando a mi vieja yo y entre más los miro, más daño me hago.

Me quedo en el rincón no sé por cuántas horas, solo sé que no pruebo nada, no bebo nada y entre más tiempo pasa, más pesada se me va volviendo la pierna. El morado se torna negro y contra la pared sigo recordando lo que era antes.

Cédric entra a revisarme y termina mirando a otro lado con lo mal que se ve. Me niego a que me toque, a que me levante, a que me saque del rincón en el que ahora estoy. Ni siquiera puedo abrir los ojos con los hinchados que los tengo.

— Yo te entiendo —insiste Cédric—, pero si no procedemos vas a desarrollar una infección que…

Me tapo los oídos, no puedo con esto, con la tristeza, con el desespero, con la depresión, con la soledad. Todo se junta de una forma horrorosa y mi aspecto es tan deplorable que me arranco la bata que me habían puesto.

Me revuelvo en la mierda hasta que las fuerzas se me agotan y para cuando quiero recuperar la noción de todo, estoy siendo levantada en brazos como si fuera una muñeca.

El pecho duro queda contra mis brazos y la loción masculina despierta mi olfato, «El Boss».

Estoy cansada, apagada y agotada. El pecho me duele cada vez que respiro y el que encienda la luz del baño hace que me trague los sollozos al percatarme con más detalle mi aspecto.

Llena la bañera antes de meterme sin inmutarme una palabra, solo me deja dentro. La espuma se toma el agua y la ducha me empapa la cabeza mientras sus dedos se pierden en mi cabello masajeando el cuero cabelludo como si fuera una persona y no un maldito saco de excremento.

No hago nada para detenerlo, ya que un cúmulo de palabras empieza a formarse en mi garganta con el calor que emana de su cuerpo sentado en la orilla de la bañera.

—Cuando estuve en Phoenix creí que todos estarían felices por verme —la voz me sale temblorosa cuando hablo—, pero no fue así. Sam se enojó porque dañé su presentación, mamá estaba estresada con mis tías y papá estaba tan inmerso en sus asuntos que no me puso atención.

Las lágrimas se me salen solas mientras él me sigue lavando.

—Hice la cena y nadie quiso comer conmigo. Los entendí porque estaban emocionados por lo de mi hermana, pero me hubiese gustado que notaran que necesitaba esa cena porque hace mucho que no ceno con nadie y pensé que comer con ellos me haría sentir como una persona. Hace mucho que no me siento como una —continúo—. Y no es desde que me secuestraron, antes de esto ya me sentía así.

Respiro cargada de resentimiento.

—Me siento así cada que mamá habla más de Sam que de mí o cada que papá le ponía atención a las noticias sobre Rachel, pero no a mis videos de patinaje.

Pena y frustración es lo único que queda de mí.

—Tampoco me sentí como una persona cuando el coronel se enteró que había sido fichada en la ruleta porque me trató mal ¿Sabes? Muy mal —confieso— O sea, entiendo su manera de ser, pero me echó de su casa antes de navidad y me gritó que no iba a perder a Rachel por mí. Dándome a entender que es más valiosa que yo y si lo es, pero él no debió tratarme así.

—¿Cómo? —pregunta.

—Como si mi vida no valiera nada, como si Rachel fuera la única que merece la pena y yo nada —me tiembla la barbilla—. Ni un maldito intento siquiera…

Toma una bocanada de aire soltando los nudos que tengo en el cabello.

—Solo te dijo que te enfocaras en Vladimir para que este me matara a mí —responde—. Y no por ti, por tu hermana, porque más que salvarte tú la estarías salvando a ella si yo no estoy en juego.

Me encojo bajo su afirmación. Ahora que sabe lo que pretendía hacer me acarrea más consecuencias.

—Pero como no pudiste se hartó y exige que cumpla con lo que demanda la ruleta para que las cosas sigan su curso —sigue— Todos felices y Rachel tranquila.

—Al menos la familia no pierde algo valioso —río sin ganas—. El coronel es un hijo de puta, pero tiene razón. Nadie brilla más que la teniente y él tiene a la mejor de las James.

El agua vuelve a empaparme cayendo a la bañera con mis lágrimas. Abre el desagüe dejando que la espuma desaparezca dejándome ver el desecho que tengo como pierna ahora.

—El jabón no tapa lo mal que huele —dice—. Y pensar que había otras opciones, pero no quisiste y mira, ahora no solo te quedaste sin pierna, sino que también tienes que pagarme todo lo que me debes por revoltosa.

Se mueve alzandome el mentón para que lo mire; tiene el cabello suelto y la esclava de plata le brilla en la muñeca.

—Los daños del club, de los callejones, de los bares —empieza—. Tu maldito complot me ha mermado las ganancias que debes devolver con creces, así que una vez cortada la pierna te enviaré a Sodom a pedir limosna y cada moneda será para mí.

Me saca de la bañera dejándome en la cama y antes de irse le alza el volumen al televisor que muestra mis presentaciones.

—Torturate más, ya me suplicaras que la corte cuando el león arañe la puerta atraído por el olor —se va—. El haberla mojado hará que se descomponga más rápido.

«No estoy preparada para esto». Maldigo la maldita hora en la que me subí en esa camioneta, maldigo el momento en que fui a Phoenix a partirme más y sobre todo maldigo el haber huido del hielo cuando otros se burlaron, «No sabía que era la última vez».

Un olor fétido se toma la alcoba, Cédric no disimula los gestos a la hora de entrar y los torturadores se quejan afuera de mal olor. Me duele la vida y lo único que quiero es una máquina del tiempo.

El olor aumenta empeorando la pesadilla y entre más veo mi pierna, más me convenzo de que no puedo hacer nada. Caigo en otra crisis que me deja en el suelo.

El aullido de los lobos provenientes de afuera me pone los pelos de punta. Algo corre en el pasillo y de un momento a otro empiezan a rasguñar la puerta y lo hacen con tanta fuerza que la madera se termina quebrando dándole paso a un perro rabioso que se viene encima.

—¡Saquenlo! —grito— ¡Saquenlo!

Se me viene encima, los torturadores logran controlarlo y no doy para más, «Tengo que entenderlo». El ruso aparece sacudiendo la cabeza y bajo

la mirada resignándome a lo que pospuse.

—Cortala —toco mi muslo por última vez— ¡Ganaste! Llévate la victoria porque has acabado conmigo de la forma más cruel y miserable.

Entran por mí llevándome no sé adónde, pero mientras lo hacen las lágrimas me bañan la cara. Me bajan a un sótano antes de encadenarme a una estructura de madera, me siento como en una carnicería y el ruso mueve la placa dejándola en una postura semi levantada.

Alzo mi mentón con los labios temblorosos y él detalla mi cara.

—Моя добыча —se humecta los labios hablando en su idioma natal.

—No es el final —susurro y él asiente.

—No, no es el final —tira de la cadena del aparato—. Es el comienzo.

El ruido me obliga a cerrar los ojos. Aprieto los dientes, los puños y brazos queriendo resistir lo que se viene, lo que me espera.

Presiento la proximidad de la sierra y grito más fuerte hasta que mis cuerdas vocales se resienten, hasta que mi pecho suelta esas cucarachas que me carcomen. El filo se acerca y…

El sonido desaparece siendo reemplazado con la risa ronca que me hace abrir los ojos. Estoy sudando, tengo la cara empapada, pero él solo se ríe tirando la sierra y desenfundando la jeringa que me entierra en la pierna amoratada.

—Solo el Boss de la mafia rusa es capaz de matar y revivir una parte de tu cuerpo, Emma James —vacía el contenido y es cuestión de segundos para que un horrible corrientazo me recorra. Duele, arde y siento que tengo un montón de escarabajos bajo mi piel mientras esta se calienta y mi pecho se acelera—. Después de esto nunca más querrás llevarme la contraria.

El dolor se intensifica, mi mundo empieza a dar vueltas y los párpados se me cierran solos mientras mi cerebro se esfuerza por entender la mentalidad de este mafioso de mierda, pero no alcanzo ya que desfallezco.

Despierto viendo mi propio reflejo en el hielo, levanto la vista y noto que estoy en la superficie de un lago congelado.

—¿Qué? —arrojan un par de patines frente a mis ojos— ¿Te quedó gustando el suelo?

Me doy la vuelta rápido esperando encontrar mi pierna mutilada, pero hallo todo lo contrario; mi extremidad con su forma y color habitual. No hay hinchazón, ni olor putrefacto, tampoco está fría y la primera orden de mi cerebro es doblarla sin entender absolutamente nada y tampoco me esmero por hacerlo, simplemente me coloco los patines a la velocidad de la luz.

Si es un sueño no quiero despertar, si morí quiero quedarme aquí. Me incorporo obviando el mareo y el dolor que surge de mis articulaciones. «Patina», es lo único que repite mi cabeza y así lo hago como una jodida loca marcando el hielo.

Mis pies serpentean, mis brazos se mueven y la brisa fría seca mis lágrimas mientras recorro el lago cayendo varias veces a causa de la debilidad, pero me vuelvo a levantar una y otra vez negándome a volver a la realidad porque sé que estoy soñando, sé que mi pierna se pudrió y ya no la tengo y por ello la froto una y otra vez.

Doy varios saltos, hago mis piruetas y si, estoy oxidada, salen del asco, sin embargo, no me importa golpearme las veces que tenga que golpearme, quiero seguir saltando y seguir siendo una ridícula.

Me golpeo los codos, las rodillas y los brazos haciéndome daño, pero no me importa partirme la frente y el ruso me termina acorralando en sus brazos cuando caigo por décima vez.

—¡No me despiertes! —le exijo— ¡No me despiertes que no quiero volver a mi vida de porqueria!

—No estás soñando nada —me obliga a que lo mire—. Esta es la realidad…

—Pero mi pierna —la vuelvo a tocar con los labios temblorosos—... Yo ya no tenía…

—Tú tienes lo que yo quiero que tengas y si, la tienes…

Me deja caer y se vuelve a imponer apretando para que sienta el dolor.

—Pero no es gratis, tampoco lo es porque sea misericordioso —sigue apretando y nunca pude estar más feliz de sentir dolor—. Hay deudas que pagar, así que aterriza…

—¿Dónde está Vladimir? —le aparto la mano.

—Ese no es tu problema porque tú y él no son nada —se acerca a mi boca—. Pero tú y yo si.

Se levanta saliendo del lago, ¿Pagar? ¿Cómo se supone que voy a pagar?

—¿Qué le hiciste a Vladimir? —le reclamo.

No me contesta y dos torturadores no tardan en venir por mí metiéndome a la camioneta que me saca de la fortaleza. Miro atrás queriendo saber a dónde diablos me llevan.

¿A pedir limosna a Sodom? ¿A prostituirme? ¿Dónde quedó mi proceso con los pandilleros?

Los hombres recorren la carretera congelada, atravieso North Pole y el vehículo vuelve a sumergirse entre los pinos. Más de media hora sin propiedad alguna hasta que aparece una casa gigante.

Dos rejas me reciben sumergiéndome en la mansión que abre las puertas, todo es supremamente grande con cuadros antiguos y paredes envejecidas, las alfombras son gruesas, los muebles vintage, las lámparas asombran con lo hermosa que son al igual que las distintas figuras de cristal.

Las pinturas se ven como algo surreal y me siento como si estuviera en la casa de alguien muy importante. Los torturadores se van y giro sobre mi propio eje quedándome quieta cuando dos tacones resuenan en la madera.

La sombra sale mostrando a una mujer alta, esbelta y de facciones duras, pero bellas Su cabello es como el color del cobre y luce un gabán abierto, un vestido ceñido y botines muy altos.

El porte me dice que no pasa de los cuarenta y la actitud que denota me hace creer que me va a plantar un bofetón en cualquier momento.

Desvío la vista hacia el hombre que aparece por el otro lado. A diferencia de la mujer, este se ve menos imponente con un par de vaqueros ajustados,

un chaleco de cuero sin nada abajo, collar y una lluvia de rizos dorados sobre la cabeza.

Retrocedo cuando ella avanza a mi sitio haciendo sonar los tacones, junta las manos dando vueltas a mi alrededor y ni a Luciana le sentí tanta autoridad. Mueve mi cabello, me huele y toca mi cara mientras su compañero observa.

—Chip, ella es Emma James Mitchels —habla con una voz clara y autoritaria despojandome de la ropa a las malas dejándome en sosten y pantys—. Tiene 18 años, patina hace más de diez en Phoenix, su familia pertenece a la FEMF —rueda los ojos— y su cuñado quiere que el Boss la mate para que deje a su hermana en paz… Porque es el canje en la ley de sangre por sangre.

Sueltan a reír y mi mirada se va al piso con el tono de burla que emplean. Ella sujeta mi cara para que observe a su compañero.

—Mirala Chip —le exige la mujer— ¿Puedes ignorarla? ¿Crees que no sirve? ¿Qué no vale?

El joven sacude la cabeza y la mujer aprieta mi mandíbula con fuerza.

—No conozco a tu familia, pero la odio —me gruñe en la cara—. Odio a tu hermana, odio a tu cuñado, odio a su organización; odio Phoenix y odio a todos los seres vivientes que te han rodeado durante años…

—Ama, por favor….

—Los odio Chip, así que cállate —le advierte con la mano levantada—. Me asquean, me repugnan ¡Los odio!

Vuelve a escanearme moviendo las manos con sumo desespero, se ve que quiere controlarse, pero no puede y termina sentándome el bofetón que que me deja el cabello sobre la cara. El chico se acerca a apartarla, pero ella no deja que la toque obligándome a retroceder.

—¡Tengo mucha rabia! —grita— ¡Mucha rabia!

—¿Quién eres tú? —pregunto asustada, ya estoy cansada de que me maltraten.

—¿Quién soy? —contrarresta— Soy una artista, una dominatrix, una estrella, una celebridad en Polonia, en la Bratva, en el hielo y en el mundo.

Me acorrala contra la mesita que toca mis pantorrillas.

—Mirame bien, Emma —pide—. Abre los ojos, el olfato y los oídos que te han traído aquí con un solo propósito y no te irás hasta que se cumpla.

Me toma del cabello sacándome de la casa sin ropa. Aterrizo en la nieve cuando me arroja, su compañero me tira los patines antes de estrellar la puerta en mis narices. El frío quema y los dientes me castañean.

—Estamos a siete grados bajo cero —me habla la mujer desde la segunda planta—. Decides si corres o patinas para no congelarte.

—¡Dejame entrar! —enfurezco.

—La pista está atrás y es toda tuya —apaga las luces.

Se me duermen los dedos de los pies y con las manos temblorosas me coloco los patines huyendo de la hipotermia. Doy varias vueltas alrededor entrando en calor, pero las extremidades empiezan a dolerme después de cierto tiempo vagando como loca.

—¡Locos! —grito cada que paso por las ventanas— ¡Dementes!

Lanzo una de las piedras que me encuentro «¡No me importa si se molesta!». Debería estar entrenando con las pandillas y no aquí haciendo el papel de payasa.

—¡Locos! —me agacho a tirar otra piedra, pero el intento queda a medias cuando de la nada aparece la loca de adentro con patines, látigo y ropa de cuero.

—Es más fácil obedecer que perder el tiempo —viene por mí y me incorporo de inmediato patinando lo más rápido que puedo, pero es más veloz que yo y el látigo muerde mi piel cada que me lo lanza— ¡Por eso es que no triunfas, porque no te concentras en lo que importa!

Otro latigazo arremete y de la nada estoy entre árboles tropezando con rocas mientras le huyo a los azotes que dan en puntos exactos que me curvan.

—¡Planta bien esos patines y emplea fuerza en esas piernas! —exige.

Sudo en Alaska con la persecución de horas que me acaba la energía y oscurece el mundo cuando me desmayo. Recupero el conocimiento sobre una alfombra donde estoy cubierta de una crema viscosa y tengo una toalla en la cabeza.

El rubio que conocí ayer mueve mis tobillos con masajes fisioterapeuticos.

—Quítale todas las cicatrices que me asquean —pide la mujer de ayer—. No quiero verle nada de eso como tampoco quiero verle la horrible cosa que se hizo en el pelo. Parece una golfa...

—Ya se lo quité —contesta el rubio y me quito la toalla buscando los mechones blancos, pero ya no están.

—Yo no te pedí que…

Plantan una bota con tacón sobre mi pecho y es la loca que se inclina dejando su índice sobre mis labios.

—Vamos a jugar, a jugar no… Esto es la Bratva, no un asunto de juego consensuado, pero establezcamos normas —empieza—; lo que Domi dice, se hace…

Clava el tacón con más fuerza.

—Y Domi dice que tienes 18 años, no 25. Domi quiere que seas una aprendiz obediente, la cual debe darme su mejor esfuerzo —deja en claro —. Te vas a preocupar por verte hermosa, deseable, envidiada, apetecible…

—¡No soy una puta, ni una artista, ni ninguna niña para que me mandes! —le aparto el pie— Y si no me vas a enseñar a matar para defenderme en esta vida de porquería te agradeceria que me dejes ir.

Sus uñas se me entierran en la piel cuando me aprieta el cuello.

—Eso no fue lo que Domi dijo y por ello habrá castigo…

Salgo de una casa de dementes para meterme en otra. Rápidamente me lavan haciéndome volver a la nieve donde me encadenan los pies con

grilletes gruesos.

—La velocidad es una de las ventajas más impresionantes del patinaje —ruedo los ojos mientras habla…

—Mira, patino solo por hobby…

—¡Pues ya no! —me toma del cabello—. Ya no es por hobby…

—No soy buena —le dejo claro—, así que no pierdas el tiempo.

Recibe el teaser que me pone nerviosa cuando me surge el miedo de que lo vaya a conectar.

—Llega al final en menos de 50 segundos —alza el aparato— o esto estará en tu culo…

—Dije que no….

Me lo conecta señalando el camino y la descarga me pone alerta preparando las piernas con miedo.

—¡Ya! —ordena y corro, pero el tiempo no me alcanza y soy devuelta por los grilletes a la vez que la electricidad entra en mi cuerpo—¡Otra vez!

Exige y conozco a otro verdugo que se hace llamar Domi. Ya no camino, patino desde que me levanto, ya que literalmente me saca de la cama para arrojarme al hielo. Grita todo el tiempo y repite lo mismo una y otra vez.

—¡Dame más! —me persigue a lo largo del bosque— ¡Más velocidad, más estilo, más fuerza!

Me aprendo el bosque, ya que es mi diario vivir saltando rocas y árboles caídos. Los saltos comunes en el patinaje se convierten en acrobacias para sobrevivir ya que expone mi vida todo el tiempo.

Si, está loca y me pone a hacer coreografías mientras se sienta en un sillón a mitad del hielo obligandome a actuar en un espectáculo que sólo ve ella y se esmera porque lo haga bien como si el mundo dependiera de eso.

—¡Asco! —me grita— ¡Baila bien, dale elegancia al espectáculo! ¡Siente la maldita música!

—¡No soy ninguna bailarina! —la enojo— ¡Como tampoco soy tu jodido mono!

Se me viene encima, como siempre a obligarme. Paso de patinadora, actriz, bailarina y acróbata. Días de tortura fisica; por cada vez que me caigo es una comida que me quita y no me deja entrar a la casa hasta que no logro los saltos que me exige, es decir, las volteretas que ella quiere que haga.

Chip también está loco porque hace todo lo que Domi dice, «Es su sumiso». Tiene un collar con el nombre de ella quien le da gusto cuando se porta bien, cosa que pasa la mayor parte del tiempo.

El rubio cuida de mi cabello, de mi piel, postura y extremidades. Domi me da clases de glamour donde me enseña como debo hablar frente a las personas importantes, como debo entrar y salir de las pistas de hielo.

Me hastía, necesito un respiro y por ello tomo un par de cuchillos de la cocina. Salgo por la puerta de atrás y me pongo a practicar mi puntería mientras trato de recordar las tácticas de pelea que vi en las pandillas.

—¡¿Qué haces?! —llega la loca— En esto no es en lo que tienes que estar concentrada, tú tienes que enfocarte en la rutina artística que te impuse.

—Ya dije que no soy buena en el patinaje y quiero concentrarme en esto —soy sincera para que deje de perder el tiempo.

—Por no ser buena no hay comida en dos días —contesta—. El hambre le da inspiración a cualquiera.

—Soy buena resistiendo.

Me manda a dormir sin nada y al mediodía del día siguiente me trago el peso de mis propias palabras al tener que resistir el entrenamiento sin nada en el estómago.

En la noche me mareo y a la noche siguiente veo comida donde no la hay.

Me duele tanto la cabeza que ni siquiera refuto cuando me llevan a las pistas de patinaje de North Pole.

—Ellas quieren que las entrene —me muestra un grupo de mujeres con patines—, pero me quedaré con la que gane la carrera.

El hambre no me deja pensar.

—Si una de ustedes gana, la entreno —sigue Domi—. Pero si tú ganas Emma, te compraré el plato con comida que tú quieras…

—¿El que yo quiera? —salivo.

—Si, el que quieras. Claro está que ellas están dispuestas a todo por mí, así que fácil no será.

Me recojo el cabello mientras las otras se ponen en posición. Es una pista cerrada de patinaje extremo.

—Siete vueltas —dice chip—. Solo habrá una ganadora.

Noto que todas están desesperadas por Domi y yo no pienso en otra cosa que no sea en el vacío que tengo en el estómago.

—¡Ya!

Indica y nadie juega limpio empujándose uno con los otros. Codeo, me quieren sacar de la pista, pero vuelvo a esta impulsándome con los brazos; tropiezo, se me atraviesan, pero arraso con todas dando las malditas vueltas.

—Me comprarán lo que yo quiera —empujo—. Lo que yo quiera…

Una intenta ganarme, sin embargo, voy por ella sacando todo lo que tengo pasándola en la sexta vuelta y se me pega tomándome del cabello, pero la saco con dos codazos llegando donde Domi.

—Ya —jadeo— ¿Qué me vas a comprar?

—Lo que tú quieras —me acaricia la cara mientras me lleva y sigo desorientada. En verdad tengo mucha hambre— ¿Viste eso, Chip? Dime que pensaste lo mismo que yo.

Me atraganto con papas y filete en la soledad de mi alcoba, paso todo con coca cola mientras Domi me observa.

—¿Por qué crees que no eres buena? —me pregunta y me encojo de hombros.

—La gente lo repite todo el tiempo, se burlan…

—Esa gente no sabe nada, —se arrodilla frente a mí— Tú eres una niña preciosa ¿Me oyes? Metelo en la cabeza y debes ir enfocándote en que lo que tú pidas se te dará porque te lo mereces…

—No tengo quién me dé nada —me río—. Solo me tengo a mí misma…

Mueve la cabeza en señal de negación.

—Eso es lo que tú crees —se levanta dejándome sola.

A la mañana siguiente vuelvo a la misma rutina de siempre, pero con la gran diferencia que esta vez le gano al teaser llegando al final antes de tiempo.

También con la gran diferencia de que ahora recibo tres comidas porque no me caigo y las cosas se ponen duras, pero soporto todo con mayor facilidad, ya que las pruebas son más una rutina que otra cosa. Patinar con mancuernas en los pies, con las manos esposadas, desnuda, porque, según la loca, no debo tener inseguridades, no debo tener pena.

Durante tres días les sacan el jugo a mi flexibilidad. Entreno de seis de la mañana a seis de la tarde con Domi, el resto de la noche lo uso para aprenderme la coreografía con la que Domi y Chip están tan obsesionados que me ponen a repetirlo una y otra vez.

Todos los días debo hacerlo, es como mi religión, como una comida diaria la cual Chip quiere que sea perfecta.

Mientras más logro, más cosas me ponen a hacer. El día resulta fatídico porque ya estoy hastiada de tanta información y la muy perra no solo me deja sin comida, sino que vuelve a dejarme afuera cuando los Bucles no salen como ella quiere.

—Ve a dormir con los lobos —cierra la puerta.

La rabia me hace arder los ojos, todos son malos tratos, gritos, premios cargados de miserableza ¡Y soy un maldito ser humano! Reafirmo los patines en la pista de hielo.

¡Un maldito ser humano!

En mi cabeza se repite eso corriendo a lo largo del hielo mientras patino con rabia acordandome de las exigencias de todo el mundo.

“¡Emma no es buena! “¡Emma volvió a fallar!” Recopilo las veces que me han dado la espalda, las torturas, los golpes y estos días de porqueria. Hago varias volteretas con mis manos practicando saltos hacia atrás.

¡Si, soy una maldita cirquera como dice Vladimir! Patino con más fuerza dando la vuelta a la pista a toda velocidad hasta que las piernas no me dan más.

¡Aquí está la cirquera! Despego con un salto Salchow al que no le doy descanso, ya que de ahí mismo hago un flip logrando un toe salchow y realizando un aterrizaje limpio antes de recorrer la pista de espaldas.

Enloquezco recorriendo la pista hacia atrás saltando con la pierna derecha, doy tres giros en el aire aterrizando sobre el patín derecho. Tres saltos seguidos hacia atrás, sin treguas, sin pausas y sin caídas….

—¿Qué mierda acabas de hacer? —pregunta Domi y ni me fijé que había llegado.

—¡Enloquecer! —le grito— ¡No soy patinadora! ¡Soy una maldita cirquera, no lo ves!

—Emma —me calla aferrándose a mi nuca—. No puedes hacer esos pasos a tal velocidad, es…

—Del asco…

—¡Increíble! —se ríe—. Joder, es increíble —voltea— ¿Chip, lo viste?

—No se pueden hacer….

—No me importa —se sigue riendo— ¡No me importa, hay que incorporarlos a la coreografía!

Si antes creía que estaba loca ahora más cuando me llena de besos llevándome dentro y hubiese preferido no haberlo hecho, ya que me pone el doble de trabajo en los días siguientes.

No sé cual es el afán de cuidarme el cabello, ya que a cada nada me llenan de tratamientos que no tuve ni viviendo con mis padres.

Duermo con un montón de cremas encima la cual me dejan la piel extremadamente suave. Chip trata cada golpe con esmero y juntos actuamos para Domi “En el espectáculo de todas las noches”.

Al final del día termino muerta y como le gustó lo que hice me manda a un cuarto lleno de velas donde me espera una cama para masajes. Chip me venda los ojos y coloco la cara en el círculo de la camilla.

—Te lo has ganado —ubica una pajilla en mis labios.

—¿También eres masajista? —le pregunto.

—No, Domi trajo a alguien para ti.

«Domi me empieza a caer bien» Relajo los brazos. La posición del vaso está puesta para que pueda beber sin necesidad de moverme.

Sorbo, «Es leche con chocolate». Lana del rey inunda la atmósfera con su música y el olor a fresas del ambientador avasalla mi nariz mientras el aceite caliente cae sobre mi espalda. La sensación es deliciosa y un jadeo se me escapa cuando un par de manos grandes se apoderan de mis omoplatos paseándose hacia mis costillas.

«Dios», que cosa más exquisita.

Disipa dolores, golpes, todo queda en el olvido con el tacto que se mueve tocando en esos puntos donde estoy tensa; mi columna, mi cuello, mis hombros. Toma mis orejas de una forma que mi mente se mete no sé en dónde, pero mis pezones cosquillean y mi sexo empieza a calentarse con los movimientos circulares.

¿Se puede tener un orgasmo mediante las orejas? Oh si, me estimulan de una forma tan maravillosa que mi cuerpo se vuelve una braza caliente.

—¿Te gusta que te consientan, Em? —capto la voz de Domi— Porque te están consintiendo, ¿Te gusta?

—Si —respondo.

Los dedos se sienten firmes, obviamente son manos masculinas, y como que tanta cosa me tiene dañada porque imagino los dedos del que me toca metidos en mi canal, el cual se derrite justo ahora.

«Si lo hace así, por encima, cómo será dentro». Las manos se mueven a mis piernas echando más aceite caliente y por un momento me corroe la vergüenza de que puedan percatarse de lo húmeda que estoy.

El tacto sube entre la cara de mis muslos quedando a centímetros de mis sexo y mis labios vaginales se separan sedientos de una caricia ahí. Imagino una lengua paseándose sobre ellos, «Quiero que me laman».

¡Emma, por favor! Es solo un masaje y no es normal hacer ruidos raros.

—Relájate —vuelve a decir Domi—. Te están consintiendo, mimando, porque eres una chica y a las chicas como tú se las consienten mucho. Así que solo di lo que quieres.

Mi boca no da para decir lo que quiero realmente, pero creo que mi cuerpo lo grita separando las piernas a la vez que me contoneo con una clara demostración de que tengo ganas.

«Perdona Dios».

El aceite avasalla mi sexo cuando abren mis glúteos dejando caer más. Los dedos expertos se pasean por mi zona sensible antes de introducirse masturbandome con una mano mientras la otra se mantiene sobre mi hombro masajeandome también.

Las yemas de los dedos hacen magia en mi clítoris y mis paredes se untan con los jugos que suelto en cantidad. Me siento sensible, pequeña e inexperta bajo esas manos prácticas que se mueven de maravilla.

Baja de nuevo esta vez apretujando mis glúteos en tanto los dedos quedan dentro de mi vulva entrando y saliendo como si tuviera un miembro adentro. Mi mente vuela, mis poros se abren y mi sexo lanza contracciones soltando un hilo de líquido caliente que me adormece en la camilla cuando me corro.

—Gracias —digo dejando la mente en blanco—. Muchas gracias, señor masajeador.

Siento que se ríen, sin embargo, no lo capto bien por la música y no sé quién me mueve, pero duermo como un bebé y desayuno como una princesa mientras Domi se pasea con el teléfono y Chip me arregla las uñas de los pies.

Las cosas se vuelven raras. Domi sigue siendo dura en los entrenamientos, pero me trata mejor fuera de la pista. Se preocupa por mi peso y me manda a hacer un examen general en North Pole donde miran todos mis huesos.

—Está perfecta —indica el médico del consultorio privado—. Es como una muñeca que está lista para desempacar.

Domi se ríe recordándome de que sigo estando dentro de la mafia, dentro de la más sangrienta de todas y aquí siempre seré la víctima. Mi cabello brilla como nunca, las cicatrices de los golpes dados desaparecieron también, mi piel está suave, tersa y bella.

Bajo en la mañana lista para la rutina, pero Domi y Chip están con dos torturadores…

—¿Hice algo malo? —pregunto cuando se me acercan— Domi….

Le hablo, pero no me contestan, ni ella ni Chip y temo a que ahora sí me vayan a prostituir para pagar la famosa “Deuda”. Las cosas buenas duran poco y nadie se despide de mí, nadie hace nada para que no me lleven y simplemente entro a la camioneta que me lleva a la pista privada en la que vuelo a Moscú.

No sé nada del Underboss, así que pregunto por él, pero los hombres que me transportan guardan silencio llevándome a un lujoso rascacielos donde abordamos un ascensor privado que le da paso a un apartamento con vista panorámica.

—¡Koldum! —exclamo cuando aparece en la sala— Pero mira cómo creciste.

El día se me ilumina con mi mascota que da saltos, los torturadores se van y una mujer con uniforme me señala el pasillo.

La última vez que estuve en un sitio así fue en Londres en la casa de mi hermana.

—Su sitio.

Entro a ella con el león en brazos. Todo está genial con la vista de la ciudad, los muebles de lujo y las pantallas gigantes. «Pensé que a esta gente solo le gustaba lo rústico». La mujer se va dejándome sola, enciendo la tele mientras huelo los perfumes que hay en el tocador y los jabones del baño. «La escasez me ha puesto a apreciar las pequeñas cosillas».

Parece que no va a venir nadie, así que me atrevo a tomar un baño. Mi futuro es incierto y nunca sé dónde estaré en un par horas o cuando podré volver a bañarme.

Hay algo doblado en la cama, dudo en tomarlo, pero la ropa que tengo está sudada y con la bata húmeda me puedo resfriar. Tampoco es que sea la gran cosa, es una playera ancha que me llega a la mitad los muslos, bragas y medias bucaneras hasta las rodillas.

Las horas siguen pasando, nadie viene y juego con Koldum en la alfombra hasta que el sonido de la puerta hace que me levante.

«¡Mierda!, no debí ponerme esto sin saber de quién era!». Intento correr a la alcoba para quitarmelo, pero la puerta se abre de un todo y me termino quedando quieta con la llegada del ruso que entra.

El pecho me brinca, las manos me sudan y aprieto el borde de la playera juntando las rodillas cuando me mira de arriba abajo. Cada que oigo la palabra mafioso imagino a alguien trajeado, pero Ilenko Romanov usa distintos outfit que lo hacen ver muy sexy o muy peligroso….

¿Sexy? O sea, acabo de pensar que es sexy… Ignoro eso enfocándome en que a veces parece un motociclista, en ocasiones un vándalo de película norteamericana y ahora tiene una pinta de empresario.

—Buenas noches —mi boca se mueve sola cuando se toma el vestíbulo.

—Buenas noches, Ved´ma —su voz me eriza la piel— ¿Qué hay de cenar?

—¿De cenar? —su pregunta me toma desubicada— No sabía que tocaba hacer la cena…

Asiente y yo sigo apretando la playera.

—Pero haré algo ya…

Me muevo rápido a la cocina queriendo huir del cosquilleo que avasalla mi cuerpo, su olor queda en mi nariz cuando paso por su lado y siempre me odio por ponerme así cada vez que está cerca.

«Tengo 18, él 36». Saco los ingredientes de la nevera y al poco tiempo oigo el sonido de la ducha mientras yo pico, revuelvo y organizo su puesto en la mesa. Le doy jamón a Koldum y el olor a comida me despierta el hambre, pero no me atrevo a comer.

Hago bolitas de harina que hecho a freír, preparo un aderezo para mojarlas, salteo verduras y corto trozos grandes de ternera a la que les echo queso derretido por encima. Él vuelve a aparecer sacando un vino de la gaveta y de reojo lo reparo con el cabello recogido y el torso descubierto.

«Ahora parece modelo de comercial para amas de casa». Termino de poner todo en la mesa y noto que las seis sillas que habían ya no están, ahora solo hay una y es la que se encuentra en la cabeza de la mesa.

Me aplaudo el no haber organizado dos puestos. Se sirve vino y toma asiento mientras yo coloco el último plato que me falta e intento irme, pero su mano se envuelve en mi muñeca poniéndome a pasar saliva.

—No es muy difícil entenderlo, ¿Cierto? —pregunta llevándome a su regazo donde me sienta.

Mis ojos se encuentran con los suyos y mi brazo toca los músculos de su pecho. Alcanza la copa de vino que mueve y me pone a oler antes de dejar que un par de gotas toquen mis labios.

—¿Has vuelto a beber algún tipo de licor? —pregunta— ¿Drogas, estimulantes?

—No —lo detallo.

—No me mires a la cara —pide cuando nota que no puedo dejar de hacerlo—. No es difícil mirar a otro lado.

Quisiera hacer eso, pero es que tiene como un imán que clava mi mirada en él al ser tan… ¿Peligroso?... ¿Malo?

—¿No sabes acatar instrucciones? —mira mi boca y yo miro la suya.

Cada que le detallo los labios recuerdo como besa y si, es un mafioso de mierda…. Pero sus besos….

—No me gustas —le digo—. Y no sé qué hago en tus piernas como si fueras mi papi.

—Cállate, que estás porque aquí se hace lo que yo diga — dictamina serio con ese acento que me acojona cuando me habla al oído—. Y tampoco me gustas. De hecho, me repugnas…

Ruedo los ojos y me sujeta la cara dejando los labios a centímetros de los míos.

—Abre —pide tomando la comida que me mete en mi boca y obedezco recibiendo con ansias.

Me sigue dando comida, pasando el pulgar por mis labios, alternándose entre él y yo. El calor que destila me pone sensible y mi lengua toca sus dedos cada que me alimenta. Algo duro me maltrata abajo y mi pecho galopa, no quiero creer lo que creo que es.

El queso está delicioso y lamo su pulgar con los últimos bocados. Se vuelve a inclinar el vino y la lengua que recién estaba en su pulgar ahora quiere pasearse por su garganta.

—¿Dónde está Vlad? —le vuelvo a preguntar queriendo distraerme— ¿Qué le hiciste?

—Olvídate de Vladimir y concéntrate en pagarme lo que me debes antes de morir —advierte—. Es mejor que quedemos a mano, o te seguiré jodiendo en el infierno y allá seré peor…

Me baja de su regazo poniéndose de pie, mi frente queda en el centro de su pecho y debo echar la cabeza atrás.

—¿Con qué se supone que te voy a pagar?

—Con tu cuerpo —su respuesta me hace dar un paso atrás.

—¿Mi cuerpo?

—No seas ilusa —contesta por la cara que pongo—. No me gustan las crías, pero sí me pagarás con tu cuerpo, ya has de imaginarte de qué manera.

Se me empañan los ojos asumiendo lo que significa eso, «Va a prostituirme». Se encierra en su alcoba y yo sigo temblando en la sala, me encierro con Koldum y no pego el ojo en toda la noche pensando en lo que se me viene.

¿Burdeles? ¿prostíbulos? Tiemblo bajo las sábanas abrazando al león.

Amanece, el sitio queda vacío y me mantengo encerrada con Koldum en el closet. Las lágrimas vuelven, el desespero también y a las seis de la tarde irrumpen en el apartamento sacándome a las malas.

—¡No quiero ir! —batallo— ¡No quiero ir!

Me suben a un vehículo donde les doy pelea negándome a ir donde sea que vayan. El trayecto es largo y me sacan cargada adentrandome a un sitio enorme el cual no me molesto en detallar. Hablan en ruso y hay mujeres desnudas, ropa en perchas, maquillistas, gente disfrazada, pero no entiendo nada de lo que dicen, ya que no entiendo el idioma.

Me bañan y algo dentro de mí me dice que forcejear es inútil porque ellos siempre se salen con la suya. Soy empujada a una silla donde me secan el cabello, maquillan y forman bucles largos que cubren mi espalda.

Entro en un vestido dorado ceñido que junta mis pechos, los hilos se cruzan en mi espalda, el escote es atrevido y las terminaciones parecen hechas a mano. Estoy confundida, sofocada, el aire está pesado y no sé ni a dónde mirar con lo nerviosa que estoy. Hay un reloj marcando un conteo regresivo el cual no dejo de mirar con las manos sudorosas hasta que….

Las puertas dobles se abren dando paso a Domi que entra con Chip luciendo un traje de gala que la hace ver como una estrella de cine, lleva un

maletín.

—Hay tres mil cuatrocientas personas allá afuera —me dice—. Lo más prestigioso de la mafia; amos y dominatrices de Polonia, Serbia, Tokio, Alemania, Ucrania.

Empieza encogiéndome más.

—¡Todos han venido a ver el show de la Emperatriz! —sigue— ¡Lo más importante de la Bratva en un solo lugar!

No entiendo nada y Chip se agacha dejando el maletín en el piso, lo abre y debo parpadear con lo que hay adentro convenciéndome de que no es una alucinación.

—Le perteneces a Ilenko Romanov y todo lo del Boss es majestuoso Emma James, así que acostumbrate..

Me ponen una silla atrás donde me sientan mientras Chip saca los patines cubiertos de diamantes… Diamantes, no hay lugar para dudar si son o no imitación por el brillo que destilan, no sé qué tienen adentro, pero mis pies se sienten entre plumas y todo el cuero está lleno de la costosa joya.

—Vas a salir a esa pista de hielo y le vas a demostrar al mundo cuánto es lo que vales —Domi sujeta mi cara—. Y pobre de ti si lo arruinas o si te equivocas, porque cualquiera puede sacar un arma y dispararte si el show les resulta aburrido.

Chip le ofrece otro cofre donde saca un antifaz dorado que deja sobre mis ojos el cual se complementa con mi vestido, también saca un collar que atan a mi cuello, él mismo lleva la palabra Boss.

—¡Empezamos en cinco minutos! —se va Domi y Chip me ofrece su brazo.

Hay una fila de personas en el pasillo que me observan con atención, no tienen vestidos, sus cuerpos están pintados artísticamente.

Todo me tiembla, el ruido de las voces de afuera me encoge, enceguece y me pone a respirar mal y al visualizar lo que se cierne sobre mí me pone peor. Es la pista de patinaje más grande en la que he estado y no tiene ni un

solo asiento vacío. Es elegante, majestuosa y en lo alto tiene un palco con música en vivo.

El fuego se alza en las esquinas y la utilería está organizada debidamente, los patinadores van entrando a la pista posicionándose en sus lugares y yo sigo con el corazón en la boca. «Hay demasiada gente» y no se ven incultos, tienen trajes, vestidos de gala y se hablan entre ellos con elegancia.

Me deslizo dentro, hay murmullos, risas discretas y un sinfín de miradas sobre mí y entre esas siento una en especial la cual pesa sobre todas aunque no lo esté viendo. Con la respiración inestable llego al corazón de la pista bajando la mirada al hielo como lo practiqué miles de veces en Alaska.

La pista queda en tinieblas, los diamantes brillan en mis pies y un reflector me alumbra.

—La gran Emperatriz les da la bienvenida al espectáculo —anuncian—; The Queen.

Siento que me congelo, que mi cerebro no funciona cuando la orquesta en vivo inicia con un cover de Chandelier. Las notas calan en mis poros y mis pies se mueven sobre el hielo como si tuvieran vida propia.

Mi cuerpo conoce esta coreografía tanto como conozco mi cuerpo, muevo los pies patinando hacia atrás huyendo de los patinadores que empiezan a querer atraparme, pero yo debo evadirlos con elegancia, con sutileza. Es como si estuviera en una obra sobre el hielo, pero aquí en vez de cosas tipo disney hay gente con máscara que viene por mí mientras yo huyo marcando la pista.

Es una dramatización de lo que es vivir o morir y salto en la pista con el primer obstáculo que me ponen girando en el aire a mi izquierda, dando tres revoluciones y realizando un aterrizaje limpio. Toe loop es el primer salto que realizo. Al igual, no es raro, ya que es lo que hago todos los días y es evadir los cuchillos que me lanzan.

Es agobiante mantener el papel con tanta gente y tiran de mis brazos, pero como lo decía Domi, “¡Suéltate y sigue!” “¡Suéltate y Danza!” “¡Suéltate y patina!”.

Siempre tengo que mostrar mis mejores pasos así el mundo se esté cayendo. Me suelto corriendo al centro, tomando celeridad donde me elevo con un triple Axel que levanta el hielo cuando aterrizo de forma perfecta y más personas vienen por mí, pero me les río a la cara mientras patino a toda velocidad haciendo las volteretas hacia atrás que desafían las leyes de la física cuando las hago seguidas y aterrizando en un solo pie.

Me vuelvo veloz en la pista, vienen por mí y mientras lo hacen doblo las rodillas poniendo a prueba mi flexibilidad tocando el hielo con la punta de los dedos. Ellos de pie y yo abajo, vuelvo a arriba patinando hacia atrás, tomando la rapidez necesaria y me elevo con un Lutz que repito cuatro veces.

Siento que vuelo cuando aterrizo y con la velocidad que llevo alzo la pierna que creía perdida, la flexiono mientras patino con un solo pie en tanto el aire frío me recorre la cara buscando el centro de la pista donde me impulso con los brazos extendiendo la pierna flexionada e iniciando la secuencia de giros sobre un mismo eje que me enseñó Domi. Acerco los brazos y la pierna incrementando velocidad en los giros, vuelvo a extender los brazos terminando la secuencia y ejecuto el standing sping que me sale perfecto.

La orquesta toma fuerza y yo también porque me siento grande, poderosa y talentosa. Y si, puede que esté haciendo el ridículo mientras me muevo, pero no me importa. Siento que floto, que vuelo, que soy libre, que soy la estrella más bonita de la noche mostrando lo mejor que tengo. Mis brazos danzan, mis caderas se mueven y no borro la sonrisa de mi rostro.

El sudor me recorre y me arriesgo con un salto mortal hacia atrás antes de ejecutar el Camel Spin que me hace girar y girar mientras los otros patinadores me rodean bajando despacio. Yo sigo dando vueltas tomando el patín en tanto elevo la pierna mientras ellos van quedando en el suelo.

Me enderezo en mi posición, la música va mermando, el giro va perdiendo velocidad y recupero el equilibrio quedando en la posición final que me deja la mirada sobre el hielo y un montón de patinadores en el suelo como si los hubiese vencido a todos.

La orquesta deja de sonar, las luces se encienden y creo que tengo un potro salvaje dentro del pecho de lo agitada que estoy. Todo dentro de mí tiembla mientras los ojos me arden y me atrevo a levantar el rostro elevando la mirada hacia la multitud.

El sonido seco de dos palmas se alza en algún lugar y a mis dieciocho años «¡A mis malditos 18 años!» Vivo el mejor momento de mi vida cuando una horda de personas acompañan el primer aplauso poniéndose de pie, chocando las palmas con fuerza, con brío. La pista vibra con la ovación y con la adrenalina que emana de ellos.

¡Me aplauden a mí! A mí que me he quedado sola en la pista y no hago más que dar la vuelta con lágrimas en los ojos sin creerlo, sin asimilarlo. Lo único que siento es orgullo de mí misma mientras el llanto me toma.

—¡Más fuerte ese aplauso! —entra Domi— ¡Más fuerte que no los escucho!

Los gritos se alzan, las adulaciones no cesan como tampoco los aplausos que cada vez se oyen más fuerte.

—¡Ella es nuestra reina del hielo! —aviva Domi— ¡La mejor patinadora del mundo ha llegado y la ha descubierto la emperatriz de la Bratva!

Siento el hambre de todos; personas impactadas, impresionadas, como si fuera algún fenómeno sobrenatural. Gritos de ¡Que brille! ¡Es una estrella! ¡Es una joya!

—¡Va a brillar, las pistas temblarán y todo el mundo la recordará porque será una maldita leyenda! —me señala Domi— ¡Se cerrarán bocas y se demostrará que las grandes joyas las tiene la mafia Rusa!

Los aplausos se oyen más fuerte al igual que los gritos y las felicitaciones.

—¡Va a brillar porque son las órdenes del pakhan! —enloquece Domi— ¡Son las órdenes del Boss!

—¡Queen! —se alza una sola voz— ¡Queen!

Domi se aferra a mi cuello obligándome a que la mire y no me tiran flores, me tiran billetes por montones mientras el coro sigue enloquecido llenando la pista de dinero.

—Vamos a brillar Emma, vamos por las Nacionales, por los Olímpicos y por el maldito universo del patinaje que ahora te pertenece —asegura Domi eufórica y la abrazo con fuerza—. Todos fueron unos payasos al no pulir ese talento que te emana de las venas, mi pequeña.

Me vuelve a mostrar como si fuera una artista y en su rostro veo la sonrisa que me hubiese gustado ver en Luciana. Deja el brazo sobre mis hombros y Chip se nos une llevándome dentro donde me esperan varias personas elegantes.

Sigo con el antifaz y todo el mundo me saluda con besos dobles y abrazos calurosos.

—Una estrella digna de ver —me dicen —. Para lo que necesiten aquí estamos.

—Es preciosa —me dicen otros—¡Hermosa y esos patines le hacen honra!

Domi me sigue mostrando, no dice mi nombre y todos se quedan con la incógnita de saber más de mí. No dudo de lo que me dicen, ya que las pantallas internas proyectan mi show y si no lo veo no me lo creo.

«Los saltos son sensacionales», asiento a todo lo que me dicen. Chip me quita los patines y Domi me entrega un gabán que tiene la palabra “Queen” atrás. No me canso de abrazarla y ella no deja de contarme todo lo que haremos, todo lo que tiene preparado.

Reparo el entorno, a las personas que me felicitan, que me adulan, Vladimir se me viene a la cabeza “¿Qué pasará con el nombre que me había dado?” Siento que me apago porque no sé dónde está y en parte me ayudó…

—Grabamos todo para luego estudiar lo que hay que mejorar —me dice Chip— ¡Todos quieren conocer a la reina del antifaz!

La felicidad no se me va, que Koldum aparezca me da más paz. Domi no me deja de hablar, de darme instrucciones diciendo cosas que nunca creí que haría. Menciona las mejores pistas y yo solo asiento a todo.

Tomo la correa de Koldum saliendo con ellos al pasillo, Chip lleva mis patines y sigo caminando hablando con Domi rumbo a la salida, pero lo que dice mi entrenadora empieza a oírse lejos cuando el ruso aparece luciendo unos pantalones ceñidos con una camisa negra que se le pega a los músculos. Tiene varios voyeviki que lo escoltan y…

—Pequeña puta —dicen y volteo hacia el otro pasillo el cual lleva a la puerta de atrás—. La hermandad del Underboss ha venido por ti.

Varios pandilleros con pañoleta y chaleco se toman parte del sitio dejándome en la mitad con Domi y Chip. El rostro de varios se me hace conocido, pero no los recuerdo muy bien.

—Vladimir manda a decir que te alejes del Boss, que es peligroso —insiste el pandillero—. Así que ven con nosotros.

—¡Lárgate de aquí con tu maldito olor a alcantarilla! —se enoja Domi— De hecho, me pregunto quién te dejó entrar…

—Hemos venido por ella —avanzan a mi puesto y Domi se pone a la defensiva, pero el ruso la aparta junto con los otros voyeviki.

—¡No van a untarla de su mierda! —se molesta— ¡Así que dile a Vladimir que vaya a hundir a otro en su mundo de porquería!

Miro a ambos lados, los pandilleros le apuntan a los voyeviki del Boss y viceversa. El líder de la banda me ofrece un arma y vuelvo a mirar al mafioso mayor que se saca el cigarro de la boca respirando hondo.

—Vamos pequeña puta, recibe, decide y larguémonos —insiste el pandillero— ¿Quieres o no ser una mujer de la Bratva?

¿Lo quiero? Las pantallas siguen mostrando mis saltos en tanto el líder de la banda me insiste y aprieto la correa de Koldum dándole la espalda al arma mientras avanzo al puesto del Boss. «No quiero alcohol, no quiero drogas y no quiero sangre», quiero brillar en lo que amo y es el patinaje.

Sé lo peligroso que es Ilenko Romanov, pero algo dentro de mí me grita que lo mejor es tenerlo de mi lado y con cada cosa que pasa me convenzo de que no quiero ser su enemiga, porque eso es una completa pesadilla. Apoya la mano en el centro de mi espalda respaldandome mientras dejo la hermandad atrás

Las camionetas esperan, Domi me da un beso en la frente, Chip me entrega los patines, la pandilla se queda en la acera y el ruso deja que entre primero al auto junto con el león. Su loción avasalla al lugar, «Huele a poder».

—домой —dispone en su idioma natal y la camioneta se pierde en las calles de Rusia.

Моя добыча: Mi presa.

домой: A casa.

CAPITULO 32— LUCES, CAMARAS Y ACCION,

Ilenko,

Ver y no tocar aumenta la ansiedad y tengo un horrible cosquilleo en la piel, en los dedos y en la boca, «Siempre he tocado lo que quiero». Puedo decir que soy un hombre el cual ha cumplido todas sus fantasías, desde la más turbia a la más sutil, pero ahora…

¿Qué me falta?

Salivo con la mujer que yace a mi lado con el león sobre las piernas y este conflicto me hostiga porque ya la tomé, ya la follé, pero siento que tengo más hambre y eso… eso es peligroso cuando aparte de ser el enemigo es una cría que tiene la mitad de mi edad.

La situación no se me puede salir de las manos teniendo las cosas claras. El vehículo se detiene y me adelanto al ascensor con grandes zancadas. No me habla, no le hablo y no sé porqué no le coso el antifaz en la cara y así me evito todo este estrés.

Busco la licorera cuando las puertas se abren y me sirvo un coñac el cual abarca la mitad del vaso. Lo de Vladimir es otra cosa que me tiene con rabia, ahora está peor de dañado que antes, «En el fondo todos lo estamos», y a mi primogénito la pataleta le salió cara porque yo no sé perder y los otros tampoco, por ello me les burlo.

Christopher Morgan envió a Emma James para que me matara y le voy a demostrar como me limpio el culo con su maldito plan de porquería. «Detesto a ese imbécil y que crea que lo único bueno lo tiene él». Bebo dos tragos más antes de moverme al pasillo donde ella tiene la puerta abierta quitándose las medias en la cama, dejo de moverme cuando las desliza por sus muslos como si no quisiera dañarlas mostrando las piernas largas y bien cuidadas que…

«No me gusta, es una herramienta de negocio y la ficha principal de una venganza». Avanzo a mi alcoba con la cabeza ardiendo. Quiero

contrarrestar lo que acabo de ver con la imagen de cómo se veía después del accidente .

El juego del desmembrado es un método de tortura psicológica que se usa en la Bratva y consiste en hacerle creer a la víctima que perdió una parte de su cuerpo suministrándole un componente el cual quita todo tipo de sensibilidad.

Inmoviliza, hincha, enegrece y aumenta la hormona del miedo acorralando a la persona, ya que el cerebro se lo cree.

Y es tan eficaz que altera las glándulas sudoríparas y entre más llora o patalea la víctima más se siente el hedor que desprende y eso le hace creer pensar que se está pudriendo sin ser así. No saben que entre más patalean, sudan y lloran más aumenta el mal olor.

Hay gente que enloquece, otros se suicidan cuando la pierna, brazo o lo que sea tomó un tono nefasto. Suplican que se les corte para luego confesarles que era una mentira y que cayeron en la trampa al suplicar que se les mutilara.

La tortura concluye por dos motivos; porque la víctima cae en la jugada o porque el victimario suministra, «Rara vez pasa», el componente que absorbe el primer veneno logrando que la extremidad vuelva a ser la misma de antes en cuestion de horas.

Nadie se venga y tortura como yo porque amo jugar con los miedos de la gente. Me lanzo a la cama en boxer y el león da un salto ubicándose a mis pies.

Emma James patinando alimenta mi delirio sexoso solo con verla saltar, girar o flexionarse. «No voy a negar eso», sería mentirme a mi mismo. Paso la mano por el miembro endurecido. Si no la repudió el patinaje, yo tampoco ¿O con qué voy a entretenerme mientras la tengo?

He tenido mucho estrés y algo de provecho tengo que sacarle a esto y, por ende, me quedaré con los mejores espectáculos antes de matarla.

Cierro los párpados metiendo la mano bajo la tela. Tengo el falo caliente y abro las piernas recordando la presentación. «Perra maldita, lo hizo tan

bien», está a unos cuantos pasos y por mi reputación, estatus y rol tengo que mantenerme aquí, porque si la tomo no la suelto.

Logré establecer el orden, pero si la vuelvo a tomar sé que me voy a empecinar peor que antes.

Procuro cerrar los ojos manteniendo la mano en el mismo sitio, pero el sueño no llega con la dureza que tengo; estoy demasiado caliente y un pajazo no creo que lo solucione.

Los minutos pasan, hago un nuevo intento por dormir que no funciona y me termino levantando por otro coñac. Trato de aclararme la vista mientras camino por el pasillo vacío, «hasta caminar es incómodo». Mando la mano queriendo acomodarme el miembro, pero…

Dan un salto atrás y retrocedo cuando Emma James escupe botando leche por la nariz al verme. Todas las luces se encienden y aparto la mano de donde la tengo cuando deja caer el vaso e intenta recoger los vidrios, pero es más importante mirarme la verga que se me dibuja.

—¡Largate a tu alcoba! —la regaño.

No hace caso y contengo el impulso de irme encima de ella, abrirla de piernas e introducir el glande grueso que la haría chillar.

—Que te largues a tu alcoba o…

Obedece rabiosa tropezandome cuando pasa por mi lado.

El tacto se queda en mi piel y me apresuro por el trago. Miro abajo y estoy como para partir algo, «Cría de mierda», me dañó la maldita noche, la semana y los meses anteriores. A cada nada me vive recordando que las James son una pesadilla.

Vuelvo a la cama y debo deslizar el anillo vibrador que me estimula toda la noche apaciguando las ganas, «Necesito una sumisa».

Amanezco con los muslos tensos y aliviar la tensión con agua fría es lo que hago.

Me recojo el cabello antes de vestirme con un pantalón ajustado y una camisa ocre a la que le arremango las mangas. Esparzo la loción, salgo y el

recuerdo de lo que pasó ayer es lo primero que me golpea con la empleada limpiando la leche.

—Boss —miro a la izquierda. Domi está en la cocina con la cría y su sumiso.

La miro a ella y al rubio que le teje una trenza mientras no pierde la costumbre de mirarme a la cara como si no fuera el dueño de una organización criminal. La ignoro yéndome al comedor. «Solo es una ficha de juego en esto», me recuerdo acomodandome el miembro antes de sentarme

—Emma estará entrenando en una de mis academias —Domi se toma el comedor—. Hoy todo el día un experto en la materia la va a instruir en el tema de las grandes ligas.

—Está secuestrada, no en un reinado de belleza…

—¿Quién está diciendo lo contrario? —refuta— Pero sabes que no va a patinar por obra y gracia divina. Las estrellas tienen que pulirse todos los días o caen como meteoritos.

Apoyo los codos en la mesa.

—Me vas a agradecer el resultado. Los patrocinadores se pelearán por tenerla, pero es nuestra —asegura—. La academia de Phoenix y los jueces que no la miraron se irán contra las paredes por no haber visto lo que vimos nosotros que somos expertos demostrando que la Bratva es la Bratva.

Los miembros de nuestra organización suelen tener relaciones con personas reconocidas; modelos, deportistas, cantantes, los cuales demuestran el poder y el peso del dinero. Domi es una de esas que le encanta untar a esa gente de lodo.

—Solo quiero mi dinero antes de que muera —dejo en claro—. Tanta pérdida me harta....

—Y yo quiero cerrarle la boca al que mató a mi marido…

—A ti no te importaba Dante, de hecho, celebraste su muerte…

Se ríe. Dante Romanov desafío a Antoni Mascherano por el puesto haciendo que Rachel James tuviera una recaída con HACOC y obviamente le salió caro, ya que Christopher Morgan le pegó un tiro en la cabeza. «Me dio igual», se lo había advertido y yo no me lamento por lo que veía venir.

—Lo haya celebrado o no era mi marido —no dejo que me toque la boca —. Siempre tan esquivo, ¿Estás de luto por lo de Zulima?

Ya ni me acuerdo de eso. He tenido demasiados asuntos que atender con la candidatura de la FEMF de por medio y las pataletas de Vladimir…. Miro a la mujer que come en la barra de la cocina y no es ahí donde tendría que estar alimentándose.

—No la vuelvas pedazos —pide Domi—. Mira esa dulzura que emana, es como un cachorrito…

—¿Y a mí que me importa? —me levanto— Aquí hay normas Domi, no perderla de vista y ponerla a producir es una de ellas.

—Lo que diga el Boss —alza las manos a la defensiva—. Pero si quieres venderla yo te la compro.

—¿A qué hora estarás aquí? —pregunto— Dame hora de salida y hora de regreso.

—De 8 am a 6 pm —avisa.

—Cada cuatro horas quiero reporte de lo que está haciendo y sabes como.

Opto por conducir tomando uno de los tantos llaveros del perchero, si no despejo la cabeza voy a terminar ahogandome con todo el enojo que tengo atascado.

Me coloco los guantes de cuero antes de abordar la camioneta que me sumerge en las calles de Moscú con los hombres que se distribuyen a la hora de escoltarme.

Tengo acciones que abarcan más del 50% de las empresas de Rusia, tengo una gran participación en la rama gubernamental. Soy dueño de las petroleras más grandes de Asia, Europa y América, como también de las

navieras que uso a mi antojo. A eso debo sumarle las adquisiciones que yacen en el extranjero y los negocios que son de la mafia rusa.

El 60% por ciento de las fábricas de armamento del mundo me pertenecen, «Excepto las que trabajan para la FEMF» y las pandillas y los grupos delincuenciales que yacen en las tierras de la mafia roja tienen que rendirme tributo dándome la mitad de todo lo que producen.

La mañana me absorbe, almuerzo en el centro de la ciudad y me muevo a la oficina que tengo en el último piso de Bashnya Federatsiya.

Uso las empresas que tengo como cortina de humo para lavar las exuberantes sumas de dinero que se mueven dentro de la Bratva. Me gustan los números tanto como matar.

Coordino aquí y allá, pero sigo con la cabeza caliente y termino recostado en la silla detallando la vista que me ofrece la ciudad.

Respiro hondo sacando el teléfono que tengo en el bolsillo izquierdo del pantalón, «El móvil de Emma James». Se lo quité a Vladmir después del accidente y solo basta verlo por encima para entender su nivel de inmadurez, «fondo de pantalla familiar», protector con lentejuelas y tema rosado.

Desbloqueo la pantalla. Pensé que recibía llamadas constantes, pero no. De hecho, no ha recibido ni una desde que lo tengo. Solo hay uno que otro mensaje de Rick James con un “Cuota depositada a la casera”.

Reviso los chats y hay mensajes de un tal Tyler. La saluda casi todas las mañana y Vladimir le había explicado ya que no hay buena recepción. Tiene que reportarse, así que busco el número de su madre y envío un “Hola mamá”. Espero la respuesta analizando los chat anteriores para saber cómo contestarle.

El aviso de visto aparece y tardo más de una hora con el teléfono en la mano, pero no responde. Intento con la hermana, pero esta también deja el mensaje en visto. Entro a sus redes notando que tiene videos donde los etiquetaba meses atrás, «Muy atrás», perdió la costumbre y ha de ser porque Rick James era el que le ponía uno que otro corazón.

Su madre y su otra hermana no se ven por ningún lado y los amigos lo tomaban más como burla donde ella seguía la corriente.

Sigo revisando notando los detalles que me hacen mover la cabeza. Termino más enojado, así que abandono el edificio adentrándome en la avenida que me lleva a Presnya. El tráfico está pesado y hago una llamada cuando estoy por llegar a mi destino.

—Saca a Emma James a la puerta que me la voy a llevar —le pido a Domi—. Ya.

No voy a entrar a la academia. El tráfico me suma minutos antes de llegar al sitio y a un par de metros la veo sobre la acera en vaqueros, con una mochila colgada atrás y una blusa ombliguera la cual tiene un gato estampado.

Mira a todos lados antes de moverse de su sitio.

«Ya va a empezar». Le pito al camión que se me atraviesa, tarda en moverse y ella sigue caminando calle arriba. Vuelvo a poner la mano en la bocina con más rabia, no sé para qué me afano si tiene un localizador que me permite hallarla en segundos, pero me enoja el tener que desgastarme con persecusiones que llaman la atención.

El camión se aparta y doy la vuelta a la cuadra, pero en vez de hallar a una puberta corriendo, hallo a una puberta caminando despacio mientras sujeta las asas de la mochila.

Observa el entorno y le mermo a la velocidad siguiéndola despacio, mis hombres también están en el área, ¿Por qué carajos no salgo y la subo a las malas? Aprieto la mandíbula cuando en vez de eso me fijo en como se le pega la ropa; no es alta, tampoco es voluptuosa, ni despampanante. He tenido mejores mujeres y no entiendo qué es lo que tiene ella que hace que no pueda dejar de detallarla.

Se adentra en el parque que aparece y estaciono la camioneta colocándome los lentes. Camina despacio y yo también para que no note que la sigo.

Los comerciantes venden cosas en la calle y ella sigue observando distrayéndose con el entorno que está lleno de música.

El cabello negro luce más oscuro con el gorro de lana blanco que tiene en la cabeza, se queda quieta observando con duda y sigo el trayecto de sus ojos, ¿Helados? Mueve los dedos en el asa como si fuera un antojo…

El hombre del puesto le ofrece uno hablando en ruso y ella sacude la cabeza alejándose como un ser solitario que sigue apreciando lo que le rodea y yo atrás. Me reviso los bolsillos queriendo encender un puro, pero ella apresura el paso de un momento a otro y sabía que tanta tranquilidad no podía ser cierta.

Me muevo rápido, pero se sale del camino empedrado corriendo a los botes donde yace una pareja de la tercera edad a la cual le cuesta salir de la orilla. La anciana le advierte que se va a mojar, pero a ella no le importa meter los pies en el lago con tal de empujarlos.

¿Cuántas neuronas tiene?

Se ha metido con todo y zapatos y el agua le llega a las pantorrillas. Empuja una vez más y le llega a las rodillas. La anciana sigue con la advertencia, «Obviamente no le entiende», pero termina agradeciendo y ella alzando la mano despidiéndose.

¿Qué gana con esas idioteces?

Sale con los zapatos empapados y se sienta en una de las banquetas a observar el lago. No voy a quedarme lejos como un acosador en potencia, así que me acerco tomando asiento a su lado.

No habla y de reojo detallo esa perfecta asimetría que en ocasiones la muestra como una figura de porcelana; tiene los labios rosados, las pestañas largas y los ojos como el color del cielo. «Quiero ponerle las manos en el cuello y no precisamente para ahorcarla».

—No me iba a escapar —se anticipa a mi regaño—. Vi tu camioneta, no es que pase desapercibida.

O sea que me hace seguirla como un pendejo a propósito. Calla y vuelvo a mirar la figura que forman sus labios.

—¿Quién es Tyler? —pregunto.

Tarda en contestar como si estuviera pensando en la respuesta.

—Un amigo que conocí en Londres —no me mira—. No lo secuestres, es una buena persona.

Con la confianza que le habla parece que fuera más que un amigo.

—¿Te gusta? —continúo.

—No —arruga las cejas—. Es que…Olvídalo.

— Es que ¿Qué?

Apoya las manos en la banqueta respirando hondo.

—Pensé que teníamos química y concretamos una cita, pero ambos estábamos incómodos porque papá le lanzó como cinco mil amenazas antes de dejarme ir —empieza—. Le alteró los nervios al pobre y eso apagó la magia.

No digo nada, siento que no le creo y eso me molesta.

—O sea, si tengo amigos de esos para arrumacos, pero Ty no hace parte de esa lista.

—¿Arrumacos? — entiendo su idioma a la perfección, pero quiero oír como me va a explicar esa palabra.

—Si, arrumacos, cuando te besas con alguien en una esquina y aparte de besarse dejas que te manosee en la oscuridad —la polla se me empieza a endurecer—. No se tiene nada serio y es como para bajar la calentura de la edad.

Asiento, “Calentura de la edad”. La vuelvo a recorrer con los ojos dejando el codo sobre la baranda del espaldar que tengo atrás.

—¿Te gusta que te manoseen en la oscuridad? — pregunto y se pone roja en cuestión de segundos— ¿Si o no?

—Si —trata de parecer segura, pero el color de sus mejillas dice lo contrario y eso amenaza con romperme la bragueta del pantalón—. Cuando es alguien que me gusta dejo que me besen mucho, porque los besos largos

son deliciosos y más cuando te llenan de caricias bonitas y te dan a entender que esa persona quiere que seas exclusivamente para él.

Se nota que no conoce del tema como para decir lo que es bueno realmente.

— ¿Y tú? En toda la experiencia que has tenido ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Nigeria —recuerdo—. Me presentaron a una morena que…

—Que seguramente secuestraste porque su loro te caía mal y luego te diste cuenta que eres un mafioso de mierda —se levanta—. Excelente historia, pero ya me aburrí...

—Debes ir aprendiendo a medir esa boca, ya que no estás hablando con cualquiera—me levanto mirando el reloj—. Perdí casi una hora de mi vida aquí, ahora me debes más dinero porque mi tiempo vale oro.

—Eres un imbécil…

—Como digas —me acomodo los lentes echando a andar con las manos en los bolsillos.

Viene detrás de mí y respiro el aire fresco queriendo mermar el dolor que tengo en la cabeza del miembro, «Esta hija de perra ya arruinó este día también». Noto que deja de seguirme y me volteo dispuesto a llevarla a las malas, pero está frente al puesto de helados mordiéndose las uñas.

Empiezo a moverme con afán para que haga lo mismo y me termina alcanzando dejando la mano sobre mi brazo. Reparo las uñas pintadas y la cara con ojos grandes que me ponen más duro.

—¿Me puedes prestar un billete que me alcance para comprar un helado? —me dice y subo los lentes para verla con más claridad— Te lo devolveré cuando tenga.

—¿Quieres un helado? —Dios, que maldita cara la de esta cría.

—Estoy salivando por uno.

Yo estoy salivando por otra cosa. Se devuelve al puesto y ya no sé ni cómo pararme.

Pide los sabores mientras saco mi billetera, pago y le entregan el cono que pone más raro el ambiente, «¿Qué diablos?». Lo lame frente a mis ojos saboreando la crema mientras se queja.

—Está muy grande y delicioso—dice y definitivamente me convenzo de que tengo que irme.

Salgo del parque y me pongo al volante esperando que suba al puesto del copiloto y no puedo arrancar con los lengüetazos que suelta mientras se saborea. «Este tipo de cosas trajo problemas la última vez»; murió Zulima y se rebeló Vladimir...

Pero es que se mete las cosas en la boca con unas ansias que…

«Tengo que matarla cuando recupere mi dinero». Enciendo el motor y por más que trato de concentrarme en la carretera mis ojos buscan su boca. Los músculos se me tensionan, mi miembro palpita, la sangre se me calienta y mi cabeza advierte lo que pasará si cruzo el umbral de mi apartamento.

Empieza a chuparse los dedos, la ropa me estorba y le arrebato el helado tirándolo por la ventana, «No sé para qué lo compré». Que se quede con Domi, porque ella y yo en un mismo sitio solos es más que peligroso, porque como ya lo dije, si la tomo no la suelto.

Emma.

Soy como un cachorro prestado que viven trasladando de un lado a otro sin razón aparente y sin explicaciones. Domi es autoritaria, mandona y exigente, sin embargo, me agrada y Chip es dulce, por ello no me molesta que me traigan con ellos.

Espero a un lado de la sala fingiendo que no tengo interés en lo que dicen en ruso, ya que el mafioso y Domi están dialogando en su lengua materna y él, como cosa rara, siempre está serio usando un tono bastante intimidante.

Me concentro en el movimiento de sus labios y el porte recto, paseo los ojos por la espalda ancha y el cuerpo moldeado. Es que no puedo verlo sin imaginarlo semi desnudo, siento que este no fue el mafioso que me prometieron. Death advertía y advertía, pero no dijo nada de su físico, de su aura y yo me lo imaginaba de una forma muy diferente.

Pocas veces te topas con hombres de su tipo. Veo chicos como Vlad frecuentemente en la tele, en las revistas, en pinterest, porque es un joven apuesto.

Pero el espécimen del ruso es raro y más en el peligroso rol que desempeña, ya que eso lo empeora todo.

Domi se mueve y vuelve rápidamente con un abrigo, le da instrucciones a Chip y sale con el Boss que deja a sus hombres custodiando la casa.

—Tienes que irte a dormir temprano, mañana viajaremos.

Asiento reparando la casa. No soy ninguna pobretona, pero estos sitios tienen un aura tan fuerte que te sientes viviendo con iluminatis, ya que se respira poder, peligro y problemas.

—Ven a mi alcoba —me invita Chip y me pregunto por qué no duerme con Domi. En Alaska también dormían en habitaciones separadas.

Me pide que me siente en la alfombra y empieza a realizarme una limpieza facial dejando una mascarilla antes de alcanzar el móvil.

—Mira estos vestidos —muestra—. Tengo una idea y es elaborarte prendas exclusivas que den de qué hablar. Cuando entres a las pistas todos dirán, ¡Oh, de dónde sacó ese vestido!

Los trajes de patinaje que tenía no se comparan con los que me muestra.

—Debes esforzarte, entre mejor te comportes y ganes, más privilegios tendrás —asegura—. Los detalles cuentan; que paguen para entrenar en las mejores pistas con gente del mundo del patinaje, que tengas los mejores fisioterapeutas, masajistas y diseñadores.

—¿Tú también fuiste secuestrado?

—No —sonríe—. Caí en el radar de Domi que me enseñó su mundo y esto es tan adictivo que una vez que entras no sales. Estés en el papel que estés.

Me ofrece la mano para que me ponga en pie luego de quitarme la mascarilla.

—Ve a dormir o amaneceras cansada mañana.

Obedezco dejando que me lleve a la habitación de huéspedes.

Todavía no supero mi presentación y por ello sonrío cada vez que me acuerdo. Miro el techo y el recuerdo de mi presentación es reemplazado con la imagen del ruso en boxer y con un bulto enorme detrás de la prenda.

Cambio de posición. No entiendo qué es lo que me pasa, si no quiero ser su enemiga, pero algo raro surge cada que aparece. Las manos me sudan y mi pecho envía pulsaciones a los lugares equivocados, ¿Miedo?

No es eso, me vuelvo a dar la vuelta.

¿Por qué froté con ansias mi clítoris anoche?

¿Por qué me empapé cuando me hizo preguntas en el parque?

Esas son cosas que no deben pasar y vienen pasando desde hace mucho, porque cuando lo vi por primera vez sentí esa cremosidad en mi entrepierna.

Sin conocerlo, sin saber quién rayos era o qué intenciones tenía. Entró mientras yo estaba desnuda y cuando levanté la vista encontrándome con su imagen se me alivianó la saliva, así como me erice la primera vez que lo vi azotando a Zulima. Pasó sin saber o tener idea de lo que me esperaba.

Dejo la almohada sobre mi cara, siento que mi pochola no está sintonizada con mi cerebro y el que tenga ganas ahora me lo confirma. Me sudan las manos, esto es un juego arriesgado el cual puede salirme caro si no me mido.

Permito que el sueño me venza y apague el cosquilleo que no desaparece desde que me trajeron a Moscú.

—De pie —Domi me quita las sábanas—. Nos están esperando y te necesito bañada, arreglada y dispuesta en doce minutos o no hay desayuno ni almuerzo.

Salgo a voladas lavándome los dientes y tomando una ducha antes de colocarme la ropa que me dejaron en la cama. Procuro que mi moño no se vea desordenado, no quiero que me castiguen ni me quiten nada.

—Saratov llevará a cabo el certamen del hielo con competidores prodigios que son y serán el futuro del patinaje artístico en los dos próximos años —explica Domi mientras la sigo a los vehículos—. Acabé de conseguir un cupo y necesito que entres con el pie derecho.

Me encara.

—Eres una novata que nunca ha pasado de las ligas menores, de hecho, ni de las ligas menores. Has estado en el subsuelo del patinaje, pero ahora es diferente —advierte—. Olvídate de tu presentación estelar y enfócate en que ahora eres una

competidora la cual tiene que sobresalir o sobresalir, ya que si fallas te vas a hundir en la maldita mierda.

Muevo la cabeza dándole la razón. Siendo sincera, los castigos de Domi me atemorizan ya que cada que no logro algo me deja vuelta papilla.

Abordamos una avioneta que nos lleva a la otra ciudad donde me entregan una sudadera con una corona estampada, Chip me recoge el cabello en un moño apretado antes de entregarme los lentes grandes.

—A nadie le vas a decir quién eres. El que se vaya a dirigir a ti tiene que hacerlo con tu seudónimo —indica Domi mientras salimos de la pista—. En los entrenamientos no te vas a quitar los lentes, yo me encargaré de mantener oculta tu identidad moviendo lo que tenga que mover, pero nadie sabrá que detrás del antifaz o los lentes está Emma James.

La ciudad es asombrosa y la dominatrix reserva una habitación de hotel antes de llevarme al centro del certamen.

—Son diez noches, diez concursos y hay una tabla con espacio para setenta participantes. Tienes que conseguir un cupo entre esos —explica

Domi—. Brillar, lucirse y ganar son las únicas cosas que debes tener en la cabeza que aquí hay mucho dinero en juego.

Bajamos de la camioneta que nos mueve y una enorme edificación con fachada tipo coliseo se cierne sobre nosotros. Las puertas automáticas se abren y hay varios jóvenes con sus respectivos equipos a lo largo del vestíbulo donde no se respira el aire de compañerismo que había en las pistas de Phoenix.

Por el contrario, los huesos se me tensan con la forma que se evalúan todos con todos. Su postura corporal los hace ver como si estuvieran a la defensiva.

—Todas las creencias que tenías sobre este deporte quedan en el olvido. A partir de ahora entrarás a un nivel donde todos se codean, empujan y hieren—me explica dominatrix—. Esto es una batalla de hienas, nadie quiere perder porque se han matado desde niños con el único objetivo de triunfar.

Observo el panorama, hay gente de todas las etnias; africanos, asiáticos, americanos. rusos...

— Nadie compite sanamente, nadie es amigo de nadie y han de venderle hasta el alma al diablo con tal de tener feliz al que los patrocina, ya que la fama es algo que muchos quieren, pero muy pocos pueden alcanzar —sigue Domi tomándome del mentón para que mire a una concursante —. Saori Yoshida, sus padres ganaron el olímpico tres veces y antes de parirla ya sabían lo que sería. Hace magia en la pista, es la favorita siendo señalada como la nueva gran estrella del patinaje —me mueve la vista a otro lado—. Ava Clark, patina desde los tres y nunca se baja del primer o segundo lugar en las competencias. Ha estado entre las mejores y es otro prodigio del patinaje, así como lo son Onur Ibrahim, Sophie Clark y Camille Sotelo. Son los competidores más grandes, los cuales prefieren que le amputen los dedos a perder el puesto en el ranking de los diez mejores en el que tú tienes que estar.

Me enfoca.

—La vida no es justa, ellos y el resto del grupo de 10 ya está en los primeros lugares y ni siquiera ha empezado el certamen —explica—. Obviamente nadie querrá caer, pero tú tienes que sacar a uno de esos para que el mundo te mire, porque ellos son y serán los grandes protagonistas de este deporte. Si no estás entre los diez mejores, ponte a vender abono que perderás el tiempo intentando lograr algo.

No sé qué da más miedo, si los concursantes o los entrenadores con la mala cara. Domi deja la mano en mis hombros llevándome con ella. El ambiente está tenso, hay gente sudando y calentando en grupos de diez.

—Hay 230 participantes y solo 70 quedarán en el concurso —me advierte Domi—. Si no pasas las pruebas te vas a quedar afuera y no solo del concurso, dormirás en la calle porque al hotel no te voy a dejar entrar, simplemente te mandaré a los prostíbulos subterráneos.

La promesa me endereza porque sé que es verdad, los castigos de Alaska me lo demostraron.

—Al hielo.

Me apresuro a cumplir las pruebas de velocidad, flexibilidad y equilibrio esforzándome por pasar los niveles y la dominatrix no tenga que tomar represalias.

—¡Grilletes! —exclama Domi— Tienes grilletes en los tobillos que en cualquier momento pueden devolverte.

El recuerdo del teaser contra mi piel me hace moverme a toda velocidad sin importarme a quien paso, solo le huyo al castigo, la reprimenda o lo que sea que me espere. La pista se me hace corta y el juez para el cronómetro anotando mi resultado.

—Acabaste con tres minutos de sobra —indica.

Paso a la siguiente prueba

—¡No se te ocurra caerte! —me grita Domi— Sabes que con la comida no se juega.

Los días sin cena le clavan una idea a mi cerebro y es no, «No falles porque nos pesa», «No falles porque no comemos». Cumplo todo al pie de la letra aunque esté bañada en sudor, aunque no pueda más y me duelan los tobillos, aunque el dolor en la espalda me esté matando. Hago todo porque necesito quedarme.

Un juez asiático evalúa la línea de competidores descartando y entregando puestos y yo me muerdo los labios ansiosa cuando se acerca a mi sitio, me da la mano entregándome una ficha y siento que el alma me vuelve al cuerpo.

—Gracias —indico.

—Muy buena prueba.

«Estoy entre los 70». La primera noche llega y no me deja descansar, ya que debo preparar la coreografía. Termino con los pies metidos en hielo y a la mañana siguiente vuelvo a toparme con el grupo de 70 que me observa cuando entro con mi sudadera limpia.

—¡Anda, anda! —me grita Domi cuando estoy en el hielo— ¡Demuestra quién es la verdadera Reina de esto!

No lo soy, hay muchas mejores que yo, pero Domi se la pasa gritando lo contrario. El grupo selecto de diez deja más que claro que no se dejarán quitar el puesto.

—Tienes que estar entre ese grupo de hijos de perra —repite Domi— ¡Saca a uno!

Sigo pensando que está loca y no ve como lanzan volteretas que rayan a lo irreal. Además tienen coreografías limpias y entrenadores que son ex patinadores olímpicos.

Me ejercito en el gimnasio por cuatro horas seguidas y salto la cuerda por dos con los audífonos puestos. Domi no quiere que me desconcentre con los murmullos de otros.

Anochece otra vez y con ello llega la primera noche de concursos.

—Lorely Dubois, Marko Ferriani y Agna Wagner —me avisa Chip— son tus contrincantes, los que ganen se llevan los puntos que los suben en el tablero. Tienes que entrar al ranking Em, por puntaje o por eliminación, pero hay que entrar.

Se me llena la vejiga con lo nerviosa que estoy. Domi llega con el vestido dorado, el antifaz a juego y los patines del Boss. Antes de irme a la pista me llevan a una habitación aparte.

Es la enfermería, me dejan sola y a los pocos minutos aparece el ruso con dos voyeviki.«Como si no estuviera nerviosa ya», tiene un traje sin corbata, su presencia llena el sitio y está más serio que nunca. Mueve las manos y un verdugo se acerca abriendo el maletín lleno de billetes de alta denominación.

—Todo esto que ves aquí es lo que voy a apostar por ti —saca un fajo para que vea que es real—. Tres contrincantes, tres maletines los cuales se multiplicarán, ¿Cierto?

Es demasiado dinero y nadie debería tomar ese tipo de decisiones con una novata.

—Yo…

—Yo nada, Ved´ma —me acorrala contra la camilla sujetándome la cara —. El negocio de las apuestas sabe que eres mi patinadora, los diamantes que cargas en los pies lo demuestran y ellos también tienen sus concursantes, pero resulta y pasa que lo mejor de lo mejor lo tengo yo y lo demostraré una vez más, ¿Está claro?

No sé quién tiene fiebre, si él o yo.

—Los socios que te vieron también entraron y esperan la victoria.

Asiento para que se aleje y lo hace cerrando el maletín. Los hombres se retiran. «Dios, iluminame» y ayúdame a que nadie me meta un tiro en plena pista.

Llega el momento de salir. Pasan las primeras parejas y no hay coreografía mala, los puntajes definen al ganador. La pantalla muestra mi nombre y el de mi compañera, pero ella pasa primero.

El jurado se muestra satisfecho con lo que hace. Bring Me to life es mi pista y salgo al ruedo haciéndolo lo mejor posible con giros, saltos y maniobras. Secuencias y aterrizajes limpios.

No me siento segura con el último salto y siento que eso daña toda la presentación. Chip me pide desde la tribuna que sonría, pero solo acomodo el antifaz mientras la otra patinadora entra.

Siento que sería lindo darle la mano, pero su actitud me dice que no y por ello actúo igual mientras la cámara nos enfoca a ambas. Los paneles con números aparecen mostrando los puntajes de las dos al mismo tiempo. Mi cara se adueña de la pantalla y aprieto el puño cuando mi puntaje arrasa con el suyo.

El público rompe en aplausos y celebro el mismo triunfo dos veces más a lo largo de la noche. Los asistentes enloquecen con la última presentación donde el nivel de mi contrincante me obliga a soltar el mortal hacia atrás para asegurar la victoria.

«No es muy común en esta presentaciones».

—¿Escuchaste esa ovación? —pregunta Domi enloquecida— Lo amaron, te amaron mi reina…

Sigo temblando, el último era un muy buen competidor y sentí que me iba a sobrepasar. Me colocan el abrigo y Chip, como siempre, guarda los patines y me ayuda con las bailarinas antes de salir.

—Mañana en la noche hay una fiesta “Selecta” de presentación en el hotel Real —avisa Domi en el auto—. Obviamente estás invitada, solo irán veinte concursantes.

Abre un maletín el cual está lleno de dinero y supongo que también apostó.

—Gracias mi Reina —me tira un beso—. Conseguiré algo lindo para ti.

El no dejarme sacar es mi premio, simplemente porque siento que puedo. Ya no me siento como la peor de las James y eso es un arma de doble filo, porque me llena de más ganas de vivir, de brillar. Mis oídos recuerdan los

aplausos que creí que nunca recibiría y recuesto la cabeza en el asiento evocando mi noche.

Empiezo la mañana con un nutritivo desayuno y mis vitaminas antes de someterme a cinco horas de entrenamiento en el gimnasio con Chip. Al mediodía estoy duchada y siendo movida a un centro comercial de lujo donde el sumiso se encuentra con el Boss.

—Necesita cremas, tobilleras, rodilleras y otras cosas más que iré diciendo —le dice Chip al ruso que rueda los ojos pegándose al celular.

Se queda en su auto mientras los voyeviki nos acompañan a las tiendas. El rubio escoge lo que se requiere; articulos de patinaje, labiales, bases y maquillaje de las mejores tiendas.

—Necesitas ropa —indica—. No puedes andar con sudadera siempre, así que usaremos lo que queda del presupuesto.

La ropa es cara, pero hermosa y escojo varias prendas según mi estilo, «ombligueras, faldas cortas y medias de todo tipo».

Estoy mal de ropa interior y me enfoco en eso alzando el cachetero de encaje estirandolo para ver si me queda, pero lo termino bajando de golpe cuando entra el Boss clavando la mirada en lo que hago.

—Creo que ya —lo echo en la canasta.

—Ven a ver esto —Chip me lleva al maniquí—. Este vestido es perfecto para la fiesta de esta noche ¿Te gusta?

¿Gustar? Lo que me está mostrando no es un vestido, es una obra maestra de color blanco corto, con tull y pedrería plateada en el corset. No tiene tirantes y las rodillas me tiemblan de solo imaginar lo bien que se me verán las piernas con él.

El precio me da dolor en el estómago, obviamente vale un pastal porque es de diseñador.

—Necesito la otra ropa —busco la mejor excusa para desencantarme.

—Pero este se lo puedes pedir al Boss…

—¿Qué? —me alejo y se me viene detrás— No le voy a pedir nada, pensé cien mil veces en pedirle un billete que me alcanzara para un cono callejero…

—Em, está precioso —insiste— ¿Por qué no lo intentas?

—No...

—Mídetelo para ver que tal —insiste.

—Chip, me conozco, si me lo pongo me voy a encaprichar y…

—Hazlo y ya.

Me empuja al vestidor pidiendo la prenda. Si, no voy a negar que hacía esto con frecuencia cuando salía con mis amigas, pero este vestido es el tipo de cosas que ignoraba, ya que no me alcanzaba con la mesada.

Entro en él y es... «Precioso» ¡Malditos diseñadores!

Salgo a que chip me lo abotone atrás y me lleva al espejo gigante donde subo; me encanta, me encanta y lo amo.

Me queda super corto, pero es lo que más me atrae. Ensayo peinados como si lo fuera a comprar y el rubio se ríe insistiendo en que me queda hermoso.

—No tengo todo el día —aparece el ruso y se acaba la fiesta cuando me repara de arriba a abajo erizandome la piel.

—A Emma le gusta este vestido, Boss —habla Chip—. Y se lo quiso probar a ver qué tal…

¿Ah, yo? No lo voy a culpar, la verdad es que si me gusta y mucho. Por eso no me mido cosas, porque luego no quiero soltarlas.

—Pero se acabó el presupuesto, así que quítatelo Em —termina el rubio —. El Boss es un hombre ocupado.

Obedezco de mala gana, «¿Para qué me lo medí?». Soy una idiota que ahora está rabiosa sin razón alguna. Caigo en cuenta que de seguro Domi ya escogió algo, pero yo ahora quiero este vestido y siento que con otra cosa no me voy a ver bien.

Chip está pasando las prendas por la caja. El ruso está adentro, sacó a todo el mundo de la tienda dejándola vacía.

Me acerco a la dependienta que está a pocos pasos del mafioso, ella alarga la mano para recibir el vestido, pero mis puños se cierran en él y…

—¿Me lo compras? —me vuelvo hacia el mafioso olvidándome de la dependienta.

—¿Disculpa? —se hace el idiota.

—Es que me gusta mucho —soy sincera quedando frente a él, debo alzar la cara para mirarlo y respiro hondo—. He patinado bien, he hecho las cosas bien y quiero que me lo compres porque he sido una buena chica.

Se queda en silencio y la dependienta nos mira raro, pero no me importa a la hora abrazar la prenda.

—¿Si? —insisto por última vez y me arrepiento de inmediato con la sonrisa sombría que me dedica «¿Pero cómo he de llamarme? ¿Emma Pendeja James?» Es obvio que se me va a…

Me da la espalda saliendo de la tienda y su voyeviki me quita el vestido llevándolo a la caja. Lo celebro con Chip y en la noche estoy más que animada para competir.

Mis patines brillan en la pista de hielo que recorro llena de fervor, la brisa fría me refresca y el ¡Oh! del público sorprendido me da vida.

«Esto es lo mío», lo que amo, lo que adoro y me hace sentir como un espécimen con alas el cual se eleva en el aire y aterriza en un solo pie manteniendo el equilibrio.

Sé que la velocidad es peligrosa, que las piruetas también, pero no me importa, porque si no me han matado los rusos, no me va a matar el patinaje.

—Se viene el triple axel…

Hablan en los altavoces y me impulso dejando los brazos contra mi pecho mientras me alzo y…

—¡Aterrizaje perfecto! —exclaman. El público aplaude y yo sigo con mi coreografía mientras me vanaglorian.

Tres contrincantes, tres triunfos que me mueven en el tablero y me dan el apoyo del público que se pregunta cómo me llamo, de dónde vengo y porqué no había venido antes.

Ya no paso desapercibida entre los concursantes que se callan cuando entro, pero no me importa, bastante que me preocupé por agradarle a mi familia como para desgastarme con gente a la que no le debo nada.

Reparan mis patines y en Chip, que actúa como si fuera un lacayo soltandolos mientras me coloco mi gabán. Espero no darme contra el suelo porque me está gustando esta seguridad que estoy adquiriendo.

—Mi reina, brillaste otra vez —Domi me besa la frente y me lleva donde un estilista que me prepara para la fiesta.

El antifaz combina con mi vestido y me dejaron el cabello suelto, las sandalias son del color del corset y entiendo a qué se refería Domi cuando dijo que era “Selecta”.

Hay varias figuras del patinaje, ex competidores y representantes de varias marcas como también hay ¿Miembros de la mafia? No sé, pero creo que ya puedo reconocerlos así estén vestidos de payasos y lo peor es que son padres de dos concursantes o esposos de entrenadores.

—Aquí no solo está metida la Bratva —explica Domi—. A la delincuencia le encanta competir y este deporte no es la excepción…

Bajo los escalones, la música está suave y los concursantes son presentados ante patrocinadores que los evalúan. Domi me presenta sonriente y recibo besos dobles mientras me adulan mostrando su admiración, en tanto Chip tiene que traducir los idiomas que me cuesta entender.

«Solo hablo inglés, francés y entiendo algo de italiano».

—Yo quiero a esta linda muñequita —un asiático me entrega una copa de champagne que no alcanzo ni a saborear ya que me la quitan.

—Lastima, tiene dueño y soy yo —el ruso aparece de la nada tomándose mi licor.

—Ilenko, dale gusto a este viejo amigo…

—En este mundo no hay amigos, Wang —responde el mafioso y el asiatico se encoge de hombros.

—Buena patinadora, no más que mi nieta, pero si buena patinadora.

El hombre se retira y el Boss es quien recibe las adulaciones. No tiene que usar un traje para verse elegante, ya que solo tiene una camisa blanca y un pantalón de lino entallado que le resalta las piernas gruesas.

Domi me lleva a presentarme al resto de invitados, sin embargo, mi vista se queda en el hombre que es saludado por varias mujeres y eso me molesta, no sé porque, pero me molesta.

Siento que su mirada se compenetra con la mía cuando me observa como si no tuviera el antifaz. Intento tomar una de las copas que me ofrecen, pero esa misma mirada me ordena que no y me termina cabreando.

Lo ignoro tomando un vaso de todas formas, sin embargo, en menos de nada lo tengo al lado quitándome la copa.

—Esto no es para crías —se la bebe—. Pídete un soda….

Domi se ríe largandose con Chip a saludar no sé a quién mientras yo sigo cabreada.

—Soy mayor de edad —lo encaro o eso intento—. Deja de subestimarme creyendo que tengo doce años, que he demostrado lo contrario.

—Yo pienso otra cosa —contesta tomando otra copa.

Intento irme, pero me toma de la muñeca y me safo de inmediato con lo que desencadena.

— ¿Cuál es el miedo? Ya he tocado otras cosas —me dice en el oído antes de retirarse—. Lindo vestido.

Hay una cantante en la tarima y él se empina la bebida mientras ella deleita al público con su voz, pero su música en vez de alegrarme me da

nostalgia.

Él se vuelve a alejar y yo sigo saludando a la prensa que ha venido a conocerme mientras Domi le dice a todo el mundo que soy una reina.

Me besan el dorso de la mano, recibo besos dobles y soy tratada como una criatura hermosa y, pese a que la gente me aturde, sigo sintiendo la mirada del ruso sobre mí, en tanto Domi se mantiene a mi lado.

—Reconozco esa mirada, el Underboss no me agrada, pero reconozco que Vladimir tenía razón en una sola cosa —comenta la dominatrix— y es que Ilenko es peligroso y con él no se tiene punto medio.

Acaricia mi rostro dejando un mechón de cabello tras mi oreja.

—Puede darte todo o dejarte sin nada, es así de sencillo—advierte.

La noche transcurre y Domi es la que interactúa. Ceno y no puedo dejar de ver las mujeres despampanantes que se acercan al mafioso. El juego de las miradas no cesa, miradas insinuantes que me alteran los nervios.

La humedad de mi zona íntima hace que me mueva incomoda, siento que tengo la cara ardiente y ya no sé ni con qué distraerme con las cosas que proyecta mi cerebro. Busco lo malo de todo esto y empiezo a hacerme preguntas que me ponen entre la espada y la pared mientras él me sigue comiendo con los ojos aumentando las ansias.

Mis bragas son un desastre y acomodo el corset cuidando de que mis senos no me delaten. Estoy caliente no tiene caso negarlo y mi cabeza sigue lanzando preguntas...

¿Me gusta?

Mi cerebro arroja una sola respuesta que me hace doler el cuello mientras mis ojos viajan a su sitio y me mira por última vez antes de buscar la salida. Chip está en el baño, Domi atendiendo una llamada y sé que no debería hacer lo que haré, pero…

Me pongo en pie buscando la salida también, siento que las rodillas me tiemblan cuando tomo las escaleras del lobby por donde suben los voyeviki.

Observo la habitación a la que entra él y recuesto la espalda en la pared fría con los ojos llorosos porque no me estoy entendiendo y más que mentirle a otros siento que todo este tiempo me he mentido a mi misma y no está bien por mil y un motivos, pero quiero hacerlo.

Respiro hondo recorriendo el pasillo entapetado, los hombres rusos rondan la puerta desde lejos, saben perfectamente quien soy y no dicen nada cuando coloco la mano en el pomo que cede.

Está de espaldas sirviéndose un trago y se vuelve hacia mí con la camisa desencajada y abierta.

—Firmarás un pacto con el diablo si atraviesas ese umbral —advierte—. Así que como lo dije una vez: Huye, porque si te atrapo no te suelto.

Sacude la cabeza cuando lo cruzo cerrando la puerta con pestillo, las ventanas del balcón están abiertas y por ella se filtra la notas musicales de la fiesta.

Mis ojos se pasean por su cuerpo y dejo caer el antifaz antes de quedar frente a él.

La erección es notoria por encima del pantalón y mis ojos se encuentran con los suyos cuando doy un paso más alzando la mano despacio con la que recorro el pecho marcado que se siente como terciopelo, «Demonios». Me gusta la sensación y aprieto mientras mi boca se va contra el pectoral que muerdo con fuerza antes de chupetear la piel que huele a loción viril.

Chupo más fuerte y se inclina el vaso de licor que se estaba sirviendo antes de aferrarse al cabello que nace en mi nuca echándome la cabeza hacia atrás en una clara orden de que lo suelte.

Su pulgar acaricia mi labio y acto seguido me besa dándome de beber el licor que se acabó de empinar. El líquido baja por mi garganta y creo que esas mínimas gotas, él y su fragancia me embriaga por completo.

Se queda en mis labios con besos diestros, maestros y calientes que envuelven mi lengua con la suya en un ardiente frenesí que pasa a mi garganta cuando se apodera de ella. Siento que ya no tengo labial y deja la mano en mi cabello mientras me hace retroceder a la cama.

—¿Quieres esto? —se pasa la mano por la entrepierna— ¿Qué te folle el Boss?

Asiento y tiemblo con la navaja que aparece de la nada quedando contra mi cuello, palidezco, pero el me sigue sujetando con firmeza antes de bajarla y pasearla por mi cuello, pecho y clavícula. Queda en el escote y ya no hay escote cuando lo corta acabando con el corset con un tajo limpio que no toca mi piel.

No tengo sostén, por ende, mis pequeños pechos quedan expuestos y a merced de su boca cuando me empuja a la cama y cae sobre mí sujetando mis muñecas mientras se lanza a devorarme los senos.

No tengo mucho, pero él los avasalla como si fueran enormes regocijándose con una fuerza tortuosamente placentera y no sé porqué me prende la idea de que el Boss de la mafia rusa me esté chupando las tetas con tanto empeño, con tanto brío.

Me está marcando, maltratando y deleitando con los dientes, pero no me importa porque la caricia de su lengua compensa todo. Su saliva brilla en ellas y las vuelve a estrujar, las palmea y muerde no sé con qué fin.

—Son pequeñas —digo mientras las lame.

—Como tú —sube a mi boca sin soltarme las muñecas y siento que explora cada recoveco de mi boca con el beso húmedo que solo hace que me mueva bajo su cuerpo mientras soba el miembro enfundado en los vaqueros contra mis pantis.

Se siente duro, grande y grueso.

—¿Te gustan las caricias bonitas? — pregunta con un tono que empapa.

Susurra en mi oído y asiento de forma automática ganándome besos húmedos en el cuello, pecho y abdomen.

—Mira esta —llega a mi sexo soltándome las manos y corre mis bragas abriendo los pliegues donde deja caer la saliva antes de empezar a lametear acelerándome el ritmo. «Dios».

La boca maniobrando allá abajo como si fuera el más exquisito manjar. Me apoyo en los codos y él alcanza mis pechos mientras las notas musicales que vienen de afuera disfrazan mis jadeos con el oral que pone a vibrar todo mi sexo.

♪♪ In a land of gods and monsters I was an angel Living in the garden of evil ♪♪

—Está dulce —lame más y me hubiese gustado que apagara las luces para no tener que ver como se come mi sexo.

Tengo ganas de llorar, pero a la vez quiero chillar con las sensaciones que desencadena el que chupe los pliegues rosados tragándose toda mi excitación y me da pena, pero a la vez quiero más de la boca que me está llevando al cielo o al infierno, no sé. Solo siento la fuerza de sus manos sobre mis pechos cuando se pierde y yo entierro los codos en la cama con los temblores del orgasmo que me roba la energía.

Vuelve a mi boca y siento el sabor salado de mi sexo cuando me unta de este y me gusta tanto que limpio el resto que quedó en el borde de sus labios mientras se saca la camisa y el pantalón.

Todo en él es tan grande que presiento que va a acabar conmigo con esa aura imponente y el cuerpo fuerte que me hace sentir como una nenita, la cual necesita que la besen mucho.

—Soy muy pequeña para ti —digo—. Me vas a partir.

—¿Pequeña? —la palabra se oye sexy en su boca— ¿Te sientes así con esto?

El grueso capullo de su miembro roza mis pliegues y muevo la cabeza en señal de asentimiento dejando las manos en los hombros entallados. Creo que está más que caliente ya que empuja con una fuerza bruta la cual me abre por completo, «Me va a romper».

El saco de sus pelotas queda contra mis glúteos y mis pliegues lo recubren mientras el miembro grande se resbala dentro y fuera cubierto con mi crema femenina. Las malditas luces juegan en mi contra ya que ver algo

tan grande y grueso entrando y saliendo de mi interior hace que me moje más.

Me está empalando con su miembro y lo hace con una fuerza descomunal que merma las caricias tornándose brusco al punto de que me maltrata las muñecas con el agarre que ejerce.

—Duele —miento ansiosa por sus caricias —. Duele.

—¿Si? —roza el mentón en mi mejilla y me contoneo en busca de más caricias así. Mis brazos rodean su cuello— ¿Duele?

Asiento y no me niega el acceso a su boca. Mordisquea mi barbilla, mi cuello y mis hombros sin dejar de moverse, sin dejar de soltar empellones duros y voraces.

La música sigue sonando afuera y el olor a loción mezclado con sudor se toma la alcoba.

—Ved´ma —susurra apretando mi cuello con una sola mano y siento que está conteniendo las ganas de matarme y por ello me vuelve a besar mientras aprieta la sábana que tiene abajo—, no tienes idea de lo que acabas de hacer.

Si, sé lo que hice y no me molesta porque me gusta y quería hacerlo. Mis piernas lo envuelve incitándolo a que no pare en tanto el sonido encharcado se compenetra con los jadeos de ambos cuando me sigue empalando, embistiendo, soltando palabras en su idioma que no entiendo, pero me prenden.

Mis uñas se entierran en su espalda y me da más duro soltanto el derrame que me llena y se desliza por la ranura de mis glúteos.

No se queda, se levanta desnudo dándome la espalda y yo me muevo a la orilla de la cama acomodando la tanga con la que me folló. Está llena de él y eso vuelve a encenderme y a hacer que frote por encima queriendo más. Se pasa las manos por el cabello antes de voltearse perdiéndose en lo que hago.

—Dejaste mucho —las palabras se escapan de mi boca y su erección crece mientras se acerca nuevamente atrapandolo en su mano.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No sé, pero fóllame otra vez —se inclina a llevarme contra la cama y mis piernas se preparan para recibirlo.

CAPITULO 33 — HELADA CONTIENDA

Emma.

Las sábanas suaves tocan mi piel y mis ojos intentan adaptarse a la luz matutina. Los recuerdos llegan y aprieto los párpados al recordar lo que hice en las últimas horas y es gemir, jadear, correrme y dejarme follar duro por el ruso.

Me ha tomado como una muñeca derramándose las veces que ha querido y yo me he vuelto un río gimoteando como ramera y ahora me pregunto cómo se actúa después de eso. Cómo se procede después de verlo de semejante manera, desnudo, caliente y deseoso susurrando en ruso mientras me penetra.

Me tapo la cara con la sábana…Dije cosas estando caliente y ahora que las evoco me dan ganas de arrancarme el rostro de la pena que tengo.

«¡Yes, daddy!» «Me gusta, si me gusta»

¡Por Dios Emma! No quiero recordar eso, ¡Que vergüenza! Solo quiero devolver el casette y actuar como una persona normal, la cual no hizo el ridículo de forma monumental.

Ya habíamos estado juntos, pero en circunstancias diferentes donde se hacía rápido y cada quien se largaba a odiarse sin repetir, pero me he quedado en su cama «En si, creo que desfallecí»

Se mueve a mi espalda y me hago la prueba del mal aliento, «Todo está bien», pero el que no me apeste la boca no quita la pena que tengo, ¡¿Cómo desaparezco?!

«Recuerda lo que es y así olvidas todo» sugiere mi cerebro y eso hago.

Es un mafioso super hiper mega peligroso, es el papá de Vlad, tiene 36 y…

—Buenos días, ved´ma —su voz me encoge con el tono rasgado el cual deja claro que se acaba de despertar.

Quiero que la sábana me absorba, no tenía porqué decir esas cosas sexosas, sin embargo, no puedo hacer el ridículo actuando como una descerebrada. «Tengo 18», soy una mujer seria y madura.

Volteo despacio y… La piel se me eriza con el hombre que yace a centímetros con el torso descubierto. Mantiene las piernas desnudas y la sábana sólo cubre las partes íntimas. Sostiene el móvil en la mano revisando no sé qué, pero está concentrado.

—Buenos días —contesto clavando la vista en lo que esconde la tela. Ha de ser importante lo del teléfono porque mueve los dedos rápidamente en el teclado mientras a mí se me quitan las ganas de levantarme.

—Dame un minuto —dice y dejo caer la cabeza en la almohada sin dejar de observarlo.

«Es puro músculo». Músculos del tamaño perfecto en el lugar correcto. Algo me pica abajo mojandome en el acto. Soy un bebé a su lado y, por muy grande que sea la cama, la diferencia es bastante notoria.

La erección sobresale entre la muselina, el tronco duro y el capullo grueso que ha entrado no sé cuántas veces dentro de mí. La vergüenza me atropella de nuevo, pero mi mano inquieta se mueve a su muslo mientras las mejillas me arden.

Está demasiado distraído para notarlo y subo despacio dejándola en la erección. No tengo que moverla, tampoco tengo que verla en vivo y en directo para prenderme, ya que la mera dureza complementada con grandeza hace que me derrita.

Tengo que quitar la mano, pero no quiero. He de tener la cara como un tomate y por ello la escondo en la almohada.

—¿Quieres que te alimente? —pregunta dejando la mano sobre la mía— ¿Chuparla y lamerla como lamias ese helado en Moscú?

Mi subconsciente vocifera la respuesta cuando se voltea de medio lado tocándome la mejilla.

—¿Quieres, Ved´ma?

—Si —me saboreo los labios y deja el móvil de lado mientras yo tapo mi desnudez antes de ponerme en posición. Me la muestra y envuelvo mis dedos en ella llevándola a mi boca.

Entra en contacto con mi paladar y, como siempre, el tamaño hace que varios hilos de saliva se escapen de mi boca en tanto se la chupo. Mantengo las manos en sus muslos subiendo y bajando, haciendo lo mejor que puedo, dándole besos pequeños en el tronco antes de volver a la cabeza que desata contracciones en mi garganta.

—Que golosa —se queja acariciándome la cabeza— ¿Cómo esa pequeña boca maneja algo tan grande?

La saco pasando la lengua por el glande.

—No sé —me vuelvo a saborear buscando sus ojos— ¿Lo hago mal?

No puedo describir la mirada que me dedica antes de arrancarme la sábana que sujeto; en menos de nada quedo de espaldas a él y abierta de piernas sobre su cintura. La desnudez que quería tapar queda expuesta cuando me sujeta las muñecas atrás con una sola mano.

—¿Sabes qué está realmente mal? —acomoda la cabeza de su miembro en mi entrada— Follarme a una cría de 18, eso sí está mal…

Me empuja hacia adelante dejando caer la mano en mis glúteos con cuatro nalgadas sonoras.

—Que me guste este pequeño culo —arremete con más fuerza a la vez que goteo sobre él—. Eso también está mal…

Me hace saltar con las palmadas siguientes y…

—Querer partirte en dos a punta de embestidas —vuelve a nalguear—. Eso también está mal.

Me ensarta en su verga y ronroneo mientras me expando. No puedo mover las manos, pero si la pelvis y por ello me contoneo mientras me magrea el culo como se le antoja.

La luz matutina me permite ver mi vagina abierta y mis pechos pequeños con los pezones como piedras. Su miembro es un roble y no paro de dar

saltos sobre él ansiosa por correrme.

—Follarme al Boss de la mafia rusa —gimoteo—. Eso también está mal…

—Pero te gusta y eso te hace una niña mala —me aprieta con fuerza—. Mi niña mala, la cual le gusta brincar sobre mi verga, ¿Cierto? Sobre la verga de este mafioso de mierda.

—Si —mi cuerpo se mueve solo subiendo y bajando. Sé que lo estoy empapando y dicha afirmación queda confirmada con la cremosidad que cae sobre sus testículos.

«Qué desastre». Un delicioso desastre el cual causa temblores en mi interior al estar tan empalada. Quiero más y más, por ello me suelto yéndome hacia adelante mientras él separa las piernas y yo me aferro a las sábanas moviendo el trasero como cuando me alocaba en las discotecas. Solo que ahora es muy diferente, ya que estoy siendo embestida por un hombre supremamente malo.

Se inclina a abrirme los glúteos y es cuando más me afano por terminar, ya que me niego a que vea esas partes con detalle. Suficiente tengo con el sonido encharcado de mi vagina que se calienta antes de soltar los fluidos previos al orgasmo que me deja la cara contra el colchón y él me mueve un par de veces más desbordándose en mi interior.

—Necesitas un baño —pasa la mano por la línea de mi trasero—. Hay mucho de mí en ese pequeño sexo.

Asiento saliendo de la cama. No lo miro, solo entro rápido al baño plantandome frente al espejo, parece que hubiese corrido una maratón de lo roja que estoy. Esto está demasiado crazy y siento que puede ponerse peor.

Por suerte hay cepillos de dientes empaquetados y abro uno lavándome los dientes. Me agacho a escupir y para cuando quiero levantarme lo tengo atrás alcanzando la crema dental.

Siento que sabe que me intimida porque se me queda pegado a la espalda y yo no soy capaz de terminar y entrar a la ducha, por lo tanto, dejo las piernas quietas mientras él se lava la boca junto conmigo.

Acaba y aseo el cepillo con su torso cerca, mi cerebro pide repetir otra vez, pero no le hago caso ya que lo he hecho muchas veces en las últimas horas y, como ya dije, soy una mujer seria y madura. Me aparta el cabello de los hombros frotando la mano libre sobre mi monte de venus.

—La próxima vez me encargo yo —habla en mi oído y entiendo a lo que se refiere—¿Te gusta así o la prefieres de otra manera?

El nerviosismo me atasca las palabras, ¿Qué clase de preguntas son esas?

—Me siento más cómoda así, algunos juzgan el vello con los bikinis —explico—. Pero eso es algo normal, aunque a ti no te guste.

Me voltea dejándome contra el lavamanos.

—No he dicho que no me gusta —se apoya en el mármol dejándome entre sus brazos—. He estado con mujeres que la llevan así y no tengo nada contra eso.

Ruedo los ojos apartando la cara, no me interesa a quién se cogió y cómo la tenían.

—Pero la tuya me gusta así, sin nada, porque se enrojece cada que la penetro y el vello me privaria de deleitarme con eso —la acaricia por encima abriendo los labios —. Me tienta, toda pequeña y rosada tragándose mi enorme capullo.

Mueve los dedos estimulándome diestramente y lo hace tan bien que en menos de nada ya estoy con la cabeza atrás corriéndome y no por la masturbación, sino por lo que me dijo. Busco su boca en busca de un beso, pero aparta la cara dejando que se lo dé en la mejilla.

—A la ducha —pide y entra conmigo abriendo la regadera. Se mantiene a mi espalda llenándome de shampoo, aseando la zona donde acaba de estar y dejo que sus manos grandes recorran mi cuerpo ocupándose de mí como si fuera una pequeña.

Sin embargo, pese a que me esté tocando quiero otra cosa y es su boca, pero no me la da ni cuando me volteo quedando contra su pecho, simplemente me baña y ya.

No hay abrazos ni caricias de pareja; solo es un mafioso de casi dos metros bañando a la patinadora que tiene secuestrada.

—Sal —indica quedándose él y estiro la mano alcanzando la toalla con el genio descompuesto.

Hay una mucama en la alcoba levantando el vestido y caigo en cuenta que no tengo con qué irme, ya que el hotel donde me hospedo con Domi está a dos calles.

—¿Tiene hilo y aguja el cual pueda facilitarme, por favor? —le pregunto a la mujer que asiente saliendo y volviendo en menos de nada.

—Aquí tiene.

Coso la prenda mientras él sale y la empleada se va. Mis bragas no son higiénicamente usables, así que las echo a la basura antes de colocarme el traje remendado.

El ambiente está tenso y él termina vestido con el look de hombre de negocios serio, el cual le hace alusión al cargo que tiene. No hay preguntas raras, ni charlas sobre nada, sólo silencio absoluto como los enemigos que somos.

—Señor —avisa uno de los voyeviki—, han venido por la esclava.

—Mi nombre es Emma —alego—. No esclava.

Le dan paso a Chip y el Boss se pone más serio todavía mientras el rubio de cabello rizado me mira preocupado. Quiero decirle que estoy bien, pero el ruso demuestra todo lo contrario tomándome el brazo con fuerza.

—Informe cada cuatro horas —le pide a Chip—. Entrenamiento arduo, sin pausas que necesito multiplicar las ganancias en tiempo récord. Debe ocupar uno de los primeros lugares de la tabla, ya que es mi patinadora y, por ende, tiene que ser la mejor o le meteré los pies en la trituradora para que deje de perder el tiempo.

Reparo el agarre mientras me entrega y la actitud me da a entender que no piensa perder el rol de “Odio a las James”. Me bañó para que no oliera a él, «Imbécil».

—Mi ama cree que por el momento lo mejor es que la esclava sólo sea sometida bajo su método de disciplina —indica Chip detallando los moretones que tengo en las muñecas—, ya que otro tipo de tortura, sea psicológica o física, la desgastaria para las competencias y puede bajarle el nivel...

Calla cuando el mafioso lo aniquila con los ojos antes de mirar al voyeviki que clava el cañón del arma en el cráneo del rubio que pierde color en menos de nada. Quita el seguro e intento empujarlo, pero el ruso me aparta rabioso.

—¿Quién te crees para darle sugerencias al Boss? —inquiere el verdugo.

Chip calla y no dejo de mirar el dedo del voyeviki con miedo a que le disparen.

—A mi no me importa lo que diga Domi —amenaza el ruso—. Es una esclava la cual soportará lo que yo quiera que soporte.

Se impone y Chip asiente automáticamente.

—Lo que el Boss diga —contesta—. Disculpe usted el comentario, solo soy un mensajero de mi ama.

—Fuera —nos da la espalda y me pierdo de inmediato con el sumiso que me sujeta bajando las escaleras rápidamente.

Chip no esconde el miedo huyendo lo más rápido que puede mientras me pregunta si me hicieron mucho daño.

—Lo usual —contesto recordando lo que le pasa a las mujeres que dañan la reputación del líder—. Ya sabes como son…

—Domi está en el centro de entrenamiento —explica—. Debo llevarte allá, está muy enojada.

No hago preguntas, simplemente me cambio cuando estamos en el hotel queriendo centrarme en el patinaje y pasando por alto las divagaciones tontas de mi cerebro.

Chip me afana y bajo a abordar la camioneta que nos trasladan mientras no dejo de evocar lo de esta mañana. Creo que voy a empezar a perder una

de las pocas cosas que me quedan y es la cordura.

Miro el panorama que me muestra la ventana y me termino acordando del Underboss, de lo que hay detrás de toda esta mafia de porquería.

—¿Conociste a Sonya Lazareva? —le pregunto a Chip.

—No, pero es muy famosa en nuestro entorno —contesta despacio—. La Bratva la idolatraba… La idolatra todavía.

Cambio la imagen del Underboss por la del Boss, ¿Él también la idolatra?

—Vlad la menciona en ocasiones —comento—. En especial cuando se droga.

Saca un tubo de crema el cual esparce en los moretones.

—Sonya era una de las mejores asesinas y una madre ejemplar —comenta—. Cuidaba muy bien a sus hijos y a su marido, siempre peleando a su lado. Dicen que era grandiosa matando como un hombre más.

—¿Cómo murió?

Se percata de que el conductor no esté escuchando.

—La mató el Underboss accidentalmente. Lo raptaron cuando era un niño y su madre quiso ir por él —susurra—. El Boss era Akin Romanov en ese tiempo y la disputa fue con unos mercenarios muy peligrosos. Sonya se volvió loca por su hijo e intentó rescatarlo, pero murió en el intento y por eso Maxi lo odia.

Entiendo el dolor de Vladimir cada que la recuerda.

—Fue una pérdida grande sobre todo para Ilenko, ya que la amaba. Desde los dieciséis años fue la única persona que presentó a la Bratva como su compañera —continúa—. Todo el mundo le tenía respeto, todo el mundo la quería, en especial Maxi y el Underboss.

Sigo mirando a la ventana.

—Entonces el mafioso de mierda sí sabe querer y estaba enamorado.

—Diría que bastante, porque desde que murió no se volvió a comprometer. Compartían el mismo mundo del sadomasoquismo y estaban

juntos todo el tiempo como una pareja, la cual da la vida uno por el otro.

La foto que vi no desmiente lo que él dice; el ruso la tenía abrazada y ella era una mujer muy hermosa.

—Las mujeres de la Bratva son muy admiradas en este mundo—comento —. Vladimir lo repite todo el tiempo.

—Son despiadadas, sangrientas, asesinas, peleadoras y estrategas —explica—. Eso se lleva en la sangre. Por eso los apellidos y el legado es tan importante aquí, ya que son una sociedad cerrada donde lidera el que nace y viene de un apellido de la Bratva, el que lleva la sangre de los pilares de la organización. Los de afuera solo son un accesorio como los sumisos, las putas y los sirvientes.

—Pero yo no iba por mal camino….

—Em, tú eres una estrella, una artista —refuta—. No siento que hayas nacido para matar. Tú naciste para brillar.

«Si sobrevivo». Bajo de la camioneta cuando se detiene, lo único seguro aquí son mis ganas de vivir. Hoy es el tercer día de competición y varios participantes me reparan mientras avanzo.

—Estás en el puesto 44 con sólo dos días —indica Chip.

—¿En serio? —me emociona, pero el rubio me apaga las ganas.

—Eso no es suficiente para Domi y el Boss, están muy enojados por eso.

La postura de mi entrenadora a lo lejos me lo demuestra, ya que me espera con las manos en la cintura dándome a entender lo que se avecina. Sabe enterrar las uñas en los sitios más dolorosos y aprieto los dientes cuando lo hace en mi antebrazo.

—Eres masoquista —me regaña— ¡Hemos perdido tres horas de entrenamiento valioso y qué asco tu posición!

No me deja desayunar como castigo y no hace más que gritarme en la pista chocando la mano contra la baranda mientras me obliga a volar sobre los patines.

—¡Muévete, muévete! —insiste— Suelta los brazos y deja de verte como una fracasada.

La última palabra me frena cuando trae el recuerdo de Luciana y esa horrible sensación de soledad.

—¡Patina! —vuelve a gritar Domi— ¡Estás aquí para eso, maldita sea!

Termino cargada de rabia sentimental, la cual hace que aparte las lágrimas siguiendo las instrucciones. La presión de la dominatrix no cesa ni cuando me como un emparedado de pie, ya que es lo único que me permite.

—Si no me das mi puesto entre los diez haré que te asignen el peor de los burdeles —sigue— ¡Porque no te estás esforzando!

—He ganado dos noches…

Me arrebata el emparedado que no estaba ni por la mitad.

—Pero tu posición no me sirve y las cosas a medias conmigo no van así me estés llenando los bolsillos —me regaña—. Esto es algo de honor, de prestigio y aquí estamos para alardear ya que le prometí algo a la Bratva, ¿Crees que el puesto 44 es algo para alardear?

Miro el emparedado con hambre y lo echa a la basura.

—¡No, no lo es! —me empuja— ¡Así que avanza rápido o te vuelvo polvo!

Obedezco y le suma más peso a la cosa como si lo anterior no fuera suficiente.

—No hay comida hasta que no vea resultados.

No hay descanso, estoy adolorida y no hay receso. Soy una máquina la cual debe dar números. Salto la cuerda por dos horas seguidas y hago otras dos de gimnasia y el resultado no es más que un recordatorio de la noche anterior, ya que tengo punzadas pélvicas cada que me agacho.

Domi está insoportable. Después de las tres practico la coreografía con Chip y todo con la dominatrix encima lanzando amenazas que cumple con el más mínimo error.

—Quiero mi puesto en el ranking —advierte—. Esa posición de porquería que tienes no me interesa ni a mí, ni a la mafiya.

Advierte antes de irse y me muevo a los cuartos de cambio donde me espera un voyeviki con una píldora.

—Tragatela —demanda y noto que es el anticonceptivo del día después.

Se larga y reviso la lista de competidores, de los diez primeros puestos no se ha movido a ninguno. Me doy ánimo a mi misma concentrándome en que tengo que subir el puntaje o me van a mandar a la mierda.

Me arreglo, hay gente murmurando cosas, pero como ya dije no me importa, yo solo tengo que enfocarme en lo mío. Chip me informa sobre mis contrincantes y, como todos los días, me juego todo por el todo con una sola cosa en la cabeza y es: Tienes que hacerlo perfecto.

Capto que los aplausos han sido de ayuda y por ello le agradezco al público cuando entro a la pista, ya que sus ovaciones son impulsos.

Observo mis patines, no soy materialista, pero ¿Quién carajos tiene patines con diamantes? «Solo yo» y eso me aporta seguridad, porque no me siento como el resto de los competidores.

Cumplo con la rutina de todas las noches librando las cuatro peores horas de mi día y

es esperar el resultado. Cada enfrentamiento me debilita y siempre aprieto el puño cada que gano.

—Aplaudamos a nuestros diez primeros competidores que se han mantenido invictos en tres noches de concurso —uno de los organizadores se toma el cuarto de cambio cuando acaban los enfrentamientos— ¡Muy bien patinadores!

Todos aplaudimos y ellos se juntan, siempre se hablan solo entre ellos.

—Otros dos patinadores invictos son Elke Harrington y… —revisa la tabla antes de decir mi seudónimo y todos vuelven a aplaudir— ¡Excelente trabajo!

Dictan las posiciones y hago fuerza mientras llega mi nombre.

—Puesto 23 —me informan y el pecho me salta emocionada.

—En verdad muchas gracias —manifiesto y Domi me toma de los hombros sin ningún atisbo de celebración— ¿Oíste?

—¿El puesto 23 te adentra en el ranking?

Pregunta en mi oído y sacudo la cabeza.

—Entonces, ¿Qué es lo que celebras? —dice despacio— No hay cena, solo una barra nutritiva para que rindas mañana.

—Pero…

—¡No hay cena dije! —recalca— Y entrenaremos toda la noche después de la reunión.

«Menuda locura la de esta gente». Siento que me voy a quedar sorda con tantos gritos, con tanta presión. El cuerpo me duele con la práctica agresiva de la dominatrix, me ha enterrado un miedo innato a perder y nada de lo que hago está bien.

Todo el cuerpo me duele y quiero irme a Moscú con Koldum. Solo me dejan dormir tres horas en una de las banquetas del centro. Los recuerdos de anoche se siguen reproduciendo en mi cabeza mientras hago gimnasia y temo a que la humedad se me note en la lycra.

Bien, si, me gusta, pero no es para tanto, aprieto las piernas. Por otro lado, Domi me tiene hastiada, en verdad que si, y ya no soporto el dolor en las extremidades.

—Que el dolor te inspire —dice Domi hastiandome más.

Llega mi turno de ensayar en la pista, así que amarro los patines de práctica, hay otros once concursantes y tomo velocidad con los ejercicios de rutina. Me concentro en la vuelta que repito siete veces más hasta que….

Choco con el cuerpo no sé de quién, pero me manda al piso en una violenta caída que deja su patín sobre mi abdomen cuando me voy contra las barandas. Me saca el aire de inmediato y la muy perra me patea con fuerza.

—¡¿Qué te pasa tarada?! —me grita poniéndose de pie y me levanto de inmediato—¿Los lentes no te dejan ver?

—¡Estaba en mi área! —doy un paso adelante. Ella fue la que me chocó.

Me vuelve a empujar, hago lo mismo y Chip interviene al igual que su entrenador.

—Me lastimó la pantorrilla —se queja.

—¡Si claro, ridícula!

—Fuera de la pista —me indica el coordinador de momento—. Cálmate, concéntrate y vuelve en dos horas.

Intento alegar, pero Chip me saca mientras volteo a ver a la castaña que se va con su grupo. No sé adónde se fue Domi, pero cuando vuelva de seguro tomará represalias contra mí.

—Ava Clark, la que chocaste, es una de las favoritas al igual que sus amigos Saori, Onur y Camille —explica Chip—. No es la primera vez que vienen, tienen la credibilidad del equipo. Aparte de que sus familias son muy adineradas.

—No la atropellé, ella me atropelló...

—Si, pero pelearte con la organización hará que te descalifiquen.

El grupito de amigos se reúne para hablar mientras me miran y me da más rabia. Los demás competidores hablan de lo bueno que son, y si lo son, pero esa actitud choca.

Llega la hora del almuerzo y Chip se acerca a las máquinas por una barra nutritiva, sin embargo, somos abordados por varios hombres de la Bratva, que como la última vez, me llevan a la enfermería donde el ruso espera acompañado de una mujer con maletín.

Algo me late en el pecho y en la entrepierna, tiene mucha variedad de camisas que le lucen y se le ajustan y ahora tiene una gris. Un simple movimiento con los dedos nos deja a solas con la mujer.

Se mantiene serio y yo molesta, ¿Por qué? Ni idea, misterios de la vida. Me cosquillean los labios de las dos partes y quiero hacerle entender a mi cerebro que el me guste besar no quiere decir que pueda ansiar los besos del hombre que tengo al frente, el cual actúa como si no fuera nadie.

—Siéntate —indica con dureza enojandome más.

La mujer que lo acompaña empieza a hacerme varias preguntas sobre mi ciclo menstrual que respondo mostrando el enojo.

—Deja de hacer caras y responde bien —me regaña el Boss.

Me manda a hacer una prueba de orina y se va dejándome a solas con el ruso que se pone al teléfono dándome la espalda. «Quiero que deje de hacer eso».

—Agilicen esta tontería que tengo cosas que hacer —le indica a los voyeviviki cuando cuelga.

La doctora vuelve y el mafioso se acerca a la camilla con cara de asesino.

—Estas píldoras anticonceptivas tienen un muy buen control de la natalidad —indica la doctora—. Son para tomar todos los días preferiblemente a la misma hora. No falles que ningún cliente te va a comprar aunque te embaraces, y de estarlo tienes que abortar, ya que para nosotros primero están los socios.

¿De qué está hablando? ¿Cree que soy una puta nocturna? ¿Ese imbécil está diciendo eso?

—¿Si la estás oyendo? —el ruso le quita las pastillas— Todos los días a la misma hora. Aquí, esto es un tema serio ahora que me estás produciendo.

No me gusta su tono.

—Ya lo oí y no tengo problemas de entendimiento —le arrebato el sobre mirándolo a los ojos, pero mantiene la misma postura inquebrantable mientras que a mí su loción me recuerda otras cosas, «quiero que me apapachen».

La mujer termina de explicar lo que falta antes de recoger las cosas para irse.

—¿Puedo hacer una consulta antes de que se marche? —pregunto metiéndome las manos entre las piernas — Sin que me quiten la vida, la dignidad o lo que me quede.

—¿Qué es?

—Choqué, me pegaron en el abdomen y me está doliendo —muestro—. Pero antes de eso, cada que iba a hacer flexiones sentía una punzada aquí.

Señalo y el mafioso se rasca la ceja moviéndose incómodo.

—Parece que me hubiesen golpeado muchas veces con algo muy grande y duro adentro —vuelvo a quejarme—. Aquí me maltratan demasiado.

Me hago la mártir y la mujer me revisa haciendo presión.

—Deja de hacer caras —ignoro el ruso cuando se enoja más.

—¿Has hecho alguna mala fuerza?

—Defina mala fuerza, de qué tipo y en qué condiciones…

—Yo la veo bien, puede competir perfectamente —el mafioso aparta a la doctora terminándome de levantar la sudadera, deja las manos ambos lados de mi cintura revisando y algo se aloja en la boca de mi estómago con su cercanía.

—Puedo competir, tranquilo —dejo las manos sobre las suyas y siento que mi tensión baja, ya que tocarlo era lo que quería—. Siento que con un analgésico es suficiente para rendir…

—Dáselo, no quiero pretextos que me hagan perder dinero —se aleja y sigo sintiendo su toque, «Quiero que me folle» —. Hoy apostaré el doble, así que ya sabes como son las reglas.

La doctora me mira mal cuando lo arremedo al voltearse, se larga y la mujer clava la mano en mi muñeca ejerciendo una presión que duele.

—Es el Boss, niñita idiota —advierte.

—Para mí es el hombre que me tiene secuestrada y déjame, que sin la muñeca no puedo competir —me le suelto saltando de la camilla—. Tengo una deuda aquí.

Los voyeviki vienen por mí entregándome el analgésico y vuelvo a lo mío ¿Qué loción usa ese criminal que me dejó los dedos impregnados? Domi no aparece en el resto de la tarde y por ello practico sólo coreografía.

La noche llega y me adentro con mis cosas en la sala de cambio, pero me atropellan con el hombro con una brusquedad que no deja duda de que fue intencional.

—Otra vez la ciega —reniega Ava Clark y avanzo a mi puesto, ya que está con su grupo de ex estrellas Olímpicas.

—No le voy a decir a Domi lo de la pista —me indica Chip.

—Hoy hay prensa deportiva —llega la dominatrix—. Expertos en la materia que luego harán un análisis sobre las performances en los noticiarios.

Explica mientras me peinan y no dejo de mirar los gestos de la patinadora canadiense a la cual le trajeron un maquillador que he visto en la tele. No es esbelta; es castaña, de nariz pequeña y facciones alargadas.

—Esta gente influencia mucho a los jueces, ya que estos ven ese tipo de programas, así que perder no es una opción porque de los perdedores no hablan —sigue Domi—. Los perdedores se hunden, aparte de que hoy es la cuarta la noche y cada socio trajo cuatro maletines, ¿Estamos claros?

—Si.

—Los prostíbulos van a esperarte con fiesta si me fallas, mi reina —voltea la silla—. Perfección o sangre, perfección o bailes de tubo —me encara—. Mira bien dónde te posicionas porque si hoy no llegas como mínimo al puesto quince te voy a dar una patada en el culo y me conseguiré otra estrella.

Se va y el grupito del ranking se junta a darse ánimos chocando las palmas mientras los otros los miran como si quisieran estar ahí.

—Chip, me traes mis patines con diamantes por favor —pido y varios voltean a mirarme cuando los saca y me los ayuda a colocar.

Toco el relieve lleno de piedras. Son tan hermosos que hasta he pensando en cómo llevármelos si algún día salgo de aquí.

—¿En verdad son diamantes? —indaga una de las competidoras que se viste— Los comentarios de pasillo dicen que son piedras.

—Jamás —se burla Chip.

Varios más se acercan a observar y me llevo unos minutos de atención antes de la competencia. Tengo el puesto 23 y competiré con el 52, el 35 y el 12 de la tabla.

—Pon atención a esto que ya me informé —pide Chip—. Si le ganas a los tres contrincantes te quedarías con el lugar del 12 que lo tiene Elke Harrington, la otra invicta.

El hambre no ayuda a mis nervios y muevo las piernas queriendo liberar la tensión, «Puedo hacerlo». Tengo que hacerlo.

El estrés se siente en el entorno, las caras preocupada y los regaños al final de cada presentación. Bruno Mars y Rihana acompañan mis primeras pistas y dejo la mejor para el final.

Elke lo hace muy bien y estoy a nada de comerme las uñas con el hambre que tengo, Domi está más estricta que nunca pidiendo que mire lo que hace y solo asiento.

¡Me va a volver loca! Lanza la última advertencia antes de irse a la tribuna reservada dejándome con Chip.

Pum it es mi pista y entro segura con un vestido negro de hilos dorados de manga corta desatando los aplausos del público que ha enloquecido con mis dos últimas presentaciones.

El antifaz combina y estoy preparada para las piruetas irreverentes, ya que necesito ese maldito puesto.

Inicio con un paso cruzado danzando sobre el hielo mientras suelto los pasos obligatorios. Chip me ha vuelto una buena bailarina en este arte y me lo gozo sin dejar de dar vueltas mientras me ovacionan. Interpreto la

maldita canción con movimientos fluidos que se conectan con piruetas y saltos en la secuencia.

Enloquecen cuando doy dos volteretas con las manos aprovechando la secuencia para subir con un Toe Walley cuidando que los giros no me quiten el equilibrio. Los aterrizajes son perfectamente limpios y las rotaciones en el aire despliegan virtuosidad.

Siento que soy una motociclista que va a toda velocidad cuando le doy tres vueltas a la pista soltando los últimos pasos que enloquecen a todo el mundo y si, lo disfruto cuidando de que la emoción no me quite precisión.

Me impulso al centro de la pista deslizándome en una pierna mientras levanto la otra e inicio los giros que se complementan con las notas musicales y me dejan en una pose artística de brazo levantados la cual se rompe cuando el público estalla en aplausos.

Hago un repaso de todo y no hallo fallas, de hecho, me siguen aplaudiendo y agradezco otra vez. Como de costumbre, mi compañera entra, tengo la frente llena de sudor y trato de respirar por la boca.

Me veo en la pantalla, los puntajes empiezan a salir y todo va bien hasta que…

La ola de abucheos es un bofetón que no me esperaba. Las personas se levantan de los asientos gritándole al jurado y la imagen de mi compañera queda en la pantalla alzándose como ganadora.

Me han bajado el puntaje en cada elemento, según el GOE (Grado de ejecución).

Automáticamente la tabla me baja y la vista se me oscurece en medio del escándalo del gentío. El sonido del teaser entra en mi cerebro, como así también las advertencias de Domi. Varias personas gritan mi seudónimo con el puño arriba y lo festejaría, pero eso no me va a salvar, eso no le dará dinero a la Bratva.

Salgo de la pista conteniendo el llanto, Chip me entrega el salva cuchillas y no sé ni para dónde moverme. El público sigue abucheando y los competidores empiezan a irse al ser la última presentación de la noche.

—Em, tranquila —intenta tranquilizarme Chip cuando me quedo fría, pero me niego a salir del túnel y afrontar a la mafia—. Ven, vamos…

—No —limpio las lágrimas que se me salen revisando una, otra y otra vez por el puntaje. Mi desempeño en la coreografía, tanto técnico como artístico, estuvo perfecto, el público no miente.

«Lo hice bien». Sé que lo hice bien, reviso de nuevo. El antepenúltimo juez me dio un puntaje bajísimo como si no hubiese completado un salto o los giros obligatorios en cada uno, tampoco perdí velocidad o aterricé con los dos pies. No tuve tales fallas. Eso me cagó todo y no le encuentro explicación a semejante calificación.

Alzo la vista, el jurado se está levantando y me muevo a buscar al juez apartando a los competidores.

—Em, los voyeviki ya vienen —intenta detenerme Chip.

No le hago caso, ese señor no puede equivocarse conmigo; él no sabe lo que me cuesta a mí perder, no sabe lo que es acostarse sin comer y partirse la espalda practicando por horas.

Veo venir a los torturadores y le ruego al de seguridad para que me deje pasar a las oficinas y me ve tan aturdida que accede advirtiendo que solo será por un minuto.

—¡Señor Antara! —llamo al juez— ¡Señor Antara!

Me ignora adentrándose a una oficina y logro poner la mano antes de que cierre la puerta del sitio amplio que está lleno de trofeos. Quiero tranquilizarme, pero los nervios no me dejan y me esfuerzo por buscar las palabras correctas mientras me tiemblan las rodillas.

—No puedes estar aquí, niña —toma su maletín y lo detengo.

—Revise mi rutina otra vez, por favor —ruego—. No fallé en nada y créame cuando le digo que tengo prohibido equivocarme.

Se niega y me le vuelvo a travesar rogando otra vez.

—Aquí se gana y se pierde….

Patean la puerta y el llanto me avasalla con el aura dominante del hombre que no tengo que voltear para saber que llegó.

—Ilenko, no me equivoqué —me arranco el antifaz llena de rabia—. Hice lo mejor que pude como se me exige…

Se mantiene airado cargado de ira y sé que he de verme como si estuviera montando una pataleta, ya que Domi me para haciéndome a un lado.

—¡Cállate! —me regaña rodeando al juez— Esto es un asunto de adultos.

—¡Quiero mi dinero ya! —exige el Boss respaldado por tres de sus hombres.

—Es desleal venderse en el negocio de las apuestas —secunda Domi y me mantengo contra la vitrina.

—No sé de qué hablas, Emperatriz — contesta el hombre y el Boss termina empujando a Domi tomándolo del cuello.

—¡¿Crees que voy a venir aquí a perder mi tiempo si no estoy seguro de algo?! —le grita y hasta yo tiemblo sin ser a la que está amenazando.

—Me retracto, me retracto, no sabía que estabas apostando —contesta el juez nervioso y el ruso lo suelta tratando de recuperar la compostura—. Te juro que no lo sabía y ya mismo lo arreglo, perdón…

No sabe qué hacer revisandose los bolsillos.

—Mañana se esclarece la situación y tu patinadora tendrá su puntaje.

Se mueve al escritorio y con la mano temblorosa redacta el documento que Domi recibe yéndose enseguida mientras el hombre sigue temblando.

—Te daré el dinero que me dieron y te reitero que no lo sabía, apenas llegué a la competencia hoy —le entrega el maletín y el ruso se lo recibe—. No sabía que ella era tu patinadora y no tenía idea de que estabas apostando. Así que disculpame, por favor...

El ruso asiente moviendo la cabeza en señal de asentimiento antes de entregarle el dinero al voyeviki que se va con los otros dos hombres cuando el mafioso se arremanga la chaqueta Tom Ford.

—Estamos a mano ¿Cierto? —pregunta el juez.

—No, no estamos a mano porque tu estupidez amargó dos minutos de mi tiempo, ya que eso fue lo me tardé en saber que te habían pagado —le lanza un codazo a la vitrina roja contra incendios donde yace un hacha con un extintor— Dos minutos de mi tiempo arruinados por tu culpa ¿Tienes idea de lo mucho que es eso?

Toma el mango mientras el hombre busca la salida, pero el ruso lo devuelve haciéndolo caer enterrándole la rodilla en el abdomen.

—¡Cuando yo estoy adentro, las reglas se respetan!

—Boss, por favor... —aparto la cara cuando manda el hacha a su brazo izquierdo con tanta fuerza que se lo desprende tan rápido como la mano de Cédric.

Los gritos son desgarradores y se apagan cuando hace lo mismo con el otro brazo, pero no sé qué parte del cuerpo toca que el hombre abre de nuevo los ojos mientras hace lo mismo con las dos piernas con una naturalidad que aterra.

La sangre inunda el piso y deja el pie sobre el pecho antes de enterrarle el hacha en el abdomen abriendo el estómago de tal manera que deja ver los órganos y mete la mano dejando los intestinos por fuera que arranca tirandolos a un lado. La sangre tiñe la oficina y siento que tengo la espalda pegada al vidrio del estante.

Me enfoco en él, en como se nota que lo disfruta y lo único que quiero es que no me castiguen, que no me maltraten. Saca el hacha enterrandola en la madera del escritorio y viene a mí con las manos sucias de sangre mientras paso saliva con la barbilla temblorosa.

—Ya, deja de hacerme esas caritas —quedo untada cuando deja las manos en mi nuca.

—No son caritas, tengo miedo —confieso conteniendo el puchero que quieren formar mis labios.

Se humedece los labios moviéndome con él.

—Pobre mi bebé —apoya los labios contra los míos—. Ten, esto para que no llores mientras te follo con esos patines…

—Otro —pido aferrándome a la correa de su pantalón, pero no me da el gusto, solo deja que le saque el miembro. Una rápida voltereta me mueve y me deja contra la pared mientras me alza el vestido corriéndome lo que tengo abajo.

Su capullo busca mi entrada y debe saber que estoy preparada porque entra rápido estampandome la cara contra la pared con rudeza. Miro al piso, la sangre empapa el guarda cuchillas de mis patines y no me asquea, no me interesa; solo quiero que él me siga penetrando, ya que mi cuerpo lo exige, lo quiere, lo necesita.

«Es el Boss, Emma». Si, lo es, pero mi coño se está centrando más en la verga que me abre desde atrás entrando y saliendo que en su cargo, porque me gusta y me gusta mucho lo que desata, en como folla mi pequeño coño y como sujeta mi sexo con una firmeza extraordinaria.

Me toma del cabello arqueando el cuello que lame varias veces desesperándome más.

—Me va a arder —acaricio la mano que me estimula

—Y se te va a enrojecer —se niega a soltar mi cabello y me quejo con su aliento haciendo eco en mi oído mientras mueve la cadera aumentando la fricción.

No tiene ni una pizca de ternura en el sexo y me gusta, pero también me gusta que me bese. Vuelve a dejarme de frente y en menos de nada estoy enganchada sobre sus brazos viéndome como una pequeña. Mis piernas lo abrazan y la pared es la que contiene la fuerza con la que me folla.

La pose me permite abrazarlo y está tan extasiado con una mano en la pared y con el brazo rodeándome la espalda que puedo frotar mi mejilla contra la suya. Aprieto la tela de la chaqueta y busco su boca rozando sus labios.

—Uno, por favor —pido bajito.

—¿Quieres un beso mío?

—Si —contesto y avasalla mi boca con un beso largo con lengua que me recuerda lo bien que se siente su lengua en mi sexo. Me niego a soltarlo y me da duro contra la pared hasta que me corro y él eyacula.

Me mantengo en su boca rehusandome a bajar, por el contrario, lo abrazo con más fuerza queriendo más.

—Llevame contigo —susurro en tono de súplica y pasa la lengua por mis labios manoseando mis glúteos.

—Tú lo que quieres es que te alimente mañana —contesta y me vuelvo a aferrar

a la chaqueta.

Tengo que respirar de todo este entrenamiento o con Domi amaneceré echa polvo mañana con tanta preparación física.

—Seré una niña buena, lo juro —prometo antes de volver a su boca besándolo como si no hubiera un jurado muerto en el sitio.

Me gusta el ruso. Me gusta el Boss. Me gusta el mafioso de mierda.

CAPITULO 34— PERVERSO.

Ilenko.

Los voyeviki revisan los maletines llenos de dinero y desde la tribuna privada observo cómo sube el nombre a la doceava casilla del tablero después esclarecer la situación.

Los socios se levantan satisfechos dándose por bien servido, las apuestas son un entretenimiento pasajero para la Bratva, el cual se busca en cualquier tipo de actividad.

Mis hombres cuentan el dinero y les indico que agilicen la tarea saliendo al pasillo donde me topo con Domi, su sumiso y mi patinadora. Sigue con el antifaz puesto, solo se cambió luciendo una minifalda con medias hasta la mitad de los muslos.

—La pequeña estrellita —comenta uno de los miembros que viene atrás — ¿Quieres ir a una fiesta privada?

La tomo del moño sujetándola con furia y ella se enoja de inmediato.

—¿Fiesta? Que vaya a dar el culo en los callejones por dinero, el cual contribuya a la deuda —ejerzo más fuerza avanzando con ella bajo la mirada de los socios mientras Domi alega:

—¡Boss, ella paga con su deporte! —inquiere, pero no le hago caso.

Mi silencio es un claro no me interesa y bajo las escaleras sin soltarla metiéndola en la camioneta. Reniega quitándose el antifaz y mi chofer arranca acelerando cuando se lo exijo.

Acomodo el arma que tengo atrás, no se me ha quitado el mal sabor que dejó la escoria de juez que quiso verme la cara.

—No es verdad lo de los callejones, ¿Cierto? —pregunta ella con cierto temor en la voz.

No le dije nada después de penetrarla, simplemente la bajé y me fui dejándola en la oficina con el muerto.

—No es verdad ¿O si? —insiste.

Reparo su atuendo, le gusta la ropa pequeña y tal cosa me hace mover el cuello. Se nota que está caliente con las manos entre las piernas.

—A lo mejor. Yo le saco provecho a todo y no está mal sacárselo a tus ganas de follar —confieso.

—Pero quiero follar contigo, no con otros —junta las rodillas y miro a la ventana con el calentón que me provoca.

—Pagas para que te aniquile.

Los hombres que me rodean manejan la ley del silencio, llegar a decir lo que hago es considerado traición, pero el que sean de mi entera confianza no quita que quiera darle una buena tunda a ella por boquisuelta.

La pista no está muy lejos del hotel y ella sujeta sus cosas siguiendome adentro. Estoy tan rabioso y acalorado que me saco la chaqueta y la camisa antes de arrancarle la ropa dejándola desnuda de la cintura para arriba. Mi instinto dominante quiere marcar y por ello saco la correa del pantalón.

—No así...

—Asi es conmigo, así que quítate las bragas, ponte en cuatro y levanta esa falda —demando con firmeza— ¡Ya!

No tiene escapatoria y duda reparando el objeto que tengo en la mano.

—Al suelo, Ved´ma —le doy un tirón en el cabello y obedece sacandose la ropa interior. Adopta la posición dejando la falda sobre su cintura y hago sonar el cuero antes de lanzarlo a la piel marfileña de sus glúteos, brinca de inmediato mientras hago fuerza con los dientes antes de lanzar el otro.

El sonido que emite su garganta me da esa sensación de poder que todo amo quiere. Paseo la correa por su espalda y vuelvo a azotarle las nalgas mientras se mece lidiando con el ardor.

—¡Duele! —espeta y no me detengo.

—¡Quieta! —flagelo cuando se inquieta.

Nunca establezco límites porque esa palabra no la asimila mi cabeza. Su culo se enrojece y sigo azotando dejando que los correazos hagan eco en mis oídos. Quiero concretar la fase, pero su falda me distrae y también el que sacuda los pies en el piso como si no supiera comportarse.

—¡Que te estés quieta! —esta niña siempre ha tenido problemas de disciplina y vuelvo a estrellar el cuero queriendo someterla…

—¡No más! —rompe en llanto— ¡No soy un animal! ¡No soy una sumisa! ¡Soy una cría!

Aprieto el cinturón. Cada vez que llora lo hace con respingos suaves y eso me pone más; ese llanto cargado de sentimientos que me dice que muere porque la toquen, que muere por una caricia de alguien y yo quiero ser ese alguien.

—¡Bárbaro de mierda! —grita con el siguiente correazo.

El culo maltratado me hace soltar el cinturón dejando las rodillas en el suelo y posando ambas manos en los montículos que la inquietan con mi tacto. Sigue llorando aumentando la maldita sensación que no sé como describir.

—Ved´ma, no seas mimada —beso su espalda tanteando su sexo—. No he hecho nada todavía y lloras, pero estás goteando.

Deslizo los dedos en su sexo mientras mi lengua se pasea por la piel que tocó el cinturón, es consciente de que solo manejo sumisas y sigue soltando respingos mientras me adentro en la línea de sus nalgas sintiendo la pena que la toma y que a mi me gusta desencadenar.

Rápidamente abro el pantalón sujetando el tronco erecto que acerco a su entrada. Huele a mí por el derrame anterior y froto la cabeza con premura.

—¿Tomaste la píldora hoy, bebé? —pregunto y asiente obediente mientras me deslizo dentro de ella.

Emma... Tengo una forma tan rara de odiarla que al igual me satisface porque sé que va a sufrir conmigo en el aspecto que más duele a su edad y esto también es una tortura silenciosa que yo estoy ejecutando y ella está recibiendo.

Sobo su espalda antes de llevar la mano a su hombro atrayéndola contra mi pelvis con estrellones contundentes. Su mente no entiende lo perverso de su situación, ya que sí sabe que se está follando al enemigo de su hermana quien es el dueño de la organización criminal más sádica que existe.

Pero ser el Boss no es lo peor de mí, ya que también cargo un disfraz al igual que mis enemigos, máscara que desaparece cada que me buscan. Mi falo sale cubierto de su excitación e introduzco el pulgar en su estrecho culo sin dejar de arremeter…

Pobre mi pequeña, pobre mi niña inocente quien fue tirada a la jaula del león que no perdona.

Avivo los empellones mientras suelta el vomito verbal que quiere callar, sin embargo, no se puede contener y solo ladeo los labios captando como se desata sin poder controlarse mientras palmeteo con fuerza su glúteo izquierdo para que se corra. Dice que no le gusta, pero sé que sí porque es lo único que ha recibido de mí y le satisface.

Su inglés americano es una cosa tan deliciosa como su canal y el que musite extasiada por la llegada de su orgasmo suelta mi leche dentro de ella. Guardo mi verga poniéndome de pie y ella hace lo mismo tapándose los senos, pero me rehúso a que me prive de la vista.

—Ven aquí.

Busco el sofá de la alcoba dejando que se quite los zapatos antes de sentarse en mis piernas, sigue desnuda de la cintura para arriba y paseo la nariz por su clavícula disfrutando su olor.

— ¿Qué quieres? —inquiero. Me quitó el cólera que dejó el juez.

—Comida estaría bien —contesta y le beso el borde del cuello alcanzando el teléfono que tengo a la derecha. La recepcionista contesta y se lo paso para que ordene a su gusto.

Se le nota la ilusión cuando lo hace, me gusta eso y termino con los dedos en su interior tocándola y quitando esa idea de que los arrumacos en la oscuridad son lo mejor de sexo.

—Con permiso —traen la comida y la mantengo contra mi pecho tapando su desnudez.

Se van y se acomoda ansiosa por lo que le daré.

—Hace mucho que no comía pizza —comenta mientras destapo la caja que dejo en el brazo del sillón—. Huele delicioso.

—¿Sabes qué? Mejor no te doy nada. Te estoy mimando mucho con esto —muerdo yo.

—No seas miserable —se desilusiona y le beso la mejilla dándole la rebanada mientras le acomodo el moño.

Parece que estuviera muerta de hambre con los tres pedazos que se come sin respirar pasándolos con la bebida.

—¿Cómo notaste lo del juez? —pregunta cuando termina.

—Con ver la presentación me bastó para deducir que no perdería.

—¿Ves todas mis presentaciones? —sube los pies abrazándose las piernas y dejo la comida de lado— O sea… No tengo conocidos que se emocionen en el palco. Domi y Chip se alegran porque soy su aprendiz, pero tengo la duda sobre si tú ves las flexiones y volteretas que he ido perfeccionando.

Me explica todo lo que ha hecho y confirmo que le gusta que la vea porque, aunque no lo note, siempre pasea la vista por toda la tribuna cuando entra a la pista, ¿A quién busca si sabe que su familia no estará?

—La pregunta no es si lo veo o no, es si te gusta que lo haga —la corto hablándole cerca— ¿Hay alguna diferencia si estoy o no en las gradas?

Duda dejando la cara sobre sus rodillas.

—Si, es que siento que como fanático del patinaje puedes apreciar los detalles que hacen la diferencia —confiesa—. Como un paso nuevo o cosas así y dirás que ese patinador no hizo tal cosa, pero Emma si.

—No veo a otros patinadores, solo te veo a ti —aclaro—. Y no soy fanático del patinaje, solo me gusta lo que haces tú.

No miento, solo me interesan sus presentaciones y es porque alimenta mis delirios.

—Y si lo hago mucho mejor con el fin de que te guste más —indaga con ilusión — ¿Me dejarías vivir solo para que lo siga haciendo? Porque si lo permites, si no me matas, te juro que te dedicaría todas mis presentaciones…

Poso el índice en sus labios para que se calle, sin embargo, eso no aniquila el que sus ojos me sigan suplicando.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de entrar a la habitación? —inquiero y asiente— Sólo dejarás de pertenecerme cuando mueras. No te voy a soltar, no te voy a liberar y deja de engañarte, de pensar que eres capaz de escapar porque no será así. Ni cuando creas haberlo alcanzado, porque yo siempre estaré ahí —la traigo a mi boca— acechándote, lejos o cerca, pero acechándote.

Me superan las ganas de besarla y ella deja que le demuestre que está con un verdadero hombre y no con los pubertos con los cuales se dejaba toquetear. Acomoda las piernas mientras yo saco mi verga, pero impido que me monte corriendo sus caderas hacia atrás.

—Qué caliente andas —la abofeteo sujetando su moño y deja la mano en su rostro rabiosa— ¿Eres así con todos?

—No…

—No me mientas que te gusta que te manoseen — toco su otra mejilla y los ojos le brillan con las lágrimas trayendo las expresiones mimadas que tanto me gustan— ¿Eres así de caliente con todos?

Atrapo su pecho y se aferra a mis hombros queriendo apaciguar el dolor que desencadeno.

—Solo contigo —afirma. Sigo apretando hasta que le tiemblan los labios y la vuelvo a besar atrayéndola a mi miembro.

Le beso las mejillas y ella jadea gustosa cuando la penetro mientras la lleno de besos diminutos que la desesperan.

—No seas así de brusco conmigo —suplica—. Soy menor que tú y no entiendo tu modo.

—¿Menor? —me adentro de un todo pasando los dedos por las medias— Menor, pequeña y mira todo lo que te metes.

Empiezo a moverla haciéndola saltar sobre mi miembro. Es tan liviana, tan manejable que con ella me siento más poderoso de lo que soy. Puedo moverla como me apetezca y siento que tiene un sabor especial, porque he probado todo, pero no el dulce sabor de la inexperiencia.

Reparte besos por toda mi cara y nuestras bocas se unen al final mientras no dejo de follarla. Mi miembro no se resiste y termino soltando todo llevándola a la cama cuando termina.

Me acuesto con ella, ambos de medio lado. Le dejé las mejillas encendidas, le paso los nudillos por la piel enrojecida y ella se pega más a mi pecho; no es más que una cría la cual le gusta que la consientan, así que la abrazo mal acostumbrándola más y termina cerrando los ojos antes de quedarse dormida.

Concilio el sueño por un par de horas, pero la vibración del móvil me despierta. Emma James está a mi lado y saco el aparato recibiendo la llamada que me acomoda en la cama.

No me gusta lo que me dicen, ya que es un patrón que vengo indagando hace mucho. Me ponen al tanto de los negocios que me requieren con urgencia. Salamaro cuelga y reviso las fotos que me envían trasladando la conversación al chat, las últimas imágenes me hacen levantarme; tengo que viajar a Alaska ya.

Me coloco la ropa y los zapatos rápido.

—Vístete —despierto a la mujer que duerme en mi cama—. Tienes que irte.

Hace caso mientras recojo mis cosas y pido que trasladen al león a mi punto, ella se arregla apresurada y yo recojo lo que me falta dejándola en la alcoba para que uno de mis voyeviki vengan por ella.

Abordo la avioneta que me lleva a Alaska donde esperan mis hombres con mi animal. Un barco con armamento zarpa a México y al ser una venta millonaria debo darle el visto bueno, ya que el negocio es con el cartel de Sinaloa.

La FEMF se la pasa derrumbando negocios y este no lo voy a perder, por ello le voy a seguir la pista hasta que se concrete. El móvil me vibra de nuevo e ignoro la llamada de Phillippe Mascherano.

Por más líder de la mafia que quiera ser para mí no es nadie y, por ende, no voy a ir a apoyarlo en sus reuniones, porque eso es lo que quiere; tener la certeza de que la mafia rusa lo respalda y no es así. Que solucione sus líos como pueda, yo solo necesito que un miembro de la pirámide gane las malditas elecciones del sistema judicial.

El armamento ruso es altamente peligroso y como los diseños más letales están hechos por mí, los envío a las industrias para que los fabriquen y sea yo quien los revenda. Doy la orden de zarpar antes de irme a Sodom.

Como siempre, se respira perversidad aunque sea de día, sobre todo en el club que mantiene a los amantes del Voyeur haciendo orgías BDSM donde se asfixian, azotan y amarran unos a otros.

—Mi amo, bienvenido —me saluda una de las sumisas y le acaricio el moño buscando mi oficina.

Sin Zulima están ansiosas para que las elija y he visto prospectos, pero todavía no me decido. Siempre me tomo mi tiempo para elegir a la correcta.

—Necesito ver a Maxi —pido.

Aleska está a cargo del club con Salamaro y me adentro en la oficina donde espera Maricarmen informandome las cifras de todo con sumo detalle.

Era la secretaria de uno de mis socios (Un diputado que encerró la FEMF). Siempre era precisa con los cálculos y por ello la traje, sabe todo sobre mis negocios y lo mejor es que la mafiya se ha encargado de dejarle claro que si se equivoca, nos traiciona o filtra información, se va a la trituradora.

—Padre, buen día —entra Maxi—. Que alegría tenerte de vuelta.

Muevo la cabeza en señal de saludo.

—La mafia italiana te ha estado solicitando. Philippe y Dalila…

—No me interesan esos patéticos —dejo en claro—. Necesito que te hagas cargo de un asunto delicado, ya que Vladimir no está.

Escribo las instrucciones, deberes y exigencias para no darle larga a la cosa y él asiente cuando las lee.

—Ve tú solo, a más tardar el miércoles debes estar allá.

—¿Estás interesado en guerrillas sudamericanas? —pregunta— Y confías en que yo te las traiga… Padre, gracias por creer en mí.

—Quiero ver qué tan rentable son y necesito que averigües viajando al Tapón del Darién. Debes ir solo para que no se pongan recelosos.

—Entiendo, dame un par de meses y te las traigo —asegura—. Me iré después de hablar con Vladmir…

La conversación se daña en el acto.

—Según su enfermera no ha dejado de pedir que lo dejen hablar conmigo. La tiene amenazada o algo así y como noté que la mujer está tan desesperada accedí.

Mantengo la compostura como si no pasara nada, Vladimir se está equivocando.

—Bien —contesto—. El martes vamos temprano.

—Perfecto.

Rodea el puesto y viene a abrazarme mientras mantengo los brazos en la silla.

—Te veo en la fortaleza —Maricarmen se aparta de la puerta para que pase.

No le quito los ojos de encima mientras abandona la oficina. A Maxi y Vladimir les rinden respeto porque vienen del apellido más poderoso de la

mafia roja. Los Romanov llevan décadas a la cabeza y por ello la organización siempre querrá que los guíen.

En la Bratva el puesto tiene que ganarse, pero a un Romanov nunca le quedará grande hacerlo, por eso desde que nacemos ya sabemos que seremos los herederos de este clan.

Durante las próximas cuarenta y ocho horas no hago más que hacerle frente a los negocios poniendo todo en orden; los clubes que hay alrededor del mundo, Sodom y el Gulag. Apuesto desde mi punto y aseguro el triunfo viendo la presentación en vivo desde mi móvil, sobando mi verga cada que aparece. Dejo el aparato de lado cuando termina.

El negocio con el cartel me mantiene ocupado. La mañana del martes llega con Maxi listo para la visita de Vladimir y esto es un contratiempo que me tiene estresado. Pongo al centro contra las cuerdas antes de llegar, ya que el Underboss no puede tener contacto con otro que no sea yo. Quedan bajo amenaza, pero eso no evita que mi hijo menor quiera ver a su hermano.

—Partiré esta noche —comenta Maxi y le doy las últimas indicaciones.

Viajamos juntos y el centro de rehabilitación resguardado nos recibe. Es día de visita, pero la mía no se da en campo abierto como a los otros, ya que pido una alcoba aparte.

—Su hijo tiene un grado de perturbación bastante alto que no ayuda al proceso —me indican—. No avanza, retrocede y su estado mental tiene mucho que ver, ya que hasta despierto dice tener pesadillas.

—¿Por qué ha de estar perturbado con un simple accidente? —pregunta Maxi.

—Lo veré a solas yo primero —demando pidiéndole a la psiquiatra que se vaya—. Espera aquí.

—Si, padre.

Dejo que me guíen a la alcoba. El Underboss está bajo el cuidado de profesionales y su condición lo tiene como un paciente altamente agresivo.

Los gritos de amenaza se oyen desde mi punto al igual que los estrellones y las vociferaciones llenas de groserías.

Dejo a los voyevikis atrás indicando a la enfermera que no entre, ya que solo necesito que me abra la puerta.

La habitación permanece iluminada con los rayos solares y él está destrozando la mesa a punta de patadas que provocan una lluvia de astillas. La acción se detiene cuando me ve retrocediendo de inmediato y tomando un afilado trozo de madera.

—¡Saquenlo! —empieza— ¡Saquenlo!

Retiembla asustado cuando cierro la puerta y el pánico es mucho más notorio ahora que está totalmente sobrio.

—Baja eso, Vlad —pido sereno y él lo alza sin dejar llorar.

—No te me acerques —amenaza.

Corre a la puerta pegándose a los barrotes de la ventana exasperado porque lo saquen.

—¡Ayuda! —exclama— ¡Ayuda!

Intenta abrir la puerta, pero no puede y lo termino tomando, sin embargo, el miedo es tanto que se congela con el mero tacto.

—¡Hay que buscarle una solución a esto! —lo centro—. Así que mírame…

Se niega, empieza a forcejear y lo termino tomando con más fuerza. El adiestramiento hace que lo ponga contra la pared, tiene bolsas moradas debajo de los ojos y aprieta los párpados negándose a mirarme.

—No lo imaginé, no lo imaginé —repite— ¡Así que suéltame y alejate!

No razona, simplemente intenta huir y lo termino abrazando a la fuerza.

—Eres mi hijo Vlad, deja de tenerme miedo y ayúdame con esto…

—¿Qué le hiciste a ella? —sigue temblando— ¡No quiero que te le acerques! ¡No quiero que la toques!

Se me suelta descontrolado negándose a razonar, se lleva las manos a los oídos fuera de control y no me queda más opción que irme topándome con Maxi que está afuera con el cejo fruncido.

—¿Hay algo que no sepa? —pregunta.

—No —me abro paso para que entre. Deja la puerta abierta, ya que es peligroso.

Avanza y espero recostado contra la pared fuera de la vista de Vladimir observando lo que hace.

Maxi habla y Vlad se voltea como si no creyera que está ahí, la expresión le cambia por un momento. Siempre he sabido que las peleas han sido más por Maxi que por el Underboss.

El castaño se mantiene serio y el rubio deja la mirada en la puerta sin disimular el miedo.

—¿Qué quieres? —pregunta Maxi.

—Verte. Estoy solo aquí —contesta el rubio hablándole de los asuntos que tenía pendiente como Underboss, pero se distrae a cada nada y sé que no es ningún idiota.

La conversación se alarga y le da vueltas a las cosas hasta que su hermano se cansa y termina poniéndose de pie alegando que tiene que irse. El rubio asiente y el castaño está por salir, pero…

—Maxi —lo llama Vladimir acortando el espacio que los separa antes de abrazarlo.

El terror se le nota en la forma de estrecharlo mientras Maxi se mantiene estático y noto como el Underboss mueve los labios hablándole al oído antes de alejarse.

—Vámonos —salgo a la vista y el Underboss se vuelve a sumir en el pánico mientras me llevo a mi hijo menor.

Lanzo una nueva advertencia en el centro antes de irme y Maxi me espera en el auto que arranca mientras él no inmuta palabra por un buen rato.

—La abstinencia hace que la gente diga incoherencias, ¿Verdad? —me pregunta.

—Si, ¿Por qué?

Mueve la cabeza restándole importancia.

—Por nada.

Volvemos a la fortaleza e intenta abandonar el vehículo cuando frena.

—Cuánto afán —comento.

—Perdón —me besa el dorso de la mano como acto de respeto entre padre e hijo—. Tengo que llamar a Kira, me voy hoy en la tarde.

—Suerte.

—Gracias, padre.

Salgo por el otro lado, el león está jugando en la alfombra y ocupo la tarde trabajando en el despacho.

—¿Sbiten? —se asoma Tonya en la puerta y la dejo pasar.

Me traslado al sofá y ella, como toda sumisa adiestrada, se arrodilla en el piso dejándome en claro que es una de las que quiere el puesto de Zulima. Y si que se asemeja a mi perfil, pero la detallo y algo se me mueve dentro con el parecido que tiene con Sonya.

—¿Cómo estuvo el día del amo? —pregunta— ¿Quiere que le sirva en algo más?

—En mi cama esta noche —contesto sin preámbulo y le gusta mi respuesta.

Pruebo la bebida que acaricia mi paladar y ella se muestra satisfecha con mi cara, ya que la ha hecho tal cual Sonya, que le daba detalles que hacían esto único. El pecho se me vuelve a mover y me bebo todo recordando a mi ex mujer.

—Muy bien Tonya —indico—. Me has dejado satisfecho.

Me acerco pero no la toco y mi mero aliento sobre su nariz es mi forma de despertar su deseo antes de incorporarme.

—¿El amo podría darle un premio a esta buena sumisa? —pide— Solo si al amo le apetece.

Se voltea manteniéndose en el piso. Conozco a los Lazareva, amé a una de ellas y su recuerdo sigue en mi cabeza a la hora de sacarme el miembro del pantalón. No oculta la necesidad y doy un paso adelante soltando la lluvia dorada que ella recibe plantando las manos en el piso gimiendo mientras la empapo.

Sus pezones se erizan, subo a su cara terminandola de humillar y sacudo mientras se pone la mano en el pecho.

—Gracias mi amo.

La dejo, una sumisa de antaño es capaz de correrse con un mero acto de degradación. No la toco, no la miro, solo me largo a concluir un tema que tengo pendiente y me cambio antes de salir a trotar con el león después de que Maxi se va.

Recorro los alrededores por largo tiempo, cada que Sonya aparece en mi cabeza se queda por largo rato. Sudo en medio de la nieve y tomo aire por la boca cuando mi cerebro trae algo más y es la imagen de la pequeña cría.

Dejo un caramelo en mi boca y para cuando vuelvo ya no hay empleados en la casa; hago la apuesta mientras camino a mi despacho y veo lo que quiero antes de proceder con lo estipulado.

Me coloco los guantes, apago las luces y bajo las escaleras adentrandome a los túneles que llevan a los pasadizos subterráneos. La mentes débiles son muy obvias y predecibles al punto que al aplicar la lógica sabrás cómo van a proceder.

Sigo con el león a la persona que camina a través de los pasillos subterráneos sin que se dé cuenta, tiene afán caminando con la linterna sin saber que lo están acechando. Le cuesta hallar lo que busca deambulando aquí y allá, pero lo encuentra.

Forcejea con el candado al cual no le puse trabas para que pudiera acceder. Entra, avanza y el estruendo de la linterna llega con las luces y el estrellón de la puerta. Los chillidos de las ratas no se hacen esperar al igual que el suyo y siempre pasa lo mismo; suelta el lamento queriendo huir, pero atrapo la garganta del invasor.

—Padre...

—Hijo —contesto.

Maxi no está drogado, no está ebrio y, por lo tanto, no lo puedo engañar. Solo está blanco como el papel y llora mientras tiembla mirándome como si no me reconociera. Y es que a todos los asusto en este modo, donde la ira me avasalla negándome a soltar.

—Padre, suéltame por favor —suplica y me niego—. Padre, por favor…

Los lamentos son desgarradores y alborotan a los animales, sin embargo, no me conmueven, no me despiertan nada, tampoco apagan las ganas de lo que quiero hacer por muy hijo mío que sea y por ello lo arrastro a la trituradora industrial de piso que se abre con el botón que toco mientras él no deja de gritar.

—¡Padre! —se agarra a mis brazos fuertemente aferrándose a la vida, pero a mí hace mucho no me genera nada— ¡Padre, no me lastimes que tengo tu sangre! —implora— ¡Soy tu legado, padre!

Le acerco la cara a las hojas afiladas asustándolo más. Hay demasiados chillidos, demasiadas súplicas la cual deben ser el detonante de la piedad que todos tenemos, pero… El rencor, el odio y el resentimiento tiene mis moléculas, me tiene a mí y yo…

—¡Boss! —me llora— ¡No lo diré, no lo diré! ¡Te juro que callaré, que me iré!

—De este viaje no vuelves, hijo.

No sé ni qué chilla más fuerte cuando lo meto en el aparato que lo despedaza por partes frente a mis ojos, mientras los gritos de ayuda se pierden en las paredes insonoras expulsando los pedazos que se come el león, el cual se acostumbra a comer carne humana.

No toca ninguna fibra, ni cuando recuerdo su infancia y por ello tampoco hay ningún tipo de dolor.

—Desde los ocho no ha sido más que un becerro para el matadero —digo soltando el aire de mi puro mientras Koldum elimina la evidencia—. No me gusta que crucen los límites.

La máquina acaba con todo dejando una mínima parte de los restos en lo más hondo del subsuelo. Boto el puro cuando se acaba. La gente no aprende que no debe husmear lo que no le conviene y le echo un último vistazo a la alcoba antes de irme.

Cierro, aseguro y vuelvo a la fortaleza ideando la coartada sobre la muerte de mi hijo menor. Me encuentro con Akin que está siendo arrastrado por su médico quien no me mira a la cara desde que le corté la mano.

Tonya me está esperando en la alcoba con el atuendo de sumisa y la fusta es lo primero que tomo quitándome la playera, «Tengo que apagar la adrenalina». Me acerco apretando el mango, pero… el intento queda a medias cuando el móvil me vibra con la llamada de Domi.

—Estoy lista, mi amo….

—¿Qué? —contesto el aparato.

—Te necesito aquí, la pandilla de Vladimir quiere llevarse a Emma —dice y cuelgo de inmediato vistiéndome en segundos.

—Amo, ¿Todo está bien?

No doy justificaciones. Saco una de las mini ametralladoras que tengo en la cajonera, esta gente me colmó la paciencia. Una pandilla no puede ignorar las demandas de un Boss y ya que insisten con lo mismo los voy a mandar al otro lado de una vez por todas.

Me coloco el abrigo moviendo a los hombres que preparan el medio aéreo que me devuelve a Rusia en menos de nada. Lleno el arma de balas mientras me muevo al centro y me tomo el sitio vacío con mis hombres, pero no hay pandillas en la sala donde tienen a la menor de las James sentada sobre una mesa.

Domi está a su lado con su sumiso y paseo los ojos por el lugar asegurandome de que no me salgan con sorpresas.

—¿Dónde diablos están las pandillas?

—Sabes que esos cobardes te temen y no te van a enfrentar —se molesta Domi—. Solo dejaron esta nota advirtiendo que se llevarían a mi patinadora.

Le arrebato el papel leyendo la nota y el enojo empeora al punto que ni termino de leer.

—Fuera todo el mundo —demando quedándome con la esclava que mantiene las manos bajo sus muslos desnudandome con los ojos.

Mis ganas no se hacen esperar y suelto el arma acercándome a ella, todavía tiene el traje de patinaje puesto y luce un moño de bailarina en el cabello, «Hermosa como siempre». No me he terminado de acercar y ya la tengo encima besándome en la boca.

—¿Te amenazaron, Ved´ma? —le pregunto en un tono mimado y me hace caritas de inmediato.

—Si.

—¿Si? —le niego el próximo beso— ¿Y te pusieron a escribir la nota?

Cree que soy idiota, se la tiro encima, obviamente es su letra. Nadie de una pandilla anda escribiendo mensajes de nenita, pero como Domi los odia no lo notó.

—Qué ridículo eres —me alega—. Pero al igual déjalo, este asunto tiene que resolverlo Vladimir, no tú…

Se baja rápido de la mesa y la tomo dejándola contra la pared. Quiero desechar el hecho de la muerte de mi hijo menor y esta me hace perder el tiempo.

—Déjate de jueguitos niñita —la amenazo—, que no soy uno de tus noviecitos pendejos como para que hagas que me mueva de Alaska a Rusia solo porque estás caliente.

Tengo más rabia conmigo mismo por caer en esta payasada, es una inmadurez lo que hizo ¿Qué tal que hubiese estado en algo importante?

—Sé una verdadera mujer que no soy quien para darte la atención que no te dan tus padres —recojo mi arma— ¡Madura y aterriza!

Me largo furioso. No sé ni porqué no analicé todo antes de venir, es obvio que las pandillas no van a amenazarme después de la última advertencia que les lancé.

—Boss —me alcanza Domi— ¿Estarás en la presentación especial de mañana? Son las semifinales y…

—No voy a estar en nada, solo encárgate de multiplicar mi dinero y ya está.

Estrello la puerta del auto pidiendo que me muevan a Moscú. Ya estoy aquí, qué más da.

Pongo la atención en los asuntos de mi organización, pero las mentiras de esa cría de mierda no dejan de hacerme eco en la cabeza aumentándome la rabia.

La mafia Italiana sigue haciendo reuniones que ignoro y en los tres días siguientes me enfoco en las petroleras. Me reúno con mis socios en los clubes nocturnos donde superviso el negocio y el tema de las apuestas.

—Me voy por la reinita en la última noche de juego —dice uno de los miembros mientras pongo mi suma.

Me niego a perder el tiempo viajando a la competencia, aparte de que su jugarreta todavía me tiene con ira. La pantalla le da inicio al evento y las camareras reparten una ronda de Vodka mientras fijo la atención en el evento final.

Quiero ahorcarla, pero verla sobre el hielo me fija los ojos en la pantalla y más en la última presentación cuando destaca con un vestido celeste con el que interpreta artísticamente una canción de Celine Dion.

Patina con fluidez soltándose en la pista y aprieto mi vaso cada vez que se eleva. Es como una pluma siendo movida por el viento. Tensa mi

musculatura con cada aterrizaje y endurece otras partes cada que se dobla, cada que hace un paso extraordinario o un giro improvisado.

Dramatiza en el hielo con el antifaz puesto y la cámara la enfoca de cerca mientras da las vueltas como las muñecas de las cajas musicales. Su rutina no tiene fallas, no tiene errores. Queda demostrado con el choque de las palmas cuando termina y con los comentarios de los analistas.

Como de costumbre, recojo lo que me corresponde mientras el sitio se prepara para nombrar a los diez próximos talentos del deporte.

Pido que me llenen el vaso de Vodka. Mis objetivos están en juego otra vez, ya que fuera de los diez no tendré nada que presumir. Ha defendido el puesto que tenía los días anteriores, pero ahora le dan una sumatoria final y es el jurado quien decidirá si estará o no.

Llaman a los primeros mientras enfocan a los competidores que van saliendo uno por uno, el tercero se posiciona y…. Ella sale en el cuarto lugar con una arrasadora actitud dando gracias mientras se ubica en la línea de competidores.

Una vez más demuestro lo que quiero y lo celebro con los hombres que me acompañan, no sin antes exigir que la trasladen esta misma noche a Moscú.

El ambiente me sume entre números y novedades sobre las últimas reuniones en las que no he estado, sinceramente me molesta ver a los italianos como máxima cabeza de la mafia.

—Dalila Mascherano anda diciendo que te has convertido en el renegado de la pirámide —comenta uno de los miembros de la organización.

—Pueda que tenga razón —me niego a hacerle favores.

Para cuando quiero salir ya la luz diurna avasalla Moscú y me muevo a mi apartamento donde me topo con la patinadora estrella que no se ha quitado el listón que le dieron, pero sí se pone seria cuando me ve y tampoco oculto el enojo metiendome a bañar.

Tengo un par de asuntos pendientes y debo dejar todo en orden antes de irme a México. El concurso acabó y todo vuelve a ser como antes.

—Quiero mis comidas al día, calientes —le indico a la mujer que está refunfuñada en el sofá—. Dignas de mí, claro está. Ya que no hay madurez demostremos que el cerebro sirve para algo más que hacer tonterías.

Actúa como si no fuera con ella y me largo evadiendo las ganas de disciplinarla como se lo merece. La oficina me recibe y ocupo la mañana diseñando los próximos prospectos de armas que se le surtirán a mi organización. El mediodía llega y me traslado al escritorio principal a dar los últimos retoques…

—Señor —abren la puerta.

—¿Si?

—Traje su almuerzo.

Levanto la mirada y tengo a un temerario voyeviki sosteniendo una lonchera térmica.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunto. A mis 36 años nunca he usado una puta lonchera, ni cuando estaba en la universidad.

—La esclava dijo que usted lo había pedido y en la mañana lo demandó.

Me refería a la cena, el resto de las comidas siempre las como por fuera.

—Vete —exijo y deja la ridiculez que carga en la mesa.

Cada día me convenzo más de lo tonta y lo infantil que es esa niña.

Abro el maletín térmico sacando los recipientes y destapo el más grande donde empacó arroz con especias, «Tonta». En el otro hay pollo, en los demás echó ensalada, patatas, postre, jugo natural en un envase y… Una puta manzana.

«Cría tiene que ser». Lo botaría, pero huele bien, así que desenvuelvo los cubiertos volteando la silla hacia el ventanal comiendome todo, los recipientes quedan vacíos y vuelvo a mi trabajo hasta que anochece.

Le pido a mis hombres que recojan lo que me voy a llevar. Después de las diez iré al club del norte a bajar la calentura, pero primero me iré a mi casa.

Respiro hondo antes de entrar y como siempre paso de largo evitando a la puberta que está en la cocina, me baño y me visto. Tengo varias carpetas en la mesa de la sala, así que mi intento falla, ya que ella está arreglando la mesa.

—Pon dos platos —advierto molesto.

Tomo asiento, termino mirándola por más que me niegue. Deja las copas y la noto pálida y con poca energía, tiene el cabello recogido y una playera con pantalones de pijama.

Sirve desalentada y reviso el móvil ignorando lo mal que se ve con la nariz enrojecida. Me llevo los espaguetis a la boca alternando con el vino, pero ella no prueba nada, solo juega con los alimentos.

—¿Puedo irme a mi alcoba? —pregunta.

—No has comido nada, ¿Te llenaron las mentiras?

—No tengo hambre…

Le señalo el camino para que se retire. Acabo y faltando un cuarto para las diez me preparo para irme, sin embargo, ella ni se preocupó por cerrar su puerta, solo está acostada vuelta un ovillo desahuciado.

No me gusta su aspecto, entro a revisarla y está ardiendo en fiebre.

—¿Qué tienes? —ni cuando padece las penurias de la mafia se pone así.

—Estoy resfriada y quisiera dormir para que se me pase si no es mucha molestia —se voltea negándose a que la toque.

Sobre todo dormir con semejante temperatura... Salgo a buscar el botiquín donde hallo analgésicos, jarabe y sobres para la fiebre.

—Ten esto.

La obligo a incorporarse para que se beba el jarabe mientras hierve el agua para el sobre, le meto dos analgesicos en la boca y preparo lo que falta trayendo la bebida caliente.

—¿Desde cuándo estás así? —la tapo mientras bebe.

—No te interesa y tampoco necesito que me des la atención que no me dan mis padres.

Los ojos se le humedecen de inmediato y termina con la bebida volviendo a la almohada.

—Y la nota sí me la enviaron, pero no es tu asunto, ya que no soy la anciana de tu amante de Sodom —reclama—. En fin, ya se me pasó el gusto, así que lárgate…

No me hace más que gracia y la desmiento enseguida besándole la mejilla mientras meto las manos bajo la sábana. Quiere patalear, pero soy rápido adentrándome en el short corto. Sus pataletas me ponen duro.

—¿No te gusta esto?—acaricio sus pliegues buscando su boca— Ten un beso para que te sientas mejor.

Se voltea rápido y me es inevitable sonreír a la mitad. Es la persona más inseria que hay.

—¡Vete! — me empuja y subo su pierna sobre mi cintura dándole paso a las ganas que me dejan sobre ella.

—Estás en mi casa, Ved´ma y la víctima no echa al captor…

Con afán suelto el vaquero sacando la cabeza del pene, le saco el short con todo y bragas sujetándole las manos por encima de la cabeza mientras la penetro y ella se contonea queriendo soltarse, pero le doy más duro mordiéndole los pezones por encima de la tela.

El resfriado le resta energía y le alzo la pierna buscando mi liberación, ya que su clímax llegó rápido, «Es adictivo el pequeño coño de esta cría». Termino con los últimos empellones y me acomodo a su lado quitándome los zapatos mientras enciendo la pantalla del televisor.

—Supervisaré que no te mueras —canaleo—. Un resfriado no me va a quitar la dicha de hacerlo yo.

Tanta cosa me dio pereza y estoy cansado.

—Veamos una serie mientras supervisas que no me muera —sugiere quitándome el control. Revisa la plataforma virtual.

—A lo mejor esta te da ideas nuevas —elige una y blanqueo los ojos.

—¿No que te ibas a dormir? Yo solo estoy supervisando…

—Ya no tengo sueño.

Deja la cabeza sobre mi pecho y la mera intro de lo que eligió me hace arrugar las cejas. Pasan pendejadas absurdas que ni al caso y se termina enojando cada que le doy lógica a las cosas.

«Por suerte es corto».

—Ok, odié el final, arruinó mi sueño de ser narcotraficante…

—Pequeña ignorante —me le burlo acomodandola para follarla otra vez y accede gustosa como si ya no tuviera nada—, el sueño no te lo va a arruinar esa idiotez, te lo voy a arruinar yo cuando veas con tus propios ojos el cartel más peligroso de México.

Me sumo en ella y si, me apetece follarme su pequeño culo en latinoamérica.

Nota periodística.

Diario internacional deportista “The new World”.

¡Huele a talento en Rusia!

El concurso internacional de prodigios sobre el hielo acabó el día de ayer con la nueva generación de artistas y lo mejor de esta próxima temporada es la sorpresa que apareció de la nada.

Una patinadora ha captado la atención de las cámaras de los medios deportivos y es que nos estamos preguntando de dónde surgió, ya que ha llegado con un estilo propio, rebelde y divertido el cual hace que no puedas dejar de mirarla.

¿Quién es ?

No sabemos, pero brilla con luz propia cuando sale a la pista. Está marcando la diferencia y no solo con la fuerza, velocidad, elegancia e innovación que demuestra en su rutina, la cual le ha dado el puesto número

cuatro en el ranking del concurso posicionándose junto a figuras como Ava Clark, Saori Yoshida y Camille Sotelo, que ya tienen la atención de nuestro lente.

El público la adora y como no, si esta jovencita llegó dispuesta a atraer la atención de todos moviéndose en el hielo con los pies cubiertos de diamantes que son tan majestuosos como sus volteretas.

No quiere que sepan su nombre, no quiere que se interesen en ella, quiere que el mundo se interese en su talento y por eso cubre su rostro identificándose con un seudónimo y es: Queen.

Es una patinadora excelente, la cual queremos ver en las nacionales.

CAPITULO 35— TE VOY A CONTAR UN CUENTO.

Ilenko.

Miro el techo de la alcoba pensando en la lista de las cosas que he callado, que me he negado a mostrar, no porque me avergüence, ni por miedo a las consecuencias; es porque tengo dos proverbios marcados. Una creencia que me ha acompañado desde niño.

Me acomodo detallando a la mujer que duerme a mi lado con una mano bajo el rostro. La tengo, me pertenece, pero eso no me sacia y siento que su cadena es demasiado liviana.

Abre los ojos sumiendome en el azul de sus iris, ese tono único que solo cargan las Mitchels. Sería un idiota si le suelto los grilletes, si no la ato de las tres formas en la que puedes atar a una persona.

—Cuéntame un secreto tuyo —musito apartándole el cabello de la cara —. Algo de ti que no quieres que el mundo sepa.

Se queda en silencio por un par de minutos tratando de hallar la respuesta.

—Que puedo guardar si todo lo malo lo he hecho aquí y lo que no conoces ya lo averiguaste —contesta— o lo averiguarás.

El azul intenso es algo asombroso en la oscuridad.

—Sabes que hay algo más —la miro a los ojos—. Dímelo, que solo será algo entre tú y yo.

Necesito saberlo tanto como su cuñado necesita el cuerpo de su hermana para subsistir. Respira hondo acostándose sobre su espalda.

—Me gusta alguien y me gusta mucho, me atrajo desde que lo vi a través de la ranura de una puerta y no sabía quién era. Es una locura, pero lo deseo al punto de que me hace creer que hay algo malo en mí, ya que es ilógico lo que siento —revela—. Es sádico, es malo, es peligroso y todos me odiarán

por no odiarlo, pero es inevitable que se me acelere el pecho cada que lo veo.

La dulce voz me acaricia los oídos.

—Mi definición de retorcida está en que me atraiga ese hombre y todos van a juzgarme por eso, aunque haga mil cosas buenas —termina.

Absorbo sus palabras y si, es un secreto difícil, si fuera ella también lo guardaría porque el mundo nunca entenderá que a algunos les gusta lo malo.

El mundo nunca entenderá que el cielo está lleno de seres hermosos, pero en el infierno abundan los seres irresistibles.

—Maté a Maxi porque ya no lo soportaba —confieso y el miedo tiñe el azul—. Lo maté y no me dolió pese a que estuvo 18 años a mi lado.

Se mueve incómoda queriendo irse, pero la tomo dejándola en el mismo sitio.

—Mírame y escucha —susurro—. No contaré tus secretos, así que no huyas de los míos.

—Era tu hijo, una mierda, pero tu hijo —dice con la voz temblorosa.

—Mi hijo está en rehabilitación. Maxi no era más que un gusano con suerte el cual su madre desechó con una hora de nacido —le toco la cara—. Le di una oportunidad, pero solo me demostró la sabiduría de las leyes de la Bratva, las cuales nos hacen repudiar a los bastardos.

El silencio nos toma de nuevo recordando los hechos que siguen sin moverme.

—¿Qué hizo?

—Hablar con la mafia italiana, congeniar y confabular por el puesto del Underboss —me lleno de rabia—. Cuando las ratas quieren rebelarse en silencio simplemente las matas, porque si lo hacen una vez lo harán dos y él lo era. Su sangre viene de las ratas.

Me acuesto sobre mi espalda respirando hondo. Por culpa de la mafia italiana se inició toda esta guerra entre familias y ella lo sabe.

—Lo criaste, ¿Nunca lo quisiste aunque sea un poco?

—No —reconozco—. Admiro al que me ataca de frente, pero repudio al que me ataca por la espalda.

—¿Tienes la capacidad de querer? —pregunta y contengo la sonrisa— Nombra a una persona que en verdad ames o hayas amado.

No lo diré aunque el nombre esté en mi cabeza.

—¿Tu esposa?

Me volteo de nuevo atrayéndola a mí, sé que me tiene miedo y quiero saber qué pasará cuando llegue a la línea que todos tenemos, ¿Enloquecerá? ¿Morirá?

—Haces preguntas que luego te pondrán celosa —dejo mis labios contra los suyos respirando su mismo aliento mientras siento que se ha quedado con un mínimo pedazo de mi alma con lo que le conté—. Duérmete.

Cierro los ojos y el que se mantenga en su puesto es una clara señal de que no digiere tan fácil. No se lo iba a contar a nadie, pero las creencias son reales en mi mundo y ella no sabe el peso que tienen los secretos de un mafioso.

Meto el brazo bajo mi cuello. Cuando nació Vladimir me surgió la incertidumbre de que me quisieran joder con él, así como a mi padre que habia perdido hijos dándole el dolor que lo fue debilitando.

Por eso le di una oportunidad a Maxi, teniendo dos hijos las posibilidades eran 50/50 y no cien por ciento en Vladimir. Yo era el Underboss más temido y todos querían que subiera al trono. Ser tan poderoso tiene riesgos y es que siempre atacarán a lo que más se quiere; es ley universal en los enemigos.

Sonya los quería por igual, diría que amaba más a Maxi porque venía de la calle como ella. Vladimir sería el dueño de la Bratva y Maxi nunca llegaría a tanto, pero Sonya le dio de todo.

Por más que quise congeniar y ser justo dándole atención a los dos siempre lo terminaba repudiando aunque no se lo demostrara y no sabía porqué, pero lo hacía, pese a que lo había visto crecer. Sin embargo, respiré y lo seguí tolerando por el Underboss, pero a los ocho años se convirtió en un becerro para el sacrificio y no solo por la envidia exagerada que le tenía a Vladimir, pese a que tenía el mismo amor de Sonya, la atención de los Romanov y el respeto de la mafia.

Celebré con la evidencia que me envió Salamaro y no sólo fueron fotos incriminatorias donde se lo ve con los italianos. El consejero también investigó sus orígenes y me dio risa porque entonces entendí de dónde venía la barrera hacia él; tenía sangre de rata.

Por ello procedí a enviarlo al Tapon del Darien, para que los guerrilleros lo mataran y su desaparición no tuviera explicaciones en la Bratva. «Es una vergüenza que el hijo de un Boss traicione», además quise evitarme el mal rato, pero bajó al sótano. No quería que supiera mis secretos porque no es digno de eso y me terminó dando gusto con lo que tanto quería hacer y cómo lo quería hacer.

Reitero que admiro al que me ataca de frente, pero repudio al que me agrede por la espalda. Amanece y mi deseo masculino vuelve a surgir con la menor de las Mitchels, las otras sumisas no me sumen así y eso me enardece porque ya pasé muchas líneas al dejar que se meta en mi cama.

Algo se me atora en la garganta y me niego a reconocerlo buscando la forma de deshacer el encanto levantándome de la cama. Ella se despierta también y no tomo el arma que tengo en la mesa de la lámpara, la dejo ahí cargada queriendo una excusa para abrir los ojos.

Me voy a la ducha alerta a lo que pueda pasar, pero no sucede nada. Está en la cocina cuando salgo y debo respirar hondo con ella tras la barra, tiene un moño mal hecho y el mismo pijama de ayer, se ve mucho mejor del resfriado. Mi cuerpo llama al suyo y me acerco por detrás subiéndola a la barra de la cocina.

El corazón me martillea y no le doy paso a las ganas que quieren enloquecerme, «No puedo perder el control». Centro las ganas de tenerla

alcanzando el tazón de cereales que hizo para ella dándoselo en la boca.

—Lo de Maxi —indaga— ¿Lo sabe alguien más?

Niego sin mentir contándole el origen de Maxi, cosa que solo sabía Sonya. El origen, más no mis fines con él porque siempre creyó que también lo quería. Escucha atenta como si fuera algo crucial que no quiere perderse, nunca nadie me había mirado como me mira ella y siento que el aura es por parte y parte.

No quiero que me mire así, ella tiene que tenerme miedo, temblar cada que escuche mi nombre, pero termino y sigue con la misma expresión.

La bajo de la mesa y la llevo al baño llenando la bañera mientras le pido que se desnude, le suelto el cabello y entra al agua mientras yo me mantengo en el borde de la tina.

—Te voy a contar un cuento que nadie conoce y nadie se imagina, solo lo sabremos tú y yo —le digo—. Guárdalo solo para ti, porque es un cuento muy valioso.

Asiente y dejo que la espuma florezca en el agua.

—Hace mucho hubo una colonia de ratas codiciosas, infames, insanas, enfermas; su sangre estaba podrida y el hambre las empeoraba —empiezo —. Se reproducían a cada nada, pero ninguna rata salió bien. Prostituían a sus crías, las vendían, mataban, abusaban de las más pequeñas y entre ellos mismos se apareaban con seres de otras especies de una forma asquerosa.

Le paso la esponja por la piel que parece de porcelana.

—Una de ellas logró alejarse de su colonia cuando vio la oportunidad. Estaba hastiada de ellos y labró su propio camino defendiéndose como pudo. Luchó, padeció, tuvo su recompensa y logró perdonar a su colonia que tuvo un cambio entre la civilización gracias a ella que les sació el hambre —continúo—. Las cosas iban bien porque esa rata que escapó era como su salvadora; ahora se codeaban con otros y todo estaba bien en el grupo.

Peino con los dedos la melena azabache.

—Pero tenerlo todo no era suficiente para ellos y se fijaron en una criatura inocente que era diminuta ante ellos. Se inventaron un juego que consistía en ponerle vestidos, le hicieron moños, la pintaron y luego se aparearon con ella, sin embargo, esa criatura no sabía lo que hacían porque confiaba en ellos, confiaba en la rata que la llevaba a la colonia —explico —. Cada rata que tomaba a la criatura le hacía una marca, ya que por la herida sabían en cuánto tiempo podían volver a aparearse y esa criatura creció creyendo que era normal, porque el grupo la quería y ellos le demostraron amor todo el tiempo y la criatura los amaba también.

Se mantiene quieta captando todo.

—Le lavaron el cerebro diciéndole que estaba bien chupar los genitales de los integrantes de la colonia porque estaban jugando y era divertido que otras ratas de otros lados se unieran a las actividades. Era divertido meterle objetos, que defecara sin querer por el apareamiento e inculcarle que era una criatura feliz la cual divertía a la colonia —sigo—. Se sentían plenas y estaban en su mejor momento hasta que llegó un sanguinario cazador que al saberlo todo se obsesionó con ellas y empezó a cazarlas una por una con el único fin de exterminarlas.

Escurro el agua que absorbió su cabello.

—Las buscó a todas, así estuvieran en otros continentes, y las trajo a su jaula sin importar que supieran o no sobre su existencia. Las encerró y creó un infierno en la tierra para ellas. En ocasiones las atrapaba con trampas para que se acercaran a la jaula —detallo—. A veces iban directamente, pero todas terminaban mal porque ese cazador era uno de los seres más atroces que ha pisado la tierra. Lo subestimaron sin saber que su juego les costó la colonia, la vida y la especie.

Le quito la espuma de la piel con la regadera.

—Hay cosas que se cobran por obligación, orgullo, ley o estatus, como la norma de ojo por ojo —concluyo—. Y hay otras que se cobran por dolor, decepción e impotencia. La primera no es nada comparada con la segunda.

Respira hondo cuando termino y le doy un beso en la coronilla.

—Vístete que nos vamos a Sodom.

La dejo en la bañera antes de irme a preparar lo que debo llevarme. Abotono los puños de la camisa frente al espejo y click del cargador de balas entrando en el arma me hace voltear a la defensiva, pero nadie me está apuntando.

—No había visto un cargador así —me ofrece la culata—. La dejaste en mi alcoba.

«Tonta». La recibo con las ganas renaciendo con el top que tiene y nada me lo impide, pero cada que la follo me sumo más en lo que desencadena.

—Sal —le pido.

Confirmo el día que viajaré a México, aseguro todo antes de marcharme y ella me sigue al vehículo que nos traslada a la pista donde abordamos la aeronave. Mis hombres me entregan el periódico que pedí y me siento en apuros cuando por cada párrafo que leo levanto la vista a observarla, «Me está jodiendo».

Sus ojos me recuerdan a su hermana y el porqué de tenerla aquí, pero el resto de ella me grita otra cosa. Mi mirada se termina encontrando con la suya y mantiene la misma expresión de esta mañana. Eso puede meterme en problemas, ya que en la Bratva soy una figura de miedo o respeto. Me exaspera perder los papeles y anoto en la esquina del periódico arrancando el trozo de papel.

—Necesito que limpies lo que está aquí —le entrego la nota—. Que quede impecable ya que lo revisaré.

Recibe la llave que dejo en la palma de su mano.

—A la hora estipulada y sin decirle a nadie.

Es mejor que pierda la cordura ella y no yo por una cría.

Emma.

Cierta vez vi una película de niveles donde por unos días estabas en lo alto sintiéndote bien, pero de un momento a otro te mandaban a lo más bajo donde el panorama era una agonía.

Así me siento aquí. Paseo el cepillo por el cuerpo de Koldum pensando en el mafioso. Domi se quedó en Rusia y hubiese preferido quedarme yo también porque la mala cara de los Romanov me amarga, ya que cuando me los topo presiento que me van a escupir.

Miro la hora dejando al león sobre la cama del Underboss. El estar en Alaska no apaga la felicidad de estar entre los cuatro mejores del ranking de nuevos patinadores.

Pasé de odiar el patinaje a amarlo con locura otra vez entrando a ese mundo de ilusiones en el que me caigo a toda hora. Miro el reloj, falta poco para la medianoche y las demandas del ruso me levantan en busca de las cosas que necesito.

Asomo la cabeza en el pasillo, el único que vi rondando hace poco fue al anciano que arrastra Cédric en silla de ruedas. El león se queda en la cama y bajo a buscar los útiles de aseo que necesito.

Lo de Maxi fue difícil de digerir, pero en el fondo sentí un gran alivio por Kira y un F por mí, ya que el Boss es más peligroso de lo que otros creen y la pregunta es...

¿Por qué no le huyo a eso? En ocasiones extraño las restricciones de papá y las advertencias de que ningún hombre es bueno para nosotras. Cuando empezaba con eso solo blanqueaba los ojos y contestaba con un “Son cosas de puberta”.

Pero esto no son cosas de pubertas, es algo serio porque cada que estoy al lado de ese hombre me olvido del entorno, de los hechos, de lo que es y solo deseo que me toque, ya que cada que lo hace despierta todas mis terminaciones nerviosas y, aunque se oiga estúpido, siento que estoy con un ser poderoso, capaz y enigmático.

Es tonto, es absurdo, un maldito gusto culposo retorcido el cual hace que solo me centre en él cuando estamos los dos, pero cuando estoy sola vuelvo

a la realidad. Sé que llegará algo que rompa el encanto y cuando pase nos volveremos a odiar.

Busco la puerta indicada y bajo las escaleras que me llevan a los distintos niveles. El olor a humedad se desprende de las paredes y cada planta que bajo se vuelve más espeluznante. Miro atrás, es imposible que un grito se oiga arriba.

Mi mente divaga y el Underboss aparece en mi cabeza junto con el desespero que tenía el día del accidente; el pánico en sus ojos, el miedo innato, los nervios y las lágrimas.«Estaba drogado», solo un psicótico es capaz de poner a alguien así.

El ambiente se siente tenso pese a que no hay nadie y sigo avanzando con el corazón acelerado... Algo cae desde el techo y volteo de inmediato al ver que es la reja del último umbral que acabo de pasar.

Me devuelvo queriendo abrirla, trato de empujar hacia arriba, pero no cede y al final del pasillo hay una enorme pared. «Calma», esto es la Bratva y aquí nunca sé lo que me espera.

Recojo el balde de nuevo, hay varias puertas en ambos lados antes de llegar al final y ubico la que me corresponde, pero el mero hecho de estar frente a ella me hace temblar las rodillas. La reja sigue cerrada, miro las argollas metálicas con el enorme candado que la resguarda, tengo la alerta de amenaza al cien y temo que del otro lado de esa puerta esté mi juicio final.

Tomo aire por la boca y abro el candado que cede cuando lo abro. La oscuridad se asoma, empujo y entro deteniéndome cuando un horrible chillido lleno de pena avasalla mis oídos a la vez que el sitio se ilumina.

Mis costillas se aprietan, mis extremidades tiemblan y de la nada siento que he entrado a otra dimensión con la serie de personas encadenadas que yacen en el piso mutiladas, horrorosas, tuertas, que gritan llenas de lamentos con ratas encima y sobre cada una hay una foto en la pared.

Tienen partes podridas y el hedor que despiden es nauseabundo. Estoy en un círculo de seres asquerosos que se comen a los animales que tienen

encima, personas que tienen alambres llenos de púa alrededor del cuerpo mientras yacen desnudos. Los hombres sin genitales y mujeres con los pliegues cosidos.

Se muerden arrancándose la piel y mascando su propia carne. Siento que el piso se mueve, tratan de alcanzarme arrastrándose en el piso y doy un paso atrás, pero los nervios son tantos que me termino enredando con mis propios pies cayendo al suelo en cuatro patas, perdiendo cualquier tipo de movilidad con el horrible ser que se arrastra a mi puesto ansioso.

Sus cadenas se tensan y su cara queda frente a la mía. Tiene tornillos en la cabeza que le anclan el hierro en la frente el cual está marcado con un nombre...

—Sonya —mascullo. No tiene dedos, solo unas cuantas hebras de cabello, está cortada, con alambre alrededor de la cara, mantiene la boca llena de sangre animal y no es más que un esqueleto con la piel pegada a los huesos, podrida.

Por el rabillo del ojo visualizo a Tonya que hace parte de los encadenados que también gritan. Esto es la barbarie humana en su máximo esplendor, ya que son muchos en la misma condición llorando, lamentándose, pidiendo perdón.

«Confiaba en la rata que lo llevaba a la colonia».

Los gritos que emite la mujer que tengo al frente son un claro reflejo de todo su sufrimiento y es que todos lo hacen de la misma manera, con la gran diferencia de que a ella se los oye más fuerte. Siento el desespero, la penuria, las ganas de salir. Todo es una escena perturbadora que amenaza con llevarme a la locura, no por lo cruel, porque siento que nada de lo que están viviendo es suficiente.

—Rata —le digo a la mujer rusa que no deja de llorarme— ¡Eres una mentira, maldita hija de perra!

Su lamento se convierte en risa la cual muestra un par de dientes podridos. Mis lágrimas tocan el suelo y me levanto cargada de ira, su burla me carga y la pateo en el suelo mientras los otros siguen chillando. No me

importa su estado, no me importan sus lamentos, solo enloquezco pateando a los que intentan acercarse mientras no dejo de gritar:

—¡No me toquen ratas! —las torturas mentales son las que más duelen, las que más marcan y esta es una, porque me imagino a la criatura que no sabía nada de la vida y que ellos tomaron como juego.

Esto explica como unos nacen y otros se hacen; el cazador nació, la criatura se hizo. Hay gente mala en el mundo; los que obran y los que ejecutan.

El cuento me demuestra la asquerosidad de la colonia llamada Lazareva y esta jaula me muestra lo cruel que puede llegar a ser el cazador llamado Ilenko Romanov.

—Ahora vas a matarme porque lo sé, porque esto es cruel hasta para el Boss de la mafia rusa —digo cuando siento su presencia.

Volteo a verlo queriendo matar lo que me hace sentir, pero sigue en mi pecho, pese a que estoy viendo todo lo que es y sé que puede llegar a más. Mantiene la postura recta a pocos pasos y todos se van contra la pared temiendole.

—Me muero, pero no me traumaste Ilenko, pese a ver la barbarie que empleas en este montón de ratas. Mi mente es tan fuerte como yo y no sé pelear, pero sé resistir a tu mafia, a tus secretos y esto te lo aplaudo porque me gustaría que alguien actuara de la misma forma si me hicieran lo que hicieron ellos con esa criatura.

Me trago el cúmulo de ira alzando el mentón y se me escapan las lágrimas que quito imaginando todo lo que pudo haber sufrido ese ser. Temo por los que no pueden defenderse, por los que no saben contar la mierda que les hacen.

—Acepto mi maldito cautiverio, mi castigo sin insistir con tal de que mi hermana viva al lado del hombre que cuidará a mis sobrinos de engendros como estos —continúo llorando—. Si alguien los toca quiero que los mate, asesine y se desviva por ellos como todo padre debe desvivirse por sus hijos.

Muevo la cabeza de solo pensar que le pueda suceder algo así a mis sobrinos. Me repugna el que se topen con una colonia que los lastime y más odio a las ratas que yacen en el piso. Los labios no dejan de temblarme y él se acerca con los ojos oscuros, con la mirada siniestra que le veo cada que está a punto de matar.

Una mano enguantada viaja a mi cuello y la otra le da un tirón brusco a mi cabello.

—Me gustas, maldita hija de puta —su boca me avasalla en el holocausto de los Lazareva con un beso largo y agresivo que hace que me le suba encima rodeándole la cintura con las piernas, ya que no quiero estar en el piso que tocaron ellos.

Mantiene mi peso sacándome mientras me niego a soltarte la boca. La pared del pasillo toca mi espalda y recorre mis mejillas con desespero, quiero quitarle la ropa para que borre lo que acabo de ver. Me baja para cerrar la puerta y vuelve a mis labios mientras saco la pelvis para que me suelte los vaqueros, pero me termina tomando del cabello otra vez llevándome contra las rejas del pasillo, aquellas que se cerraron.

Mis dedos atrapan los barrotes mientras baja mis pantalones sujetando mi moño antes de follarme contra los rejas que se agitan con cada embestida y quiero que lo siga haciendo, que me siga mordisqueando mientras me quejo, que siga estimulando mis zonas sensibles a la vez que gruñe en mi oído, extasiado y perdido.

—¿Te gusto? —pregunta.

—Si —susurro soportando los empellones cargados de fuerza. Está tan grueso y duro que dejo de razonar, de pensar y de lamentarme.

—Se mi bebé, sé el gusto culposo que no me canso de saborear…

—Si.

—Ved´ma, te quitaré el olor de ellos en el mar y te follaré tantas veces que tendrás más secretos vergonzosos que guardar —abre los labios de mi sexo—. No podrás estar con nadie sin recordar que te entregaste al ser que el mundo quiere que odies, pero que tú deseas.

En momentos así solo me repito una sola cosa y es que no quiero ser su enemiga, no quiero ser su presa. Lame mi cuello acabando con mi blusa. Quiero ser suya y lo seré con tal de que me deje vivir.

CAPITULO 37— CARTEL.

Emma.

Las veces que vine a México fue en plan familiar con amigos y era a sitios de recreación y convivencia, pero en esta ocasión he venido a uno de los estados más peligrosos de Norteamerica con un mafioso de casi dos metros, el cual carga más de una docena de guardaespaldas que lo resguardan celosamente.

El sol quema, el viento sopla y el ambiente se siente diferente con la música, la cultura, los colores y las costumbres. Camino al lado del ruso que se mueve a través del sendero que lo lleva a la hacienda con arco grande.

El cuerpo me duele y no es por el ejercicio, es porque he sido follada durante toda la noche sin dormir, sin descansar. Él quiere mi cuerpo y yo quiero olvidarme de las ratas del sótano.

Reparo el entorno y el sonido de un disparo me devuelve a la realidad cuando se desploma uno de los verdugos.

—¿Qué les pasa a los soplones en la mafia? —pregunta el ruso guardando su arma.

—Mueren descuartizados en las máquinas industriales —contesta uno.

—Quiero ley del silencio alrededor de todo lo que pasa con esta esclava —amenaza llevándome contra él—. El que hable, opine o divulgue lo mato tan rápido como lo maté a él.

—Nadie desobedece al Pakhan —contesta uno—. Nadie daña el honor del Boss.

Dejan el cuerpo y siguen avanzando como si nada. Nadie se queja, nadie juzga y en el tiempo que llevo a su lado he notado que maneja el mismo grupo de personas que le rinden fidelidad.

Posa el brazo alrededor de mi nuca llevándome contra él antes de alzarme el mentón besándome en la boca mientras pierde los dedos en mi cabello. Me rebasa en todos los sentidos y desde que subimos del sótano parece embriagado con mi aroma, con mi cuerpo, ya que no se le borra la mirada oscura ni las ansias de estar dentro de mí.

Seguimos caminando, los rusos alistan las armas dejándolas arriba mientras las puertas se abren mostrando a un grupo de narcotraficantes que mantienen las pistolas visibles, pero con ningún indicio de querer atacar.

—Boss —se acerca uno de los capos—. Bienvenido a mi casa que también es tu casa.

Es un hombre alto, robusto y con sombrero. Lo he visto en los noticiarios y mueve la cabeza en muestra de saludo sin atreverse a darle la mano, solo el más grande de los cabecillas es el que se atreve a interactuar.

—Los barcos están llegando —avisan guiandolo al puerto que hay detrás de la hacienda.

La propiedad es asombrosa, sin embargo, no se puede apreciar cómo se debería, ya que te distraes con las mujeres en ropa interior que empacan coca frente a mesas de madera. Están trabajando de la mano con los hombres que se mueven cargando paquetes que suben a montacargas.

Los muros están resguardados por matones en distintos puestos de vigilancia. Todo el mundo tiene armas, todo el mundo luce peligroso, pero los hombres de la Bratva son los que más sádicos se ven con los tatuajes en la cara, manos y cuello, con el cabello largo y los trajes a la medida que los hace lucir como una pared de músculos.

Los navíos se acercan, uno ya llegó a la orilla y están bajando cajas de madera. Se reúnen todos en un mismo sitio y uno de los voyeviki revienta las tapas.

—Asombroso —comentan los mexicanos cuando el ruso saca un subfusil que arma como si fuera un juguete frente a los otros.

—Garantizo una distancia de 250 metros de alcance para aniquilamiento, liviana, dócil, fácil de desarmar, detonar y esconder —explica—. Emplea

municiones especiales SP-10 y SP-11 de calibre 9x21 mm y explota cualquier órgano en nanosegundos.

La prueba explicando los funcionamientos y soy yo la que debe devolverla a la caja cuando cambia. Cada una tiene un complemento especial añadido por él y espero que Dios me libre de un bombardeo por parte de este hombre.

—Son únicas, mi Boss —los capos las prueban—. No hay cosa mejor que el armamento ruso.

A los mexicanos solo les falta lamerle la suela de los zapatos al Boss. Reparten licor, pero a mí me quitan el vaso tirándolo al césped.

—El alcohol está prohibido para mi esclava —estipula.

Tuerzo la boca con las demandas absurdas, ¿No nota el maldito sol?

—¡Por el Boss y por la Bratva! —brindan cerrando el trato antes de moverse al núcleo del negocio donde le explican a la hermandad como trabajan.

Hay caletas de dinero que guardan en tanques de plástico y polvo blanco por montones que el ruso prueba untándose el dedo antes de metérselo en la boca. Doy por hecho que no consume, pero si sabe identificar si es o no de calidad.

Es la típica hacienda de lujo con piscina, avionetas y cosas excéntricas. Están matando vacas, encendiendo parrillas y tirando la casa por la ventana dándole paso a mujeres exuberantes con diminutos vestidos.

Reparo mi aspecto; short desgastados, una blusa con tirantes que me llega a la mitad del abdomen y zapatillas blancas. No tengo maquillaje y creo que soy la única con 18 años.

Uno de los narcos le entrega varios fajos de billetes a una de las mujeres que llegó.

—Karen, échale ojo a la morrita del Boss que iremos a contar su dinero— indica uno de los narcos—. Cuido lo suyo para que no se me vaya a estresar.

El ruso sujeta mi moño mordiendome los labios en el pie de la escalera.

—Ella se sabe comportar —advierte en términos afirmativos— y mis hombres son quienes la supervisan. No quiero capos, no quiero sicarios, ni hombres alrededor de ella. No está a la venta, no es negociable y muchos menos manoseable.

Mueve la mano dejándome a cargo de un voyeviki. El grupo de mujeres celebra la llegada del dinero haciendo planes mientras el olor de la barbacoa se toma la propiedad. Tienen joyas de oro, cuerpos exuberantes y sus vestidos son de marcas conocidas.

—Lo que solicitó tu patrón —Karen me entrega una bolsa con varias pertenencias femeninas que me dan a entender que debo arreglarme para él o para el sitio, no está claro, pero hay perfumes y accesorios muy de mi estilo.

Le aumentan el volumen a la música entrando en el tipo de ambiente que te absorbe y me pregunto hace cuánto que no me divierto sinceramente fuera del hielo, «No lo recuerdo». Así que tomo uno de los bikinis soltándome el cabello, lo desenredo admirando el don natural de no tener que usar maquillaje, ya que mamá nos dotó con el atractivo natural.

Esparzo el bronceador y salgo disfrutando de los rayos solares. Están repartiendo bebidas frutales, tomo una negándome a soltar el pitillo hasta que acabo y me lanzo a la pileta vacía rodeada de mujeres en traje de baño.

—¿Te vas a demorar ahí? —pregunta Karen.

—Un par de minutos —vuelvo a sumergirme.

La música alta, el calor y el ambiente me cambian el genio siendo observada por un montón de chicas alegres que esperan su turno, no sé porque están felices, pero lo están.

Tengo un voyeviki que me merodea, salgo quedándome en la orilla y los narcotraficantes que no entraron a la reunión se sumergen en el agua y por ello me quedo sentada allí alzando la cara hacia el sol.

—Ved´ma —me llama en ruso y saco los pies del agua atendiendo el llamado del hombre que espera a un par de metros. Se toca los labios

mientras me aproximo y acomoda las tiras de mi bikini antes de llevarme adentro con un afán exagerado.

—Tú fiesta de bienvenida está por empezar, mi Boss — le dice el capo y él sigue avanzando sujetándome la muñeca.

Una línea de alcobas aparece y empuja una de las puertas adentrándose en la habitación que alberga nuestro equipaje.

Cierra con el pie quitándose la ropa. Ya está duro agarrándome con rudeza, mirándome como un depredador deseoso el cual hace que mi traje de baño quede por fuera.

Magrea mis nalgas dándome un par de palmadas antes de tirarse a la cama desnudo y me subo yo también abriéndome de piernas sobre su pelvis, pero sujeta mis caderas plantándome en su boca.

Literalmente sobre su boca, ya que mi sexo queda encima de ella a la vez que su lengua arremete chupandome el coño como un desahuciado, tirando de mis carnes sensibles con un oral que me hace chorrear sobre su boca en tanto me balanceo.

—Más, chupa más — pido arrebatada y yo misma le ofrezco para que siga enloqueciendome con las maravillas que hace ahí abajo, los dientes lo ayudan y debo apoyarme en el cabezal de la cama.

Las sensaciones son tan electrizantes que no sé cómo describirlas, solo sé que tengo la piel erizada y la cabeza en la luna. Una mano abandona mi cadera cuando empieza a masturbarse sin soltar mi sexo y es fascinante que pueda hacer ambas cosas sin desconcentrarse.

—Me lo estoy comiendo todo, Ved´ma —se sacude el miembro con fuerza y su gruñido masculino calienta mi zona cuando está por correrse logrando que sea yo la que se derrite con la llegada de ese momento que me debilita y hace a un lado. Tiene el capullo y el abdomen lleno de sus fluidos y no me da descanso, ya que me toma llevándome a sus partes.

—Limpiala y trágatela —recojo todo con la lengua y no me da asco pasarla, ni quitarla, por el contrario, lo dejo limpio siendo una niña obediente.

—¿Así? —pregunto y una fuerte nalgada avasalla mis glúteos.

—No me hagas esas caras.

—Solo estoy preguntando…

—Pero mira como me ponen tus preguntas —la erección está como el hierro otra vez y se me viene encima poniéndome de espaldas—. Alza ese culo…

Las rodillas se me deslizan en la cama mientras alcanza la lámpara de mi derecha arrancando el cable. Intento voltear para que no me vaya a azotar, pero su agilidad me sobrepasa inmovilizandome los brazos con el cable que amarra alrededor de mi torso dándole dos vueltas, quedando mis extremidades a ambos lados de mi cuerpo.

No me gusta así, porque me priva de cualquier toque de mí hacia él. La palma de su mano se mueve por mi espalda en tanto la gruesa corona de su miembro recorre la línea de mis glúteos bajando a mi sexo y la mera cercanía hace que me le ofrezca queriendo que entre.

—Que cría tan caliente —golpea su miembro contra mis nalgas— ¿Andas empapada todo el día?

—No.

—Solo cada que aparezco —se ríe— ¿O eso también lo vas a negar?

No quiero su miembro contra mi piel, lo quiero en mi sexo, pero lo sigue paseando creando una tortura carnal que me impacienta cuando se levanta y vuelve rasgando no sé qué, pero el empaque cae y arma dos coletas con mi cabello mientras entra, a la vez que suelta una exquisita descarga vibratoria que agita su tronco dentro de mí.

Envuelve mi melena en sus manos iniciando las estocadas llenas de vigor en tanto el anillo de su raíz estimula mis zonas erógenas cada que llego a él. Soportar su potencia no es la tortura, ni lo zarandeos. La impaciencia radica en el desespero por tocarlo y en la sensación de sentirme vulnerable estando inmovilizada.

Mis carnes tiemblan con el anillo, goteo y siento que el clímax va a arrasar conmigo cuando me alza el torso aferrándose al nudo del cable sin dejar de embestir, dándome un polvo violento, a lo ruso, a lo bárbaro tirando duro.

—Cómo se moja la niñita, cómo se moja la víctima con su captor —musita en mi oído —. Como te prende el Boss de la mafia rusa, Emma James…

Aprieto los dientes recibiendo todo lo que me da, analizando la situación y es que en mis planes nunca estuvo hacer esto, pero está pasando y con una violencia en el ámbito sexual que me envuelve. El anillo sacude su miembro dentro de mí y su cuerpo choca contra el mío una y otra vez… Creo que voy a acabar, pero…

—Bañame la verga, Emma—estipula y me vuelvo un charco de jugos y sensaciones que bajan por mis muslos quitándome las fuerzas.

Su esencia se esparce en mi sexo y sale soltando el cable que me tenia atada. Él refleja la paz que ha provocado la descarga quedándose a mi lado sudado.

Meto su pierna entre mis muslos buscando caricias y me toca la punta de la nariz antes de dejar la mano en mi mejilla besándome en la cama, subyugando mi boca con la suya.

—Tengo hambre y tienes que comer o no soportarás lo que falta.

Dice y nos levantamos. Él se va al lavado primero mientras yo ubico mi bikini, pero la desnudez queda en segundo plano cuando sale con el pantalón puesto y el paquete de toallitas húmedas.

—A ver —indica subiendo mi pierna izquierda a la cama en tanto saca el paño y me pregunto si no conoce el significado de la palabra pudor.

Intento dejarlo, pero la vergüenza es demasiada.

—Me da pena —detengo su mano y vuelve a subirme la pierna.

—Cuando te la lamo no te da pena —besa mis labios—. No hay nada de malo en que limpie lo que dejé.

Dice las cosas como si fuera lo más natural del mundo.

—Mira como quedó de sensible —pasea la toalla, sin embargo, es trabajo en vano, ya que me he vuelto a empapar con la acto.

Dobla y toma otra repitiendo la acción mientras mi mirada se encuentra con la suya en tanto me deja limpia. Pasa otra por las partes donde me besó.

—Ya está —dice echando los restos en la papelera, dejando que me coloque la parte inferior del bikini.

Guarda su arma, ajusta la esclava que tiene en la mano y se coloca la camisa suelta dejando que lo siga.

Con Ilenko Romanov conozco el otro lado de la delincuencia, ese que está lleno de extravagancias como la fiesta que hay ahora con mariachis, modelos, prepagos, caballos finos, armas, tequila y cocaína.

Reparten licor por montones y todos les rinden pleitesia adulando sus creaciones y es que el ruso implementa características inusuales en sus armas y eso las hace únicas.

Saca un puro el cual se enciende con el mechero que le acerca el capo del Cartel de Sinaloa.

Es increíble como un mafioso puede ser dueño de una parte del mundo. La Bratva no es solo sangre, según lo que veo, también es dinero, influencia, miedo y dominio.

Queda demostrado en como tratan al Boss dándole todo lo que pide y en cómo se sienta en el mejor puesto conmigo en sus piernas mientras otros lo rodean queriendo que esté de su lado.

Comemos bajo un enorme parasol acompañado de los narcotraficantes más asediados por la DEA, según lo que oigo. No tengo un puesto aparte, me mantengo en sus piernas dejando que pase los dedos por mis hebras negras mientras habla en un español perfecto que no le oculta el acento rasgado y varonil.

—¡Mujeres para los hombres de la Bratva! —estipulan los narcos—. Tú escoge la que quieras, mi Boss.

Evito torcer los ojos, esta gente engaña a sus esposas hasta en sus propias narices. Pasea los ojos por el sitio y me voy contra su pecho acomodando las piernas sobre sus muslos, dejando la cara en su cuello. No escoge, pero “la mejor latina” se sienta a su lado sirviéndole tequila.

—Tengo jaqueca —digo y me da un beso en la frente.

—¿Te gustan con poco cilindraje? —indaga el capo y no contesta, solo se inclina el tequila dejando claro que no quiere más preguntas.

Los demás se divierten, cantan, follan, se drogan y yo me mantengo sobre él con ese toqueteo que lo hace recorrer cada centímetro de mi cuerpo sentados en la orilla de la piscina. No se droga, pero sí bebe mientras sus hombres lo custodian.

Hay putas por todos lados, bailarinas, reinas de belleza, modelos, exhibicionistas, música en vivo y un bar abierto que complace en todo lo que se pida. Bajan las luces, los tiros al aire truenan en el transcurrir de la noche y yo sigo en el mismo plan abrazándolo con disimulo cuando otras se acercan.

Dejar que otra se lleve la atención sería servirle a ella y a él.

—¿Este es otro secreto? —recorre mi barbilla— Sentir celos de las mujeres que se me acercan.

—No sé de qué hablas —me hago la idiota.

—Sé guardar secretos , Ved´ma —dice en un tono burlesco—. Espero que tú también porque para estos —me muestra a los narcos— solo hago lo que hacen ellos y es acostarme con una jovencita. No saben quién eres y ni se acordarán de tu cara porque tienen prohibido grabarla.

Aparta las tiras de mi bikini recorriendome la clavícula. La fiesta no tiene pinta de querer acabarse y los tragos hacen efecto después de las cuatro de la mañana poniéndose más caliente, al punto que me estimula metiendo los dedos por el borde del bikini sin que nadie se dé cuenta. Y mientras la música sigue sonando, me vuelvo a encerrar con él dejando que me folle ebrio hasta que amanece.

No es sexo sutil, no es sexo romántico; es un deseo morboso que lo hace susurrarme al oído, contándome las cosas oscuras que ha hecho mientras me folla.

Quiere que le tenga miedo, pero le tengo ganas y cuando me despierto ya está frente a mí con el miembro erecto.

—Ven a comer —me recojo el cabello chupándosela arrodillada en el piso, acariciando las piernas largas y gruesas.

—Está muy dura.

Digo volviendo a ella ansiosa por sacar lo que me quiero comer.

—Como me gusta que te la atragantes —deja que mi boca haga lo suyo y que su esencia masculina sea la primera cosa que recibo en el día.

Dejo que me bañe con tal de tener sus manos sobre mi cuerpo, sus dedos en mi cuero cabelludo y es que toca tan bien que deseas recibir mil baños al día.

—Esto también es una tortura —asegura deslizando la mano por mi pecho—. Porque estoy entrando aquí y no como un síndrome, porque esos se curan, se tratan, pero esto no; esto se queda en ti para siempre por más que quieras olvidarlo.

El agua cae sobre ambos. No le contesto por el mero hecho de saber que no soy la única perjudicada, ya que la balanza causará desmanes de lado a lado si se mueve perdiendo el equilibrio.

La fiesta continúa. El desayuno es un banquete que se comparte con gente que tiene resaca, sin embargo, la música no para y, mientras el ruso es vanagloriado, yo me suelto el camisón estampado que cargo arrojándome a la piscina.

He aprendido a aferrarme a cualquier momento feliz que me da la vida porque no sé cuando me la van a arrebatar y esté donde esté recibo la migaja de diversión saboreando despacio, ya que tampoco sé cuando volveré al calvario.

Nado por un rato, pero noto que hay varias personas esperando en la orilla, «Soy la única adentro», así que prefiero salirme para no arruinarles el momento.

El ruso está concentrado en una mesa bajo el parasol acompañado de una mujer sin sostén que le sostiene el trago. Borra en el papel, tomo asiento viendo lo que está diseñando y es un misil antitanque y multipropósito al que le pone medidas.

Detallo por un par de minutos como no se equivoca y me da cierta nostalgia no poder hacer planes sobre la profesión que me hubiese gustado estudiar. Amo el patinaje, pero nunca he descartado un título dentro o fuera de la FEMF, donde tenía el enfoque en el entrenamiento físico, deportivo y militar.

Me gustaba todo lo relacionado con el rendimiento físico y psicológico de las personas. Pasan dos horas y sigo observando lo que hace, los cálculos, los detalles y en cómo transforma las cosas comunes.

—¿Cómo sabes hacer eso? —le pregunto— Las armas.

—Me lo enseñaron en el curso de secuestro internacional con énfasis en torturas y desmembramiento de extremidades —contesta.

—No me trates como una tonta —odio que la gente haga eso.

—No te trato como una tonta —sigue trazando—. Te trato como la cría de mierda que eres.

Me levanto molesta, pero no alcanzo a ir muy lejos ya que me echa sobre su hombro a la vez que un montón de narcos se mueven con botellas de licor al lujoso crucero que está estacionado en el puerto.

Los voyeviki los siguen mientras me esfuerzo por bajar, pero cargarme no es ningún impedimento para él.

—Le dediqué nueve años de mi vida a las armas, números y explosivos —me da un beso en la mejilla dejándome en la punta del navío antes de inclinar el trago que le dan mientras el crucero zarpa.

Parece político para que la gente le ofrezca tanto, ya que las celebraciones son por y para él; putas para que se deleite la vista, licor para que apague la sed, protección por montones porque el Boss es intocable y si de diversión se trata son expertos en dársela.

No me suelta, el chapuzón en el mar me lo doy con él. Los show exclusivos que le ofrecen los veo a su lado y como los mismos manjares que le sirven. El que hable de negocios todo el tiempo me hace caer en cuenta que si le derriban una fuente de ingresos, tiene mil más de donde agarrarse.

Apoyo la barbilla sobre mi mano en tanto el mafioso se mantiene a mi lado sentado en la cubierta privada de arriba, mientras los narcotraficantes bañan de tequila las tetas de sus mujeres para luego lamerlas en la cubierta de abajo.

Hace negocios con esta gente, pero no se relaciona con ellos a la par, ya que se comporta como un zar que no merece estar con la plebe. Si me voy a meter en el jacuzzi los otros se salen y solos los grandes capos tienen derecho a dirigirle la palabra.

—Ya que te la pasas acosándome —pongo un tema de conversación basándome en el estilo de las mujeres de abajo—¿Qué tan sexy me vería si me aumento una talla?

No lo haría, pero es curioso imaginarlo.

—No sé —saca el filo de una navaja—, probemos haciendo la cirugía de una vez sin anestesia.

Se me viene encima sujetándome las manos mientras el filo recorre mi abdomen.

—¡Solo es una maldita pregunta! —me quejo. No puede estar un minuto sin amenazar.

—Bien —entierra el filo en la cubierta apartándome el sostén del bikini con la nariz.

—Al igual soy libre de elegir qué hago con mis pequeños pechos.

—Ni eres libre —deja mis senos expuestos—, ni puedes decidir que haces con esto porque nada de lo tuyo te pertenece a ti, me pertenece a mí desde tus pies…

Chupa sosteniendo mis senos con ambas manos logrando que la tanga se empape.

—Hasta tus pequeños pechos —termina.

La noche se vive en el crucero que flota bajo el cielo estrellado y no salgo de los brazos del Boss, por el contrario, soy penetrada con las manos amarradas en las barandas de la cubierta y ha estado tantas veces dentro de mí que ya se siente raro no tenerlo dentro.

Son días rodeadas de dinero, sexo y lujos montanda en los medios de transportes de la mafia (Helipcoteros, avionetas, camionetas). De Sinaloa se mueve a Veracruz y luego a Michoacán y en todos lados recoge grandes cantidades dinero. «No sé ni para qué me pone a patinar», porque le sobran los billetes.

Me baño con él en la madrugada en una de las playas donde hizo una parada antes de volver a Moscú y temo a las sensaciones que me surgen al estar aferrada a él con brazos y piernas en el mar. Mientras lo beso no dejo recordarme que soy una retorcida y eso se queda en mi cabeza durante el día.

El anochecer nos toma en una hamaca paraguaya que se mueve mientras ambos miramos a las palmeras y temo que estos días sean la paz que tienen los fallecidos antes de morir. Dejo la barbilla sobre su pecho, «Soy una mala chica por verlo como lo veo».

—Siempre ha sido todo por la fuerza causándote mucho sufrimiento —me dice y asiento entendiendo su psicología—. No creo que quieras vivir…

—El castigo por dañar el nombre del Boss —termino la frase por él.

—Exacto, esto siempre será nuestro retorcido secreto.

Recuesta mi cabeza en su pecho y sobre este vivo mi última noche en México.

CAPITULO 38 — El DIARIO DELCAZADOR.

Emma.

Me gusta Moscú, al menos lo que he conocido hasta ahora que consiste en la moda, el paisaje y el clima. De haber venido antes le hubiese pedido a la FEMF que me dejara trabajar en el comando ruso, ya que el país tiene muy buenas oportunidades con mi deporte. «Aunque papá no me hubiese dejado, porque para él Londres es lo mejor».

Echo de menos al león y termino cerrando las ventanas pensando en que haré de cenar. Volvimos a Europa en la mañana y aunque no esté sola en casa es como si lo estuviera, ya que el ruso transformó la actitud desde que pisamos la ciudad y no ha salido de su despacho.

—El Boss quiere un café —indica uno de los voyevikis.

«Quiere un café». Me ignoró todo el día, almorcé sola y ahora quiere que le sirvan. Alisto la cafetera estrellando las tapas y preparo una taza grande llevándosela al despacho. Su papel de jefe no se pierde nunca, ya que con o sin arma no deja de verse como un completo peligro.

Aparto las ideas contradictorias que me rondan en la cabeza acomodando las galletas de chocolate que hice cuando llegué. No se molesta en detallarme cuando dejo el pocillo con el plato sobre la mesa mientras finge que no soy nadie concentrado en sus cosas.

No agradece y salgo como si nada. Los voyeviki están afuera, sigo sin saber qué carajos hacer para comer y me harta que la gente actúe como si fuera un fantasma. «De seguro Domi me tratará como una mierda mañana también». Cuando vuelva a Sodom seré tratada peor y…

Me echo en el sofá sujetándome la pierna como si me doliera mucho.

—¡Mafioso de mierda! —lo llamo haciendo mala cara y no tarda en aparecer.

—Los cambios climáticos dañan mis articulaciones y me ha dado un maldito calambre —me froto.

Se sienta en el sofá y aprovecho para besarlo cuando está a mi altura, «Creo que enloquecí». Quiero mimos y no que me traten como un mueble más. Me siento triste desde que llegué y quiero distraerme con otra cosa.

—¿Por qué lo empeoras? —intenta apartarme e insisto arrodillandome en el sofá, tocándole el miembro por encima del pantalón— ¿Tan rápido echas de menos a tu captor?

Dejo que me alce llevándome a la alcoba y en el camino me saco la playera manteniendo las piernas alrededor de él. Soy consciente de que me gusta, pero después de eso no sé qué es lo que me pasa, como tampoco entiendo la necesidad de estar en sus brazos sabiendo que debo cohibirme, que debo pararlo, sin embargo, el morbo es tanto que su ropa se va al suelo al igual que mi panty.

—¿Tienes miedo de lo que pasa aquí? —acaricia mi pecho y su pregunta me dan ganas de llorar— No lo diré, Ved´ma.

Su cuerpo queda sobre el mío antes de iniciar las estocadas voraces que me vuelven agua la boca.

—No lo diré —vuelve a susurrar perdiéndome en las emociones que me provoca su acento ruso.

Él desnudo y yo solo con las medias bucaneras. A él le prende mi inocencia, a mí me moja su poder, que sea más grande que yo y esas caricias medianamente tiernas que son otra migaja, pero que yo atesoro por lo diferentes que son.

—Para esto no te duele —frota la mejilla contra la mía e ignoro mis arrebatos disfrutando el momento y los agarrones bruscos cargados de control.

Me mantiene la mandíbula sujeta y los brazos sobre el abdomen mientras mis piernas yacen abiertas y mi vista se concentra en la grandeza que choca contra mi sexo.

—Muy fuerte —manifiesto en busca de una caricia y me da más duro para luego compensar con el beso que me derrite debajo de él.

La humedad me indica que no fui la única que terminó y, como siempre, se hace a un lado metiéndose bajo las sábanas. Afuera está nevando y más que indiferente parece estresado.

No fuerzo nada, simplemente me visto yéndome a mi cama como tiene que ser, pero con él en mi cabeza, con su olor entre mis piernas y con su pregunta rondando en mi mente, «No lo diré, Ved´ma». Yo tampoco lo haré.

Duermo con frío y a la mañana siguiente me preparo para las prácticas. El ruso no está por ningún lado, me ha dejado a cargo de sus voyeviki y me bebo la píldora anticonceptiva guardando la cajetilla en la mochila antes de salir.

Domi y Chip me están esperando en su camioneta y lo primero que hace la dominatrix es torcer la boca cuando me ve.

—No te veo muy descansada —me regaña—. Para eso son los recesos.

—Estoy secuestrada…

Me golpetea el cráneo con la uña como si me estuviera despertando el cerebro.

—Las Nacionales no son un juego de aficionados, estés o no secuestrada tienes que rendirme —advierte—. Hay una importante presentación en un par de semanas y quiero…

—Que sea la mejor —ya me sé su discurso.

Asiente ansiosa antes de informarme el sin número de entrenamientos tortuosos en los que me va a someter.

—Tú eres la mejor de los diez —deja las manos en mi nuca cuando llegamos al centro de entrenamiento— ¡La mejor de las diez!

Recalca y bajo del auto. Tengo entendido que el ranking impulsa los primeros cinco años del patinador y eso es otra cosa que me arma un nudo en la garganta, porque no sé cuánto de eso podré aprovechar.

Me presento oficialmente con los nueve que me sonríen hipócritamente. Ava Clark ni me determina y hago lo mismo concentrándome en mi entrenamiento.

—Tus presentaciones son las más vistas en la página web del patinaje, además de YouTube, después de las de Ava Clark —me alcanza una de las patinadoras—. Soy Dany, tengo el puesto siete.

—El cuatro —recuerdo lo que ya sabe.

Acepto el apretón de manos alejándome cuando Domi empieza con los gritos. Mantengo los lentes y la capota arriba cumpliendo con la rutina diaria, pero para ella no es suficiente.

—¡Hoy dormimos aquí! —estipula— ¡Y mañana también!

Salto la cuerda concentrándome en mi deporte. El hielo es lo mejor de esta realidad y por ello no le refuto a Domi cuando me pone el doble de trabajo, debido a que quiero ser la mejor. Quiero repetir la experiencia del concurso anterior y seguir teniendo notas en la prensa.

Los patinadores se van y yo sigo practicando como si estuviera empezando la mañana. La cuchilla de los patines de práctica se afloja, sin embargo, eso no es un impedimento para mi instructora, ya que me pone a practicar con los que me dio el Boss.

—¡Muy bien, muy bien! —me animan Domi y Chip desde la tribuna— ¡Te noto más suelta, más preparada, pero sé que puedes hacerlo mejor!

Me esmero subiendo el volumen del Ipod que me prestó Chip soltando varios saltos tipo Vals mientras las notas de Yes to heaven me acompañan. Los recuerdos del sótano llegan, lo que pasó en México y lo que ha venido pasando los días anteriores.

Suelto el cuerpo con la rutina, sin embargo, mi mente vuelve a traer a los Lazareva comprimiendome el estómago e intento apartarlos con la secuencia de giros que ejecuto sobre mi propio eje manteniendo el equilibrio, musitando la canción que me hace arder la nariz.

Sigo girando hasta que mi vista viaja al puesto de Domi cuando grita mi nombre, pero la música no me permite entenderla y arranco los audífonos a la vez que ella desaparece huyendo de los disparos que centellean en la tribuna donde se oculta.

Volteo a ver de donde provienen y la imagen del Underboss entrando al hielo me deja fría, espabilo varias veces…Está lleno de sangre, pálido y con los labios blancos… Mi cerebro lo ve como una alucinación porque no es posible que en unos minutos caiga del primer al último nivel…

Vomita en el hielo con una mano en el abdomen.

—Noch Prizrak — La fuerza de su agarre cuando se acerca me deja claro que sí es real—. Tenemos que huir, pequeña puta…

Se aferra a mi brazo sacándome a las malas, pero el que tenga el dedo en el gatillo me quita el derecho de refutar. Sé lo sádico que es ya que lo he visto matar a una persona en segundos.

—¡Vladimir, déjala! —le grita Domi, pero solo se afana por sacarme por la puerta del otro lado— ¡Déjala!

Chip la toma ocultandola de los disparos que suelta el rubio huyendo conmigo. Hay sangre en el pasillo, varios Voyevikis en el suelo y lo primero que hace es ponerme contra una de las paredes sacándome el chip de rastreo que él mismo puso en algún momento con la punta de un cuchillo.

—¡Vlad! —intento hablarle, pero parece como si se hallara en otra constelación con el arma en la mano mirando atrás como si lo estuvieran persiguiendo— Escúchame un segundo…

—¡Quítate eso! —señala los patines con la pistola —¡No eres buena en eso, así que quítatelos!

Hago caso envolviendolos en la sudadera que me saco. Varios hombres aparecen en el pasillo y él huye conmigo mostrándose hábil a la hora de disparar y perderse sin importarle que sean los hombres de su padre, solo se mueve entre las distintas puertas mientras le gritan cosas en ruso.

Salimos por la puerta del personal. Es de madrugada, no hay casi nadie y de repente varias camionetas se estacionan al final de la calle por lo que me hace correr en dirección contraria.

—¡Necesitas ayuda, Vlad! —me niego a seguir corriendo, pero vuelve a tomarme por las malas adentrándose a un callejón donde destapa una de las alcantarillas— Escúchame…

—¡Entra! —me arroja al hoyo.

El agua sucia toca mis medias y él cierra después de entrar al sitio que apesta, pero eso es lo de menos a la hora de ponerme a correr por los túneles subterráneos sin dejar de mirar atrás.

No me quiere escuchar, no quiere entender y mantengo los patines contra mi pecho mientras repite para él mismo…

—Maxi no contesta. Maxi me odia porque maté a madre...

Frena tapándose los oídos. Quiero centrarlo y desarmarlo, pero no me lo permite poniéndome contra el concreto.

—El Boss es peligroso, pequeña puta —tiembla—. No dejes que te toque, no dejes que te atrape..

Está tan absorto en su propio mundo que vuelve a tomarme escapando otra vez. El olor alcantarilla me deja lo poco que comí en la garganta y los calcetines se me desgastan de tanto andar.

Volvemos a las calles y él no deja de correr, pese a que no lo están persiguiendo. Solo escapa saltándose semáforos en rojo, atravesando las avenidas y yéndose a lo más bajo de Moscú. Recorre los barrios como si se supiera la ciudad de memoria.

Perdemos velocidad cuando aparecen los graffitis con la simbología de las pandillas de la Bratva, nada de lo que le digo escucha y mantengo la sudadera contra mi pecho mientras busca el edificio abandonado donde se adentra. Vuela los seguros a patadas y hay más símbolos, más sangre mientras avanzamos, pero él no parece notar el panorama.

No me gusta este sitio, no me gusta lo que huelo. Las grandes columnas van quedando atrás y el Underboss se detiene al llegar al núcleo del edificio. Varios cuerpos de la pandilla yacen en el piso al lado de una morena delgada que es escoltada por varios hombres.

—Dalila —susurra el Underboss mirando los cuerpos de sus hermanos y empiezo a retroceder, pero me ponen el caño de un revólver en la cabeza.

La mafia italiana es la que más asuntos pendientes tiene con mi familia. Uno de los voyevikis de Maxi aparece poniéndose del lado de la morena.

—El grandote que trabaja para Maxi —le pega con el puño cerrado — me trajo a la pandilla que no quiso hablar porque es muy leal, leoncillo — reluce los cuerpos que mató—. Sin embargo, soy una suertuda al toparme contigo aquí.

La agilidad del rubio se denota cuando baja a cinco personas con el cuchillo y cuatro con el arma para después partirle el cuello a otros dos. Una manada se nos viene encima y nos reducen.

Logro soltarme queriendo buscar el camino de regreso, pero me toman del tobillo siendo arrastrada mientras rasgo el piso con las uñas como si eso fuera a detenerlos.

—Ya es hora de que los rusos se arrodillen ante los italianos — obligan al Underboss a ponerse de rodillas, pero prefiere caer antes que acceder.

—¡No dejes que me lleven! —le pido a Vladimir cuando me separan de él extendiendo la mano mientras que con el otro brazo sostengo los patines — ¡Por favor, Vlad!

—Tengo una James —salta la italiana cantando— y un verdugo ruso para divertirnos con los juegos de la Bratva…

Varios escalones me aporrean, patean una puerta metiendome en esta y me voltean lanzando un puñetazo que me desorienta, sin embargo, me incorporo abrazando los patines, soportando los golpes que arrojan a mi cara en tanto Dalila salta a mi alrededor pidiéndole al voyeviki que no tenga piedad.

—¡Ánimo, pequeña estrella! —aplaude— ¡Que ustedes sí que son resistentes!

Me patea cuatro veces cuando caigo en tanto aparta al voyeviki que arroja los patines al rincón antes de tomarme de los brazos mientras otro hombre me quita el pantalón deportivo dejándome en bragas y playera.

El sitio en el que estoy no deja de gritarme que me harán daño. Doy pelea en el piso con la vista en la puerta que se cierra y el sonido del seguro

despliega mis miedos mientras la italiana se me sube encima estrellándome la cabeza contra el suelo a la vez que los otros sujetan mis extremidades.

—¡Tengo una James! —canturrea— Tengo una James, la más idiota, pero ¡Tengo una James!

Sigue golpeándome.

—¡Perras! —me grita— ¡Perras manipuladoras!

La boca se me llena de sangre y se la arrojo a la cara manchandole el rostro, burlándome como si me estuviera divirtiendo con lo que hace.

—¿El juego acaba cuando me duela? —la desafío— Porque si, mi hermana es una perra manipuladora, pero yo soy una perra resistente…

La enfurezco más haciendo que me golpee más fuerte, pero yo no quiero pelear, quiero huir. Me levanta llevándome contra una mesa de metal con la ayuda del verdugo. El torturador me duplica en tamaño y otro sujeto castaño lo secunda a inmovilizarme.

—Tengo una James —sigue canturreando mientras me entierran la cabeza en la mesa bajándome las bragas—. Hago lo que quiera con ella y con su culo….

Mete los dedos en mi recto asqueandome, mientras sus caderas se refriegan contra mí como si me estuviera follando. Hace lo mismo con mi sexo.

—Me estoy follando a una James —sigue con el canto y me vuelvo a burlar con lágrimas en los ojos.

Me quedo quieta obviando lo que hace, convenciendo a mi cerebro de que esto no está pasando. Se sigue riendo mientras lo hace e imagino que estoy patinando rodeada de gente que me aplaude. No quiero rogar, porque los ruegos solo me humillaran más.

Ella se mete los dedos y me unta la cara. Me voltea otra vez y sus nudillos quedan contra mis pómulos, contra mis ojos. Los golpes me debilitan y mi mente empieza a dispersarse como si supiera que esto no es

lo peor. Me llevan al suelo dejándome sobre algo de madera mientras la sangre me sale por la nariz y por la boca.

Su canturreo lo oigo como si estuviera a kilómetros y volteo a ver cómo extienden mi brazo sobre la estructura de cedro que tengo abajo.

—Tengo una James —sigue cantando mientras posa la punta del clavo de hierro en la palma de mi mano—. Tengo una James...

Lanza el martillazo que me lo entierra desencadenado el dolor que me desgarra la garganta con los gritos. Siento que me están arrancando la mano con cada martillazo que lo clava más, tocando esos puntos que me hacen querer morir al llegar a los niveles máximo de dolor.

La cabeza de acero toca la piel de mi mano.

—Tengo una James —extiende mi otro brazo y solo miro al techo recibiendo la tortura con el pecho conmocionado, con lágrimas deseando que alguien patee esa puta puerta y me saque acabando con este suplicio.

«Me están desmoronando, mamá», anhelo poder decirle eso a Luciana. Por muy enojada que estemos es mi madre y quiero decírselo.

Tiran de mis pies y, mientras ella sigue clavando, los otros envuelven mis piernas en cadenas con espinas que se atan a la madera. Enrollan otra apretando alrededor de mis costillas y en mis brazos hacen lo mismo antes de tensar la cadena y de levantar la cruz donde yazco. La sangre sale de mis palmas, siento la cara hinchada, el cabello se me pega a la piel y las espinas se entierran en mi carne.

—¡Oh, bellas criaturas que merecen ser vanagloriadas! —se burla ella mientras soy crucificada en pleno siglo 21—. Eso haremos, vanagloriarte.

No hay una parte de mi cuerpo que no duela. Miro mis manos atravesadas por los clavos, las cadenas alrededor de mi cuerpo como una maldita prisionera y le cuestiono a Dios el darme tan pocas migajas de felicidad, ya que no compensan esto.

—¡Traigan al Underboss! —demanda la italiana.

Los dientes no dejan de castañar debido al dolor y visualizo como traen a Vladimir más golpeado que yo. Lo atan a una silla con el doble de cadenas. Esto no es más que una camara de tortura con artículos de agronomía, armas de carnicería y mecánica.

«Tres personas», hay tres personas; la italiana, un joven francés al que ella le dice Paul y un voyeviki de Maxi que le da ideas a la italiana sobre cómo someter.

—Aquí el famoso diario del cazador —alza un cuaderno de cuero— donde se consigna el sufrimiento y las plegarias de la víctima… Víctimas en este caso.

Muestra las hojas en blanco y me esfuerzo por mantener la cabeza levantada. La penuria es insoportable con los clavos torturando mis terminaciones nerviosas.

—Emma James y Vladimir Romanov —anuncia—; Dos miembros de familias ilustres que nos han escupido, pero aquí estamos dando la lección y escrito los nombres empecemos a llenar las hojas.

El Underboss se ve perdido mirando a todos lados. Es obvio que tiene noches sin dormir y susurra el nombre de su padre buscándolo como si estuviera en la alcoba.

—Noch Prizrak —mueve los hombros con asco.

—Él ya está viviendo su infierno, déjalo —pido con un hilo de voz.

Cada que lo veo la imagen del cuento aparece en mi cabeza y si, ha sido un completo hijo de perra conmigo varias veces, pero con él lo fueron primero y de la peor manera que se puede ser.

—Hoy lunes a las 8:00 AM se iniciaron las penurias de la víctima —escribe sonriente—. Vladimir Romanov luce perdido, desorientado y como un completo asco.

El francés llamado Paul despliega un maletín que se abre con distintas jeringas que desenfunda yéndose al sitio del rubio.

—Procedo a inyectar la primera dosis de HACOC …

—¡No, eso lo va a poner peor! —ignora mis gritos e intento bajar de esta maldita porqueria, pero no puedo hacer nada por mí, ni por él que también está encadenado y no logra zafarse por más que batalle.

—Si tu padre hubiese acatado los niveles de poder...

El francés le dobla el cuello introduciendo la jeringa que deja vacía.

—Vlad, mírame —le digo con la poca fuerza que tengo.

No soy una experta en esto, pero siempre he tenido claro los efectos de esa maldita basura italiana la cual arruinó parte de la vida de mi hermana. Él es un drogadicto, le va a golpear más fuerte y queda demostrado cuando tensa los brazos absorbiendo los efectos.

—Todo lo que veas es mentira —le digo—. No está pasando, ¿Me oyes?

Hablo en vano porque las lágrimas le toman los ojos y es que basta una dosis para sacar tus miedos, una dosis para entrar en tu cerebro. Agita la silla, grita, berrea y pelea con él mismo en medio de cadenas.

—No quiero que me toquen —masculla—. No quiero a esos espectros de la noche sobre mí.

Rompe en llanto queriendo liberarse en tanto el nombre de Sonya sale de su boca con un desespero horrible mientras la italiana anota y lloro yo también, cansada, adolorida, porque cada que respiro se me entierran las espinas en el abdomen y ella no deja de reírse, de aplaudir y de burlarse de las alucinaciones del Underboss.

—No quiero jugar —se pierde—. Solo quiero que madre me abrace…

—Ríete —me pide la italiana conectando las pinzas que le transmiten electricidad a mis cadenas acelerándome el corazón.

Quita, pone y siento que mi cerebro va a estallar, que se va a reventar y no hay sensación más horrible que esa.

Repite alternando la secuencia y voy perdiendo el razonamiento, ya que me desoriento sin saber dónde estoy y no hago más que detestar la risa chillona que se burla de mi apellido.

El tiempo deja de tener sentido. Son horas, minutos y segundos donde ella documenta diciendo la hora exacta de cada acontecimiento y así llegamos a la tarde del día siguiente.

—Vlad —es lo único que puedo susurrar ante su llanto que aumenta con cada dosis —. No es real…

Logro que me mire por mínimos segundos dejándolo absorto con mi imagen.

—¿Cuando vuelve papá? —pregunta como si yo tuviera la respuesta— ¡¿Cuándo vuelve mi papá?!

Exclama antes de perderse otra vez.

—¡Tú papá es un terco que no quiere arrodillarse y por ello estás aquí hasta que lo haga!

Atormentan su mente con su pasado y a mi cuerpo estando sujeta a la jodida cruz donde no puedo ni sostener mi cabeza, sin embargo, no suplico porque no quiero que lo consignen en ese maldito diario.

Simplemente grito cuando tengo que gritar y lloro cuando tengo que llorar, pero hasta ahí. Soporto las descargas y los golpes que me dejan con un ojo totalmente cerrado y los labios partidos.

—¿Qué declaración tienes? —pregunta la italiana— ¿Algo para tu mami o tu papi?

Asiento.

—Para mi hermana —musito débil—. Querida Rachel: Heme aquí, he sido apresada por tus enemigos…

Me trago la sangre que me inunda la boca mientras ella anota.

—Espero que ignores mi estado, solo quiero que me hagas un favor cuando puedas —alzo la cara— ¡Y es que mates a esta hija de puta de una forma muy dolorosa…!

Miro a los verdugos con el dolor viajando por mis venas.

—¡Y a ustedes también! —los amenazo— ¡Les va a pesar el haberse metido conmigo!

Nadie da un peso por mí, sin embargo, advierto y no sé ni porqué. La risa chillona vuelve a aparecer a la vez que le lanzan una pinza mientras ella se sienta en el piso como si fuera una niña de cuatro años.

—Solo eres un mero nombre, un apellido lleno de belleza —dice—. No has logrado nada en la vida y te atreves a tratarme así…

Acerca la pinza a mis dedos arrancandome las uñas una por una mientras aprieto la mandíbula.

Los gritos del Underboss no me ayudan cuando le inyectan más Hacoc y me quedo sin nada en los pies, sin lágrimas, sin gritos, solo con un animal enjaulado en mi pecho el cual se ha quedado en un rincón de cara contra la pared.

Se pone de pie mientras los dedos no dejan de sangrarme y el francés le acerca un círculo hecho de botellas rotas incrustado de cristales filosos. El verdugo ruso me toma del cabello por atrás dejándome el mentón en alto y ella sube a una pequeña plataforma dejando el objeto en mi cabeza como si fuera una corona.

Se baja, me observa y aplauden mientras los sollozos no me abandonan, ya que los cristales se me entierran en el cuero cabelludo.

—Una reverencia para Rachel James, la “dama de la mafia" —se mofa— y una para Emma James, la reina del hielo.

CAPITULO 39 — BRATVA

Emma.

Cuando estaba en Phoenix Luciana discutía conmigo por no dormir como se debía, ya que mi rutina consistía en levantarme antes del amanecer con el fin de cumplir con la jornada exigida por la academia militar y dedicarme a mi hobby practicando piruetas en los campos del ejército o en las pistas callejeras de la ciudad.

Me acostumbré a estar activa a toda hora, así sea bailando, saltando, cantando o entrenando. Dormir no es mi pasatiempo favorito, debido a que con tantos planes sentía que estar en la cama era una pérdida de tiempo y mi cuerpo se acostumbró a eso, a no querer estar quieto.

El dolor tiene hasta la última molécula de mi cuerpo, el cráneo me arde y la voz italiana lee en voz alta las dosis que le ha dado a Vladimir donde explica su comportamiento, el cual ha pasado de forcejear con él mismo a quedarse inerte en la silla como si el miedo lo hubiera apresado, mientras yo me mantengo encadenada en la misma posición.

—Somos las familias más poderosas de la mafia, Vlad. Unidos seríamos invencibles, pero a tu papá lo mata la altivez —empieza la italiana alimentando el odio que le tengo—. Le cuesta seguirnos, reconocer que la punta de la pirámide es nuestra y así no podemos trabajar.

Me ha torturado con descargas eléctricas que sabe alternar, me ha golpeado cada que quiere y se me ha burlado con esa risa chillona que me fastidia.

—*”* Cuando los reyes hablan, los plebeyos se arrodillan y callan” decía mi detestable tío que no me cae bien, pero si que tiene razón —sigue—. La mafia italiana es la realeza. Mandamos y gobernamos sobre todos los clanes. No nos atacan, nosotros somos los que atacamos y si queremos tomar al hijo de la cabeza de un clan para dar una lección de obediencia podemos hacerlo.

Alardea.

—¿Que hacen los plebeyos? —indaga— Esperar la negociación y humillación de los líderes, en este caso nosotros.

El rubio no contesta, solo se hunde en la silla cansado de pelear con él mismo.

—Tu padre debe rendirnos cuentas en un par de horas explicando el porqué de tanta terquedad. Y tu estado con el de esta perra —me señala— es la clara advertencia sobre lo que pasa cuando te metes con la mafia italiana.

Se vuelve hacia el francés, al que llama Paul.

—Ve por el líder —indica antes de mirar al voyeviki de Maxi— y tú ve preparando a las víctimas. Comeré algo para no bostezar en medio de las explicaciones del Boss.

Se va con el francés y el voyeviki empieza a desanclar la cruz dejándola en el suelo. Cada movimiento desencadena una punzada en mi sien. He vivido las peores horas de mi vida atada a esto y recibo otro golpe cuando dejan caer la cruz haciendo que me golpee la cabeza.

Empieza a soltar los candados que liberan las cadenas de mi torso, quita las que envuelven mis piernas y procede también con mis brazos. Mi labio inferior no deja de moverse consciente de que me arrancaran los clavos de las manos y un chillido rasga mi garganta cuando lo extrae con la ayuda de una espátula.

El tormento nubla mis sentidos no teniendo idea de nada por varios minutos. La única reacción de mi cuerpo es querer mover los dedos de la mano mientras el voyeviki separa mis piernas hablando en su lengua materna.

—No —musito al percatarme de sus intenciones, al sentir sus manos en mis caderas y su boca contra la mía—. No.

No tolero el olor asqueroso, las manos callosas y el relieve de sus cicatrices contra mi cara.

—No.

Trato de convencer a mi mente de que no es nada, qué pasará rápido.

—No —vuelvo a decir con las lágrimas escurriendo por mi sien a la vez que mis dedos se mueven tocando el clavo que me acaban de sacar, pero él no me suelta la boca bajándose el pantalón—. No.

El asco es demasiado, las ganas de vomitar, su sudor, su cuerpo... Convulsiona mi pecho mientras me grito a mi misma una sola cosa y es ¡No lo merecemos! Nunca hemos merecido nada de esto porque estando afuera nunca le hice daño a nadie.

Siento que están absorbiendo la parte bonita de mi espíritu, que se están llevando lo poco que me queda y no quiero que se me escape, no quiero que me hagan más daño…

—¡Dije que no! —grito tomando el clavo que le entierro en la cara.

Lo hundo con rabia, con asco, soportando el dolor que me avasalla en las articulaciones, pero eso no importa ahora; solo quiero ponerme a salvo, protegerme de los maltratos porque no tolero una tortura más.

Dos bofetones me sacan sangre del labio, se para a patearme, «Me va a matar». Se lleva la mano a la herida berreando y me arrastro rápido en el piso cuando intenta alcanzarme. No sé cómo salir de esta. El piso me pela los codos con el afán y los patines tirados aparecen en mi campo de visión, sin embargo…

Sus dedos se envuelven en mi tobillo y alcanzo a tomar uno cuando me devuelve rabioso. Volteo antes de que se me venga encima y mando la cuchilla del patín a su cráneo enterrándoselo en el centro de la cabeza. El chasquido de su cerebro suena, saco y se lo vuelvo a clavar tres veces más dejando que su sangre me salpique.

Cae a mi izquierda y me arrastro lejos con la poca fuerza que tengo cuando la italiana entra embravecida. Agarro mis patines en la huida y ella se apresura a tomar un bate mientras me vuelvo un ovillo en el rincón. «No más», es lo único que me repito. No quiero que me golpeen más.

—¡Te voy a romper esas piernas! —se alza sobre mí y pego la frente en la pared sin poder controlar los temblores que me avasallan.

—¡Dalila! —exclaman y reconozco la voz de Phillippe Mascherano.

Le arrebata el bate rabioso reparando el panorama.

—¡¿Qué has hecho?! —se va al puesto de Vladimir revisandolo— ¡¿Cómo se te ocurre ponerle HACOC a un miembro de la pirámide?!

—¡Ay ya! No empieces con la benevolencia —se queja ella antes de encararlo—. No tienes que tenerle miedo a los rusos porque tú eres el que manda…

Empiezan a discutir mientras me mantengo en el rincón. Ella lo convence de que tiene que ser así y él revisa los signos de Vladimir que se ha debilitado. Empieza a caminar de aquí para allá mientras la italiana repite el mismo discurso.

—¡Silencio!

El pelinegro intenta calmarse mientras sus hombres preparan al Underboss. Viene a mi puesto y muevo el hombro para que no me toque.

—Compórtate como líder, Phillippe —sigue ella y él aprieta el puño soltando el golpe que me deja desmayada.

Ilenko.

Treinta minutos le tomó a Vladimir Romanov huir del centro de rehabilitación acabando con varios miembros en el proceso. Dicho sitio no se atrevió a informar por miedo a las represalias y ahora está cautivo en un sitio peor.

—Las demandas son sencillas, Boss —explica Angelo, el padrino de los hermanos Mascherano—. Solo queremos que te acoples a las normas de la pirámide y asumas de una vez por todas que Phillippe es el líder antes de que el Underboss muera por culpa de una sobredosis.

Algo me quema el estomago. Mantener la compostura es algo que exige mi posición y Vladimir se fue a la trampa por sí solo. Observo al resto de los miembros de mi familia que viajó a Moscú al enterarse de lo que está haciendo Dalila.

—Te negaste a ceder la esclava que pidió Phillippe. Tu gente no está defendiendo a los nuestros como lo demandan las normas, la cual una es "Damos la vida por el líder" —empieza—. No vas a las reuniones, no contestas los llamados y no nos estás rindiendo cuentas.

Angelo está representando el papel de negociador y los italianos exigen reverencia y sumisión de la Bratva. Miro a mi padre que asiente al igual que el resto de los Romanov.

—Queremos a Vladimir —pide Akin—. Que se proceda como sea, pero necesitamos al Underboss vivo.

No puedo ni hablar. Desde que me enteré no he dejado de pensar en la cantidad de basura que ha de tener en las venas.

El anciano se apoya en su bastón escoltado por los antonegras de su organización, los cuales manejan los cuatro grupos más peligrosos de Italia (Cosa Nostra, la Camorra, Ndrangheta y Sacra Corona Unita) y quienes le rinden tributo como todas las divisiones de la Bratva me lo rinde a mí.

—La tozudez no tiene cabida en nuestra sociedad y esto es el ejemplo de ello —habla para todos—. Esta es la segunda vez que nos ponemos en contra y las cosas nunca…

—Ya oíste que Vladimir es lo único que nos importa —lo interrumpo dejando claro—. Entregalo y ya está.

—Debes disculparte…

—¡Entregamelo! —exijo molesto— No razono con otra cosa que no sea eso.

—Lleva a tus Vory v zkone, los cuales también han estado de tercos siguiéndote —establece—. Sabes como es el proceder, todos ustedes aquí lo saben, así que prepara tu salón y las disculpas para que se puedan alzar las banderas de paz.

—Hoy —añado cuando se pone de pie—. Hoy mismo quiero que me lo entreguen.

Estipula la hora de la entrega antes de retirarse y arrugo los papeles queriendo mantener el control. El resto de los Romanov se retiran con él. La obediencia es algo muy importante aquí y el que un clan se te rehúse es una clara falta de respeto que detestan los italianos.

Solicito que se arregle el punto de encuentro más común de la Bratva (Es la que debe disculparse). Exijo la presencia de los vory v zkone y el Obshchak de la hermandad como los italianos lo demandan.

Salamaro se encarga de todo mientras la hora se acerca y me apresuro a la camioneta que me traslada al sur de Rusia, al terreno baldío donde yace el viejo granero en el cual espera mi gente. La mafia roja es prepotente por naturaleza y se nota en la cara de todos.

Avanzo seguido de mis hombres que se alejan cuando me siento en los escalones de la vieja tarima de madera esperando el momento. Los representantes de los otros clanes, como los búlgaros, españoles y albaneses no se hacen esperar y suben a la segunda planta que los deja por fuera de la disputa, (solo vienen a ver).

Capto el sonido de los últimos vehículos que se estacionan y tomo una bocanada de aire llenándome de paciencia.

Mi gente abre la puerta y sigo sentado mientras los italianos se adentran en el sitio. Las leyes son claras y la palabra pesa. A los líderes se les respeta y por ello todos le abren paso cuando se toman el lugar respaldado por sus antonegras.

Dalila no borra la sonrisa triunfal en tanto Phillippe está neutro apartándose para que vea lo que queda del Underboss. Me hace pasar saliva con el perturbador estado en el que se encuentra, un estado que lo hace mirar a todos lados aterrado, vacío, con los pómulos marcados, ojeras moradas, labios secos y las venas visibles gracias al tono lechoso que ha adquirido su piel.

El lamebotas que le sirve a los italianos tira de una cadena acercando a la mujer que camina a trompicones con las piernas temblorosas en bragas y playera abrazando los patines, descalza, golpeada, con el cabello y la cara ensangrentada.

—El Boss nos rinde pleitesía desde ya quedándose en los escalones —habla Dalila— ¡Como tiene que ser!

Me arrojan a Vladimir quien cae a un par de centímetros y sigo en mi sitio apretando los dientes al verlo así, reducido y acabado como si no tuviera el apellido que tiene.

—¡Esto es lo que pasa cuando decimos "No" en vez de "Si"! —alardea la italiana señalando al rubio— El Underboss es un saco de estiércol al igual que su padre, el cual aprendió la lección a las malas.

Mi hermana viene por él, que no sabe ni donde está gracias a la droga. Dalila se posa frente a mí y me pongo de pie queriendo acabar con esto de una vez.

—No te oigo, Boss —se adentra en su papel.

Los Romanov hemos estado en la pirámide desde que se fundó.

—Exijo perdón —digo viendo a mi hijo y a la hermandad—. Tus ojos no volverán a apreciar mi desacato.

—Júralo —pide.

—Lo juro por mi puesto, mi lugar y mi apellido.

Asiente antes de clavar el dedo en mi pecho.

—Me llevo a la esclava porque es mía desde el día que la raptaste —estipula—. Me la llevo porque tengo todo lo que quiera de ti y agradecele a Philippe que te devuelva a tu hijo, ya que lo quería entregar por partes.

Me arroja el diario del cazador en la cara.

—Despídete de tu ejecutor, perra —se aparta empujando a la menor de las James y los ojos azules es lo único que resalta en medio de los moretones y la cara manchada de sangre.

La reparo concentrándome en la mirada celeste que no cae.

—Ella me crucificó durante dos noches —musita como si estuviera poniendo una querella mostrándome las manos agujereadas— Y me dolió mucho cuando me puso los vidrios en la cabeza porque parecía un animal.

Sus labios forman un puchero de forma inconsciente y muevo la cabeza en señal de asentimiento.

—No me los quites, por favor —solloza llenando los patines de lágrimas y estos se caen cuando tiran de la cadena que la lleva al piso arrastrandola hacia afuera.

—Tengo una James —canturrea la maldita desquiciada.

—Fin de la reunión —estipula Phillippe dándose la vuelta.

Me mantengo en mi puesto con la vista fija en ellos mientras caminan a la salida. Dalila endereza la espalda cerca del umbral y…

Uno de los vory v zkone deja caer la tabla que atraviesa y asegura la puerta del granero. Sus antonegras sacan armas de inmediato a la vez que los líderes de arriba son encañonados por mi gente y, por muchos escoltas que carguen, uno de los míos basta para acabar a cinco de los suyos y por ello se quedan quietos.

—¡Apártate! —le grita Dalila al vor v zkone que los hace retroceder y Phillippe voltea a verme mientras me arremango las mangas de la camisa.

—¿Cómo se pagan las ofensas en la Bratva? —pregunto.

—¡Con sangre y tortura! —contestan acorralando a los italianos.

Arrodillan a Phillippe y a sus hombres mientras voy por Dalila que alza el arma, pero le quito la oportunidad de hacer cualquier cosa partiéndole la muñeca.

—Prometimos no matar al líder, prometimos no matar a la dama y respetaremos eso por muy inútil que seas —dejo en claro mirando al italiano—. Pero vamos, esta aberración nunca ha sido la dama de nada.

Arrastro a la italiana del cabello subiéndola a la tarima donde yace el mesón, mis hombres la sujetan y le arranco la ropa dejándola sin nada.

—¡Philippe! —llama a su tío— ¡Philippe!

Chilla más fuerte, pero este está encañonado al igual que los otros miembros del clan italiano.

—¡Te mataré! —forcejea rabiosa— ¡No me tientes, basura!

La tiran en la mesa dejándola boca abajo con la espalda descubierta sin dejar de sujetarla, aquí hay de todo y dos vory v zkone toman los clavos de hierro que les ofrecen.

—Buena tortura —le dicen en ruso dejando la punta contra sus muñecas —, pero así es como se crucifica.

Lanzan los martillazos que le atraviesan las muñecas atascandole el llanto y alzo el cuchillo ubicadome detrás de ella enceguecido por la rabia.

—¡Vuelvo a exigir perdón por no haber hecho esto antes! — la hoja filosa traza la herida que labro desde la columna vertebral hasta sus caderas.

—¡Philippe! —vocifera desesperada.

Los alaridos acarician mis oídos cuando empiezo a cortar y abrirle las costillas ejecutando a la antigua. Los de arriba se tapan la cara mientras mis hombres suben al italiano obligándolo a ver lo que está pasando.

—Tus ojos no volverán a apreciar mi desacato —sigo separando los huesos— ¡Porque no vuelves a abrirlos!

Los pulmones quedan por fuera y tomo un puñado de sal del plato que me acercan esparciendolo dentro de ella. No me repugna, no me impresiona, porque estoy acostumbrado a abrir gente como si fueran cerdos y más cuando me quieren ver la cara.

—Al Boss no se le irrespeta, no se le somete —digo— ¡Ni a mí, ni lo mío y mucho menos a mi hijo!

Dejo que los miembros la tomen de brazos y piernas. No le quitan los clavos, sino que estos atraviesan su carne con la fuerza que ejercen los vory

v zkone al quitarla del mesón llevándola a la base donde la suben enganchando su piel en pinzas oxidadas antes de elevarla cumpliendo con la tradición del águila de sangre.

Los líderes de los clanes no se creen lo que están presenciando y la cara de perturbación de Phillipe no se puede describir cuando toman a su lamebotas desnudándolo antes de empalarlo en nombre del Underboss, mientras exijo que pongan al italiano de rodillas.

—Aquí muere nuestro pacto, nuestra alianza.

Le abren el traje exponiendole el pecho y labro con el cuchillo la dolorosa marca en forma de ojo que no le permitirá tener ningún tipo de vínculo con mi organización.

—¡Sé la realeza, que yo soy la revolución!

Digo para que todos me escuchen y él no deja de ver a Dalila.

—¡Nos rebelamos ante los zares y ante el sistema! —le dejo claro— Me rebelo ante la maldita pirámide porque no eres quien para obligarme a seguirte.

Lo levantan y la Bratva me secunda.

—Quédate con tu pirámide que yo me quedo con mi gente —advierto—, la cual está lista para lo que conlleva llevarte la contraria.

Lo mando a sacar a él y a la gente que lo apoya. La rabia no se me apaga y meto las manos en el tazón de agua que me quita la sangre de esos dos inútiles. Pueden ser líderes, poderosos o lo que quieran, pero yo respeto al que me nace, no al que me quieran imponer.

—¡Y por si no es obvio! —bajo los escalones antes de que se vayan— La esclava se queda conmigo.

Demando que la saquen y los Voyevikis se la llevan junto con los Romanov que se embarcan a Alaska con ella, mientras yo me encargo de lo que falta asumiendo lo que significa independizarme.

Somos fieles a nosotros mismos y preferimos morir a romper la estructura que se ha ido fortaleciendo a lo largo de los años. A ellos pueden seguirlos

más clanes, sin embargo, yo tengo a los más sanguinarios y no me queda grande dar la pelea.

Nacimos en el hoyo y nos hemos ganado la reputación a pulso. Aquí nadie tiene miedo de morir y queda confirmado con el apoyo de los vory v zkone.

—Morimos por la Bratva, por nuestra sangre y por el Pakhan —confirman todos—. Por los de afuera, jamás.

Tomo decisiones, rompo negocios y mando a recoger todo lo que es mio encerrandome en mi mafia. Mucha gente me debe favores y el candidato de la FEMF no puede entrar en enemistad conmigo o le pesará.

Phillippe no quiere mi respeto, quiere a mi gente, forjar un imperio más grande uniéndose a los negocios que manejo. Quiere a mis asesinos, extorsionistas; quiere el respaldo que da tener a la mafia roja de tu lado.

Parto a Sodom en una avioneta. Las cosas no serán igual a partir de ahora y me meto eso en la cabeza antes de aterrizar en Alaska donde yace el resto de mi familia en la sala de la fortaleza.

Akin está furioso al igual que los otros parientes y Aleska mantiene el moño rubio desordenado, ni siquiera puede pasar el trago que se está tomando.

—Está incontrolable, perturbado y sufriendo, ¡No quiere ver a nadie! —explica furiosa— Pero tiene que quedarse aquí, porque no lo vamos a dejar solo en un centro de rehabilitación.

Me quito el abrigo. No es la primera vez que lidio con esta faceta de Vladimir.

La familia se queda abajo y subo decidido en busca de su alcoba donde está estrellando cosas como un loco desesperado y el verme hace que empiece a darse él mismo en la cabeza yéndose contra la pared mientras miro al techo en busca de fuerzas.

—No quería jugar —confiesa— ¡No quiero jugar!

Camina aturdido.

—Diles que no quiero…

—Ya…

—Necesito ver a mi madre —me exige—¡Llevame con ella que tú la tienes!

Acorto el espacio que nos separa tomandole la cara con fuerza para que me escuche.

—¡¿Dónde está Maxi?! —me empuja preso del pánico— ¡¿No huyó?! ¡¿Lo dañaste?! Lo llevaste al sótano donde está...

—Mírame —demando con firmeza—. Siempre has confiado en mí, ¿Cierto? —se desespera negándose a mirarme— Pese a los años, pese a lo que hemos pasado, siempre he sido todo para ti y si quieres dejar de sentir eso que te agobia tienes que escucharme.

Niega y lo tomo con más fuerza.

—¡¿Eres o no el Underboss?! —espeto— ¡Si el Boss exige que lo mires, lo miras!

Se aferra a mis mangas anclando mi mirada a la suya viéndome como siempre, pero el miedo sigue en sus ojos.

—Lo imaginaste Vlad, estabas drogado y lo imaginaste —lo centro—. Sonya era mi esposa, la quería y murió queriendo rescatarte…

Todo me arde por dentro y contengo las náuseas que me provoca decir eso.

—Nadie ha jugado contigo y todo no ha sido más que una pesadilla.

No puede con tantas cosas al mismo tiempo, nunca ha podido con ellas y por eso solo recuerda esa última noche. Las lágrimas no dejan de surgirle negándose a entender, pero lo vuelvo a centrar.

—Las pesadillas son reales —cae al suelo abrazándose las piernas—. Los espectros de la noche ponían las manos sobre mis hombros y luego…

—Son pesadillas —aseguro tomándolo de nuevo—. Nada de eso pasó y haré que lo olvides… porque tienes que olvidarlo si quieres seguir a mi

lado.

Le hablo con autoridad.

—Ya me has decepcionado demasiado, Vladimir —lo manipulo—. No estás siendo un digno hijo del Pakhan…

El llanto lo rompe, nunca le ha gustado que le diga eso, ya que es algo a lo que siempre le huye. Me pongo de pie mientras se queda como un niño en el piso.

—Dame tu palabra —se mece sollozando— de padre, de Boss y de hombre garantizandome que solo fue una pesadilla.

Lo pongo de pie. El HACOC aviva nuestros miedos, fobias y trastornos, por ende, sé que lo vivido se repite en su cabeza y esa droga es tan porquería que experimentas todo como la primera vez. El asco, el miedo, el dolor…

—Yo sé que mi madre me amaba, pero dame tu palabra, por favor…

Le quito las hebras rubias de la cara.

—No es real —aseguro enardecido—. Te juro que no es real y que nunca pasó…

Asiente aferrándose al cuello de mi camisa como si lo estuviera asimilando.

—Perdóname papá, porque por mi culpa murió y yo no quería—súplica —. Perdóname y te perdono por lo que le hiciste a ella, así no peleamos más y lo olvidamos los dos.

—No tengo nada que perdonarte —se me arma un nudo en el pecho—, pero está bien, te perdono y me perdonas.

Me abraza con fuerza y dejo que se desahogue.

—Te amo, padre…

De pequeño quise tratarlo, pero el psiquiatra fue claro al decir que sus daños eran irreversibles y ya es demasiado tarde para asumir la realidad,

porque jugaron tanto con su cabeza que nunca me he sentido preparado para que asuma todo lo que vivió. Eso derriba a cualquiera y por eso lo callé.

Por eso preferí que tuviera la imagen que tiene de su madre. Sabía que la Bratva lo iba a ver como el débil, como el niño con el que jugaron y ese tipo de peso no lo puede cargar un Boss, ya que un líder no se puede desequilibrar, no puede perder la calma.

Mantuve la compostura e hice las cosas a mi modo y me tiene sin cuidado ser un hipócrita. No me importa ser un sádico sin escrúpulos que maneja negocios oscuros e inmorales. Me resbala que me digan doble moral por no dejarlo pasar teniendo un imperio criminal que también daña a otros.

A mi no me importan los otros, me importan los míos. Vladimir es mi hijo, mi sangre y por él, Lazareva que vea, Lazareva que mato o condeno al holocauso que tengo abajo.

No me canso de dañarlos, torturarlos y someterlos. El miedo que me tienen alimenta mi alma porque no vivo para dar lecciones, sino que vivo para demostrar porque soy el Boss de la mafia rusa.

—Quiero quedarme en casa —ruega—. No me quiero ir, allá quieren que duerma y no puedo hacerlo padre, porque los espectros…

Asiento alejándome cuando el esclavo de Maxi entra con un sedante.

—Solo si me obedeces y confías en mí.

—Si, padre.

El que dos voyeviki lo acompañen hace que se vaya a la cama sin refutar, siempre ha sabido obedecerme la mayoría del tiempo. Dejo que hagan lo suyo y tomo un baño queriendo alejar los pensamientos que me rondan la cabeza.

Supe lo que haría desde el primer minuto que me enteré y conozco tanto a Dalila como para saber que iba a matar al Underboss si llegaba repartiendo balas. Y por eso esperé a la negociación que me aseguraba tenerlos antes de proceder.

No se puede ser un buen rival si no conoces al enemigo y ella no me conoce, por eso creyó que bajaría la cabeza.

Quito el sudor recordando los ojos azules hinchados, las manos ahuecadas y esa forma de hablarme como si fuera el único que le pondrá atención.

El león no está, el sueño no llega, escucho a alguien corriendo en el pasillo y mis pies exigen salir de la cama en busca de la primera planta, «No hay nadie». Atravieso la cocina saliendo a la parte trasera de la fortaleza donde alberga una línea de alcobas para los esclavos que servían en las labores domésticas en la antigüedad.

Mi animal está rasgando la puerta que tiene el candado roto y me apresuro a abrirla absorbiendo el enojo que surge con la imagen del Underboss en la cama de la menor de las James.

La espalda de ella contra el pecho de él que se aferra a ella quien tiene los ojos cerrados. No se percatan de mi llegada, de mi presencia y la ira va haciendo estragos dando los motivos que necesito para acabar con el encanto que me sume.

———————※———————

CAPITULO 40 —NOCH PRIZRAK

Vladimir.

Catorce años atrás.

Soy un leoncillo feliz, mi padre me adora, mi madre me ama y de grande seré el heredero de la Bratva, ya que según el abuelo, los Romanov venimos de un antiguo Dios muy fuerte, aguerrido y poderoso. De ahí viene el cabello dorado que me llega a los hombros y el respeto de las otras familias que conocen mi origen.

Hoy papá tiene que irse a estudiar su Doctorado y la tía Sasha ya me advirtió que tardará en volver, ya que debe consolidarse como un hombre de "Negocios". Y no sé qué es eso, pero mi tía dice que toma tiempo. No quiero que se vaya porque no podré ver cómo se prepara para ser el nuevo Boss.

Lo abrazo, él se levanta a acariciar a mi madre y medio toca a Maxi antes de partir.

Madre está feliz debido a que su familia se ha mudado a nuestras tierras y dice que ya no se sentirá tan sola. Ella me consiente mucho a mí y a mi hermano, pero a mí me da más besos cuando papá no está.

Me baña, me cuida, me defiende y me trata con amor.

Duerme conmigo y en la mañana recojo mis juguetes preparándome para ir a conocer a la familia de madre que nos reciben a Maxi y a mí en la granja con un caluroso abrazo.

«No me gusta como huelen», pero madre se ve dichosa y, por ello, yo también. El abuelo me da un beso en la boca y los demás tocan mi cabello diciéndome que soy hermoso.

—Maxi también —digo señalando a mi hermano.

—Pero tú más —insisten y me siento diferente entre ellos que se ven opacos, sucios y no son como la familia de papá a la que le luce la ropa

bonita.

No brillan como yo, no ríen como yo, pero eso no importa porque madre no deja de verse feliz.

—Ve a las piernas del abuelo —pide y me niego, pero se enoja borrando la sonrisa—. Ellos también son tus parientes y te quieren como los Romanov, así que ve.

Hago caso dejando que el abuelo me reciba y éste besa mis mejillas antes de abrazarme.

—Este será mi nieto favorito —asegura y mamá vuelve a estar feliz bebiendo con sus hermanos.

—¿Viste Vlad? Serás el consentido aquí también.

Nos quedamos a dormir y al día siguiente la atención sigue más en mi que en Maxi llevándome a jugar a la pelota, a correr, puedo acercarme a las vacas, cabalgar, recoger huevos y me empieza a gustar la familia de mamá, la cual me trae a verlos todos los días.

Juegan conmigo todo el tiempo porque soy el consentido, el favorito de todos. Me preparan comida especial y me acogen como un miembro más en poco tiempo, siendo tan amorosos como mamá.

Pasan muchos días y sigo extrañando a papá, pero la familia de madre compensa su ausencia queriéndome tanto. Me gusta más la granja que la casa donde vivo porque acá mamá es feliz con sus hermanos.

Pasa todo el tiempo tomando cerveza que la ponen alegre, saltando descalza, mientras cuenta sus hazañas de mujer de la Bratva.

—Hoy te ves muy bonito Vlad con esa túnica dorada —me dice el abuelo.

—Me la envió padre con la tía Sasha —le digo.

Me miro en el espejo paseando las ruedas de mi auto en él y siento que brillo con el regalo de papá que conoce a mi Dios mitológico favorito después de él. Maxi llora porque no tiene una túnica y yo me niego a quitármela en todo el día siendo un niño diferente entre los que juegan conmigo.

—Dejalo hoy, Sonya —pide el abuelo y mamá como siempre no refuta. Solo se va a tomar la bebida feliz con sus hermanos.

Maxi ya está dormido y termino de jugar subiéndome a la cama para quitarme las sandalias, no puedo y el abuelo entra a ayudarme.

—Me quieres, ¿Vlad? —pregunta y asiento.

—Yo también.

Planta los labios en mi boca y me muevo incómodo cuando tarda demasiado deslizando sus manos por mis piernas subiendo mi túnica. Trato de apartarme, pero vuelve a besarme como papá besa a mamá.

—Estoy cansado —le digo.

—Pero el abuelo quiere jugar con su nieto favorito demostrando lo mucho que lo quiere —dice—. A Sonya también le gustaba este juego y le alegrará saber que te lo enseñé.

Me voltea paseando su tacto por mi cuerpo, posa mis manos en la cama y baja su pantalón subiendo mi túnica dorada.

—Te quiero mucho, Vlad —dice posando algo duro atrás y lloro con el dolor que desencadena cuando me maltrata.

—No me gusta este juego —digo.

—Ya luego te va a gustar —sigue empujando y lloró más fuerte—. Sólo ten tu hermosa túnica.

Estrujo la tela contra mi pecho apretando mis párpados con fuerza, quiero irme a casa porque duele demasiado.

Sus gruñidos me dan miedo y algo se entierra dentro de mí cuando no se quita y me lastima mientras no paro de llorar . «El abuelo Akin no juega así», el abuelo Akin me cuenta leyendas y me sienta en sus piernas, pero no me toca como el abuelo Lazareva.

Empuja más fuerte, algo caliente invade mis piernas a la vez que percibo como abre la piel de mis caderas y me siento sucio. Deja un beso en mi cabeza y me acuesta en la cama asegurando que le gustó jugar.

«Mi túnica huele mal». No me quiero levantar a la mañana siguiente y por ello el abuelo me prepara mi desayuno favorito consintiendome como siempre.

—Ya es un hombre —le dice a mamá que se sienta a mi lado oliendo a su bebida feliz—. También jugábamos así, ¿Cierto, Sonya?

Mamá asiente tomando mi túnica para lavarla y me dice que no le diga a nadie porque ellos no entenderán nuestra manera de divertirnos y querernos. Mi túnica favorita se seca, pero no me la quiero volver a poner, ya que no brilla igual; ni ella, ni yo que me siento enfermo.

Todos cuidan de mí los días siguientes, vuelvo a estar bien y, mientras recojo huevos de pato, el tío de mamá entra al granero a jugar conmigo como el abuelo y vuelve a doler igual, vuelvo a sentir como me cortan y vuelvo a enfermar.

“ Maxi no juega porque él no es el miembro favorito”, “El no es tan bonito como tú”. Eso dice la tía Tonya y los primos de mamá cada que empieza el juego que ya no duele al repetirlo tantas veces cada vez que los visito, solo siguen ardiendo los cortes en mi piel y mamá me baña advirtiendo que no le diga nada a nadie, ya que le harán daño al no saber entenderlo.

Papá me llama todos los días, pero no le cuento que el abuelo me compró un vestido de niña y jugó conmigo con él puesto, no le digo que la tía Tonya pintó mis labios e hizo que la lamiera en sus partes mientras ella besaba a su novio que luego jugó conmigo también. Tampoco le hablo sobre los cortes que me hacen cada que termina el juego.

No le confieso que ya no me gusta mirarme al espejo porque no veo mi brillo. Ya no me siento como el Dios que nombra el abuelo Akin.

Sus gruñidos se oyen en mis oídos a cada nada y no puedo dormir, ya que cuando lo hago mojo la cama.

Me da pena decirle a papá por teléfono que me hago en los pantalones sin querer y me trago las ganas de contarle que me duelen las heridas que tengo

en la espalda, las cuales no me gustan que cicatricen porque significa que volveré a ser el niño lindo de los Lazareva.

—Te quiero tanto, mi Vlad —dice mamá oliendo a la bebida feliz—. Ven aquí y deja que mamá te cuide.

Me siento en sus piernas como cuando tenía un año y se mete una mano bajo su falda dándome besos mientras toca mis partes recordándome que me quiere y que mañana iremos a la mejor juguetería. Sin embargo, su promesa no me hace feliz.

«Yo solo quiero dejar de jugar», quiero dejar de orinarme, no quiero lamer las partes de nadie ni entrar a las habitaciones de noche cuando me toman de la mano.

No quiero que entren a mi alcoba de forma silenciosa cada que me quedo y que su sombra se vea como espectros nocturnos que llegan de a dos pidiéndome que me levante quitándome los boxer de superhéroe que le pedí a papá.

Arruinan mi ropa porque ya no la veo igual cada que la untan.

—Vlad, eres tan bello —puja el hermano mayor de mamá en mis oídos y me lastima tanto que me sumo. Aprieto los ojos razonando y entendiendo que solo jugamos, porque quien me quiere nunca me haría daño como dice mi madre, sin embargo, el corte aún duele.

Mis carros de carrera quedan de lado, mis disfraces, pelotas, mis juguetes. Ahora solo juego con adultos que se reúnen para que luzca los vestidos que me traen y mamá se une a ellos oliendo a su bebida feliz mientras sus primos, tíos y hermanos se divierten conmigo metiendo cosas dentro de mí.

Duele tanto que cada que pasa cierro los ojos y repito “es un juego” que ahora me enferma, me hace caminar lento y que no me gusta recordar.

¡Papá volvió! Y me siento tan feliz de verlo. Me abre los brazos cuando me ve dejando que me lance a su pecho y mientras yo tiemblo llorando, él se queda inmóvil y siento que he apagado la alegría que traía.

Busca mis ojos y me limpio las lágrimas abrazándolo otra vez, «Estos abrazos sí me gustan».

—¿Qué tienes? —pregunta.

—Estoy muy feliz de verte —confieso—. No vuelvas a irte.

Se levanta y mamá lo recibe, pero parece que he hecho algo mal porque papá no deja de mirarme y preguntarme qué he hecho en todo este tiempo, por qué he bajado de peso, pero siempre le contesto que jugar con la familia que me quiere mucho mostrándole los juguetes que me han dado los Lazareva.

Madre siempre nos interrumpe cuando estamos solos, ya no me lleva a la casa de su familia y siempre me advierte que no diga nada sobre su forma de quererme, pero mamá no sabe que mientras ella me habla yo siento la presencia de mi padre cerca, acechando, porque a él le gusta acechar en silencio sin que nadie lo vea.

Padre no es el mismo. Desde que volvió parece no querer a mamá porque no le gusta que lo toque, ella intenta besarlo y él la aleja haciendo que discutan.

—Apestas a alcohol —le dice papá haciéndola llorar.

Los recuerdos de la granja toman mi cabeza cuando duermo y me veo golpeando la mesa donde me tiran bajando mi overol mientras lloro. Grito y vuelvo a mojar la cama en la mañana.

Salgo de ella rápidamente queriendo esconder las sábanas para que la empleada no le diga nada a papá, pero él entra reparando lo que hice y me pongo a llorar pidiendo perdón al sentirlo enojado.

Se acerca a quitarme la ropa, pero me rehúso como me lo advirtió mamá y me termina sacando la playera revisándome y hallando las marcas del juego. No dice nada, pero lo siento otra vez más enojado.

—Explicame cómo es ese juego —pide, pero yo solo le digo que no me acuerdo.

Viaja conmigo ese mismo día mientras mamá atiende sus asuntos y en el camino me indica que ya debo empezar a prepararme para ser un Underboss como él y por ello debe llevarme al doctor de la Bratva para que me revise, asiento y entramos al consultorio donde él responde varias preguntas.

La doctora es amable conmigo por ser su hijo, pero yo no dejo que me toque la pretina de mi pantalón.

—No quiero jugar —digo y papá se acerca a hacerlo él dándome un poco de confianza a la hora desvestirme.

Papá está atento a todo y con cada cosa se enoja más.

La doctora me deja detrás del separador y bajo de la camilla asomandome por un lado queriendo decirle a papá que no esté más enojado, pero él está frente a la mujer; la palabra "Violaron" sale de su boca transformando a mi padre con una mirada que me aterra y me oculto a la vez que varios disparos tronan antes de que venga por mí alzándome y llevándome con él.

Siento sus latidos, su fuerza estrechándome contra él lleno de ira y no quiero que se sienta así. No quiero que respire como lo hace y no quiero que tenga la mirada que tiene ahora, la cual se ve más aterradora salpicado de sangre, tenso y desesperado sin saber dónde llevarme.

No es mi papá. Ahora es el hombre que entrena para ser el Boss, el cual se transforma cada que debe defender a la Bratva y sus exigencias autoritarias me estremecen tanto que termino explicando que solo jugábamos.

—Ellos me quieren, papá —le explico en el auto contando como fueron las cosas.

Le hablo de la tía Tonya con su novio, del abuelo manchando mi túnica, de los primos de mamá demostrándome su cariño y de madre siendo toda una mujer de la Bratva haciéndome feliz.

No habla, solo escucha con la mirada fija en el vidrio y yo tomo su mano diciéndole que lo quiero, cosa que lo hace arrancar alegrándome, porque mientras llegamos a casa se va transformándose en él nuevamente.

Saluda a mamá con un beso que ella recibe alegre al verlo como antes de partir a la Universidad.

—No me has hablado de tu familia, Sonya —le pregunta en la cena y ella le habla de todos mientras él pone atención a todo lo que dice.

Volvemos a ser una familia como antes aunque ya no esté feliz, solo me siento bien cuando papá me lleva con él a todos lados, porque ya no me deja con mamá y ella le reclama que le está robando su tiempo, pero él insiste en que estemos juntos.

Visitamos a los Lazareva que idolatran a papá y le da la mano a todos amablemente halagando a sus hijos mientras se gana su confianza pidiendo que lo traten como uno más.

Les ofrece empleo reiterando que siempre podrán contar con él y pregunta qué Lazareva están fuera de Rusia con el fin de ayudarlos. Mamá no deja de darle las gracias y a cada nada le dice que lo adora, que tiene el mejor marido por ayudar a su familia.

Lo trata como un rey y papá a ella también diciéndole palabras que la ponen feliz, pero cada que se voltea le cambia la mirada a una que me aterra y temo a que la lastime. «Yo amo a madre», pero papá ha estipulado que la tía Sasha es quien me cuida ahora y cuando no estoy con él, estoy con ella.

Me quedo a dormir en su casa porque papá tuvo que salir de improviso con el abuelo y cuando estoy por cerrar los ojos entran por mí a la alcoba sacándome a las malas de la cama.

Llamo a mi tía, pero ella está en el suelo luchando con varios hombres tratando de impedir que me lleven a la cabaña cubierta de nieve donde me amarran.

—Mi bello sobrino —me acaricia el hermano mayor de mi mamá—, te echamos de menos en casa.

—No quiero jugar —digo con su tacto sobre mi piel.

Hay varios hombres que no conozco y mi tío dice que me extrañan en la granja reclamando el porqué de hacerle caso a mi papá. Pasa horas y horas gritándome que no tenía que contar el juego hasta que llega mamá enojada.

—¿Le dijiste algo a tu papá? —me pregunta— Dime Vlad, ¿Le dijiste? ¿Por qué ya no te deja conmigo? Si yo te amo y tú me amas.

Huele a su bebida feliz al igual que su hermano.

—Mira lo que tenemos que hacer para que estemos a solas —insiste y su hermano la aparta diciéndole que ya lo dañó, que de seguro no supo encubrir nada y por ello la golpea salvajemente en el suelo y ella a él.

—¡Suelta a mi mamá! —le grito mientras ella se defiende como toda una guerrera, pero los desconocidos lo ayudan y la terminan atrapando mientras mi tío viene a mi puesto arrancándome la ropa— ¡No quiero jugar!

Me pone contra una mesa. Hay mucho ruido por los gritos y el aguacero de afuera.

—Hazlo Vlad o me van a matar. Déjalo jugar — pide mamá y las manos de mi tío quedan en mis hombros pujando como un animal mientras entra en mí diciendo que me ama.

—¡No quiero! —forcejeo llorando— ¡Quiero que venga mi papá!

Me obliga a jugar el juego que no me gusta, me obliga a que reciba su cariño y el dolor es tanto que me orino recordando las veces que me han obligado, ya que la tía Sasha no me muestra su amor así, ni los familiares de papá. Con ellos no me siento sucio, a ellos no les tengo miedo.

Las sombras me invaden y recuerdo las manos de mi madre paseando por mi torso mientras me baña tocándome donde no me gusta, besándome como besa a papá y entrando en la noche a pedirme que juguemos.

Mi tío no me suelta, está sudando sobre mí y todo me duele cada que me sacude estando dentro de mí. Aprieto los párpados sintiéndome asqueroso, untando, vacío, a la vez que me veo vestido como una niña que besan a la fuerza arrancándole el brillo que tenía antes de que su papá se fuera para ser un hombre de negocios.

—¡Madre, no quiero! —digo cuando la sueltan y se acerca a mí acariciándome el rostro.

—Me matarán si no dejas de llorar —advierte—. No llores Vlad, que luego te cuidaré.

No puedo dejar de hacerlo cuando uno de los desconocidos me levanta y mete sus partes en mi boca mientras mamá pasa la mano por mi espalda y

quiero morir, dejar de sentir a los espectros que me obligan a quererlos en la oscuridad.

Grito que no más, pero los espectros me roban el alma, se llevan mi luz, se llevan mi alegría, mientras mi tío entra y sale de mi interior sujetando mis hombros.

Ya no lo siento, sólo capto la presencia de mi padre acechando en silencio antes de que la madera reviente y mi tío se aleje.

Caigo al suelo y varios disparos emergen mientras toman a mi madre del cabello alejándola de mí.

Me grita que la ayude y no hallo cómo, ya qué estoy orinado, sangrando y débil, pero sus gritos me piden auxilio y lo único que identifico es el arma que tengo cerca. Viene por mí, la persiguen y alzo el arma, pero la sangre me salpica la cara mientras ella cae con un tiro en el pecho.

—No le tenias que decir nuestro juego —coloca la mano en la herida—. Eso me ha matado, Vlad.

Se derrumba mientras me paso las manos por la cara llena de sangre a la vez que veo el reflejo de mi padre que va por mi tío, mientras la tía Sasha sujeta mi rostro.

—No fue tu culpa —me abraza y su hermoso cabello dorado merma el olor de mi tío —. No fue tu culpa, cariño.

«Lo fue, he matado a mamá y no puedo vivir con eso».

La tía Sasha me saca y veo la sangre de madre en la madera. No quiero que me toquen, no quiero que me hablen, porque los recuerdos no me abandonan; el sonido del disparo, las manos sobre mis hombros, ellos jugando conmigo y no sé qué es real, no sé qué fue jugando y qué fue obligado.

Todos se lamentan lo que pasó y papá se mantiene serio recibiendo las condolencias y me siento culpable por haberle matado a mamá , «No debí decir nada».

Un sujeto dice que puede ayudarme, pero yo solo quiero a mi madre con su olor a bebida feliz como así también olvidar a los Noch Prizrak que me visitaban. No me gustan los que quieren ayudarme, no me gustan las personas.

Lo único que quiero es no perder a papá, así como perdí a mamá.

No sé porque corro de un momento a otro, no sé porque me hago en los pantalones a cada nada, siempre tengo frío, siempre lloro y todos los días extraño a mamá. Lo de ella me duele, a veces la veo dándome amor y en ocasiones como un espectro de la noche.

Papá se desespera conmigo, busca maneras, repite que no fue mi culpa, pero no sabe que ya no quiero vivir…

—No tenía que decir el juego —confieso—. Ellos me lo advirtieron y lo dije, hablé de los espectros…

—No me lo contaste, Vlad —me abraza con fuerza—. Solo me hablaste de tu pesadilla…

«Pesadilla», esa palabra se va quedando en mi cerebro cada que la repite, “Me contaste tu pesadilla”. Mi mente recalcula cuando insiste e insiste en que eran pesadillas y si, fue una pesadilla porque era feliz en la granja y quien quiere no lastima.

—Vlad quiso ayudarla y el arma se disparó —dice papá cuando preguntan —. Fue un error.

—Quería defender su sangre —contestan—. Será un buen Underboss.

Abrazo la pierna de mi padre apretando los ojos y si, quiero estar a su lado, quiero protegerlo para que no le pase nada como a madre y por eso le demuestro que soy tan letal como él aún teniendo pesadillas.

Me regala mi primera arma «Un Haladie», el cual me enseña a manejar y me gustaría que también matara las pesadillas que no me dejan descansar y los espectro que no me dejan dormir, pero no y cuando cierro los ojos vuelvo a la cabaña.

Veo a mi tío sobre mí, su cuerpo, su sudor cayendo, sus labios en mi boca y la sangre que recorre mis muslos en ese maldito sitio bañado por el aguacero.

Veo a mi madre siendo un espectro más y a mi abuelo robándose el brillo de mi túnica. Veo a Tonya con su novio y esos juegos que me obligaron a jugar por meses en los que mi tórax se llenó de cucarachas. Meses donde se fue mi luz, mi esperanza, mi calor, mis colores…

«No pasó», me repito, pero el mal sueño no me deja en paz y siempre imagino lo mismo… La cabaña, los espectros, mi madre, el arma, el disparo, la sangre y…

Abro los ojos y mi padre está sentado en la orilla de la cama mientras sudo con una manguera de suero en el brazo. Posa la mano en mi hombro y veo su luz, la cual emana dominio, poder, braveza. Solo conozco dos luces y son las de él y la de pequeña puta.

—¿Qué pasa? —pregunta y me siento a abrazarlo al sentirme como el niño que dejó cuando se fue a su doctorado.

—Tuve una pesadilla.

CAPITULO 41 — NINFA.

Vladimir.

Después de mucho la cama no me estorba como lo hacía antes y estoy tan cansado que me cuesta abandonarla. Tengo moretones en los brazos y dolores musculares como si hubiese estado librando una pelea sin estar consciente, «Seguramente lo hice».

Suelo hacer cosas que luego no recuerdo. El mundo se ve más gris con los efectos secundarios del Hacoc y trato de ser tan fuerte como los Romanov, pero las ansias son demasiadas, ya que hasta dormido clamo los psicóticos.

Los sedantes ya no se sienten igual y mi garganta arde de la nada cuando veo lo que no quiero ver y extraño lo que no debo extrañar. Como la tía Sasha que sin drogas su muerte vuelve a doler como la primera vez.

El esclavo de Maxi saca la manguera de mi brazo. Ya llevo dos semanas aquí recibiendo sueros reconstituyentes que mi padre se ha encargado de buscar viajando a clínicas especializadas que merman, pero no quitan la agonía.

Hace cuatro horas que no me dan ningún tipo de medicamentos y mi cabeza empieza a despertarse reparando al hombre que recoge sus instrumentos médicos, «Cedric Skagen». Hago ejercicios mentales recordando lo que se debe saber.

Es esclavo de mi hermano, ludópata, médico titulado, príncipe de Gehena, 26 años. Manco gracias a mi padre que le cortó la mano por querer escapar, rubio de piel olivácea y porte real.

—Intenta despejarte —indica el esclavo—. Puedes intentar ver algo que te guste, dibujar, leer…

El día no se ve tan gris cuando miro a la ventana y él me ayuda a incorporarme.

—Ve despacio para que no te marees.

Tomo un baño cansado de que otros me limpien y me visto como para estar en casa.

Termino de colocarme la playera en la escalera y mientras la bajo busco el único sitio que anhelo cada que estoy medio consciente.

No puedo explicarlo, solo sé que mis piernas se mueven solas al pasillo de los esclavos. Uno de lo voyevikis vigila y sorbo lo que tengo en la nariz pidiendo que me abran la puerta.

—Ella no puede ver a nadie, leoncillo.

Mi mirada lo dice todo, no necesito un arma para matar a nadie y menos cuando soy uno de los dueños de la fortaleza.

—Ábrela —vuelvo a pedir— ¡Abrela ya!

—Debe mantenerse calmado —indica el esclavo de Maxi a pocos pasos de su alcoba—. Un ataque de ira es peligroso en su estado.

Pateo la madera y el voyeviki accede como si no tuviera otra alternativa dándome paso al sitio donde ella está acostada.

Tiene una larga cadena en el tobillo, pero sus heridas empiezan a cicatrizar y ha de ser por el montón de medicinas que tiene cerca. Tengo recuerdos leves de personas alejándome de la puerta cada que venía en las noches.

Es lo único vivo en la habitación de paredes blancas. «Es lo único diferente a todo lo que me rodea». Se despierta acomodándose en la cama y los recuerdos vuelven viéndose difusos con la imagen de ella siendo clavada a la madera.

—No deberías estar aquí —se fija en la entrada.

—Quiero estar aquí —doy un par de pasos y sé que le tiene miedo a mi padre.

Arranco la aguja que tiene en el brazo y le tiro los zapatos que tiene cerca pidiendo que se los ponga con un tono que no la haga dudar mientras le

ordeno al voyeviki que le suelte el grillete.

—Anda a afuera —me limpio la punta de la nariz con la ansiedad al cien.

No quiero estar encerrado, ni respirar el mismo aire que vengo respirando hace días y por ello espero que se vista antes de sacarla alejándome de la fortaleza después de estar dos semanas encerrado.

Se ve débil, pero trata de mantenerme el paso mientras camino en silencio hasta que hallo el pie del lago lleno de gaviotas. Sonya se apodera de mi cabeza, ella y su imagen cargandome mientras me la señalaba. Evocarla me lastima al punto de que aparto la cara para que no vean las lágrimas que me invaden.

—Una vez fui a la playa y una gaviota me picoteó la cabeza —comenta la mujer que tengo al lado—. Me había puesto un balde de metal sucio de camarones para que se viera como un casco espartano, pero mamá me lo quitó y el cabello me quedó untado. Cuando volví a la playa el ave voló hacia mí y empezó a atacarme haciendo que actuara como una demente la cual no dejaba de gritar.

Ríe y me es inevitable detallarla porque cada que sonríe resplandece más.

—Mi hermana mayor me tiró un puñado de arena queriendo ayudar, pero me cayó una gran cantidad en la boca y, aparte de ser atacada, también empecé a ahogarme —sigue—. Y eso no es lo peor, ya que también me cayó en los ojos y Rachel era una maldita loca que seguía echando arena. Sam empezó a golpearme con una toalla mientras yo berreaba ¡Quitenmenlas! Ya no quería escapar de la gaviota, quería escapar de mis hermanas…

La escena me roba una sonrisa cuando mueve las manos envueltas en vendas mostrándome cómo se defendió y río con más ganas cuando le añade detalles. Los golpes se le notan levemente, pero no son un impedimento para mostrarme toda la energía que carga.

—Pero valió la pena porque papá me compró una piña con helado, la cual tenía muchos colores y chispitas que te tronaban en la boca —sigue—. Fue el mejor helado que he comido en la vida.

—¿Y con eso te conformaste? —la interrumpo— ¿Un helado borró el hecho de que te atacara una gaviota?

—No —se encoge de hombros—, pero si mejoraron los hechos y no quise recordar ese día como el "Ataque de la gaviota asesina". Lo perpetúe en mi cabeza como el día que probé el mejor helado del mundo, porque no era cualquier helado… Ese tenía chispitas que tronaban en la boca, ¡Chispitas que tronaban! Ningún helado es igual sin chispas que truenan.

Lo dice con una convicción que me saca otra sonrisa cuando empieza a describirlo y no me gustan los dulces, pero me pregunto qué se sentirá con esas putas chispitas tronando en mi boca.

—Eres una tonta —le digo y se encoge de hombros como toda una niñata —. Mírate cómo estás y sigues contando anécdotas de inmadura sin ser consciente de que un helado no borra el que una gaviota te dañara la estadía en la playa y sabes que lo hizo, que el día no fue lo mismo después de eso.

Se mira las vendas y los brazos maltratados antes de agacharse a recoger piedras que empieza a lanzar al agua.

—Cargar con lo que nos lastima nos hace oler mal y lo siento, pero no quiero oler a huevo podrido —sigue lanzando—. Yo solo atesoro y cargo con olores bonitos, como el de las chispitas que truenan en la boca.

Ruedo los ojos harto de su retraso.

—Anda, toma una piedra y apostemos cuál llega más lejos —pide y no le hago caso—. Oh bueno, no lo hagas. No todos somos buenos en este magnífico pasatiempo…

—No eres buena en nada y no seas ridícula que tirar piedras no tiene nada de especial —recojo las piedras y la primera que lanzo llega mucho más lejos que la ella.

—Suerte de novato —tira más fuerte y le demuestro que se equivoca arrojando varias más mientras ella se desespera avanzando sin mirar el barro que hay en la orilla.

—Oye, eso es trampa —reclamo moviéndome yo también.

—Lo dice el Underboss de la mafia más tramposa de todas…

Recoge más empujándome mientras arrojo al mismo tiempo y de un momento a otro tengo los pies llenos de barro en tanto ella sigue avanzando hasta que el agua fría le tapa los pies.

—Dañaste mis botas, ya estarás contenta —enfurezco—. Ahora tienes que limpiarlas, así que sal de ahí.

—Ven tú a limpiarte los zapatos.

—Si claro, como si tuviera tu mismo retraso —intento devolverme, pero no le importa lastimarse la mano a la hora de tomarme el brazo.

—No te va a salir frizz en tu cabello de portada —me empuja adentro y me rehúso, pero insiste y al ver que no puede enreda sus pies con los míos haciéndome caer.

—Pero, ¿Cuál es tu problema? —hago que se unte también y terminamos peleando en el barro apurándonos por quien se levanta primero.

Me da risa ver que no puede conmigo y me termino sentando sobre ella mientras patalea.

—Ahora sí me parece divertido —me sacudo las manos cuando me levanto—. Veré esta ropa tal cual como estaba antes, ya que también tienes que lavarla.

Nos quitamos el barro en un pequeño charco de agua y ella empieza a soltar las vendas sucias.

—Me siento estafada —me dice—. Se supone que aquí es cuando curas mis heridas envolviendolas con tu cabello dorado.

Entiendo la referencia ocultando el atisbo de sonrisa pasando el brazo por mi nariz y el que sea tan bonita aún sucia de barro hace que me acerque a ayudarla tirando las vendas antes de besarla.

—Hace frío —se aleja y vuelvo a ir por ella queriendo que me haga latir el corazón.

Necesito que me distraiga y aleje las cucarachas con esos reflectores que tiene. Sujeto sus brazos besándola de todas formas con un beso extenso que me hace abrazarla antes de avanzar con ella de vuelta a la fortaleza con un gramo menos de amargura.

—Oye, yo ya no quiero más problemas —comenta mientras nos acercamos—. Tampoco quiero causártelos a ti.

—Tú no decides que quieres o que no —advierto avanzando a la entrada —. Ya dije que me gustas y como no puedo ejercer debo entretenerme con algo ahora, así que lo haré contigo.

Las camionetas del Boss se toman la rotonda y ella se detiene con el hombre que baja del vehículo estacionándose a frente a la fortaleza enfurecido.

—¡¿Qué diablos estás haciendo, Vladimir?! — me regaña— ¡Contradiciendo las demandas que dejo clara!

Azota la puerta acercándose con pasos firmes y la furia no va para mí, va para ella que da un paso atrás.

—¡¿Bajo el permiso de quién sales?! —espeta— ¿Recordamos cómo son las cosas o cómo quieres?

Me interpongo cuando intenta írsele encima.

—Es mi esclava, papá —contesto—. Tiene que servirme y por eso dispongo.

—¿Servirte cómo? —me encara y la empujo lejos para que entre y poder calmarle la rabia al Boss— ¿Qué mierda estabas haciendo y por qué estás mojado?

—Calmate…

No le muestro braveza porque es la última persona con la que quiero pelear después de todo lo que hemos pasado y entiendo que ha de tener varias cosas encima. Repara mi aspecto y prefiere voltearse como si estuviera evitando darme un puño de escarmiento.

—Déjame hacer mis cosas que ya no soy un niño…

—Hace mucho que no te trato como un niño —aclara.

—Lo haces cada que te metes en mi relación con ella y no entiendes que...

—¡No tienes ninguna relación con nadie!

Alzo la mano para que me deje hablar.

—La necesito ahora mientras esto pasa, ¡Quiero ser una persona normal y dejar de pensar en la mierda que me carcome la cabeza!

Clavo los ojos en la nieve. A lo largo de mi vida he aprendido a que las cosas salen mal cuando no las cuentas, por eso le soy sincero.

—Ella me gusta, ya te lo dije. Soy el Underboss, puedo tener las mujeres que yo quiera, como tú lo hiciste en tu momento y no veo cuál es el problema si yo le gusto también —esclarezco—. Solo estoy pasando el rato y ya, ¡Entiende que solo busco un salvavidas que evite el que termine ahorcandome en las caballerizas!

La impaciencia me toma, si antes vivía trastornado, sin los psicóticos me pongo peor. No puedo estar solo con mis propios pensamientos porque no hallo paz, no hallo descanso.

—Dame tiempo para que todo vuelva a ser como antes —le pido y se vuelve a adentrar en su camioneta largandose no sé a dónde.

Me duele decepcionarlo, pelearme con él, pero se me sale de las manos no hacerlo y sé que cuando me mejore sabré recompensarlo. Subo a mi alcoba a buscar lo que necesito y bajo de nuevo a su habitación. Me acuesto a su lado en lo que queda de la tarde después de meterme una píldora de éxtasis.

—Tienes que dejar de hacer eso —dice de espaldas y no contesto porque, al igual que mi padre, no lo va a entender.

La abrazo. Su calor es lo que le urge a este ser frío, distracción es lo que que requiere este cerebro atormentando y por ello no me aparto de su lado dejando que anochezca y amanezca permitiendo que la puerta se abra solo para que el médico entre a cumplir con sus labores.

—Parece que ya no duele mucho —revisa sus manos y ella le comenta que se siente mejor.

Le explica que ha sabido cicatrizar mientras yo los observo desde la cama recibiendo mi suero reconstituyente. Se va y termino con ella en la misma cama dejando que mi cabello se mezcle con el suyo mientras la abrazo.

Me quita el frío y paseo los labios por sus hombros sin querer.

—En tu habitación estarías más cómodo —comenta—. Necesitas descansar.

—Lo haré aquí —me niego a encerrarme en lo mismo de siempre e intento dormir, pero ella me toma cuando mi cuerpo se impulsa hacia adelante al verme en la granja de mis pesadillas.

—Oye, tranquilo —acaricia mi espalda—. Solo es un mal sueño.

Mis extremidades se encogen como cuando era un pequeño dejándome en ese pozo vacío de sombras que entran a mi alcoba.

—No quiero jugar —susurro.

El tacto de su mano en mi espalda es reconfortante, el de su mejilla más cuando la recuesta en mi hombro en medio de la penumbra. Estoy sucio, trastornado y confundido, ya que las cucarachas se me mueven adentro como un gran enjambre de abejas que aíslo buscando sus labios.

Solo toco eso, sus labios que saben bien y su cara bonita de esclava. Parece que tuviera ojos mágicos con ese brillo que destilan.

—No me siento bien —confieso sin dejar de mirarla—. Quisiera robar tus recuerdos bonitos para tapar mis sueños oscuros.

Mueve la cabeza en señal de asentimiento dejando que oculte mi cara en su cuello. A la mañana desayuno rápido metiéndome otra pastilla en la boca antes de sacarla de la alcoba en busca de otra caminata.

La nieve cae de las hojas de los árboles y ella sale a correr de un momento a otro cuando ve el trineo abandonado que yace metros más adelante.

—Ven, súbete —me pide mientras lo limpia—. Estas cosas son geniales.

—¿Por qué no actúas como una persona normal?

—¿Por qué siempre te quejas por todo? —insiste—. Sube y te enseño como se usa.

Reviso que nadie me esté viendo antes de acomodar mis piernas en el asiento que limpia y ella toma las cuerdas acomodándose las sogas en los brazos.

—De haber sabido, hubiese traído un látigo —comento cuando resbala en la nieve al intentar arrastrarme.

Se vuelve a levantar rápido luchando con la nieve hasta que llegamos al estanque congelado donde toma más confianza. No alego, ya que literalmente parece una esclava.

Sigue tirando y el viento frío toca mi cara cuando me desliza a través del hielo sin dejar de reír como si fuera ella la que estuviera montada en el trineo.

—Es más divertido si alzas los brazos —sigue dejando que las patas metálicas marquen el hielo.

Me siento como un estúpido, pero el pecho se me acelera con la sensación helada tocandome el rostro.

—¡Anda, sube los brazos que viene la vuelta de la montaña rusa! —pide.

—¿La qué?

—¡Álzalos!

Le mete más fuerza y mis brazos suben por instinto con el sin número de vueltas que se esmera por hacer. El cabello me queda en los ojos y aprieto los labios queriendo contener la risa. «Que estupidez». Ella y sus ridículos juegos.

—Oye, para... —advierto cuando una de las cuerdas se le suelta, pero ella empuja con la otra sin medir las consecuencias que me mandan lejos.

Termino contra el hielo con el trineo encima y esta vez la carcajada explota en mi pecho.

¿Para qué le hago caso? No muero en riñas, pero casi por culpa de un maldito trineo.

—¿Estás bien? —llega preocupada y no puedo dejar de reír mientras me levanto— Dios, pensé que quedarías lisiado.

—Te veo hacerlo otra vez —enderezo el aparato con una patada subiendo de nuevo—. Tira esclava.

La canso toda la mañana dejando que me arrastre volviendo a la fortaleza cuando me da hambre y se me acaban las píldoras.

Mi padre está en Moscú desde que discutimos. Parece ser que Tonya se largó porque no la he visto y tampoco pregunto por ella. El abuelo se mantiene en su alcoba y la tía Aleska ahora cumple con todos los deberes de Zulima junto a Maricarmen.

Tengo poco interés en lo que hagan otros, estoy demasiado débil para eso y los sueros ayudan con la abstinencia del HACOC, pero debo estar consumiendo psicóticos alternos que me dan fiebre, sin embargo, calman los dolores musculares, el desespero y esos escenarios que surgen de la nada.

La cocaína entra en mis pulmones antes de acostarme a su lado. Cédric siempre entra a tomarme los signos vitales en la noche y debe hacerlo mientras abrazo a mi salvavidas, a la esclava que no me deja hundir en el pantano y está a mi lado cuando los malos sueños me mueven.

Pero solo es eso, un salvavidas que no quita el que la mitad de mi cuerpo esté hundido en aguas turbias que medio se aclaran cuando salimos a caminar.

Salamaro es quien me supervisa la mayoría del tiempo dándole informe a mi padre de lo que hago, ya que solo hablo con el Boss dos veces al día.

—Quiero salir de aquí —le digo a Salamaro en medio de las crisis mañanera.

La cabeza me duele, el desespero me toma y desde que desayuné no he dejado de pensar en Sonya.

—Haz algo, pero sácame de aquí —le pido a mi consejero.

Mi crisis de ansiedad lo hace asentir y se pone al teléfono antes de pedirle al esclavo del abuelo que empaque en tanto hago lo mismo con mi esclava yéndome a San Petersburgo con ella, el médico y Salamaro.

Tengo que estar tomando medicamentos constantemente y por ello debo estar bajo supervisión médica. En Rusia me muevo como quiero y salgo a sumergirme en las discotecas nocturnas con el sistema lleno de cocaína.

—Tomate un trago —le pido a ella.

—No puedo, el medicamento…

—Que te lo tomes —insisto forzándola a que lo haga antes de llevarla al centro de la discoteca queriendo recordar el primer día que la conocí.

Se siente bien el alcohol en mis venas, su imagen frente a la mía siendo normales y percibiendo la mentira de la felicidad que te dan las drogas.

—Reciba un trago, su majestad —le ofrezco al esclavo de Maxi—. Y sonría que hoy estamos celebrando.

Brinda conmigo y le exijo que baile con mi pequeña puta mientras los veo desde mi puesto, respeta su espacio y ha de saber lo que pasa cuando te metes con la esclava de un mafioso.

—Tienes que desintoxicarte —me dice mi consejero—. Estamos fuera de la pirámide, las elecciones judiciales se acercan y la Bratva te necesita.

—No hablemos de eso hoy.

Salamaro me entiende, siempre me ha entendido y por ello me deja, porque creo que sabe lo gris que es mi vida.

Bebo toda la noche sin dejar de besarla y cuando salimos de la discoteca nos embarcamos en un descapotable donde me recuesto dejando que las luces de la ciudad pasen frente a mis ojos.

En la mañana con lentes oscuros y resaca recorro la ciudad con ella demostrándole que Estados Unidos nunca será como Rusia, haciendo un comparativo donde siempre le llevo la delantera.

—Cuando haya una Selena rusa hablamos —presume airosa— ¿Qué cantante ruso supera Bidi bidi bom bom?

—¿Qué?

—No te hagas el imbécil que todos saben quien es Selena…

Mira al esclavo y a Salamaro, pero estos me secundan sin saber de qué está hablando.

—¡Ay por Dios, como no la van a conocer! —reclama— Eso solo demuestra su falta de cultura y poco buen gusto musical.

—Hablemos de antepasados. Se dice que los Romanov vienen de un Dios con palacios magistrales —alardeo— ¿De dónde vienes tú?

—De una cuenca sagrada llamada "La vagina de mi madre".

Escupo el energizante que bebo apartando la cara para que no me vean reirme, pero el que Salamaro y el esclavo lo hagan me suelta la carcajada.

—Deberías moderarte al hablar.

—Moderate tú a la hora de alardear…

La alcanzo cuando se adelanta molesta al ser el motivo de la burla, pero es que dice tantas estupideces que en verdad debió ser una cirquera.

Dejo mi brazo alrededor de su cuello y sigo presumiendo todo lo que tenemos, ya que conozco Rusia como la palma de mi mano.

Pero entre más hablo, más me gusta verla blanquear los ojos.

Se le ocurre la brillante idea de conseguir las famosas chispas que truenan en la lengua y me hace caminar por un montón de sitios como si fueran algún santo grial que terminamos hallando en una dulcería del centro.

Reparo el cono en el andén mientras ella abre el sobre con los dientes.

—No me gusta el helado —me quejo.

—No sabes quien es Selena, no te gusta el helado —echa las chispas en el cono— ¿Tu shampoo es anti grasa o anti diversión?

Paso la punta de la lengua mientras ella se embute haciendo que Cédric y Salamaro miren a otro lado cuando empieza a lamer.

—Truenan —saca la lengua—¿Si escuchas?

Sigo comiendo las patéticas chispas y asiento cuando compruebo que si truenan en la boca. No es tan especial como ella dice, pero si dejan una agradable sensación en la boca.

—Ya deja de tragar eso —le arrebato el sobre cuando sigue comiendo chispas después de comer el helado.

Continuamos con la caminata visitando los sitios que me gustan como la cervecería y el Museo mitológico Vikingo donde me traía mi padre.

Dejo una pastilla de éxtasis en mi lengua para poder avanzar, ya que empiezo a sentirme sucio de un momento a otro y termino en otra discoteca donde me divierto con ella con la música en alto.

Mis labios no se cansan de besarla y ha de ser porque cada que la beso siento que quedo untado de su brillo. Todo me da vueltas, llevo más de cuatro horas bebiendo y tuve que ponerme una dosis de heroína para poder con el peso.

—Tu padre está enojado —me avisa Salamaro mientras me empino la botella—. Hay que volver a Alaska.

Me echo el cabello atrás, tiene motivos para estar enojado porque no estoy siendo un buen hijo y ella es otro motivo para pleitos.

—¿Está muy enojado? —le pregunto a Salamaro y este asiente.

«Odio tanto pelear con él». Le ha costado entender que las drogas son mi salida, pero no que la esclava me da gramos de felicidad que atrapo en mi tórax.

Vuelvo al hotel donde ella se queda dormida enseguida. Tardo en el baño dejando que la cocaína entre a mi sistema mientras me miro en el espejo preguntándome; este ser demacrado, ¿Puede ser el nuevo Boss?

Sé todo lo que tiene que saberse, pero me he estado aferrando a la esclava que debo matar. Me río en medio del éxtasis, «Nunca seré un Boss si no la mato». La Bratva me lo va a exigir.

Los gruñidos en mis oídos me atormentan y termino saliendo sacando el arma que tengo atrás. «Es sencillo», matar no es problema para mí teniendo claro que debemos acabar con las cosas que nos vuelven vulnerables.

Le apunto a ella mientras las lágrimas me mojan la cara y el arma tiembla en mi mano.

—Soy el Underboss que debe matarla —musito para mí.

El cazador, el que nació para esto. Llevo el dedo al gatillo y se voltea con los ojos cerrados dejando la mano bajo su mejilla… Ella tiene luciérnagas y yo tengo cucarachas… Tengo que hacerlo, pero ¿Qué voy a hacer después? ¿Qué sigue después de que las luces se apaguen?

Aprieto los párpados y la mano me tiembla más mientras endurezco la mandíbula, convenciéndome de que lo haga… de que suelte el disparo, pero…

No puedo hacerlo… Aunque deba y sea mi obligación… No puedo hacerlo porque necesito que siga iluminando mis ojos en este mundo lleno de tinieblas que me enloquecen.

Bajo el arma dándole la vuelta a la cama. Estoy tan mareado que me acuesto de medio lado detallando su espalda, pasando mis dedos por ella preguntándome dónde esconde las malditas alas.

Es poco lo que duermo, ya que parto temprano a Alaska. Los hombres de mi padre están supervisando todo. Le pido a Salamaro que haga entrar a la esclava por la puerta de atrás y el príncipe se distrae con las personas que los voyevikis están bajando en la entrada.

«Esclavos con collares». El médico parece conocerlos y ellos a él también, ya que cruzan miradas mientras sacan los lingotes de oro que tienen en las mochilas. El estar sobrio me tiene con dolor de cabeza, pero procuro disimularlo a la hora de entrar.

El médico se pierde y mi padre está en la antesala denotando un genio de los mil demonios que trato de mermar fingiendo que no es conmigo.

— Fui a visitar los negocios de San Petersburgo —le digo—, ya que noté que no has tenido tiempo de pasarte por allá.

—Lo supuse — finge que me cree y siento que tampoco quiere pelear.

San Petersburgo nos proporciona buenos ingresos con los clubes y las sub pandillas que pagan tributo.

Se nota que no ha dormido, que no ha descansado y ha de ser por las elecciones judiciales que se aproximan.

—¿Quiénes son? —pregunto moviendome al ventanal cambiando el tema — No sabia que estabamos reclutando nuevos esclavos.

—Son el abono de una deuda. Pagan la libertad del esclavo de Maxi.

Cruzo los brazos. Hay bastante oro y los hombres se ven fuertes, pero a mí no me meten los dedos en la boca cuando de liberaciones se trata.

—De la Bratva no se sale nunca así te den todo el oro del mundo — comento y me muestra una sonrisa de medio lado—. Son las normas.

—Pero ellos no lo saben —asegura—. Que cada quien se ilusione con lo que se quiera ilusionar.

El Boss es experto a la hora de engañar y puede dar su palabra de una forma indirecta, pero con el truco bajo la manga el cual voltea el juego a su favor.

Te dirá “si, anda” y dejará que corras, vueles, tomando ventaja, pero cuando más alto estés tirará de la cadena que te devuelve al piso y será más dura la caída, porque volviste a probar lo que se siente estar libre. Por ende, volver al cautiverio es empezar de nuevo la agonía.

De la mafia roja no salen los miembros, ni los sentenciados. La mirada que tiene es la misma que toma cada que las cosas no están bien y por ello busco la forma de acabar nuestras diferencias.

—San Petersburgo se puede explotar más, no estaría mal que me instale allí un par de meses —le comento—. Un año tal vez, así me empapo de los negocios y aprendo más antes de tomar las grandes empresas.

—¿Vas a tomar los negocios o a drogarte sin que te vea? —se sincera— Puedes hacer lo que quieras, pero ambos sabemos que tu problema no te llevará a ningún lado y estoy dudando en poner mi imperio en tus manos, Vladimir.

Es demasiado rico para exponerse y no es solo lo de los Romanov, también está todo el patrimonio de la mafia roja.

—Lo puedo manejar y lo iré dejando a poco.

—Llevas seis años diciéndome lo mismo —me encara—. Seis años repitiendo cosas que no intentas dejar y puedes ser mi hijo, puedes ser uno de los mejores asesinos de esta organización, pero si insistes con esa porquería tendrás que resignarte a que las pandillas será lo único que podrás gobernar.

Es difícil decirlo y oírlo porque soy el heredero de la familia por el mero hecho de ser su hijo.

—Lo intentaré y te demostraré que no miento —le aseguro—. Dame un par de meses y verás que puedo.

—No vas a tomar el control de nada hasta que eso pase — busca la puerta.

—Bien, pero cuando lo esté me voy —advierto— y me llevo a mi esclava conmigo.

Emma.

Creo que tengo miedo o estoy nerviosa, no sabría cómo definirlo con él aquí quien me encerró durante todo el proceso de recuperación negándose a que su hijo se acercara.

No estaba muy consciente ya que, según Cédric, lo mejor era reposar dándole tiempo a mis huesos y articulaciones de recomponerse hasta que

llegó Vladimir a sacarme y es otro al que no puedo llevarle la contraria.

Limpio la cuchilla de mis patines, en unas semanas debo volver al hielo con Domi y lo mejor es que empiece a practicar para que no me encuentre tan oxidada.

—El Underboss está en su alcoba solo—me avisa Salamaro—. El médico dice que no es bueno que esté sin compañía.

Indica el moreno y dejo los patines de lado. No hay que conocer mucho a una persona para darse cuenta que le importa otra.

—Llevale algo para merendar que no lo he visto comer —dice antes de irse

En lo personal no quiero problemas con nadie ni castigos que empeoren mi estado y por ello obedezco metiendome a la cocina. Koldum me salta encima jugando con los bordes de mi falda y le acaricio la cabeza halagando lo rápido que está creciendo.

Celia y las otras empleadas, como de costumbre, fingen que no estoy mientras preparo una bebida caliente, añado a la bandeja pan blanco con fruta y me dispongo a subir.

Las manos me duelen, pero eso no importa con el afán que tengo tomando la escalera que lleva a la segunda planta y me apresuro a la alcoba del Underboss sin saber a qué le huyo. La esquina para voltear aparece y camino más rápido, pero me toman por la parte trasera del cuello a la vez que la bandeja sale a volar volviendo trizas los implementos.

—¡Mucho afán por servirle, puta! — reclama y su altura predomina sobre la mía al igual que la loción masculina del Boss— Volvemos a los jueguitos y artimañas…

Trato de ignorarlo recogiendo lo que tiró, pero me levanta y quiero hacerle entender que no estoy jugando a nada y solo hago lo que se me indican. Sin embargo, su fuerza, la mirada oscura y el aura a la defensiva me dicen que no me escuchará.

—¡Basta!

—Basta, ¿Con qué? —me encuella contra la pared— Te atreves a exigir cosas en mi propia casa…

Su agarre me lastima y forcejeo, pero termino siendo arrastrada y metida a la primera puerta que aparece. La cara me queda contra un sin fin de implementos de limpieza y cierra llenando el espacio, dejando su pecho contra mi espalda y su erección contra mi espina dorsal.

—Voy a dejar claro a quién le perteneces follándome ese culo, maldita hija de perra…

Rápidamente se suelta el pantalón estampándome contra la pared y no puedo moverme, ya que estoy acorralada entre el espacio y su fuerza que levanta mi falda antes de llevarse los dedos a la boca ensalivandome atras.

No quiero que me tome por ahí y me muevo, pero ejerce más fuerza tapándome la boca con una mano mientras que con la otra pasea el enorme capullo que arremete contra mi culo sin ningún tipo de piedad logrando que un pequeño chillido se escape de mi garganta.

—Te vas a ir con él —reclama adentrándose más y duele a tal punto que debe trasladar los dedos a mi coño para que pueda dilatarme y así deje de maltratarlo—. Con él, sabiendo como son las cosas entre los dos… ¡¿Se te olvidaron?!

Otro empellón lo deja más adentro y el dolor ya es algo tan común para mí que no hago más que cerrar los ojos con su grosor, el cual me expande en tanto sus dedos derriten mi sexo masturbandome y me pregunto cómo algo puede ser tan dolorosamente placentero, ¡¿Por qué carajos tengo que responder y por qué carajos lo tengo que ansiar?!

—Siento como te parto ese culo…

No recibo más que su enojo follándome rudamente contra la pared mientras mantiene la mano contra mi boca en tanto mi canal se adapta recibiendolo sin problema, sin dolor. Estoy tan húmeda. Los jadeos comunes no dudan en liberarse enfadándolo más, haciendo que me muerda y estruje con fiereza.

—Por donde te doy te gusta —me reclama—. De niña inocente ya no tienes nada, Emma James….

El sudor nos baña y me da más duro entrando y saliendo. No sé como sentirme con este maldito lío inmoral.

No puedo hablar, no puedo contradecir, lo único que quiere es que lo reciba sin decir nada y solo se enfoca en correrse. Termina y simplemente se guarda el miembro en el pantalón después de dejarme el culo lleno de su derrame y largarse como si nada.

Acabo sudada, débil y oliendo a él. Las escobas se caen cuando salgo con las piernas temblorosas acomodandome la falda y quiero irme a mi alcoba, pero cuando estoy por volver a la escalera el Underboss aparece limpiándose la nariz con el torso del brazo.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

—Fui a buscar algo para limpiar lo que se me cayó, pero…

Pasa por alto mi respuesta afanándome a su habitación donde empieza a caminar pálido y ansioso mientras me las apaño para limpiarme en el baño queriendo mermar el olor de su padre.

—Te quedarás aquí conmigo —asegura cuando salgo.

Me abraza antes de llevarme a la cama con él manteniéndome entre sus brazos todo el día. No come y es Cédric quien le suministra el suero.

No quiere que me vaya, no quiere que me aleje, mientras yo no dejo de mirar la puerta con miedo a que entre su padre. La madrugada llega y se vuelve un ovillo frente a mí mientras mantengo la cabeza en la almohada.

El pánico le invade los ojos y se nota que está tenso por la falta de psicóticos.

—Si yo fuera diseñadora te contrataría como modelo —le digo haciéndolo reír—. Deberías tomarte unas clases de pasarela, a lo mejor alguien te descubre por ahí y pum…Vladimir Romanov caminando en pasarelas moviendo el haladie mientras modela…

Ríe con más ganas y se ve lindo. Él es lindo, solo que tiene el interruptor abajo.

—Tienes que dejarlo de lado Vlad, las drogas, el alcohol —le toco las puntas del cabello —. De seguro será difícil, pero tendrás tu recompensa.

Respira hondo volteandose para mirar el techo.

—¿Un helado con chispas de esas que truenan en la boca? —soy yo la que ríe ahora con su respuesta.

—La Bratva, esa es tu recompensa.

Asiente buscando mi pecho para recostarse y se lo permito. No es que sea una zorra, ni una embaucadora, porque si, en un principio tenía claro que debía hacerlo caer, pero ya no. Desde muy adentro deseo que tenga una segunda oportunidad porque merece ver el lado bonito de la vida.

Las voces hablando en la alcoba son las que me despiertan a la mañana siguiente con los primeros rayos del sol y me incorporo en la cama hallando al Boss con los brazos cruzados, comiéndome con los ojos mientras su hijo le habla sentando en la orilla de la cama.

—No es algo psiquiátrico, ¿verdad? —le pregunta el Underboss.

—No —contesta el ruso—. Me prometiste algo ayer, necesito que lo cumplas y debes limpiarte la sangre, ya que el HACOC no es cualquier droga…

Se levanta sin contradecir antes de mirarme.

—Ve por tus cosas — me indica y salgo de la cama pasando por al lado del hombre que no se mueve de la puerta obligándome a que le roce el brazo cuando salgo.

Empaco las pocas prendas que tengo abordando una camioneta con Vladimir y el león mientras su padre viaja aparte con sus hombres de confianza. Él tiene un folleto en la mano y alcanzo a leer el nombre del centro de limpieza y desintoxicación en Polonia.

En la avioneta se mantiene hablando con su padre que no me determina, pero le siento esa aura arrogante que me dice que en cualquier momento me

va a ahorcar y por ello trato de mantenerme lejos cada que me aniquila con los ojos.

El consejero los mantiene informado de las elecciones judiciales que se están dando en Londres y me imagino lo preocupada que ha de estar mi hermana, ya que su marido es quien compite por el puesto contra el candidato de la mafia.

No hay preámbulos al aterrizar cuando llegamos a la tarde. Vamos directamente al centro con Salamaro y debo esperar en una de las sillas de afuera mientras ellos entran al consultorio donde tardan horas y Vlad sale cambiado entregando sus pertenencias al consejero.

—Traela temprano —le pide al moreno antes de que una enfermera venga por él.

Voltea a verme y alzo la mano en señal de despedida quedándome con el folleto que tenía. El apartamento donde nos quedaremos no está muy lejos del edificio y el Boss se queda hablando por el móvil afuera mientras que Salamaro se encarga de distribuir la seguridad.

Me quedo solamente con Koldum y busco un platón para darle agua. Alguien discute afuera y de un momento a otro termino siendo tomada y levantada como una jodida muñeca.

El brazo del Boss queda alrededor de mi abdomen y las bailarinas se me caen en el camino. Estrella la puerta y me arroja a la cama antes de quitarse la ropa.

—Desnúdate —exige rabioso— ¡Ya quítate la puta ropa!

Obedezco y me arrastra por los tobillos cuando estoy sin nada atándome las manos con el primer cable que se le atraviesa.

—Hoy si te parto —amenaza tirando de mi cabello haciendo que me arrodille en la cama—. Cada que camines te acordarás lo duro que te taladró mi verga…

Su ira es como la llama de una intensa hoguera. La televisión está encendida y ubicada en el canal privado de la FEMF. Toma mi cabeza

llevándome a su miembro para que se lo chupe y lo hago con las manos atadas estando ambos desnudos en la alcoba.

Él furioso y yo con la boca llena de saliva engullendo el falo que se endurece cada que lo llevo a mi garganta.

—Estás muy duro —le digo cuando me ahoga y solo se le oscurece la mirada haciendo que se saboree.

Me recorre los labios con el pulgar manteniendo el agarre en mi cabello.

—Tragatelo y chupalo —exige con más rabia—. No paras hasta que no te convenzas de que este es el único miembro que puede gustarte.

Me lo hunde otra vez y lo saboreo dejando que me lleve de adelante hacia atrás follándome la boca con furia. El glande me roza, su falo me ahoga y no para hasta que se corre dejándome llena.

Las ganas me sobrepasan y ansío más cuando baja a mi boca besándome con hambre. Las rodillas se me separan y vuelvo al gusto culposo de tener al Boss de la mafia rusa entre mis piernas embistiendo con una fuerza sobrehumana que lo hace marcarme, arañarme y morderme con cada empellón.

Me toma de tantas formas, en tantas poses diferentes que no hago más que sudar sobre él, bajo él, con su gran miembro entre mis piernas y no puedo controlarlo, ni evitarlo, ya que se sumerge con una brusquedad innata que no me permite razonar.

La ira no deja que se canse estando tan enceguecido, tan eufórico, que solo para cuando la noticia de última hora que avasalla la pantalla me deja quieta con él sobre mí en tanto mis oídos captan lo que dicen los medios de la fuerza especial.

—Es un hecho ya confirmado la medida de alerta roja en todo el sistema judicial debido a que el recluso Antoni Mascherano, líder de la mafia italiana, escapó de Irons Walls —anuncian y él aprieta la sábana con fuerza manteniéndose sobre mí—. El hecho ocurrió hace una hora cuando efectivos de la fuerza judicial sufrieron una emboscada durante su traslado. Al momento no hay pistas de su paradero…

Se aparta liberando mis manos antes de irse al baño dejándome en la cama y esa no es la única noticia que me deja neutra mientras me visto; mi hermana y mi cuñado también son prófugos de la justicia e intensamente buscados.

‘‘ La FEMF enfrenta uno de los peores escándalos militares” anuncian los medios.

Son demasiadas cosas que procesar y solo puedo fijarme en la mujer que da declaraciones frente a los medios; «Gema Lancaster», la fórmula electoral de mi cuñado. Christopher Morgan sería el nuevo ministro y ella la viceministra del sistema judicial especial militar.

—No importa que tan tarde sea, lo importante es reaccionar a tiempo. Christopher Morgan cometió una masacre en un acto de rabia y abuso de autoridad matando a nuestros propios colegas y todo esto fue acolitado por su padre, el ex ministro Alex Morgan, quien ahora yace en Irons Walls —dice frente a los medios—. Se comprobó que su esposa Rachel James también ha manipulado el sistema a su favor convirtiéndose en una prófuga más.

«Hija de puta». No entiendo el contexto de lo que dice, pero no le creo nada. Mi hermana es una de los mejores soldados de la fuerza especial y no tiene el derecho de ensuciar su nombre.

—La FEMF protegerá a los inocentes, entre esos Lucían Mascherano, Abby Linguini y Harry Smitch, hijos de los fugitivos en tela de juicio —aclara—. También habrá sistema de protección para la familia James Mitchels y Sara Harts quien no son culpables de los errores cometidos por sus parientes.

La transmisión se acaba y sigo sin digerir lo que está pasando, ¿Cómo que prófugos? Si todo estaba bien cuando partí. Además, el marido de mi hermana porta uno de los apellidos más importantes de la FEMF.

—Lárgate a tu alcoba—me pide el ruso con el mero pantalón puesto y me alejo con el nombre de mi hermana talandrome en la cabeza.

La preocupación se me atora en el pecho porque tiene un embarazo de alto riesgo y se supone que estoy aquí para que ella lo tenga tranquila. Siento que debo volver a ver la noticia, pero el canal no se ve en el televisor de mi alcoba y solo escucho al ruso dando órdenes en su idioma.

Por la ventana detallo cómo los hombres de la Bratva van llegando y cada que salgo por algo él está hablando por teléfono. Doy por hecho que mis padres no tardarán en enterarse de mi secuestro, ya que lo lógico es que manden a buscarme a Alaska con todo lo sucedido.

La mañana siguiente no tiene mucha diferencia y soy movida al edificio de Vladimir que está en un doloroso proceso de desintoxicación que lo tiene en cama pálido y con los labios secos.

—¿Qué pasa pequeña puta? —pregunta— Tu cara no me sirve hoy…

—Mi hermana está siendo buscada por la policía como una criminal— espeto—. Está en gestación con un embarazo de alto riesgo…

—¿Y eso te preocupa? —inquiere débil— Tu cuñado no dejará que le toquen un pelo —respira hondo—. Los preocupados somos nosotros que tenemos asuntos pendientes con los italianos y es cuestión de días para que se desate una guerra entre clanes, así que anímame que debo levantarme rápido de esta maldita cama.

Le ayudo a darle el desayuno que le traen y lo acompaño a los procesos que consisten en charlas y procedimientos médicos con jeringas.

Está escoltado todo el tiempo y no para de pedir informes sobre como va todo. Cada que le dicen le aumenta la ansiedad que podría compararse con la mía al estar moviéndose de aquí para allá sobreviviendo solo de los fragmentos que dicen otros.

—Pero Antoni no es el líder, ¿Cierto? —le pregunto al Underboss queriendo hallar esperanza en algún lado. Siento que si no lo es mi hermana no corre tanto riesgo— Su hermano Phillippe es quien tiene todo el poder.

—No por mucho —explica tecleando en el móvil—. Si hay que elegir, la pirámide de la mafia se irá con Antoni y no con Phillippe, ya que el primero tiene más que ofrecer y se ganó sus méritos.

—¿Qué es la pirámide?

—Es una escala que agrupa todas las mafias más importantes del mundo. Mafia italiana, Bratva, búlgaros, hampa, yakuza, estadounidenses, árabes —no deja de teclear—. Todos los clanes están en la pirámide que alberga en la punta la más poderosa y va bajando hasta la menos importante. Estar en ella nos permite trabajar en armonía evitando enemistades, guerras, confrontaciones…

Una enfermera entra a darle el medicamento de la tarde y se lo traga con mala cara.

—Los que están adentro le sirven a quien la lidera y el que no sigue la punta se convierte en el enemigo de todos los clanes —continúa—. Es como ser repudiado y nosotros lo somos ahora, ya que nos negamos a pertenecer a la organización.

No me levanta los ánimos con ese italiano que obviamente es tan peligroso como el ruso y es otra amenaza para mi hermana. Estoy aquí porque mató a Sasha, pero Antoni Mascherano tiene una obsesión con Rachel desde que la conoció.

Esta historia se puede resumir en que el peso de ser una Mitchels le ha salido caro a mi hermana mayor. La palabra "Hermosura" le queda pequeña, a eso hay que sumarle las habilidades adquiridas que tiene como soldado y dichas cualidades la han rodeado de hombres peligrosos.

Es como tener tres monstruos acechándola; uno por venganza (Ilenko) y otros dos por amor (Christopher y Antoni) que están enamorados de ella y, por ende, se la pasan peleándose entre ellos.

Vuelvo a casa en la noche ocupándome de Koldum que me acompaña a la alcoba. El ruso no está y por ello meriendo algo antes de irme a dormir, sin embargo, termino siendo despertada por el salvaje que se mete a mi cama a medianoche a follarme con premura mientras me maltrata las muñecas.

Sin palabras, sin diálogos, solo entra, me rompe la ropa, me embiste y se larga después de dejarme los muslos untados. Así transcurren los días

siguientes donde soy un ser solitario al que mandan de aquí para allá sin darle información verídica.

Debo estar pendiente del Underboss que cada día se ve más desesperado sin la droga y también debo bancarme los insultos cuando se sale de casillas padeciendo la abstinencia y los trastornos que no lo dejan descansar.

Ilenko no deja de acecharme todas las noches tomándome en el baño, en la cocina... Donde nos atravesamos me toma desquitándose la rabia sin hablarme y a la mañana siguiente debo levantarme fingiendo que no pasa absolutamente nada con el Boss de la Bratva.

Me preocupa mi familia, en especial papá que ha de estar preocupado buscándome con el estrés de Rachel encima, pero eso es algo que a los rusos no les importa. Salamaro solo quiere que me concentre en Vladimir mientras que el ruso va y viene enfurecido sin dirigirme la palabra.

Vuelvo a casa como todas las noches saludando al león quien es el único que me recibe, los voyevikis están afuera y la chaqueta del Boss está sobre el sofá. Avanzo hacia las alcobas y de su puerta salen las luces del televisor.

Procuro no hacer ruido al percatarme de que es el canal de la FEMF el que está sintonizado y por ello me quedo un par de pasos atrás queriendo ver las noticias.

Él está de espaldas y una fuerte punzada me toma el pecho al ver mi foto con la palabra “Desaparecida”. La imagen de mi padre negándose a dar entrevistas me parte y no porque no hable, es porque vuelvo a verlo decaído como cuando se llevaron a Rachel.

Mamá no puede librarse de la prensa y me acerco más cuando la rodean. Su imagen me recuerda lo mucho que la echo de menos y los ojos me empiezan a escocer.

—No tengo nada que decir de Rachel, sus problemas se los ha ganado por pertenecer a esta entidad y digan lo que digan no quita los méritos y lo mucho que les ha servido a este ejército —declara—. El cometer errores no quita que siga siendo una persona fuerte e inteligente. No me gusta la

milicia, pero cualquier mujer no puede ser un soldado y mi hija es una de los mejores.

Toma una bocanada de aire antes de continuar.

—Y de Emma solo hablaré porque tengo la esperanza de que pueda verme y saber que sus malditas pataletas y sus sueños de querer ser lo que no puede le han sumado más peso a esta situación —levanta el mentón enojada—. No le costaba nada quedarse en casa, pero para ella era más importante oler a fracaso y miren… Dos hijas desaparecidas y una familia que no sabe cómo encontrarlas.

Las lágrimas me salpican la blusa de inmediato y me alejo rápido cuando el Boss se voltea, porque no quiero que me vea llorando como la patética a la que le duelen las palabras de su madre.

Tapo los sollozos con la sábana mientras Koldum se mantiene a mis pies hasta que amanece y vuelvo a levantarme con bolsas en los ojos. No es un buen día y de seguro ya se me pasará cuando las palabras de Luciana dejen de repetirse en mi cabeza.

—Llevale ropa de cambio al Underboss —pide Salamaro.

El ruso también irá a ver a Vladimir y abordamos la misma camioneta sin determinarnos. Ahora carga el doble de seguridad y primero entramos al edificio de enfrente donde está Vladmir haciéndose un par de análisis.

Está más delgado y con las ojeras más marcadas. Saluda a su padre y me entrega sus pertenencias antes de movernos al centro. Firman un par de papeles en la recepción y el Boss es guiado a una oficina aparte mientras abordo el ascensor con el Underboss.

Según lo que dice su carpeta solo le faltan dos días más para completar el proceso de eliminación de toxinas y desde ahí en adelante todo será por parte de él el proceso de superación.

Entramos a su alcoba y se acuesta de inmediato como si estuviera demasiado cansado en tanto las enfermeras se encargan de lo que falta mientras él duerme.

—Falta una hoja en el historial —indica la enfermera—. Debió quedarse en recepción y se necesita.

—Ve por ella —me indica uno de los voyeviki mirando por la ventana.

Salgo al pasillo con la carpeta en la mano queriendo identificar qué hoja es la que falta y avanzo varios pasos hasta que…. Levanto la vista percatándome de los torturadores que yacen en el suelo, pero eso no es lo que me hace devolverme….

Es el olor a loción fina y el hombre trajeado, alto y de cabello castaño oscuro con sonrisa macabra que se acerca; «Antoni Mascherano».

—Ciao.

Dice y su saludo me devuelve de inmediato dejando caer la carpeta mientras intento ponerme a salvo, pero uno de los voyevikis se asoma y termina estrellándome la puerta en la cara al ver el pasillo lleno de italianos.

—No tengas miedo, bella doncella —me ofrece su mano sin dejar de avanzar—. Vamos a ver a tu hermana que ha de extrañarte.

Reacciono rápido corriendo al otro lado del pasillo con sus hombres pisándome los talones. No quiero saber nada de esta mafia y sigo corriendo hasta que mis pies se frenan con un leve rayo de esperanza al ver al coronel.

—Christopher —corro más rápido a su sitio, pero el que alce su arma contra mí vuelve a dejarme estática.

—¡Vamos a ver qué es lo que te vas a llevar y con qué es que va a joder el otro ahora!

Espeta soltando el disparo que despierta mis reflejos empujando la puerta que tengo atrás.

El cruce de balas no se hace esperar y empiezo a huir consciente de que aquí no soy más que una carnada que todo el mundo ve como el cordero que debe darse en sacrificio.

«El coronel prefiere matarme antes de que me usen en contra de mi hermana». Trato de bajar, sin embargo, capto los disparos que se oyen abajo y por ello me veo obligada a subir los pisos de arriba, pero la puerta por la

que entré vuelve a abrirse dandole paso al italiano que se apresura a tomarme y corro más rápido en vano, ya que su agilidad me sobrepasa y termino contra el piso del descansadero con su arma dentro de mi boca.

—Como no amar esta bella obra del creador —besa mis ojos inundándome con su aroma almizclado. Su aura es algo sombrío y tenebroso que me hace batallar cuando intenta llevarme tomándome por el cuello.

Estoy harta de ser la carnada, el borrego y que me tomen como la mártir cuando no he hecho otra cosa más que intentar sobrevivir.

Pataleo con todas mis fuerzas y su mano impacta en mi rostro abriéndome la sien con el escalón de la escalera cuando me manda al suelo. Me inmoviliza y el reflejo de la bala que viene de abajo hace que reaccione rápido queriendo zafarme, logrando huir de él y de mi cuñado.

—¿Pero por qué les gusta que siempre sea por las malas? — espeta el italiano— ¡No hay escapatoria, doncella!

Tiene que haberla. Como siempre me veo corriendo por mi vida sin esperanzas de nada más que la puerta de la azotea. No hay sitio donde refugiarse o esconderme sin que me halle y lo siento atrás mientras corro a la deriva en el último piso de un edificio con más treinta plantas.

Vuelvo a sentir el miedo a que me lastimen porque mi cerebro ya no quiere soportar otra tortura y lo único que hacen mis piernas es moverse lo más rápido que pueden dispuesta a todo.

Si he de lanzarme me lanzo. Me resigno a eso huyendo de las balas sin dejar de correr hasta que….

Las aspas de un helicóptero aparecen frente a mis ojos mientras no dejo de correr cuando identifico a quien pertenece.

Se acomoda de medio lado, el ruso aparece alzando su arma y no me importa otra cosa que no sea huir del italiano que me persigue y por ello me lanzo al vacío dejando que me reciba en sus brazos.

Siento que he vuelto a tocar el borde del abismo que lleva a la muerte y él me suelta antes de saltar del aparato enfrentándose a Antoni Mascherano

que yace en la azotea.

El voyeviki que lo maneja da la vuelta rápido y lo único que alcanzo a ver es al coronel siendo devuelto por los disparos del ruso que lo obliga a resguardarse tras la puerta.

Abajo todo es un caos, algo explota reventando los ventanales y me meten a una camioneta junto con el Underboss moviendome con él a la pista despegue. Las sirenas se oyen a lo lejos, Vladimir se niega a irse sin su padre y Salamaro debe ponerlo contra los muebles cuando se pone agresivo.

Tienen que sedarlo mientras la avioneta alza el vuelo rumbo a Alaska.

—¡Esos malditos italianos lo van a matar! —forcejea con los voyevikis en pleno vuelo.

—Viene en la avioneta de atrás —le indica el consejero y solo así logra tranquilizarse.

Vladimir se desvive por su padre. Debo cuidar su fiebre con sudores fríos en lo que queda del viaje y deben sedarlo dos veces más, pero los efectos no le duran mucho viviendo más de dos crisis durante el vuelo.

Siento que se me van a reventar los oídos cuando llegamos a la fortaleza en medio de una tormenta de nieve al anochecer. Los Romanov se encargan de Vladimir junto con Cédric que le pone toda su atención cuando se vuelve a descontrolar y el Boss llega dando demandas sin quitarse el teléfono de la oreja.

Medio cojea con las manos en las costillas en tanto el Underboss se niega a que lo toquen armando un escándalo que me aumenta el dolor de cabeza empeorando el mal día.

Debo correr aquí y allá trayendo lo que se necesita, lo que se requiere, frustrada por los gritos, demandas e insultos hacia todo el mundo debido a la abstinencia de Vladimir.

Su padre también parece abrumado por el escándalo y entre Cédric y Salamaro deben ponerle una doble dosis de sedante que lo va debilitando poco a poco. El moreno y el médico se van mientras observo como se le van cerrando los ojos.

Estoy cansada, con frío y no pienso en otra cosa que no sea en la horrible sensación que tengo en el pecho desde que vi a mamá.

También desde que Christopher alzó su arma contra mí y sí, sé que está dispuesto a todo, pero vuelvo a preguntarme, ¿Por qué no darme una segunda oportunidad? ¿Por qué no permitirme demostrar que soy tan importante como otros?

Me doy la vuelta y el pecho del ruso queda frente a mis ojos. No hace el más mínimo intento por apartarse y yo tampoco dejando que su temperatura merme el helaje que me cala en los huesos.

La nariz me empieza a arder, la barbilla a temblar y no quiero verme sensible frente a él, pero me es inevitable y termina acariciándome la cara con los nudillos.

—¿Dónde te duele? —pregunta suave y me toco la frente.

Le da una última mirada a Vladimir antes de mirar atrás vigilando que no venga nadie y me lleva a su despacho el cual asegura la puerta.

—Arriba —pide y subo la escalera yendo a la biblioteca.

La calefacción está en el punto perfecto, recibe una llamada que atiende abriendo el botiquín y mientras habla tomo asiento en la alfombra gruesa viendo como los copos de nieve se deslizan por el cristal.

No aparto la vista del sitio ni cuando se acuclilla frente a mí apartándome el cabello para limpiarme la sien con una gasa. Las palabras de mamá vuelven a sonarme y sí, hay que dejarlo pasar, pero las cosas suelen herir cuando vienen de las personas que queremos y más cuando esa persona es quien te tuvo nueve meses en el vientre.

Para Luciana nunca he sido suficiente, ya que mis logros nunca la han llenado. En las fiestas soy la hija que regaña todo el tiempo y la que no defiende cuando otros la juzgan.

—¿Crees que huelo a fracaso? —le pregunto a él.

—No.

—Entonces, ¿Por qué mamá lo cree?

Se me salen las lágrimas e intento contenerlo, pero lo termino soltando como si tuviera que sacar ese cúmulo de llanto que me ahoga.

—Ya —sujeta mi rostro queriendo que me calme—. No te pongas así Ved ´ma, que me dan ganas de mimarte y estoy furioso contigo.

Me acomoda el cabello y nuestros ojos se encuentran después de varias noches evitando el contacto visual. Deja que le toque los labios saboreándome los míos.

Baja las manos a mis hombros en busca de mis labios que acceden al beso que me da. Tengo la cara empapada por las lágrimas y el estar bajo su calor me vuelve más vulnerable dejando que me saque la playera mientras yo busco los botones de su camisa.

—Eres una caprichosa —dice y asiento de inmediato despojándolo de la camisa.

Dejo que me lleve contra la alfombra despuntando mi vaquero mientras elevo la pelvis para que me lo saque y se lleva mis bragas también dejándome desnuda .

—¿Chupo aquí?

Magrea mi pecho y asiento otra vez queriendo que lo haga, que saboree la piel de mis pechos diminutos que no tienen nada de especial, pero me gusta que se los lleve a la boca dejándolos untados de él.

—Aquí también — le ofrezco el otro que avasalla sin dejar de tocar el que tenía y empiezo a enloquecerme con las vibraciones que me toman.

Su erección se refriega contra mi muslo y va bajando por mi abdomen llenándome de besos alucinantes.

—¿Acá también quieres? —asiento de forma automática dejando que se prenda de mis pliegues mientras abro más las piernas para que lo haga libremente, sin penas, sin prejuicios; solo observo como pasa la lengua múltiples de veces en mi zona dándome un orgasmo visual.

No tiene que hablar para hacerme saber que lo está disfrutando, el que pase la mano por el bulto que tiene en el pantalón mientras me saborea

como si tuviera miel en vez de humedad es una clara confirmación.

El ascenso es tortuoso y nuestras bocas vuelven a unirse mientras se saca el vaquero y varias gotitas de humedad recorren mi sexo con la lentitud llena de rudeza que emplea. Es rudo a la hora de aferrarse a la piel de mis caderas, muslos y espaldas.

Lento al momento de pasear la punta de su verga sobre mi clítoris estimulando mi sexo con el suyo.

—Como te mojas —mordisquea mi cuello dejando que me mueva mientras la nieve sigue llenando la ventana.

Se sujeta el tallo entrando lento sin dejar de besarme y aprovecho para recorrerle la espalda ancha que se tensa con las arremetidas que me suelta, «Delicioso». Ilenko Romanov es un mafioso hijo de puta, sádico, peligroso y mal nacido, pero sigue siendo un hombre que al nivel sexual puede darte todo lo que quieres y nada de lo que pase así muera borra lo que pasa cada que estamos a solas.

El calor nos envuelve follando duro por minutos que parecen eternos donde jadeamos, nos besamos y tocamos con ganas una y otra vez, él sobre mí, yo sobre; él nuevamente sobre mí devorándome el cuello, los hombros y la espalda cuando me voltea recorriendome ahí también.

Me deja frente a él. Estoy mal de la cabeza, si. Pueda que Luciana tenga razón en eso al disfrutar teniendo sexo con un hombre como él, pero eso nadie lo va a saber nunca y a la tumba me llevaré el oscuro secreto de haber tenido multiples orgasmos con el Boss de la Bratva.

A nadie le diré que lo besé, que engullí su sexo con mi boca y que disfruté de la potencia que tiene. No diré que me encanta como folla, como tampoco diré que me atrajo al nivel sexual desde la primera vez que lo vi y que me atrae ahora que estamos uno sobre el otro fingiendo ser personas normales sin ser así.

—Моя маленькая волшебница —musita en mi odio—. Mira como te lleno.

Elevo la pelvis recibiendo su derrame y me fundo en sus brazos dejando que los ojos se me cierren cuando se hace a un lado y mi cabeza busca la manera de quedar contra su pecho.

«Моя маленькая волшебница: Mi pequeña hechicera»

CAPITULO 42 — LAMPíRIDOS

Emma.

La sensación aterciopelada de la alfombra acaricia mi espalda, estoy dormida sobre alguien y los gritos intensos de afuera mueven mis párpados. «Huele a loción masculina», tengo la camisa del Boss encima y mi cabeza yace sobre su brazo.

Me aparto rápido cuando se despierta, no tenemos ese tipo de confianza para dormir así. El ruido de afuera al parecer es Vladimir discutiendo con su consejero y por ello empiezo a vestirme antes de que empiece a buscarme.

—¿Cuál es el afán? —pregunta él abotonandose la camisa mientras me meto en el vaquero.

—No es afán, es que no quiero problemas.

Me acorrala contra el estante de libros dejando el brazo apoyado en la madera.

—Voy a decir esto una sola vez y espero que no se te olvide nunca —empieza—. No le perteneces a él, ni al mundo, ni a tus padres. Ni siquiera a ti misma.

Su voz me va erizando la piel.

—Me perteneces a mí y a nadie más que a mí. Por eso tus problemas solo son conmigo —advierte—. Soy tu dueño, tu amo y tu captor —me besa la punta de la nariz—. Tú eres mi pequeña Ved´ma, mi esclava y mi víctima ahora y para siempre ¿Está claro?

Muevo la cabeza en señal de asentimiento, el realismo de esa situación me aterra. No es que me resigne o lo acepte, es que simplemente siento que no hay más alternativa por más que me rehúse.

Pasea la mano por mi tórax palpando el corazón que se me acelera.

—Nunca nadie te pondrá así, solo yo y puedo jurartelo —asegura antes de mirar el pasillo indicandome que me vaya.

Como era de esperarse, el Underboss está alterado, insultando, vomitando y paseándose por todos lados. Salamaro se da por vencido en tanto él se encierra en el baño mientras espero en la cama pensando que debo practicar, ya que pronto es el evento oficial de patinaje siendo el último del año. Vlad tarda volviendo lleno de sudor.

—¿Dónde estabas? —me pregunta .

—En la chimenea de abajo —contesto y se deja caer en la silla frente a su escritorio.

Debo dormir con un ojo abierto y otro cerrado, ya que a cada nada está vomitando. No sé quiere levantarse de la cama al día siguiente. Me baño tomando la píldora anticonceptiva y su tía Aleska le sube el desayuno fingiendo que no existo.

—Anda, al menos come la avena —le insisto cuando no quiere comer, pero no me hace caso y Cédric me informa que con el suero bastará.

Pasan los días, las pesadillas no lo dejan descansar, se inquieta con nada, todo le molesta y encima no se le quita la jaqueca. Tampoco me deja salir de su alcoba, discute conmigo todo el tiempo y si el Underboss está alterado su padre lo está el doble recibiendo gente que entra y sale de la fortaleza.

La mayoría son hombres altos, trajeados, tatuados e imponentes de cabello largo con sumisas. Mueve, traen y empacan armas mientras los prisioneros se encargan de fortalecer los alrededores de la casa.

No tengo noticias de mi hermana ni de mi familia. El Underboss se anima a salir de la cama en la tarde y salimos a dar una vuelta que él toma con la capota de la sudadera levantada.

Me pongo a juntar nieve, ya que no hay más que hacer mientras él no pierde de vista a las camionetas que se estacionan. Un hombre pelirrojo saluda a Vladimir desde lejos con un santo y señala a lo que él le corresponde.

—¿Quiénes son esos? —pregunto.

—vory v zakone —responde—. Los mejores de nuestra organización.

De todos los que llegan se queda uno, el pelirrojo que saludó a Vladimir y por lo que oigo responde al nombre de "Yura". Tiene más de nueve ciudades rusas a su cargo, las cuales le rinden cuentas al Boss.

Procuro entretener a Vladmir cuando se apaga en la tarde animandolo a ver una película, la cual siento que solo le deja los ojos encima, ya que luce ido quejándose que tiene náuseas.

Necesito que se recupere ya que en una semanas hay un importante evento en el patinaje en el cual quiero estar, «Si empiezo a faltar caeré en el ranking que consegui»

—Los primeros días son así, pero ya luego vendrá el cambio — lo animo, pero sigue igual de sumido, encogiéndose como si estuviera en alguna casa del terror.

Los empleados se van. Vladimir está dormido y la tal Aleska me pone a servir Whisky a los presentes que siguen en el despacho, «Que Emma haga de todo». Entro con la bandeja ignorando al ruso que está detrás del escritorio. Solo hay hombres adentro, hombres que dan miedo.

—Lárgate a la cocina —me pide el Boss y me trago el "Se dice gracias, maldito cerdo malagradecido".

Las luces de abajo ya están apagadas y dejo la bandeja en el lavado dando un salto cuando me abordan por atrás, «El ruso».

—Ya no me aguanto —confiesa.

Me eleva mientras cruzo las piernas tras su espalda llevándome al mínimo espacio que hay entre la puerta y la organizadora de la loza.

Su boca es lo primero que busco dejando que me bese en la oscuridad y alza mi vestido para entrar en mí mientras mantengo las manos alrededor de su cuello. Sus jadeos se acompasan con los míos subiéndome y bajándome en la pared mientras me pierdo en el morbo que me genera este hombre.

Los dedos se me cierran en su camisa disfrutando como me folla dos veces y termino pasando saliva después de correrme con sus labios contra

los míos.

—Vete a dormir —susurra—. Y mañana temprano te quiero en mi habitación para alimentarte.

Se va y me acomodo el cabello con los dedos todavía con el corazón a mil. Me voy a dormir y antes de que salga el sol me escabullo de una habitación a la otra donde él me espera dispuesto metiendo el miembro en mi boca.

—Ve´dma —musita mientras lo mantengo en mi boca y me hace madrugar las tres mañanas siguientes.

No sé qué es lo que es descansar porque Vladimir poco lo hace y tampoco puedo hacerlo yo sabiendo que Rick ha de estar preocupado por mí. Sin embargo, recibo un toque de paz lleno de alegría cuando en uno de los informes Salamaro le informa al Underboss que mi hermana ya tuvo a mis sobrinos.

Me trago las ganas de dar una voltereta, ya que su nacimiento hace que esto haya valido la pena, pero en fin, sigo aquí y a veces me cuesta lidiar con la fuerza del ruso cada que me estampa contra lo primero que se le atraviesa tomándome duramente y con rabia, más cuando me ve con el Underboss. Sus agarrones me marcan la piel y sus azotes mis glúteos cuando está enfurecido.

«Es agotador todo esto». Ha pasado otra semana y Vladimir va de mal en peor teniendo pesadillas hasta despierto. No se le quita el frío, los analgésicos no le hacen efecto y paso la noche en vela con él cuidandole la fiebre, lidiando con las crisis donde le repito una y otra vez que ya va a pasar.

Estoy tan cansada que no doy para levantarme temprano, pero él sí lo hace y me aclaro la vista cuando lo veo salir de la ducha. Sigue demacrado, pero el estado de ánimo le cambió y hasta se hace cargo de las cuentas que necesita el tal “Yura”.

—Te ves mejor —comento alegre mientras escribe—. Ya está pasando como te lo dije.

Mueve la cabeza en señal de asentimiento antes de irse a una de las reuniones que mantiene el Boss en el Despacho. Cédric entra por los implementos que dejó anoche y yo observo las personas que están trabajando afuera cargando grandes containers, preguntándome cómo pueden cargar eso sin partirse la espalda.

—En Gehena somos fuertes —comenta el médico como si pudiera leer mis pensamientos—. Algo útil aquí y que espero que le sirva a mi gente.

—¿Los conoces? —indago.

—Son de mis tierras. Están sirviendo, ya que los rusos quieren comprobar si por ellos vale o no la pena liberarme —me explica—. Lo más probable es que si, parecen contentos con el resultado.

—Ojalá y se pueda —le deseo suerte.

—De salir estas cordialmente invitada a Gehena —corresponde el gesto amable y lo tomo como una broma—. Perdona, aquí el sentido del humor es lo único que nos mantiene con vida.

Aleska viene por él y organizo la habitación quemando el tiempo e intentando prender uno de los radios que me encuentro, pero no hay nada que funcione y me termino bajando a la chimenea de la sala, ya que empezó a nevar otra vez.

Encuentro en uno de los bolsillos de la chaqueta uno de los sobres de chispas que traje de Rusia y no me acordaba de que lo tenía. Los empleados ya se fueron y atizo la leña abriendo el sobre con los dientes.

—¿Otra vez con esta bobada? —me lo arrebata Vladimir y me levanto de inmediato, «Qué afán de arruinarlo todo»— No te he dado ninguna recompensa…

—Dámelo que tengo hambre —intento quitárselo, pero hace el amago de echarlo a la chimenea y empiezo a forcejear mientras me toma de burla riéndose de mí en la cara— ¡No estoy para chistes!

—Ah, te enojaste —atrapa mis brazos envolviendome en los suyos y rechazo el beso que quiere darme, pero me aprieta más dandomelo de todas formas y no es para nada sutil.

Su lengua avasalla la mía y no me puedo mover, ni apartarlo con la fuerza que ejerce. Solo siento como me empujan lejos de él y en segundos tengo al Boss encima con la mirada ensombrecida, tomándome de la garganta antes de dejarme en la alfombra.

—Oye...

Vladimir trata de oponerse, pero lo empuja arrancándose la cadena que tiene en el cuello. Pataleo cuando coloca el dije contra el fuego y su hijo intenta apartarlo, sin embargo, no lo mueve.

—¡Suéltame! —le grito.

—¿Se te olvidó? —inquiere furioso— Mira como te lo recuerdo…

Apoya el dije caliente en mi brazo marcándome la piel mientras me retuerzo con la quemadura.

—Dije que no lo iba a volver a advertir — inquiere y el Underboss me lo quita de encima mientras me alejo con lágrimas en los ojos al ver su símbolo en mi piel.

—Ya te he dicho que no te metas —espeta el Underboss.

—¡Tu a mí no me vas a decir en qué es lo que me tengo que meter! —lo encuella y este mete el brazo para zafarse, pero no es necesario forcejear, ya que el padre lo suelta cuando un sobre de cocaína cae al suelo perpetuando el silencio en la sala.

«Volvió a consumir». Por eso el cambio repentino. El Underboss no lo mira a la cara, está avergonzado y el ruso se va saliendo en medio de la nieve mientras el brazo no me deja de arder con la quemadura.

—Levántate —me pide el rubio yéndose a la licorera y me incorporo queriendo largarme. No solo él ha perdido el tiempo, también lo he perdido yo ayudándolo a escalar el hueco de donde no quiere salir y por eso nada funciona.

La piel me sigue ardiendo, quiero salir de este maldito cautiverio y el rubio me corta el paso.

—Vamos a celebrar, ¿Para que nos vamos a lamentar?

—No quiero celebrar nada, solo deja de hacerme perder el tiempo...

—Y tú deja de engañarme —espeta sonriente. Lo ignoro y toma dos botellas forzando a irme con él a la alcoba y lo único que me apetece es aliviar el dolor que tengo en el brazo mientras enciende la música.

Cédric entra a curarme la quemadura y Vladimir se sienta a mi lado viendo lo que hace.

—¿Por qué mi padre se pone así? —me pregunta el Underboss en el oído — ¿Hay algo que me hayas ocultado?

—¿Cómo que? —respondo sería— No he hecho más que servirte todo el tiempo y preguntas esas cosas viendo que me acaba de quemar como a una vaca. Lo que tenía que decirte te lo dije hace mucho.

Nuestros ojos se encuentran y no me gusta su mirada. Por mucho que hayan cambiado las cosas, no dejamos de ser Underboss y esclava, así que en cualquier momento puede blandir el haladie para matarme.

—¿Te gusto? —pregunta y siento las cosas tensas— Respóndeme.

—Si —respondo y me besa delante del médico que aparta la mirada con disimulo.

Una mala respuesta puede dejarme peor que Zulima y más si está drogado.

—Cédric —empieza— ¿Qué tal te parece mi esclava?

Me lleno de paciencia cuando el príncipe procura restarle importancia.

—Es linda, ¿cierto? —me acaricia la cara y el médico tarda en responder — Habla y que el miedo no te haga decir mentiras.

—Lo es —contesta Cédric y el Underboss vuelve a juntar los labios con los míos.

—Ven y bésala…

Me muevo incómoda y se pone a la defensiva de inmediato.

—¿Que pasa? Me dices que no, pero te incomoda lo que ya hemos hecho antes …

Me está arrojando balas a quemarropa y una mentira puede hacer que todo se venga abajo. La mentira que le dije tuvo bastantes consecuencias que pueden empeorar.

—Bésala Cédric, quedas prendido de su dulzura cuando la pruebas —insiste y tomo aire demostrando que no me importa—. Lo que pasa aquí se queda aquí y ambos queremos ese beso.

El príncipe ha de estar más resignado que yo y no lo miro a los ojos cuando se inclina a besarme mientras Vladimir nos observa manteniéndome en sus brazos.

—Me gusta —dice— ¿A ti no?

—Si —miento.

—Otra vez —sigue—. El príncipe de Gehena se va mañana, celebremos eso —lo mira—. Bésala.

Cédric arremete de nuevo contra mis labios. Los besos no paran, las caricias se extienden y correspondo por inercia como cuando besas al chico de la discoteca teniendo claro que más adelante será algo de lo que no te acordarás. El morbo de Vladimir es ver como me tocan y así lo hace bebiéndose un trago.

—Lo siento —me dice Cédric.

—No es nada para ninguno de los dos —dejo en claro.

—Lo que no te guste, dime —trata de ser lindo conmigo tomándome el rostro y noto su instinto masculino.

Huele a jabón, no denota ningún tipo de prisa y ha de ser porque no es cómodo para ninguno de los dos y Vladimir me está probando. Verlo rasgar el preservativo me hace respirar hondo teniendo claro que esto es una de las tantas cosas que dejaré solo para mí.

Ilenko.

Las guerras entre clanes es algo que en la mafia se trata de evitar y más cuando son organizaciones de peso como la mafia rusa y la mafia italiana, que anteriormente ya habían tenido diferencias al estar equilibradas en la balanza.

La Bratva no quiere seguir a los italianos que se creen superiores. Somos pretenciosos y nos cuesta morir por algo que no sea nuestra organización. Por ello forjamos nuestro propio imperio para no depender de nadie y no vamos a regresar al sitio que decidimos abandonar.

—Antoni ya tiene 50 % de la pirámide en tan solo un mes de su regreso, está en guerra con su hermano y el Hacoc se está moviendo en grandes cantidades con una calidad que impresiona—me informa uno de los criminales turcos a los que la Bratva les vende explosivos—. Ha comprando armas, hombres, equipos…

—Bien por él —permito que el vodka me queme la garganta en uno de los clubes de Sodom.

—Es el líder…

—El mío no —dejo caer el vaso hastiado de su fanatismo—. Deja el dinero y largarte.

—Antoni… —vuelve a decir y le vuelo la cabeza con un tiro.

Lo que menos quiero ahora es oír barrabasadas sobre uno de mis enemigos al cual quiero matar y él a mí por múltiples razones y una de ellas es que ambos somos líderes innatos con poder.

Antoni sabe que en el mundo criminal su única competencia soy yo, como él es la mía en negocios, astucia y dinero. Hay que buscar la forma de que el otro caiga, sobre todo ahora que no hago parte de la pirámide y de seguro la va a poner contra mí.

—El pequeño Koldum ya tiene comida —Yura, uno de los Vory V Zakone pasa por encima del cadáver—. Saquen esto de aquí.

Pide. Los ladrones de la ley o más conocidos como Vory v Zakone son quienes lideran los subgrupos. Yura también nació en la Bratva, peleó

conmigo en las cloacas, ha manejado el gulag y protegido el territorio durante años.

Tiene la mafia roja metida en la sangre.

—Ya todos están en sobre aviso —me informa—. Abastecí armas y saqué a todo el que no me convencía ahora que somos una sociedad independiente como debe ser.

La nieve sigue cayendo afuera y asumo mi rol manteniéndome lejos de la fortaleza. «Lejos de esa hechicera de mierda que me hace querer ir a marcarla otra vez », pero por mi puesto no lo hago. Tengo gente que agrupar, armas que diseñar, asuntos que concluir porque, por más guerra y enemistad que haya, los negocios nunca paran y yo sigo siendo la máxima cabeza.

—¿Y el Underboss? —pregunta Yura.

Mi silencio deja claro que no quiero hablar de él. Podría contar fácilmente las veces que he peleado con Vladimir y esta vez mi enojo va por que me ha decepcionado como sucesor, ya que pasó por alto lo que se le ha inculcado de pequeño y es “Eres el próximo Boss”. Sabe que las adicciones en un cargo son peligrosas y no le dan las mismas capacidades.

—Los Halcones negros atacaron dos bodegas con oro de nuestra zona —me avisa Salamaro—. No dejaron a nadie vivo.

Los Halcones negros son el grupo de Antoni Mascherano y me froto la cara con las manos.

—Quema los camiones en los que distribuyen—le indico a Yura—. Es algo que no se va a esperar. Creerá que voy por algo grande, pero iré por algo que si o si necesita más que el oro y es moverse rápido siendo buscado.

Me ocupo más en el trabajo cuando la ira por la esclava me absorbe. El capricho que tiene Vladimir con ella me asquea. Por más que quiero tolerarlo no puedo, por más que diga que es pasajero no la puedo compartir porque me pertenece a mí y no a él por muy cazador que sea.

Ella tiene una condena y es conmigo.

Viajo con Yura a los puntos donde ha atacado la pirámide en nombre de Philippe por lo de Dalila. No he tenido muchos muertos, pero si está exponiendo a mis grandes cabecillas con la policía que los empieza a asediar, «El truco más fácil».

Sabotear negocios es otra artimaña a la que se aferra matando los empresarios y distribuidores que hacen los tratos con la Bratva. Le respondo acabando con el centro de Siena, donde yace uno de los puntos de encuentro de la pirámide cargándome a cuatro miembros del clan turco, uno de la yakuza y un norteamericano.

Maricarmen no se me despega informandome todo sobre el movimiento del dinero que ingresa y sale en las últimas dos semanas en distintas modalidades y duplico la producción de armas para vender mientras los ataques no se hacen esperar.

Mientras mi negocio crece, el de Antoni también exportando grandes cantidades de drogas que le afianzan los lazos con carteles, guerrillas y bandas. Emma James sigue con orden de búsqueda al estar desaparecida, pero no tengo tiempo para pensar en ella con una pelea de por medio.

Vladimir vuelve al ruedo y logra meterse en una de las cuevas de los halcones en Siberia donde a sangre fría mató treinta personas con el mero haladie. Vuelve a Sodom a los días con las cabezas dentro de una bolsa y me las tira a los pies.

—Para el Boss —me dice—. Nadie se mete con los negocios de mi padre.

Matar a mis enemigos siempre ha sido una forma de pedirme disculpas.

—Lo siento, creo que más que pedirte tiempo debo pedirte paciencia —indica y le palmeo el cuello respirando hondo.

Siempre ha defendido lo mío con uñas y dientes. Su estado me grita que está consumiendo de nuevo y no sé qué otra solución darle. Quiere disimularlo viéndose decente, sin embargo, ambos sabemos que está cargado de esa mierda que lo consume desde que era un adolescente.

—Maxi debería volver —sugiere—. Es necesario ahora.

—Max está cómodo y es necesario en el sitio que está, así que déjalo.

Obedece viajando con la esclava que se niega a soltar, está aferrado a ella como si fuera algún monigote, pero ella no sabe que esta contienda va a acabar en algún momento y ahí tendrá que pagar las consecuencias.

La pirámide se me empieza a venir en contra y la Bratva no conoce otra alternativa que no sea responder con violencia. No negocian y tampoco se venden. Prefieren que los apuñalen en las cárceles muriendo con una sonrisa en el rostro y Vladimir defiende las grandes ciudades liderando las pandillas que lo vieron crecer.

No le importa que su nombre o cara aparezca en los periódicos, demuestra porque es el monstruo de Rusia y porque es el hijo del Boss defendiendo a la mafia roja sin ningún tipo de piedad.

Siete días de contiendas dejan desmanes en todos lados. Tenía negocios con los Petrova (La familia de Zulima) que ahora deben romperse al estar fuera de la pirámide, por ende, deben acabarse los tratos, devolver el dinero que se tenga y rendir cuentas para que no quede nada y eso se hace de líder a líder.

En la mafia se suelen aprovechar los eventos familiares que pasan desapercibidos para este tipo de casos. Mis vehículos se estacionan en las afueras de la antigua casa de Zulima donde ahora vive Gregory Petrov.

Están celebrando la consagración de un miembro de la familia y visten de blanco en su mayoría. El Underboss trajo a la esclava y no la determino adentrándome en la mansión que me recibe. No vengo a interactuar con nadie y no nos reunimos en Rusia porque la Bratva cada vez que ve gente de otro clan lo aniquila y ya ninguno se confía.

Los Petrov tienen hombres salvaguardando toda la propiedad y entro con los míos que relucen sus armas.

—Bienvenidos —nos recibe Gregory y le indico a Maricarmen que saque los papeles para concluir de una vez.

La mayoría se dispersa cuando el búlgaro y yo tomamos asiento.

—No vale la pena romper tratos ahora —me dice Gregory—. Estoy en el deber de pedirte que razones y no dañemos los lazos que forjamos durante

años, sabes que te soy fiel a ti y a la mafia Italiana.

—Es esta o la otra —dejo en claro—. No mitad y mitad.

—¿Por qué no las dos? —el acento italiano me espesa la sangre mientras que Gregory baja la mirada a la mesa.

—Él quiere negociar, escúchalo.

Me pongo en pie dándole la cara a Antoni Mascherano que le pide a sus hombres que bajen las armas y no lo masacro porque ante los códigos quedaría como un cobarde si él se muestra pasivo.

—Soy misericordioso —se mete las manos en el bolsillo—. Te respeto y te abro las puertas para que estés conmigo y no contra mí.

Prefiero tomarmelo con gracia. Me repudia, lo repudio y no le tengo ningún tipo de miedo.

—Para todos hay una segunda oportunidad, incluso para ti y para mí —continúa—. Te has rebelado, me has atacado, y aún así quiero perdonarte y dejar que sirvas en mi filas para no tener que aniquilarte.

—¿De dónde deduces que quiero tu perdón? —contesto— Eres muy inteligente Antoni, así que asume que puedes ser el líder de la pirámide de la mafia, pero nunca el líder de la Bratva. No vas a contar conmigo, no haré que mi gente muera por ti y no voy a rendirte tributo ni a ti ni a nadie.

—¿Es tu última palabra? —indaga y le doy la espalda dejando clara mi respuesta.

Vladimir me respalda, le indico a mi gente que avance y estos se abren paso enseguida queriendo abandonar la propiedad que debí mandar a volar en vez de venir.

—Boss —me llama Antoni haciéndome voltear y por instinto tomo mi arma al ver cómo toma la suya poniendo a Vladimir a la defensiva queriendo cubrirme. Lo aparto para que no lo toque, ya que le apunta al pecho y llevo el dedo al gatillo listo para acabarlo, pero…

El italiano baja el arma sonriente y el Underboss se aferra a mi brazo con la mano en el cuello queriendo quitar el dardo que le acaban de enterrar.

—Papá...

Dice y miro arriba derribando al francotirador que cae mientras la Bratva nos cubre y responde masacrando a quien se le atraviese en tanto los italianos desaparecen en un abrir y cerrar de ojos huyendo con los Petrova. Trato de que Vladimir no se me vaya al suelo.

Sin embargo, lo hace retorciéndose de dolor a la vez que la boca se le llena de sangre y Emma trata de auxiliarlo pidiendo ayuda de los voyevikis que se apresuran a buscar un médico. Pierde sangre por los oídos, la nariz y las lágrimas le mojan la cara.

—Déjala brillar, papá —es lo primero que me pide jadeando—. Por mí, déjala brillar porque como es seguiré viendo su luz desde el infierno…

—¡Levántate! —le exijo y logro ponerme en pie, pero volvemos a caer los dos, ya que no tiene fuerzas.

—Mátame, por favor.

No quiero oírlo, solo quiero que deje de retorcerse y contener la sangre al igual que la agonía que lo ahoga aferrándose a mi camisa mientras se me calcinan las venas y ella le pide que aguarde un poco, pero niego y lo llevo contra mi pecho sintiendo que se me va, que se me escapa lo más importante que tengo.

—No le des el gusto —deja la mano en mi nuca— ¡No le des el gusto de decir que fue su veneno, así que hazlo tú!

Las contracciones musculares no dejan que lo levante y los ojos se le van poniendo oscuros. Las venas sobresalen en la piel y su tórax se levanta como si lo estuvieran partiendo por dentro y no deja de sangrar.

—¡Necesito que te levantes! —vuelvo a intentar, pero no puede, el dolor no lo deja.

—¡Hazlo, por favor! —suplica— ¡Hazlo que eres el Boss y quiero que me mates!

Los gritos me enceguecen a la vez que un abismo se labra en mi pecho con su súplica, con su exigencia en medio del llanto que para mí, tenga los

años que tenga, siempre lo escucharé como el llanto del bebé que cargué cuando yo tenía 16.

—¡Papá, por favor! —implora— No puedo respirar, hazlo…

Ruega en medio del desespero. Siento que he entrado al mar y me he tragado mil litros de agua. La ira me inunda, mi sistema se apaga y lo único que puedo hacer es sopesar su sufrimiento y algo más duro que verlo morir es verlo sufrir, porque durante catorce años lleva haciéndolo desde que me lo dañaron.

Ella le sigue pidiendo que resista, que puede, le limpia la cara y él se sigue negando con el veneno acabándolo por dentro. Su súplica es como un martillo rompiendo mis huesos. La navaja queda en mi mano, su cabeza contra mi torax mientras ella le insiste hecha un mar de lágrimas, pero él quiere morir y miro los ojos de mi hijo por última vez que me asiente suplicando que no me detenga.

—No quiero que te pese — me dice dejando los dedos sobre mi muñeca cuando poso la punta filosa en su corazón—. Te adoro y no quiero que te pese porque no me has matado tú, yo morí el día que el abuelo untó mi túnica dorada…

Llevo mi frente contra la suya, sabe lo que siempre ha sido para mí. Vuelve a apretarme la camisa y entiendo que no resiste más, por ello aprieto los ojos enterrando el puñal que me oscurece, que me lo lleva para siempre y no hay más que rencor en mis moléculas, odio en mi pecho y un animal enfurecido arañando mi caja toráxica.

Deja de moverse, de respirar, de agonizar. Me levanto con las manos sucias de su sangre y lo reparo en el piso sin ser consciente de nada de lo que pasa a mi alrededor. Solo sé que me muevo por inercia mientras la hermandad carga con el cuerpo de mi hijo.

Tengo mil escenarios en la cabeza, cientos de cosas repitiendo, el mismo animal arañando mis costillas, rugiendo dentro y dicho rugido no capta el llanto de otros, ni cuando llegamos a la fortaleza.

No me encierro en mi alcoba, ni en mi despacho, sino que bajo a la habitación de tortura con el león donde las ratas empiezan a chillar yéndose contra las paredes. Sonya es la que más me huye, pero eso no evita que tome el soplete y se lo ponga contra la piel mientras se revuelca en el suelo quemándola viva, sin embargo, no la dejo morir.

Apago las llamas y piso sus heridas antes de hacerlo otra vez con ella y con los otros, uno por uno queriendo que se les infecte la piel, que sufran más de lo que han sufrido ya.

El rugido de Koldum no se hace esperar, los ataca desgarrandole la piel y despedazando una de las mejillas a Sonya mientras corto todos los dedos de Tonya y la obligo a que se los trague. Las hemorragias las detengo calcinando la piel y le coloco un hierro en el cráneo que atornillo para que el dolor de cabeza la torture todos los días de su vida.

Meto objetos en ellos así como se los metieron a Vladimir y al hermano mayor de Sonya le abro el estómago metiendole una rata adentro y lo coso con ella adentro para que se lo coma o se le pudra. No me importa otra cosa que no sea el que ellos sufran así como lo hizo él y cómo lo harán todos los que se meten conmigo.

Mantengo un voto de silencio conmigo mismo en las horas siguientes donde las noticias van y vienen. No abro la boca ni cuando Salamaro me pone al tanto de toda la situación, «Me han fracturado y ese hueso se tiene que volver a pegar».

Le entrego la llave que guarda, toma la correa del león y se va mientras que con los Romanov nos trasladamos horas después a Rus de Kiev a reunirme con el resto de la hermandad al cementerio de la Bratva donde será incinerado Vladimir.

La mesa donde yace su cadáver está en lo alto de la montaña y los Romanov lo rodean despidiéndose mientras el resto de la hermandad observa. Domi también está al igual que los voyevikis del Underboss.

Lo vistieron de negro y tomo la antorcha que encienden acercandome a su cuerpo. Tiene el haladie entre las manos y se lo quito guardándolo en mi

bolsillo antes de detallarlo por última vez, sin embargo, en sus manos no hay solo eso; también hay una perla y un pendrive.

Alzo la vista mirando a Emma James que está junto a Salamaro y dejo el dispositivo entre sus manos antes de prenderlo fuego permitiendo que las llamas lo consuman.

Esperamos a que las cenizas lleguen y sigo igual o peor que antes. Aunque yo no me afano, cada cosa necesita su momento, su sitio y su lugar. Espero a que acabe y me voy al otro lado de la cúspide a observar el incipiente lago gris.

Capto la presencia de ella que viene con Domi y Salamaro, tiene los ojos hinchados por el llanto. El consejero y la dominatrix dan un par de pasos atrás dándonos privacidad y detallo el celeste de sus ojos, los rasgos aniñados y los labios rosados.

El espacio entre ambos es mínimo y llevo las manos al collar que tiene en el cuello liberándola de él. Se lleva la mano a la garganta como si no creyera lo que acabo de hacer.

—Vuela alto, muy alto, Emma James —le digo—. Con la boca cerrada, con los secretos dentro recordando una sola cosa y es lo cruel y rencoroso que es Ilenko Romanov.

Los helicópteros se toman el cielo y varias camionetas se aproximan por los distintos ángulos de las colinas, «La pirámide ha venido por mi cabeza». Domi la toma a ella que es rodeada por los voyevikis mientras yo me muevo con mi hermandad haciéndole frente a la emboscada.

Son más de cuarenta clanes contra la Bratva que inician la contienda atacando a mi gente.

Mi mirada se cruza con la de ella por un momento antes de subir. La camioneta de la emperatriz arranca y mando a detonar el primer explosivo que levanta el césped mientras cargo la ametralladora con la que me bajo a más de cuarenta personas.

Hay explosivos ubicados en puntos estratégicos que voy detonando a medida que avanzo junto a la mafiya y los cuerpos de los distintos clanes

vuelan por los aires con las explosiones tiñendo el suelo de sangre, quedando esparcidos los pedazos de carne humana que pateo mientras acribillo con mi arma sin descanso, ciego y herido sacando la rabia, apagando vidas como si no valieran nada.

Soy una piedra en el camino, un impedimento para no tener el poder absoluto y Antoni lo sabe. Él sabe que puede tener todos los clanes del mundo, pero nunca será lo mismo si no tiene a la Bratva. El ataque nos gana diez veces en número y acabo con todo lo que se me atraviesa abriéndome paso a las cavernas que yacen entre las piedras.

Los Vory v Zakone me siguen adentrándose conmigo a las antiguas vías de escape, pero la mayoría de los túneles están cerrados y hay varios halcones dentro siendo apoyados por los clanes que ahora pertenecen a Antoni viniendo hacia mí.

Sigo disparando siendo respaldado por mis hombres a la vez que arrojo varios explosivos impidiendoles el paso hasta que hallo el túnel más antiguo. Las piedras caen con las detonaciones y soy consciente de que es más difícil hallar a uno que a diez, así que me quito el anillo que representa a la Bratva…

—Yura —se lo lanzo al Vor v Zakone que lo recibe asintiendo y dejo que se desplieguen mientras los halcones negros se enfocan al que quieren atrapar y es a mí.

Los canso dejando que me persigan acabando con los que quedan a mi paso y la única salida aparece. Ali Mahala viene pisándome los pasos y atravieso el arco de piedra que me manda varios metros abajo cayendo al lago del que emerjo sin ser el Boss de la mafia rusa.

CAPITULO 43 — INOCENCIA, PERVERSION Y MAFIAS.

Emma.

Las personas vestidas de negros se pasean a través de la colina donde preparan al Underbos, podria decir que Salamaro me trajo por gratitud a él. Detallo el pendrive que tengo en la mano y la perla que me dio en algún momento.

—Hubiesen podido matar a Kira por eso —comenta el moreno.

—Pero no lo hicieron —contesto— y ya no lo harán.

Observa conmigo cómo organizan todo. Cuando grabé el video supuse que a cualquiera de afuera que se lo enviara corría peligro, ya que ellos iban a buscar en los teléfonos de todos mis allegados, pero entre ellos mismos no y me jugué todo con Kira que habíamos cruzado un par de palabras, sin embargo, era una de las pocas personas que me trataba bien y no me equivoqué.

En la mafia hay pocas personas buenas, pero las hay. Kira guardó el video hasta que visité su casa y le doy las gracias por ayudarme con una de las tantas cosas que me ha ayudado a sobrevivir.

Los Romanov están tan distraídos con su dolor lleno de rencor y no soy más que una sombra para ellos. Aprovecho que varios se acercan a despedirse para hacerlo yo también.

No siento que murió, siento que descansó porque cuando dormía no tenía la cara que tiene ahora, la cual denota tranquilidad. De mi cabeza nunca se borrará ver como un padre tuvo que matar a su propio hijo.

—Buen viaje, Vlad —dejo la perla y el pendrive en su mano tapandolo con el haladie y alejándome cuando llega el Boss.

No ha dicho nada. Se ha dejado ver poco manteniendo la figura seria y dominante que lo convierte en un ser intimidante que ahora lo es más. Todos se preparan y él se toma un par de segundos antes de encender la

antorcha que se acerca al cuerpo de su hijo, lo repara y alza la vista en mi dirección antes de que la nube naranja incinere el cuerpo del Underboss.

Con Vladimir entendí tarde que no toda herida sana, porque hay unas que se infectan, crecen, se desarrollan y traen parásitos a tu alma. El "Superalo" tiene excepciones, ya que hay cosas que por más que se quieran borrar no se van.

Domi deja la mano enguantada sobre mi hombro masajeándolo suavemente mientras su cuerpo se quema y la emperatriz es otra de las personas que me alegra haber conocido, ya que para bien o para mal sus gritos han sabido despertarme.

—¿Practicaste?— interroga y me hace gracia que me haga esa pregunta en estos momentos.

—Si.

Lo hice en los pocos momentos que Vladimir me dejaba en la fortaleza después de lo de la quemadura. Aprovechaba cada minuto porque sabía que Domi me iba a hacer esta pregunta. Las llamas cesan, el Boss se va y Domi se queda conmigo un par de minutos mirando a la nada.

—Ven —toma de mi mano uniéndose a Salamaro.

El ruso está en lo más alto de la pendiente y ellos se alejan cuando se voltea. Ahora más que poder y dominio destila rabia, ira, que lo hace ver más peligroso de lo que ya es.

Se acerca dejando que nuestras miradas se anclen mientras vuelvo a sentirme como me siento cada que está cerca y es como un borrego ante un depredador. Denota tantas cosas que temo a que ahora sí vaya a matarme, pero sus manos viajan a mi cuello y mi cerebro no quiere ilusionarse con lo hace cuando suelta la correa.

—Vuela alto, muy alto, Emma James —me dice —. Con la boca cerrada, con los secretos dentro recordando una sola cosa y es lo cruel y rencoroso que es Ilenko Romanov.

Las emociones me abarcan de inmediato al verme sin esa cosa en el cuello y mis ojos viajan al sin número de helicópteros que se toman el

cielo, «Soy libre». Domi me toma de los hombros a la vez que varios hombres avasallan el sitio.

Los Voyevikis nos rodean y la emperatriz me saca con ella abordando la camioneta. Miro al sitio del Boss que carga su arma mirándome por última vez antes de empezar a disparar.

Parto con Domi siendo escoltada por tres vehículos y vuelvo a llevarme la mano al cuello sin creer que me hayan liberado, pero es así, ya que Domi me abraza y, estando en área segura, uno de los voyevikis me quita el rastreador que me había puesto Vladimir.

—¡Lárgate! —me empuja y Domi vuelve a tomarme llevándome a otro vehículo que aparece en la carretera.

—Es tarde, apúrate —le pide al conductor y no sé qué carajos hace, solo hace un par de llamadas y me embarcan en una avioneta donde volamos por un par de horas mientras ella se impacienta. Llama, da órdenes e indica que estará ausente por un buen tiempo.

Parece que la vinieran persiguiendo con el afán que toma cuando aterrizamos. Me obliga a que me ponga la capucha y los lentes antes de adentrarme al centro de patinaje lleno de competidores.

Había olvidado que el evento de patinaje era hoy. Ella me obliga a bañarme mientras Chip prepara mi ropa y los patines que tenía en la fortaleza. Ambos con afán mirando a todos lados a la defensiva mientras me arreglan. Termino lista en media hora y por el ruido de afuera puedo deducir la cantidad de gente que debe haber.

Chip amarra mis patines exclusivos y ella me pasa el antifaz mirándome como si hace un par de horas no hubiésemos salido de un tiroteo.

—Esto es el comienzo, mi Queen —se le quiebra la voz cuando me habla —. Y como siempre hay que pensar en grande, demostrándole al mundo que en ocasiones un borrego vale igual o más que cualquier depredador…

Su sumiso me frota los brazos con nostalgia antes de darme un beso en la mejilla. Me acerco a abrazar a Domi y rompo a llorar porque sé que esta es la última vez que la veré.

—Gracias —les digo a los dos.

Hago lo mismo con Chip que me da dos besos antes de que entren a avisar que debo esperar en los túneles.

—Recuerdalo —me dice ella—¿Eres…?

—Una estrella.

—Y una reina del patinaje —termina.

Se quedan y yo dejo que me guíen con el vestido dorado con bordados en mis mangas el cual hace juego con mi antifaz.

Camino por el pasillo lleno de gente y vuelvo a estar sola como antes, sin que nadie me exija, sin que nadie espere alguna hazaña por parte mía.

Es un evento oficial de presentación donde no competimos, solo nos mostramos al público, a los jueces, a los canales televisivos y a los patrocinadores. Las nacionales fueron pospuestas, por ende, las verdaderas competencias empiezan el próximo año.

Tomo asiento junto con los otros competidores y desde mi punto veo a Domi saliendo con Chip, dejándome con lo que tanto anhelaba y es mi libertad.

El evento está siendo transmitido por televisión en vivo y canales de internet . Cada competidor tiene su micrófono facilitando la tarea de presentarse después de cada presentación. Es un pequeño momento para decir lo que se es y lo que se quiere.

—Mi nombre es Ava Clark, vengo de Canadá —se para en medio de la pista concluida su presentación—. Estoy en el puesto número dos en el ranking. La academia Giovani Stell me preparó. He entrenado, ensayado, me he esforzado y he venido a dejar el nombre de mi academia en alto.

El público la aplaude, el siguiente participante entra y yo me voy preparando para mi turno. Los patrocinadores son grandes marcas y empresas. Hay miembros del comité olímpico de patinaje y caza talentos reconocidos.

El tercer concursante sale y me llaman. Bird set free inunda la pista y los reflectores se adaptan a la vez que la piel se me eriza cuando entro a la pista deslizandome en el hielo. Hay miles de ojos sobre mí y cierro los ojos por un par de segundos quitándome las dudas, los miedos y todo aquello que no me sume.

Los pies se me mueven queriendo disfrutar de la libertad que tenemos ahora, siendo veloz como la veces que hemos tenido que correr para salvaguardarnos.

Hago un giro corto y dejo que las notas me avasallen mientras vuelvo a tomar velocidad dejando que mi rodilla izquierda toque el hielo antes de volver arriba convenciéndome de que lo hemos logrado.

He vuelto a ser la Emma que vivía en Phoenix, solo que ahora tengo experiencias las cuales demuestran lo fuerte que soy.

Los brazos se me sincronizan y doy una vuelta deslizándome en un solo patín mientras recuerdo la prisión, las torturas, el dolor que me hace temblar la barbilla, pero que me demostró que puedo levantarme las veces que sea.

La rutina me absorbe con recuerdos tortuosos que me parten. Tendrán que quedarse aquí porque, como le dije al Underboss, no cargo con lo que me lastima. Mis patines dejan de tocar el hielo elevándome en un salto triple donde recuerdo mis momentos con el Boss, pero dichos recuerdos se rompen cuando aterrizo diciendome que eso también debe quedarse aquí.

Giro sobre mi propio eje evocando a Bendi, a Koldum, a las veces que aún estando en la mierda me reí y las veces que aún estando en lo más hondo del abismo me sentí orgullosa de mí misma.

Me desplazo sobre el hielo ejecutando saltos, cambiando de dirección y concluyendo con la rutina dando todo como siempre. Las ovaciones son un cargador de vida; cada aplausos, cada grito, cada que alguien se pone de pie. Lanzo un lutz y acabo mi presentación con mi posición final, la cual desata el choque de las palmas que me hacen levantar la cara en medio de las luces de las cámaras.

La leve vibración en mi cintura me indica que el micrófono se ha encendido y miro al público con el pecho agitado detallando esas miradas llenas de admiración que no disimula ni el jurado.

Abro la boca para hablar, pero no me siento con la confianza suficiente, así que desato el antifaz dejándolo en mi mano mientras alzo el mentón con orgullo.

—Mi nombre es Emma James Mitchels, soy oriunda de Phoenix, Arizona —digo con la voz firme y clara—. Ocupo el puesto número cuatro en el ranking de los mejores futuros patinadores — respiro hondo—. La Bratva me preparó con sudor y sangre exigiéndome ser una leyenda en lo que otros creen que soy un fracaso. He sido raptada, torturada, perseguida y asediada. Me he caido y me he levantado, pero sobreviví después de meses de cautiverio y he venido a demostrar porque me dicen Queen.

La ola de murmullos no se hace esperar y no me importa porque es la verdad. De todos modos va a saberse y si quieren descalificarme o rechazarme me da igual. Yo sé que soy buena y con eso basta.

—Gracias a todos —salgo de la pista con todo el mundo mirándome y alcanzo mis cosas tomando las monedas que me dejó Chip en el bolso, las cuales aprovecho para realizar una llamada.

—Señorita James, acompáñenos a la comisaría por favor —me exige un policía y no digo nada, ya que era de esperarse.

Me trasladan al puesto de policía y de ahí me mueven al comando de la FEMF de Rusia sometiendome a múltiples interrogatorios donde respondo lo que debo responder sin dar detalles que puedan usar en mi contra.

—¿Alguien más sabía de su cautiverio? —pregunta un sargento.

—No —respondo.

—¿Segura?

—Si.

—¿Sobreviviste a todo lo que te pasó sin la ayuda de nadie?

—Si.

Me mantienen todo el día en una habitación con el mero bombillo donde debo repetir lo mismo una y otra vez. Lo que no sé cómo responder, simplemente digo que no me acuerdo, que duré días inconsciente.

—¿Recibiste algún tipo de buen trato por parte de ellos? ¿Trataron de ponerse de su lado tal vez?

—Odian mi apellido, ¿Cree usted que querrían eso?

La cabeza me termina doliendo bajo dos días con lo mismo, siendo trasladada aquí y allá sin dejarme ver a nadie. La viceministra aparece con el presidente del consejo de la entidad.

—Emma —me abraza—. Que felices estamos de que estés bien.

—¿Ya me puedo ir?

Solo quiero irme a descansar y paso por alto su zalamería.

—Puedes confiar en mí, sabemos como es Christopher Morgan, así que puedes abrirte conmigo —sujeta mi mano siendo respaldada por el presidente del Concejo— ¿Tuvo algo que ver?

—¿Quién? —me hago la loca.

—Christopher.

—No.

Me sonríe haciendo una leve seña que le da paso a mi papá que no se atreve a mirarme a la cara llorando y tal cosa me pone mal levantándome para buscarlo, pero no quiere que me acerque.

—No te merezco —me dice—. No te merezco Em, perdóname…

Lo abrazo de todas formas y se termina volteando llenándome de sus lágrimas. Está bien, las fallas no quitan que lo ame y si, han habido errores, pero no ha sido un mal papá y yo también me equivoqué varias veces.

—Ya déjalo, cómprame el camello que quería a los seis y lo dejamos pasar.

—Em —medio sonríe con mis bromas.

—No estoy enojada contigo, papá.

No deja de pedirme que lo perdone y tampoco deja de darme besos en la cara apretándome con fuerza.

—Yo no sabía, te juro que no lo sabía.

—Está bien —le limpio las lágrimas—. Ya estoy afuera y es lo que importa.

—Emma, la FEMF tiene las puertas abiertas para ti. Es asombroso haber sobrevivido y serías un soldado digno de admirar —me dice el presidente del consejo—. Al llegar a Londres puedes incorporarte…

—Gracias —lo interrumpo tomando mis cosas—, pero no me interesa.

Papá deja el brazo alrededor de mis hombros mientras salimos llevándome a la sala donde esperan normalmente los familiares en este tipo de casos. Mi hermana se levanta junto con mi madre y los tacones de Sam son los que resuenan cuando se apresura a mi puesto con una bandeja en la mano.

Se queda frente a mí reparando el recipiente con tapa transparente que alberga helado en pésimo estado y nos quedamos una frente a la otra sin saber que decir hasta que ella toma la iniciativa.

—Yo… compré esto —le falla la voz y toma aire—. Decía… "Bienvenida", pero tanta demora aquí lo derritió y el sudor de mis manos tampoco ayudó…

Pasa el peso de un pie a otro señalando las letras con las uñas largas y bonitas.

—No sé si alcanzas a ver la B que… —sigue y me rio—. Mejor compro otro…

—Me lo comeré, tranquila —se lo quito— ¿Y las chispas?

—Aquí están —se las saca de la chaqueta….

La abrazo antes de recibirlas. Sam es de pocas palabras, tiene el genio Mitchels marcado, sin embargo, hay una conexión especial entre ella,

Rachel y yo. El que se le salgan las lágrimas me lo confirma y le doy un beso en la mejilla.

Me acerco a Luciana que espera a un lado con la espalda recta y me empino a besarla también dejando que me dé una leve palmada en la espalda. Le doy el beso porque me dio la vida y es mi madre, pero tengo claro que nunca me va a perdonar el bofetón que le di y por ello respiro hondo antes de mirarla a los ojos, los cuales heredé.

—Nunca ha sido una pataleta, ¿Sabes? —confieso—. No es una pataleta el que quiera patinar, ni el que me guste bromear, divertirme o ir por la vida con el cabello alborotado… Simplemente es mi forma de vivir y me siento muy bien con eso.

Las emociones me revolucionan el pecho cuando mantiene la máscara obstinada.

—No tenemos la mejor relación, pero pensé en ti y quise decirte que me estaba desmoronando cuando me estaban clavando las manos en una tabla de madera, porque lo hicieron —se fija en las cicatrices que me quedaron en ambas manos—. Lo hicieron y no fue una pataleta porque me dolió mucho, así como me duele tu maldita indiferencia —paso saliva—. Anteriormente moría por parecerme a ti, pero ahora eres el claro ejemplo de lo que nunca, pero nunca quiero ser en la vida.

Observo el atisbo de brillo en los ojos y el hombre que esperaba en la sala se levanta atrayendo la atención de papá. Me acerco a darle un abrazo de despedida a mi padre, al igual que a Sam.

—¿Qué haces? —me pregunta Rick cuando el sujeto de músculos y chaqueta de cuero se acerca más.

—Londres no es lo que necesito ahora, papá —digo y Luciana sacude la cabeza—. Los amo, pero necesito mi tiempo, mi espacio y ocuparme de mis problemas tomando mis propias decisiones. No quiero medios, ni gente preguntándome, señalándome y queriendo saber lo que quiero olvidar….

Mira al piso con la nariz enrojecida y Luciana intenta hablar, pero él no se lo permite y termina tomándome la cara para darme un beso en la frente.

—Voy a estar bien, papá —le aseguro—. Sabes que no necesito presión en estos momentos.

Le cuesta entenderme, pero lo hace dándome dinero y un último beso junto con Sam.

Acomodo mi mochila sujetando el helado que me dio mi hermana y dejo que me saquen del comando especial de la FEMF.

Subo a un destartalado auto y kilómetros mas adelante nos detenemos. Dejo el helado en la guantera y salgo ansiosa de ir a abrazar al amigo que me espera en la orilla de la carretera con los brazos abiertos.

—¡Death! —como siempre dejo que me alce dándome vueltas como un loco.

—¡Yo sabía que lo ibas a lograr! —se emociona— Te vi en la tele y estoy muy orgulloso de ti, pequeñuela.

Me deja en el suelo abrazándome otra vez y demostrándome que el apoyo no siempre está en la familia, a veces también lo dan los grandes amigos.

—Vamos a ponerte a salvo —promete.

Tapo con la manga del vestido la marca hecha por el Boss y avanzo pensando en todas las cosas que me esperan y quiero hacer. La sonrisa me llega de forma espontánea feliz por mí misma.

No me quedó grande sobrevivir, no me va a quedar grande el mundo y como lo dijo Domi “Es el comienzo”. Mi comienzo donde me espera un largo camino en el cual quiero alejarme de todo y de todos, sanarme e ir en busca de mis sueños y las cosas que me merezco.

Amo a mi hermana, a mis sobrinos y quiero verla, pero ahora no es el momento.

Que me perdone si le fallo, si soy egoísta, pero no quiero más torturas, más líos, más problemas. Sé que le importo a ella, pero a otros no y soy la primera a la que van a querer tomar.

Por eso llamé a Death, para que me esconda por el tiempo que sea necesario. Debo esperar que las aguas se calmen y no importa que tan tarde

se cumplan mis anhelos, si se cumplen estaré tranquila.

Debo darme un tiempo para mí y desde aquí le deseo lo mejor del mundo a Rachel, desde aquí espero que lo que padecí haya servido de algo y desde aquí le doy gracias a Vladimir por pedir que me dejaran brillar.

Es tonto porque era mi derecho, pero se lo agradezco de todas formas. No sé a dónde me llevará Death, solo sé que estaré lejos con la meta de labrar los cimientos de un nuevo futuro donde el pasado debe quedarse atrás y los secretos dentro de mí.

Mi cabeza los evoca y paso saliva reiterándome que los “Secretos oscuros” entre él y yo son como un cofre que nunca debe abrirse, conocerse o mostrarse.

"Entre más grande el secreto, más gruesa es la cadena con la que atas el alma"

Creencia de la Bratva.

«El epilogo sera publicado despues del 14 de febrero»

Final

EPILOGO

Tres años después de ser liberada.

Emma.

Respiro hondo caminando por los pasillos donde yacen los distintos competidores que se preparan. Mi entrenador discute con mi manager y yo mantengo las manos en los bolsillos de la sudadera sin dejar de mirar al frente.

Ahora hago eso, mantener la vista al frente porque confío en mí, en mi talento, en mis capacidades y en lo que soy.

La Emma que avanza ahora tiene veintiún años, cursa el sexto semestre de la carrera que eligió estudiar y es Licenciatura en Educación física y Ciencias del Deporte. Amo el patinaje, pero también amo enseñar, animar y por ello busqué algo que me permitiera transmitir todo lo que he aprendido.

Me quito la sudadera quedándome en el área donde se lleva a cabo el calentamiento físico, mi entrenador me entrega la cuerda para saltar e inicio la tanda de ejercicios con los audífonos puestos.

Semanas después de mi liberación salió a la luz el diario del cazador y la FEMF violó mis derechos divulgándolo sin mi consentimiento. Manipuló mi testimonio y se aprovechó de él mintiendo a la hora de decir que culpaba a mi hermana por mi secuestro.

Lo cierto es que nunca ha sido así, no la odio, no la culpo y nunca lo haré. Me hubiese gustado gritarlo en su momento, pero era algo imposible en mi situación.

Los acontecimientos, las heridas y las consecuencias que surgieron después de mi secuestro me obligaron a estar un año oculta. Mi papá fue apresado por la FEMF después del escándalo de mi hermana, quien sigue siendo buscada por la justicia.

Luciana sigue viviendo en Londres con Sam, quien ahora ejerce su carrera en el hospital militar de la FEMF. Estoy en contacto con mi hermana Sam, más no con mi madre y en definitiva creo que nunca tendremos una buena relación.

Salir no fue fácil, ya que tuve que enfrentarme al acoso de los medios, a las suposiciones y al afán porque diera declaraciones sobre la Bratva.

El diario me muestra como una víctima y tengo prohibido contradecir lo que se dice ahí, ya que entre líneas hay un mensaje subliminal el cual me advierte que debo asentir y callar. Cada párrafo tiene una amenaza directa y por mi bien no hablo de ello.

No me quedan dudas de lo que son capaces, mis cadenas están rotas y no deseo problemas. Estoy libre, eso es lo que importa y lo único que pido es que dejen de divulgarlo.

Tuve un cara a cara con la FEMF, desmentí sus divulgaciones, los demandé por calumnias e injurias y por revelar el diario públicamente sin mi autorización.

Los hechos consignados son tan descriptivos que todo el mundo quiere saber cómo se dieron, como hice para resistirlo y simplemente dejo claro que me niego a pensar en ello.

El regreso al patinaje fue otro lío, algunos competidores exigieron que me vetaran, pero insistí, refute y toqué puertas; me asesore como pude, me aprendí las normas e hice que evaluaran mi caso.

Estudiaron mis rutinas y se percataron de que en ningún momento hice trampa, nunca me compraron jueces y mis competencias las gané limpiamente. Quisieron negarse, pese haber comprobado que tenía razón y volví a insistir, ya que era una obligación para mí volver a patinar.

Recibí tres NO como respuesta, las noticias sobre mi cautiverio seguían presente todavía y empezaron a perseguirme, a exigirme, restregandome el pasado en la cara, gritando los hechos al punto de atosigarme. Los medios me seguían acosando y el desespero por el que me dejaran en paz alzó la voz de otros quienes se agruparon con el fin de protestar exigiendo que se respetaran mis derechos.

Los fanáticos del patinaje clamaban mi regreso porque merecía una segunda oportunidad e hicieron marchas, se reunieron a las afueras de las pistas y con el puño en alto pedían justicia junto conmigo.

Seres que no conocía organizaron campañas en las redes, grupos que me seguían y en los muros de mis cuentas me escribían “Estamos contigo”. Fue bello tener un club de fans que posteaba mis videos, que hacían playeras con mi seudónimo y me acompañaban a las reuniones que tenía con el comité.

Insistimos tanto que después de meses me dieron la razón dejando que volviera a las pistas donde demostré que no protestaba en vano, sin embargo, seguía siendo la señalada.

Gané las Regionales, las Nacionales y en medio de toda la revolución trabajaba para pagarme la universidad. Laboraba de día, estudiaba en la noche y entrenaba en la madrugada.

No le pedí un peso a nadie porque no quería ser una carga, mis responsabilidades eran mías, no de otros y con ese pensamiento me mantengo todavía.

Empecé sin instructor, sin manager y sin patrocinador. Los vestidos se me desgastaron de tanto usarlos, Death hacía lo que podía para apoyarme y me valía de mí misma maniobrando con las uñas, pero maniobrando.

Mi carrera estaba entintada, los otros patinadores no me querían dentro y fueron meses demostrando que se equivocaban, meses buscando patrocinadores que preferían sacudirse las manos a tener que ver algo conmigo.

Fue caótico, agotador, he pasado noches sin dormir y me he aporreado mil veces contra el hielo. La universidad me ha puesto a correr, a trasnochar, sin embargo, tengo buenas notas. He aprendido un montón de cosas y he aquí el resultado.

Suelto la cuerda cuando me avisan que ya es hora. Mi primer contrato lo conseguí hace un año y desde que firmé mejoraron mis ingresos. Los meses anteriores me acostumbraron a ahorrar, a valorar cada peso y eso me ha dado buenos resultados.

—En tres minutos —informa mi entrenador.

El vestido negro con lentejuela plateadas brilla y me termino de preparar retocando el moño. Me centro, me concentro y me mentalizo a darlo todo cuando avanzo hacia la pista de patinaje que me recibe con una ovación.

Tengo el puesto número uno en el ranking de competidores y es mi primera vez en los Olímpicos de Patinaje Artístico sobre Hielo.

Las luces se apagan, el reflector se enciende, me deslizo sobre mis patines y doy una vuelta a la pista reconociendo el escenario. Llego al centro de la misma y llevo la mano a mi espalda esperando que Good and Monster empiece a sonar. El no tener entrenador ni coreógrafo durante un año me convirtió en ambos, por ende, aprendí a crear mis propias rutinas.

Esta es mi coreografía preferida y quise guardarla para una ocasión especial.

La cuchilla de mis patines acaricia la pista cuando retrocedo con ellos. Me desplazo sobre el hielo hacia adelante tomando velocidad y ejecutando una secuencias de pasos en círculos donde efectúo un triple Axel cayendo con la pierna derecha.

El patinaje es un arte que abarca cada partícula de tu cuerpo y tengo tanta confianza en mí que no temo a caerme cada que me elevo logrando que los diamantes de mis patines brillen conmigo. Mantengo las manos contra mi pecho durante el salto que me hace abrirlos logrando el mejor de los aterrizajes.

Sigo patinando, disfrutando, saboreando mi canción favorita y me es inevitable no cantarla porque la amo.

—You got that medicine I need Fame, liquor, love Give it to me slowly Put your hands on my waist Do it softly —musito con una sonrisa antes de volver arriba con un medio bucle.

Continúo desplazándome serpenteando sobre la pista, tomando velocidad para llevar a cabo un giro con un solo pie en el cual llevo la pierna libre hacia atrás pasándola por encima de mi cabeza, tomo el patín y arqueo mi espalda realizando un giro Biellmann rotando sobre mi propio eje.

Suelto el patín y cambio de dirección en consonancia con la música, desplazándome hacia atrás, tomando rapidez y efectuando un triple salchow.

Cambio nuevamente de dirección y me deslizo bajando poco a poco, dejando las rodillas a la altura de las caderas y el torso extendido hacia atrás, paralelo a la pista, tocando con las puntas de mis dedos el hielo que tanto amo al estirar mis brazos atrás y arqueando mínimamente la espalda.

Apoyo una de mis rodillas en el suelo helado y acto seguido doy media vuelta efectuando un split, quedándome sentada con las piernas alineadas formando un ángulo de 180 grados.

—¡Queen, Queen! —me anima el público encantado.

Las ovaciones, los gritos y los aplausos me demuestran que nada ha sido en vano y que a todo esfuerzo le llega su recompensa. Hago los giros finales orgullosa de mí misma y la rutina concluye a la vez que alzo los brazos hacia arriba en señal de victoria.

Las cámaras disparan el flash, los jueces discuten y el público me adora.

Le doy paso al protocolo, mantengo la fe y la confianza en mi trabajo mientras los minutos pasan a la espera del resultado final. Estoy tan emocionada que no dejo de sonreír, el momento llega y si antes amaba esta coreografía ahora la amo más, ya que me da el puntaje que me cumple uno de mis sueños y es la medalla olímpica de oro.

Siento que crezco en todos los sentidos, he luchado tanto por esto que no me lo creo y debo limpiarme las lágrimas una y otra vez durante todo el proceso, donde mi rutina se repite en las pantallas anunciando que he ganado el oro.

Celebro y es que se siente tan bien subir al podio, saludar a la gente, recibir las flores e inclinar la cabeza para recibir la medalla mientras el...

—¡Queen, Queen! —por parte del público me convierte en la estrella que predijo Domi una vez.

Beso el círculo dorado y vuelvo a alzar la mano feliz, orgullosa porque huelo a todo menos a fracaso. La única fragancia que cargo ahora es la que me reitera que soy la reina del hielo.

El público está tan loco que daña a cada nada el protocolo que termina y el comité me pide que baje a darle lo que quieren y es esa vuelta que me permite lucir mi medalla.

Sujeto las flores, doy la vuelta ganadora y con una sonrisa en el rostro agradezco mostrando el círculo dorado. No dejan de aplaudir, de gritar y finalizada la vuelta busco a mis acompañantes, los cuales discretamente se levantan a recibirme mientras el público empieza a irse y nos movemos en busca de privacidad.

—No tengo voz —me dice Tyler recibiendo las flores que le doy—. La desgasté gritando ¡Queen!

Tiene puesta una playera con mi rostro, gorra y lentes luciendo como un fan, Death también. Acomoda su look queriendo pasar desapercibido. Me observaron desde los rincones del palco, es un riesgo para ellos estar aquí, pero se esmeraron con el fin de no dejarme sola esta vez.

Le doy un beso a Death y me centro en la persona que carga, la cual idolatro, amo y es lo mejor que me ha podido pasar.

—¿Te gustó? —le pregunto y sonríe.

—¡Me encantó! —los ojos azules iguales a los míos le brillan con emoción y dejo que se arroje a mis brazos— ¡Te amo, mami!

Lleno de besos la cara de mi hija. Lo doy todo por ella, por mí y no me pesa, no me quita ninguna ventaja. Somos un equipo maravilloso porque es quien me espera todas las noches y me recuerda a cada nada lo mucho que me ama.

—¿Segura? —le pregunto.

—¡Si!

Es la primera vez que viene, siempre me ve por la televisión y siento su emoción a la hora de abrazarme dándome besos.

—A Chispas también le gustó —señala la correa del perro que sostiene Tyler y empieza ladrar desesperando a Death—. Abrázalo.

Me pide y miro al Lulú de Pomerania marrón que tiene una mini playera. Tyler me lo entrega, sigue ladrando en mis brazos y me encamino al pasillo privado con ellos y mis dos amigos.

—Ámalo —me pide.

—¿A quién?

—¡A Chispas! —me sujeta la cara y me la como a besos otra vez.

La amo a ella, pero me desespera su perro, ya que nunca deja de saltar, gruñir y ladrar. Se lo entrego a Ty y me sacudo los pelos del animal antes de conceder la entrevista al canal ruso donde me felicitan y me preguntan a quien le dedico todo esto. La miro a ella que a lo lejos mantiene los pulgares levantados como le enseñó Death y es que Amelie es mi mejor fan, la cual salta cada que llego a casa y me pregunta como me fue, que aprendí. Ama ver mis videos y los evaluamos juntas en la cama antes de dormir.

Concedo las entrevistas, doy las gracias, me cambio y salimos del predio. Death me ayuda con la mochila tomando distancia y cuidando a Amelie mientras firmo varios autógrafos en la salida, regalo las fotos que me piden y me alejo de los medios queriendo alzar a mi hija con la que me encamino a abordar la limusina que me espera.

—Carga a Chispas, tío Death, que se siente solo—pide Amelie y Death empieza a alegar que va a botar la rata peluda mientras ella le pelea y Ty le da la razón.

Entramos los cuatro al vehículo que Death quiso darme por ser una ocasión especial.

—Al hotel —le solicito al conductor y Amelie me pide que frunza los labios untándome de su brillo labial.

—Ты красивая королева —me dice en ruso frunciendo los labios también.

Amo aprender con ella y este idioma lo aprendimos juntas, ya que las mejores pistas están en Rusia, al igual que los concursos y los impulsadores, por ende, aprendimos para no quedarnos atrás con impedimentos que nos quitaran ventaja.

Le aparto las hebras rubias de la frente mientras Chispas saca la cabeza por la ventana del vehículo.

—Se va a salir — advierte Death.

—Obvio no —alega Tyler—. Solo está mirando.

—¡Chispas!

Grita Amelie cuando el perro salta afuera y Tyler alcanza a tomar la correa que lo ahorca.

—¡Lo tengo!

—¡No quiero que muera Chispas! —sigue Amelie.

—Le estás generando traumas, Tyler —molesto a mi amigo y este trata de controlarlo, ya que no deja de gruñir queriéndolo morder.

—Cambiemoslo por un gato, ¡Dios que encarte ese animal! —insiste Death con los ladridos.

Amelie me hace prometerle que no y la termino convenciendo de que Death solo está jugando.

—No levantaste la mano —insiste—. Alzala.

—Te juro que Chispas no se va a morir —le aseguro y me abraza.

—Gracias.

Mi hija es mi recompensa, mi inspiración y así como di todo por vivir, doy todo por ella que tiene un gran peso sobre los hombros y es algo que prende mi miedo a cada nada porque…

Paso saliva cuando la imagen del ruso aparece erizandome la piel y es que si antes encendía mis temores ahora más.

Ella me besa, sonríe y los ojos azules vuelven a brillar a la vez que el pálpito en mi pecho me pone peor. «No va a volver». Soy libre, lleva tres años desaparecido y mis miedos son algo absurdo.

Amelie sujeta mi cara, la hermosura de su rostro enciende las alertas de amenaza y recuesto su cabeza en mi pecho alejando los pensamientos negativos. «Está bien», lo he sabido manejar, el destino ha sabido actuar con el fin de mantenerla a salvo. Debo dejar de lado la paranoia y seguir con mi vida manteniendo la boca cerrada.

No la muestro a los medios, de mi círculo son muy pocas las personas que la conocen y tampoco me interesa presentarla, así que no tengo nada de qué preocuparme.

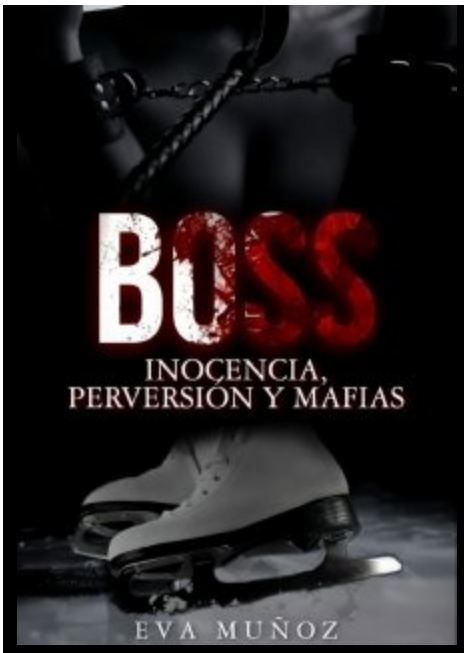
Me convenzo de ello mientras el vehículo se mueve por las calles de Croacia, abrazo a mi hija queriendo ser una armadura para ella y es lo que he tratado de ser siempre, obrando bien o mal, no importa. Si ella estará a salvo no tengo porqué cuestionar mis decisiones.

—¡Llegamos! —anuncia Tyler.

La limusina se estaciona frente al hotel, nos abren la puerta y la niña baja de mis brazos emocionada corriendo a abrazar a la persona que la espera en la entrada sonriente. Ella grita su nombre y este la alza feliz.

Death y Tyler se ubican a mi espalda, la moral me golpea y respiro hondo alzando a Chispas que no deja de ladrar mientras me acerco a saludar al padre de Amelie.

«Ты красивая королева : Eres una reina bonita»


BOSS
INOCENCIA,
PERVERSION Y MAFIAS
EVA MUÑOZ